

∞

Tiempo de  
Hechizos

PILAR CABER  Lectulandia

Yago ha recorrido un largo camino y ha cumplido su sueño de ser médico en el siglo XVIII. Sin embargo, una tragedia lo ha empujado a refugiarse en el alcohol. Sus padres, Diego y Marina, sufren al ver en qué se ha convertido y se apoyan en Micaela, una buena muchacha que les brinda su cariño más sincero. Pero él la considera una amenaza para el matrimonio de sus padres. Decidido a proteger su hogar, intentará superar el vicio para librarse de ella.

En verdad parece haber hechizos en el aire, pues a pesar de esa animadversión, Micaela no puede evitar sentirse atraída por él. Y Yago va cayendo en una adicción aún más fuerte: el perfume, la piel de esa mujer...

**Lectulandia**

Pilar Cabero

# **Tiempo de hechizos**

**Saga Izaguirre - 2**

**ePub r1.0**

**Titivillus 01.05.2019**

Título original: *Tiempo de hechizos*  
Pilar Cabero, 2009

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---



## Índice de contenido

Cubierta

Tiempo de hechizos

Portadilla VI Aniversario

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Epílogo

Sobre la autora

Notas



*Para ti, que me lees con una sonrisa.*

# Capítulo 1

*Pamplona, marzo de 1729*

—Ya es hora de que regresemos a casa. —Millán la tomó del brazo para conducirla fuera de la iglesia—. Le hemos dado sepultura y aquí ya no podemos hacer nada más.

—Lo sé, pero me cuesta abandonarle —murmuró Micaela, dejándose llevar sin oponer resistencia.

Desconocía cómo era capaz de mantenerse en pie estando tan agotada. Sentía los ojos enrojecidos de tanto llorar y por la falta de descanso. La enfermedad de don Nicolás, el padre de Millán, había sido larga y agónica.

Recorrió el pasillo central de la iglesia casi arrastrando los pies. A través del velo negro, vio a las personas que minutos antes le habían dado el pésame esperando a la puerta de la iglesia, cabizbajos y, en algunos casos, con los ojos llorosos. Don Nicolás había sido un buen hombre a lo largo de toda su vida y eran muchos quienes lo echarían de menos. Ella, la primera. Se le volvían a humedecer los ojos, pero inspiró para contener las lágrimas. Las guardaría para la quietud de su dormitorio.

Comenzaron a bajar los peldaños para dirigirse al coche detenido en la calzada. Los caballos aguardaban, resignados, resoplando de vez en cuando.

Notó que Millán le sujetaba el codo con delicadeza y, de alguna manera, se sintió reconfortada. A sus treinta y un años era un hombre muy agradable y ella le quería mucho.

Varios ciudadanos les detuvieron para expresarles su pena, para ofrecerse en lo que hiciera falta o para mostrarles su apoyo. Era de agradecer; con todo, en ese momento lo único que le apetecía era subir al coche, alejarse de allí y poder releer la carta que llevaba en la faltriquera y le quemaba como una brasa.

Millán debió de notar su impaciencia, pues apresuró las despedidas y la ayudó a subir al carruaje.

Micaela se dejó caer en los asientos acolchados con un suspiro trémulo. Realmente estaba muy cansada. Tanto que temía quedarse dormida en cuanto los caballos comenzasen a tirar del vehículo. Su acompañante se sentó frente a ella. Al momento notó el balanceo del coche al ponerse en marcha. Cerró los ojos; se dejó mecer por el traqueteo sobre los adoquines de la calzada. El sonido de los cascos de los caballos y el de los arneses era casi hipnótico; no le costó relajarse en aquellos asientos tan cómodos. Don Nicolás no había escatimado cuando se hizo traer ese carruaje desde Madrid y, en ese momento, ella se lo agradecía infinitamente.

«¡Cuánto le voy a extrañar!», pensó con tristeza.

—Si tienes frío, puedes taparte con esto —señaló Millán; le mostraba una manta hecha con piel de oso—. El día es un tanto desapacible para ser marzo.

Ella negó con la cabeza sin abrir los ojos.

—Gracias. —La voz le salió como un murmullo.

Tocó la faltriquera y oyó el crujido del papel. Necesitaba leer otra vez la misiva que su madre le escribiera dos años atrás, en su lecho de muerte, y que don Nicolás le había entregado el día anterior, solo cuando se hizo evidente que ya no le quedaba mucho tiempo.

«¿Cómo pudo hacer eso?», pensó, dolida. «¿Cómo pudo mantenerme ignorante del paradero de mi verdadero padre?».

Recordó el momento en que le había entregado la carta. La sorpresa inicial y, más tarde, el dolor.

Estaba en el dormitorio de don Nicolás. El anciano, tumbado en la cama, respiraba con dificultad; en las últimas horas apenas se había movido. Dormía inducido por el láudano que tomaba cada poco tiempo. Esperaban su muerte de un momento a otro.

Micaela se paseó por el cuarto, suntuosamente amueblado, para desentumecer las piernas, agarrotadas por haber permanecido tanto tiempo sentada frente al lecho. Abrió la ventana para aligerar el ambiente, viciado por los miasmas de la enfermedad, y dejó que el aire fresco de la noche invernal le acariciase la cara. La luz de las velas titiló en la brisa, como si fuera a apagarse, y al momento se aquietó otra vez.

Un murmullo tenue le hizo girar la cabeza hacia la cama. Don Nicolás intentaba hablar. Rápidamente regresó a su lado y le tomó la mano, reseca y apergaminada. La enfermedad le había consumido el cuerpo; ya no era más que piel y huesos. Los ojos, hundidos en sus cuencas, la miraban velados por la vejez y el opio.

—¿Qué deseáis?

El anciano le señaló con insistencia un hermoso bargueño. Sin estar muy segura de qué era lo que pretendía, se acercó al mueble y abrió los cajones. En el segundo había una carta cerrada, muy manoseada, dirigida a ella; en seguida reconoció la caligrafía de su madre. Se volvió con la misiva en la mano para enseñársela al enfermo. Don Nicolás cabeceó imperceptiblemente, cerrando los ojos con dolor.

Micaela rompió el lacre y se dispuso a leerla con una mezcla de reverencia, afán y tristeza.

Databa de unos días antes de la muerte de su madre y, en los caracteres escritos, ya se apreciaba cansancio y sufrimiento. Pese a ello, eran sus palabras y casi podía oírla. Se rodeó la cintura con un brazo mientras, a tientas, se sentaba en el borde de la cama, sin soltar el papel y sin dejar de leer.

—¿Por qué? —había preguntado, aguantando el llanto—. ¿Por qué ahora?

Don Nicolás no contestó. Desde la comisura de los ojos cerrados resbaló una lágrima por la arrugada mejilla y se perdió por el costado hasta la almohada.

—¿Conocéis el contenido? —El anciano negó con un movimiento tenue—. ¿Por qué la habéis guardado todo este tiempo? ¿Por qué no me habéis dicho nada antes?

—Mi... e... do —murmuró con fatiga. Los ojos acuosos clavados en los de la joven.

—¿Miedo? ¿De qué? No os entiendo —había clamado, ya sin poder contener las lágrimas.

—Tu mar... cha —gimió el hombre con dificultad.

—¿Creíais que me iba a marchar si la leía? —La sorpresa era evidente en sus ademanes—. Nunca me habría ido dejándoos enfermo. Sabéis que os tengo un gran cariño. Sois como un padre para mí. —Se mordió el labio inferior. Impaciente, se limpió con el dorso de la mano las lágrimas que le corrían por las mejillas—. Me duele pensar que me habéis ocultado esta carta durante los dos últimos años. Vos conocíais lo mucho que ansiaba saber mi procedencia; quién fue mi padre o por qué mi madre huyó de su lado.

El anciano lanzó un suspiro entrecortado y la miró con pena infinita, al tiempo que intentaba hablar. Boqueó impotente, sin conseguir que saliera un solo sonido de sus labios exangües. Agotado por el esfuerzo, cerró los ojos; los párpados arrugados aletearon sin terminar de cubrir los iris nublados y acuosos.

Micaela le asió la mano que descansaba sobre la cama. Estaba fría y surcada de venas azuladas. Don Nicolás volvió a abrir los ojos y con los labios formó una palabra: «Perdóname».

La joven cabeceó para asentir. No podía hacer otra cosa; era incapaz de guardarle rencor. Ese hombre se había portado muy bien. Las aceptó sin saber nada de ellas y les dio cobijo en su casa. Le había dado una educación, pese a ser solamente la hija del ama de llaves. Era casi como un padre para ella.

Permanecieron en silencio, roto por las llamas que lamían los troncos en la chimenea o el ruido del viento al golpear contra la ventana. Poco a poco sintió que una sensación de paz se extendía por su mente. Sorprendida, miró a don Nicolás y descubrió que una sonrisa tenue curvaba los labios caídos del anciano y borraba el rictus tenso de su cara; luego el anciano inhaló una bocanada de aire...

—Tenemos que hablar, Micaela. —La voz de Millán la sacó del recuerdo. Abrió los ojos, confusa. El carruaje se detuvo con un bandazo—. Supongo que ya te habrás dado cuenta de que nuestra situación ha cambiado drásticamente.

—Lo sé —se limitó a contestar, mientras se disponía a descender del vehículo—. Me he percatado.

—Quiero que vayamos al salón para hablar de ello.

Micaela asintió, al tiempo que un lacayo abría la puerta. Millán bajó y le tendió la mano para ayudarla a descender frente a la casa solariega de los de Elizalde.

Recorrieron a buen paso la poca distancia hasta la entrada principal. Una criada, que les esperaba con la puerta abierta, les saludó con una reverencia al entrar. Ellos continuaron hasta el salón sin pararse. El nuevo dueño de la casa se limitaba a conducirla con determinación. Era indudable que tenía prisa por decirle lo que tuviera en mente.

Una vez dentro de la estancia, Millán entornó la puerta e invitó a la joven a sentarse en uno de los dos sillones orejeros que había frente a la chimenea; él se sentó en el otro. Después de retirar el tupido velo que le cubría la cara, echándolo hacia atrás, Micaela parpadeó varias veces para acostumbrar los ojos a la claridad del día y a la luz de las llamas. Luego miró al hombre que, muy tieso en su asiento, la observaba con atención.

—Bien, como te he dicho: es hora de hablar —comenzó Millán con voz pausada—. Ya no estará bien visto que continuemos viviendo en la misma casa. Ahora que ha muerto mi padre, ya no. —Sus ojos castaños se ensombrecieron de pesar y se pasó la mano por la cara, como si de ese modo

podiera ahuyentar la pena. Se levantó. Con las manos cogidas a la espalda, observaba el fuego de la chimenea—. Me he permitido contratar a una dueña que se haga cargo de ti. Dios sabe que mi padre debió hacerlo hace mucho tiempo.

—No necesito una dueña que controle todos mis movimientos. Solo soy la hija de la antigua ama de llaves...

—La necesitas para preservar tu reputación —la interrumpió, contundente, sin mirarla—. No está bien que compartamos una casa estando los dos solteros. Eso dará pie a muchas habladurías que no te convienen de ninguna manera. Hace años que en esta casa se te ha tratado más como un miembro de la familia que como la hija de una empleada. El problema es que, obviamente, no somos hermanos y, de cara a la sociedad... —Dejó las palabras en el aire.

Ella ya lo había pensado. En realidad, el hecho de que siguiera en la casa después de la muerte de su madre ya había sido motivo de más de un comentario malicioso; solo el grave estado de don Nicolás refrenó las malas lenguas, al comprenderse que el anciano necesitaba todos los cuidados que se le pudieran ofrecer y que ella era capaz de dar.

Los conocimientos de plantas medicinales que su madre le enseñó, desde muy temprana edad, resultaron ser muy útiles para paliar el sufrimiento del dueño de la casa. No había podido curarle, pero al menos evitó que los dolores terminaran por volverle loco.

—Sé que este no es el mejor momento para hacerlo... Tal vez... debería esperar unos días —empezó Millán con torpeza—, pero convendrás conmigo en que la situación requiere decisiones rápidas. Lo he pensado detenidamente; a decir verdad, llevo tiempo sopesando la idea y creo que es lo mejor para los dos.

Micaela lo miró, confusa. No entendía muy bien qué pretendía su acompañante, aunque empezaba a tener una ligera sospecha que no le gustaba nada. Aparentando serenidad, entrelazó las manos en el regazo y esperó a que él terminara de explicarse.

Millán volvió a pasarse la mano por la cara con nerviosismo. A la luz que entraba por las ventanas de la habitación se podía apreciar el cansancio marcado en su cara, lo que no le restaba atractivo; los ojos castaños, del mismo color que el pelo, la miraban con franqueza y con ese aire de seriedad característico de la familia de Elizalde. No había cambiado mucho desde que lo conociera, diecisiete años atrás, cuando ella llegó a Pamplona con su madre. Por entonces él era un jovencito de catorce años, muy serio y

estudioso, que, salvo en contadas ocasiones, sacaba el carácter dominante e intransigente distintivo de su familia. El ejercicio con la espada le había rellenado y endurecido los músculos del cuerpo de una manera harto atractiva. La casaca negra marcaba la amplitud de su espalda y las calzas, del mismo color, los músculos de las piernas. Las mujeres de la comarca daban fe de ello y las madres intentaban pescarle para sus hijas casaderas.

Lo vio levantarse y poner una rodilla en el suelo. Su espada tintineó en la piedra.

Millán tomó, con ternura, la mano de Micaela entre las suyas.

—Quiero que seas mi esposa, Micaela —anunció, con los ojos clavados en los azules de ella.

—Pero Millán... —titubeó, sin saber muy bien qué decir, y apartó la mirada.

—Calla, no digas nada. —Carraspeó él con nerviosismo, aún arrodillado—. Ya te he dicho que en los últimos meses lo he pensado detenidamente. Sabía que mi padre se estaba muriendo y que, cuando eso ocurriera, habría que tomar una decisión respecto a tu permanencia en la casa. Incluso se lo pregunté y él estuvo de acuerdo en que nos casáramos. Bien sabes el aprecio que te tenía.

—Lo sé, pero no creo que...

—Por favor, piénsalo bien y después me contestas. Imagino que a estas horas ya habrá llegado doña Matilde de Tudela. Es una viuda sin hijos dispuesta a hacerse cargo de ti. A partir de este momento será tu dueña mientras haga falta.

—No es necesario. Ofelia ya es suficiente...

—Ofelia no es más que una doncella —soltó Millán, impaciente. Se levantó del suelo con presteza—. Su capacidad como dueña no tiene caso. Doña Matilde tiene la educación y la respetabilidad necesarias para preservar el decoro. Dejaré que pienses unos días en mi proposición. Espero que no me hagas esperar mucho por la respuesta y que esta sea afirmativa.

Sin esperar a nada más, salió de la habitación a grandes pasos. Si Micaela hubiera estado menos cansada se habría sorprendido por la proposición; en ese momento solo podía pensar en tumbarse en la cama y meditar sobre lo descubierto a través de la carta de su madre.

Con un suspiro, se levantó para dirigirse a su cuarto, en la segunda planta.

—Buen día, señorita —saludó Ofelia, cuando llegó a su dormitorio—. Venid y dejad que os quite la ropa. Tenéis todo el aspecto de necesitar descansar.

—Gracias, Ofelia. En realidad, estoy completamente rendida —admitió. Y se dejó hacer.

La doncella procedió a desvestirla hasta dejarla solo con la enagua. La llevó hasta el taburete del tocador y le quitó las horquillas que le sujetaban las trenzas en un moño sobre la cabeza. Las dos trenzas cayeron hasta media espalda y Ofelia se dedicó a deshacerlas con destreza. Una vez que el pelo estuvo suelto, le pasó el cepillo por toda la cabellera negra, con pases largos y relajantes.

—Umm, si sigues así me quedaré dormida en la silla —murmuró Micaela, con los ojos cerrados.

—En ese caso, tal vez sea mejor que os acostéis un rato.

Micaela se dejó llevar hasta la cama y no puso ninguna objeción cuando la doncella abrió las sábanas para que se metiera en ella. Realmente estaba muy cansada, pero dudaba que con los últimos acontecimientos fuera capaz de dormir. Tenía cosas en que pensar: la carta de su madre y la sorpresiva propuesta de matrimonio de Millán. Era imprescindible que meditara sobre ellas y tomase una decisión.

Ofelia guardó con cuidado el vestido de Micaela en el arcón, para que se arrugase lo menos posible, y miró a la joven que descansaba en la cama. A juzgar por el ceño que afeaba su hermoso rostro, estaba preocupada por algo. No le gustaba verla así; siempre le había tenido mucho aprecio, desde que la viera llegar a la casa, de la mano de su madre.

En aquel entonces, Micaela era una regordeta niña de cinco años, con una mata de pelo negro y ondulado, los ojos azules más alegres que hubiera visto nunca y una carita digna de un querubín. En cuanto la pequeña vio a Ofelia, se encaprichó con ella y la seguía a todas partes. A veces era una lata, con tantas preguntas sobre por qué hacía esto o aquello, pero la mayoría de las ocasiones era una buena compañía. En poco tiempo tenía a los trabajadores de la casa pendientes de ella. Eso podría haberla convertido en una niña caprichosa, pero sucedió todo lo contrario. Su amabilidad y preocupación por todos era notoria, de modo que se había ganado el aprecio sincero de los habitantes de la casa y de todo el vecindario. Quiso la suerte que, cuando madre e hija llegaron, el ama de llaves se hubiera despedido para casarse y anduvieran buscando a alguien para ocupar su puesto. La señora Juliana, la madre de Micaela, consiguió el trabajo y resultó ser una mujer muy competente.



Don Nicolás también se encariñó con la pequeña y se molestó en darle una buena educación para convertirla en una señorita. Al cumplir Micaela los doce años, y pese a las protestas de la señora Juliana, el dueño de la casa ordenó a Ofelia que abandonase su puesto de lavandera para ser la doncella de Micaela. El nuevo cargo era infinitamente mejor que el anterior, que le estaba destrozando las manos; Ofelia, con dieciocho años, se propuso demostrar que era merecedora de tal honor y sacarle el mejor partido. Debía admitir que la actitud cordial y amable de Micaela le había facilitado mucho las cosas; trabajar para ella era muy agradable.

Miró hacia el lecho y observó a su joven ama, que seguía ensimismada, con el ceño cada vez más fruncido.

—Señorita Micaela, si continuáis así, se os quedará la cara tan arrugada como una pasa —la amonestó con seriedad.

—Lo siento, Ofelia; es que estoy preocupada...

—Si hay algo en lo que os pueda ayudar... —se ofreció ella, con sinceridad.

—No, gracias. Es algo que debo decidir yo misma.

Supuso que tendría que ver con lo que le había contado la cocinera esa mañana. Al parecer, don Millán había contratado a una viuda como dueña para Micaela; Ofelia estaba segura de que no sería del agrado de la muchacha, quien se había acostumbrado a que nadie le frenase su carácter exuberante y alegre. No tendría más remedio que claudicar por el bien de su reputación. Realmente, ya iba siendo hora de que alguien pusiera freno a esa conducta, inadecuada para una señorita.

—¿Queréis que os suba algo para comer?

—No, gracias, Ofelia. No me apetece comer nada —musitó, con voz somnolienta—. Si no estoy despierta para la cena, por favor, discúlpame con Millán.

—Así lo haré, señorita —aseguró Ofelia, antes de salir y cerrar la puerta con cuidado.

Al girarse se topó con don Millán, que salía de su dormitorio. No pudo evitar sonrojarse hasta la raíz del pelo. Él la miró de arriba abajo con el ceño fruncido; luego su mirada se ablandó un tanto, como si le agradase lo que estaba viendo.

«No seas tonta y deja de pensar esas cosas».

—¿Te has hecho algo en el pelo? —preguntó él, con suavidad.

—¿Pe... pelo? —tartamudeó, confundida por la pregunta—. No me he hecho nada, don Millán.

Aguantó la respiración, aturdida por esos ojos, conteniéndose para no llevarse la mano a la cabeza y atusarse el cabello. ¿Qué le sucedía al dueño de la casa? La estaba mirando con... ¿complacencia? ¿Acaso se estaba interesando por ella?

—No sé. Estás diferente... más guapa...

Esas palabras comenzaron a bullirle en el cerebro. Como en un sueño vio que él acortaba distancias, hasta que estuvo tan cerca que podía sentir su aliento sobre la frente.

—Estas ropas, tan sencillas, desmerecen un porte como el tuyo. Con las prendas adecuadas lucirías como una verdadera señora.

«Virgen María», pensó la joven, con las rodillas flojas, incapaz de moverse de allí. «¿Qué significan esas palabras?».

Jamás había estado tan cerca del objeto de su amor. Cerró los ojos y se deleitó con su aroma.

Sintió los labios de don Millán sobre los suyos, al principio muy suaves y después con intensidad. Pillada por sorpresa, se dejó llevar y hasta se atrevió a poner las manos sobre los brazos que la apresaban.

«Estoy soñando».

Se movían, era como si bailaran al son de una música silenciosa. Notó sus manos que le acariciaban la espalda, la cintura. Era demasiado emocionante para pensar en otra cosa. En ese instante solo quería disfrutar de la dicha de ser besada por él. De ser acariciada. Sintió sus labios sobre la mejilla, la oreja, el cuello, la clavícula... Dios mío.

—Te necesito...

La voz y el ruido de una puerta al cerrarse la despertaron del ensueño. Estaban en el dormitorio de don Millán; no sabía cómo había llegado hasta allí, y él empezaba a desatarle el cordón de la camisa. Miró como hipnotizada sus dedos morenos. Solo cuando el hombre separó los bordes de la prenda para agrandar el escote, comprendió hacia dónde se encaminaban sus movimientos y le entró miedo.

—¡No! —chilló—. No... no... no puedo, don Millán —repitió más quedo—. Eso no está bien... Lo siento... —se disculpó, antes de abrir la puerta y salir corriendo de allí.

Subió a su habitación con lágrimas en los ojos, sin saber si eran por lo sucedido o por lo que pudo suceder. El rictus de frustración del dueño de la casa se le quedó grabado en el cerebro.

## Capítulo 2

Dos días más tarde, Millán, a la cabecera de la mesa, esperaba impaciente la llegada de Micaela. Doña Matilde ya estaba sentada a su izquierda y se entretenía enderezando los cubiertos, ya de por sí derechos. En los dos días que llevaba en la casa, Millán había descubierto que era una mujer muy ordenada y rigurosa, que hablaba poco y comía aún menos. Desconocía su edad; habría sido sumamente grosero que se lo preguntara, pero seguramente tendría menos de los que su apariencia hacía entrever. El vestido negro de corte sencillo, junto con la cofia del mismo color, no contribuían a rejuvenecer su aspecto, sino que le daban un aire desvalido y desamparado.

—¿Os agrada la estancia en esta casa? —preguntó, por hablar de algo y para que la espera se le hiciera más amena.

—Sí, es una casa agradable —indicó ella con seguridad. Y guardó silencio.

Era evidente que, si él no le preguntaba directamente, esa mujer no hablaría por propia iniciativa. Él no tenía muchas ganas de hablar de banalidades; menos aún, cuando esperaba que Micaela respondiera de una vez por todas a su propuesta de matrimonio.

Le había dado tiempo de sobra para que se hiciera a la idea y tomase una decisión. No le gustaba esperar.

Tampoco le había gustado la negativa de Ofelia. En vida de don Nicolás nunca hubiera osado llevarse a la cama a ninguna criada y, todavía menos, a la doncella de Micaela; su padre era demasiado virtuoso como para consentirlo. Ahora las cosas eran diferentes.

Lo había vuelto a intentar el día anterior con idéntico resultado. Pardiez, nunca hubiera creído que esa joven fuera tan reacia a mantener relaciones con él. Después de todo, siendo el amo y señor, podía premiar la buena disposición de los criados.

Micaela entró en el comedor terminando de atarse las cintas de los puños de su vestido negro. Traía la tez sonrosada por haber corrido; varios mechones oscuros se le habían escapado de la trenza y revoloteaban alrededor de su cara.

Millán le vio intentar apartárselos de la cara con impaciencia y frunció el ceño ante esa imagen de desaliño.

—Lo siento, Millán, doña Matilde. Me necesitaban en la cocina y no he podido venir antes —se disculpó Micaela con una sonrisa, al tiempo que se sentaba a la derecha del dueño de la casa.

—Debes respetar el horario de las comidas, Micaela —comunicó Millán con sequedad—. A la cocinera no le gustará saber que sus guisos se echan a perder por no servirlos a tiempo. —Tocó la campanilla para que trajeran la comida.

—Es precisamente a la cocinera a quien estaba atendiendo. Se ha quemado con una de las ollas... —señaló la joven, antes de colocarse la servilleta en el regazo—. Era necesario tratar la herida lo antes posible.

—No tienes que estar pendiente de los criados, Micaela... —empezó doña Matilde con prudencia.

—A mí me complace —aseguró, impetuosa.

—... y ya puestos, tampoco a los criados de las casas vecinas —continuó como si ella no hubiera dicho nada—. Debes mantener la respetabilidad. Una dama no se rebaja a esos menesteres.

—No puedo quedarme de brazos cruzados sabiendo que puedo ayudar —protestó la joven, con obstinación—. Mi conciencia no me lo permitiría.

—Deberás aprender —sentenció la mujer con sequedad—. No eres una niña, querida. Me sorprende que aún sigas soltera a tu edad.

—No soy una anciana. Solo tengo veintidós años —declaró, sonrojada.

—Una edad peligrosa. Al menor descuido te convertirás en una solterona.

La entrada de la criada con la sopera humeante evitó que Micaela contestara. Millán pudo ver cómo se mordía el labio con frustración y casi sonrió. Sin duda, había encontrado una mujer capaz de enderezar a la muchacha.

Desde el principio don Nicolás le había consentido todo. Solo la señora Juliana era capaz de lidiar con la exuberante personalidad de su hija. Desaparecida ella, cuando a don Nicolás se le agudizó la enfermedad, la joven había hecho su santa voluntad sin nadie que se lo impidiera.

No es que fuera mala o mal educada; no era eso, sino todo lo contrario. El problema estaba en que no era capaz de actuar acorde con la educación

recibida y la posición social a la que don Nicolás le había encumbrado. No era la simple hija de la difunta ama de llaves, pero ella no parecía darse cuenta.

Debería hablar con ella y hacérselo entender.

El suave sonido de la lluvia le arrancó una leve sonrisa. Sin duda la cosecha de ese verano sería abundante; ayudaría a sanear las cuentas y a pagar el préstamo pedido por su padre para comprar el grano de la siembra. No habría debido hacerlo, no obstante, su progenitor no era de los que escuchaban consejos. Ahora solo cabía esperar que la lluvia y el sol fueran benevolentes y que, a su debido tiempo, las espigas estuvieran preñadas de grano.

Mejor no pensar en lo contrario.

Micaela comió la última porción de natillas, impaciente por volver a la cocina y comprobar cómo tenía la mano la cocinera. Le había realizado una cura rápida para no retrasarse a la hora de llegar a la mesa, pero ¿eso era suficiente?

Miró subrepticamente a los dos comensales para saber si ellos también habían terminado o, por el contrario, seguían comiendo. Vio que Millán dejaba la cucharilla sobre el plato; uno menos. Doña Matilde, por el contrario, seguía comiendo porciones de pajarillo anémico con una lentitud exasperante.

«A este paso me saldrán canas antes de que consiga regresar a la cocina», pensó, cada vez más impaciente.

La dueña que había contratado Millán era una mujer de ideas férreas y tan falta de humor como una mula cansada. Desde que había llegado a la casa no dejaba de reprenderla por todo. Por lo visto, nada era del agrado de la doña.

A veces se preguntaba si no sería una estratagema de Millán para obligarla a tomar una decisión sobre su propuesta; porque la manera de librarse de las ideas cerriles de la dueña era casarse.

Su suspiro se ganó la reprobación de doña Matilde, que la miraba con la cuchara a medio camino de sus labios apretados. Rápidamente compuso una sonrisa de disculpa y rezó para que a la mujer no le diera por soltar una de sus interminables lecciones de buena conducta; pues para cuando abandonase la mesa, la quemadura de la cocinera estaría peor.

Para pasar el tiempo sin ponerse a gritar de frustración, comenzó a repasar mentalmente la lista de las plantas que tendría que ir a recoger sin falta.

—Doña Matilde, si nos disculpáis, querría hablar con Micaela... —La voz serena de Millán la devolvió a la realidad.

—Pero, señor, no es... —empezó a protestar la mujer, parpadeando como un búho.

—Será solo un momento y no hace falta que cerréis la puerta al salir —replicó él, en un tono que no admitía discusión.

La doña se levantó con rigidez y, con una inclinación de cabeza a modo de despedida, se dirigió a la puerta del comedor con paso airado. Obviamente, no le había gustado nada que la echaran de la habitación.

La joven se tragó un suspiro: la cocinera tendría que esperar.

Una vez solos, Millán se enderezó aún más en la silla, si cabe, y clavó los ojos en la joven.

—Han pasado dos días desde que te hice mi proposición de matrimonio. Creo que ya has tenido tiempo para meditar una respuesta —consideró—. ¿Qué has decidido?

—Lo he pensado mucho. Es cierto que tu propuesta me halaga; es un honor que desees casarte conmigo... —empezó Micaela, sin dejar de mirarle. Quería hacerle saber que estaba hablando con sinceridad—. Pero no puedo aceptar.

Las facciones de Millán se tensaron. Su mirada castaña se clavó en ella casi con frialdad. Era evidente que su decisión no le había gustado nada.

—¿Por qué, si se me permite preguntar?

—Te tengo mucho aprecio, aunque no el indicado para casarme —trató de suavizar la negativa.

—Ese cariño puede llegar después. No seas inocente, Micaela. Sabes que la mayoría de los matrimonios son concertados —bufó Millán.

—Lo sé, pero no es lo que deseo para mí.

—¿Estás enamorada de alguien? —preguntó, con el ceño fruncido, e inclinó el cuerpo de modo que terminó con los codos apoyados en la mesa.

—No, claro que no —negó Micaela con vehemencia—. Bien sabes que en los últimos años no he tenido tiempo de enamorarme de nadie. Es solo que...

—En ese caso, ¿qué te impide casarte conmigo? ¿La edad? ¿Me consideras demasiado mayor para ti?

—No, no es eso. No creo que diez años de diferencia sea una edad tan dispar. Es solo que aún no quiero casarme.

—¿Te has parado a pensar que no será decente vivir bajo el mismo techo sin estar casados? ¿Acaso crees que la presencia de doña Matilde será suficiente para acallar rumores? —masculló con el rostro crispado—. No, Micaela.

Lo sabía. Estaba segura de que no podría dilatar mucho más tiempo su permanencia en esa casa sin estar casada con el dueño. Por eso lo había meditado bien. A decir verdad, tenía la respuesta desde que leyó la carta póstuma de su madre. Desde que descubrió de dónde era, quién y qué era su padre y la razón por la que ella lo había abandonado, diecisiete años atrás. Para darse ánimos, tocó la carta que llevaba en la faltriquera desde el fallecimiento de don Nicolás.

—Si no deseas casarte conmigo, mucho me temo que no podrás seguir viviendo en esta casa —anunció Millán con enfado.

—Lo sé.

—¿Lo sabes y aun así me rechazas? ¿Adónde irás? —La irritación tensaba el rictus de su cara.

—Con mi padre —reveló ella. Y le entregó la carta.

Millán la leyó con la mandíbula apretada y al terminar la tiró en la mesa, indignado.

—¿Desde cuándo lo sabes? —Casi mordió las palabras.

—Me la entregó tu padre minutos antes de morir —susurró.

Esas palabras parecieron apaciguarle un poco. Se pasó la mano por la cara y la miró con cansancio.

—¿Cuándo te vas a San Sebastián?

—Mañana mismo. No hay razón para seguir posponiéndolo.

—¿Tu decisión es definitiva? —Micaela asintió con la cabeza, dolida por la actitud enfadada de Millán—. En ese caso no hay más que hablar. Que tengas buen viaje. Le diré a Ofelia que te acompañe.

El hombre se levantó con ímpetu de la silla y, sin mirar atrás, salió del comedor a grandes zancadas. Ella lo vio marchar con tristeza; no esperaba que se lo fuera a tomar así. Estaba segura de que Millán no sentía por ella más que aprecio de hermanos; su enfado, sin duda, era por sentirse rechazado.

Recogió la carta de su madre, la dobló y la volvió a guardar en la faltriquera con sumo cuidado, antes de dirigirse a la cocina para atender a la cocinera y poner sobre aviso a los sirvientes de su próxima partida.

## Capítulo 3

*San Sebastián, octubre de 1729*

Desde la cubierta del *Poseidón*, bajo una tenue lluvia que emborronaba sus contornos, se intuía más que percibirse la ciudad de San Sebastián. Dejaron a estribor la isla Santa Clara que, como la perla de una ostra, descansaba en el centro de aquella hermosa bahía, y entraron en el puerto. Los marineros se afanaban en las jarcias, preparando todo para atracar, mientras el contraamaestre impartía órdenes desde el alcázar de la nave.

Yago Izaguirre observaba impasible, junto al capitán Bengoa, las maniobras del buque para entrar en la dársena.

—Bueno, mi querido amigo, hemos llegado sanos y salvos —anunció el capitán minutos después, cuando todas las estachas estuvieron afianzadas a los noráis del puerto—. Me gustaría ver la cara de vuestra madre cuando os vea llegar. Será todo un poema. ¿Cuánto tiempo hace que vuestros padres y vuestra hermana no os ven?

—Cuatro años, más o menos. Me hicieron una visita cuando aún estudiaba en Madrid, pero desde entonces no nos hemos vuelto a ver. —La voz del joven médico se escuchó entre los silbidos de la marinería, que se preparaba para bajar al muelle.

—Es mucho tiempo, sí señor. Cualquier madre estaría más que preocupada. Supongo que no tienen conocimiento de vuestra llegada.

—La verdad es que no —contestó Yago, escuetamente—. Como bien sabéis, volver no entraba en mis planes inminentes... —recalcó con sarcasmo.

El capitán carraspeó, azorado, antes de explicar:

—Mi querido amigo, debéis entender y perdonar a vuestro servidor Tomás. Estaba sumamente preocupado por vos y pensó que lo más sensato era que retornaseis a San Sebastián. Ya os comenté que vuestros padres estaban desesperados por la falta de noticias. —Se quitó el tricornio y lo sacudió contra la barandilla para quitarle el exceso de agua.



Yago clavó los ojos en la cara del capitán antes de replicar con frialdad:

—Me temo que eso no os daba ningún derecho a secuestrarme, capitán.

Volvió a mirar el ajetreo del puerto y apretó la mandíbula, desentendido por completo del hombre que estaba a su lado.

Llevaba poco más de un año sin escribir a sus padres. Un dolor harto conocido se le instaló en el pecho y, como en tantas otras ocasiones durante los últimos meses, se sintió romper por dentro. Trató de normalizar la respiración, rápida y superficial, para que el capitán no se diera cuenta de su estado. La barandilla del alcázar sirvió de asidero a las crispadas manos, que le temblaban perceptiblemente; los nudillos, blancos de tanto apretarlos, destacaban en la oscura madera, tan tensos que parecían a punto de quebrarse por la fuerza con que se aferraba al pasamanos.

«¡Malditos infiernos! ¿Cuándo va a terminar esto?», graznó Yago en silencio.

Aunque estaba muy enfadado con Tomás, no era tan necio como para no comprender que su criado había tomado la decisión que consideraba mejor.

—¿Os encontráis bien, señor? —indagó el capitán, preocupado por la mortal palidez del galeno.

—No es nada —consiguió articular entre dientes—. Supongo que estoy cansado. Un poco de buen licor y se solucionará todo. Si me disculpáis... — Sin más, se dirigió a su camarote con paso inseguro.

El capitán Bengoa frunció el entrecejo, apesadumbrado por la actitud de aquel muchacho. Tenía la piel cetrina, aunque a veces presentaba un intenso rubor, fruto de excesivas libaciones. Desde que lo embarcaran en Sevilla apenas había salido de su camarote. Había pasado el mes de viaje casi sin dejarse ver. Comía solo, pero a juzgar por su aspecto demacrado no lo hacía en abundancia. Tomás, su criado, un hombre tan estirado como si tuviera una barra de hierro pegada a la espalda, se encargaba de suministrarle alimentos y la bebida con la que se emborrachaba en su cubículo hasta perder el conocimiento.

Nada de esto tenía mucho sentido para el capitán, que conocía a Yago desde que era poco más que un mozalbete de doce años. Desde entonces lo había visto crecer alegre y noble, con ideas fijas sobre lo que deseaba hacer cuando fuera mayor. Nada más y nada menos que médico, y lo había conseguido. Por eso era aún más difícil entender un cambio tan drástico. El capitán Bengoa deseaba encarecidamente que don Diego y doña Marina lograsen ayudar a Yago, pues si de algo estaba seguro era de que el muchacho necesitaba ayuda.

—Pobre doña Marina, se le partirá el corazón al ver en qué se ha convertido su hijo —auguró, sacudiendo la cabeza.

—¡Por todos los demonios, Tomás! He dicho que quiero más coñac —aseguró Yago, perdiendo la paciencia.

Estaba sentado en el camastro. Se había quitado la casaca, empapada de lluvia; la camisa entreabierta dejaba ver el vello oscuro del pecho. Tenía los ojos cerrados con fuerza y se frotaba la frente. Tomás, pese a saber que estaba sufriendo otro de sus dolores de cabeza, se negaba a darle más licor.

—Creo, señor, que por hoy hemos bebido suficiente —aclaró, imperturbable, mientras se apresuraba a empaquetar las cosas de su señor.

—Te repito: quiero más coñac, maldito arrogante —barbotó Yago, con la voz un tanto afectada por el alcohol—. Yo decidiré cuando crea haber bebido suficiente.

—No creo... —Tomás se agachó para esquivar el vaso de peltre que Yago le había arrojado—. No creo que vuestra madre se sienta complacida al vernos un tanto achispados, y si me permitís decirlo, señor, tampoco a vuestro padre le complacerá.

—¡Maldito gusano pomposo! Merecerías que te...

—Os ruego, señor, que dejéis de arrojarme cosas a la cabeza —solicitó Tomás, sin perder un ápice de su compostura al esquivar un zapato—. En breves momentos podremos bajar a tierra y debo recoger todo este desastre.

—He dicho que quiero más coñac. No estoy borracho... aún.

—Lo sé, señor. Por eso mismo os ruego que dejéis de beber. Os repito que no creo que a vuestra madre le resulte agradable encontrarnos tan borrachos como un marinero de permiso.

—¡Por los clavos de Cristo! —Yago se levantó—. Si no me traes pronto... —No terminó la frase porque tropezó con el vaso que había rodado por el suelo y cayó de espaldas cuan largo era.

—Bueno, señor, debo decir que no ha sido buena idea por vuestra parte desmayaros en medio del camarote, pero al menos podré terminar de empacar vuestras cosas sin interrupciones.

Doña Marina Vivar de Izaguirre, sentada en el pequeño invernadero de su casa, miraba el lienzo níveo, incapaz de comenzar a pintar en él. Ese día, tras varios meses sin sacar los pinceles y el óleo de la caja, había decidido pintar

un poco, mas seguía sin poder hacerlo. Tenía la vana esperanza de que la entretuviera. Estéril presunción: nada podía distraerla de su amargura.

—¡Dios mío! ¿Dónde está? —susurró, mientras se mordía el labio para no gritar de frustración—. No ha podido desaparecer así. Algo le ha sucedido...

Durante los pasados días había pensado cada vez con más insistencia en lo difícil que era encontrar a alguien en esa época. Al decidir que regresaría a ese siglo, lo había hecho consciente de las diferencias culturales y tecnológicas, pero eso no le importaba. Allí estaba junto a su marido, al que amaba con toda el alma, y con sus hijos. ¿Qué importaban esas diferencias? ¿Para qué querría ella nada más?

Pero en esos momentos sí lo necesitaba. Sabía que en su verdadera época sería más rápido localizar a Yago. Podría tener noticias al instante; no como ahora, que llevaba más de un año sin saber nada. Era para volverse loca.

—*Ama*<sup>[1]</sup>...

La voz cantarina de Clara la devolvió a la realidad. Se giró para mirarla. Su hija revoloteaba por entre las plantas del invernadero. El bastidor de bordar, olvidado en el banco. A sus catorce años seguía siendo un torbellino, incapaz de estarse quieta. No pudo evitar una sonrisa cariñosa. Su hija estaba dejando atrás la niñez y creciendo demasiado deprisa. Ya era tan alta como ella y todo indicaba que iba a heredar la estatura de los Izaguirre. El pelo largo y oscuro, con algún reflejo cobrizo, era una mezcla del suyo y el de Diego. Pero los ojos... los ojos eran tan verdes como los suyos propios.

—¿Sigues triste por la muerte de don Pablo o es por Yago? Venga, *ama*, anímate. Seguro que no tardaremos en tener noticias de mi hermano. Dijiste que hoy ibas a comenzar mi retrato —rezongó Clara con un mohín.

—Me acuerdo mucho de don Pablo; era un buen amigo de la familia. Su muerte ha sido demasiado inesperada y me cuesta aceptarla. Lo peor es Micaela. Después de ignorarlo todo sobre su padre, cuando al fin lo encuentra solo puede disfrutar de su compañía poco más de seis meses —suspiró Marina, repentinamente cansada.

—Sí, eso es muy triste. Pero no está sola; está con nosotros y ahora somos su familia. La verdad es que, para mí, es como una hermana mayor. —Clara sonrió con cariño. Se acercó a una de las plantas de crisantemos y pasó los dedos por los pétalos blancos—. Le voy a pedir que me enseñe todo lo que sabe sobre plantas medicinales... —Calló de pronto y se volvió hacia su madre—. Y ahora... hazme ese retrato que me prometiste —exigió con picardía.

Marina observó el semblante de Clara y no pudo por menos que sonreír. Su pequeña siempre conseguía ese efecto en ella. Rezumaba tanta alegría que era difícil no imitarla.

—Está bien, muchacha —aceptó, animada—. Pero deberás permanecer quieta el tiempo suficiente para que pueda hacerlo.

—Es que posar es muy aburrido... ¿Por qué no me cuentas cómo conociste a mi padre? Así me quedaré quieta. —Los ojos verdes de la jovencita se iluminaron como luciérnagas.

—Eso ya te lo he contado al menos un millar de veces... —protestó Marina, mientras buscaba un trozo de carboncillo para esbozar el retrato en el lienzo—. Conoces esa historia casi mejor que nosotros mismos.

—No importa. Me gusta —aseguró, seria. Y se sentó en un banco de hierro, frente a su madre—. ¿Cómo quieres que me ponga?

—Como estés más cómoda; piensa que tendrás que estar así un buen rato...

—Aguantaré... pero empieza a contarme la historia. ¡Desde el principio!

—Bien... Era mi primer día de vacaciones. ¡No, Clara! —la interrumpió cuando vio que iba a empezar a hablar—. Ya te he explicado muchas veces lo que eran las vacaciones. Bueno, lo que serán las vacaciones. Si quieres que te cuente, no hagas preguntas de las que ya sabes la respuesta.

Marina hizo los primeros trazos en el lienzo para marcar el contorno del rostro de su hija.

—¡Por todos los Santos! Eso es lo divertido —protestó Clara. Y arrugó la nariz cubierta de pecas.

—¡Clara Izaguirre! ¡No utilices ese lenguaje! Eres una señorita y debes cuidar tus modales —la amonestó Marina con seriedad—. Un día de estos te lavaré la boca con jabón.

—Perdona, *ama*. Se me ha escapado.

No se veía arrepentida en absoluto. Tendría que hablar seriamente con Diego para que cuidase su lenguaje en presencia de la niña, si no quería que esta terminase hablando como un marinero.

—*Ama*... te has callado...

—Eres tenaz, muchacha. Está bien: era mi primer día de vacaciones y fui al puerto para visitar a mi abuelo. —Dibujó los ojos risueños y soñadores de Clara—. Sabía que lo hallaría en su velero. Esa mañana, al sacar el ancla para limpiarla, él se había encontrado un antiguo medallón de oro. Tenía grabada la rosa de los vientos y en el reverso: «Diego Izaguirre García». —Marina

sonrió al recordar a su abuelo; casi le parecía oler el tabaco de su pipa—. Me lo colgué del cuello y me fui a dar un paseo...

No quería contarle la verdad. Era un acuerdo al que habían llegado los tres: Diego, Yago y Marina, cuando Clara comenzó a preguntar cómo habían conseguido viajar en el tiempo. Conociendo la vena aventurera de su hija, no confiaba en que se quedase tranquila sin probar ella misma ese confesionario. Pese a que la última vez que intentaron utilizarlo no funcionó, no podían contárselo.

—Y cuando te quisiste dar cuenta, todo había cambiado a tu alrededor y ya no estabas en tu época. Ya no estabas en mil novecientos noventa y cuatro —terminó su hija por ella—. ¡Dios mío, qué lejos está eso!

—Sí, de pronto estaba en mil setecientos, solo que en ese momento yo no lo sabía. Unos hombres de tu padre me secuestraron y me metieron en la bodega del *Tritón*, el barco que él capitaneaba.

—¡Qué romántico! —suspiró Clara con teatralidad.

—¿Romántico? Jovencita, tienes una idea un tanto estrafalaria de lo que es romántico y de lo que no. Si crees que es romántico estar tres días a oscuras en una bodega desconocida, sin comida ni bebida, a merced del embate del agua e imaginando que hay ratas alrededor... —Marina sacudió la cabeza con incredulidad.

—Pero conociste a mi padre y él era como un príncipe...

—Más bien como un pirata —bufó la madre, pero la sonrisa satisfecha rompió el efecto.

—Y os enamorasteis... y os casasteis... Pero luego tú te marchaste otra vez a tu tiempo —le reprochó, dolida, y se golpeó el muslo con el puño—. Habrías debido quedarte con él. ¡Yo jamás le habría abandonado!

—Lo hemos hablado muchas veces, Clara. Aunque al principio quería regresar a mi tiempo, cuando llegó el momento... no quise hacerlo. ¡No podía irme! Pero tu padre me pidió que me marchara. Los hombres del preboste estaban en la cubierta del barco, esperando para apresarle. Creíamos que iban a ahorcarlo. Lo tomaban por un pirata...

—¡Él jamás sería un pirata! —exclamó Clara, defendiendo el honor de su padre.

—¿Ya se lo estás contando otra vez? —preguntó el propio Diego, al entrar en el invernadero. Se acercó a ella y la abrazó por detrás antes de darle un beso en la sien.

Clara abandonó su pose en el asiento de hierro para lanzarse como una saeta a los brazos de su padre. Marina los vio abrazarse y se le llenó el

corazón de dicha.

Diego Izaguirre había cambiado un poco desde que ella lo conociera, veintinueve años antes. A sus sesenta y un años aún mantenía la apostura ágil y atlética; sus ojos acerados seguían mirándola con el ardor de tantos años atrás; no obstante, ahora estaban bordeados de profundas arrugas, fruto de tantas horas sobre la cubierta de un barco. Su pelo, otrora renegrido, ya estaba prácticamente gris. Pero en esencia seguía siendo el mismo atractivo capitán que la había cautivado en aquel entonces.

A veces, cuando volvía la vista atrás y recordaba los extraños acontecimientos que habían cambiado su vida tan drásticamente, pensaba que todo era fruto de su desbordante imaginación. No era así. Todo aquello le había sucedido realmente y la había hecho muy feliz.

Hasta ahora.

—Princesa, ¿no te cansas de oír siempre la misma historia? —preguntó Diego a la jovencita colgada de su cuello.

—¡Oh! Nunca me cansaré. Es como un cuento de hadas...

—¿Y quién soy yo, el ogro? —indagó Diego con picardía.

—¡No! Tú eres el príncipe —aseguró Clara con vehemencia—. Que después de luchar en la guerra contra los ingleses, austriacos, holandeses y portugueses, fuiste a buscar a mi madre a su tiempo. ¿Cómo lo hiciste?

Marina miró a Diego con temor de que se le escapara algo. Su esposo se limitó a clavar su mirada gris en ella, antes de contestar con tranquilidad.

—Ya te he dicho muchas veces, jovencita, que aún no te lo puedo contar.

—¿Y cuándo me lo dirás?

—Cuando seas mayor —aseguró Diego, serio.

—Siempre me dices eso, pero nunca soy lo suficiente mayor. Me haré vieja esperando... —protestó Clara, con los brazos cruzados y actitud beligerante.

—Te prometo que algún día te lo contaré. —Diego dio unos toquecitos con la punta del dedo en la nariz respingona de su hija.

—Solo espero que sea antes de que se me caigan todos los dientes y no pueda comer más que papilla.

La carcajada de Diego resonó entre las paredes acristaladas del invernadero y ahogó, por un momento, el sonido de la lluvia, que continuaba cayendo sin cesar.

—Bueno, ahora termina tú de contarme toda la historia, que ahora viene lo mejor...

—Al principio estaba asustado —declaró Diego—. Tu madre me había hablado de los cambios, pero estar allí era... demencial. Había muchos ruidos, un olor nauseabundo y las mujeres apenas llevaban ropa encima...

—Y entonces llegó mamá con su velero y... conociste a Yago.

—Sí, lo conocí... ni siquiera sabía que existía... —confesó el hombre. Y suspiró al recordar. Luego frunció el ceño como si estuviera pensando en algo. Miró a Marina antes de hablar—. Venía a decirte que me acaban de avisar: ha atracado un barco en el muelle. Creo que es el *Poseidón*. Voy ahora mismo a ver al capitán Bengoa, por si tuviera alguna noticia. ¿Te sientes bien? Estás un poco pálida. Deberías descansar un rato. —En su voz se evidenciaba la inquietud—. Últimamente apenas comes; estás adelgazando mucho, Sirena.

Marina se pasó la mano por el talle del vestido, que le quedaba un poco holgado; sí, estaba adelgazando demasiado. Incluso se sentía un tanto débil.

—No te preocupes, se me pasará. Envía recuerdos de mi parte al capitán. Espero que por una vez tenga algo que decirnos. No aguanto esta espera... —Marina se retorció las manos en la cintura.

—Lo sé, querida. No quiero pensar que le haya ocurrido algo, pero este silencio... —Se mesó el cabello, en un gesto habitual en él. Varios mechones se escaparon de la cinta de cuero con la que se los sujetaba en una coleta—. Yago no es así de desconsiderado. Al menos no lo era.

—Sí. Algo le ha sucedido... no me atrevo a pensar en qué. —Marina, con esmero, le volvió a colocar bien el pelo—. Ahora vete y habla con el capitán Bengoa; es posible que traiga buenas noticias. No estaré tranquila hasta que vuelvas. ¿Prefieres que vaya contigo?

—No, tú descansa. A mi regreso te contaré las novedades.

—Te esperaré aquí mismo.

Se besaron. Clara abrazó a su padre antes de dejarlo marchar.

—*Ama*, ¿crees que el capitán Bengoa sabrá algo? —preguntó cuando Diego se hubo ido.

—Eso espero, hija. Rezo por ello.

## Capítulo 4

Por fin había terminado el traqueteo de aquel coche infernal. El trayecto entre la ciudad amurallada hasta el hogar de sus padres se le había hecho eterno. Por entre los párpados entornados vio a Tomás apearse del vehículo para ayudar al cochero a descargar los baúles. Ya estaban ante la casa-torre que Diego Izaguirre había heredado de sus antepasados. Era un edificio hermoso. Los cuatro lados estaban contruidos de piedra caliza hasta el primer piso; los ladrillos macizos, entre vigas a la vista, completaban las paredes de la segunda planta hasta el alero de madera profusamente tallada. En la fachada principal —justo donde estaban en ese momento—, el escudo de la familia, cincelado en la piedra, presidía la puerta de entrada en arco. Representaba un castillo sobre aguas y rodeado de ocho cruces.

Bajó del coche con un suspiro de resignación; la lluvia, cada vez más intensa, le mojó la cara. En ese momento se abrió la puerta principal.

Adela, la criada, parada en el vano de la entrada, lo miraba con los ojos redondos como platos, sin decidirse a hablar.

—¡Ah! Don Yago... Qué... alegría veros de nuevo —anunció titubeante al fin.

—Mujer, apártate de ahí para que el señor pueda pasar. —Las palabras de Tomás sonaron cortantes y la sirvienta pegó un brinco, asustada. Al darse cuenta de ello el criado moderó su tono—: ¿Dónde están los señores?

—La señora está en el invernadero... El señor hace un rato largo que salió a caballo... —balbuceó la mujer, abriendo la puerta de par en par.

Yago saludó a la criada con la cabeza; la conocía desde que llegó a la casa-torre por primera vez, pero no tenía ganas de extender más el saludo. Sin mediar palabra, entró en la casa y continuó hasta la puerta que daba al jardín. No prestó atención a los recuerdos que despertaban esas paredes, forradas de madera de roble hasta la mitad y enteladas hasta el techo.

Prefería no sentir. Era lo mejor.



Lo primero que vio fue el perfil de su madre en el invernadero. Estaba de pie, abrazada a sí misma, con la vista perdida en el frente. Desde esa distancia parecía muy joven y vulnerable. Estaba más delgada, si cabe, que la última vez. Su cabello, recogido sobre la cabeza, brillaba con aquellas extrañas tonalidades caoba de las algas que varaban en la playa a finales de verano. Según se acercaba Yago percibió las canas que lo veteaban y unas desconocidas arruguitas alrededor de los ojos. Sintió el dolor que, probablemente, le había causado con su silencio y tuvo náuseas. Sus padres no se merecían ese trato. Era una bestia por infligirles ese tormento.

—*Ama...* —La voz le salió como un quejido antes de poder contenerla.

Ella se volvió y le miró, los ojos verdes abiertos de par en par, como si estuviera ante una visión. Seguramente eso era lo que parecía. En los últimos meses, Yago no se había mirado en el espejo por temor a ver en qué se había convertido. Por cómo le sentaba la ropa, estaba más cerca de parecer un espectro que una persona.

Su madre seguía contemplándole sin parpadear, perdido el escaso color de sus mejillas; se tambaleó y habría caído al suelo, de no ser porque Yago la cogió justo a tiempo. El esfuerzo le hizo jadear; últimamente no tenía la misma fuerza que antes, ni los mismos reflejos, ni... Pero ¿qué importaba? A decir verdad, nada de él le importaba gran cosa.

«Si no fuera tan cobarde, hace tiempo habría acabado con mi vida».

Se sentó con cautela sobre el banco de hierro forjado, acunando a su madre en el regazo. Sus años de médico hicieron que le comprobara el pulso y la respiración por pura rutina. Una vez tranquilo al respecto, no trató de despertarla; se quedó allí sentado, contemplando el rostro ceniciento de la mujer, pensando cómo iba a contarle lo ocurrido en el último año.

Diego cabalgaba presuroso a su hogar, sin importarle la lluvia que le mojaba la ropa y le perlaba el rostro. Estaba eufórico: su hijo había vuelto. El capitán Bengoa acababa de informarle que ya había partido hacia la casa; era posible que se hubieran cruzado en el camino. Ahora, sabiéndolo sano, tenía deseos de estrangularlo por el sufrimiento causado. Más le valía que tuviera una buena excusa. De lo contrario...

—¡Qué tonterías dices! —se reprendió con alegría.

Se regocijaba de su regreso, pero su corazón de padre le advertía de que algo no andaba bien. Yago siempre había sido un joven responsable; no era comprensible ese silencio tan radical.

El capitán no le había dado muchas explicaciones; más bien había sido un tanto vago en su declaración. Algo encubría. Esperaba no tardar mucho en descubrir qué.

Al llegar al establo saltó del caballo y entregó las riendas al mozo de cuadras. Tras murmurar un saludo, continuó hasta la entrada principal de la casa. Una vez dentro, prosiguió a grandes zancadas hacia el invernadero para dar a su esposa la buena nueva. Absorto como estaba pensando en la noticia, no reparó en los baúles que esperaban a los pies de la escalera. Vio que la sirvienta venía a su encuentro, pero la despidió con un ademán.

—Lo siento, Adela; ya me lo explicarás luego —dijo, sin pararse siquiera.

En la estancia acristalada había un hombre desconocido que abrazaba a Marina. Estaban junto al asiento, de espaldas a él.

De pronto lo vio todo rojo. ¿Quién demonios era ese hombre que se atrevía a abrazar a su esposa? ¿Y qué hacía Marina dejándose abrazar?

Se acercó como un toro embravecido y les separó bruscamente. Asió al sujeto por el cuello de la casaca y, antes de pensar en nada más, le asestó un puñetazo en la mandíbula que le dejó despatarrado en el asiento, con la cabeza colgando.

Se giró luego hacia su esposa, con ojos llameantes. Marina lo miraba con una mezcla de consternación y sorpresa. Tenía que haber una explicación razonable para ese abrazo. ¡Y por Dios, la tendría! Pero primero deseaba saber la identidad de ese maldito para poder retarlo a duelo. Se volvió, con la mandíbula apretada, hacia el hombre que continuaba recostado en el asiento.

—¿Quién demonios sois para abrazar a mi esposa de ese modo? —bramó fuera de sí, sujetándolo por las solapas para poderle ver la cara.

—Vaya... padre... sigues teniendo un buen gancho —articuló el desconocido, masajeándose la mandíbula—. He tenido suerte de que no me hayas partido ningún diente.

Diego lo miró y parpadeó varias veces, sin creer en lo que veía. Su hijo estaba irreconocible. Había envejecido considerablemente; aparentaba mucho más de los veintiocho años que tenía. El pelo le caía a ambos lados de la cara, deslustrado; los ojos enrojecidos y febriles, la piel macilenta, traslucían un total abandono en placeres insalubres. Estaba muy delgado y en baja forma física. Parecía un remedo del verdadero Yago.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás enfermo? —preguntó, ayudándole a levantarse. Yago se tambaleó y Diego le asió mejor para evitar que cayera al suelo. Le llegó una vaharada de coñac capaz de despertar a un muerto—. ¡Por el amor de Dios! ¡Estás borracho! Debería darte vergüenza...

—Una aguda observación, padre. —Una falsa sonrisa estiró sus labios; hizo una torpe reverencia.

—No te mofes de mí, muchacho —le advirtió Diego, contrariado.

—Yago —dijo Marina, interponiéndose entre los dos—. No hagas enfadar a tu padre.

—¿Acaso ya no me está permitido abrazar a mi madre? —Yago volvió a frotarse la mandíbula—. Resulta evidente que los celos te nublan la mente, padre.

—Bien... sí, es cierto que no me he parado a pensar en nada y... Lo siento, hijo. Espero no haberte hecho demasiado daño —se disculpó Diego, un tanto abochornado.

Yago cerró los ojos. Necesitaba beber. Notaba la garganta seca y constreñida por lo que iba a ocurrir. Inspiró para darse fuerzas antes de responderle.

—No me has hecho nada. En cualquier caso, nada que no se cure con una buena dosis de coñac. Te lo recomiendo, madre. Eso te ayudará a recuperarte después del desmayo. Bien pensado, pareces a punto de volver a perder el sentido. —Su voz sonó tan áspera y sarcástica como él deseaba que sonase. No se merecía el aprecio de sus padres, no después de lo que había hecho—. Me harás pensar que mi aspecto no es del todo agradable. —Carraspeó con sorna—. Es una lamentable falta de tacto por tu parte, madre.

—¡Yago! —siseó Diego, con los ojos más fríos y acerados que nunca—. Si te oigo hablar a tu madre de ese modo otra vez, juro que te devolveré la sobriedad a golpes. No te atrevas a mofarte.

Miraba a su hijo con rabia apenas contenida.

—Por favor, dejad de pelear. —Su madre volvió a interponerse entre ellos y los separó—. Yago, hijo mío, pareces enfermo. ¿Qué te ha sucedido? ¿Han venido Catalina y el bebé contigo? ¿Por fin la podremos conocer? —preguntó, esperanzada.

Yago se tensó ante el súbito dolor que le partía el pecho y deseó desesperadamente un buen trago que llevarse a la boca. Necesitaba sentir el licor quemándole las entrañas. Beber hasta perder el conocimiento y poder olvidar sus demonios, aunque solo fuera por un instante. Dejar de sentir ese suplicio, ese tormento que, estando sobrio, le martirizaba el alma. Olvidar.

—¡Por todos los Santos! No te quedes ahí parado y habla. Dinos qué es lo que ha ocurrido para que guardaras silencio durante tanto tiempo. —La voz de su padre tronó exasperada ante la mudez de Yago—. Demonios, hijo, estás agotando mi paciencia.

El momento temido había llegado.

«No hay vuelta atrás», pensó con ironía.

Aguantó la respiración, esforzándose en controlar el temblor que percibía en sus manos, antes de mirar a sus padres. Antes de contarles su cruel realidad. Antes de explicarles lo que había hecho.

—Te lo suplico, hijo, no me tengas en ascuas —susurró Marina, estirando el brazo como para tocarlo—. ¿Qué ha ocurrido?

—Han muerto, madre. —El aire pareció condensarse entre ellos.

Durante un instante solo se oyó el repiqueteo de la lluvia sobre los cristales del invernadero.

—Dios Santo —jadeó la mujer—. ¿Cómo fue?

—Yo las maté.

—¿Qué tonterías estás diciendo? —espetó Diego, perdiendo la paciencia con su hijo—. ¿Acaso el licor te ha deshecho el cerebro?

Marina miró a su marido como pidiéndole serenidad.

—No es ninguna tontería, padre.

—¿A qué viene ese «padre» y «madre» tan fríos? —inquirió Marina. Asió a Yago por la manga—. Antes nunca nos llamabas así. Por favor, cuéntenos qué te ha pasado.

—He crecido, y me parece más adecuado llamaros de ese modo —explicó con desinterés—. Para vuestra información, Catalina y el bebé murieron hace un año.

Sabía que la frialdad de sus repuestas estaría dejando anonadada a su madre. Sentiría como si de pronto hubiera aparecido un extraño en la casa. Un desconocido insensible, sarcástico e inanimado que, para colmo, decía ser un asesino. Casi rio al pensarlo.

—¡Un año! Continúa, por favor —le rogó Marina, apenada. Y le tendió la mano para consolarlo. Yago la ignoró. No quería su compasión. No la merecía.

—No hay mucho más. Hubo un brote de tifus en la ciudad. —Sus pupilas se dilataron ante ese amargo recuerdo—. Catalina se contagió y se puso de parto. La niña murió pocas horas después de nacer. Mi esposa no soportó la enfermedad. Su doncella y la cocinera también perecieron. Solo nos salvamos Tomás, mi ayuda de cámara, y yo. Aquí tenéis, ante vosotros, al magnífico galeno que no fue capaz de salvar a su esposa ni a su hija. —Soltó una carcajada desprovista de toda alegría—. He abandonado la práctica de la medicina. No, madre —rechazó, cuando Marina intentó hablarle—. No quiero volver a ejercer como médico. Y, sobre todo, no quiero hablar más de este

tema. Ahora, si me disculpáis... veré si puedo refrescarme un poco tras el viaje.

Con una inclinación de cabeza, se giró torpemente y penetró en la casa, dejando a sus padres absolutamente desconcertados.

La desolación era patente en las caras de la pareja; no comprendían nada de lo sucedido minutos antes en el invernadero. Marina se abrazó a su marido, sin importarle que la ropa empapada de Diego humedeciera su vestido, demasiado anonadada para articular alguna palabra. Aquello era una pesadilla de la peor especie; sentía ganas de llorar y de gritar. Su parte más salvaje, si se podía llamar de ese modo, quería correr tras su hijo y devolverle la cordura a golpes, si hacía falta.

—Sirena, tranquilízate. —Diego le acarició la espalda con movimientos lentos mientras le hablaba—. De alguna manera nos contará lo que sucedió y se desahogará. Tan solo está muy trastornado y lo confunde todo. Por si no fuera suficiente, el alcohol no está mejorando mucho las cosas. Creo que si le damos un poco de tiempo se le pasará.

—No lo sé, sinceramente, no lo sé. Está... es un extraño. —Marina se estremeció—. Estoy asustada. Nunca pensé que vería así a mi hijo. ¡Dios del cielo! Estaba borracho. Y sus manos, ¿has visto cómo le temblaban? Tiene los ojos inyectados en sangre... —Se llevó la mano a la boca, como si de ese modo pudiera evitar que le tiritaran los labios.

—Por favor, deja de atormentarte. Esperemos a ver qué sucede en los próximos días: quizá se muestre más relajado, más como es él. —Diego la besó en la sien sin dejar de acariciarle la espalda—. Cielos, yo casi me volví loco cuando te marchaste y creí que no te volvería a ver. Aún recuerdo el vacío y la desolación. Supongo que él estará pasando por un infierno todavía peor. Démosle un poco de tiempo y se recuperará.

—Pobre Catalina. Era una muchacha tan joven... Debimos haber ido a la boda...

—Era imposible, Sirena. Recuerda que las tropas del Rey estaban asediando Gibraltar —puntualizó Diego—. Era muy peligroso embarcarnos con las naves inglesas navegando hacia Cádiz en auxilio de los suyos. ¡Pero si hasta el año pasado aún estábamos en guerra! No podía exponeros a eso. Y hacerlo por tierra era... bueno, tú sabes lo largo que es el camino...

—Lo sé. Tienes razón, pero... —se lamentó acongojada—. Y la niña, nuestra nieta, muerta. No pudimos siquiera conocerlas. —Las lágrimas

corrían por sus mejillas—. Se me parte el corazón al pensarlo. Un bebé que apenas comenzaba a vivir y ya no está. Nuestra nieta... ¡Dios querido! ¡Era nuestra nieta!

Se abrazó a su marido, tratando de absorber algo de su calor bajo la humedad de sus ropas. Notó el estremecimiento de Diego y al mirarlo descubrió que mantenía los ojos fuertemente cerrados: hacía esfuerzos para no llorar. Verlo de ese modo, tan apenado, la hizo reaccionar. De pronto la tristeza se trocó en rabia, una rabia sorda que le calentó el cuerpo. Se separó de Diego como impulsada por un resorte.

—¡No quiere ser médico! ¡Demonios, lleva desde niño diciendo que deseaba serlo! —resopló—. Intenta hablar con Yago, ¿quieres? Tú eres su padre y te escuchará. Siempre te ha escuchado. En este momento yo... — Abrió y cerró los puños a los costados—. Es mejor que seas tú quien hable con él. Yo no sabría qué decirle.

—No creo que me escuche, pero de igual manera te prometo que lo intentaré, Sirena. Tranquilízate; no conseguirás nada atormentándote así. — Le secó las lágrimas con los dedos antes de besarla con ternura—. Ahora, vamos, recojamos todo esto; no creo que hoy vayas a pintar. Te he empapado el vestido con mis ropas. Debemos cambiarnos si no queremos pillar una pulmonía.

Se dedicaron a guardar todos los tarros de pintura al óleo en la caseta del jardinero, al fondo del jardín, y después entraron en la casa, calados hasta los huesos y cada uno sumido en sus propios pensamientos. Fuera la lluvia continuaba cayendo de manera persistente. En el horizonte retumbó un trueno lejano.

## Capítulo 5

Micaela se puso una mantilla sobre el vestido negro, cogió la cesta de las hierbas y casi corrió a la cuadra. El mozo de la casa-torre Izaguirre bostezó al entregarle las riendas de Abedul. Luego la ayudó a montar.

—Vuelve a dormir —le pidió Micaela, una vez que tuvo la cesta afianzada en la silla. Reprimió un bostezo—. Aún puedes aprovechar un rato. Si te preguntan: he ido a casa de los Larrea para atender a doña Dorotea.

El mozo cabeceó y se frotó los ojos antes de volverse al interior de la cuadra, arrastrando los pies.

Fuera, la llama de la lámpara de aceite que portaba el criado de la casa Larrea rompía la oscuridad. Lo saludó y emprendieron al trote la marcha hacia la ciudad. Cabalgaron en silencio. No había tiempo que perder. Por lo visto, doña Dorotea llevaba desde la noche anterior con dolores de parto. ¿Por qué no la habían avisado antes de que cerraran la entrada a la ciudad?

A la derecha, frente a ellos, los primeros rayos de sol despuntaban sobre Peñas de Aya y teñían de dorado el azul intenso del cielo. A la izquierda, el agua del mar lamía la orilla de los arenales con un ritmo cadencioso; la trápala de los cascos de los caballos, en el camino, semejaba el latido de un corazón. Un gallo cantó a lo lejos y pronto otros hicieron lo propio. Como si de una señal se tratase, una bandada de gaviotas gritonas planeó sobre las cabezas de los jinetes y se perdió en el mar.

Al llegar a las murallas, Micaela se tapó mejor con el chal de lana, por protegerse del relente de la mañana, y sofrenó al caballo al cruzar las distintas fortificaciones. Primero subieron el declive hasta el camino cubierto. Después cruzaron el pequeño puente para salvar el foso secundario que rodeaba el hornabeque<sup>[2]</sup>; traspasaron la puerta de la fortificación y un segundo puente, más largo que el primero, que salvaba el foso principal y llevaba hasta la Puerta de Tierra. El soldado que custodiaba la entrada se hizo a un lado para dejarles pasar.

Las calles de la ciudad estaban casi desiertas. Allí, el sonido de los cascos de sus monturas reverberaba en la quietud. A través de las ventanas de los más madrugadores se colaba la luz de las velas. El aire empezaba a oler al humo de los hogares encendidos.

No tardaron en llegar a la casa que los Larrea tenían en la calle Mayor. Una criada les esperaba a la puerta, arrebujaada en un chal.

Micaela se bajó con presteza del caballo y desató la cesta. El criado que la había acompañado se llevó las monturas a la cuadra de la casa, tan silencioso como durante el camino.

Entraron y la sirvienta la condujo por la vivienda. Era indudable que la familia Larrea era de clase pudiente, a juzgar por los cuadros y los muebles que adornaban la entrada y las escaleras hacia los dormitorios. Sus pasos resonaron en el suelo de piedra. La habitación de la señora de la casa era amplia y estaba decorada con muebles de roble; en las paredes, enteladas con damasco azul claro, varios candelabros alumbraban la estancia. La silla de partos estaba a un lado de la cama. Desde la mesita de noche un quinqué iluminaba el rostro congestionado y sudoroso de la mujer, que jadeaba tumbada en el lecho.

El olor a sudor y a miedo impregnaba el aire del dormitorio. Denso y pesado.

—Buen día —saludó Micaela a los presentes al entrar.

Alrededor de la cama estaban el esposo de doña Dorotea y sus madres respectivas. Los tres, con idénticas miradas de preocupación, se apresuraron a saludar a la curandera.

El dueño de la casa se acercó a Micaela con cara de inquietud. Estaba sin afeitarse, con el oscuro cabello alborotado y el cuello de la camisa suelto. Profundas ojeras le bordeaban los ojos verdes. Se lo veía macilento y abrumado por la situación.

—Lleva desde antes del ocaso con dolores de parto —empezó don Marcelo de Larrea—. No nos había dicho nada y para cuando quiso avisar ya habían cerrado las puertas de la ciudad. Vuestra criada nos dijo que ahora vivíais extramuros, en la casa-torre Izaguirre. Hemos tenido que esperar a que las volvieran a abrir para poder mandar a buscaros —explicó el magistrado. Sus manos formaban puños contra la cadera.

—En las otras ocasiones hemos llamado a doña Camila de Gamboa. —La madre de don Marcelo se aproximó con pasos mesurados—. Sin embargo, esta noche también se ha puesto de parto la señora Juliana de Urrutia y ella ha ido a atenderla —explicó, con un deje de antipatía.



—Madre, la señora Juliana es su cuñada... —le recordó el magistrado, con visible cansancio. La anciana bufó con desprecio. Don Marcelo pareció titubear antes de añadir—: Estoy seguro que doña Micaela será igual de capaz y no habrá problemas. —Miró a la herbolaria, esperanzado; luego se mesó el pelo y se giró hacia la cama—. Mi esposa está preocupada porque apenas siente los movimientos del bebé...

—Es normal que en los últimos días el bebé esté más tranquilo y se mueva menos... —Micaela intentó tranquilizarle. Sacó un delantal de su cesta, se lo puso y procedió a lavarse las manos en la palangana que le habían llevado.

Le preocupaba que la parturienta no notase al bebé. Si bien era cierto que la criatura se movía menos cuando el parto se aproximaba y ya estaba situada en el canal, también lo era que la falta de movimientos implicaba dificultades. Esperaba que solo fuera por el cansancio y no hubiera ningún problema serio. Se secó las manos en un lienzo. Tomó aire antes de volverse para auscultarla.

—Voy a comprobar si todo está bien —anunció, al tiempo que se frotaba las manos para quitarles la frialdad del agua.

Las dos mujeres y el hombre le hicieron sitio junto al lecho para que pudiera realizar su trabajo sin complicaciones.

En la cama, bajo la sábana, habían colocado una piel de cordero con la lana vuelta hacia arriba. El camisón blanco y bordado que vestía doña Dorotea estaba lleno de arrugas y húmedo por la transpiración. Se la veía completamente agotada; su rostro, abotargado por el esfuerzo.

Micaela le sonrió y le palpó el abdomen por encima de la tela hasta localizar el cuerpo del bebé. No le costó mucho situar las distintas partes. Pero, aunque estaba bien posicionado, apenas reaccionaba a sus manipulaciones. Aquello no era bueno. Se temía lo peor.

«¡Debo sacarlo de aquí!», pensó, preocupada.

Se fijó en que, pese a las horas transcurridas desde que comenzó con los dolores del parto, aún le quedaba un poco para terminar de dilatar. Si se demoraba, el bebé moriría sin remedio.

—Voy a untaros con aceite para facilitar la expulsión —precisó, antes de buscar el frasco de aceite de almendras en su cesta. Luego friccionó la boca de la vagina de la parturienta, por donde la coronilla del bebé pujaba por salir.

La mujer se retorció, con el vientre endurecido por una nueva contracción. Un gemido agónico escapó de sus labios y sollozó, agotada.

La dilatación se había completado.

—Doña Dorotea, debéis empujar con fuerza en cuanto os lo pida —ordenó con premura. Ahora necesitaba que la parturienta colaborase para expulsar al bebé lo antes posible; quizá de ese modo lograra sobrevivir. Solo esperaba que pudiera ayudar, a pesar del agotamiento—. Sé que estáis cansada, pero debéis hacerlo por el bien de la criatura. ¡Empujad!

La mujer gimió de dolor; los tendones de su cuello sobresalieron por el esfuerzo y su cara enrojeció con furia. Varias lágrimas escaparon y cayeron en la almohada.

—No... puedo... más... —sollozó—. No... puedo... más...

—Sí, aún podéis, doña Dorotea. Guardad la esperanza. Todavía os quedan fuerzas para volver a empujar —animó Micaela, confiando en que sirviera de algo—. Preocupaos solo de aguantar una más.

Alrededor de la cama, las abuelas del nonato comenzaron a rezar el rosario, esperando un nacimiento que no llegaba. Don Marcelo recorría la estancia, inquieto, con una mano en la cadera y otra en la frente. De vez en cuando miraba a su esposa con los ojos desorbitados de temor.

—Haced algo, doña Micaela. Os lo ruego —suplicó. Y reanudó su errático andar.

—Marcelo, deberías esperar fuera... —sugirió la madre de doña Dorotea.

—¡No!, gracias, doña Inés, pero prefiero quedarme. Estuve en los partos anteriores y en este también quiero estar.

—Quiero... que se quede, madre —añadió la parturienta en un hilo de voz—. Me... due... le... —La tela del camisón, mojada de sudor, se le pegaba al vientre dilatado. Los mechones castaños que habían escapado de la trenza le enmarcaban el rostro, enrojecido y brillante de la transpiración—. No... no puedo... más.

El momento había llegado. Ya no podía demorarlo: si no sacaba al bebé en seguida no habría posibilidades de que sobreviviera. Micaela se volvió a don Marcelo, tratando de que no se notara su preocupación. El hombre ya estaba suficientemente asustado.

—Será mejor trasladarla a la silla de partos...

—No... por favor... no tengo fuerzas... para nada más —musitó la mujer. Micaela miró al magistrado y el hombre negó con la cabeza.

—En ese caso os sugiero que os sentéis en la cama y sujetéis a vuestra esposa por detrás para ayudarla a empujar —le ordenó Micaela. En los caseríos esa era la manera en la que los hombres se encargaban de ayudar. Desconocía si eso también lo hacían en las casas de cierta categoría. No

importaba. ¡No había tiempo para remilgos! Estaba en juego una vida—. Temo que esté llegando al límite de sus fuerzas.

El hombre obedeció al instante las indicaciones que le fue dando la partera. Sentado en medio de la cama, con las piernas a ambos lados de la cadera de su mujer, dejó que doña Dorotea se apoyase en su torso para hacer fuerza.

Las abuelas aspiraron con aprensión y continuaron con los rezos.

En los siguientes minutos solo se oyeron los gritos y quejidos de la parturienta, que trataba de expulsar al bebé, y las palabras de apoyo que su marido susurraba junto a su oído.

—No puedo... no puedo... no... —gimoteó, agotada—. Siento... como si... me rompiera... por dentro. Me... estoy muriendo.

—Vamos, mujer, que no se diga que mi hijo se casó con una melindrosa —protestó la madre de don Marcelo, con voz autoritaria—. Todas hemos pasado por eso antes.

—Dejadla, madre. Está agotada... —defendió el hombre—. Cualquiera lo estaría en este caso.

—No... puedo más... —balbuceó la dueña de la casa.

—¡Claro que podéis! No es vuestro primer hijo. Ya sabéis lo que hay hacer... —le recordó la curandera. No podía consentir que se derrumbase antes de acabar—. ¡Empujad, ya sale la cabeza!

La mujer gritó y se tensó como un arco. Las mujeres dejaron a un lado los rezos para asomarse y observar la ensangrentada cabecita, coronada por una mata de pelo oscuro. Micaela no quiso pensar en el tono amoratado que presentaba la carita. Era indispensable que no se demorase más. Giró al bebé para colocarlo en la posición adecuada.

—¡Empujad! —volvió a exigir a la mujer.

Doña Dorotea, con la cara congestionada, protestó casi sin fuerzas. Una nueva contracción la obligó a empujar. A su espalda, su esposo, pálido como un difunto, apenas se atrevía a tomar aire.

No tardó en salir el resto del cuerpo del bebé. Lo puso del revés para forzar el llanto. Al no obtenerlo, comprobó si le latía el corazón. No era así. Era demasiado tarde: el niño estaba muerto. No había llegado a tiempo.

«¡Por Dios!», pensó, enfadada, y aguantó las ganas de llorar de pena y rabia.

Un silencio extraño se instaló alrededor de la cama. Durante unos minutos nadie habló; parecían estar reteniendo el aliento. Las abuelas habían olvidado sus rezos; con las miradas entristecidas, miraban el rostro apagado de la

criatura. Don Marcelo apretaba rítmicamente la mandíbula con los ojos clavados en el pequeño bulto que Micaela sujetaba entre los brazos.

—¿Por qué... por qué no llora? —murmuró la madre, acongojada y con los ojos vidriosos de dolor—. ¿Qué le pasa?

Micaela no podía decir nada. La pena constreñía su garganta. Se sentía entristecida por esa pérdida. Por no haber podido hacer nada para salvarlo. El niño era precioso y estaba bien formado. Su cuerpecito iba perdiendo calor al tiempo que su piel se volvía cerúlea. Tras cortarle el cordón umbilical, que ya estaba blanco, lo llevó junto al aguamanil. Con ternura, le pasó un lienzo húmedo para limpiarle los restos del alumbramiento.

Cerró los ojos con fuerza para no sucumbir al llanto. No quería llorar. No era el momento adecuado. Aún quedaban muchas cosas por hacer.

—Está... ha muerto... —Don Marcelo abrazó a su esposa, con el rostro tenso por el llanto reprimido—. Se nos ha ido. Era un niño... por fin teníamos un niño...

Como si esa fuera la señal que esperaban, las abuelas rompieron a llorar. Desconsoladas, se abrazaron una a la otra.

Micaela se limitó a seguir con la triste tarea de adecentar el cuerpecito que tenía entre los brazos. Un instante después, la madre de don Marcelo anunciaba:

—Será... mejor que mande a llamar al párroco. —Luego, secándose las lágrimas con un pañuelo, trató de serenarse; con un suspiro y la espalda encorvada salió del cuarto, arrastrando los pies.

—¡Mi niño! Dadme a mi niño. —En el lecho, la madre lloraba con angustia. Grandes y lastimeros llantos que partían el corazón—. Mi... niño. Quiero... mi niño.

Tras cubrirlo con una mantita, Micaela se lo entregó.

Doña Dorotea, entre gemidos, se aferró al cuerpecito sin vida de su hijo. Su esposo seguía abrazándola desde atrás e intentaba tranquilizarla con palabras tiernas dichas al oído, mientras su suegra lloraba mansamente al lado de la cama.

Durante un rato, Micaela dejó a la familia desahogarse y llorar tranquila. Luego, apretándose el puente de la nariz, hizo un esfuerzo para sobreponerse y continuar; aún no había terminado el trabajo del parto. Regresó al lecho y se agachó para ayudar a expulsar los restos. La placenta salió sin dificultad. Tras comprobar que estaba entera, la llevó hasta la palangana y la dejó allí.

Al volver junto a la parturienta descubrió que había bastante sangre, quizá más de lo normal para un parto. No le gustaba nada el cariz que estaba

tomando la situación. Al levantar el camisón vio que la sangre manaba a chorro.

«¡Dios mío!», pensó.

El mayor temor de una comadrona se estaba haciendo realidad. No sabía qué hacer para frenar esa hemorragia.

Miró a los dueños de la casa. La mujer, apoyada con agotamiento sobre el pecho de su esposo, sin más intención que la de abrazar el cuerpecito sin vida de su hijo. Seguía llorando, pero sus facciones se habían relajado y hasta parecía que fuera a sonreír de un momento a otro.

«¡Oh, no! Se va a dejar ir...».

—Señora, por favor... no hagáis eso. ¡Luchad! —instó la curandera, sin apartar la mirada de los ojos cerrados de la mujer—. Necesito paños limpios para contener la sangre —solicitó con premura, sin dirigirse a nadie en particular. Al instante la madre de la parturienta le entregó un montón de lienzos.

Los utilizó para taponar de alguna manera la vagina y comenzó a masajear el vientre para ayudar a que el útero menguara su tamaño. Doña Dorotea gimió de dolor y la apartó de un manotazo, negando casi sin fuerzas.

—Debéis dejarme para que... —tuvo apenas tiempo de decir, antes de que la señora de la casa volviera a apartarla. Luego miró al esposo, que seguía abrazando a la mujer sin decir nada, como si no comprendiese bien qué sucedía—. Por favor... don Marcelo, es peligroso... —suplicó Micaela, apurada.

El hombre pareció recobrase lo suficiente como para entender lo precario de la situación.

—Querida, tienes que dejarle hacer...

La mujer sacudió la cabeza.

—Me duele mucho y estoy muy cansada, Marcelo. Di... a las niñas... que las quiero —musitó sin fuerzas.

—Se lo dirás tú misma. Deja que doña Micaela te ayude —ordenó el hombre, asustado—. Tienes que hacerlo. Por Dios, mujer, no puedes dejarme solo.

La dueña de la casa volvió a negar. Los ojos vacíos, muertos.

—Señora, debéis luchar, por el bien de vuestras hijas —rogó la partera, sin dejar de amasarle el vientre.

La hemorragia seguía, imparable. Los paños teñidos de rojo se amontonaban entre las piernas de la esposa del magistrado.

«Por favor, por favor, que no se muera», suplicó Micaela en silencio.

—Querida mía, aún puedes tener más hijos —aseguró la madre. Le acarició el rostro sudoroso—. Sabes que yo también perdí uno... sé lo que duele, pero te repondrás.

La mujer se dejó hacer sin poner nada de su parte y sin soltar a su hijo muerto.

—¡Por el amor de Dios! Doña Micaela, no permitáis que muera —gimió el hombre con los ojos anegados de lágrimas—. Dorotea, no puedes dejarme solo. ¡No puedes!

Micaela continuó con los masajes. Se negaba a darse por vencida. Sabía que la situación era muy crítica, pero eso no le impedía seguir intentando lo que fuera.

«¿Qué más puedo hacer?», se preguntó, impotente.

La piel de la mujer había perdido todo vestigio de color. Síntoma de la considerable cantidad de sangre perdida.

Oyó que la abuela redoblaba el llanto y que las palabras de don Marcelo a su esposa se hacían más apremiantes. Levantó la vista. La parturienta jadeó un par de veces. Abrió los ojos y, con una tenue sonrisa, expiró.

El hombre sepultó la cara en el hombro de doña Dorotea, estremecido por el llanto.

La anciana gimió y se golpeó el pecho con el puño, mientras se lamentaba y llamaba a su hija como en una letanía.

Micaela se mordió el labio y, con manos temblorosas, comenzó a recoger los paños sucios. Necesitaba hacer algo para no sucumbir al llanto. Parpadeó con furia. La garganta le ardía por el esfuerzo de no llorar. Ya tendría tiempo.

La claridad que entraba por la ventana se esparcía por el suelo de madera y opacaba la luz de las velas. La calle ya había cobrado vida y comenzaba a oírse el trajinar de los transeúntes y de las bestias de tiro, ajenos al dolor que se estaba viviendo dentro de aquella casa.

Fuera nada había cambiado, todo seguía igual que el día anterior. Micaela notó que esa sensación la desgarraba por dentro.

## Capítulo 6

—¿Dices que la puerta de la bodega está cerrada con llave? —inquirió Yago, irritado, al tiempo que se sentaba más erguido en la silla. Tenía la cabeza a punto de estallar por la resaca.

Sentía como si una banda de tamborileros ensayase una marcha militar dentro de su cerebro. Probó a masajearse las sienes con los dedos; no mejoraba gran cosa.

«¡Cómo necesito un trago de buen licor!», rezongó en silencio.

Llevaba una semana en la casa, bebiendo sistemáticamente y sin parar. Sabía que sus padres estaban más que molestos; le sorprendía que hubieran aguantado tanto. Su madre, por lo visto, ya había perdido la paciencia. No le extrañaba lo más mínimo esa decisión; ella no se andaba por las ramas. Lo verdaderamente insólito era que hubiese tardado tanto. Casi esbozó una sonrisa de medio lado.

—Me temo que eso es lo que os he dicho, señor —corroboró Tomás, mientras terminaba de rasurarle la barba.

—Bueno, hombre, pues pídesela al ama de llaves y ya está ¡Necesito beber algo! —exclamó Yago, crispado, olvidando por un momento que no debía gritar—. ¡Santo Dios! Cómo me duele la cabeza.

—Ya no hay ama de llaves; era muy mayor y se retiró hace un par de semanas. Vuestra madre está haciendo esas funciones hasta que contrate a otra.

—En ese caso se la pides a mi madre —masculló con los ojos cerrados.

—Haré lo que pueda, señor, pero no os prometo que sea de mucha ayuda. —Procedió a guardar los utensilios del afeitado con total parsimonia—. Podríais probar a beber agua...

—Tomás, en tu lugar andaría con cuidado y no provocaría nada que no pueda controlar. —Retiró la toalla con la que se estaba limpiando los restos de jabón de la cara y clavó una furibunda mirada en el hombrecillo, aun

sabiendo que con eso no lo afectaría lo más mínimo—. Ve y pide la maldita llave de una vez.

—Vuestra madre está enormemente irritada con nosotros. No creo posible que nos entregue la llave, señor.

—Inténtalo, Tomás —zanjó, apretándose las sienes en un vano intento por acabar con el dolor de cabeza.

—Cómo no, señor. ¿Necesitaréis ayuda para vestiros? —Le mostró la camisa. Yago bufó con desprecio—. Está bien, iré a hablar con vuestra madre —añadió Tomás, imperturbable.

El criado dejó la camisa sobre la cama antes de salir, cerrando la puerta con suavidad. Yago se recostó en la silla para esperar el regreso de aquel envarado hombrecillo. Estaba demasiado sobrio para aguantar el nuevo día junto con la tremenda resaca, resultado de la botella de coñac que había bebido antes de desplomarse sobre la cama.

—Espero que no se retrase —musitó, apoyado el antebrazo sobre los ojos. Con cansancio se rascó el pecho y dejó que la mano le cayera sobre el regazo.

Un instante después se abrió la puerta del dormitorio.

—¿Ya la has conseguido? —preguntó, sin molestarse en retirar el antebrazo de los ojos—. Sí que has sido rápido esta vez.

—¿Qué tal estás hoy? —La voz dulce y cantarina de su hermana le traspasó los tímpanos. Adiós tranquilidad.

—¿Otra vez aquí, mocosa? ¿Nadie te ha enseñado a llamar antes de entrar? Aún no estoy vestido —protestó seco.

—He llamado, pero no me has oído. Te he visto antes sin camisa y llevas puestas las calzas. Desde luego no estás desnudo —aclaró con desparpajo.

—Me duele la cabeza; hoy no tengo ganas de discutir contigo.

Sin prestar atención al comentario, ella caminó hasta ponerse a su lado. Con las manos a la espalda comenzó a balancearse sobre los pies, adelante y atrás. Yago se giró para mirarla abiertamente. Los rizos oscilaban con el movimiento. Tenía varias manchas de harina en la punta de la nariz y en las mejillas, y olía sutilmente a levadura. Seguro que ya había estado trasteando por la cocina.

En esos cuatro años, desde que no la veía, había crecido mucho. El vestido dejaba entrever sus incipientes formas de mujer. Su hermanita estaba dejando atrás su imagen infantil y Yago sintió pena por esa pérdida.

—He visto que Tomás había salido y he pensado que tal vez hoy sí quieras jugar al ajedrez conmigo, como cuando era pequeña.

Durante un momento cesó el balanceo. Estaba esperando la respuesta.



—Te repito lo mismo que estos días atrás: no me apetece jugar al ajedrez. Me duele la cabeza —murmuró Yago. Se frotó la frente.

«¡Maldición, cómo me duele!».

—Siempre te duele la cabeza. Si dejases de beber tanto, seguro que no te dolería. Desde que has vuelto eres un viejo gruñón —protestó Clara. No hizo falta que la mirase para adivinar que un mohín de reproche arrugaba su cara de duende—. Pareces uno de esos marineros de permiso que se emborrachan en las tabernas del puerto. Hasta hueles tan mal como ellos —aseguró, husmeando a su alrededor como un perro de caza; luego agitó la mano como si quisiera espantar el olor—. Realmente, apesta a coñac.

—¿Qué sabe una mocosa como tú de los marineros de permiso y de las tabernas del puerto? —preguntó Yago con sarcasmo.

—¡Pues mucho! He ido muchas veces... —se vanaglorió ella.

—Como se entere nuestro padre, te pondrá el trasero como un tomate y lo tendrás merecido, mocosa. ¿Es que no sabes lo peligroso que es para una muchacha andar por esos sitios? —bramó, enfadado—. ¡Santo Dios! ¡Mi cabeza!

Aguantó una mueca de dolor. Su cráneo estaba a punto de estallarle.

—Bueno... no te enfades. No he ido tantas... en realidad... solo estuve un día que convencí a papá para que me llevase... ¡Pero vi a muchos marineros borrachos como cubas! —declaró al final—. ¿Por qué bebes tú?

—Eso no es de tu incumbencia, Trasto.

Se frotó las sienes, en un intento de que cesase el martilleo.

—No me gusta que bebas tanto. Te pones de mal humor y ya no juegas conmigo —se lamentó Clara. Y se sentó en el suelo, con la falda del vestido extendida alrededor—. ¿Es porque murieron Catalina y el bebé? Me gustaría haberla conocido. ¿Era hermosa?

Yago apretó los puños y cerró los ojos; no quería pensar en ello. Dolía demasiado.

—No tengo ganas de hablar de eso. ¡Ve y déjame en paz! —gritó con sequedad.

Los ojos de la jovencita se abrieron de par en par y se anegaron de lágrimas, pero antes de verter siquiera una, se levantó con la dignidad de una reina y se encaminó a la puerta.

—No sé quién eres... Mi hermano jamás me habría hablado así —dijo. Y salió de la habitación.

—¡Por todos los demonios! —murmuró Yago entre dientes.

La mocosa de su hermana tenía toda la razón del mundo: él jamás le habría hablado de esa manera. ¿En qué se estaba convirtiendo?

Había resultado ser un mal esposo, un mal médico, un mal hijo y, ahora, un deplorable hermano.

Se levantó con pesadez y comenzó a ponerse la camisa.

«¿Dónde demonios se ha metido ese hombre?».

Tomás había sido el ayuda de cámara del suegro de don Yago durante veinte años. Al morir este, continuó al servicio del médico por iniciativa propia. Más tarde, cuando se recuperó del tifus y descubrió la devastación producida por la enfermedad en aquella familia, prometió atender al joven galeno para siempre. Le debía la vida; sin los cuidados de don Yago no habría podido sobrevivir. Estaba enormemente agradecido y haría cualquier cosa por él.

Sin embargo, no estaba muy contento con su actuación, pues debería de haber tomado mucho antes la decisión de viajar con don Yago a su tierra natal. Pero había estado esperando que su señor se recuperara del dolor por sí solo. En las ocasiones en las que le sugirió que sería una buena idea regresar a San Sebastián solo recibió una agria negativa por respuesta, condimentada con los más variados epítetos sobre su persona. Casi sonrió al recordar lo coloridos que podían llegar a ser.

Con un leve carraspeo, estiró la levita y cuadró los hombros; cuando llegó a la biblioteca ya había borrado toda expresión de su cara.

Un bufido despectivo a su derecha le hizo mirar en esa dirección. Adela, la criada, se dedicaba a limpiar el polvo de los cuadros que colgaban de la pared. Tomás fingió no haberlo oído. No le iba a dar a esa mujer la satisfacción de saber que le afectaban sus malos modales.

—No, Tomás, no te entregaré la llave. Y puedes decirle a mi hijo que en esta casa no volverá a beber ningún tipo de licor —aseguró Marina.

El ayuda de cámara de Yago la había encontrado en la biblioteca, repasando el libro de contabilidad. En la semana que llevaban en la casa no había visto mucho; las pocas veces en que habían coincidido él llevaba una botella de coñac para su señor.

Pese a que Tomás era un hombre de estatura baja, lo disimulaba permaneciendo tan tieso como el palo mayor de un velero. Aparentaba unos

cuarenta y cinco años, aunque probablemente tendría alguno más. Sus ojos negros estaban medio ocultos por los párpados caídos; el rostro permanecía impassible. Sabía que era andaluz —su acento le delataba—, pero se conducía como un criado británico.

—Estoy totalmente de acuerdo con ello, si me permitís el atrevimiento, señora —asintió Tomás—. Creo que ya hemos bebido suficiente.

Por un momento, Marina pensó que se refería a los dos, pero desechó la idea al comprender que aquel extraño hombre utilizaba el plural para referirse a su señor.

—Dile que, si tiene alguna queja, me la diga a mí.

—Por supuesto, señora. Con vuestro permiso...

—Un momento, Tomás —solicitó Marina—. ¿Cómo es que mi hijo ha decidido venir, después de tanto tiempo sin noticias tuyas?

—Señora, en realidad, no queríamos venir. Pero me tomé la libertad de desobedecer las órdenes de don Yago y busqué un medio de que retornase —comenzó el criado—. Hace poco más de un mes decidí que era preciso embarcar lo antes posible. Con la excusa de comprar más coñac, fui al puerto para buscar algún barco que nos trajera a San Sebastián. Allí conocí al capitán Bengoa, quien, curiosamente, estaba preguntando por don Yago a pedido de vuestras mercedes. Aquella misma noche, cuando mi señor empezó a beber, le administré láudano en el coñac. Una vez dormido, lo embarcamos. Partimos con la marea de la mañana.

Marina cabeceó con los ojos cerrados.

—Gracias, Tomás. Ahora entiendo la irritación de mi hijo. En un principio creí que él había venido por propia iniciativa, por eso no comprendía su talante. Ahora está claro. —Calló un momento—. Tomás, si no es indiscreción, me gustaría saber dónde aprendiste esos modales tan impecables que tienes.

—Por supuesto, señora, os lo contaré gustoso —afirmó el criado, muy tieso—. Siendo niño me enviaron a la casa de un lord inglés afincado en Gibraltar. Hasta los veintitrés años trabajé para él, primero como paje y, después de ir escalando puestos, como ayuda de cámara. El señor Bennett, el mayordomo de milord, me enseñó todo lo que sé.

Tomás le contó que, a la muerte del lord inglés, regresó a su Cádiz natal, donde empezó a trabajar en la casa del suegro de Yago, y lo que sucedió después.

—Gracias por preocuparte por su bienestar —agradeció Marina.

—De nada, señora; solo lamento no haberlo hecho antes —aseguró el hombre, con sinceridad.

Ella cerró el libro de cuentas y se despidió del criado con una sonrisa. Tomás salió de la biblioteca sin hacer apenas ruido.

Marina no tenía ganas de seguir controlando los pedidos para la cocina; en realidad, no tenía muchas ganas de nada, salvo, quizá, de sacudir a su terco y necio hijo hasta que recobrase el sentido común.

Llevaba siete días allí y su actitud seguía siendo la misma que cuando llegara. El mismo cinismo, el mismo sarcasmo y la misma postura irónica. Parecía tan exagerado que a veces Marina no sabía si llorar de frustración o reír como una loca ante tanto despliegue de socarronería.

Diego había intentado hablar con él en repetidas ocasiones. Esfuerzo inútil, pues Yago se negaba a decir nada más sobre el tema. Quizá la solución era esperar a que él mismo se decidiera a contar lo que le atormentaba de esa manera.

«Probablemente estaré *criando malvas* antes de que eso ocurra», pensó.

Con cuidado devolvió el volumen al cajón del escritorio antes de pararse junto a la ventana para admirar el paisaje otoñal. Oyó cerrarse la puerta.

—Buenos días, madre. —Marina casi chirrió los dientes ante las palabras de su hijo, tan faltas de calidez—. Tomás me ha dicho que no piensas darme la llave.

—Buenos días, Yago. No. Creo que ya has acabado con mi paciencia y no pienso tolerar que sigas emborrachándote en esta casa impunemente. Si lo que deseas es acabar con tu vida empapado en alcohol, es problema tuyo, pero desde luego no lo harás en esta casa ni yo te facilitaré el proceso. —Se volvió para mirarlo a los ojos. Sufría por él; sin embargo, ya había llegado el momento de hacerle comprender lo errado de ese camino. Tomó aire para tranquilizarse antes de continuar—: En lo sucesivo, si quieres beber, lo harás en las tabernas del puerto.

—Vaya, vaya, madre. Empezaba a creer que habías perdido tu genio. Debo decir que me alegra saber que sigues siendo la misma.

—Desgraciadamente, no se puede decir lo mismo de ti. —Le dolía hablar así y se mordió la lengua para no disculparse. Verlo tan pálido y desmejorado era más de lo que una madre podía aguantar.

—*Touché*, madre. —Yago sonrió solamente con los labios.

Se acercó a él anhelando abrazarle, mas su actitud fría y distante se lo impidió. Alzó la vista para mirarle a los ojos.

—Yago, querido, ¿por qué no me dices qué es lo que te ocurre? No puedes imaginarte lo que me duele verte así. —Volvió a tomar aire para serenarse y desasíó las manos, que mantenía apretadas contra el talle—. Desde tu regreso apenas sales de tu habitación. Estás demacrado, has adelgazado mucho. Eres como una sombra del verdadero Yago. ¿Qué te ha pasado? Por el amor de Dios, cuéntamelo. Solo quiero ayudarte. Tomás me ha explicado que no has venido por propia voluntad y debo decir que me angustia saberlo. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Nada, madre. No hay nada que puedas hacer y no tengo nada que decir. No quiero hablar del tema. Es mejor olvidarlo.

—Pero...

—¡No! —rechazó con un rugido, seguido por una mueca de dolor—. Si quieres que siga en esta casa, te ruego tengas en cuenta mis decisiones. No me preguntes por el pasado. No quiero hablar de él.

Marina suspiró derrotada.

—Está bien, hijo. Respetaré tu decisión. —Se abrazó a sí misma—. Pero no sabes cuánto sufro por ello —añadió en un susurro, con la mirada dolorida.

Yago, con paso inseguro, se dirigió a la ventana donde, minutos antes, había estado su madre. Al ver sus manos crispadas que se aferraban al marco, Marina se mordió el labio para no seguir insistiendo. ¿Cómo podría ayudarle si él no se dejaba socorrer?

—Yago... quiero que sepas... —titubeó, indecisa—. Quiero que sepas que, si alguna vez quieres hablar conmigo, yo estaré aquí para escucharte.

—Lo sé, madre, y agradezco tu interés. Como ya te he repetido incontables veces: no me sucede nada. —Se volvió hacia ella y cerró los ojos un instante—. ¿Puedo saber dónde está mi padre?

—¿Te mareas? —preguntó, asustada.

—No es nada que un buen trago no alivie de inmediato —aseguró entre dientes—. ¿Dónde has dicho que está mi padre?

—No te lo había dicho aún. Ha ido al herbolario. Me ha comentado que necesitaba unas hierbas, pero sé que va por si puede echar una mano allí con las consultas. No quiere que...

—¿Y el médico? —la interrumpió Yago.

—Se marchó hace unos meses y aún no ha venido nadie a sustituirle.

—Supongo que don Pablo no puede atenderlos a todos —apuntó Yago.

—No, no es eso. Supongo que no lo sabes...

—Saber qué.

—Don Pablo murió hace casi un mes. —Marina pudo ver el dolor reflejado en los acerados ojos de su hijo y se apiadó de él—. Lo siento mucho, Yago. Sé que le tenías mucho aprecio. Era un buen amigo nuestro; su muerte ha sido un mazazo.

—No hace falta que me consueles —siseó con frialdad, cuando ella quiso abrazarlo—. Estoy bien. Solo es otra muerte más en mi vida.

Con esas palabras se marchó, dejando a su madre sumida en la pena. Momentos después oyó abrirse la puerta de entrada y el portazo posterior resonó en toda la casa como un disparo.

## Capítulo 7

—Creo que la señora Lucía era la última clienta —señaló Micaela, limpiándose las manos en el delantal—. Por hoy hemos terminado, don Diego.

Se acercó a la puerta de la tienda y la empujó hasta casi cerrarla.

—Sí, muchacha. Ya es hora de cerrar.

Diego devolvió varios albarelos<sup>[3]</sup> de hierbas a sus estantes correspondientes. Desde que había muerto don Pablo, Micaela se dedicaba a atender el herbolario. No era necesario que él fuera, pero al ser tan reciente el fallecimiento de su padre, prefería no dejar sola a la joven.

Por otro lado, mientras estaba allí, entretenido, no pensaba en Yago y su dependencia del licor. Sentía que le estaba fallando. Por mucho que lo hubiera intentado en esa semana, había sido incapaz de ayudarlo y no sabía qué hacer con él.

El sonido de la mano del mortero al caer al suelo le devolvió a la realidad. Se agachó para cogerlo y se lo tendió a Micaela.

—Lo siento, don Diego; supongo que estoy muy cansada —musitó la joven. Cruzó la cortina para entrar en la trastienda.

—No es de extrañar, muchacha. Llevas desde el amanecer levantada. Y con lo sucedido a doña Dorotea...

—Ha sido muy triste. Lo intenté todo, de veras lo intenté, aunque... No pude hacer nada por ninguno de los dos —terminó ella con voz apagada, al otro lado de la cortina.

—Claro que sí, mocita. Estoy seguro de que te desviviste por ayudar. Tú no tienes la culpa. Son cosas que ocurren. Son muchas las mujeres que mueren tras dar a luz.

—Sí, eso lo sé, pero no evita que me sienta... destrozada —suspiró con pesar.

A ninguna partera le gustaba ver morir a un recién nacido o la madre sin poder remediarlo. Sentirse impotente ante la tragedia. Tomar conciencia de que todo lo que sabía no era suficiente para evitar una muerte. Descubrirse inútil.

—Cada día añoro más a mi padre... —Las palabras entristecidas de Micaela rompieron el silencio.

—Yo también lo echo en falta. Era mi amigo; más que eso, era como un hermano para mí. Fue una lástima que le fallara el corazón tan pronto.

Volvieron a quedarse en silencio. Diego la oía trajinar en la trastienda. Volvió a pensar en Yago. Debería estar ejerciendo la medicina. Atendiendo a los enfermos. Ya era hora de que dejase atrás el dolor y comenzase a vivir.

—Demonio de Yago —masculló por lo bajo.

—¿Creéis que está mejor que cuando llegó? —La joven le había oído. Diego lo pensó un momento.

—No, Micaela. Sigue tan empapado en alcohol que si le acercaras una brasa prendería como una tea. A veces me dan ganas de encerrarlo en el establo a pan y agua hasta que se limpie de todo vestigio de coñac, o hasta que prometa hacer el trabajo para el que se preparó con tanto ímpetu. Se merece una paliza por todo lo que nos está haciendo sufrir, a su madre y a mí. Tal vez se la dé. —Oyó una risita al otro lado de la cortina y el golpe de algo que se hacía añicos—. ¿Te has hecho daño, muchacha?

—No. Se me ha resbalado uno de los albarelos... —empezó a decir Micaela; luego, sorprendida por la celeridad con la que entró el hombre, pisó uno de los trozos de cerámica y perdió el equilibrio. La rápida intervención de Diego evitó que cayera al suelo. Terminaron abrazados—. Lo siento. Hoy estoy un poco torpe. —Murmurando la disculpa, se agachó para recoger los trozos de cerámica—. ¿Creéis que doña Marina lo consentirá? —preguntó con un asomo de picardía—. Estoy segura de que ella protege muy bien lo que es suyo.

—Por supuesto, pequeña. Pero esto tendrá que aceptarlo. Yo no puedo continuar así, y creo que ella tampoco. Quizá se resista al principio, pero tarde o temprano terminará aceptándolo. No podemos extender esta situación mucho tiempo más. No es bueno para nadie. —Se agachó para ayudarla—. Terminemos de recoger todo. Marina nos está esperando y no quiero añadir más preocupaciones a las que ya tiene.



Yago, desde la calle, contuvo a duras penas las ganas de entrar en la tienda y emprenderla a golpes con su padre y con aquella mala pécora que trataba de seducirlo. La puerta de la tienda no estaba cerrada del todo y, al ir a abrir, Yago había visto las siluetas abrazadas recortadas en la cortina. Así como pudo escuchar las palabras de la joven:

—¿Creéis que doña Marina lo consentirá? Estoy segura de que ella protege muy bien lo que es suyo.

Y la contestación de Diego:

—Yo no puedo continuar así, y creo que ella tampoco. Quizá se resista al principio, pero tarde o temprano terminará aceptándolo. No podemos extender esta situación mucho tiempo más.

No necesitaba decirlo más claro. Era evidente que estaba teniendo una aventura con esa mujerzuela.

«¿En qué diablos está pensando ese hombre?», se preguntó con rabia. «¿Quién demonios es ella? ¿Acaso mi padre ha perdido el juicio?».

Trató de calmarse. Respiró hondo varias veces. No quería que ellos se dieran cuenta de que les había pillado. Se pasó los dedos por el pelo, deseando que su cabeza dejase de latir y retumbar como un tambor. Necesitaba un trago de buen coñac, ahora más que nunca. Las manos le temblaban perceptiblemente y las notaba sudorosas.

«¡Santo Dios, sería capaz de beberme una destilería entera!».

Después de salir de su casa, muy enfadado con su madre, había decidido montar a caballo y acercarse a la ciudad. Necesitaba ir al herbolario para ver con sus propios ojos que don Pablo no estaba allí. Le parecía imposible que ese hombre afable hubiera muerto. Guardaba muy buenos recuerdos de él. Había sido su maestro, su mentor y su amigo.

Abrió del todo la puerta antes de entrar. Su padre salió de la trastienda seguido por una joven que, sonrojada, se sacudía la falda. Se le había doblado el ruedo por uno de los lados y se le veían los picos de las enaguas. Diego fue el primero en verlo y se ruborizó. Una muestra clara de culpabilidad. Apretó los dientes, furioso.

—Buen día tengan vuestras mercedes.

Micaela dio un respingo ante aquella voz y dejó de limpiarse el polvo de la falda. No hizo falta que don Diego presentara al visitante; estaba claro que era su hijo. Se parecían como dos gotas de agua. Aquel hombre que estaba en el vano de la puerta permanecía rígido, con las piernas separadas como si estuviera sobre la cubierta de un barco o preparándose para combatir. Su atuendo oscuro contribuía a asemejarle con un gran gato negro. Tenía las

piernas largas y aquellos pantalones que llevaba marcaban cada músculo como una segunda piel; la casaca resaltaba la anchura de sus hombros y la estrechez de su cadera. Tenía un rostro proporcionado, de rasgos varoniles; labios bien delineados, un poco finos, pero en todo caso con una forma que invitaba a besarlos.

«¿En qué estás pensando, muchacha?», se reprendió, confundida por esas reflexiones, tan alejadas de su manera de ser.

Los ojos grises del recién llegado eran fríos como el acero bien templado, y tan desprovistos de vida como ese metal. Se obligó a recordar que su esposa y su hija habían fallecido, por lo que se sentiría atormentado. Sin duda, debió de ser muy doloroso perderlas.

El rostro de aquel hombre se veía macilento por los excesos con el alcohol y la falta de ejercicio al aire libre. El cabello, sujeto a la nuca con una coleta, era negro; varios mechones le caían por la frente, como si se lo hubiera estado mesando. Había saludado de forma educada; sin embargo, en cada una de las palabras se notaba contención. Otra vez le vino a la mente la imagen de un felino presto a atacar.

Un escalofrío le recorrió la espalda; se abrazó a sí misma.

Pese a que estaba pálido, con los ojos bordeados de sombras moradas, no se podía negar que era un hombre muy atractivo y que, de estar en buena forma, habría sido devastador.

—Dichosos los ojos que te ven, Yago. —Don Diego saludó, cordial—. Ven, acércate; quiero presentarte a Micaela... ella es la hija de don Pablo.

—¿La hija de don Pablo? —graznó Yago, al tiempo que avanzaba un par de pasos. Micaela sintió sobre ella su mirada de puro asombro—. No sabía que hubierais vuelto...

Micaela leyó en la mirada de aquel hombre lo que su educación le impedía decir en voz alta: «La bruja». Toda su vida había temido a aquel ignominioso apelativo; al igual que su difunta madre, que se pasó su vida temiendo que alguien descubriese su don y la denunciase ante el tribunal inquisitorial.

Recordó las palabras que su madre le había dejado escritas en su carta póstuma. Ella, Juliana, sabía de hierbas tanto o más que don Pablo. Durante algunos años ayudó a su marido en la tienda, incluso después de que Micaela naciera. Pero después, las mismas buenas gentes que en otros tiempos le habían pedido ayuda y remedios para alguna dolencia, no pararon mientes en acusarla de brujería.

¡Qué injusto!

Al final, cuando la situación se hizo insostenible y la sombra de la Santa Inquisición amenazó con hacer acto de presencia, decidió huir llevándose a Micaela consigo: no quería que aquellas personas tacharan a su hija de las mismas injurias que a ella. Fue tal el terror que, una vez instaladas en la casa de don Nicolás, nunca escribió a su esposo para decirle dónde estaban. Vivió con el miedo de que se enterasen y fueran a buscarlas.

Micaela cerró los ojos y los abrió, tratando de borrar aquellas imágenes de su mente.

—Sí. Regresé hace casi seis meses —murmuró escueta—. Encantada de conocerlos por fin. Vuestros padres, y el mío, me han hablado mucho de vos.

—También vuestro padre lo hizo de vos...

No sabía si eran cosas de ella o si, por el contrario, era cierto que aquel hombre no le tenía ninguna simpatía. Su mirada, bajo las cejas rectas y renegridas, era tan fría como la nieve y tan penetrante como un estilete. Volvió a estremecerse. Aunque sus palabras habían sido corteses, por debajo intuía que...

—Micaela, pequeña, ¿qué decides? —volvió a preguntar don Diego.

—Perdonadme, supongo que estaba distraída —se excusó torpemente, frotándose los brazos—. ¿Tendríais la bondad de repetir la pregunta?

—Por supuesto que sí. Te preguntaba si no te importaría regresar en el carruaje con Yago. Yo prefiero ir antes.

—Está bien —sonrió—. No hay problema, si a don Yago no le importa...

—No. —La negación de don Yago sonó como un trueno en la estancia.

—¿Cómo? —inquirió don Diego, alzando una ceja con desaprobación.

—Quiero decir que no me importa acompañarla y que tú regreses con mi caballo —aseguró, dirigiéndose a su padre.

A pesar de lo generoso del ofrecimiento, a Micaela le sonó mal. No entendía qué le ocurría a aquel hombre y eso la intrigaba sobremanera. Aun cuando apenas acababan de conocerse, él la trataba de una manera un tanto fría, como si la despreciara. Lo miró a los ojos antes de responder. La mirada gris estaba clavada en la suya sin parpadear. Pese a que don Diego había dicho que su hijo bebía mucho, esos ojos inyectados en sangre no estaban velados por el alcohol; esa mirada le pareció calculadora y muy, muy lúcida.

—Bien... será mejor que termine de guardar las cosas.

—Veo que, por fin, has dejado de tratar de ahogarte en coñac —comentó Diego, al salir a la puerta de la tienda.

—A la fuerza ahorcan, padre. Mi madre ha decidido cortar el suministro cerrando la bodega con llave —anunció Yago. Entrecerró los ojos para protegerlos de la luz del ocaso. El dolor de cabeza estaba remitiendo, pero no del todo.

—Esta mañana le he hablado de ese recurso. Ya veo que no ha tardado en tomar cartas en el asunto. —Diego sonrió con satisfacción. Desató las riendas del caballo de la argolla de la pared—. Me extraña que no se le hubiera ocurrido a ella. Mi querida sirena se está haciendo mayor...

Yago rechinó los dientes. Su padre se permitía despreciar a su esposa delante de él. Si pensaba que él iba a permanecer impasible ante el adulterio estaba muy equivocado. Apretó los puños a cada lado de la cadera en un intento de no estamparlos en su cara sonriente.

—¿Qué te ha parecido Micaela?

Recordó las atractivas formas redondeadas que le marcaba el vestido negro; la trenza azabache que le llegaba hasta la cintura...

«Que es demasiado hermosa. Una oportunista y una bruja que te está hechizando para que seas infiel».

—No la conozco. Si se parece en algo a su padre será una excelente persona. —Se llevó la mano a la nariz. Se preguntó si le crecería como a *Pinocho* en el cuento y a punto estuvo de romper a reír. Lo pensó a tiempo; probablemente su embotada cabeza no lo resistiría. Estaba tan extenuado como si hubiera pasado los últimos días cabalgando y realizando tareas que requirieran de un esfuerzo agotador. Sabía que eran los efectos de la abstinencia y que necesitaba beber para que estos desaparecieran.

—Sí. Yo le tengo mucho cariño. Es una pena todo lo que ha sufrido siendo tan joven. Supongo que don Pablo te contaría que acusaron a su esposa de brujería, ¿no? —inquirió Diego, ajeno al malestar de su hijo, mientras palmeaba con afecto el cuello del animal.

—Umm. Algo de eso me dijo.

—Todo fue obra de la maledicencia de la gente. Dudo mucho que doña Juliana tuviera malas artes. —Yago sintió la mirada de su padre, pero la ignoró—. No te puedes imaginar la alegría de don Pablo cuando vio a Micaela. Ella le contó que su madre había muerto dos años atrás de unas fiebres. Muchas desgracias para alguien tan joven.

No quería escucharle; tenía que buscar una solución. Si su madre llegaba a descubrir que su marido le era desleal, moriría de pena. Y él no lo iba a consentir. ¿Qué había sucedido para que hubieran llegado a esta situación? No era lógico: se amaban.

Lo tenía claro: no lo iba a consentir. Haría lo que fuera necesario. Si era preciso, trataría de seducir a la maldita arpía para alejarla de su padre.

—¡Eso es! —exclamó, satisfecho.

—¿Qué es? —solicitó Diego, intrigado.

—¡Ah! Nada, nada. —Barrió con la mano para enfatizar más la respuesta.

—Si tú lo dices... —murmuró su padre, sacudiendo la cabeza con extrañeza.

Esa era la mejor solución, estaba seguro. Si él ponía empeño en conquistar a la maldita ramera, era de suponer que ella se olvidaría de Diego y lo dejaría en paz. Era primordial descubrir más cosas sobre ella para diseñar un plan de acción.

«Acabaré con esa bruja del demonio», se juró a sí mismo.

—Bueno, hijo, será mejor que regrese a casa. He de revisar las cuentas de los arrendatarios y llevo mucho retraso. —Diego subió a la montura. Con un gesto de cabeza, se despidió de Yago y partió sin demora.

## Capítulo 8

Un rato más tarde, Yago esperaba a la puerta del carruaje a que la bruja entrara; seguidamente subió él y se sentó frente a ella.

Al momento los caballos se pusieron en marcha. Ya había anochecido. En el vehículo, la lámpara interior estaba encendida y proyectaba sombras en movimiento en las caras de los dos ocupantes.

Yago se recostó en el asiento, deseando llegar lo antes posible a la casa. El traqueteo del carruaje le revolvía el estómago. Por no hablar de lo que había descubierto entre su padre y esa mujerzuela.

—Os agradezco que hayáis esperado para acompañarme, don Yago —murmuró la joven, con una ligera sonrisa.

—No os esforcéis; ambos sabemos que hubierais preferido que fuera mi padre quien os acompañara —aseguró con sequedad.

La muchacha parpadeó, confusa, y se enderezó en el asiento. A la luz oscilante del farolillo, Yago le veía los ojos oscuros como la noche, pero estaba seguro de que eran azules. Del azul del cielo en verano. Con las manos enlazadas en el regazo, parecía tan inocente que costaba creer que no lo fuera.

—Tengo en mucha estima a vuestro padre, eso es cierto. Aunque debo decir que a vos no os conozco tanto como para que me moleste vuestra presencia. Por lo tanto, no tengo ningún problema en que seáis vos quien me acompañe —dijo, perpleja—. Si os he dado otra impresión, os ruego me perdonéis.

Yago apretó los dientes; parecía sincera. Si no hubiera visto ese abrazo ni escuchado esa conversación en la trastienda la habría creído; tal y como estaban las cosas... eso era imposible.

Miró por la ventanilla para no contestar. El odio que sentía por esa arpía mitigaba en parte las náuseas que empezaban a molestarle otra vez. Aun sabiendo que un buen trago las haría pasar, no podía hacerlo. Era imprescindible que estuviera sobrio para poner freno al adulterio. Necesitaba

estar lúcido. Se agarró al borde del asiento acolchado, como si eso pudiera quitarle el malestar. En ese momento recordó que su padre guardaba una botella de coñac en el interior del asiento. Cerró los ojos con fuerza y contó hasta diez; luego, hasta veinte. No podía ceder al impulso de sacar la maldita botella y dar un trago para aplacar su incomodidad. Debía ser fuerte ante la tentación. Sobre todo delante de ella.

«¡Dios bendito, qué difícil es!», pensó con rabia.

—Siento mucho la muerte de vuestra esposa y de vuestra hija...

—Muy amable. Debo decir que la muerte de vuestro padre ha sido un golpe para mí —murmuró con esfuerzo.

No quería hablar. Menos que nada, con ella. Cada vez que recordaba aquellas palabras se crispaba por dentro. Le hubiera gustado poder decirle lo que pensaba realmente de ella, aunque sabía que eso no iba a servir de nada. Si era tan taimada de ir a la casa de su amante y compartir la mesa con su esposa y sus hijos, como si nada, unas simples palabras no le harían abandonar el intento de pretender al marido de otra.

No, con ella necesitaba otra estrategia. Algo más sutil. Ya pensaría en algo.

«¿Para que irá a la casa a estas horas?», pensó de repente.

—Supongo que mi madre os habrá invitado a cenar... —dejó caer.

La risa cristalina de la bruja resonó en el interior del habitáculo y el sonido casi le empujó a reír con ella. ¡Maldición! ¿Acaso le estaba embrujando también a él?

—Temo que es algo más que eso, don Yago —notificó, con la risa bailándole aún en los labios—. Vivo con vuestros padres; ellos fueron tan amables de invitarme cuando falleció el mío. No querían que me quedase sola en mi casa. Es comprensible que no lo supierais porque, en el tiempo que lleváis en la ciudad, no hemos coincidido nunca.

¡Santo Dios! Era peor de lo que imaginaba. Su padre tenía a la querida bajo el mismo techo que a su familia. Era inaudito y vergonzoso. Indigno de él.

Era una pesadilla. ¿Tanto había podido cambiar su padre? ¡Jamás lo hubiera creído de no haber sido testigo de su inmoralidad!

El traqueteo del carruaje y esos pensamientos no hacían nada por paliar las náuseas y los latidos de la cabeza. Yago, acodado en la ventanilla, se apretó el puente de la nariz con los dedos.

—¿Os duele la cabeza? —preguntó la bruja—. Podríais tomar un poco de sauce...

—¿Estáis tratando de recetarme algo? —la interrumpió con dureza—. Os recuerdo, señora, que soy médico y de sobra sé las virtudes de la corteza del *salix alba* —señaló, sarcástico.

—No lo pongo en duda, señor. Simplemente... —La curandera calló antes de agachar la cabeza, sonrojada.

Por un momento, Yago, avergonzado por sus malos modales ante aquella joven, estuvo a punto de disculparse. No estaba en su naturaleza ser tan desagradable, y menos aún con las mujeres. Pero al recordar quién era ella y qué pretendía, no pudo por menos que apretar los dientes y tratar de ignorarla.

—Lo tomaré en cuanto llegue a mi casa —se oyó contestar. Y se maldijo por no haber mantenido la boca cerrada.

Micaela, cabizbaja, miraba sin ver sus manos enlazadas en el regazo. Se sentía furiosa con ese hombre. Ella había tratado de ser amable; él, en cambio, no dejaba de tratarla casi con desagrado.

«¡Que se vaya al infierno!», pensó con rencor.

Había olvidado que era galeno. Después de todo, ni ejercía ni tenía pensado hacerlo. Al menos eso le había dicho doña Marina. No era para ponerse a la defensiva ni para tratarla con tanta dureza.

Notaba un martilleo en las sienes. Se llevó las manos allí y las masajeó para tratar de aliviar la molestia. No era más que cansancio acumulado y las secuelas de lo sucedido esa mañana con doña Dorotea y el bebé. Se tumbaría un rato en la cama hasta la hora de cenar; sin duda, así se le pasaría el dolor de cabeza.

Habían cruzado la Puerta de Tierra y las diversas fortificaciones para salir de la ciudad sin problemas, pero al bajar por el desnivel hasta el Camino de Hernani, el carruaje dio un bandazo y Micaela, desprevenida, terminó prácticamente sentada sobre el regazo de don Yago, que la asió para evitar que cayera al suelo del vehículo.

Durante un instante permaneció allí sentada, incapaz de moverse. Sin ganas de hacerlo. Un calorcillo agradable se le expandió por todo el cuerpo y sintió la tentación de acurrucarse en aquel regazo como si fuera un gatito.

Miró al hombre con sorpresa. Los ojos de don Yago se habían oscurecido y parecían casi negros a la luz de la lamparita. Su corazón aumentó los latidos como si hubiera estado corriendo. No sabía qué estaba pasando, aunque, lejos de ser desagradable, era excitante. Excitante y misterioso por lo nuevo.

La sensación iba en aumento; empezó a percibir otra subyacente. Por debajo de todo ello burbujeaba algo más febril y poderoso. Se asustó al punto



de desasirse con brusquedad de la mano que la sujetaba y saltar como un resorte del regazo de él para sentarse de nuevo en su asiento.

Hizo un esfuerzo por no llevarse la mano al pecho y tratar así de calmar los latidos frenéticos de su corazón. No quería que él advirtiese lo mucho que le había afectado su contacto. Pero así era. En un instante había experimentado muchas sensaciones desconocidas. Había notado el cuerpo encendido y anhelante. Sintió deseo de... No lo sabía.

Miró por la ventanilla en un esfuerzo por no ver a don Yago que, sentado frente a ella, parecía tallado en mármol.

«En mármol no. El mármol es frío», pensó con un estremecimiento.

Lo bueno de todo era que, como por ensalmo, se le habían pasado el dolor de cabeza y el cansancio.

La mesa del comedor de la casa-torre Izaguirre estaba iluminada por un par de candelabros de plata que brillaban en el centro de la mesa. Su madre había sacado su mejor mantelería para agasajar a la víbora que, sin sospecharlo, albergaba en su casa. Eso, al menos, es lo que pensaba Yago mientras intentaba saborear una taza de chocolate caliente.

De una manera radical había decidido dejar de emborracharse. La misión que se impusiera esa misma tarde era incompatible con el alcohol. Si quería tener éxito en su empresa debía permanecer totalmente sobrio. Aquella bruja era peligrosa, no podía olvidarlo. El viaje en el carruaje hasta la casa no dejaba lugar a dudas.

La muy ladina había aprovechado una maniobra del cochero, un tanto brusca, para lanzarse en su regazo y tentarlo con su cuerpo voluptuoso. ¡Y lo había conseguido, maldición!, pensó, con los dientes apretados.

Por un momento suspendido en el tiempo la deseó con desespero. Y fue al comprenderlo que ese anhelo se volvió odio y cólera contra esa mujer y sus artes de hechicera. Debería tener mucho cuidado con ella. Era aún más poderosa de lo que había pensado. ¿Cómo, si no, habría logrado tentar a su padre?

Sin embargo, él no le tenía ningún miedo. Ni a ella ni a la falta de licor. Con tal de conseguir sus propósitos aguantaría el síndrome de abstinencia. Aguantaría, aunque en ello le fuera la vida.

Sus padres ocupaban los dos extremos de la mesa; la bruja se sentaba a la derecha de Diego, y Yago, a la derecha de su madre y frente a la arpía, varios asientos más allá. Su hermana ya se había ido a acostar. Pese a que él le había

pedido perdón por la conducta de esa mañana, seguía sintiéndose culpable por su deplorable comportamiento. Clara, al parecer, ya no lo recordaba, pues se había comportado con su alegría acostumbrada. Tal vez por eso se sentía peor. Su hermana era muy inocente y él no tenía derecho a robarle esa candidez.

—Querida, ¿quieres más chocolate? —preguntó Marina.

—No, gracias, doña Marina. Creo que hoy he cenado demasiado y estoy repleta —aseguró la bruja con una sonrisa.

—Nada es demasiado, pequeña. —Diego le tomó la mano para enfatizar las siguientes palabras—: Desde que murió tu padre casi no has comido en condiciones. Petra dice que si sigues así te quedarás en los huesos.

—Sin duda, mi sirvienta exagera. Ella es como una gallina con sus polluelos. Sería feliz si yo estuviera tan redonda como una manzana. —Soltó la mano de Diego y su sonrisa formó un par de hoyuelos en las mejillas.

Yago no pudo evitar fijarse en ella. Era joven, más que él. La piel marfileña, adornada con minúsculas pecas de color canela, le otorgaba un aire infantil y travieso; los ojos, azules y almendrados; la nariz, recta y algo achatada. Quizá lo más destacable fuera su figura, de formas rotundas y redondeadas. Realmente no entendía qué era lo que su padre podía ver de deseable en esa mujer. Para Yago no era más que una muchacha algo regordeta. Solo con malas artes podía haber logrado llamar la atención de Diego.

Recordó el rostro angélico de su difunta esposa. Ella sí era hermosa; tanto que quitaba el aliento con solo mirarla. Hasta después de los estragos causados por el tifus, seguía siendo bellísima.

El dolor regresó con toda su fuerza. En el centro de su pecho era tan agudo que deseó poder llevarse un trago a la boca. Jamás podría recuperarse de aquella muerte. Los remordimientos le perseguirían hasta el fin.

«Nunca te olvidaré, Catalina», pensó, apretando la delicada taza entre las manos.

—Micaela, ¿mañana irás por los caseríos? —indagó Marina.

—Sí. A la señora Joaquina de Lecuona le queda poco para dar a luz y en el anterior parto tuvo problemas. Es conveniente que pase a verla.

—Desde luego que sí. Hace año y medio estuvo a punto de morir. Espero que este parto sea mejor. —Marina se llevó a los labios la taza de chocolate que estaba tomando—. Imagino que luego volverás a la tienda.

—Mañana querría preparar una provisión de láudano. Me queda muy poco. No sé si me dará tiempo. Son varios los caseríos que tengo que

visitar...

—No te preocupes, mocita; mañana también te acompañaré. No conviene que vayas sola —informó Diego.

—Espero que tengáis un buen día para que no se os haga tan pesado. Entonces, ¿volveréis juntos? —preguntó Marina.

Yago, tenso, aguardó la respuesta. No le gustaba nada el cariz que estaban tomando las cosas. Si su padre y aquella mala pécora querían tener una aventura, su madre, desde luego, no les estaba poniendo trabas. Por Dios, ¿es que no lo veía?

—Sí, querida. Habrá que pasar sin falta por el caserío Iribarren; Ezequiel, ya sabéis, el que tiene cinco años, se cortó un dedo con la hoz. Le hice la cura ayer, pero quiero volver a verlo. Sin los cuidados pertinentes, es posible que la herida se infecte —anunció su padre—. No regresaremos hasta la hora de la cena.

Aquello era increíble.

—Por supuesto que tienes razón, padre —intervino Yago, apretando los dientes en un intento de calmar su irritabilidad—. Por eso me parece mejor que esa herida la atienda un galeno de verdad.

Cuando terminó de pronunciar esas palabras tomó conciencia de lo que había dicho y estuvo a punto de maldecirse. ¿Había perdido la cabeza? ¡No quería ser médico! No lo era desde el momento en que sostuvo en sus brazos el cuerpo sin vida de su esposa y el de su hijita. No lo deseaba. La falta de licor en sus venas le estaba jugando malas pasadas.

—¡Hijo mío, no sabes cuánto me alegra oírte decir eso! —exclamó su madre, con los ojos brillantes de alegría—. Pensaba que jamás volverías a ejercer la medicina. Es el mayor regalo que podías hacerme. ¿No lo crees tú también, Diego?

—Por supuesto que sí. Felicidades, hijo mío.

A Yago las palabras de su padre le sonaron un tanto huecas y faltas de sinceridad. Cerró los ojos a sus escrúpulos por ejercer esa profesión y se mantuvo en las palabras pronunciadas.

«Perdóname, Catalina. Es por una buena causa».

—Me gustaría ir mañana en tu lugar, padre. —Miró a la bruja a los ojos antes de preguntar, con algo de sarcasmo—: Si vos no tenéis inconveniente en que os acompañe.

—Claro... claro que no; será un placer presentaros a todos los pacientes. —La voz de la joven titubeó al contestar.

—Bien, en ese caso, creo que me iré a descansar. Mañana me espera un día muy interesante. Con tu permiso, madre, me retiraré. —Miró a todos antes de continuar—: Espero que pasen buena noche.

Sin esperar más respuesta, se marchó del comedor, molesto por la reacción favorable de la bruja. Habría esperado desilusión; en cambio no parecía que le molestase que su amante no fuera con ella. Eso no podía ser. Sin duda era una gran actriz y sabía fingir muy bien.

«No tardaré en desenmascararla», pensó con satisfacción.

Tomás estaba guardando el traje que don Yago se había puesto para la cena, muy satisfecho por la noticia de que, al día siguiente, su amo pasaría consulta con la hija del difunto herbolario. ¡Ya era hora de que abandonara los brazos de la botella y comenzara a vivir de nuevo! Al mirar a su señor, que ordenaba los instrumentos de su profesión, notó que le temblaban las manos. No supo interpretar si era por los meses que llevaba bebiendo sistemáticamente o por alguna otra razón.

—Es muy grato saber que volvéis a ejercer... señor.

—Gracias, Tomás, pero no será por mucho tiempo —contestó, críptico.

—¿Cómo es eso?

—Sospecho que esa mujerzuela trata de seducir a mi padre y yo pretendo evitarlo.

—¿Mujerzuela, señor? ¿A quién, si se me permite preguntar, os referís?

—¡A quién va a ser! A la supuesta hija de don Pablo, ¿a quién, si no? —masculló con desagrado.

—¿Estáis seguro de eso, señor? —Le parecía inverosímil—. La señorita Micaela parece ser una muchacha encantadora. De ningún modo me ha dado la impresión de ser algo más... digamos... En fin, señor, no me parece que no sea una dama en toda la extensión de la palabra.

—Por supuesto que sí. Lo sé. Respecto a tu supuesta «señorita», es una bruja. —Enseñó los dientes para mostrar su repulsión—. No te fíes de ella, por muy encantadora que te parezca. Sé lo que digo. Es una bruja.

Primero Tomás pensó que don Yago tenía alucinaciones fruto del coñac, pero en seguida recordó que en esa jornada no había bebido nada. ¿Podría el alcohol haberle dañado el cerebro? No lo creía. Era imposible. Su raciocinio era el habitual y su temperamento estaba tan irritado como de costumbre. En resumen, seguía siendo el mismo de siempre; exceptuando la aparente

sobriedad. Tal vez la falta de coñac lo exacerbaba hasta el punto de ver cosas que no eran ciertas.

Aquella joven no parecía tan mala persona. Los sirvientes de aquella casa hablaban de ella con mucho aprecio.

«Si en realidad fuera como don Yago insiste en creer, los demás se habrían dado cuenta, ¿no?».

De igual manera, la sola idea de que don Diego quisiera engañar a su adorada esposa era cuando menos absurda, a juzgar por el cariño que se profesaban los dos. No, don Yago estaba totalmente equivocado y el tiempo le haría ver su error.

—¿A qué hora deseáis que os despierte, señor?

—Al amanecer estará bien, Tomás —contestó, cerrando de golpe el maletín de cuero donde guardaba los instrumentos médicos—. Que pases buena noche.

—Igualmente, señor.

Tomás salió de la habitación y cerró la puerta con suavidad. En silencio, se prometió indagar sobre la extraña teoría de su amo. Ensimismado como iba, no vio que Adela subía por la escalera, cargada con un montón de ropa blanca, y chocó con ella justo cuando llegaba al último peldaño.

La sujetó por los brazos. Sus buenos reflejos impidieron que la mujer cayera rodando por las escaleras. La ropa, en cambio, se desparramó por el suelo.

—Mira lo que has hecho —gruñó la criada, desasiéndose. Sus ojos azules echaban chispas—. ¿Acaso estás ciego? Ahora tendré que volver a plancharla. ¡Y todo por tu culpa!

Tomás, demasiado enfadado por el descuido, se encrespó en seguida. ¿Cómo se atrevía esa mujer a hablarle así? Apretó los puños y se enderezó todo lo que pudo. Pese a ello, la mujer seguía siendo más alta que él.

Nunca como en ese momento le había molestado tanto su falta de estatura. Habría dado lo que fuera por ser él quien la mirase desde arriba y no al revés. Estaban tan cerca el uno del otro que casi podía contarle las pestañas. Se le había torcido la cofia y dejaba ver el pelo rubio oscuro, vetado con alguna que otra cana. Se preguntó qué edad tendría. No aparentaba muchos más de treinta y cinco; su piel seguía siendo lozana y sonrosada.

Demasiado lozana y sonrosada, según su opinión.

—Ha sido un accidente, mujer. Como puedes comprender, no lo he hecho adrede. Y te he sujetado para evitar que cayeses...

—¿Me estás diciendo que encima debo darte las gracias? —lo interrumpió, con los brazos en jarras.

—No hace falta que me las des, si tanto te incomoda —aseveró, completamente envarado.

—Mejor, porque no pienso dártelas. Y ahora, si haces el favor de quitarte de en medio, podré arreglar todo este desaguisado que has organizado con tu incompetencia.

Tomás tragó aire para tranquilizar su mal genio. Ante todo, tenía dignidad. El señor Bennett jamás habría aprobado rebajarse a discutir con una criada. El viejo mayordomo era la corrección personificada y él quería emularle. Apretó los dientes y respiró hondo antes de volver a hablar.

—Te repito, mujer, que ha sido un accidente —barbotó, aparentando frialdad.

Adela, sin mirarle, se limitó a recoger con destreza las prendas esparcidas por las escaleras. Al terminar alzó la barbilla y, con aire majestuoso, regresó a la cocina.

Esa maldita amazona era hermosa por fuera y una arpía por dentro.

—¡Dios me libre de ella!

## Capítulo 9

A través de la ventana de la habitación de invitados, Micaela observó el amanecer. Esa jornada el sol prometía brillar. A la mortecina luz del alba se distinguían las formas de los muebles de roble. En el buen gusto con que estaba decorada aquella sala se notaba la mano de doña Marina. Aunque aún no podía apreciarse, las paredes estaban pintadas de un tono verde mar muy agradable; la colcha blanca era de ganchillo, igual que los visillos que cubrían los cristales de las ventanas. De los muros colgaban varios óleos de la señora de la casa. Resultaba una estancia muy agradable.

—Buenos días, señorita Micaela —saludó Ofelia al entrar en el dormitorio—. Os traigo agua caliente para que os aseéis.

—Gracias, Ofelia. —Con un suspiro de resignación, se retiró de la ventana y procedió a lavarse con el agua de la jofaina.

La doncella le preparó uno de los vestidos de luto y lo dejó sobre la cama, junto a las enaguas, la camisola y las medias. Luego esperó a que Micaela hubiera terminado de lavarse y vestirse para trenzarle el cabello.

—La cocinera ya ha preparado el desayuno. ¿Queréis que os lo suba?

—No, gracias. Pese a que lo desapruebas, lo tomaré en la cocina —sostuvo Micaela con una sonrisa cómplice—. Me gusta hablar con la cocinera. Doña Marina no es tan rígida con las normas como era Millán y lo prefiero así.

—Tenéis que guardar las formas, señorita... —protestó Ofelia.

—No tiene ninguna importancia. De verdad. —Le dio una palmadita en la mejilla—. No pongas esa cara, Ofelia. Sabes que siempre he preferido estar con la servidumbre. Después de todo, mi madre formaba parte de ella.

—Lo sé, señorita, pero don Nicolás...

—No seas pesada con eso. Voy a desayunar antes de que se haga más tarde.

Sin prestar atención al gesto de censura de la doncella, se echó una mirada en el espejo y, satisfecha, bajó a la cocina para desayunar un poco. Le esperaba un día de mucho trabajo y debía mantenerse fuerte.

Desde antes de llegar a la cocina se olía el aroma del tocino y el maíz tostado. Se le hizo la boca agua.

—Buenos días, Manuela. ¿Qué tal estás hoy? —preguntó a la cocinera. La mujer, que ya pasaba de los cincuenta años, tenía problemas respiratorios.

—Buen día, señorita Micaela. Me siento un poco mejor. El ungüento que me aconsejasteis ha obrado milagros —aseguró la mujer complacida—. Espero que hayáis bajado con apetito. He preparado unos torreznos muy sabrosos, ya lo veréis. Ahora sentaos ahí, que en seguida os lo sirvo.

—Seguro que tienes razón. ¿No se ha levantado don Yago?

—Sí, y ya ha desayunado. Está en la cuadra, preparando los caballos; ha dejado dicho que vayáis allí en cuanto estéis lista —anunció Manuela, colocando un plato con tocino y talos<sup>[4]</sup> delante de Micaela—. Os he preparado una cesta con comida por si se os hace tarde. El señor ya se la ha llevado para sujetarla en la montura.

—Muchas gracias; eres muy amable.

—No es nada, señorita, dejad de darle importancia y comed.

Micaela obedeció a la cocinera y se terminó todo lo que le había servido. Se despidió de ella y de Ofelia, que acababa de bajar, cogió su cesta con las hierbas, ungüentos y demás remedios, que había dejado en la despensa de la cocina el día anterior, y se dirigió al establo con andar resuelto. Sería interesante atender a la señora Joaquina con un médico de verdad. Bien sabía Dios que don Diego hacía todo lo posible, pero no era suficiente. Hoy, sin duda, sería distinto y estaba deseando comenzar. Podría aprender mucho de don Yago. Solamente tendría que aguantar sus malos modales.

«No será para tanto...», pensó con una sonrisa en los labios.

Unos pasos antes de llegar a la puerta del establo, oyó las voces.

—Deja de darme la lata con ello, Tomás. —Dentro de la cuadra la voz de don Yago sonaba irritada—. Te digo que es una bruja de la peor especie y no se hable más.

«¡Una bruja!».

La joven sintió que su estómago amenazaba con vomitar todo el desayuno. Angustiada, se abrazó a la cesta. ¿Cuándo acabaría todo eso? ¿Cuándo dejaría de temer esas simples palabras? Bien parecía que nunca. Toda la vida cargaría con ese estigma, fuera cierto o no. Que fuese don Yago quien la acusara lo hacía aún más doloroso. Se suponía que él era un hombre



instruido. Un hombre con una visión más amplia de la vida. Una persona educada en los mejores colegios, con ideas modernas e innovadoras.

Se había equivocado, no era nada de eso, más bien al contrario; era un hombre anclado en el pasado, con los mismos temores que los cavernícolas. Un hombre que sería capaz de enviarla a la hoguera sin el menor titubeo por su parte. ¡La hoguera! Se dobló en dos ante semejante perspectiva.

—Francamente, señor, creo que estáis equivocado —la defendió el criado con voz impasible.

—Deja de quejarte y ve a buscarla —ordenó con brusquedad don Yago—. No tenemos todo el día.

Micaela no podía quedarse más tiempo en esa casa. Ya era hora de volver a la suya.

Con un revuelo de faldas, se giró a la cocina a grandes pasos. Ofelia y la cocinera se extrañaron al verla entrar.

—Ofelia, mientras estoy fuera recoge nuestros baúles. Regresamos a casa.

—¿Qué quieres decir con eso, Micaela? —inquirió doña Marina, que entraba en ese momento en la cocina—. ¿Te quieres marchar?

—Sí, señora. Ya he abusado demasiado de vuestra hospitalidad. Ya va siendo hora de que vuelva a mi casa —señaló, fingiendo más aplomo del que sentía.

Las palabras de don Yago seguían quemando en su cerebro y no se las podía sacar de allí. Se mordió los labios.

—Cariño, nosotros estamos encantados de tenerte aquí... —afirmó la dueña de la casa, con su habitual sinceridad—. Esta casa es muy grande y tu presencia es una alegría para todos. ¿No hay posibilidad de que te quedes más tiempo?

—No, lo siento mucho. Me he dado cuenta de que cuanto más lo demore peor será. —Agachó la cabeza, incapaz de aguantar la mirada inquisitiva de doña Marina.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó la mujer con perspicacia. Y ladeó la cabeza como un pájaro curioso.

—No... nada de eso —mintió, sin levantar la vista de las piedras del suelo—. Es que ya es el momento de marcharme...

—Haz lo que mejor te parezca, Micaela, por supuesto. Pero si te hemos dado motivos para que te vayas, quisiera que me lo dijese.

—Buen día.

La llegada de Tomás la libró de contestar; casi se alegró por ello. Casi, porque la presencia del criado equivalía a tener que enfrentarse a don Yago.

—Señorita Micaela, el señor os está esperando —anunció Tomás.

Micaela no habría podido jurarlo, pero creyó ver que aquel envarado hombrecillo le dirigía una trémula sonrisa.

—Gracias. —Le sonrió a su vez—. Será mejor que me ponga en marcha. Hay visitas que hacer... —Dejó la cesta sobre la mesa para acercarse y abrazar a la señora, que la observaba con detenimiento—. Muchas gracias por todo, doña Marina. Habéis sido muy buena conmigo.

Micaela cerró los ojos para evitar que se le escaparan las lágrimas que estaba aguantando. La señora de la casa olía a rosas, como siempre, y abrazarla resultaba reconfortante.

—Vaya, muchacha. Soy yo quien debería darte las gracias. Con tu presencia estos últimos días han sido más llevaderos. —Correspondió al abrazo y sorbió por la nariz—. ¡Ay, Señor! Me has hecho llorar como una tonta. Mira que marcharte tan pronto... Espero que vengas a menudo a comer o a cenar con nosotros —ordenó doña Marina con aire severo, y se secó los ojos con el dorso de la mano—. Sigo pensando que deberías quedarte.

Micaela, con una triste sonrisa, marchó hacia la cuadra. Al llegar a la puerta del establo aspiró para darse valor. No iba a permitir que ese hombre supiera el daño que le había hecho con sus palabras.

Con toda la dignidad de que fue capaz, entró en el establo. Varios caballos sacaron la cabeza de sus casillas y relincharon al verla. Esperaban un poco de sal, pero a ella, con las prisas, se le había olvidado.

Don Yago estaba ensillando un magnífico semental, tan negro como su ropa y sus pensamientos.

«Muy adecuado», pensó Micaela, apretando los puños. «Lucifer en persona».

Una verdadera lástima que él también fuera tan hermoso como el ángel caído. Bello por fuera, pero horrendo por dentro.

—¡Por fin! Buenos días. He ensillado vuestro caballo. Abedul, he oído que se llama. —Señaló al caballo tordo que mascaba, impasible. Si Micaela no hubiera oído la conversación anterior con Tomás, habría pensado que el galeno se mostraba cordial. Ahora ya no podía pensarlo—. Su pelaje recuerda a la corteza blanquecina de ese árbol.

—No teníais que haberos molestado, estoy acostumbrada a hacerlo yo misma. —Evitó mirarlo por no traicionarse; estaba segura de que sus ojos la delatarían—. Pero, de todos modos, muchas gracias; habéis sido muy amable. —Casi se atragantó con las palabras.

—No es nada. ¿Esa es la cesta de vuestras medicinas?

—Sí. Yo misma la llevaré en mi montura. Me gusta tenerlas cerca. —Que lo interpretase como le diera la gana.

—Bien, ¿por dónde empezamos? —preguntó, encaramándose sobre el semental.

«Si de veras fuera una bruja, en este momento lo habría hecho caer del rocín». Casi sonrió ante la imagen.

—¿Quién es el primer paciente? —El tono, un tanto áspero, la devolvió a la realidad.

—Tendremos que cruzar el puente de Santa Catalina. El primer caserío que nos viene de paso es el de los Lecuona. A la señora Joaquina le queda poco para dar a luz. Este será su segundo parto y espero que llegue a feliz término. —Llevó al caballo hasta el montadero y miró al galeno de soslayo antes de montar en Abedul. ¿En qué estaría pensando aquel farsante?—. El señor Aurelio, su esposo, está deseando tener descendencia. Si esta vez no sale bien...

Micaela guardó silencio; no estaba segura de que don Yago la estuviera escuchando y, por otra parte, no tenía muchas ganas de agradar a aquel hombre. ¿Por qué se había ofrecido a relevar a su padre, si tanto la odiaba? ¿No habría sido mejor mantenerse alejado de ella?

No quería pensar en ello. Ya se sentía suficientemente mal sin necesidad de seguir torturándose con conjeturas sobre los pensamientos o sentimientos de ese hombre tan...

«¡Basta!», se reprendió. Y se limitó a mirar al frente.

Fuera de la cuadra el sol estaba subiendo sobre el horizonte con la promesa de un buen día. Cabalgaban en paralelo hacia el este. Micaela dedicó unos minutos a agradecer a Dios, como cada día, la jornada que se les brindaba; le pidió también que le diera la sabiduría necesaria para atender a todas las personas que en ese día se presentaran con dolencias. Después rezó un padrenuestro y se santiguó.

—¿Qué hacéis? —preguntó don Yago.

—Rezo —respondió escuetamente. No quiso aclararle a quien dirigía sus oraciones, para que se devanara los sesos pensando en ello. Incapaz de dejarlo así, preguntó—: ¿Vos no rezáis?

—En realidad, no. —Tardó tanto en contestar que Micaela pensó que no lo haría.

—Entiendo... —No pudo evitar sentir pena por él; seguramente se sentía desolado por la muerte de su mujer y del bebé.

—No, no creo que podáis entender. —Azuzó a su montura.

«¡Bah! Que se vaya al infierno», murmuró Micaela para sí.

—¡Por el amor de Dios! ¿En qué estaba pensando mi padre? —tronó don Millán en su casa de Pamplona, mientras se paseaba inquieto por la biblioteca—. Solo me faltaba eso.

—Pensé que lo habíais entendido aquel día, cuando os leí su testamento —se excusó el abogado—. Vuestro padre tenía en muy alta estima a la señorita Micaela...

—¡De eso no me cabe la menor duda! Pero legarle esa indecente cantidad de dinero me parece excesivo —apuntó, deteniéndose frente a la chimenea. Los troncos que ardían alegremente no eran suficientes para calentar el frío que lo atenazaba por dentro.

—Él lo consideró una dote para cuando contrajera matrimonio...

—Lo sé, y si no fuera por la mala situación de mis finanzas no pondría reparo alguno a ello. No obstante, en el presente caso... es imposible. Necesito el dinero —admitió de mala gana. Apoyó la frente sobre la repisa de mármol de la chimenea—. Debo mucho dinero y la providencia no ha sido benévola conmigo.

—Mucho me temo, señor, que no podemos tocar el legado de vuestro padre —objetó el abogado con sequedad.

Millán se incorporó como un resorte.

—En cualquier caso, Micaela no se ha casado y pueden pasar años hasta que lo haga.

—«Si cumplido su vigésimo quinto cumpleaños no hubiera contraído matrimonio, se le hará entrega de la totalidad de la dote» —entonó el abogado como si lo estuviera leyendo en ese momento. Los cristales de sus gafas brillaron con el reflejo de las llamas.

—Aún faltan varios años para que eso ocurra. ¿No podría utilizar parte de esa dote para pagar el crédito que mi padre contrajo? Con la cosecha del próximo verano podría restituir esa cantidad sin problemas... No es menester que ella se entere.

Odiaba tener que suplicar: un de Elizalde no suplicaba; pero en ese momento estaba dispuesto a todo.

—Os repito, señor, que eso está fuera de toda consideración —enunció con terquedad el abogado, moviendo la cabeza con desaprobación. Se aferró a la cartera donde llevaba los papeles, como si temiera que se la robasen en cualquier momento—. Vuestro padre lo dejó establecido así.

—¡Pardiez! —exclamó, consternado—. Por ahora ella no lo necesita y los acreedores están empezando a importunar a mi puerta.

Esa misma mañana, sin ir más lejos, uno de los prestamistas había tenido el descaro de presentarse exigiendo el dinero que le debía y amenazándole, de paso, con denunciarle ante el magistrado.

«¡Vaya verano más desastroso hemos tenido!», se lamentó en silencio.

Todo había comenzado con el exceso de lluvias en el mes de julio, que le hizo temer por los campos de trigo. Dos o tres días después de escampar, el capataz de la finca le anunció que se habían detectado varios casos de carbunco entre las vacas y que ya habían procedido a enterrar los cadáveres en cal viva para evitar que se propagase la enfermedad.

Al final el maldito carbunco acabó diezmando el rebaño de vacas y ovejas. Había pensado en vender parte de las reses para cumplir con las deudas, pero con la enfermedad resultó imposible. Ni siquiera podía vender las pieles, pues el carbunco era demasiado contagioso y no se podía tocar a los animales enfermos.

«Si fuera supersticioso, pensaría que soy víctima de un mal de ojo y tendría algo a lo que culpar. Lástima que no lo sea», pensó con sarcasmo.

—Lo siento, don Millán, pero yo no puedo hacer nada más por vos. Si mal no recuerdo, la protegida de vuestro padre era una muchacha educada y en absoluto fea. Si me permitís un buen consejo: ¿habéis considerado la posibilidad de casaros con ella?

## Capítulo 10

Ofelia guardó el último vestido en uno de los baúles de Micaela. No le gustaba nada tener que regresar a la casa de don Pablo. Si bien era amplia y bien ubicada intramuros, el hecho de tener el herbolario debajo hablaba a las claras de la posición de comerciantes de sus moradores.

Ella hubiera preferido quedarse en la casa-torre Izaguirre. Esa sí era casa de señores. Pese a que doña Marina tenía unas ideas un tanto extrañas en una dama, se le notaba a la legua que lo era. Y se le podían perdonar sus excentricidades porque estas no salían de la casa. Por otro lado, su trato con los criados era en todo momento educado y nada exigente. Tanto la cocinera como la criada solo tenían buenas palabras para los dueños de la casa. En los días que llevaban allí, ella había podido constatar que no mentían. Sí, le apenaba tener que abandonar ese lugar; sobre todo sabiendo que la casa que había heredado Micaela solo contaba con Petra y Dionisio como únicos criados. Y como los dos eran muy mayores, ella vería desagradablemente incrementadas sus propias tareas.

Alcanzó el peine y algunas horquillas para el pelo y las guardó también. Se miró en el espejo de mano para comprobar que su pelo siguiera impecablemente sujeto en el moño. Así era. Le gustaba presentar una imagen perfecta. Una imagen acorde con la doncella de una dama. Cuidaba de que tanto sus ropas como las de Micaela estuvieran siempre limpias y bien planchadas. De sobra sabía que a su joven señorita no le importaban tanto esas cosas, pero no por ello dejaría de hacerlo.

Guardó el espejo entre los pliegues de una mantilla, para que no se rompiera durante el traslado, y se volvió para asegurarse de que lo había guardado todo.

No entendía la razón para marcharse de esa manera tan repentina. Si tenía intención de regresar a su casa, ¿por qué no se lo había dicho antes?

Con un suspiro de resignación, cerró el baúl y salió a llamar a los mozos de cuadra para que lo cargaran en el carruaje.

Media hora más tarde, a la vuelta de una curva, apareció el caserío Lecuona. Era la típica construcción vasca de tres plantas: estructura de piedra y madera, con tejado a dos aguas. Frente a la fachada principal, un enorme roble daba sombra a la casa. Varias gallinas y un gallo de aspecto majestuoso picoteaban por entre las hierbas; a lo lejos se oían los balidos de las ovejas que pastaban en un prado cercano; del interior de la casa brotaba algún que otro mugido. Un hombre salió a recibirles antes de que tuvieran tiempo de desmontar. Era Aurelio Lecuona. Aunque los años no habían sido muy amables con él —aparentaba mucho más que los veintiséis años que tenía—, Yago lo reconoció nada más verlo.

—¡Buen día! —les saludó.

—Buenos días, señor Aurelio. ¿Cómo están todos en la casa? —preguntó la bruja, aceptando la ayuda de aquel hombre para bajar del caballo.

—De momento, bien. Joaquina está cansada; apenas la dejamos que abandone la cama. —Frunció el ceño con preocupación—. No pasará nada malo, ¿verdad?

Aurelio estaba asustado, era evidente. ¿Qué hombre no lo estaría en su situación?

—No lo sabemos, pero no tiene por qué pasar nada malo. Relajaos y rezad. Venid; os voy a presentar al hijo de don Diego. Él es galeno. —Los ojos del futuro padre se iluminaron de alegría y de esperanza al acercarse a Yago, que acababa de desmontar—. El señor Aurelio Lecuona... don Yago Izaguirre.

—No os preocupéis, doña Micaela —la interrumpió Aurelio—, don Yago y yo ya nos conocíamos. Bueno, hombre, por fin habéis conseguido ser médico. Aún recuerdo cuando veníais de niño con don Arturo de Gamboa, el galeno, para ayudarlo a pasar consulta. Había oído que estabais en la ciudad, pero que no ejercíais. Debo decir que me extrañó mucho oír eso. Antes de que os marcharais a estudiar sabíais casi tanto como el mismísimo don Arturo, que Dios lo tenga en su Gloria.

Yago no quería hablar de ello y optó por cambiar de tema.

—He oído decir que vais a ser padre. ¿Es cierto eso?

—Sí. Mas debo deciros que estoy muy asustado... Temo por Joaquina...

Yago esperaba poder darle buenas noticias respecto al próximo alumbramiento; como no estaba en sus manos adivinar el futuro, le dejó sin respuesta hasta haber reconocido a la señora Joaquina.

Mientras desataba de la montura el maletín donde llevaba sus instrumentos médicos, se fijó en que la mujer hacía lo propio con su cesta. Tomaron las riendas de los dos caballos, las ataron en una argolla a la entrada de la casa y procedieron a entrar en el caserío. Sentía las piernas un tanto temblorosas y caminaba un tanto envarado por la flojera. No sabía cómo iba a aguantar todo el día cabalgando de un lado a otro para atender a los pacientes.

«¡No te quejes tanto!», se recriminó en silencio. «Debes ser fuerte».

Como muchos otros caseríos de la zona, este tenía la cuadra en la planta baja, separada de la cocina por un tabique de piedra y madera. Por una ventana, hecha para tal menester en dicha pared, asomaban a la cocina las cabezas de dos bueyes que comían grano del pesebre. Enfrente estaba el hogar, con el fuego encendido para preparar la comida. Olía a las alubias que se cocían en un perol de hierro con patas. De las vigas del techo colgaban chorizos, un jamón y varios trozos de tocino, así como ramilletes de hierbas aromáticas y de condimentos. Una ristra de ajos, otra de maíz y un puñado de pimientos rojos secos adornaban cada lado de la enorme chimenea.

Por la escalera, que presumiblemente llevaba a las habitaciones, bajó una mujer; Yago supo que era la matriarca de la familia Lecuona. Vestía de negro. Su cara, surcada de profundas arrugas, denotaba una vida expuesta a las inclemencias del tiempo. Probablemente no tendría más de sesenta años, pero aparentaba tener veinte más.

—Buen día, señora Jacinta —saludó la hechicera.

—Buenos días, Micaela. Veo que te acompaña el hijo de don Diego. —Volvió hacia él sus perspicaces ojos oscuros—. Ya era hora, muchacho, de que os decidierais a cumplir con vuestra obligación. —Alzó una ceja con autoridad—. Venid y acercaos a esta anciana para que pueda veros bien.

—Señora Jacinta, estáis tan lejos de ser una anciana que la sola sugerencia es, cuando menos, graciosa. —Yago hizo una reverencia que la mujer aplaudió con entusiasmo, sin percatarse de lo desmañada que le había salido.

—Mi querido joven, veo que no habéis cambiado nada: seguís siendo tan adulator como siempre. Cuando pongáis un poco más de carne sobre esos huesos y os dé el aire del campo volveréis a ser un joven apuesto. Seguro que vuestra madre está preocupada por vuestra mala cara. —Movié la cabeza en señal de desaprobación—. No, no me miréis como si eso no me concerniera. Ser anciana me da algunas ventajas. Pero vamos a dejar de hablar tonterías y a



preocuparnos de las cosas serias. Mi nuera está en cama, esperando traer al mundo a mi nieto. Os ruego que vayáis y comprobéis que todo está bien.

—Veo que seguís dando órdenes como siempre, señora Jacinta — apostilló Yago, ganándose un bufido de la mujer, antes de subir a la habitación.

Cuando entraron en la alcoba, Joaquina trató de incorporarse. Su barriga prominente resaltaba bajo la colcha de la cama. Yago no la conocía; probablemente era de la provincia. Al acercarse al lecho ella le miró con el temor reflejado en su mirada gris. No parecía tener más de veinte años; por un momento le recordó a su amada Catalina.

Se obligó a apartar aquella imagen de su mente y a no sucumbir al dolor. Luego, apretó los puños repetidas veces; buscaba fuerza y temple para que no le temblasen las manos.

—Buen día, señora Joaquina. Soy el galeno Yago Izaguirre. —Sonrió para tranquilizar a la futura madre—. Quisiera ayudaros y me gustaría que me dejaseis reconoceros para ver cómo andan las cosas con el bebé... ¿Es posible?

Ella miró a su esposo antes de responder tímidamente:

—Sí, don Yago.

—Nosotros esperaremos abajo. Tranquilízate, Joaquina; él sabrá qué hacer. —La voz suave de su suegra pareció sosegar a la embarazada, que se recostó en la cama.

La bruja se adelantó, tomó la mano de la futura madre y le pasó por detrás de la oreja un mechón rubio que se había soltado de la trenza. Hubo una gran ternura en aquel simple acto, pero Yago no quiso tomarlo en cuenta. No se fiaba de ella.

—Doña Micaela, todo saldrá bien, ¿verdad? —se atrevió a preguntar Joaquina.

—Debemos confiar en que así sea. Ahora no os preocupéis más y tratad de imaginaros cómo será este bebé que se mueve tanto. —Como si quisiera corroborar ese dato, un pequeño bulto sobresalió del redondo vientre y luego otro más—. Miradlo, mujer. ¿Qué estará haciendo?

—No lo sé. Algunos días creo que está machando uvas, por las patadas que me da; otros, en cambio, pienso que está segando con todas sus fuerzas.

Las dos mujeres rompieron a reír, olvidadas por un momento del médico, que ya se había lavado las manos y las miraba ceñudo.

Yago carraspeó; las risas cesaron de inmediato. La hija de don Pablo retiró la sábana y la colcha que cubría a la mujer; le subió el camisón hasta

dejar el vientre descubierto. Volvió a situarse a la cabecera de la cama, sujetando la mano de Joaquina.

Yago notaba el temblor de los dedos, síntoma inequívoco de la falta de alcohol.

«Daría lo que fuera por una copa de coñac», pensó, con los dientes apretados por aquella muestra de debilidad.

En algún momento del último año se había convertido en un borracho.

«¡Qué bajo he caído!».

—¿Sucede algo, don Yago? —indagó Joaquina, incorporándose un poco.

—No, nada. Tengo las manos frías... —improvisó, avergonzado por la situación.

Para confirmar sus palabras se las frotó con brío. Luego colocó una mano sobre el abdomen de la mujer, fingiendo un sosiego que estaba lejos de sentir; lo último que deseaba era que las mujeres se percataran de ello. Durante un buen rato nadie habló. El galeno la examinó para cerciorarse de que todo iba en condiciones, y así parecía ser. El bebé ya se había dado la vuelta y tenía la cabeza en el canal del parto. Estaba doblemente satisfecho: por un lado, no había evidencias de que hubiera ningún problema y, por otra parte, el temblor de sus manos era menos acusado cuando las ponía sobre el vientre de la paciente. Tal vez el síndrome de abstinencia no sería tan malo como pensaba.

Levantó la vista para decirle a la mujer que ya podía volver a cubrirse. La arpía se limitaba a sostener la mano de la parturienta con los ojos puestos en el vientre hinchado. Su expresión era de total tranquilidad y ternura. Yago, confundido por los sentimientos que le provocaba esa estampa, no pudo evitar un carraspeo nervioso.

La hechicera alzó la vista y sus miradas se cruzaron. Por un momento ninguno de los dos habló. Yago sintió que se podría perder en las profundidades azules de aquellos ojos. Realmente eran extraordinarios. En una ocasión había tenido entre los dedos una aguamarina con el mismo color y pureza que los ojos de la bruja. Al darse cuenta apretó la mandíbula y apartó la vista.

«¡Maldición! ¿Acaso me está hechizando?», se preguntó, asustado. «¡No se lo voy a permitir!».

—Todo parece estar bien —masculló para nadie en particular. Se fijó en la señora Joaquina, que se acariciaba el vientre con cariño—. Aún falta, pero no parece haber ningún peligro.

—Gracias, don Yago. —La mujer cabeceó con una sonrisa.

La hechicera no dijo nada, entretenida en recoger todas las cosas y arropar a la mujer. Yago, mientras tanto, se restregaba las manos en la palangana. Consternado, pudo comprobar que le volvían a temblar como antes de auscultar a Joaquina. Emitió una obscenidad por lo bajo. Al pasarse los dedos por el pelo, un mechón rebelde cayó sobre la frente, tapándole un ojo; se lo apartó con impaciencia antes de salir del cuarto.

Ya en la cocina, el galeno explicó al intranquilo marido y a la ilusionada suegra que el alumbramiento no sería en los próximos días. Él calculaba que pasaría una semana, o algo más. Les recomendó que Joaquina diera cortos paseos.

Ellos les agradecieron efusivamente la ayuda. La señora Jacinta, con sorprendente destreza, metió en una cesta una de las gallinas que correteaba por la puerta y se la entregó a la joven, que permanecía en silenciosa espera sobre su caballo.

—Es muy buena ponedora... —Jacinta le palmeó con afecto la mano que sujetaba las riendas. La gallina sacó la cabeza por un agujero en la tapa y la movió como si no quisiera que sus redondos y brillantes ojos se perdieran nada—. Que tengáis un buen día.

—Gracias —murmuró la hechicera. Y sonrió.

Sin más demora, se alejaron por el camino.

## Capítulo 11

El sol estaba iniciando su ocaso en el horizonte. Ya no quedaban muchas horas de luz, quizá las suficientes para llegar a las murallas de la ciudad.

Yago tenía la espalda destrozada por las muchas horas de cabalgar de un lado a otro. Si antes necesitaba una copa de coñac, en ese momento habría matado por ella. La presencia de la bruja y lo que representaba en la vida de sus padres le impedía hacerlo. Debía evitar que se encontrara con Diego. Desconocía si ya eran amantes o si, por el contrario, había llegado a tiempo de impedirlo. Secretamente esperaba esto último, por el bien de su madre. Y si para eso tenía que mantenerse alejado de la botella, ¡por Dios que lo haría!

Por suerte, casi todas las visitas programadas estaban hechas. Se dirigían al caserío Iribarren, que era la última. Se sentía satisfecho por el trabajo realizado, aunque en realidad no tenía derecho a sentirse así. Hasta ese momento había cumplido sin problema el juramento, hecho un año atrás, de no volver a ejercer como galeno. En realidad, la decisión de romperlo no tenía nada que ver con un deseo suyo; nada de eso: la culpa era de aquella bruja del averno.

«¿Qué rayos ve mi padre en ella?», se preguntó, exasperado. «Tan solo es una muchacha vulgar y corriente. Comparada con mi madre no tiene nada que hacer».

No quiso recordar el modo en que se amoldaba el corpiño a las formas rotundas de sus pechos. Ni en el vaivén de la cadera al andar. No, mejor no pensar en ello.

A ella tampoco le agradaba mucho su compañía: apenas se habían dicho algo en todas las horas que llevaban juntos. Incluso durante el rato en que acamparon, para dar buena cuenta de las viandas que la cocinera les pusiera en la cesta —él se limitó a picotear sin hambre; ella, por el contrario, comió con deleite— el silencio reinó entre ellos. Probablemente se sentía molesta

porque no era Diego quien la acompañaba. Que se fastidiase la embaucadora, eso le enseñaría a no tratar de seducir a hombres casados.

Al moverse en la silla, inquieto, quedó consternado al descubrir que le dolía horriblemente el trasero. Ya no recordaba desde cuándo no montaba; menos aún, desde cuándo no se pasaba un día entero a caballo. Despotricando internamente contra su padre y contra aquella mala pécora por meterle en semejante embrollo, continuó la marcha.

Quería pensar en lo bueno que era no haber probado ni gota de alcohol. No le vendría nada mal para limpiar su saturado organismo. Con el tiempo sus manos volverían a ser tan firmes como antes y ya no le temblarían al menor esfuerzo, haciendo que se avergonzara de sí mismo. Pero desgraciadamente no era tan sencillo mantenerse sobrio, los recuerdos asaltaban con saña.

Los recuerdos... y el remordimiento.

—¡Señorita Micaela, señorita Micaela! ¡Don Diego!

—¿Qué diablos? —exclamó Yago, volviendo a la realidad. Un hombre venía cabalgando frente a ellos.

—Es el señor Antonio Iribarren —informó la bruja, espoleando su montura—. Algo ha pasado.

Yago la imitó y pusieron los caballos a galope por el camino. Más adelante, cuando se toparon con el jinete, frenaron para poder hablar con él.

—Es... es mi... hijo. —La voz le salió entrecortada por la fatiga.

—¿Ezequiel? —preguntó la maga.

—No... no, es el mayor, Julio. Se... se cayó del carro... y el buey le pisó.

—¡Dios mío! ¿Cómo está? —indagó. Se la notaba preocupada.

—Creo que tiene el brazo roto. Le duele mucho...

—En ese caso dejemos las explicaciones para más tarde —sentenció Yago, ante la mirada agradecida del asustado padre.

—Perdonadme, ¿sois vos el hijo de don Diego? —Ante el cabeceo de Yago prosiguió—: No sabéis cuánto me alegro de veros. Vos sí sabréis qué hacer —aseguró Antonio, contento. Y luego, como percatándose de su error, continuó—: Lo siento. Os suplico que me perdonéis, no quise decir que don Diego no supiera... es solo que... vos, al ser galeno... sabréis más.

Yago percibió el azoramiento de aquel hombre y se apiadó de él. Intuía que no lo había dicho con malicia, sino con total candidez.

—No os preocupéis más; ya os he entendido. Gracias.

Permanecieron callados el resto del trayecto, cada uno sumido en sus pensamientos. El caserío Iribarren estaba al otro lado de una colina, no

tardaron mucho en llegar. Era un poco más pequeño que el de los Lecuona, pero con las mismas características arquitectónicas, típicas de la zona.

Subieron a la primera planta. El dueño les acompañó hasta el dormitorio de sus hijos. Un joven de unos quince años estaba postrado en su cama, quejándose de dolor. Su madre, sentada a su lado, trataba de aliviarlo acariciándole la cara y hablándole con cariño. Estaba pálida y parecía al borde del llanto. En cuanto les oyó entrar en el cuarto se levantó para suplicar la ayuda de Yago.

—Os ruego que estéis tranquilos; a ver qué se puede hacer —les dijo Yago. La bruja acompañó a los angustiados padres fuera de la habitación. Él se dirigió al aterrado joven, que lo miraba con los ojos desorbitados—: No te preocupes, muchacho; seguro que no es nada. Veremos qué puedo hacer por ti.

Sin más dilación, un tanto irritado por su mal pulso, procedió a lavarse las manos en el aguamanil antes de reconocer al paciente. Presentaba varias contusiones en el brazo; la más visible tenía la forma bien definida de las pezuñas del buey; el hombro estaba en un ángulo extraño con respecto al otro y el brazo le colgaba inerte. Sin lugar a dudas se le había salido el húmero del hombro. Tendría que restituirlo a su lugar y eso dolería. Rezaba por tener la suficiente fuerza y precisión para volver a colocarlo en su sitio sin infligirle más daño del necesario.

A punto de pedirle a la arpía que le ayudase a sujetar al muchacho, levantó la mirada y encontró a la mujer a la cabecera de la cama, con las manos sobre el otro hombro del joven, que respiraba con más tranquilidad que cuando llegaron.

—Tengo que colocárselo.

—Adelante.

«¿¡Cómo que adelante!?».

Esa mujer no tenía ni idea de lo que era ubicar de nuevo el brazo. Si no agarraba con firmeza al chico sería imposible. Respiró hondo para tranquilizarse y no gritar de frustración. Le estaba costando contenerse.

—Creo que no me he expresado con suficiente claridad —añadió, siseando entre dientes—. Tenéis que sujetarlo con más fuerza...

—Creedme, lo sé —lo interrumpió antes de que terminara de hablar; sus ojos azules echaban chispas. Asió al paciente como Yago quería—. Lo sujetaré bien cuando llegue el momento. Aunque no lo creáis, soy fuerte. Proceded, por favor.

«Virgen Santísima, ¿es que esta mujer no entiende nada?», pensó, furioso. «Debería llamar al padre para que me ayude. Ella no tendrá fuerza suficiente. Es... es demasiado femenina».

A duras penas se contuvo para no soltar un improperio. Apretó los dientes, dispuesto a sujetar él mismo al joven cuando comenzase a forcejear. Iba a ser un proceso muy doloroso y él no estaba en su mejor momento.

—Relájate, muchacho —le ordenó. Y le agarró del brazo.

Cuando hizo el primer movimiento para encajarlo, el chaval comenzó a aullar como un loco, pero la joven, tal y como había dicho, logró sujetarlo para que no se hiciera más daño. Yago, reteniendo el aliento, giró el brazo para alojarlo en su lugar. Para su total asombro, volvió a su sitio con facilidad. Lo movió un poco para comprobar que estuviera bien encajado y solo entonces se permitió mirar al muchacho. Se había desvanecido.

La hechicera se apartó de la cama y comenzó a buscar algo en su cesta de medicinas. Él, por su parte, sacó una venda de su maletín para inmovilizar el brazo del muchacho en cabestrillo. Tal vez debería disculparse por haberle hablado antes de ese modo. Ella llevaba razón: tenía fuerza suficiente. Lo pensó, pero antes de que pudiera decir nada, la arpía carraspeó.

—Creo, si me permitís la sugerencia, que sería buena idea aplicarle un ungüento antes de vendárselo —sugirió, al verle con la faja de la mano—. Le ayudaría a mejorar los morados que le saldrán en el brazo y a paliar el dolor...

Yago la miró a los ojos antes de preguntar, con suspicacia:

—¿Qué lleva ese ungüento?

—Árnica, cola de caballo, hierba de San Juan, romero, caléndula, cera y aceite —respondió, mostrando con los ojos entrecerrados el pote de cristal que tenía en la mano. Al abrirlo el aire se impregnó con el aroma picante de las plantas—. Es un buen remedio para los dolores y las contusiones. Me lo enseñó mi madre... —Calló y se llevó la mano a la nuca. Yago pudo ver que se mordía el labio inferior, inquieta, y en sus ojos aparecía una expresión de cautela y temor.

Por unos instantes fue tal su interés por tranquilizarla, asegurándole que no le estaba acusando de nada, que casi se echó a reír ante lo contradictorio del asunto; porque él, desde el momento en que la conoció, la acusaba de eso mismo.

—Está bien, no le vendrá mal. —Sacudió la cabeza en señal de contrariedad. Evidentemente, el cansancio le estaba jugando una mala pasada. Debía tener cuidado con esos ramalazos de caballerosidad. No sabía hasta qué

punto esa joven podría hechizarlo—. Si no os importa podríais vendarle vos misma. Yo iré a ver al otro hermano. ¿Cómo dijisteis que se llamaba?

—Ezequiel; tiene cinco años, se cortó ayer con una hoz —contestó pestañeando, atónita.

—Bien... gracias.

Para cuando llegaron a las murallas de San Sebastián, el sol empezaba a meterse tras el monte Igueldo. La hoguera, en lo alto del cerro, competía con los últimos rayos de sol. En los astilleros, los esqueletos de las naves rompían la llanura de la playa. Los carpinteros de ribera ya se habían marchado a sus casas para descansar de su dura jornada.

—No hace falta que me acompañéis, don Yago. Desde aquí puedo ir sola —anunció Micaela.

—¿Cómo decís? —En su voz se traslucía la confusión.

—Perdonad, no os lo había dicho. He decidido volver a mi casa. Ya he hablado por la mañana con vuestra madre. Imagino que a estas horas mis cosas ya estarán en casa. Que tengáis una buena noche, don...

—No. —Su tono sonó más firme—. Os acompañaré hasta vuestro hogar.

—Como deseéis. Aunque os aseguro que no es necesario.

Cruzaron los distintos desniveles hasta alcanzar la Puerta de Tierra. Apenas quedaba gente en la Plaza Vieja. La mayoría ya estaría en sus casas. Giraron a la derecha por la calle de Narrica.

Cabalgaban en silencio, tan solo quebrado por el golpeteo de los cascos de los caballos en las calles casi desiertas. Dentro de la ciudad, donde los edificios restaban luz, ya se habían encendido las lámparas de grasa de ballena, instaladas a trechos en las fachadas. A través de las ventanas la luz salía en forma de rectángulos, bañando el suelo.

Al llegar a la casa, Micaela desmontó de Abedul tan agotada que dudaba de poder probar un bocado antes de caer rendida en el lecho. Seguramente era algo imposible con Petra en casa. Ella la obligaría a comer antes de dejarla ir a dormir. Suspiró ante la lejanía del descanso.

—Buenas noches —se despidió el galeno, tocándose el sombrero.

—Buenas noches, don Yago —murmuró.

Agarró las riendas del caballo, disponiéndose a entrar; en ese momento la puerta se abrió con cautela y por el quicio apareció la cofia almidonada de Petra. En cuanto la anciana descubrió a Micaela su cara se arrugó en una



sonrisa de satisfacción y sus ojos oscuros brillaron de alegría antes de salir a la calle.

—¡Ah! Señorita Micaela, ya habéis llegado, empezaba a preocuparme... —Miró al acompañante de Micaela, cruzando los brazos bajo su voluminoso pecho—. Buenas noches, don Yago. Me alegro de que ya hayáis entrado en razón y estéis dispuesto a cumplir con vuestro deber. No dudo que vuestros padres estarán muy orgullosos de vos, señor.

—Buenas, Petra. Opino lo mismo, pero... ¿cómo es el dicho? ¡Ah! —fingió recordar—: A la fuerza ahorcan —recitó el hombre, críptico, antes de espolear a su montura para regresar a la Puerta de Tierra y partir a extramuros.

Las dos mujeres se quedaron mirando cómo se alejaba, totalmente perplejas ante la extraña respuesta del galeno.

—¿Qué habrá querido decir con eso? —inquirió Petra, al entrar en la cuadra.

—Sinceramente, no tengo la menor idea y tampoco me importa —declaró, conduciendo a Abedul a su pesebre—. Es el hombre más extraño que he visto en mi vida.

—Bien, muchacha, hay un rico estofado en el fuego y agua caliente para que os deis un buen baño. Vamos, vamos. —Agitó la mano en el aire, conminándole a obedecer—. Le diré a Dionisio que desensille al caballo.

Micaela entró en la casa arrastrando los pies. En su habitación, la bañera de cobre tenía un palmo de agua caliente. Ofelia trasladó poco a poco las ollas con el resto del agua que se calentaba al fuego.

—Gracias, Ofelia. Vete a la cama. Me arreglaré yo sola. Que pases buena noche.

—Gracias, señorita Micaela. Que durmáis bien —se despidió la doncella. Cerró la puerta al salir.

Una vez sola, Micaela sujetó la larga trenza en lo alto de la cabeza para no mojarla, no sería capaz de esperar a que estuviera seca para acostarse. Vertió un poco de aceite de jazmín en el agua y, en cuanto terminó de desnudarse, se sumergió en la humeante bañera con un suspiro de placer.

Lo necesitaba. El día había sido agotador en muchos sentidos.

Comenzó descubriendo los sentimientos de don Yago respecto a ella. Conocer su impresión no hacía nada por mejorar el ambiente. Si él la creía una bruja y, a tenor de sus palabras, de la peor especie, desde luego iba a ser un problema trabajar con ese hombre, y más en las condiciones en que él se encontraba. Era evidente para cualquiera que no estaba bien: su palidez

enfermiza, los temblores, la irritabilidad que mostraba en algunos momentos... Pero, además, ella percibía una ansiedad y un dolor que lo corroía por dentro. Era de suponer que la muerte de su esposa y el bebé le hubieran dejado abatido.

Cada vez que lo miraba podía ver los estragos que el exceso de licor había hecho en su cuerpo, la necesidad de beber para paliar los síntomas de la abstinencia y la rabia por esa debilidad.

A pesar de las dolorosas palabras escuchadas de sus labios, esa mañana había sentido la necesidad de ayudarlo. Sabía por propia experiencia cuán angustiada era la pérdida de un ser querido y lo duro que era vivir con ese vacío.

Durante esa jornada también había descubierto que no todo era frialdad en él; había visto su mirada tierna —por un instante, eso sí— al notar que ella estaba preocupada por lo que pudiera pensar de ese unguento y de su madre. Tal vez no fuera tan inaguantable como había pensado en un principio.

«No seas tonta, muchacha», se recriminó.

Realmente estaba exhausta. Se recostó en la bañera antes de cerrar los ojos. Luego jugueteó con las manos por la superficie del agua. El calor le caldeaba los huesos; se sintió blanda y relajada. El olor a jazmín, del aceite que ella misma preparaba, era muy agradable. Se pasó con morosidad la esponja por las piernas, por los brazos, por el cuello, por los pechos... Los pezones se pusieron duros al contacto. Micaela sintió una pesadez en el bajo vientre y una necesidad desconocida que empezaba a despertar con fuerza y que le impelía a tocarse. Ahogó una exclamación al tiempo que abría los párpados, avergonzada; imaginaba un millar de ojos que la observaban con desaprobación.

Estaba sola y nadie la miraba.

Volvió a cerrar los ojos y la imagen de don Yago se coló en su mente. Vio sus manos esbeltas, de dedos largos y fuertes, capaces de emplazar un hueso en su sitio. Recordó cómo había auscultado a la señora Joaquina para saber si el bebé estaba bien colocado. Al imaginar que esas mismas manos la tocaban a ella, el calor que minutos antes se le había instalado en el bajo vientre le irradió por todo el cuerpo.

Otra vez abrió los párpados, abochornada y excitada a partes iguales.

«Debo de estar loca. Sin duda el cansancio está haciendo estragos en mi mente».

De un salto, salió de la bañera y se secó lo más rápido que pudo. No tardó nada en estar vestida con el camisón. Pero el deseo que se había despertado en

ella tardó mucho en desaparecer.

## Capítulo 12

Yago, sentado a la mesa del comedor, jugaba con la comida en el plato. No tenía hambre y hasta el olor de la comida le daba náuseas. Si no hubieran estado presentes sus padres, habría dejado la cena intacta. Sobre todo su madre, que insistía para que comiera, aunque no tuviera apetito. Ellos ya lo habían hecho a su hora habitual y estaban allí para acompañarle. ¡Maldita la gracia que le hacía!

Lo habían interceptado cuando se dirigía al dormitorio, después de dejar a la bruja en su casa. Solo pensaba en acostarse y descansar el cuerpo maltrecho. El día vivido a caballo, de un lado para otro, pesaba en cada uno de sus huesos como una losa. Lo ideal hubiera sido beberse una copa de coñac. Mejor aún: tomarse la botella entera y tumbarse de una buena vez, pero no podía hacer ni lo uno ni lo otro.

La perfidia de la bruja le obligaba a mantenerse sobrio y a tener que pasar por ese tormento. Sujetó con fuerza los cubiertos hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Yago, querido, tienes que comer algo. Pareces un esqueleto andante — señaló su madre, frunciendo el entrecejo—. Es un filete con patatas... Recuerdo lo mucho que te gustaba de niño. Lo he preparado yo misma...

—Te lo agradezco mucho, madre. No tengo ganas de comer. Estoy demasiado cansado —murmuró quedo. Y evitó mirarla para no ver el gesto de desilusión que, sin duda, adornaría su cara.

Removió las patatas por el plato, sin intención de llevarse ninguna a la boca. El mero hecho de pensar en hacerlo le revolvió las tripas. ¿Cuánto tiempo más tendría que aguantar hasta poder dejarlo sin ofender a sus padres?

—Es necesario que comas para recuperarte. Me he dado cuenta de que no has vuelto a beber y... —declaró Diego satisfecho—. Me alegra saberlo, hijo. Y ver que intentas abandonar esa actitud insana. —Calló un momento y lo miró con seriedad—. Como médico sabes que hay que alimentar el cuerpo.

Debes comer algo, pese a la falta de apetito. Un poco, si quieres, pero inténtalo. De lo contrario cada vez estarás más débil y la falta de licor será más acusada.

—Créeme, padre, lo sé. —Rio sin ganas.

Yago se recostó en el asiento y cerró los ojos. Le daba vueltas la habitación. Estaba tan mareado que le costaba mantenerse erguido en la silla. Abrió los ojos. Su madre le miraba con un dejo de pena al tiempo que le señalaba el plato, esperanzada. Sintió un poso de culpabilidad por no poder darle la satisfacción de verlo comer. Estaba tan hermosa allí sentada, con un vestido de terciopelo de un verde más oscuro que sus ojos y el cabello recogido en un moño, que se preguntó por enésima vez en qué estaría pensando su padre para engañar a su esposa con una arpía que podría ser su hija.

«¡Maldita mujer de los demonios!», pensó irritado.

Lo bueno era que ya no estaba en la casa. ¿Qué la habría decidido a regresar a la ciudad? No recordaba que el día anterior hubieran dicho nada al respecto. Pese a todo, era mucho mejor así. No le agradaba saber que estaba bajo el mismo techo y tan cerca de su padre.

Tomó una patata frita para hacer ver a su madre que él ponía todo de su parte para comer. Se la llevó a la boca e intentó masticarla sin vomitar. El sabor del aceite le parecía demasiado fuerte... o quizá fuera la sal. Tragarla fue un suplicio; cualquiera habría dicho que estaba comiendo vitriolo en lugar de una inofensiva patata frita. Se ayudó con un sorbo de agua.

—¿Cómo te ha ido con los pacientes? —indagó su padre—. ¿Cómo está la señora Joaquina?

Por un momento, Yago pareció confuso, dejó la copa en la mesa mientras buscaba algo que decir. Se había quedado con la mente en blanco. Parpadeó, furioso. ¿Quién demonios era Joaquina?

La imagen de la bruja apareció en su cabeza. No quería pensar en ella. Pese a la intención de alejarla de sus pensamientos, la vio vestida de negro, con la larga trenza balanceándose a su espalda. Estaba a la cabecera de la cama de... ¡Ah! La cama de Joaquina, la mujer embarazada.

—No creo que la criatura tenga mucha prisa por nacer. Tardará una semana o más, probablemente —explicó al fin, satisfecho de haber encontrado la respuesta.

—¿Has notado algo extraño? —volvió a preguntar Diego.

—No... Creo que será un parto sin problemas, si todo sigue igual —declaró, con la mente en otro sitio.

¡La bruja! Debía tratar de enterarse de todo lo concerniente a ella para poder actuar en consecuencia. Tenía que saber si había algún punto débil, algo que pudiera hacer para alejarla de su padre.

Diego hizo una pregunta. Yago no le entendió y tampoco se molestó en pedir que la repitiera. No quería responder. Necesitaba seguir rumiando la manera de acabar con aquella mujer del demonio. Miró a su padre en silencio e imaginó que se levantaba y le obligaba a confesar qué era lo que veía en esa arpía como para engañar a su esposa con ella.

Sí, le gustaría poder hacerlo. Sería una manera de desfogar ese malestar que le aquejaba cada rincón del cuerpo. Era una lástima que se sintiera tan débil.

Las sienes le latían a un ritmo creciente. ¡Cómo deseaba beber un poco...!

—Hijo... ¿Me has oído? —indagó Diego, al tiempo que se acodaba en la mesa. Sus ojos grises lo miraban con intensidad—. Te preguntaba a qué otros pacientes habéis atendido hoy.

«¡Maldición!».

Otra vez en blanco. No recordaba nada. Empezó a sudar por el esfuerzo que suponía ordenar sus caóticos pensamientos. Metió los dedos por el cuello de la camisa para despegarla un poco de la garganta. Le apretaba demasiado. Intentó desatarse el cuello para poder respirar mejor. No quería dar muestras de debilidad; ni siquiera ante sus padres.

«¡Por todos los demonios!».

Una vez más, la imagen de la perversa hechicera se filtró en su mente y, con ella, las imágenes de toda la gente con la que había estado ese día: el muchacho del brazo dislocado, el anciano de las toses, la niña con la sarna, el hombre de la muela en mal estado...

Poco a poco le llegaron retazos de lo sucedido ese día y los pudo ir desgranando con mayor o menor precisión. Nunca le había sucedido eso. Se jactaba de tener muy buena memoria.

«¡Santo Dios!», pensó irritado. «Parezco un anciano, por lo que me cuesta recordar».

Se pasó la mano por la cara y notó la humedad que le cubría el rostro. En realidad, se encontraba muy mal. La cabeza se le iba y venía como si diera vueltas. Debería hacer algo.

Adela, la criada, entró en ese momento con una bandeja. Cargaba una tetera y tres tazas, que dejó en la mesa frente a cada uno de ellos. Luego se llevó el plato que Yago apartaba.

—Micaela es una muchacha muy especial... —comenzó su madre, mientras repartía la infusión en cada taza—. Supongo que te habrás dado cuenta.

¡La bruja otra vez! Miró a su padre. Si esperaba ver en él algún signo de vergüenza por su infidelidad, se llevó una decepción. Diego se limitaba a cabecear complacido, como un padre orgulloso. Desde luego, cabía admirarle la sangre fría de fingirse lo que no era.

Sintió que se le revolvían las tripas ante semejante hipocresía. ¿Cómo había podido cambiar tanto? Siempre lo había visto como un hombre honesto y justo. Nunca se imaginó que pudiera ser infiel a su esposa. ¡Jamás! Se contuvo para no apretar los puños.

—¿No lo crees así, Yago? —insistió Marina, ajena al malestar de su hijo.

Pese al embotamiento que reinaba en su cabeza, comprendió que ese era el momento preciso para intentar averiguar más cosas sobre esa mujer.

«Si quieres derrotar a tu enemigo, comienza por conocerlo».

—Sí —murmuró, con la vista fija en el color ambarino de la infusión, como si a fuerza de tanto mirarlo lograra transmutarlo en coñac.

«¡Dios! Cómo necesito una copa».

—Fue una pena que su madre tuviera que abandonar la ciudad de aquella manera —se condolió Marina—. Según don Pablo y la propia Micaela, doña Juliana era muy mañosa tratando dolencias. Con el tacto identificaba la procedencia de la enfermedad y en algunos casos la curaba con sus manos o con los remedios que conocía; en otros, cuando la enfermedad era incurable, la aliviaba.

—Por lo tanto, tenían razón quienes la acusaron de bruja...

—No seas cínico, hijo —lo amonestó su madre, con la taza a medio camino de los labios; la dejó bruscamente sobre el platillo—. ¿Acaso no has aprendido nada en estos años? —Lo miró con tal desilusión que Yago se sintió como un niño reprendido—. Me decepciona que pienses así, hijo. Hay mucha gente que está bendecida con un don y que puede curar o aliviar el sufrimiento de las personas. Gentes de todas épocas han utilizado ese don para ayudar a todo el que lo necesitase... Estoy segura de que doña Juliana hizo lo mismo. Por eso me exaspera que tuviera que huir del lado de su esposo por la maledicencia de unos pocos fanáticos religiosos.

Tomó un sorbo de la infusión y miró a su hijo antes de seguir hablando.

—Micaela perdió la posibilidad de estar con su padre. Y cuando al fin llega a conocerlo, solo ha podido disfrutar de su compañía por un período muy corto. Es una buena muchacha y yo la tengo en muy alta estima. Y puedo

añadir que tu padre opina lo mismo... ¿No es cierto, Diego? —Miró a su esposo, confiada.

—Por supuesto, Sirena —aseguró el hombre.

«¡Habrased visto semejante desfachatez!». Yago apretó los dientes. Deseaba zarandear a su traicionero padre hasta hacerle entrar en razones.

Le costaba creer lo que estaba sucediendo. De no haberles visto con sus propios ojos, nunca lo hubiera creído. Le envenenaba la sangre ver la hipocresía que desplegaba. Si no salía de allí cuanto antes acabaría gritando de rabia.

—Creo que me voy a la cama. Si me disculpáis... —masculló con esfuerzo. Y se levantó de la silla con brusquedad.

Las paredes del comedor parecieron acercarse y alejarse ante los ojos de Yago, que hubo de agarrarse al borde de la mesa para no perder el equilibrio. La camisa se le pegó al cuerpo, húmeda de una súbita transpiración. El corazón le latía a un ritmo frenético. Por delante de los ojos le bailoteaban manchas negras, como un enjambre de moscas.

Estaba a punto de perder el conocimiento.

Trató de serenarse y de respirar con normalidad. Lo último que deseaba era desmayarse delante de sus padres. Tenía su orgullo.

Era lo único que le quedaba.

A fuerza de voluntad, logró enderezarse e inclinar la cabeza en un gesto de despedida, antes de salir de allí con paso inseguro.

—Que duermas bien, hijo mío.

La voz de su madre, repentinamente entristecida, fue para él como una patada en el estómago.

Apretó los dientes para no sentir. Se concentró en poner un pie delante del otro y seguir caminando para no derrumbarse por completo. Porque entonces se arrastraría a los pies de su madre para pedirle la llave de la bodega y poder ahogarse en el coñac que, bien lo sabía, descansaba en el sótano.

—Me resulta penoso verlo en ese estado tan horrendo —declaró Marina, cuando su hijo salió del comedor.

Se frotó las sienes, angustiada por no saber cómo ayudarle. Era evidente que su hijo estaba pasando por muy malos momentos. ¿Qué podía hacer ella?

—Al menos ha dejado de beber. Eso es bueno. Tardará en recuperarse, pero al final lo conseguirá. Siempre fue un niño muy voluntarioso —recordó Diego. Y se levantó a mirar por la ventana la oscuridad de la noche—.



¿Recuerdas con qué ganas aceptó venir a esta época? Otro se habría asustado al saber las diferencias, la falta de comodidades o de medios, comparados con el siglo XXI; sin embargo, él no. Asumió el cambio sin problemas y sin quejas.

—Es cierto —convino ella. Se llevó la taza a los labios. La infusión se había enfriado y no la reconfortó como hubiera querido. Dejó la taza a un lado—. ¿Te acuerdas de sus ansias por aprenderlo todo? Volvía locos a don Pablo y don Arturo con sus preguntas sobre plantas curativas. ¡Y cuando supo que debería aprender latín si quería comprender lo que estaba escrito en los libros! Se puso a ello con tanto ímpetu que los dos me volvíais loca cuando practicabais hablar de esa manera.

Los dos rompieron a reír, recordando aquellos años con añoranza.

—Nunca pensé que terminaría así... —suspiró, melancólica, y se llevó la mano al cuello.

—Créeme, Sirena: yo tampoco —admitió, regresando a la mesa. En vez de sentarse, se limitó a pasar el dedo por los bordados del mantel—. Espero que volver a su trabajo le ayude a reponerse.

—Me pregunto si ahora se arrepentirá de vivir en este siglo.

La mirada gris de su marido se endureció y lo vio apretar la mandíbula.

—No lo sé y me aterra pensar que sea así. Lo noto tan esquivo... A veces me da la sensación de que me odia. ¿Crees que me echa la culpa de su situación? Si el aire de tu época no me hubiera resultado tan nocivo, o si me hubiera acostumbrado al estrés, los ruidos y el enorme cambio, no nos habríamos visto obligados a regresar aquí y... Catalina y la niña...

—No te atormentes. Reconozco que el aire de San Sebastián del siglo XXI, aun siendo una ciudad pequeña, no era tan sano y tan limpio como lo es en este. Que fuera tan dañino para ti... Sé que es más fácil acostumbrarse a la vida más tranquila y sin prisas de aquí que a la locura estresante de mi siglo. Tú no tienes la culpa. En realidad, fue él quien se escapó para venir a esta época y nos obligó a seguirlo. Él tomó la decisión por nosotros. Y en cuanto a Catalina... y a nuestra nieta... —Suspiró con pena y se levantó para abrazar a su marido—. Tampoco tienes nada que ver. No debes torturarte pensando lo contrario.

—Gracias, mi amor. —La rodeó con los brazos y apoyó la barbilla en la cabeza de su esposa—. Espero que se le pase pronto y que vuelva a ser el mismo de antes...

Marina negó con la cabeza y se apartó para mirar a Diego, entristecida. A la luz de las velas su cabello parecía entretejido con hilos de plata.

—Nunca podrá volver a serlo, Diego. Su mujer y su hijita han muerto. Después de eso nada es igual. Debe de estar deshecho por dentro —musitó Marina.

—Desde luego. —Se pasó los dedos por el pelo con desánimo—. Daría lo que fuera para poder ayudarlo.

Llevaba un rato en la cama tratando infructuosamente de dormir; sin embargo, tanto su cuerpo como su mente se negaban a relajarse lo suficiente para permitirlo. Cambió de postura, cada vez más nervioso e irascible.

Yago siempre había llevado una especie de diario donde anotaba la fecha y los nombres de los pacientes que atendía, así como las dolencias que presentaban. Era un recurso para comprobar diagnósticos y tratamientos.

Una hora antes se había levantado de la cama para intentarlo. El resultado había sido desastroso; era tal la convulsión de sus manos que apenas acertaba a introducir la pluma en el tintero y, cuando lo lograba, su caligrafía semejaba un grupo de hormigas en procesión entre manchas de tinta. Ya no era capaz de escribir en el diario. Entre el temblor incesante de sus manos y las lagunas que presentaba su mente, sería una tarea harto difícil. Era un despojo trémulo e inservible. Si no hubiera estado tan resuelto a evitar que su padre fuese infiel con la maldita bruja, se habría bebido una botella de coñac de una sentada y al infierno con todo.

—¡No! —Se sujetó la cabeza, presa de un dolor nauseabundo—. No puedo volver a beber hasta que no les separe —masculló, con la mandíbula tan crispada que temía que se pudiera partir de un momento a otro.

El muy ladino de su padre no había preguntado en ningún momento por ella, por la bruja, como si no quisiera dar pábulo a sospechas. Yago esperó pacientemente a que se interesase por la hechicera, pero había sido su madre quien finalmente preguntó.

No recordaba mucho de esa conversación. Su memoria se asemejaba a un queso de Gruyère: más agujeros que otra cosa.

Lo único que recordaba era la quemazón de la bilis en su estómago y una asfixiante rabia.

Se había ido a acostar con la esperanza de dormir en cuanto su cabeza tocase la almohada. ¡Pobre iluso! En ese momento, horas después, continuaba despierto y más nervioso a cada minuto. No mejoraba en nada su ánimo el saber que esos desagradables síntomas de abstinencia desaparecerían con solo bajar a la bodega y beber una copa del estupendo licor de su padre.

—Si quieres tener éxito en la empresa tendrás que controlarte —se obligó a recordar, con una sonrisa que pretendía ser sardónica, aunque no fue sino una mueca en su rostro desmejorado.

Al hundir otra vez la cabeza en la almohada e intentar relajarse volvió a pensar en la muchacha. Recordó a la perfección el primer día en el carruaje, cuando terminó sentada en su regazo. Sus formas, demasiado femeninas y redondeadas para su... ¿gusto? ¿Para su paz mental?

«No te engañes», pensó. «Definitivamente, tiene un cuerpo capaz de tentar a un santo».

Para evitar seguir pensando en esa bruja conjuró la imagen angelical de su difunta esposa.

## Capítulo 13

Micaela despertó al amanecer. Había dormido bien y se sentía descansada. Estaba contenta de volver a estar allí: en su cama, en su casa.

Sin esperar a Ofelia, se levantó de la cama. Antes de abrir la ventana para ventilar el cuarto se lavó concienzudamente, se puso un vestido negro y se hizo la trenza. Luego bajó a desayunar a la cocina. No tenía muchas ganas de comer; no obstante, Petra se negaría a que comenzase a trabajar en los preparados con el estómago vacío. Sonrió al pensar en ello. Para Petra nunca sería otra cosa que la niña que huyó con su madre tantos años antes. En algunos momentos la propia Micaela seguía sintiéndose tan perdida como en aquellos días. De no ser por el cariño y la compañía que le brindaban Ofelia, Petra y Dionisio o doña Marina, Clara y don Diego, se habría sentido terriblemente sola.

Se alegraba de que don Yago hubiera vuelto a casa de su familia. Sus padres habían estado tremendamente intranquilos y preocupados por su ausencia, además de por la falta de noticias. Lo triste era en las condiciones que había retornado. El día anterior no bebió, al menos no delante de ella, y si lo hizo a escondidas, no en las cantidades a las que se había acostumbrado. La falta del licor se evidenciaba en sus ademanes. Las manos le temblaban tanto que era penoso observarlo. A menudo se le notaba indeciso y confuso. Bajo la sequedad con que se conducía, ella percibía soledad, desolación, culpabilidad, ira, rabia, odio... y se condolía por él.

«Será mejor que dejes de pensar en ese hombre», se recriminó, sonrojada al recordar el baño de la noche anterior. «No te conviene. Y ya sabes lo que opina él de ti».

En la cocina trajinaba Petra, con su habitual soltura y destreza. El aire olía a chocolate y a pan recién hecho. Se le hizo la boca agua de anticipación. Nada como un olor delicioso para que el apetito regrese de golpe.

—Buen día, Petra.

—Buen día nos dé Dios, señora. —Le dedicó una sonrisa bonachona, al tiempo que colocaba un tazón de humeante chocolate sobre la mesa—. Lo he tenido junto al fuego para mantenerlo caliente.

Con las manos nudosas y manchadas por la vejez enlazadas en la cintura, la anciana esperó a que empezase a tomar el desayuno.

—Gracias, Petra; huele de maravilla y está tan espeso como a mí me gusta.

Micaela tomó un pedazo de pan, aún caliente del horno, para mojarlo en el chocolate, y se sentó a la mesa con su apetito asombrosamente redivivo. Se llevó el primer trozo a la boca y, sin pretenderlo, emitió un suspiro de placer ante el delicioso sabor. Aunque su figura curvilínea pudiera indicar lo contrario, era una persona más bien frugal, pero debía reconocer que sentía debilidad por el chocolate y el pan recién horneado.

Siguió comiendo con deleite, ante la mirada aprobatoria de Petra.

Instantes antes de que terminara su desayuno, llamaron a la puerta con insistencia. Petra salió a abrir sin perder tiempo, limpiándose las manos en el delantal. No tardó en regresar a la cocina acompañada de un niño de edad indefinida entre los cinco y los ocho años; el cabello alborotado, demasiado largo y tan sucio como el resto de su escuálida persona, le cubría los ojos. Se lo apartó con un ademán rápido y escudriñó la estancia, al tiempo que olfateaba con total falta de modales.

—*Pos sí que güele bien por aquí* —masculló el niño. Y se frotó la nariz con la manga de la chaqueta—. ¿No hay *na pa'mí*?

—Muchacho, ¿dónde están tus modales? —lo amonestó Petra. Y le dio un coscorrón.

—¡Ay! ¿*Pos* qué he dicho? —protestó el niño, con las manos en la cabeza para protegerse de más golpes, si estos llegaban.

La criada, con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido, volvió a alzar la mano con intenciones claras.

—¿Tienes hambre? —preguntó Micaela con presteza, para evitar que Petra volviera a pegarle.

—*Pos sí, doña. Tengo la panza tan vacía que hasta hace eco.* —El golfillo soltó una carcajada y dejó a la vista los huecos de varios dientes.

—Petra, haz el favor de poner un tazón de chocolate a este niño. —Sonrió ante el desparpajo del recién llegado.

—De niño *na* de *na*, doña. Tengo siete años —barbotó, con la barbilla bien alta.

Micaela tosió, en un esfuerzo de no romper a reír, para no ofenderlo.

La anciana le sirvió el chocolate con una buena rebanada de pan y lo colocó en la mesa con un golpe seco, al tiempo que sorbía por la nariz con aire ofendido. El jovencito se lanzó a comerlo con la cara casi metida en el tazón, ante el estupor de las dos mujeres, que se miraron sin saber qué decir.

Durante un rato no se oyó en la cocina más sonido que el del golfillo comiendo a toda velocidad, mientras miraba a diestro y siniestro como si temiese que alguien se acercara a robarle aquel manjar.

No tardó en tener el tazón vacío y tan limpio como si ya estuviera fregado. Un eructo sonoro puso punto y final a esa manera de engullir sin pausa. Petra alzó la mano para volver a darle un coscorrón. Micaela se la sujetó antes de que cumpliera su objetivo. La criada chasqueó la lengua. Era evidente que no compartía esa permisividad y, a su manera, quería enseñarle buenos modales al chiquillo. La curandera se limitó a negar con la cabeza mientras la criada sorbía por la nariz con enfado.

—Muy bien, ¿qué te trae por aquí? —preguntó Micaela, sin hacer caso a la mujer.

—Una de las muchachas... *ta* pariendo, doña —masculló el niño. Y se escarbó las posibles migas de pan que le hubieran quedado entre los dientes.

—Pequeño golfo mal educado, ¿por qué no lo has dicho antes? —Petra, con los brazos en jarras, echaba chispas por los ojos—. ¿No te da vergüenza que una mujer esté así mientras tú te zampas el chocolate sin decir nada?

—Es que olía *mu* bien... —se disculpó el jovencito, con una sonrisa de pícaro—. Ella solo tiene que empujar *pa* que salga.

La curandera se fue en seguida a preparar su cesta de remedios. Debía añadir algunas cosas que se le habían terminado el día anterior. Desde el consultorio podía oír la voz indignada de Petra, que seguía amonestando al chiquillo y le amenazaba con escaldarle las orejas por decir semejantes cosas.

Yago se levantó de la cama y, completamente desnudo, fue derecho al aguamanil para vomitar. Las náuseas le sacudían el cuerpo con violencia. Terminó arrodillado en el suelo, sin fuerzas para incorporarse. Sentía la quemazón de los ácidos estomacales al pasar por la garganta. Para mantener la calma y no marearse aún más, se agarró al mueble con ambas manos. Temía perder el conocimiento de un momento a otro.

Puso todo su empeño en incorporarse, aferrado al palanganero de madera. Sentía frío; le temblaba todo el cuerpo. Tenía la peor resaca de su vida y solo un trago volvería a poner las cosas en orden. Barrió la habitación con la

mirada, buscando la botella de coñac. Al no verla estuvo a punto de llamar a gritos a Tomás para reñirle por su olvido. Al abrir la boca recordó su decisión de mantenerse sobrio y la volvió a cerrar, no sin antes soltar varios improprios capaces de sonrojar a un marinero.

No era la resaca, sino la ausencia de licor en su sangre lo que le hacía sentirse tan mal. Notaba la lengua pastosa y la necesidad de beber era tan grande como la de respirar. Se echó agua en la cara para despejarse hasta que comenzó a gotearle del pelo. Al levantar la mirada se topó con los ojos grises de un loco, que lo miraban a través del espejo del mueble.

«¡Santo Dios! No puedo ser yo...», pensó, asustado por la imagen que le devolvía la superficie azogada. No era de extrañar que su madre se desmayara al verlo. ¡Era un espectro!

Se llevó las manos a la cara. El desconocido se tocó también; aquellos ojos hundidos parecieron brillar con demencia, como si se burlaran de él. Varios mechones húmedos le tapaban la frente y le goteaban sobre la cara. El pelo, libre de la cinta con la que se lo sujetaba a la nuca, caía desordenado y le rozaba los hombros. La barba de un día le ensombrecía la mandíbula; parecía un delincuente de la peor calaña.

Asqueado con su aspecto, se alejó del mueble dando traspiés. Bajo la alfombra, una de las maderas del suelo chirrió al pisarla. Yago se detuvo y apoyó el pie para volver a escuchar el crujido de la madera. Se dejó caer de rodillas y, una vez controlado el mareo, retiró la alfombra. Para quien no lo supiera de antemano, no vería nada extraño en el entarimado, pero él encontró en seguida la pieza que estaba suelta.

De niño ese era su escondite secreto. Lo había descubierto a los doce años, cuando llegaron a vivir allí desde el futuro. Sacó la pieza con esfuerzo y metió la mano en el hueco. Sus trémulos dedos tantearon el contorno de un libro a través de la tela que lo cubría.

«Sigue aquí», pensó, satisfecho. Con dificultad volvió a colocar la madera y la alfombra en su lugar. «Sería peligroso que lo encontraran».

Casi a gatas se acercó a la cama y se tumbó en ella, demasiado tembloroso para hacer otra cosa. La transpiración le había humedecido el cuerpo; lo notaba pegajoso y frío. Pese a la tiritona consiguió taparse con la sábana. Aunque el simple lienzo no era suficiente para calentarlo, él estaba excesivamente cansado para taparse con nada más.

La cabeza le dolía una barbaridad; si cerraba los ojos era igual que estar tumbado en un barco a la deriva en un mar embravecido. Con los brazos en cruz, se aferró al colchón como si de veras temiese caer de la cama.

Se sentía morir; por un momento se alegró de eso. Morir era preferible a ese sufrimiento. Y al morir cabía la posibilidad de reunirse con Catalina y el bebé... Podría pedirle perdón por todo lo que le había hecho. Podría disculparse... por el dolor que le había causado...

—Catalina, mi amor... perdóname —sollozó con amargura.

El deseo de volver a ahogarse en coñac era demasiado tentador para abstenerse de cumplirlo. Necesitaba olvidarse de todo. Perderse en la inconsciencia y no pensar.

A punto de llamar a Tomás recordó a su madre. Le bastó imaginar el dolor que supondría para ella descubrir la infidelidad de su marido para volver a cerrar la boca.

—¡Por todos los demonios! —Trató de ponerse de costado para ver si el mareo remitía un poco—. Si consigo salir de esta mataré a mi padre lentamente.



## Capítulo 14

Micaela, con el chal por la cabeza para resguardarse de la lluvia que había empezado a caer, seguía al jovencuelo por las calles mojadas. El niño, ajeno a la lluvia, se sacudía de vez en cuando como si fuera un perro para quitarse el agua del cabello. Caminaba con las manos en los bolsillos de la raída chaqueta, sin importarle pisar los charcos que encontraba a su paso.

No tardaron en llegar a un edificio en la calle del Frente del Muelle, cerca de la Puerta de Mar. Era una casa de citas bastante frecuentada. La taberna del piso inferior tenía las puertas abiertas y, a juzgar por los ruidos de la escoba al barrer el suelo de piedra, alguien se afanaba en la limpieza. El olor a cerveza y a sidra llegaba hasta la calle.

En las casas de alrededor se oían las risas de los chiquillos y las voces de sus madres que los reprendían. Varios niños, sentados en los portales, miraban caer la lluvia esperando que escampase para seguir jugando. Un perro, que dormitaba protegido bajo un alero, echó a correr en cuanto se acercaron al portal.

Micaela sonrió a los niños. Ellos le correspondieron con una ancha y desdentada sonrisa.

—Venga, doña, no os paréis ahora que casi hemos *llegao* —la instó el niño con un empujón. Luego se metió en el portal donde un momento antes había estado el perro.

Subieron tres tramos de escaleras. A la puerta de la habitación, varias mujeres en ropa interior se apiñaban bajo el dintel y cuchicheaban entre ellas.

—Apartaos, chicas, que ya ha *llegao* la partera —anunció el niño. Y le dio una palmada a una de ellas en el trasero, con total desparpajo.

La muchacha intentó arrearle un cachete y el chiquillo lo esquivó con pericia.

—Te he dicho mil veces que no me toques el culo —dijo, ofendida. El niño le sacó la lengua.

Las otras jóvenes se apartaron de inmediato, sin quitar ojo a Micaela, que entró en la alcoba tras saludarlas con una inclinación de cabeza. La habitación, iluminada por varias velas, era pequeña y austera. Una cama con barrotes de hierro deslustrados, una mesilla con arañazos en la madera, una palangana desportillada y un pequeño armario. Las paredes pedían a gritos una nueva mano de cal y el suelo otra de cera. La ventana era muy pequeña y dejaba pasar muy poca luz. Olía a sudor rancio junto a una mezcla de perfumes demasiado intensos para un lugar tan estrecho.

Una mujer de cierta edad, con una bata de encaje sobre el camisón — Micaela dedujo que era la dueña del burdel—, atendía a una joven sentada en la silla de partos al lado de la cama.

—Bueno, cielo, ya ha llegado la comadrona —explicó la dueña a la parturienta, que resoplaba, con el vientre henchido. Luego se volvió a Micaela. Los polvos del maquillaje acentuaban las arrugas de su rostro cansado—. Ya está la cabeza a punto de salir. Será mejor que ahora sigáis vos...

—¿Desde cuándo está así?

—Desde el amanecer. Ya ha empezado a empujar —aclaró la dueña, mientras se enderezaba con dificultad—. Es su primer hijo. No está acostumbrada a parir.

Sin pérdida de tiempo la curandera se lavó las manos en el aguamanil. Mientras se preguntaba cuántos hijos habría tenido la dueña del burdel, se acercó a la joven. La futura madre la miró con una mezcla de agradecimiento y temor.

—No tengas miedo. Dentro de un rato tendrás a tu bebé en los brazos. — Micaela trató de tranquilizarla al tiempo que le subía hasta las caderas el camisón, sucio y desgastado. En efecto: ya se veía una coronilla oscura entre las piernas. De momento todo parecía ir bien.

La muchacha se limitó a cabecear, incapaz, al parecer, de decir nada. Una contracción le endureció el vientre y empezó a pujar para sacar a la criatura.

—Sí, así, muy bien. Empuja con fuerza —la animó Micaela, mientras sujetaba la cabeza del bebé para ayudarle a salir—. No te pares ahora, sigue empujando, venga, sigue...

Por un instante asomó la carita contraída por el esfuerzo, pero volvió a meterse. Habría que esperar a la siguiente contracción para que terminara de salir.

La parturienta estaba jadeando por el esfuerzo y se agarraba a los costados de la silla. Tenía la piel muy blanca y salpicada de pecas del color del óxido.

No parecía muy mayor; probablemente era más joven que la propia Micaela. El cabello, de un rojo encendido, estaba apelmazado y el sudor se lo pegaba al cráneo. Los verdes ojos enrojecidos la miraban dilatados de miedo.

Le sonrió para tranquilizarla; en ese momento un grito de dolor escapó de los trémulos labios de la joven. Micaela se concentró en ayudar al bebé a salir, mientras instaba a la madre a empujar con fuerza. La carita volvió a asomar, así como el resto de la cabeza, cubierta de una mata de pelusilla roja. En ese momento vio el cordón umbilical que le circundaba el cuello cual bufanda azul.

«¡Dios mío! Debo darme prisa», pensó con nerviosismo. Por su mente pasó la imagen de doña Dorotea y su hijo.

A pesar de que de momento la piel del bebé no presentaba signos de asfixia, si se demoraban no tardaría en tenerlos. Al intentar desenrollarlo descubrió que el cordón no era lo suficientemente largo; debería salir el resto del cuerpo para poder hacerlo.

A su espalda oyó a una de las chicas soltar un sonido estrangulado mientras la dueña del burdel se limitaba a chasquear la lengua sin entusiasmo. Micaela las ignoró, dispuesta a prestar atención solo a lo que tenía entre manos.

—Debes empujar más, ya ha salido la cabeza... —precisó, girando a la criatura para colocar los hombros en el lugar adecuado para el alumbramiento.

—Ya... no... puedo... empujar... más... Estoy cansada —protestó la parturienta con un hilo de voz.

—Lo imagino, pero es necesario... Solo un poco más —suplicó Micaela, sin quitar ojo de la carita—. Vamos, mujer. ¡Empuja! —la apremió.

Con un grito largo y agónico, la mujer empujó con todas sus fuerzas y el bebé resbaló con suavidad por el canal del parto a las manos de la curandera.

—¡Es una niña! —anunció una de las jóvenes que se había acercado a la cama.

Con toda la rapidez de que fue capaz, Micaela desenrolló el cordón antes de depositar a la niña sobre unos trapos en el suelo y lo preparaba para cortarlo.

—Está muerta —informó rotundamente la dueña del burdel—. Quizá sea mejor así...

—¡No! —El grito angustiado de la madre resonó en la alcoba—. Haced algo, señora. ¡Por favor! No... quiero... que muera...

—¡Por todos los santos! —murmuraron las chicas, desde la puerta.

Al momento estalló un pandemónium de llantos. Las jóvenes se abrazaban entre lamentos. La dueña de la casa trató de calmarlas, sin mucho éxito. La madre, por su parte, intentaba incorporarse para ver a su hijita, con los ojos anegados de lágrimas.

—¡Basta, muchachas! —gritó la dueña—. ¡He dicho que basta! ¡Dejad ahora mismo de berrear!

Los llantos subieron de tono. Aquello era una locura. A su espalda, Micaela oyó un bofetón y luego, como por ensalmo, los lloros se redujeron a tenues hipidos.

Al tocar el pecho de la niña descubrió que, si bien no respiraba, el corazón aún le latía. ¡Había esperanza!

«Debo hacer algo».

—No, no está muerta. Aún le late el corazón —aseguró Micaela con presteza. Le limpió la nariz y la boca de los restos del alumbramiento y, sin pensar en nada más, tomó aire para insuflárselo al bebé por la boquita.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó la *madame*, escandalizada. Se hizo silencio en la habitación.

No tenía tiempo para responder y, de haberlo dispuesto, tampoco habría sabido. Desconocía la utilidad que pudiera tener lo que estaba haciendo, pero algo la empujaba a obrar así y no se iba a parar en buscar el motivo.

—¿Qué... qué le estáis haciendo a mi niña? —preguntó la madre, mirando asustada desde la silla de partos.

Micaela siguió insuflando aire al bebé, sin hacer caso de las preguntas. Vigilaba que el pecho diminuto subiera al entrarle aire en los pulmones.

—¡Contestad! ¿Qué le estáis haciendo al bebé? —insistió la mujer mayor con voz estridente—. ¡Está muerta! No hay nada que...

Como respuesta, el bebé emitió una especie de tos. Durante un instante todo quedó en silencio, hasta que el llanto de la recién nacida llenó el cuarto. Las jóvenes empezaron a dar palmas y a reír con regocijo. Y otra vez explotó la algarabía, esta vez de gritos y risas.

—¡Ha sido un milagro, señorita! —estalló una de ellas.

—¡Sí, sí! —corearon las demás, abrazándose alborozadas.

—No, no lo ha sido —rectificó Micaela—. Se había quedado momentáneamente sin respiración. —Sin mirar a nadie, procedió a limpiar a la niña—. Solo he soplado para que le entrara aire.

No quería que pensasen que había hecho algo extraordinario. Exhalar dentro de la boca de la criatura había sido pura intuición y, sorprendentemente,

había funcionado. Pero no deseaba que trascendiera. Era una lástima que hubiera tantos testigos de lo sucedido.

«Mejor no pensar ahora en ello».

—Felicidades. Tienes una niña preciosa —murmuró, colocando a la recién nacida en los brazos de la madre, que lloraba, exhausta.

—Gracias, señorita —susurró la mujer con una sonrisa trémula—. Sois un ángel.

—Nada más lejos. No ha sido nada —murmuró, aturdida—. Aún no hemos acabado...

Necesitaba terminar con el parto y comprobar que se había expulsado todo. Uno de los mayores peligros era dejar dentro algún trozo de la placenta, pues terminaría pudriéndose y matando a la madre.

Las jóvenes comenzaron a alborotar alrededor de la recién nacida y de la joven. Sugerían posibles nombres entre risas de alegría. Micaela permaneció ajena a todo ello, concentrada en comprobar las piezas para asegurarse de que estaban todas. Una vez satisfecha, ayudó a lavar a la madre y a trasladarla a la cama.

La dueña salió del dormitorio. Cuando volvió, minutos después, el parto había finalizado. Traía una bolsa de monedas en la mano.

—Por vuestro trabajo, señora —dijo al entregársela a Micaela.

—Gracias. —La curandera sonrió—. Volveré para ver qué tal siguen. Mandad llamarme, si me necesitan... —sugirió, antes de girarse para marchar.

—Perdonad, señorita... —llamó la flamante madre—. ¿Cuál es vuestro nombre?

—Micaela.

—Mi hija llevará vuestro nombre, señorita —declaró desde la cama, con una sonrisa.

—Gracias —murmuró, conmovida, y partió en silencio.

Yago abrió los ojos. La luz oscilante de una vela iluminaba la habitación. Le ardía la garganta y le costaba tragar su propia saliva.

—Veo que ya estamos despiertos. —La voz de Tomás sonó cerca de él. Al momento el hombrecillo estuvo a su lado, acomodando la ropa de cama—. Iré a buscaros algo para tomar.

—No te molestes. No quiero nada —farfulló—. ¿Qué hora es?

—Medianoche, señor.

¿No se había levantado en todo el día? Eso no podía ser... Debía impedir que su padre...

—Ayúdame a levantarme, yo solo no puedo.

Al sentir las manos frías del ayuda de cámara se estremeció sin poderlo evitar. Hasta ese momento no se había dado cuenta del frío que tenía. Le castañeteaban los dientes y la cabeza le latía como si tuviera vida propia. No podía levantarse. Aunque la vida le fuera en ello, no tenía fuerzas para hacerlo.

—No... puedo... —balbuceó con los ojos cerrados.

Una arcada le convulsionó por entero. A esta siguieron otras más, pero no pudo echar nada.

En realidad, se estaba muriendo. No había otra explicación. Aquello era una agonía de la peor especie.

«¿No habías deseado la muerte durante estos últimos meses? Pues aquí la tienes».

Debió de quedarse dormido, pues se despertó al sentir que alguien le colocaba un paño húmedo en la frente. Abrió los ojos con dificultad; notaba los párpados pesados y arenosos.

Su madre estaba a su lado. Una bata gruesa, abotonada hasta el cuello, cubría su camión. Llevaba el pelo trenzado y las líneas de preocupación en su rostro eran más visibles que nunca. Sintió pena por ella y lamentó ser el causante de esa ansiedad.

—Veo que te has despertado. ¿Cómo te encuentras? —preguntó Marina en un susurro. Notó su caricia por la mejilla.

—Como si me hubiera pasado por encima una manada de elefantes — consiguió articular.

—Deberías tomar algo...

—No puedo. Pensar en comer o beber me da náuseas —admitió—. Vete a la cama, madre. Estás cansada.

Marina esbozó una cariñosa sonrisa, con los ojos humedecidos.

—Dentro de un rato. Primero te prepararé una infusión.

Antes de que pudiera impedirlo, su madre salió del dormitorio. Cerró los ojos, repentinamente exhausto.

—¿Cómo estás, hijo? —La voz de su padre lo despertó. Estaba sentado en la cama y le apartaba el pelo de la cara igual que en aquellos primeros meses, después de conocerlo.

En aquel tiempo se había despertado en infinidad de ocasiones al sentir la presencia tranquilizadora de su padre en el dormitorio. Generalmente, Diego

se sentaba en la cama y le acariciaba el pelo. Otras veces se limitaba a verlo dormir. Cuando le preguntaba por qué lo hacía, su padre se encogía de hombros y replicaba que le costaba hacerse a la idea de que tenía un hijo, que temía estar soñando y pudiera desaparecer al abrir los ojos.

¡Cuánto lo había idolatrado entonces!

—No tan bien como me gustaría, padre —contestó sin mirarle, repentinamente molesto.

Diego pestañeó, extrañado por el tono.

—Tu madre está en la cocina. La tienes muy preocupada...

—¡Qué conveniente para ti! —murmuró con sarcasmo—. Que se preocupe por otras cosas, para que no se percate de lo que realmente está sucediendo a su alrededor.

Su padre se echó para atrás como si le hubiera golpeado y frunció el entrecejo.

—No sé a qué te refieres, pero te recomiendo que guardes las formas —recomendó, pétreo el semblante—. Ante todo, soy tu padre y me debes un respeto...

—¿Acaso tú respetas a los demás? —le interrumpió con rabia, los ojos clavados en él.

Su padre se levantó de la cama, mirándolo con una mezcla de censura y confusión. Por la camisa abierta en el pecho y fuera de las calzas, Yago dedujo que estaba a punto de irse a la cama.

—Si tienes algo que reprocharme, me lo dices con claridad, para que te entienda. No me gustan esas incomprensibles acusaciones veladas —dijo, con los brazos en jarras. Pese a la edad, le seguía pareciendo tan colosal como cuando era pequeño—. Puedo entender que el exceso de licor y el dolor por lo sucedido te nublen el entendimiento; sin embargo, no consentiré que me hables en ese tono. No creo merecerlo.

—Bien sabes a qué me refiero... —se oyó mascullar, dolorido por la traición.

—¡Por todos los demonios del infierno! —barbotó Diego colérico—. ¿Es que tanto coñac te ha deshecho el cerebro? —Se pasó la mano por el pelo y se le deshizo la coleta. Una cascada de cabello entrecano le cubrió parcialmente la cara. Se lo retiró de un manotazo—. No sé de qué me acusas. —Inspiró con los ojos cerrados—. Créeme, me gustaría saberlo —continuó, más tranquilo—. Voy a pensar que esto es fruto de excesivas libaciones y que, en cuanto tu cuerpo se libere de ello, empezarás a razonar. Por lo tanto, no lo tendré en cuenta.

—Muy loable de tu parte —se mofó.

—Suficiente. —La voz de Diego destilaba frialdad. A juzgar por el modo en que apretaba los puños contra la cadera, era evidente que se estaba conteniendo. Yago no pudo por menos que admirarlo—. Nunca he hecho nada para obtener ese trato de tu parte. Desde que supe de tu existencia me he desvivido por ser un buen padre para ti. No creo ser merecedor de este comportamiento y no voy a consentirlo.

—Debo decir, padre, que, si no supiera la verdad, pensaría que eres ese dechado de honestidad del que haces gala —señaló, aparentando una indiferencia que no sentía.

Le dolía el alma por esas palabras que, aun sabiéndolas hirientes, no podía evitar. Su padre debió de percibir alguna nota de vacilación en su voz, pues añadió:

—Sé que no eres tú quien habla... pero entiende una cosa, muchacho... —Diego se agachó hasta que las caras casi se tocaban—. Te recomiendo que dejes de provocarme sin motivos... o ¡juro por Dios que te devolveré la sobriedad a golpes! Y con ella la cordura.

Con esas palabras se enderezó, se dio media vuelta y salió de la habitación a grandes zancadas, sin mirar atrás.

Yago quedó unos minutos mirando la puerta por donde se había marchado su padre. Por un momento se arrepintió de esas acusaciones y de haberle hablado con tan poco respeto. Si no lo hubiera visto con sus propios ojos ni les hubiera oído, aquello le habría parecido imposible. Siempre había tenido a su padre por una persona honesta y la infidelidad le parecía absurda en un hombre como él.

«Yo los vi, estoy seguro», se dijo a sí mismo. «Estaban abrazados».

Se puso el antebrazo sobre los ojos y los cerró, angustiado por esa imagen. Cuando volvió a abrirlos, Catalina estaba de pie junto a la cama.

Yago se quedó quieto, incapaz de respirar siquiera.

Vestida con el hábito de novicia que quiso llevar en cuanto enfermó, lo miraba sin reproches. Por una vez, no había miedo ni horror en su mirada. Solo serenidad, la misma que cuando la conociera, tres años antes, allá en Cádiz. La misma que fue perdiendo con el paso de los días, desde la boda. Llevaba el cabello oculto por el velo, pero imaginó que seguiría brillando como un rayo de sol.

—Catalina... —susurró muy quedo.

Quería pedirle clemencia, postrarse a sus pies y rogarle que le perdonara. No podía seguir viviendo con esa carga, con ese remordimiento. Solo el temor



a verla desaparecer al oír su voz le hizo permanecer inmóvil como una estatua. Rezando para que no se fuera. Rogando que le hablara.

Ella, en cambio, continuó silenciosa, las manos ocultas en las mangas amplias del hábito.

Intentó no parpadear. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero los ojos le escocían demasiado y terminó por cerrarlos un instante.

Al abrirlos, la habitación estaba vacía. Miró hacia todos lados con la esperanza de encontrarla. Ya no estaba. El vacío casi le arrancó un sollozo de angustia. Apretó los dientes con rabia, con remordimientos. Se llevó otra vez el antebrazo a la cara y lo apoyó contra los ojos. Se sentía avergonzado por lo que había hecho y habría dado lo que fuera por poder cambiarlo. Lo que fuera.

—Catalina, vuelve... necesito hablar contigo... —clamó por fin—. Por favor... vuelve.

## Capítulo 15

Tomás salió del cuarto de don Yago sin hacer ruido para no despertarlo. Creía que así le sería más fácil recuperarse de la falta de licor.

Rezaba para que su señor lograra desprenderse de la dependencia y pudiera hacer una vida normal. Como antes de fallecer doña Catalina y la pequeña. Como antes de buscar el olvido en el fondo de un vaso y en el color ambarino del coñac.

Un tanto ensimismado, bajó las escaleras y se dirigió a la cocina con paso decidido.

Había sido obra de la Providencia que el capitán Bengoa estuviera aquel día por Sevilla. Gracias a eso, regresar a San Sebastián había resultado mucho más sencillo. La situación allí se estaba haciendo insostenible. Había faltado a una de las normas del señor Bennett: «Cuidar del señor y anticiparse a cualquier problema o peligro que lo amenace».

Notó que chocaba con algo blando y extendió los brazos para asir aquello con lo que había chocado, fuera lo que fuese.

—¡Maldito patán! —La voz de Adela resonó por el pasillo.

Tomás gimió por dentro. Otra vez no. De todas las personas que había en la casa, tenía que chocar precisamente con la más insoportable de todas. La soltó de inmediato. Ella estuvo a punto de perder el equilibrio y él la ayudó a enderezarse.

—Primero tratas de tirarme por las escaleras y ahora me empujas sin miramientos —dijo, completamente enfadada—. ¿Acaso quieres matarme?

«No sabes cuánto», pensó, enfadado consigo mismo.

—Lo siento. No te he visto —admitió en cambio.

—Claro que no me has visto. Si te dignaras a bajar la mirada de vez en cuando, en lugar de ir mirando siempre por encima de esa nariz ganchuda que el diablo te ha dado, no te chocarías con nada.

«Señor, dadme paciencia».

—Mujer, te he sujetado para que no te cayeras. ¿Qué más quieres? Ha sido un accidente —se defendió con los ojos encendidos. Luego se estiró la levita con gesto brusco—. Tengo cosas mejores que hacer que andar empujando a las criadas.

Esa mujer conseguía sacarlo de sus casillas. Nunca, jamás, nadie había logrado eso. Estaba orgulloso de su paciencia y aguante, que ni las borracheras de don Yago habían logrado minar. Que esa amazona llegase a salirse con la suya era más de lo que podía soportar. Con una mirada de profundo desdén, se enderezó y entró en la cocina sin decir nada más.

«El señor Bennett no lo habría hecho mejor».

—Debéis beberlo —ordenó la bruja. Y le llevó la taza a los labios para obligarlo.

Yago intentó zafarse, pero la mala pécora obstinada no le dio tregua hasta que él terminó dando un sorbo a la infusión. Estaba tan amarga como la hiel.

«¿Por qué será que no me sorprende?», pensó, rabioso. Con la mirada clavada en ella, siguió bebiendo para que lo dejara en paz.

Era de día. La luz del sol que se colaba por las ventanas abiertas le hería los ojos. Estaba agotado y solo quería dormir. Se recostó, dispuesto a ignorar a la mujer.

—Muy bien, señor. Esto ayudará a limpiaros la sangre —proclamó ella con satisfacción, mientras dejaba la taza vacía en la mesilla—. He dejado dicho en la cocina que os preparen esta mezcla varias veces al día. Para que el cuerpo se recupere debéis beber a menudo. Sería bueno que tomaseis caldos, comidas ligeras...

—No quiero tomar nada, gracias —barbotó, molesto, siguiéndola con la mirada—. ¡Por todos los demonios, no soy un inválido! Y os recuerdo que yo sé muy bien qué debo tomar y qué no.

Ella murmuró algo. «Permitidme que lo dude», creyó oír Yago. Frunció el ceño y clavó los ojos en ella.

La joven, lejos de amilanarse, lo miró sin decir nada mientras lo arropaba con presteza. Hasta él llegó un suave aroma a jazmín; se descubrió aspirándolo con deleite. Al darse cuenta aguantó el aliento, indignado consigo mismo.

«Por muy agradable a la vista que parezca, no olvides que es una bruja», se recordó.

Ella, ajena al malestar del paciente, se enderezó y unió las manos en la cintura con una serena sonrisa. Como siempre, vestía de negro de la cabeza a los pies. Su vestido era de corte sencillo y favorecedor. Demasiado favorecedor. Aquello no le gustó ni pizca. Una cruz de plata, colgada del cuello por un lazo de terciopelo, pendía cerca del nacimiento de sus pechos. No pudo evitar el pensamiento de que no estaba mal dotada y eso le molestó aún más. Habría debido ser fea, horrible, contrahecha... Lo que fuera, con tal de que su padre no se fijase en ella. Y, ya puestos, ningún hombre. Él, menos que nadie.

—¿Por qué habéis venido? —masculló, disgustado por la presencia de la bruja en la casa, que no era buena señal.

Ella lo miró un instante; su leve parpadeo dejó en claro que la pregunta la había desconcertado.

—Vuestra madre me ha mandado llamar —puntualizó, sin acobardarse—. Estaba muy preocupada por vos... Parece que anoche empeorasteis. —Se llevó la mano a la nuca.

Yago había descubierto que lo hacía cada vez que estaba nerviosa por algo. Apartó la mirada y guardó silencio. Siguió el bordado del embozo con la vista, para no tener que mirarla. Bajo las sábanas apretó los puños. ¡Santo Dios! ¿Su madre había presenciado su estallido emocional después de ver a Catalina? Sí, era lo más probable, y se habría asustado. Sintió vergüenza. Pero que la maldita hechicera lo supiera era doblemente humillante. Rechinó los dientes y clavó los ojos en la sábana como si pudiera desintegrarla a fuerza de mirar.

—Sé que habéis dejado de beber... —comenzó ella con su voz suave—. Y en estos casos es posible que haya visiones...

—Lo sé, señora, soy médico —masculló, enfadado consigo mismo.

Al pasarse la mano por el pecho recordó que estaba desnudo. Pensó en cubrirse mejor para que ella no le viera. Luego, casi sin reconsiderarlo, llegó a la conclusión de que no era una muchacha soltera como las demás: era una hechicera que trataba de seducir a un hombre casado y, por añadidura, lo bastante mayor como para ser su padre.

Sacó los brazos y se enderezó en la cama. La sábana resbaló por el torso y lo dejó al descubierto. Sin tomarse la molestia de cubrirse, se encaró con ella.

Le sorprendió profundamente el rubor que se extendió por el rostro y el escote de la muchacha. No se lo esperaba. Ella debía de estar fingiendo. No podía ser de otro modo.

—¿Dónde está mi madre?

—Se... se fue a acostar cuando yo he llegado. Vuestro padre ha ido a visitar a los arrendatarios —explicó la bruja, con los ojos bajos. Parecía avergonzada. Como si quisiera confirmar su nerviosismo, se llevó la mano a la nuca—. Se... será mejor que me vaya para que podáis asearos. Avisaré en la cocina que os preparen algo de comida.

—No os toméis esa molestia. Estoy seguro de que la prepararan sin necesidad de vuestra solicitud —contestó con sequedad. Había querido molestarla y esos aires de inocente que se estaba dando no le gustaban nada. Los dos sabían que ella no era ninguna cándida joven y ese sonrojo no venía a cuento. ¡Ojalá se marchara de una vez! Lo estaba haciendo sentir culpable por su comportamiento tan poco caballeroso.

La curandera asintió sin mirarle. Al volverse para salir, sus faldas —o tal vez fueron sus enaguas— crujieron. Para Yago fue un sonido demasiado sugerente; frunció el ceño, disgustado porque esa mujer pudiera provocar unas emociones que él creía enterradas junto a su mujer y su hija.

¡Por todos los santos!

—Espero que vuestra salud mejore, señor —murmuró la bruja con la mano en el picaporte, lista para cerrar la puerta tras ella—. Vuestros padres están muy preocupados por vos. Para ellos, igual que para cualquier padre, es muy duro encontrar a un hijo en las presentes... circunstancias —remachó, antes de salir con paso majestuoso y cerrar la puerta suavemente.

Yago se quedó mirando la puerta con ira. ¿Cómo se atrevía esa bruja del averno a hablarle así? ¿Tan segura tenía su posición en esa casa como para tomarse semejantes libertades?

Debía hacer algo lo antes posible. Lo primero era recuperarse para poder darle una lección. No consentiría que le tratase con esa condescendencia. Si pensaba que iba a liarse con su padre, destrozarse la vida de su madre y avergonzarse a él, estaba muy equivocada. No se lo permitiría.

Antes de nada, debía levantarse de esa cama. No era un inválido. Con presteza se incorporó, retiró la sábana e intentó sacar las piernas fuera del lecho. La cabeza comenzó a darle vueltas y hubo de tumbarse de nuevo.

Frustrado por su debilidad, golpeó el colchón.

¡Por todos los demonios! No iba a ser tan fácil.

Micaela, al lado de la puerta cerrada, apoyó la espalda contra la pared. Tratando de ralentizar el ritmo de su respiración, se llevó la mano al pecho. Su corazón latía desaforadamente y no necesitaba tocarse las mejillas para

saber que las tendría al rojo vivo. Miró al techo, con la cabeza apoyada en la pared. Como entre las vigas oscuras no halló tranquilidad, cerró los ojos.

Su mente, traicionera, conjuró la imagen de don Yago. Concretamente, del torso musculoso y cubierto de vello negro. ¡Santo Dios! Pese a estar postrado en una cama, desmejorado y con los efectos de la abstinencia, ese hombre seguía siendo demasiado atractivo para su paz mental.

A pesar de su ocupación, ella no había tenido ocasión de ver muchos hombres desnudos. Y desde luego, ninguno con un cuerpo tan bien formado como el del galeno. Con cada movimiento y de una manera casi hipnótica se le marcaban los músculos bajo la piel morena de los brazos. Las manos eran grandes, de dedos largos y diestros. Ella había podido verlos en acción unos días antes, cuando fueron a atender a los enfermos, pero esa mañana, en contraste con la blancura de la sábana, eran demasiado atrayentes y fomentaban mil fantasías. Por la cara y el resto del cuerpo se le extendió un rubor más intenso.

Se preguntó qué se sentiría al pasar las manos por el pecho de ese hombre. ¿El vello sería suave o áspero?

«¡Por el amor de Dios!», se recriminó en silencio; casi dio un salto para separarse de la pared y empezar a bajar las escaleras, como si le persiguieran los demonios.

Sin duda había perdido el juicio, puesto que era capaz de pensar esas cosas. Don Yago no le tenía ningún aprecio, más bien lo contrarío: la odiaba. Desconocía sus motivos. Por un momento deseó subir y preguntárselo de buenas a primeras, pero eso era sencillamente imposible. No solo porque una señorita no hacía esas cosas —ya era toda una trasgresión entrar en el dormitorio de un soltero—, sino porque no deseaba estar tan cerca de él, sabiendo además que, bajo la ropa de cama, estaba desnudo.

Otra vez su mente se llenó de imágenes...

—¡Pardiez, mujer! La ropa de mi señor la llevo yo.

—Pues llévala de una vez. Hombrecillo pomposo.

Las voces de Tomás y de Adela se abrieron paso en su cabeza y la sacaron de su ensoñación. Se les oía hablar bajo la escalera y parecían enfadados. Un momento después subía Tomás, cargado con la ropa de su señor, recién planchada. Llevaba el ceño tan fruncido como el de don Yago. Quizá fuera algo contagioso.

—Buen día, señorita Micaela. —Se detuvo al llegar a su altura e inclinó la cabeza, suavizando el semblante.

—Buen día, Tomás —saludó, aún nerviosa. Notaba las mejillas ardientes.

—Señorita... si no es demasiado atrevimiento por mi parte... quisiera saber cómo está mi señor.

—Muy gua... —soltó sin pensar y se ruborizó hasta la raíz del pelo—. Quiero... quiero decir que... que está mejor —rectificó a la carrera, profundamente avergonzada. Se llevó la mano a la nuca—. Sería conveniente que empezase a tomar algo ligero... para reponerse antes.

El criado esbozó una sonrisa.

—Dejadlo de mi cuenta, señorita. Trataré de obligarlo a comer...

—Bien... voy a la cocina para decírselo a la cocinera —dijo Micaela, sin mirarlo—. Que tengas un buen día —añadió, ya bajando.

—Igualmente, señorita Micaela.

La entrada de la casa estaba vacía. Con paso seguro se dirigió a la cocina, de donde salía un agradable aroma a guisado de carne. Manuela, la cocinera, trajinaba por la estancia preparando la comida del día. En cuanto la oyó entrar se volvió con una sonrisa y se limpió las manos en el delantal. Sus ojillos oscuros brillaban de alegría.

—Buenos días. ¿Qué tal está el señor esta mañana? —preguntó, ansiosa.

—Parece que mejora, pero aún no está curado y debe reponer fuerzas —respondió la joven, más tranquila—. Precisamente venía para pedirte que le hagas caldo. Imagino que todavía no podrá comer nada y es conveniente que empiece a meter algo de sustancia para que se vaya acostumbrando.

—Eso lo hago en seguida. Precisamente esta mañana he matado una gallina vieja que será muy buena para hacerlo —dijo la cocinera, satisfecha.

Doña Marina entró en la cocina. Llevaba un vestido de brocado marrón que daba a su cabello un tono más rojizo que de costumbre. En lo pronunciado de las ojeras se le notaba el cansancio. Al ver a Micaela, su semblante se alegró como por ensalmo.

—¡Ay, mi querida niña! —Se acercó y le tendió las manos—. Gracias por venir, ¿cómo se encuentra mi hijo?

—Creo que empieza a mejorar —aseguró, dándole un apretón de manos—. Ya se ha tomado una infusión. Cuando me he ido parecía estar bien. Manuela le va a preparar algo que le llene el estómago. Si don Yago empieza a comer, no tardará en recuperarse.

—No sabes cuánto me alegra oírte decir eso, querida. —Soltó las manos de la joven y se volvió, turbada—. Anoche me asusté mucho al oírle hablar con su mujer... Pensé que se estaba muriendo... o que había perdido el juicio... —Suspiró acongojada, con las palmas en las mejillas—. Ahora me siento mejor.

—Sentaos, doña Marina. —Micaela esperó hasta que la dueña de la casa tomara asiento a la mesa—. No creo que don Yago esté perdiendo el juicio —aclaró, contundente, y se sentó a su vez—. El exceso de licor puede llevar a tener visiones... Estoy segura de que cuando su cuerpo se limpie dejará de tenerlas y volverá a ser el de antes...

—Eso quisiera. Pero mucho me temo que, tras la muerte de su esposa y de su hijita, será algo muy difícil —vaticinó doña Marina con tristeza. Se llevó un pañuelo a los ojos—. Quiero pensar que ya ha empezado a recuperarse; por lo menos ha dejado de beber. Eso es un paso, ¿no crees? —preguntó. La esperanza brillaba en sus verdes ojos.

—Por supuesto que sí, señora.

—Es un buen muchacho. Siempre lo fue. —La mirada de la señora de la casa se perdió a lo lejos—. Nos dijo que había jurado no volver a ejercer de galeno. Te aseguro que me quedé de piedra. ¡Siempre había querido ser médico! —exclamó asombrada—. Luego él mismo se ofreció a acompañarte. No sé la razón de ese cambio tan drástico, pero me inclino a pensar que tú tienes mucho que ver... —murmuró, en tono conspirador. Dio palmaditas sobre la rodilla de la joven a través de la tela negra del vestido.

—No, nada de eso, señora —se apresuró a aclarar, sonrojada hasta la raíz del pelo. Se levantó y bajó la mirada al suelo—. Don Yago no me tiene ningún aprecio. Os aseguro que no es por mí por quien ha cambiado de opinión. Os lo garantizo.

—¡Ah!

Esa respuesta de la señora, tan simple, le hizo levantar la vista. Doña Marina tenía los ojos entrecerrados en actitud pensativa. Continuó en silencio por un rato, dándose golpecitos en los labios con un dedo. Micaela receló en seguida de esa actitud. ¿En qué estaría pensando la buena mujer? A juzgar por la leve sonrisa que asomaba a sus labios, casi prefería no saberlo.

—Bien, muchacha. ¿Te quedarás a comer con nosotros? —inquirió doña Marina con total tranquilidad, como si esos minutos de meditación la hubieran dejado más sosegada. Se levantó con presteza y acarició la mejilla de la joven—. Mi esposo no tardará en llegar. Estará encantado de tenerte con nosotros. ¿Qué dices?

—Será un honor, señora —dijo la curandera con sinceridad.

Yago había conseguido levantarse sin morir en el intento. Tras lavarse y ser afeitado por Tomás, se sentía casi una persona. Si conseguía que las



manos le dejasen de temblar, que cesaran los sudores, que el estómago no saltara como si fuera a salirse por la boca y que el corazón le latiera más despacio... entonces podría decir que se encontraba mejor.

Aun así, no estaba peor y ya era algo positivo, dentro de su pésimo estado.

Con los dientes apretados por la impotencia, dejó que Tomás le abotonase el chaleco negro, pues él era incapaz de hacerlo. Intentó ponerse la casaca él solo; para cuando lo consiguió estaba tan débil como un cachorro y tan sudoroso como si hubiera estado corriendo. Solo su fuerza de voluntad y su orgullo le impidieron sentarse en la cama para recuperarse. En cambio, se conformó con aferrarse del lavamanos, con la cabeza gacha y los ojos fuertemente cerrados.

«¡Santo Dios! Estoy tan débil como un bebé», pensó malhumorado.

Una vez remitido el mareo, levantó la cabeza para mirarse en el espejo del mueble y estiró la comisura de los labios en un remedo de sonrisa. Si bien seguía pareciendo un espectro, esta vez tenía mejor aspecto que la vez anterior. Se estiró los puños de la camisa. Se pasó la mano por el pelo, que le caía desordenado por la cara, para apartárselo y peinarlo un poco.

No estaba mal. Aunque había visto cadáveres con mejor apariencia.

Si Tomás no le hubiera dicho que la bruja iba a quedarse a comer en la casa, él se habría quedado en la cama, pero tal y como estaban las cosas no se atrevía a dejar que esa buscona merodease alrededor de su padre. Era necesario impedir que tratase de seducirle con su fingida inocencia.

Debía reconocer que el rubor de la curandera le había pillado por sorpresa. Nunca habría imaginado que una joven, acostumbrada a tratar enfermos y dispuesta a seducir a un hombre casado, pudiera sonrojarse de esa manera por verle el torso desnudo. Desde luego, si conseguía ruborizarse a conveniencia era muy buena actriz.

Decididamente era una mujer muy peligrosa.

—Creo mi deber anunciaros que me siento muy orgulloso de vos, señor —dijo Tomás con su habitual pomposidad, mientras le cepillaba enérgicamente los hombros de la casaca—. Sé lo mucho que nos cuesta mantenernos sobrios y es muy loable vuestra fuerza de voluntad.

—Tengo una misión que cumplir, Tomás. En cuanto lo consiga...

—No me digáis que tenéis pensado volver a beber como un marinero de permiso, señor —inquirió el hombrecillo, escandalizado, con el cepillo en el aire.

—Ya veremos... y, en cualquier caso, no es algo que a ti te concierna —sentenció, la mirada fría como el acero clavada en los ojos oscuros del criado.

Luego caminó hasta la puerta con paso contenido.

—No creo que doña Marina lo consienta... —murmuró Tomás por lo bajo, sin mostrar ningún temor. Guardó el cepillo en un cajón con un golpe seco.

—¿Qué has dicho? —Yago se volvió a medias.

—Nada, señor. Os deseo un buen día. —Se acercó a su lado, hizo una reverencia y le abrió la puerta.

—Tomás, no juegues con fuego. Aun estando en baja forma, puedo hacer de tu vida un infierno —lo amenazó, al pasar por su lado para salir del dormitorio.

—No lo dudo, señor. Pero recordad que yo elegí seguir con vos, por lo tanto, vuestras amenazas ni me asustan ni me preocupan —declaró con impasibilidad, antes de cerrar la puerta tras Yago.

«¡Puñetero hombrecillo pomposo y enclenque!». Se volvió con el ceño fruncido y clavó la mirada en la puerta. Luego, con una sonrisa de complacencia, se giró y se preparó para bajar las escaleras.

El mareo lo pilló desprevenido; hubo de agarrarse de la barandilla para no caer.

A su alrededor flotaban puntitos negros. Se aferró al pasamanos con fuerza y trató de respirar hondo. No quería rodar por las escaleras.

Se concentró en las vetas de la madera de los peldaños. En el dibujo del entelado de las paredes. En los quinqués que las adornaban y que por la tarde alguien encendería para alumbrar el pasillo.

Poco a poco, el mareo fue remitiendo. Se le aclaró la visión. Con un suspiro de alivio y sin soltar la barandilla, comenzó a bajar los escalones. Despacio. Uno a uno.

El cuarto de la posada no era muy elegante. A decir verdad, era poco más que una celda de monje con paredes encaladas, una cama con colchón de paja, una desvencijada mesita de noche y un aguamanil desportillado en varios sitios. El único ventanuco daba a la calle de La Trinidad; desde allí se podía ver, además de la susodicha calle, un buen trozo de cielo azul y los tejados de las casas de enfrente.

Millán suspiró con cansancio. No podía permitirse nada más. Sus exiguas monedas no le iban a durar mucho tiempo, era necesario economizar todo lo posible.

Había llegado a San Sebastián esa misma mañana, cabalgando hasta por la noche para despistar a los acreedores. Estaba seguro de haberlo conseguido, pero no se hacía ilusiones. Aquellos antiguos soldados, contratados por su principal fiador, eran como perros sabuesos y no pararían hasta dar con él. Esperaba que, para entonces, él ya estuviera en posición de pagar hasta el último maravedí de lo que debía.

«¡Que eso se cumpla!».

Tras meditarlo largamente, había llegado a la conclusión de que el consejo del abogado era el más acertado, dadas las circunstancias, casarse con Micaela era necesario en grado sumo.

Se dejó caer en la cama, haciendo chirriar las cuerdas que sujetaban el colchón a la estructura de madera. Desesperado, se pasó la mano por la cara. Nunca había pensado que las cosas se podrían torcer tanto. No le consolaba saber que varios vecinos suyos habían corrido la misma suerte y se veían en un aprieto similar. No, no le consolaba, en absoluto.

Debía hablar con Micaela lo antes posible. Era necesario que aceptara casarse con él. De ella dependía el sustento de la casa de Elizalde. Él no iba a dejar que los acreedores se quedasen con la casa que había pertenecido a su familia por más de un siglo.

«Cuanto antes la convenza, antes podremos regresar y poner en orden las cuentas».

## Capítulo 16

—Entonces, ¿cuándo crees que empezaráis a comerciar con Venezuela? —indagó Marina, mientras esperaban a que sirvieran la comida—. Ya hace un año que se creó la Compañía<sup>[5]</sup> y aún no ha empezado a operar...

—Lo sé, Sirena —admitió Diego, tamborileando con los dedos en el mantel—. Imagino que ya no tardaremos mucho. Por lo menos se ha conseguido quitar el monopolio a los ingleses y a los franceses. No te preocupes. Tarde o temprano se mandarán barcos para el comercio.

—Se me está haciendo larga la espera —entonó Clara, poniendo cara de frustración—. Tengo ganas de ver qué traen de las Indias.

—Ten paciencia, princesa. —Diego le guiñó un ojo.

—Mi padre me dijo que tenía la esperanza de que fuera bien. Desde el tratado de Utrecht, los pescadores no han podido volver a pescar en Terranova y el mercado se ha resentido mucho —apuntó Micaela—. La Compañía puede ser algo bueno para Guipúzcoa. Si funciona bien harán falta barcos, capitanes, marineros... Los carpinteros de ribera y los calafates tendrán más trabajo. —Asintió con la cabeza—. Creo que generará mucho empleo.

—No lo dudes, pequeña. Será beneficioso, tanto para las gentes de la ciudad como de la provincia —vaticinó Diego, satisfecho.

Los cuatro guardaron silencio. Estaban sentados a la mesa en el comedor. La luz del sol penetraba a través de los vidrios emplomados de las ventanas e iluminaba la estancia, caldeada por el fuego. Poner chimeneas en la mayoría de las habitaciones había sido una de las primeras reformas que llevaron a cabo en la casa-torre, cuando regresaron para vivir allí. Acostumbrada Marina a las comodidades del siglo XXI, la casa de los antepasados de su esposo era demasiado inhóspita para vivir en ella sin algún tipo de mejora.

Por suerte, no había hecho falta mucha persuasión para que Diego accediera a ello, puesto que, después de pasar él mismo unas semanas en el siglo XXI, estaba deseando aplicar algunas de esas comodidades en su casa.

Era una lástima que aún no hubieran conseguido agua corriente, aunque no dudaba de que, tarde o temprano, su marido lograría idear un modo. Mientras tanto, debían conformarse con acarrear cubos de agua caliente para llenar la bañera.

—Buenos días.

El saludo de Yago la devolvió al presente. No podía creer que su hijo estuviera allí, de pie bajo el dintel de la puerta. No después de haberlo visto tan mal la noche anterior. Se levantó con presteza para dirigirse a él con los brazos extendidos.

Yago esbozó una sonrisa un tanto ladeada antes de acercarse a su madre. Marina lo abrazó, feliz de que se hubiera levantado, y se puso de puntillas para besarlo. Él se agachó para presentarle las mejillas, como tantas otras veces. Era su niño y no se resistió a acariciarle la cara.

Estaba pálido. Un mechón negro le cayó por la frente y le tapó un ojo inyectado en sangre. Marina, con una sonrisa tierna, se lo apartó con cariño. Lo vio apretar los párpados, el rictus tenso de su mandíbula era demasiado obvio para pasarlo por alto: su hijo sufría. A ella se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar por cuántas amargas había pasado Yago, pero sorbió por la nariz y las alejó con celeridad.

Él no necesitaba sus lágrimas, sino su apoyo.

«¿Qué lo ha obligado a salir de la cama cuando se siente tan mal?».

—No sabía que ibas a bajar a comer con nosotros. En seguida mandaré poner un cubierto para ti. ¡Cómo me alegro de que estés aquí, hijo! —dijo, sincera—. Ven, siéntate, aún estás débil...

—Ven, ven a mi lado, Yago —le pidió su hermana. Dio unas palmaditas en el asiento de la silla vecina—. Hace tanto tiempo que no comemos juntos...

—Clara, deja que tu hermano se siente donde le apetezca —dijo Marina, mientras se acercaba a su propia silla.

—*Ama*, pero yo quiero que se siente conmigo... —protestó Clara con un mohín; sonrió, satisfecha, al ver que su hermano le guiñaba un ojo.

—Adela, haz el favor de añadir otro cubierto —solicitó Diego desde la cabecera de la mesa. Luego miró a su hijo—. Me satisface ver que vas mejorando.

—No lo dudo, padre —contestó Yago, críptico.

Marina frunció el ceño, confundida. Le sorprendió ver el modo en que su esposo apretaba la mandíbula. Sin duda, Diego se sentía molesto; más que

eso, a juzgar por el brillo de sus ojos, estaba furioso. No entendía qué les estaba pasando a esos dos. Siempre se habían llevado muy bien.

Decidió interrogar a su marido en cuanto fuera posible. Ese no era buen momento. Se giró para mirar a Yago, que ya se había sentado al lado de Clara.

—¿Cómo te sientes, hijo? —preguntó, para suavizar el ambiente.

—Voy tirando, madre —respondió, colocándose la servilleta en el regazo—. Imagino que mejor que ayer, pero peor que mañana.

—¿Te ha sentado bien el remedio de Micaela? —Clara estaba expectante—. Es muy buena herbolaria. Yo quiero aprender tanto como ella —declaró con una sonrisa de oreja a oreja.

—Digamos que no me ha sentado mal... —se limitó a murmurar Yago, clavando la mirada en la curandera.

Clara parpadeó, confundida por las palabras de su hermano.

—No seas impertinente, hijo —le amonestó Marina—. Micaela es nuestra invitada y se ha molestado en preparar algo para aliviarte. Lo menos que puedes hacer es estar agradecido. —Empezaba a irritarse, tenía la sensación de que estaba sucediendo algo y ella no era partícipe—. No te hemos educado así.

—Está bien, madre. Siento mucho haberme portado mal. —La sonrisa ladeada de su hijo la ablandó un poco. Lo vio mirar a la joven—. Doña Micaela, os pido perdón por mis malos modales.

—No os preocupéis, estáis disculpado —dijo Micaela, casi sin mirarlo.

Marina frunció el ceño, pensativa.

«¿Qué les pasa a estos dos?».

Micaela le había dicho, un rato antes, que Yago no le tenía aprecio; a juzgar por el modo en que su hijo se comportaba, bien podía ser cierto.

Por otro lado, estaba el juramento roto de no volver a ser médico. Y ahora había bajado a comer cuando era evidente que no se encontraba bien.

No, decididamente, Micaela estaba en el centro de todos esos cambios.

Conteniendo una sonrisa radiante, esperó a que Adela trajese la comida.

—Micaela, ¿irás mañana a hacer las visitas por los caseríos? —preguntó Diego—. Yago me dijo que la señora Joaquina aún tardaría en dar a luz, pero...

—Sí. Creo que será bueno comprobar que todo está bien. Es posible que se le adelante y no quiero correr riesgos —aseguró la curandera, tras beber un

sorbo de vino.

Yago tragó saliva. Imaginó que era él quién bebía de esa copa. Podía recordar con total nitidez el sabor del vino que su padre traía desde Logroño: aquella mezcla de fruta oscura, madera, incluso cacao. Suspiró de frustración. Aún no podía beber nada que no fuera agua. Si lo probaba, temía volver a caer en la tentación de ahogar sus penas en licor. No podía permitirse ese desahogo; no por el momento. No hasta que no hubiera puesto a esa codiciosa en su sitio.

Vio que su padre cabeceaba con aprobación ante la respuesta de la bruja y apretó los dientes.

Ya habían terminado de comer. Más bien, ellos habían terminado, mientras él tomaba sin ganas el caldo que le habían servido; luego se dedicó a jugar con la comida, sin apenas probar bocado. Ensimismado en sus recuerdos, se perdió gran parte de la conversación que sus padres mantenían con la curandera. Por mucho que intentaba seguirles, su mente se iba por otros derroteros y era imposible.

En ese momento seguían hablando. Ya había vuelto a perder el hilo. Se frotó la frente. Tenía que prestar más atención.

—... y al final la niña respiró —dijo la curandera.

—Tuviste muy buena idea, pequeña. Sin lugar a dudas, le salvaste la vida —aseguró su padre; ante la mirada aprobatoria de Marina, palmeó la mano de la joven por encima de la mesa.

Yago sintió que le ardía el estómago; se enderezó en la silla. Era hora de abrir los ojos y poner freno a aquella locura. Si su madre estaba ciega, él no lo estaba. No iba a permitir que esos dos hicieran de las suyas bajo sus narices. No, si él podía impedirlo.

¡Por Dios, si hasta su hermana estaba presente!

—¿No crees, Yago, que Micaela tuvo una inspiración al hacer aquello? —le preguntó su madre.

—Perdón, madre, me temo que no estaba prestando atención —se disculpó entre dientes.

—Micaela nos contaba que tuvo que hacer el boca a boca...

—¿*Boca a boca*? —interrumpió la curandera, extrañada—. Qué expresión más curiosa, señora. Jamás la había oído. Aunque debo decir que se ajusta mucho a lo que sucedió —terminó, cabeceando con asentimiento.

—Sí... bien... —tartamudeó Marina, consciente de que había hablado sin pensar—. Me ha salido sin más... No le des importancia.

Yago observó el sonrojo de su madre. Pese a los dieciséis años transcurridos desde que había vuelto a ese siglo, su madre seguía teniendo expresiones que no correspondían a esa época. Generalmente se controlaba mucho para no decir nada que pudiera interpretarse mal o ser incomprensible. Para bajar la guardia de ese modo debía de confiar mucho en la bruja.

—¿A quién? —indagó, intrigado.

—Era la hija de... de una prostituta... —aclaró la curandera, con el rostro encarnado y la mirada fija en el mantel—. Nació con el cordón enrollado en el cuello.

—He de decir que tuvisteis muy buenos reflejos —murmuró, sinceramente sorprendido—. A pocas personas se les habría ocurrido soplar dentro de la boca de un recién nacido. Como bien dice mi madre, vuestra inspiración fue todo un acierto.

La bruja alzó la cabeza; sus ojos, abiertos de par en par, expresaban confusión.

Yago sintió una punzada en el estómago y se quedó momentáneamente sin aire. A la luz que se filtraba entre los cristales emplomados, los ojos de la curandera se veían del azul del cielo estival. Profundos e insondables. Pensó que un hombre podría perderse en ellos. De hecho, él ya se estaba perdiendo. Y no por primera vez.

La cruz de plata capturaba la luz y emitía destellos con cada inspiración de la joven. No se había fijado en que su piel fuera tan cremosa que dieran ganas de tocarla. Ni que los labios entreabiertos pudieran ser tan apetecibles. Ni que...

Consternado por el derrotero que estaban tomando sus pensamientos, apretó la mandíbula y clavó, con frialdad, la mirada en ella. ¿En qué demonios estaba pensando? Esa mujer era una buscona sin escrúpulos.

Por mucho que le sorprendiera su aparente entrega a los pacientes de toda índole y posición, seguía siendo la mujer que haría sufrir a su madre.

«Jamás lo consentiré», pensó con determinación.

—... mañana iré contigo —terminó Diego—. No conviene que vayas sola.

«Otra vez me he perdido lo que estaban diciendo», pensó Yago; con un suspiro de resignación, se recostó en la silla.

—Os lo agradezco mucho, don Diego —susurró la bruja—. No creo que nos demoremus mucho, pues, salvo la señora Joaquina y los hermanos Iribarren, el resto parece que está bien. Al menos no han dado aviso.



—Saldremos por la mañana, así aprovechamos las horas del día —explicó Diego, con una sonrisa.

—¿Puedo acompañaros? —preguntó Clara, esperanzada—. Tengo ganas de aprender...

—No. —La negativa salió de los labios de Yago antes de que tuviera tiempo de pensarlo siquiera. Los cuatro lo miraron, extrañados. ¿Qué problema había con que su hermana fuera con ellos? Con ella delante no podrían llevar a cabo su vergonzosa relación. Era el remedio perfecto—. No hace falta que vayas tú, padre. Creo que podré aguantar sin dificultades. —Sí, hubiera sido el remedio perfecto. Salvo que, para su consternación, él quería ir con la bruja.

—Pero... —empezó a protestar la jovencita.

—Pero aún no estás bien —dijo su padre a la vez—. No creo que sea lo más acertado...

«Claro que no. Sobre todo si quieres pasar unas horas con la bruja», pensó Yago, rabioso.

—Podré arreglármelas, padre. No es necesario que te molestes —dijo con sequedad, más decidido que nunca—. Me interesa saber cómo va el embarazo de la señora Joaquina y...

—Tu padre tiene razón, hijo, no estás en condiciones de ponerte a cabalgar por el monte. —La voz de Marina sonó preocupada—. Espera unos días a reponerte del todo.

¿Pero es que su madre no se daba cuenta? ¿Tan ciega estaba?

—Te agradezco esa preocupación, madre, aunque no es necesaria. —La miró de medio lado antes de continuar—: Estoy bien. Si no bien del todo, sí lo suficiente como para cumplir con mis obligaciones de galeno. Y como ha dicho doña Micaela... no nos demoraremos mucho.

Al entrar Adela con el servicio de té guardaron silencio. Ella dejó la bandeja en la mesa. Esperaron hasta que la criada salió del comedor para continuar con la conversación.

—Bien, si tú quieres ir, no me opongo —empezó su padre, con los ojos clavados en él—. Considero que aún es pronto. Lo más razonable es que te quedases algún día más para descansar.

«Y mientras tanto os dejo a vosotros solos. ¡Ni lo sueñes!».

Marina comenzó a servir la infusión en las tazas; las repartió entre ellos.

—Mañana estaré mejor. No os preocupéis. —Se volvió a la curandera, que escuchaba sin decir nada—. ¿Tenéis inconveniente en que os acompañe?

—No, claro que no. Si os consideráis... recuperado... —balbuceó con la taza a medio camino de la boca—. Me alegra saber que queréis cumplir con vuestra obligación. Es muy loable de vuestra parte.

Yago apretó los puños bajo la mesa. Contó hasta diez y después hasta veinte para no contestar. Él no deseaba seguir siendo galeno. No quería visitar pacientes ni preocuparse por las dolencias de nadie. Quería que le dejaran en paz. De no ser por las maquinaciones de una bruja sin escrúpulos, él no se vería en ese aprieto.

—En ese caso iré a supervisar la molienda del maíz —avisó Diego, satisfecho—. Parece que este año hemos tenido una buena cosecha, los arrendatarios están muy contentos.

Adela volvió a entrar en el comedor.

—Un caballero pregunta por don Yago —anunció la criada; le entregaba una tarjeta de visita.

El galeno le dio las gracias y le dio la vuelta a la tarjeta para ver quién se la enviaba.

Parpadeó varias veces para asegurarse de que no era una jugada de su mente, de que en verdad era ese el nombre escrito en la cartulina.

En efecto, no había duda.

—Es de Marcos, el hermano de Catalina, mi esposa —murmuró, consternado.

—¿Tu cuñado? —Marina se tocó la frente, confusa—. Adela, hazle pasar, por favor.

—No es necesario, madre. Le puedo atender en la biblioteca...

—Nada de eso, hijo —se apresuró a decir—. Es parte de tu familia. Quisiera conocerle.

Yago asintió, resignado, y se preparó para reencontrarse con Marcos.

## Capítulo 17

Micaela bebió de su taza, contenta de que la tarjeta hubiera cambiado el tema de conversación. Fuera lo que fuese aquello que le ocurría a don Yago, era demasiado evidente que a ella no le guardaba ninguna simpatía. Más bien al contrario.

Por eso había sido una sorpresa que fuera capaz de alabar su actuación del día anterior con la recién nacida. Incluso pensó que no le había oído bien puesto que, hasta ese momento, solo había tenido para ella palabras hirientes.

Pero no, al parecer, esas las había dicho con sinceridad. ¡Qué hombre más extraño!

No entendía su postura. ¿Por qué deseaba acompañarla, si no parecía tenerle ninguna estima? ¿No habría sido más lógico dejar que don Diego fuera con ella?

«Desde luego, no hay quien lo entienda».

La criada entró en el comedor, seguida por el joven más apuesto que hubiera visto en su vida. Si Micaela hubiera querido poner cara a los ángeles, sin duda, esa habría sido la del recién llegado.

No aparentaba más de veintitrés o veinticuatro años. Era alto, si no tanto como don Diego o su hijo, sí más de lo corriente. Llevaba el pelo rubio oscuro atado en la nuca; ojos del azul de las flores de achicoria, una nariz aristocrática y una boca de sonrisa fácil completaban su rostro agraciado. Bajo la capa de viaje llevaba una casaca de paño verde, calzas grises y camisa blanca. Una espada ropera a la cadera terminaba su atuendo. A juzgar por lo impoluto de sus prendas, era evidente su preocupación por el vestir.

El joven entró, se quitó el tricornio e hizo una reverencia con donaire, ante el silencio de los comensales. Micaela parpadeó para salir del trance y observó a los demás. Los dueños de la casa miraban intrigados al recién llegado; Clara tenía la boca abierta en un mudo «oh»; don Yago, extrañamente, no parecía nada contento con la presencia de su cuñado.

—Buen día tengan vuestras mercedes... —empezó el joven, con deje andaluz.

—Bienvenido, Marcos —lo interrumpió don Yago. Se levantó con presteza.

Si no lo hubiera estado mirando, ella no se habría dado cuenta del modo en que se aferró, primero a la mesa y luego al respaldo de la silla, para no perder el equilibrio. ¡Qué hombre más tozudo! Habría debido quedarse en la cama hasta reponerse del todo. Definitivamente, no estaba recuperado para hacer las visitas.

—No te esperaba. Suponía que estabas en Madrid... —señaló el galeno.

Micaela creyó detectar una mezcla de tristeza y dolor en su mirada.

—Y lo estaba, mi querido Yago. Pero al enterarme de que habías regresado a tu casa... decidí hacerte una visita —aclaró el joven. Lo miró con timidez, sin atreverse a acercarse a él para saludarlo de otro modo. Don Yago, en cambio, apretó los dientes y dirigió su vista a las llamas de la chimenea, sin separarse de la silla donde seguía agarrado con fuerza.

Doña Marina carraspeó con suavidad para llamar la atención de su hijo. Él la miró como si estuviera a mucha distancia de allí; al final pareció comprender lo que esperaba su madre de él.

—Marcos, permíteme que te presente a mis padres... —Señaló a los dueños de la casa, que se habían acercado hasta ellos—. Don Diego y doña Marina... Don Marcos de Molina y Alcázar; era hermano de... mi esposa.

—Encantado de conocer, por fin, a vuestras mercedes —habló el recién llegado con una sonrisa amable—. Yago hablaba con mucho cariño de vuestro esposo y de vos, doña Marina.

—Lo mismo os digo. Aunque, últimamente, mi hijo apenas nos había referido nada sobre vos —murmuró ella, clavando los ojos en el susodicho.

Micaela observó los puños apretados del galeno. ¿Qué sucedía?

—No se lo reprochéis a Yago. Debo decir que en los últimos tiempos no gozaba del favor ni de mi familia ni tampoco del de vuestro hijo —aclaró don Marcos, con evidente pesar—. Supe de la muerte de mi padre, de mi hermana y... de la niña.

El semblante del joven se entristeció. Luego miró subrepticamente a su cuñado.

—Os acompañamos en el sentimiento, don Marcos. Ha sido un duro golpe... —dijo don Diego—. Nosotros nos enteramos hace unos días. Durante el último año no hemos sabido nada de Yago...

—Yo tampoco —contestó con sequedad. Después, como si se hubiera dado cuenta de su falta de tacto, se aclaró la voz antes de continuar—: En cuanto supe que estaba aquí, decidí venir para conocer de primera mano lo ocurrido a mi familia y presentarle mis condolencias.

Doña Marina cabeceó, satisfecha por las palabras del joven, y le puso una mano en el antebrazo como una muestra de consuelo.

—Me alegro de que hayáis venido. Vamos, don Marcos, quiero presentaros a una amiga muy querida.

La joven se levantó para ser presentada. Los miraba acercarse con serenidad.

—Don Marcos... doña Micaela de Alzate. Es como una hija para nosotros. —El cariño estaba patente en cada una de sus palabras.

—Es un placer conoceros, señorita. —Se inclinó en una reverencia antes de dedicarle una sonrisa sincera.

—El placer es mío, señor —atinó a decir Micaela, perdida en aquellos ojos azules.

Realmente era un hombre en extremo apuesto. No le extrañaría que las mujeres fueran suspirando por él.

Por raro que pareciera, se dio cuenta de que, pese a ser tan atractivo, no la conmovía tanto como el galeno. Tal vez fuera por ser poco mayor que ella o porque en esos ojos azules había mucha pena escondida; lo cierto era que le inspiraba más sentimientos de protección que otra cosa.

—Veo, por vuestro atuendo, que estáis de luto... —Las palabras de don Marcos la sacaron de sus pensamientos.

—Sí —dijo, sorprendida por sus palabras—. En los últimos años han muerto tres personas muy queridas para mí —declaró con la mirada baja.

—Permitidme, entonces, que os exprese mi más sincero pésame.

—Gracias —contestó con una inclinación de cabeza—. Lo mismo os digo.

El recién llegado se volvió para que le presentasen a Clara. La jovencita tenía las mejillas arboladas, los ojos le brillaban como luciérnagas.

—Y Clara, nuestra hija pequeña —presentó doña Marina.

—Puedo ver que esta jovencita se convertirá en toda una belleza. Sin duda, doña Marina, ha heredado vuestros bellos ojos —manifestó el joven con galantería.

El rostro de Clara se puso del color de los tomates maduros, de puro placer. La señora de la casa se limitó a carraspear, pero el brillo de su mirada

decía que le había gustado el piropo de don Marcos. Sin duda, el recién llegado dominaba el arte de agradar a las personas. En especial a las mujeres.

—Será mejor que nos sentemos todos. ¿Habéis comido ya, don Marcos? —preguntó doña Marina, antes de regresar a su asiento.

—Sí, muchas gracias, doña Marina. He tomado un refrigerio en una de las posadas de San Sebastián.

—Me gustaría que aceptaseis alojaros en nuestra casa mientras permanezcáis en la ciudad —solicitó la dueña—. Después de todo, sois de la familia...

—Por supuesto, don Marcos. Estaríamos encantados de que os quedaseis con nosotros —aseguró don Diego con una sonrisa—. Hay sitio de sobra y sería un placer contar con vuestra compañía.

La sonrisa de Clara podría haber iluminado toda la habitación. El galeno, por el contrario, se limitó a fruncir el ceño, perdido en sus pensamientos. Por lo visto, la llegada de su cuñado no le había gustado nada. Aunque, bien pensado, ¿habría algo que le agradase a ese hombre? Hasta ese momento, pensó Micaela, no le había visto reír.

La sonrisa de medio lado que le había dedicado a su madre al entrar en el comedor no había llegado a sus ojos. Sospechaba que, si alguna vez había sonreído, ya no recordaba cómo.

Con un suspiro, apartó de su mente las reflexiones sobre el galeno. Se dedicaría a disfrutar de la sobremesa con sus anfitriones y el recién llegado.

## Capítulo 18

Para Yago amaneció demasiado pronto. La luz mortecina que entraba por la ventana anunciaba el nuevo día. Permaneció un rato más en la cama, pese a ser la hora de levantarse. Le dolía todo el cuerpo, como si le hubiera pasado por encima un carro lleno de piedras. Había quedado en recoger a la bruja en su casa para visitar a la mujer embarazada y al muchacho del brazo roto. Aún tenía tiempo.

Recordó la llegada de su cuñado, la tarde anterior. Sin duda había sido el entrometido de Tomás quien le informara a Marcos que estaban en San Sebastián. El maldito criado merecía que le retorciera ese cuello escuálido. Siempre metiendo la nariz en los asuntos de los demás.

No quería ver a Marcos. Habían coincidido por última vez en la víspera de su boda con Catalina y no acabaron en buenos términos. A decir verdad, poco faltó para que cruzaran aceros al amanecer.

La inminencia de la boda impidió que llegaran a más y Marcos optó por marcharse a Madrid. No habían vuelto a verse hasta la tarde anterior, ni Yago había sabido nada de él. Hubiera preferido que ese reencuentro no se hubiera producido jamás, pero el entrometimiento de su criado lo había hecho imposible.

Salió de la cama mascullando un improperio. Desnudo y dando traspiés, llegó hasta el palanganero y se miró en el espejo. Si bien la imagen reflejada seguía pareciendo la de un espectro, al menos no se vio peor que de costumbre. Las ojeras eran menos pronunciadas y los ojos ya no tenían ese brillo febril de días atrás. Seguro que lo peor ya había pasado. Estaba recuperándose, pronto su malestar sería historia.

Con manos temblorosas, cogió la jarra y procedió a llenar la palangana para lavarse. El agua fresca lo espabiló en seguida y casi consiguió que se sintiera mejor.

—Buen día, señor. Veo que ya nos hemos levantado —comentó Tomás, con su habitual pomposidad.

—Buen día —masculló escuetamente. Procedió a vestirse despacio.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó con solicitud.

Esta vez Yago no se molestó en responderle y, tras ponerse una camisa blanca, continuó con las calzas negras. Pese al temblor de las manos, era el primer día en que conseguía vestirse solo. Y eso era todo un logro. Estiró una de las comisuras a modo de sonrisa.

Sí, se sentía bien.

Sentado en la cama, se calzó las botas altas de cuero negro. Una vez hecho eso, alcanzó el chaleco oscuro que descansaba en el respaldo de una silla y se lo puso. ¡Buen Dios, se sentía casi humano otra vez!

Tomás se aclaró la garganta, al tiempo que se enderezaba aún más, si cabe.

—Don Marcos me ha pedido que le ayude con sus ropas... Quisiera saber si estáis de acuerdo, señor —indagó el hombrecillo—. No creo que me lleve mucho tiempo y...

—No hay ningún problema, Tomás —lo interrumpió Yago; se dirigió al aguamanil—. Atiende a Marcos. Seguro que disfrutas mucho más con sus trajes que con los míos.

—He podido comprobar que a don Marcos le sigue gustando vestir a la moda. Siempre es un aliciente salir de los colores austeros... —murmuró, cepillando la casaca negra de su patrón.

—Mientras no trates de convencerme de que amplíe mi vestuario con esos colores brillantes que llegan de Francia, puedes hacer lo que gustes —sentenció Yago, anudándose la corbata frente al espejo.

—Gracias, señor. Lo tendré en cuenta. —Le pasó la casaca—. Aunque no os vendría mal salir de estos colores deprimentes.

—¿Olvidas que estoy de luto? —preguntó, con filo en la voz. Lo miró a través del espejo.

—Señor, si me permitís que os recuerde —empezó el ayuda de cámara sin amilanarse—, ya ha pasado algo más de un año... don Marcos se lo ha quitado...

Yago aspiró antes de volverse, con cuidado de no marearse, y clavó sus acerados ojos en el criado.

—No me hables de Marcos. Agradece que no te despelleje vivo por haberle notificado dónde estaba. Sabes que no deseaba volver a verlo. —«Que me duele verlo», pensó con sufrimiento.



El hombrecillo bajó la mirada.

—Recordé, señor, la amistad que os unía con él...

—No quiero saber nada de tus motivos para avisarle —volvió a interrumpirlo con sequedad.

—... y como os he dicho, ha pasado más de un año...

—Créeme, viejo metomentodo, sé de sobra cuánto tiempo ha pasado. He estado borracho, pero no he perdido la cabeza —siseó, molesto; luego le clavó la mirada—. Para mí es como si hubiera ocurrido ayer mismo. Espero que te haya quedado claro. Ahora déjame en paz y ve a ver si el desayuno está preparado.

—Como gustéis —dijo Tomás. Continuó murmurando mientras cruzaba el dormitorio. Una madera del suelo crujió al pisarla; el hombre entrecerró los ojos, pensativo—. Siempre a vuestro servicio, señor.

Yago, de pronto cansado y arrepentido de tratar así a su ayuda de cámara, se pasó la mano por el pelo. Se acercó a la ventana y la abrió, para que el aire fresco ventilara la habitación. La lluvia caía con suavidad, tiñéndolo todo de gris. Un día acorde con su estado de ánimo, pensó.

Era cierto lo que le había dicho a Tomás. Para él seguía siendo como si hubiera ocurrido el día anterior. No podía olvidarse de Catalina ni de la niña a la que casi no había tenido tiempo de querer. Le remordía la conciencia por su mal comportamiento con su esposa.

Por su falta de control.

Se había equivocado tanto...

No le cabía ninguna duda de que solo él era culpable de aquellas muertes.

La presencia de Marcos en la casa no haría más que recordárselo. Se parecía tanto a su hermana que quitaba el aliento. Verlo, el día anterior, había sido como recibir un puñetazo en el estómago.

«Dios, ¿cómo he podido olvidar que eran gemelos?».

Marcos era la versión masculina de su hermana. Cuando estaban juntos parecían dos ángeles bajados del cielo. Frustrado por los recuerdos, golpeó el marco de la ventana y se hirió los nudillos. Lanzó un improperio y, con un gesto de dolor, se lamió los arañazos.

Tras peinarse el pelo negro con los dedos, sin molestarse siquiera en comprobar el efecto en el espejo, cogió la bolsa con los útiles de su profesión para bajar a la cocina a por su desayuno.

La cocinera lo esperaba con un tazón de chocolate y varias rebanadas de pan para untar. En realidad, no tenía hambre, pero debía empezar a comer para recuperar fuerzas. Si quería impedir que la bruja...

Ya era hora de pensar un plan de acción para alejarla de su padre. Acompañarla por los caseríos era buena idea; sin embargo, no creía que eso fuera suficiente. Si ella estaba empeñada en liarse con Diego...

Lo mejor sería ceñirse a su primera opción: seducirla. Si lograba que ella cambiase su objetivo, evitaría el sufrimiento a su madre y se solucionaría todo.

Era indiscutible que no había empezado con buen pie. En ningún momento ocultó su animadversión hacia ella cuando estaban solos. Eso, desde luego, tendría que cambiar. Era imposible conquistar a nadie ni con palabras duras ni con miradas peores. Debía evitar todo eso y hacer lo contrario.

«Todo sea por una buena causa», recapacitó, apretando los puños.

El dolor de los nudillos de la mano derecha le hizo aspirar entre dientes. Marcos. Ese era otro tema a corregir.

Flexionó los dedos varias veces y se dispuso a desayunar, antes de que la rabia y el dolor le quitasen las ganas.

¡Ojalá Marcos se marchase pronto!

Su instinto adormecido le previno que no sería así.

Micaela esperaba en el cuarto de la trastienda, donde preparaba los ungüentos y destilaba los extractos, a que don Yago pasase a buscarla. Esa mañana no podría abrir el herbolario. Los habitantes de la ciudad ya se habían acostumbrado a que algunos días la tienda permaneciera cerrada porque ella estaba visitando enfermos.

Ya había ordenado en la cesta las hierbas, los ungüentos y las cosas que pudiera necesitar para las visitas de esa jornada. No quería reconocerlo, pero se sentía expectante por saber cómo iba a resultar el día junto a don Yago. Desde la tarde anterior no dejaba de pensar en el extraño comportamiento del galeno con su cuñado. Se moría de ganas por saber qué había ocurrido entre ellos para ese reencuentro tan frío. Aunque dudaba mucho de que él fuera a contárselo.

«Sería más fácil que una piedra hablase», pensó con desencanto.

Era un hombre exasperante y con él nunca sabía a qué atenerse. ¿Quizá por eso la atraía tanto? No podía evitarlo, por mucho que le hubiera gustado. Si seguía por esos derroteros podría salir mal parada. Desde luego, la atracción no era recíproca. Salvo por algunos comentarios, que habían tenido el poder de confundirla, era evidente que don Yago no la consideraba digna

de su aprecio. Más bien lo contrario. Por eso le extrañaba que quisiera acompañarla en las visitas por los caseríos.

No dejaba de darle vueltas a eso y no le encontraba sentido. ¿Acaso temía que pudiera hacer mal a los enfermos? ¿Seguía tomándola por una bruja?

Se estremeció de aprensión; luego trató de alejar los malos pensamientos de su cabeza. Aún recordaba el terror en la mirada de su madre cuando alguien mencionaba algo que tuviera que ver con el tema de la brujería. Ella sentía el mismo temor. Pese a que habían pasado más de cien años desde el Proceso de Logroño y las brujas de Zugarramurdi, en el que cincuenta y tres personas fueron quemadas en la hoguera, el miedo y la superstición estaban demasiado arraigados como para no temer que pudiera volver a producirse algo parecido.

Con un suspiro de tristeza al pensar en su madre, apretó los labios para no llorar. A ella no le habría gustado verla triste. Siempre había hecho todo lo posible para que creciera alegre y sin trabas. De no ser porque la oía llorar por la noche, hubiera pensado que su madre era feliz en su nueva vida, en casa de don Nicolás. No obstante, y a juzgar por lo que le contara en la carta, no era cierto: echaba en falta a su esposo y, de no haber sido por el terror a verse condenada por brujería, habría regresado a su lado sin pérdida de tiempo. Micaela estaba convencida de eso.

Cerró la cesta y la dejó sobre la mesa hasta que la necesitara. Ya le había pedido al marido de Petra que le ensillase a Abedul; solo quedaba esperar a que viniera don Yago.

Dejó que la mirada vagase por el cuarto. Era de planta rectangular, no muy grande. En una de las paredes más estrechas, una ventana daba luz para poder trabajar con comodidad. Enfrente, la puerta que llevaba al pasillo de la casa. Las dos paredes más largas estaban cubiertas, desde el suelo al techo, con estantes de madera para albergar las botellas de vidrio oscuro donde se guardaban los aceites medicinales, las tinturas de plantas con sus rótulos correspondientes y cajas de madera con el nombre en latín de las plantas que contenían.

Por el hueco de una de esas dos paredes, cubierto con una cortina de terciopelo verde, se accedía a la tienda.

Bajo la ventana, las distintas ollas, embudos, cucharones, lienzos para colar o tapar los preparados, los morteros de piedra... todo recogido y ordenado, como le gustaba a su padre. La certeza de que ya no lo vería más fue tan intensa que se abrazó a sí misma para consolarse.

Era terrible haber ignorado su existencia por tanto tiempo para que, una vez juntos de nuevo, compartieran tan solo un puñado de meses. Lo echaba en falta. En dos años se había quedado sin madre, sin don Nicolás, que había sido como un padre, y sin su padre verdadero. Demasiadas muertes.

Se pasó la mano por la nuca y, con un suspiro, se encaminó a su dormitorio del piso superior. Quería coger su capa de lana más gruesa. El día se había levantado lluvioso y esa capa la protegería del agua y del frío.

Ofelia, que estaba sacudiendo una alfombra por la ventana con movimientos vigorosos, se asustó al volverse y verla en el cuarto.

—Ay, señorita, no os he oído entrar. —Se llevó la mano al pecho.

—Lo siento, Ofelia. Solo venía a por mi capa. Creo que hoy la necesitaré.

—Seguro que sí. Hace un día para quedarse en casa, no para andar vagando por el monte —murmuró en tono de reproche. Volvió a colocar la alfombra en el suelo.

—No voy a vagar por el monte, Ofelia —aseguró con paciencia, mientras cogía la capa del arcón—. Sabes que debo atender a varias personas. Don Yago me acompañará.

Ofelia se llevó las manos a la cintura y la miró con franca ansiedad. Sus ojos oscuros reflejaban lo poco que le gustaba esa situación y lo mucho que le disgustaba el comportamiento de Micaela.

—Pero señorita, no está bien que hagáis eso. Don Nicolás se esmeró para que os convirtierais en una dama educada, no para que cabalgaseis por ahí de un lado para otro, ni para que vendierais plantas como una vulgar mercadera —le reprochó la doncella con enfado. Micaela suspiró, molesta—. ¿Por qué no regresamos a Pamplona? Estoy segura de que don Millán os aceptaría en su casa.

«Mucho me temo que no será así», pensó Micaela. Se abrazó a la capa doblada.

No le había contado a su doncella lo de la propuesta de matrimonio; no parecía importante que ella se enterase, puesto que la había rechazado. En ese momento estuvo tentada de contárselo, luego lo pensó mejor y decidió dejar las cosas como estaban.

—No volveré a Pamplona. Esta es mi casa. Me la legó mi padre y me gusta lo que hago aquí. Creo que soy de utilidad. —La miró con seriedad a los ojos; quería hacerle entender, de una vez por todas, que había tomado una decisión y que no la cambiaría—. ¿No entiendes que no puedo volver a Pamplona? No estaría bien que viviese a expensas de Millán, ni que compartiera su casa sin estar casados o sin que nos una algún tipo de

parentesco. Y, sobre todo, no deseo estar bajo la mirada inquisitiva de una dueña que me tenga tan controlada como si yo no fuera más que una criatura.

—Me parece que os estáis equivocando al permanecer aquí —insistió Ofelia—. Pensaba que, al morir vuestro padre, os marcharíais de este lugar.

Micaela suspiró de frustración, su doncella no pararía de insistir en el tema y ella quería que las cosas, por fin, quedasen zanjadas.

—Te tengo mucho aprecio, no quiero que te sientas obligada a permanecer conmigo. Millán quiso que me acompañaras y estoy satisfecha con tu presencia aquí, pero si deseas regresar a su casa... lo comprenderé perfectamente.

Los ojos de la criada se abrieron como los de una lechuza asustada.

—No... no... desde luego que no quiero volver. Prefiero seguir con vos —declaró, al parecer consternada por su ofrecimiento—. Es solo que...

—En ese caso, Ofelia, te agradecería que no sigas poniendo en entredicho mis decisiones —solicitó con autoridad—. Ya lo hemos hablado en otras ocasiones y en cada una de ellas te he dado mi opinión al respecto. Espero que la aceptes de una vez por todas.

La doncella, con la cabeza gacha, se fijó en el entramado de madera del suelo.

—Que tengáis un buen día, señorita —murmuró al fin, levantando la vista. Luego esbozó una sonrisa triste.

—Gracias, Ofelia, lo mismo te deseo.

Bajó las escaleras. Antes de dirigirse a la cocina, colgó la capa en el perchero de la trastienda.

Petra bregaba como siempre. Había estado amasando para hacer pan y llevaba los antebrazos cubiertos de harina hasta los codos. Varios cabellos plateados se escapaban del pañuelo con el que se cubría la cabeza. Absorta en la tarea como estaba, no se dio cuenta de que Micaela la observaba bajo el dintel de la puerta.

La anciana terminó de modelar la última porción de masa con forma de hogaza y la añadió al resto que ya descansaba dentro de la artesa. Cerró la tapa y lo dejó para que la masa fuera leudando antes de meterla en el horno. Cuando regresara de visitar a los enfermos, la casa olería a pan recién hecho. Una delicia. Solo de pensarlo a Micaela se le hizo la boca agua.

—Tenéis la misma expresión que cuando erais niña y vuestra madre y yo amasábamos —aseguró Petra, mientras se limpiaba la harina—. Veo que os sigue gustando el pan.

—¿Hay algo tan sabroso como el pan caliente? —preguntó, suspirando de placer—. De verdad, Petra. Nada comparable a eso.

—No debéis preocuparos, a vuestro regreso os estará esperando. —La anciana sonrió con picardía.

—Deberías haber esperado para que te ayudase a amasar. Es mucho trabajo para ti...

—Nada de eso, señorita. —Petra chasqueó la lengua con indignación—. Estoy muy fuerte y puedo hacer estas tareas sin problemas. ¿Pensáis acaso que ya estoy demasiado vieja para eso?

La había ofendido. Se apresuró a aclarar las cosas:

—No, claro que no, Petra. Simplemente, conmigo aquí no es necesario que cargues tú con todas las faenas.

—Me lo habéis dicho muchas veces, señorita, y aún no ha llegado el momento de que sea necesaria vuestra ayuda.

Un golpe en la puerta de entrada evitó que Micaela dijera nada más. Sacudió la cabeza, molesta por la interrupción; luego salió a abrir.

Don Yago estaba en la entrada. Las riendas del caballo sujetas con una mano, mientras apoyaba la otra en el marco de la puerta, con aire indolente. Micaela no pudo evitar que se le acelerase el corazón; se llevó la mano al pecho, como si de esa manera pudiera calmarlo. Al darse cuenta de lo que hacía, bajó la mano en el acto y la apretó en un puño a la altura de la cadera. No debía permitir que la mera visión de ese hombre la afectase de esa manera.

Él vestía de negro de la cabeza a los pies. La camisa y la corbata blanca eran el contrapunto a tanta oscuridad. El aire fresco y húmedo de la mañana hacía ondear el borde de la capa a la altura de los tobillos y rozaba con el movimiento las botas altas, lustradas como un espejo. Tenía mejor color de cara que el día anterior; sin duda se estaba recuperando. Sus ojos acerados la miraron de arriba abajo. ¿Era aprobación lo que veía en su mirada? No, seguramente eran imaginaciones suyas.

El hombre no sonrió. ¡No fuera a ser que se le resquebrajase la cara si lo hacía! Se limitó a mirarla por debajo de las cejas.

—Buen día, ¿estáis preparada? —Su voz profunda le hizo cosquillas en el estómago.

—Sí... Solo me queda coger la capa y la cesta. Si sois tan amable de esperar un instante... —solicitó con amabilidad.

Él se limitó a inclinar la cabeza con aquiescencia. Se quitó el sombrero y lo sacudió repetidamente contra su pierna para quitarle las gotas de lluvia que se le habían adherido. El pelo, oscuro como el carbón, se le alborotó con el

aire, varios mechones le cayeron sobre la frente. Micaela se agarró a la falda para no colocárselos ella misma, recriminándose en silencio esa falta de control. Don Yago, ajeno al sentir de la muchacha, se los peinó con los dedos antes de volver a ponerse el tricornio.

Realmente era un hombre atractivo. Atractivo y peligroso.

Micaela, deseosa de hacer algo para no seguir admirando al galeno, regresó al consultorio, recogió la capa oscura y se la puso con destreza. Con la cesta colgada del brazo, pasó por la cocina para despedirse de Petra y salir a la cuadra a por Abedul, que agitaba las crines con ganas de trotar.

A la puerta la esperaba su acompañante, a caballo.

—Quizá no deberíais salir aún. No estáis repuesto del todo y un enfriamiento...

Él se volvió a mirarla y alzó una ceja.

—Señora, os recuerdo que soy lo bastante adulto como para saber lo que me conviene. —Había frialdad en sus ojos—. Dejad los consejos para los pacientes.

La joven, fastidiada por la repuesta tan desagradable, se mordió el labio para no contestarle que él también era su paciente. ¡Qué hombre tan odioso! Con un suspiro, azuzó a Abedul. El semblante con que él la seguía era tan serio que habría podido cortar la leche.

«¿Cuándo aprenderé a mantener la boca cerrada?», se recriminó. «Si quiere enfermar, es su problema».

## Capítulo 19

Ofelia, desde la ventana del dormitorio de Micaela, los vio marchar. La decepción era patente en su rostro. Nunca habría pensado que la joven fuera a cambiar tanto.

Consideraba que Micaela no se estaba conduciendo como debía hacerlo una dama. Desde la llegada a San Sebastián parecía haber olvidado todas las enseñanzas de don Nicolás. La culpa de todo la había tenido su padre. Obviamente, don Pablo estaba acostumbrado a vivir solo. La llegada de su hija fue una alegría para él, de eso no cabía duda alguna, pero nunca supo manejar ni la exuberancia ni el temperamento de ella.

A su lado Micaela hizo lo que siempre había querido: atender a los enfermos y aprender todo lo referente a las hierbas medicinales. Y su padre, lejos de prohibirlo, se lo había consentido. Hasta lo había fomentado.

Ahora, sin la figura de don Pablo, Micaela pretendía seguir los pasos de su padre: dedicarse a la venta en el herbolario y a tratar a los enfermos de intramuros y de los caseríos circundantes.

Tal vez nunca debió marcharse de Pamplona. Ofelia había nacido allí, en las tierras de los Elizalde, hija de la lavandera de la familia y un mozo de cuadra. Siempre había pensado que su futuro estaba en aquel lugar, aunque no le gustasen nada las tareas que le imponían. Por eso, cuando la ascendieron a doncella se le abrió un mundo nuevo. Podía vivir en la casa grande; tenía su propia habitación, aunque pequeña, fría en invierno y calurosa en verano.

Y lo más importante de todo: estaba cerca de don Millán. Eso era lo mejor. No recordaba cuándo empezó a interesarle el hijo de los dueños. Tal vez al regresar él, acabados sus estudios en Madrid. Lo cierto era que un buen día se descubrió enamorada de don Millán; procuraba verlo a la menor ocasión, cosa difícil, siendo la hija de la lavandera y sin vivir en la misma casa.



Sonrió al recordar su empeño en ser ella quien le lavase la ropa. Era todo un rito: primero se la llevaba a la nariz para absorber el olor, *su* olor. Luego la lavaba con todo el cuidado; sabía que esas prendas habían tocado su piel.

Más tarde, cuando ya era doncella, echaba de menos el lavarle la ropa, pero al menos tenía la posibilidad de verlo todos los días, de oír su voz.

Antes de marcharse de Pamplona había robado uno de sus pañuelos para guardarlo de recuerdo. Por las noches lo sacaba de su escondite y fantaseaba con don Millán. Imaginaba que era su esposa. Que vivían en la casa. Nunca se lo había contado a nadie. Era su secreto. Un sueño infantil e irrealizable que no podía evitar.

—Deja de soñar —se reprendió con tristeza, mientras terminaba de limpiar la habitación—. Es difícil que lo vuelvas a ver.

Volver a la casa de Elizalde estaba fuera de toda posibilidad. Sin una mujer a quien servir, ella volvería a la lavandería con su madre. Y no estaba dispuesta a bajar de jerarquía.

Tal vez debería haber consentido los avances de don Millán. Cerró los ojos, reviviendo las dos ocasiones en que la había besado, unos días antes de partir hacia San Sebastián. Quizá habría debido olvidar su recato y aprovechar la situación.

—Basta: no sirve de nada lamentar lo que pudo haber sido —musitó con desprecio.

Era necesario convencer a Micaela de que desistiese de ese comportamiento. Claro que debería hacerlo de manera sutil para no provocar su enfado. Se tocó el pelo para asegurarse de que estaba todo en su sitio. Ya de otro ánimo, siguió con las tareas.

La lluvia caía sin atisbo de que fuera a dejar de hacerlo en las próximas horas. Las nubes densas y plomizas lo cubrían todo, desde el mar hasta los picos de las Peñas de Aya y más allá. El sonido de las gotas que caían sobre las hojas de los árboles, las piedras o los múltiples charcos que jalonaban el camino, producía un sonido relajante. Olía a tierra mojada, a musgo y a sal. Lo había echado de menos.

Yago cerró los ojos, en un intento de apreciar mejor esos olores. En seguida le llegó el recuerdo de aquella ocasión en la que había cabalgado junto a su padre para ir a la herrería. Entonces también llovía y el agua les empapó por completo. A ninguno de los dos les importó. Le iban a hacer su primera espada; se sentía tan exultante que a punto estuvo de caer en la

fragua, de tantas ganas como tenía de ver trabajar al herrero. Casi sonrió al recordar.

En aquel entonces su padre era para él un gigante. Una especie de héroe a quien emular. Y habría seguido siéndolo si esa bruja no se hubiera entrometido, tentándolo con su voluptuoso cuerpo hechicero, para apartarlo de su madre.

A veces le costaba creer que su padre hubiera cambiado tanto. No concordaba con su forma de ser o de ver la vida.

Lo había conocido al cumplir los doce años, aquel verano de 2007.

Aún recordaba con total nitidez la sorpresa al conocerle. Sorpresa que se convirtió en orgullo cuando lo fue tratando. Era el mejor padre que hubiera podido desear. Como un héroe de película de carne y hueso.

Al principio no sabía nada de él, de dónde venía o dónde había estado esos doce años, y, tanto su madre como él, fueron muy parcos a la hora de explicarle esas cosas. Cuando se hizo evidente que a Diego la polución del aire le afectaba muchísimo y el ajeteo, el estrés o los ruidos de aquella época le hacía complicado su estancia allí, les oyó hablar de ello. Pese a que lo hacían cuando lo creían dormido, él les escuchaba ávido por saber qué estaba ocurriendo.

De ese modo se enteró de la sorprendente verdad. Una verdad fantástica y llena de aventuras.

Oyó muchas veces las suplicas de su madre para que regresara a su tiempo antes de que enfermase. Y la misma cantidad de veces a su padre asegurar que jamás se iría sin ellos. Que deseaba compartir la vida con su mujer y su hijo y que, si enfermaba, pues mala suerte. O que elegía pasar el tiempo que le quedase de vida a su lado, pues una vida sin ellos no merecería la pena vivirla.

¿Podía ese hombre haber cambiado tanto? Una parte de él le decía que no, pero la otra le recordaba el abrazo visto, las palabras oídas...

Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos. El caserío de los Lecuona apareció tras una curva. Yago se colocó mejor en la silla y miró a la curandera, que cabalgaba a su lado en completo silencio. La capucha le cubría la cabeza para protegerla de la lluvia persistente. ¿En qué estaría pensando esa mujer?

Su plan de seducirla era más complejo de lo que hubiera pensado. Le costaba mirarla sin ponerse a la defensiva.

«Si quieres tener éxito debes olvidarlo», se dijo en silencio.

Llevaba tanto tiempo sin seducir a una mujer que ya no sabía cómo hacerlo. Más le valía pensar en algo antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Qué os sucede a Yago y a ti? —indagó su esposa sin rodeos, al entrar en el invernadero. Diego apartó la vista de *La Gaceta de Madrid* y la miró con las cejas alzadas—. No te hagas el sorprendido. Os he visto anoche, entre los dos se podía cortar el aire.

—No lo sé, Sirena; de verdad —dijo con franqueza. Dejó el periódico sobre la mesa de al lado y se recostó en el sillón de mimbre—. La otra noche, cuando entré en su dormitorio, me acusó de no respetar a nadie. Y, sinceramente, no sé a qué se refiere.

Lo había pensado detenidamente, sin dar con el problema. Y estaba seguro de que había alguno, de lo contrario, Yago no se comportaría así con él.

—Cuando llegó no me parecía que te guardase ningún rencor... —sugirió su esposa. Con una uña se dio golpecitos en los dientes delanteros. Las gotas de lluvia que tenía prendidas en el pelo capturaron la luz.

—A mí tampoco, pero ahora no parece ser así. —Alisó distraídamente las páginas del diario—. ¿Crees que el licor ha podido nublarle el cerebro? —Dejó la pregunta en el aire—. No, desde luego que no —se contestó él mismo, tras meditarlo.

—No digas eso. Aún no he olvidado la cara de angustia que tenía mientras llamaba a su esposa, como si estuviera con él en el dormitorio. —La vio estremecerse y abrazarse a sí misma—. Pensaba que... La verdad, no sé lo que pensaba. Verlo así me impactó demasiado.

—Ven...

Marina, al parecer sin oírle, empezó otra vez a darse golpecitos en los dientes mientras pensaba. Ese aire preocupado no le restaba hermosura. Cada día daba gracias por haberla encontrado aún soltera cuando fue a buscarla, al acabar la guerra de sucesión. En esos trece años podría haberse casado. Podría haber estado enamorada de otro. Podría... Pero no había sido así; ella estaba soltera y seguía amándolo. ¡Por todos los demonios del averno! Si eso no era para estarle agradecido al Señor...

Sí, sin lugar a dudas estaba satisfecho con su vida y, de no ser por la reciente tirantez de Yago, podría decirse que tenía todo lo que un hombre podía desear.

La lluvia golpeaba el tejado de vidrio del invernadero y se escurría por los costados, emborronando el paisaje exterior.

Miró a su esposa, que fruncía el ceño, pensativa, y no pudo menos que tratar de provocarla.

—Sirena, deja de pensar lo que quiera que estés pensando. Te salen unas arrugas muy poco favorecedoras —detalló, con una sonrisa pícaro en los labios.

—¿Qué? —La cara de Marina reflejaba sorpresa—. ¿Te has mirado tú últimamente en el espejo? —replicó, tras recuperarse.

Su esposa había picado...

—Umm, sí... —Diego se pasó la mano por la barbilla—. ¿No crees que esté cada día más atractivo? —aventuró con picardía.

La cara de sorpresa de Marina se había cambiado rápidamente en otra de indignación. Sus ojos verdes llameaban. Cada vez estaba más hermosa.

—¿Insinúas que solo yo me estoy haciendo vieja? —La vio acortar, con aire beligerante, la distancia que los separaba.

No había duda de que había mordido el anzuelo.

—Bueno, querida, no se te ve más joven cada día, ¿no crees? —Alzó una ceja.

La tenía al alcance de la mano, pero aguardó a que ella volviera a hablar.

—Eres un bellaco cruel y taima...

Diego no la dejó terminar. Le cogió la mano y, con un movimiento rápido, tiró de ella hasta que su esposa terminó sentada en su regazo. Precisamente donde la había querido tener desde el principio.

Ella lo miró, echando chispas por los ojos. Pataleaba para desasirse, lanzando manotazos a diestro y siniestro. Sus mejillas arreboladas y sus labios entreabiertos eran toda una provocación que él no iba a desaprovechar.

La sujetó por la nuca y puso una pierna sobre las de ella para evitar que siguiera forcejeando.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, indignada—. No tengo tiempo para esto. Aún no he encontrado ama de...

—¡Qué fácil es hacerte enfadar, mi amor! —murmuró antes de darle un ardiente beso.

El forcejeo fue perdiendo intensidad según aumentaba la pasión entre ambos. Marina participó activamente en ese beso.

La edad no había restado pasión a su sirena, pensó él, satisfecho.

Ella le introdujo una mano por la pechera de la camisa y la enredó en el vello del pecho, haciendo que se le escapara un gemido. Luego le soltó la

coleta para hundir la mano en su pelo.

Diego separó los labios de los de su esposa para mirarla a los ojos. Los tenía casi negros y somnolientos. La besó en la comisura de la boca, en la mandíbula, el cuello, el escote...

¿Es que nunca se iba a cansar de ella?

«No. ¡Jamás!».

—¡Ah! Perdón... —La voz masculina rompió el encanto; los dos se separaron como un resorte.

## Capítulo 20

Don Marcos, visiblemente azorado, estaba de pie a la puerta del invernadero, vestido de manera impecable. Era la imagen del joven apuesto que toda jovencita quisiera para sí. La lluvia apenas le había salpicado la ropa. Marina se dio cuenta de que llovía con menos intensidad.

Como se sintiera la cara completamente roja, bajó la cabeza para no mirar al recién llegado. Quiso levantarse del regazo de su marido, pero Diego la sujetó por el talle para impedirselo, al tiempo que la apretaba contra él para que notara la razón de esa orden.

—Os ruego que me perdonéis... Doña Marina, don Diego —murmuró don Marcos, los ojos clavados en la gravilla del suelo—. Adela me dijo que podría encontrar a vuestras mercedes aquí y no pensé... Quiero decir que no... Simplemente quería saludaros.

—No os preocupéis, don Marcos —habló Diego, fingiendo tranquilidad.

Aunque su marido era demasiado respetuoso para hacérselo notar a un invitado, Marina estaba segura de que esa interrupción le había molestado tanto como a ella.

Se levantó con un movimiento bastante desenvuelto, dadas las circunstancias. Como si el hecho de sentarse en el regazo de su marido fuera algo del todo normal y acorde con las buenas maneras. Trató de alisarse la falda, arrugada sin remedio; al ver que era imposible levantó la mirada al recién llegado. Confiaba en que su rostro no siguiera tan encarnado como una amapola.

—¿Qué tal habéis dormido, don Marcos? —Demasiado tarde se dio cuenta de que ese tipo de preguntas no se hacían a un hombre que no fuera su marido o hijo.

—¿Dormido? Bien. Muy bien, señora. Os agradezco la invitación.

—Nada de eso. Sois de la familia. Es lo menos que podía hacer.

Mientras Diego se ponía en pie y se colocaba bien la casaca, evitó mirarlo para no volver a sonrojarse. ¡Demonios! Se sentía como una niña pillada in fraganti.

—Os lo agradezco de igual manera, doña Marina, y estaría satisfecho si dejaseis a un lado la formalidad y me llamaseis, simplemente, Marcos — formuló con una sonrisa devastadora.

Ese joven iba a hacer estragos en el corazón de las muchachas de la ciudad.

—Está bien, Marcos. Siendo así, podéis hacer lo mismo en nuestro caso. —El joven hizo una reverencia fluida y elegante—. No os quedéis ahí, pasad y sentaos. —Le señaló el banco de hierro forjado y las sillas de mimbre.

—Perdonad que sea tan franco —comenzó Diego, una vez que se hubieron sentado—. Convendréis con nosotros en que la situación así lo requiere. Nos distéis a entender que no gozabais de la aprobación de vuestra familia y, por el comportamiento de nuestro hijo, tampoco del suyo.

El joven cabeceó con tristeza.

—Mucho me temo, señor, que tenéis toda la razón. Tanto mi padre como Yago estaban resentidos conmigo —confirmó, sin entrar en detalles.

—¿Puedo preguntar la razón de dicho resentimiento? —indagó Marina, acomodando la falda para que no se arrugara todavía más con el sillón.

—Siento tener que deciros, señora, que eso deberíais preguntárselo a vuestro hijo —alegó con seriedad—. No sé si puedo hablar de ello y no me gustaría deteriorar aún más mi relación con Yago.

—Lo comprendo... —murmuró Marina, desilusionada.

Había esperado que Marcos pudiera aclarar un poco las cosas, pero por lo visto no sería así. Se apretó las manos en el regazo.

—Lamento defraudaros, señora... Os ruego que consideréis mi situación —formuló con delicadeza.

Sí, ella la comprendía, aunque no la impidiera dejar de sentirse decepcionada.

—Bien, al menos podréis decirnos cómo supisteis que Yago se encontraba aquí —indagó Diego, sin rodeos.

—Sí, por supuesto. Tomás me escribió cuando ya estaban en el barco y listos para zarpar. Me contó el estado en que se encontraba Yago y me solicitó ayuda. Estaba muy preocupado por su señor.

—¿No habíais sabido nada de ellos en el último año? —se atrevió a preguntar Marina.

—No. Tomás me escribió para contarme la tragedia. Y cuando viajé a Cádiz para visitar a Yago... ellos se habían marchado de allí —declaró con desazón—. Durante días pregunté a los vecinos, pero nadie supo decirme nada. Por lo visto habían salido de madrugada sin dejar dicho adónde iban. No volví a saber nada hasta que recibí la carta de Tomás desde Sevilla. Ignoraba que estuvieran en esa ciudad.

—Sinceramente, me hubiera gustado que nos pudierais aclarar algo sobre lo ocurrido durante estos meses —declaró Marina, con un suspiro.

—Os recomiendo que preguntéis al propio Yago. Creedme, señora, yo intentaré hacerlo a la menor oportunidad.

Los tres se quedaron en silencio.

Marina aprovechó para observar al invitado. Marcos tendría, aproximadamente, unos veintitrés o veinticuatro años y parecía un joven educado y cordial. Se preguntó qué habría pasado entre ellos.

—¿A qué os dedicáis? —preguntó por curiosidad.

—Soy abogado, señora —contestó, con una sonrisa que embelleció aún más sus facciones.

—¿No os habéis casado? —Le extrañaba que no lo hubiera hecho todavía.

—No, señora. —Violentemente sonrojado, se acomodó por fuera de la casaca los puños de la camisa, adornados con volantes de encaje.

—¿No habéis encontrado a la mujer ideal?

El joven pareció pensarlo un instante antes de hablar:

—A decir verdad, señora, no la he buscado. Será lo que deba ser.

—Muy buena filosofía, me atrevo a decir, querido joven. —Cabeceó Marina con aprobación.

—Tened cuidado, Marcos, si no queréis que mi esposa os busque una. —Diego acarició con ternura la cara de Marina—. Creo que empieza a tener alma de casamentera.

La mujer lo fulminó con la mirada.

—Querido, me parece que te confundes. La casamentera de la familia era la tía Úrsula. Que Dios la tenga en su gloria —puntualizó.

—Es cierto, Sirena. Puedo dar fe de ello —proclamó Diego con satisfacción—. A nosotros nos ha ido bien, ¿no es cierto? —Entrelazó las manos con las de su esposa.

—Sí. Nos ha ido bien. La echo de menos —musitó Marina con tristeza.

En el silencio que siguió se oyeron voces airadas.

—¿Qué son esas voces? —preguntó Diego, el ceño fruncido.

Marcos carraspeó para aclararse la garganta antes de hablar.



—Me temo que no es de mi incumbencia, señora, pero no puedo dejar de decirles que, hace un rato, al pasar por la cocina, he encontrado a Tomás y a la criada... Adela, creo que se llama, discutiendo acaloradamente. Me sorprende mucho eso viniendo de Tomás, que es, de por sí, un hombre muy serio y circunspecto. Me atrevo a decir que esas voces son ellos, que siguen discutiendo.

—¡Madre mía! —exclamó Marina, preocupada—. Necesito urgentemente un ama de llaves. Iré a ver qué sucede —dijo, antes de salir disparada a la cocina.

—Todo parece seguir como la vez anterior. Si no hay novedad, el alumbramiento se retrasará unos días —anunció el galeno, con cierta ternura. Luego procedió a lavarse las manos en el aguamanil—. Es conveniente pasear por la habitación para propiciar el parto.

Desde la cama, la señora Joaquina lo miró llena de confianza y esbozó una tímida sonrisa, al tiempo que se acariciaba la voluminosa barriga por encima de la ropa de cama.

Yago sintió la conocida y casi olvidada satisfacción de ser útil, de ayudar a los demás. Demonios, para eso mismo había estudiado medicina.

Al recordar su juramento, una punzada de culpabilidad empañó esa complacencia.

—Así lo haré, señor. Estoy tan contenta, doña Micaela... —La señora Joaquina miró a la bruja, los ojos brillantes de felicidad—. No dejo de pensar en tenerlo en mis brazos...

—Así debe ser. Todo saldrá bien. —La curandera la arrojó con la sábana y colocó el embozo con afecto—. Antes de que os deis cuenta, estará llorando y pidiendo alimento.

—Ojalá sea así, señora —musitó. Luego miró a su esposo, que esperaba junto a la puerta—. Ya queda menos...

El señor Aurelio, que entraba en el dormitorio, se limitó a asentir con timidez y se sentó en la cama, junto a su joven esposa. Con movimientos algo torpes, le colocó la almohada y acomodó la trenza dorada sobre el hombro de la mujer. Su ansiedad era bien visible para todo aquel que lo mirase. De alguna manera, su preocupación por el bienestar de ella resultaba conmovedora. La imagen le retrotrajo al año anterior, cuando él mismo, con igual dedicación, se ocupaba de la comodidad de Catalina.

Sacudió la cabeza para alejar aquellos recuerdos.

—Si hay alguna novedad, mandad recado —aconsejó Yago, al tiempo que se secaba las manos.

—Tened por seguro de que así lo haremos —aseguró Aurelio, con firmeza—. No queremos correr riesgos...

—No os preocupéis, Aurelio, todo parece estar bien. No tiene por qué ser de otro modo.

—Dios os oiga, señor —barbotó el hombre, visiblemente aliviado.

Yago se limitó a saludar con la cabeza antes de salir del dormitorio y bajar a la cocina.

Les había dicho la verdad: no esperaba que las cosas se torcieran.

La bruja salió tras él.

En la cocina, la señora Jacinta, la matriarca de la casa, se afanaba removiendo el guiso del puchero que colgaba sobre las llamas de la chimenea. Olía de maravilla y él sintió hambre por primera vez en muchos días. La sensación estuvo a punto de hacerle sonreír.

—¿Qué tal está mi nuera? —preguntó la anciana en cuanto lo vio. Se enderezó con las manos en la cintura para aliviar la espalda.

—Bien, no creo que el alumbramiento tenga lugar en los próximos seis o siete días. Todo parece ir sin problemas —informó. Se pasó la mano por el pelo para acomodar unos mechones rebeldes.

—¡Alabado sea el Señor! —La señora Jacinta unió las manos en el pecho como si estuviera rezando—. No sabéis cuánto me alegra oíros decir eso. He rezado tanto para que nazca bien...

Sobre sus cabezas se oyó con nitidez un coro de maullidos. Los tres miraron al techo.

—Es la gata, parió hace unas semanas en la buhardilla —reveló la anciana.

—¿Podría ver a los gatitos? —preguntó la hechicera con regocijo infantil.

—Sí, claro. Habrá que tener cuidado con la gata. —La señora Jacinta se limpió las manos en el delantal y comenzó a subir las escaleras—. Ahora está muy protectora.

—Tendré cuidado —musitó la curandera, indudablemente ansiosa por ver a la camada.

Yago subió tras ellas, incapaz de esperar abajo y quedarse sin ver a los gatitos.

En un rincón del desván, encima de un cesto con sacos de arpillera, una gata blanca y negra, tumbada de costado, se dedicaba a amamantar a los cinco gatitos. La imagen, tan enternecedora, arrancó una sonrisa a Yago. A su lado,

la bruja inspiró y dio unos pasos con cautela para acercarse a los mininos. En vista de que la gata no le dedicaba más que una mirada de interés, se acercó un poco más. Luego, antes de reducir la distancia, esperó otra vez. Solo cuando la minina no dio visos de prestarle más atención que la de pura curiosidad, se atrevió a dar el último paso.

La señora Jacinta estuvo a punto de advertirle que la madre podría tomarse a mal la intromisión, pero cuando quiso hablar la joven ya estaba arrodillada, acariciando a la gata, que se había puesto en pie y frotaba la cabeza contra su pierna.

Yago estaba asombrado.

—Si no lo veo, no lo creo —musitó la anciana, aturdida, mientras se santiguaba—. Hasta ahora solo dejaba que me acercara yo...

Él no contestó, se limitaba a mirar el cuadro que representaba la muchacha con la gata en el regazo y los cinco gatitos luchando por subirse también. Tres eran como la madre, blancos y negros, otro era casi blanco, salvo por unas manchas negras en las patitas; el último era negro del todo. Una preciosidad de ojos verdes que había alcanzado las cintas del corpiño de la joven y se dedicaba a mordisquearlas con sus dientes diminutos.

—Estoy esperando a que venga el buhonero para que se deshaga de ese negro. Yo no me he atrevido a hacerlo, con Joaquina a punto de parir... —apuntó la anciana, en voz baja—. No quisiera tentar al diablo. —Formó un par de cuernos con el índice y meñique de cada mano.

La curandera, espantada, se volvió a mirar a la anciana.

—¿Pensáis sacrificarlo? —quiso saber la joven. Casi se incorporó. La gata maulló, indignada con el trato, mirando a la joven con ojos acusadores. La muchacha le volvió a pasar la mano por el lomo, la minina, con el cuerpo arqueado y el rabo apuntando al techo, ronroneó satisfecha. Mientras, el negro continuaba aferrado fuertemente al corpiño con sus finas garras, sin dejar de mordisquear el cordón—. ¡Pero si es una preciosidad! No podéis hacer eso. —Lo cogió para mirarlo a los ojos, el gatito miaba, mostrando una lengua diminuta. Acercó su cara a la cabeza del animal y se restregó con suavidad. Casi al instante el pequeño comenzó a ronronear, imitando el movimiento.

Yago, cautivado por el afecto con que trataba al minino, no podía apartar la mirada; era sorprendente la facilidad con que este lo aceptaba y, por encima de todo, el hecho de que la madre tolerara esas libertades con uno de sus cachorros.

—Es un gato del diablo. Dicen que son brujas transformadas... no es conveniente tenerlo en casa. —La anciana se santiguó repetidas veces. Su

cabeza negaba con obstinación.

—Solo son supersticiones absurdas. No es más que un animalito... —La joven pasó un dedo por el cuello del animal y este se retorció, extasiado por la caricia—. Es una criatura tan bonita... —Calló un momento y frunció el ceño, como si sopesase alguna cuestión—. No hace falta que lo sacrificuéis. Me lo quedo yo, lo llevaré a mi casa.

La anciana aspiró entre dientes mientras sacudía la cabeza con desaprobación. El pelo canoso se escapó del pañuelo. Yago, para no reír, se mordió el interior de la boca. Con la cara arrugada y el rictus de enfado, la buena mujer se parecía a las brujas de los cuentos que le leía su madre de niño. En cambio, continuó en silencio, atento a la discusión entre las mujeres.

—Eso no es bueno, muchacha. De todos es sabido que los gatos negros dan mala suerte. Hazme caso, lo mejor es librarse de él —formuló la matriarca, con los brazos cruzados—. En cuanto pase el buhonero le diré que se lo lleve. Da mal fario deshacerse de los gatos. Y si son negros, aún más.

La curandera seguía acariciando al animalito.

—No hace falta, de verdad, señora Jacinta. Yo me lo llevo —repitió, sujetando al minino, que se había encaramado a su hombro—. Es tan tierno... No puedo permitir que lo sacrificuéis simplemente porque tiene el pelaje negro. Él no tiene la culpa de eso.

Yago seguía callado, confundido por la vehemencia con la que la bruja protegía al pequeño felino. No habría esperado eso. La consideraba... Bueno, ya no sabía qué pensar de ella, esa era la verdad. Tampoco quería reflexionar sobre ello. No era el momento.

—Por favor, señora Jacinta —suplicó ella.

—Ese gato te traerá problemas, muchacha. Escucha lo que te digo, un gato no es buena cosa, y si es negro... —La anciana sacudió las manos como si quisiera que le apartasen al animalito de su vista—. Puedes hacer lo que quieras, jovencita, espero que no te arrepientas de esta decisión tan disparatada —bufó, ofendida.

—Estoy convencida de que no será así, señora Jacinta. —La curandera acarició al gatito con deleite, encantada, al parecer, de haberlo salvado de una muerte segura.

El galeno la vio levantarse con cuidado para no molestar a la madre ni al resto de la camada. El gatito negro estaba acurrucado entre sus manos, como si supiera que allí estaba seguro. ¿Como si supiera? ¿Desde cuándo los gatos tenían ese tipo de pensamientos?

«Sin duda, la falta de licor te está reblandeciendo los sesos», se reprochó. «A este paso, dentro de poco pensarás que ella es un ángel, no una bruja que quiere seducir a un hombre casado».

«Demasiado tarde», pensó con disgusto. «Ya no sé qué creer».

La curandera se aflojó las cuerdas del corpiño y, con mucho cuidado, guardó dentro al minino negro. Yago no pudo evitar tensarse ante la imagen de la joven con el corpiño medio desatado. Era perturbadora y le disgustaba lo que le provocaba en su interior. Apartó la vista con brusquedad y, por un momento, se le fue la cabeza. Cerró los ojos hasta que la amenaza de mareo cedió del todo.

—No dejo de pensar que estás cometiendo un error, Micaela —protestó la anciana, retorciéndose las manos en el delantal—. Deberías dejar que el buhonero...

—Por favor, no me pidáis eso, señora Jacinta. Ya no sería capaz de desprenderme de él —sostuvo la joven, con ojos lastimeros; luego puso la mano sobre la diminuta cabeza que asomaba por el escote—. No dejaré que le pase nada malo —aseguró, satisfecha.

—Bah, muchacha. Lo que me preocupa no es que le pase algo al animal, sino a ti. —Chasqueó la lengua—. Don Yago, deberíais hacerla entrar en razón —señaló, molesta.

—¿Yo? —graznó, sorprendido de que le metieran en eso.

—Sí, vos. Hacedle ver que está equivocada y que no es bueno que se quede con él.

Yago, incomodado por las circunstancias, miró a la bruja y se sorprendió al ver que ella alzaba la barbilla con aire desafiante. Desde luego, la joven no iba a ceder a las demandas de la matriarca del caserío y, llegado el caso, tampoco a las suyas. ¿No sería un buen momento para congraciarse con ella y comenzar su propósito de seducirla?

Por otro lado, a él también le gustaban los gatos y le parecía un crimen que acabasen con ellos.

—Creo, señora Jacinta, que poco puedo hacer yo a ese respecto —acertó a decir, ante la mirada furibunda de la anciana—. Y realmente, ¿qué mal puede hacer un animalito tan pequeño?

—¡Jóvenes! No tienen ni una pizca de sensatez en el cuerpo —protestó la mujer, mientras se encaminaba a las escaleras—. Dios quiera que no tengamos que lamentarlo. Dios no lo quiera.

La sonrisa de sincero agradecimiento de la joven fue como un mazazo que le dejó aturdido. ¡Por todos los santos! ¡Sí que era hermosa!

Con un gesto brusco, siguió a la señora Jacinta para no ponerse en evidencia frente a la curandera.

## Capítulo 21

El herbolario estaba cerrado. Millán frunció el ceño y llamó a la puerta de la casa. Un instante después apareció Ofelia y se quedó parpadeando como un búho, sin decir nada. Había olvidado que la mujer solía actuar así en su presencia.

La lluvia caía inclemente y lo estaba mojando. No le quedaban más que tres trajes; los restantes, con gran dolor de su corazón, los había vendido para costearse la estancia en San Sebastián; no podía permitirse que la lluvia echase a perder el que llevaba puesto. Sin esperar más, avanzó un paso; la doncella se apartó, aturdida, para dejarlo pasar. Él se quitó el sombrero y lo sacudió enérgicamente para quitarle el exceso de agua. Miles de gotas salieron despedidas y motearon el suelo de piedra.

—Buen día, Ofelia —saludó cordial, una vez dentro—. ¿Se encuentra la señorita Micaela en casa?

—No... no está en este momento... don Millán —articuló, pálida, con las manos unidas en la cintura—. Se marchó esta mañana...

—¿Que se ha marchado? ¿Adónde? —inquirió, confuso. Solo le faltaba que hubiera emprendido un viaje.

—Veréis, don Millán, la señorita Micaela visita a los enfermos de los caseríos de los alrededores —murmuró la mujer. Empezaba a volverle el color.

—Veo que sigue haciendo lo que no debe —masculló Millán. Se mordió el interior de la mejilla para tranquilizarse. Era necesario mostrarse paciente—. ¿Sabes si tardará mucho?

—Siento decirlo que no lo sé —contestó Ofelia, estrujando la falda.

—Bien, en ese caso, dile que he venido a visitarla y que espero verla pronto.

—Así lo haré, don Millán —aseguró la doncella, las mejillas al rojo vivo.

Sin decir nada más, Millán se colocó el sombrero y volvió a la calle. Fuera, la lluvia seguía cayendo sin visos de escampar. Si el tiempo iba a continuar así, debería hacerse con una capa que lo protegiera del agua, de lo contrario, sus ropas no aguantarían. Con las prisas no había podido traer a su ayuda de cámara y dudaba mucho que el posadero, o sus sirvientes, tuvieran la más mínima noción de cómo tratar unas prendas tan costosas. La compra de la capa se hacía imprescindible.

«¡Rediez! Otro gasto que no puedo permitirme», pensó, caminando a grandes zancadas por el centro de la calle, con cuidado de esquivar los charcos del suelo. «¿Qué más puede empeorar?».

Adela planchaba en la cocina, con la cara arrebolada y murmurando entre dientes. Pasaba una y otra vez la plancha de hierro por la tela de lo que parecía ser una de las camisas de Diego. Había empezado a trabajar en la casa-torre cuando Diego heredó la casa y allí seguía desde entonces. Era una mujer de carácter fuerte, trabajadora como la que más. Y hasta ese momento nunca había tenido una palabra más alta que otra con ninguna persona de la casa. Por eso era de lo más extraño que Marcos la hubiera oído discutir con Tomás.

Había nacido en Pasajes de San Juan. Su familia se dedicaba a la pesca y sus hermanas eran bateleras en el puerto de Pasajes.

—Creo, Adela, que si continuas planchando el mismo sitio terminarás por desgastar el tejido —notificó Marina, al entrar en la cocina.

—¡Ay! Lo siento mucho, señora —se disculpó la criada, ruborizándose aún más—. Me he descuidado...

—Ya lo veo... ¿te sucede algo? —indagó, mientras se acercaba a la mujer—. Puedes decirme lo que sea; sabes que te escucharé.

Adela permaneció tanto tiempo en silencio que parecía como si no fuera a decir nada más. Varios mechones se le habían escapado del pañuelo y le revoloteaban alrededor de la cara con cada movimiento.

—Es ese pomposo hombrecillo del demonio —masculló al fin. Dejó la plancha en un trípode sobre las brasas para que se calentase.

—¿Hombrecillo? Te refieres a Tomás —sugirió Marina.

—Sí, señora —admitió Adela. Tomó la plancha de nuevo, comprobó con el dedo húmedo en saliva que estuviera a la temperatura ideal y continuó planchando—. ¿A quién, si no?

—¿Qué pasa con él? ¿Te ha molestado?



—Me ofende su sola presencia, señora. Desde el momento en que llegó. Aquello no pintaba fácil, pensó Marina.

—¿Qué ha hecho para molestarte tanto? Parece un hombre serio y...

—¡Ja! ¿Puedo hablaros con franqueza, señora? —preguntó con la plancha en el aire.

—Por supuesto, Adela; para eso estoy intentando hablar contigo.

La criada asintió con la cabeza. Luego volvió a dejar la plancha sobre el trípode, tomó otra camisa del montón de ropa que tenía para planchar y comenzó a colocarla sobre la mesa.

—La primera vez que me vio empezó a gritarme como si él fuera un gran señor y yo un excremento de gallina. —Alisaba con movimientos enérgicos y precisos—. Hace unos días tropezó conmigo en la escalera y casi caigo rodando. Toda la ropa blanca que llevaba en los brazos para guardar terminó en el suelo. Me tocó plancharla de nuevo.

—Imagino que no lo haría a propósito... —tanteó Marina.

—Eso mismo dijo él —murmuró como si no lo creyera—. Ayer mismo me empujó en el pasillo, cuando acababa de salir de la cocina. Menos mal que no llevaba nada peligroso en las manos...

—No te vería...

—Claro que no —bufó con desprecio—. Siempre va con esa nariz enorme tan alta que es imposible que vea lo que tiene delante.

Marina se llevó la mano a la frente, preocupada por lo que estaba sucediendo en su casa. Nunca se había enfrentado a dos personas que parecieran llevarse tan mal.

—Hablaré con Tomás. De todos modos, quiero que hagas el esfuerzo de aceptarlo en la casa. Seguro que, si dejas a un lado esa animadversión, descubrirás que es un buen hombre.

—Permitidme el atrevimiento, señora, pero lo dudo mucho —aseguró Adela, rotunda.

—Siquiera inténtalo.

—Está bien, señora. Lo intentaré. —Adela sacudió la cabeza, no muy convencida.

La dueña de la casa esperó a salir de la cocina para resoplar, desesperada. Ahora tendría que hablar con Tomás para saber qué pensaba él de la situación.

Esperaba que fuera más tolerante que Adela, de lo contrario, entre los dos iban a convertir la casa en un campo de batalla. Y ella no podía consentirlo.

—¡Ojalá encuentre pronto una ama de llaves! De lo contrario, terminaré volviéndome loca —murmuró, agobiada.

La estaba esperando sentada en el escaño, al lado de la puerta. Le dolían las manos de tanto retorcérselas.

«¡Santo Dios! Él está aquí», pensó Ofelia, incapaz de estarse quieta un momento. Si hubiera estado sola en la casa se habría puesto a bailar de alegría. Con Petra rondando por allí, eso era imposible. No quería sentir esa mirada de conmiseración que la anciana le dedicaba cada vez que reprendía a Micaela por su pérdida de modales. Petra no le gustaba y era evidente que, a la vieja criada, ella tampoco.

Las horas pasadas desde que don Millán visitara la casa se le habían hecho eternas. No veía el momento de contárselo a Micaela.

Imaginaba que don Millán la persuadiría para que regresasen con él a Pamplona. Él sería capaz de lograrlo.

«¡Dios mío! Qué guapo estaba», suspiró, soñadora.

Nada más marcharse don Millán, había corrido a comprobar que tuviera cada cabello en su sitio y que su ropa estuviera en perfecto estado, sin arrugas ni manchas. Satisfecha de su imagen, se había permitido reprenderse por comportarse como una niña tonta, pero el rubor de sus mejillas delataba la felicidad que la encendía por dentro. Esta vez el señor no había intentado nada con ella; eso, de algún modo, la defraudó.

Oyó a Micaela saludar a Petra en la cocina. En otra ocasión le habría indignado que entrara nuevamente por la cuadra, en vez de hacerlo por la puerta principal y dejar que el marido de Petra se hiciera cargo del caballo, pero ese día ni siquiera eso pudo amargarle el semblante. De pie, esperó con impaciencia a que fuera a dejar la cesta con las hierbas a la trastienda, para contarle la buena nueva.

—Buenas tardes, señorita Micaela —la saludó en cuanto salió de la cocina.

—¿Qué haces a oscuras al lado de la puerta? —inquirió Micaela, sorprendida—. Me has asustado.

—Lo siento, no me había dado cuenta de que había oscurecido. Quería hablar con vos, señorita —empezó, tratando de acompasar su respiración agitada—. Hoy ha venido don Millán a visitaros.

—¿Millán está en San Sebastián? —inquirió con extrañeza.

—Sí, señorita. Le ha disgustado saber que no os encontrabais en casa y que habíais salido a atender enfermos...

—Sí, lo imagino. A él nunca le gustó que lo hiciera —declaró Micaela, con una mueca y sin una pizca de arrepentimiento.

—Si me lo permitís, señorita. No deberíais hacerlo. No es propio de una dama...

—No empieces otra vez, Ofelia —la interrumpió con contundencia. Se oyó un maullido de entre las ropas de la joven.

—¿Qué es eso? —inquirió la doncella, escandalizada.

—¡Ay, Ofelia! No es más que un gatito —explicó, mientras lo sacaba del corpiño—. ¿No es precioso?

Ofelia no pudo evitar quedarse mirando con horror al pequeño minino. Nunca le habían gustado los gatos. Eran unas alimañas que disfrutaban tumbándose sobre la ropa puesta a blanquear o colgándose de las sábanas recién tendidas. Por no hablar de cuando esperaban, pacientemente, a que terminaras de planchar la ropa para acomodarse encima, ensuciándola y arruinando todo el trabajo.

—No lo mires con tanto desagrado, Ofelia —protestó Micaela, con una sonrisa—. Es un encanto de animalito. Ya verás que terminas tomándole cariño.

—Lo dudo, señorita. Los gatos y yo no nos llevamos bien —aclaró con un suspiro.

Micaela fue escaleras arriba, hacia las habitaciones.

—Tendré que buscarte un nombre, pequeñuelo.

—«Alimaña del averno», sería uno bueno —masculló Ofelia por lo bajo.

## Capítulo 22

En la trastienda del herbolario, Micaela molió, con el almirez de piedra, un puñado de plantas secas para preparar ungüentos y guardó el polvo resultante en uno de los albarelos que guardaba para ese fin. Tomó otro puñado y volvió a machacarlas con el pomo del mortero. Era el último puñado de la cantidad a moler esa tarde.

El aire estaba impregnado del olor de flores de lavanda que había puesto a macerar en aceite. Era un buen remedio contra el dolor de oídos y la gente lo demandaba mucho.

Nigra, el gatito negro, dormitaba cerca del brasero sobre un saco de arpillera. Se había adaptado muy bien a la casa y en tan solo siete días ya campaba a sus anchas. Le había colgado del cuello una campanita para oírle, pues aún era tan pequeño que temía pisarle a cada paso. El minino levantó la cabeza y la miró. Como, al parecer, la joven no estaba haciendo nada atractivo para él, volvió a apoyar la cabeza en las patitas delanteras y cerró los impresionantes ojos verdes con un suspiro gatuno.

Micaela se limpió de las manos el polvo de las plantas molidas; antes de que se le acabasen debía preparar ungüento para quemaduras y para favorecer la expulsión de mucosidades del pecho. Tenía la manteca de cerdo y la cera de abejas en el perol donde iba a preparar la mixtura. Vertió en él manzanilla y caléndula. La mezcla resultante sería un buen remedio para abrasiones. Al agacharse para dejar la olla junto al brasero, el gatito saltó asustado, maullando, molesto por ver interrumpido su sueño. Con el lomo erizado aún, caminó de costado hasta esconderse bajo una silla, desde donde la miró con ojos de reproche.

—Vaya, Nigra, no iba a hacerte nada —murmuró Micaela con suavidad, mientras tapaba el perol con un lienzo limpio. Luego dejó que la grasa y la cera se fueran fundiendo al calor—. Tendrás que acostumbrarte a estas cosas, muchacho.

En la tienda se oyó la campanilla que anunciaba la entrada de un cliente. Se sacudió las manos en el delantal antes de salir de la trastienda.

En ese momento entraba don Yago. La ráfaga de aire que penetró en el herbolario hizo que los ramos de plantas que colgaban de las vigas oscilaran, emitiendo un leve susurro. El galeno se apresuró a cerrar la puerta. Vestía de negro, como siempre. El aire húmedo le había alborotado el pelo que escapaba por debajo del tricornio. Su aspecto era mejor que jornadas atrás, pese a no estar repuesto del todo. Su cara no estaba tan demacrada y macilenta; probablemente hasta había ganado algo de peso. La joven, para su vergüenza, cada vez lo veía más atractivo.

—Buen día.

Las palabras del hombre no le parecieron tan desdeñosas como en los primeros días. Incluso su ceño no estaba tan fruncido. Tal vez había dejado a un lado la belicosidad junto con la fiebre.

—Buen día, don Yago —contestó, sonriendo.

Al momento, él demudó el semblante y sobre el puente de la nariz se formaron dos arrugas paralelas. Los ojos grises, fríos como el mar en invierno. No, era evidente que no había cambiado. El semblante de ese hombre variaba tanto como la orilla de la playa al contacto con las olas.

—¿Han preguntado por mí? —inquirió con sequedad, mirándola por debajo de sus cejas negras.

—No, aún no —anunció en el mismo tono; si ese hombre quería seguir siendo desagradable, ella también podía—. Vuelvo dentro. Si queréis pasar...

Regresó a la trastienda sin esperar respuesta y se agachó junto al brasero para comprobar cómo estaba la mezcla del perol. El aroma de la manteca y la cera, que habían empezado a fundirse, llenó sus fosas nasales. Una vez que el calor hubiera sacado la esencia de las plantas y estas se hubieran disuelto con los otros ingredientes, lo dejaría reposar allí durante todo un día para, después de colarlo, retirar las plantas y las impurezas que pudieran haber. Para terminar, una vez tibia, ya podría verter la mezcla en cajitas de madera para su comercialización.

Tratando de no hacer caso de aquel hombre, que parecía ocupar toda la puerta con su presencia, tapó la olla y salió por la otra puerta para ir a la cocina. Tenía en el fuego otra olla con más sebo y cera virgen; a esas horas ya estaría lo bastante caliente para comenzar el preparado.

La cocina estaba desierta, Petra habría ido a la compra. Después de verificar que el aceite y la cera ya estuvieran disueltos, cogió la olla con un

par de paños para llevarla a la trastienda. Pesaba más de lo que había supuesto. Quizá la había llenado demasiado.

«Hay muchas personas acatarradas e incluso con gripe», pensó. «Todo el ungüento que haga será bien recibido».

—Dejad que os ayude. —Don Yago le quitó la olla a la vez que anunciaba su propósito—. ¿Dónde queréis que la deje?

—Sobre la mesa, si no os importa —atinó a contestar Micaela, sorprendida por el gesto del galeno.

—Deberíais haberme avisado. Está tan llena que se os hubiera podido caer encima —gruñó el hombre, y se pasó la mano por el pelo—. ¿Para qué es?

—No soy tan torpe, señor —masculló, enojada por la indirecta. Luego aspiró antes de continuar hablando—. Será ungüento para ablandar las mucosidades del... pecho —terminó, un tanto sonrojada.

—No era mi intención llamaros torpe, simplemente constataba un hecho. —Bajo las cejas la mirada ya no era tan fría—. ¿Necesitáis ayuda?

—No, gracias. Solo tengo que esperar a que se vaya enfriando para añadir unas gotas de los aceites de eucalipto, tomillo, espliego y romero.

—Umm, recuerdo que esa mezcla la hacía vuestro padre y daba muy buenos resultados —murmuró don Yago con aprobación.

—Desde luego que sí. Se la enseñó mi madre —reveló, sin poderse contener—. Él mismo me lo dijo.

El galeno iba a decir algo, pero en ese momento sonó la campanilla de la puerta y Micaela salió a la tienda.

Un rato más tarde, don Yago atendía a la señora Juana, que continuaba sentada en silencio, con la cabeza baja y sin emitir ninguna queja, pese al dolor que debía de sentir. Tenía en la mano izquierda una quemadura enorme, de muy mal aspecto. En algunas zonas la piel había desaparecido, en otras estaba ampollada.

Micaela tomó el frasco del ungüento para quemaduras de la trastienda antes de que el galeno se lo pidiera.

—Gracias —murmuró don Yago cuando se lo entregó.

Por un momento los dedos de ambos se tocaron y fue como un chispazo. Los dos se miraron, un tanto confusos. Micaela se alejó hasta el mostrador, aparentando que nada había sucedido, que el roce no la había afectado. Por su parte, don Yago se volvió a la paciente, con el ceño más fruncido que nunca.

—¿Cómo decís que os habéis hecho esta quemadura? —indagó, mientras le aplicaba el ungüento con mucha delicadeza.

En la semana que llevaba pasando consulta, ella se había dado cuenta de que el galeno era muy bueno en su trabajo y que trataba a todos los pacientes con mucho tacto y atención. También, una vez superados los efectos de la falta de licor, se mostraba de lo más agradable. A veces, incluso con ella. Y eso era toda una novedad. Después de la manera en que la había tratado desde que se conocieron, ese era un buen cambio. Claro que no siempre era así. El humor del médico rolaba como el viento y no siempre se podía prever de qué lado soplaría.

Dejó a un lado los pensamientos sobre el galeno para concentrarse en escuchar la respuesta de la mujer. No le gustaba nada el aspecto de esa mano.

—Yo... yo... metí la mano en el caldero... —La señora Juana calló un instante, con su joven rostro crispado por el dolor. Los ojos oscuros, empañados por las lágrimas que no se atrevía a verter—. Estaba... lavando la ropa y sin querer... metí la mano en el caldero de agua hirviendo —terminó con la mirada baja.

Micaela inspiró al imaginarse el espantoso dolor que habría sentido, no pudo evitar preocuparse por la muchacha. En los meses que llevaba en la ciudad la había atendido varias veces por golpes accidentales, caídas o magulladuras. No estaba segura, pero sospechaba que la paciente no era tan torpe como trataba de hacerles creer y, simplemente, ocultaba que su marido la maltrataba.

—Desde luego, tuvisteis que estar mucho tiempo con la mano en el agua para que os hiciera estas heridas —sospechó el galeno, con el entrecejo fruncido.

Micaela empezó a comprender que él tampoco creía la versión de la paciente, sobre todo, al verle subir la manga del vestido de la joven con dedos diestros.

En el antebrazo, cerca del codo, las marcas violáceas de unos dedos destacaban en la piel pálida de la señora Juana. Sin duda alguna, alguien la había obligado a meter la mano en el agua. La persona más probable: su marido, ya que era con quien convivía.

¿Qué le puede pasar por la cabeza a alguien capaz de hacerle algo así a su esposa?

Estaba indignada.

—¿Tenéis el unguento de árnica? —preguntó don Yago, casi entre dientes. Ella se lo tendió de inmediato y le vio aplicárselo a los moretones—. Presumo que ha sido vuestro esposo quien os ha hecho esto —le dijo a la paciente.

La señora Juana, asustada, abrió los ojos y en seguida los bajó. Era muy joven, probablemente no llegaría a los diecinueve años. Desconocía cómo había sido antes de casarse, pero ahora no era más que una mujer asustadiza.

—¿Él os ha hecho esto? —insistió don Yago.

—No quería hacerlo... de verdad que no... fue un accidente —recalcó la joven, la cabeza gacha—. Mi esposo me quiere mucho. Yo soy muy torpe...

—No es cariño lo que demuestra esa herida —señaló Micaela, incapaz de contenerse; los puños, apretados en los costados de la cadera.

—Él me quiere mucho —repitió la paciente, en voz baja.

—¿Tenéis padres o hermanos que pudieran hablar con él? —preguntó el hombre, dispuesto a ayudarla.

—¿Por qué deberían hablar con él? —Los ojos oscuros de la joven brillaban, febriles—. Es mi esposo y...

—Y puede pegaros siempre que le venga en gana —terminó don Yago, desapasionadamente. Parecía estar constatando un hecho.

Con un suspiro de renuncia, tendió a la señora Juana el frasco con el ungüento para quemaduras, que ella guardó con mucho cuidado en la faltriquera.

—Debéis aplicároslo varias veces al día y, hasta que no se cicatrice la herida, sería conveniente que no os mojaseis la mano —explicó con el rictus tenso—. Necesitaréis que alguien os ayude con la casa...

—No hace falta... yo... yo me arreglaré.

—No lo entendéis, señora. La herida es tan grave que cabe la posibilidad de que se emponzoñe —masculló. La muchacha se encogió de miedo en el asiento—. ¡Santo Dios! —barbotó, separándose de la paciente, que ahora lo miraba espantada. Don Yago suspiró, con las manos en la cadera; luego bajó la cabeza y miró a la muchacha de medio lado—. No quiero asustaros, señora, pero hacedme caso: cuidad de esa mano —le ordenó con voz suave.

La señora Juana se limitó a asentir con la cabeza y salió de la consulta. Micaela la siguió.

—Señora, es cierto que si no os cuidáis esa mano... —empezó la curandera. La joven asintió y se llevó la mano al pecho, como si quisiera protegerla—. Yo puedo ir a ayudaros...

—Muchas... muchas gracias, pero no. No tendré problemas para arreglármelas sola.

—Pese a ello —Micaela le puso la mano en el brazo con suavidad—, si cambiáis de opinión o necesitáis ayuda... no dudéis en avisarme —se ofreció—. Él no tiene ningún derecho a trataros tan mal...



—Muchas gracias, doña Micaela, sois muy amable. —La paciente sacudió la cabeza y sonrió, con las mejillas encendidas por la turbación. Un instante después caminaba con mesura hacia su casa, extramuros de la ciudad.

—¿Cuántas veces ha venido en esas condiciones? —preguntó el galeno, visiblemente cansado, cuando ella entró en la tienda.

—Una vez al mes o cada dos meses... Creo que cada vez va a más —informó Micaela, apretando los puños—. No sé por qué le está haciendo eso.

—Vaya uno a saberlo... Cualquier excusa es buena.

—El día menos pensado se descuidará y terminará matándola —vaticinó la curandera, angustiada—. ¿No podríamos hacer algo?

El galeno, sin decir nada, se dedicó a limpiar los utensilios antes de guardarlos en su maletín. El pelo oscuro le caía por la frente, tapándole un ojo. Tenía los labios apretados y un músculo temblaba en su mejilla. Una vez que todo estuvo guardado en su sitio, levantó la mirada a las vigas del techo, luego cerró los ojos.

—No creo que sirva de nada que hable con él. Lo más probable es que sea aún peor para su esposa. Creerá que ella nos lo ha venido contando...

—¡Pero si nos quedamos de brazos cruzados terminará por matarla! —clamó ella, incapaz de quedarse quieta—. Intenté que mi padre hablase con él...

—Supongo que don Pablo se negó en redondo. —No fue una pregunta.

—No quiso meterse en problemas. Me dijo que él era su esposo y que nadie podría inmiscuirse entre ellos.

—Es así. Desgraciadamente, lo es.

—Ya habéis visto cómo tiene la mano... Con sinceridad, dudo mucho que no termine emponzoñándose —anticipó, apenada—. Él no le va a ayudar. Ni tampoco permitirá que nadie la ayude.

—Esperemos, entonces, que se obre el milagro.

—¿Y ya está? —Estaba demasiado enfadada para dejarlo estar—. ¿Nos sentaremos a esperar a que le haga algo peor?

—No sé qué pretendéis, señorita —articuló entre dientes, los ojos grises clavados en ella—. Si lo que deseáis es que yo hable con ese hombre, eso no va a suceder.

—En ese caso, lo haré yo —aseguró, terca. Estaba cansada de curar las heridas de esa mujer para que días o semanas más tarde volviera con otras nuevas.

—No haréis nada de eso, ¿me habéis oído? —La mano del médico apresó el brazo de Micaela como una tenaza—. Contestad.

—Os he oído, pero...

Notaba el calor de la mano masculina que traspasaba el tejido de su blusa. No le estaba haciendo daño, simplemente se limitaba a sujetarla por el codo.

—No hay pero que valga. Si tan importante es... iré yo mismo — claudicó. La soltó y se llevó la mano al pelo para retirarse los mechones que le caían por la frente—. Mañana hablaré con el marido. Solo espero que no sea peor el remedio.

—Os acompañaré... —empezó ella.

—¡No! Y esa es mi última palabra.

Su mirada era tan fiera que Micaela no se atrevió a contradecirle. Al fin y al cabo, él iba a hablar. Y tal vez hiciera entrar en razones al marido de la señora Juana para que dejara de utilizar a su esposa como el saco de los golpes. Ojalá.

## Capítulo 23

Yago se colocó mejor en la silla de montar y continuó cabalgando sin prisas rumbo a su casa. La semana se le había ido entre visitar a los enfermos y pasar consulta en la tienda de la curandera. La gente de la ciudad le había aceptado como nuevo galeno sin demasiados problemas. Algunos le veían algo joven para ejercer ese oficio, pero la gran mayoría no ponía reparos en que les atendiese.

No sabía qué pensar de la herbolaria. En esos días había descubierto que era una muchacha de recursos y con una extensa sabiduría sobre hierbas. En cambio, sus conocimientos sobre el interior del cuerpo humano eran más bien escasos. Según ella misma decía, eran los que le habían transmitido oralmente sus padres, que no tenían ningún libro sobre el tema.

La joven se había ganado el cariño de los pacientes con el trato amable que dedicaba a cada uno. Hasta él parecía haber sucumbido a ese encanto, puesto que le costaba trabajo creer que fuera capaz de querer seducir a su padre. Si bien era indiscutible que les había visto juntos, también era cierto que aquella fue la primera y única vez.

Por otro lado, el comportamiento de su padre y de la curandera no daba pie a sospechar nada ilícito. Cuando ella cenaba en la casa-torre, su trato siempre era del todo irreprochable. Eso le había llevado a olvidar el tema de la seducción. No consideraba que fuera necesario, pero eso no era motivo para que confiase plenamente en ella. Aún no.

Se miró la mano al recordar el momento en que sus dedos se habían tocado. Había sido como una pequeña descarga eléctrica que lo hizo sentir confuso. ¿Qué era lo que había sucedido? En realidad, no quería indagar mucho, pues temía encontrar la respuesta. En las últimas jornadas se había encontrado muchas veces pensando en la muchacha. Demasiadas veces, para su paz mental. Tantas, que temía estar olvidando el rostro de su amada y difunta esposa.

Tenía grabada en la mente la sonrisa de agradecimiento que le dedicara la semana anterior, cuando él no puso objeciones a que se llevara al gatito. En más de una ocasión se había descubierto pensando en lo mucho que desearía que ella le volviera a sonreír así.

«Tienes que sacártela de la cabeza», se ordenó.

Luego estaba esa terquedad que parecía innata en la curandera y que lo llevaba a tomar decisiones, en muchos casos, contrarias a las que en principio había pensado.

Como esa misma tarde. Él consideraba que hablar con el marido de la señora Juana era contraproducente. Desde luego, no estaba de acuerdo con esa violencia gratuita, pero en los tiempos que corrían era poco lo que se podía hacer. Ninguna ley amparaba a las esposas de lo que sus maridos quisieran hacerles.

Un ruido de aceros que entrechocaban le sacó de esas cavilaciones. Por instinto se llevó la mano a la cadera para tomar la espada, sin hallarla. Hasta ese momento no la había echado en falta. A decir verdad, ya no recordaba desde cuándo no la llevaba encima. Probablemente, Tomás, por precaución, la había escondido al hacerse evidente que ya no estaba en condiciones de manejarla. Puesto que corría el riesgo de herir a alguien o —y eso era lo más vergonzoso— de tropezar con ella.

La ausencia del arma le hizo comprender lo mal que había estado. Se abochornó de no haber tenido la fortaleza de aceptar lo ocurrido con su esposa y su hija recién nacida.

Después de todo, él se lo había buscado y era preciso pagar por ello. La bebida solo había sido una manera de eludir el castigo y la culpa. La salida de un cobarde.

«¡Santo Dios! ¿En qué me he convertido?».

Al otro lado de la casa continuaba la lucha. Giró en la esquina con precaución, por lo que pudiera encontrarse. Como el ruido aumentaba, aunque los contendientes aún no estaban a la vista, azuzó al caballo a seguir hasta llegar a la parte trasera del caserón.

La carcajada de Diego reverberó en el aire fresco de la tarde, seguida por otra de Marcos.

Abandonada toda precaución, se adelantó hasta llegar al jardín trasero, donde su padre y su cuñado, con las espadas apuntando al suelo, se palmeaban la espalda como dos camaradas. Las camisas exhibían marcas allí donde el sudor había mojado el lino. Las mejillas, rojas por el esfuerzo. Así,

como por el pelo alborotado por el viento y la sonrisa de satisfacción que les cruzaba la cara, parecían dos niños disfrutando del juego.

Era preciso reconocer que la escena le provocaba una sensación incómoda, nada agradable. Le recordaba los tiempos en que competía con su padre y ambos terminaban del mismo modo: satisfechos y jadeantes. Tal vez por eso el saludo le salió algo irritado.

—Buenas tardes, hijo —exclamó cordialmente Diego, sin hacer caso de su expresión airada—. Hacía tiempo que no disfrutaba tanto de una buena competición de esgrima.

—Tenéis un brazo de hierro, don Diego —se quejó Marcos, en broma—. Buenas tardes, Yago. ¿Quieres unirme a la fiesta?

Por un momento estuvo tentado. Los dedos le hormigueaban de anticipación. Llevaba demasiados meses sin practicar y notaba el brazo —más bien el cuerpo entero—, falto de ejercicio. Tarde o temprano tendría que empezar a entrenarse, si no quería parecer un anciano antes de tiempo. Sin embargo, ese no era buen momento.

—En otra oportunidad. Ahora estoy cansado... —Azuzó al caballo con las rodillas—. Que tengáis buena tarde.

—¿Recuerdas las veces que practicábamos, tú y yo, en casa de mi padre? —preguntó Marcos, mientras se acercaba en un par de zancadas para sujetar las riendas. El cabello rubio, húmedo por el sudor, se le pegaba a la frente. Los ojos le brillaban, llenos de satisfacción.

Yago, sin decir nada, se limitó a mirarlo desde arriba.

—Llevo una semana aquí, Yago —susurró, para que solo él lo oyera—. Tarde o temprano tendremos que hablar de lo que sucedió.

—Ya sabes lo que sucedió. Supongo que Tomás te habrá puesto al día.

Marcos negó con la cabeza.

—No es lo mismo. Quiero saber qué fue lo que pasó —solicitó, contundente—. He esperado a que tú me lo dijeras por propia voluntad, pero si te muestras tan terco...

—¿Piensas obligarme, querido cuñado? —inquirió Yago con sorna, desde lo alto del caballo.

Marcos no se dejó amilanar y clavó los ojos azules en él. Unos ojos casi idénticos a los de Catalina. Yago apretó la mandíbula.

—Si no me dejas otra alternativa, sí —contestó Marcos, al fin.

Yago suspiró, su cuñado no cesaría hasta tener todas las respuestas. Negarse solo era postergar lo inevitable.

—Está bien. Sube a mi habitación y hablaremos.

—Dame tiempo para asearme —replicó Marcos, serio.

El galeno le vio saludar a Diego y entrar en la casa.

—¿Cómo han ido las cosas en la tienda? —preguntó su padre, acercándose a él.

—Bien. Salvo algunos casos de gripe y una joven con la mano quemada, no hay nada reseñable.

—No subestimes la gripe, a veces hace estragos —afirmó Diego, mientras acariciaba el cuello del caballo—. ¿Quién es la joven de la quemadura?

—La señora Juana. Creo que su esposo la maltrata.

—Algunos hombres creen que tienen esa prerrogativa y no dudan en practicarla —masculló Diego, disgustado. El rocín le tocó el hombro con el testuz para llamarle la atención—. Eres un mimoso, Ébano; mira que te gusta que te rasquen —dijo al caballo, antes de darle gusto.

—La curandera quiere que hable con el marido —tanteó Yago, y observó a su padre con atención.

—No es de extrañar. Si tu madre llegara a enterarse, no dudes que me obligaría a ir a «hablar» con ese hombre —reseñó, con una mueca de complacencia—. ¿Cuándo piensas ir a verlo?

Al parecer, la mención de la bruja no le afectaba en absoluto.

«¿De qué te sorprendes?», se recordó Yago. «Salvo por lo de aquel día, nunca te ha dado pie para sospechar nada».

—Mañana. Pondré como excusa que quiero examinar la mano a la mujer.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Diego, de inmediato.

—No, gracias, padre. Será mejor que vaya solo. No conviene que se sienta amenazado. Pero... te lo agradezco —musitó sinceramente.

—Tienes razón, hijo —admitió Diego, y puso una mano sobre la rodilla de Yago—. No te lo había dicho, pero quiero que sepas que tanto tu madre como yo estamos muy orgullosos de que seas el nuevo médico de la ciudad. —Calló un instante. Sus ojos grises lo miraban con expectación y, ciertamente, con orgullo. El corazón de Yago dio un vuelco—. Don Pablo siempre hablaba de cuando regresases para atender a los enfermos. ¿Piensas quedarte?

No lo había pensado, esa era la verdad. Si en un principio se sentía obligado a pasar consulta para evitar que su padre pasara más tiempo con la bruja, pasados esos días ya no sabía qué pensar. Por un lado, estaba el juramento, pronunciado a la muerte de su esposa, de no volver a practicar la medicina. Por el otro, la necesidad de ser útil, de hacer aquello para lo que se había preparado durante años y que lo llenaba de satisfacción.

—Aún no lo sé —respondió con franqueza.

—Bien, hijo. —Asintió con la cabeza—. Sé que, llegado el momento, elegirás sabiamente. —Luego le dio una palmadita cariñosa en la rodilla y se alejó.

Por un momento, Yago sintió la tentación de llamarlo para preguntarle abiertamente si había algo entre él y la curandera, pero lo pensó mejor e hizo que Ébano continuara la marcha hacia las cuadras. Su cuñado no tardaría en subir a pedir unas explicaciones que él no estaba muy seguro de querer darle.

Ofelia se sentía frustrada, pues ese gatito del demonio había vuelto a manchar las sábanas que ella guardaba en el armario. El muy ladino había conseguido entrar y trepar hasta ellas para tumbarse a dormir. Ahora estaban llenas de sus huellas y pelos negros. No le quedaba más remedio que volver a lavarlas.

Bajó al patio, con las sábanas en los brazos, y las introdujo en el enorme caldero de la ropa, lleno de agua del pozo. Después de poner debajo unas ramas, las prendió fuego. Una vez echado el jabón, subió a un taburete, desde donde le sería más fácil remover la ropa con un remo viejo.

Un rato después tenía la cara y el pelo humedecidos por el vapor. El ejercicio, unido al calor que desprendía el caldero, la hizo sudar. Para distraerse pensaba en don Millán, era la mejor medicina. Ese hombre le arrancaba una sonrisa hasta en las peores circunstancias.

Unos días antes había vuelto por la casa, con idénticos resultados que la primera vez: Micaela no estaba. Su semblante, nada complacido, era demasiado elocuente, aun cuando no abriera la boca para quejarse. Habían podido hablar un momento, así pudo contarle que don Pablo, el padre de Micaela, había fallecido hacía un mes y medio. Y era impensable, desde luego; sin embargo, hubiera jurado que la noticia parecía alegrarle.

Con un gesto de remordimiento por haber pensado mal del pamplonés, se dispuso a aclarar las sábanas.

Tomás estaba colocando la ropa limpia en los arcones del dormitorio. Mientras don Yago terminaba de lavarse, tendría tiempo de bajar las botas y quitarles las marcas de los estribos con un buen betunado. Le agradaba ese empleo, sobre todo ahora que el amo había dejado de beber y ya no necesitaba cuidarse de los proyectiles que le arrojaba de vez en cuando. Estaba contento.

Para sentirse casi feliz solo faltaba que esa Adela de los demonios le tratase con algo más de respeto. Solo porque era la criada principal se creía con derecho a mirarle por encima del hombro.

«No sabe a quién se está enfrentando», pensó con altanería. «Tuve un buen maestro. El señor Bennett sabía comportarse en toda ocasión y me transmitió sus conocimientos».

—Tomás. —La voz de don Yago le devolvió a la realidad—. ¿Dónde está mi espada?

El criado lo miró, sorprendido por la pregunta. Hacía muchos meses que la había guardado para evitar un «accidente» y ya no esperaba que se la pidiera. El galeno, ajeno al desconcierto del hombrecillo, continuó remetiéndose la camisa en la cinturilla de las calzas.

—¿Tomás?

—En el arcón, señor. —La apresurada respuesta sonó a graznido—. ¿Deseáis que os la prepare para volver a llevarla? —preguntó, más recuperado.

—Sí. Creo que ya va siendo hora de que empiece a practicar.

—Desde luego, señor. Nada me complacerá tanto como veros otra vez en plena forma.

Casi con ceremonia, sacó del arcón el acero, protegido por un lienzo, y le quitó la envoltura para tendérsela al médico. Don Yago la cogió por la empuñadura.

Conforme la desenvainaba fue admirando, con una tibia sonrisa, los grabados de la hoja.

—La he limpiado de cuando en cuando, para evitar que se oxidase —se obligó a admitir Tomás.

—Está en perfecto estado, gracias. ¿Cuánto tiempo esperaste para quitármela? —preguntó el galeno, mientras pasaba una mano reverente por el filo de la hoja.

—Habíamos pasado un mes completamente... —Calló, con las mejillas coloradas.

—Borracho. Puedes decirlo, hombre. No te voy a morder —murmuró Yago con una mueca—. Esa ha sido la realidad durante todo un año.

El criado le vio bajar la mirada, pero no antes de que la vergüenza le ensombreciera el semblante.

—Para entonces se nos acabó el coñac y no quisimos aceptar que ya era hora de dejar de beber —declaró Tomás con su habitual afectación—. Amenazasteis con ensartarme en esa espada si no iba lo antes posible a



comprar coñac. Así que cumplí con vuestras órdenes y, en cuanto os dormisteis, os escondí la espada. Y desde entonces la he tenido guardada. El señor Bennett me enseñó que un buen sirviente debe poseer la admirable cualidad de evitar cualquier posible desastre. Eso es lo que intento hacer cada día, señor, cuidar de que nada os ponga en peligro.

—Muchas gracias. Tu admirado señor Bennett estaba en lo cierto. Gracias, Tomás. Hiciste bien —alabó don Yago, con una sonrisa de satisfacción—. No estaba en condiciones de llevarla encima. Podría haberte herido...

—La falta de espada, señor, no os impidió intentarlo. —Tomás le señaló una cicatriz perlada, no más grande que una uña, en lo alto de la cabeza—. Esto me quedó la primera vez que me lanzasteis un vaso de peltre. En adelante he estado más atento.

Era verdad. Los accesos de mal humor de su amo le habían obligado a mantenerse en forma para esquivar proyectiles de todo tipo. De no ser por el aprecio que le tenía, no habría aguantado tanto tiempo. Ahora no se arrepentía de la jugarreta con la que lo había traído a San Sebastián. «Si me volviera a encontrar en la misma situación, haría lo mismo».

—Lo siento, Tomás. Desconocía que... —En el tono de don Yago se traslucía el pesar—. Me he comportado de una manera abominable. No sé cómo has podido aguantarme tanto tiempo.

—No os preocupéis, señor —pronunció, sincero—. Nunca más llegasteis a acertar, aprendí a estar con los cinco sentidos bien afilados.

Los toques en la puerta pusieron fin a la conversación.

—Será Marcos —vaticinó don Yago.

Tomás le vio ceñirse la espada a la cadera; por primera vez parecía casi el mismo que antes de enviudar. Pronto no haría falta velar por él. Podría relajarse, sabiendo que no cometería ninguna imprudencia fruto del licor, que ya habría recuperado su antigua destreza y equilibrio.

«No te engañes, sabes que cuidar de tu señor es parte de tus obligaciones», se reprochó. «Has de estar atento para solventar cualquier problema».

## Capítulo 24

Tal y como había dicho Yago, Marcos estaba al otro lado de la puerta, recién lavado y con el pelo húmedo mojando la casaca de terciopelo azul pavo real. El galeno no podía impedir que el corazón le diera un vuelco cada vez que lo veía. El recuerdo de Catalina le asaltaba de improviso, lo dejaba sin fuerzas. ¡Dios, cómo se parecían!

—Pasa y siéntate, Marcos. —Le señaló un sillón y él se sentó en otro.

—Veo que has sacado tu espada. Me complacerá mucho volver a practicar contigo —formuló el joven, antes de sentarse.

—Mucho me temo que estoy oxidado. En estos momentos no soy rival para ti —soltó con una media sonrisa—. Primero deberé ponerme al día. Mi espada está en mejores condiciones que yo.

—No te costará mucho. Siempre has sido muy buen espadachín. —La alabanza parecía sincera.

—¿Quieres que Tomás suba algo? —Estaba un tanto azorado por esas palabras, que no creía merecer.

—No, gracias. Tu madre no tardará en avisarnos para la cena.

—En ese caso, señor, si no os importa, me retiraré a la cocina —notificó el criado con una reverencia.

—Sí, puedes irte, Tomás. —Yago se mantuvo en silencio hasta que la puerta se hubo cerrado con un chasquido. Luego, con los codos apoyados en los brazos del sillón, miró a su cuñado por encima de las yemas unidas—. ¿Qué quieres saber? —preguntó, repentinamente triste.

—¿Qué sucedió con mi padre y mi hermana?

Yago suspiró. Había llegado el momento de hablar.

—Hubo un brote de tifus en la ciudad. Tu padre se contagió y murió unos días después —murmuró con los ojos cerrados—. Catalina no tardó en contagiarse también y se puso de parto. La niña... murió a las pocas horas de nacer. Tu hermana la siguió al día siguiente. —El nudo en la garganta le

impidió seguir hablando. Se frotó la frente con las manos, buscando las palabras—. Tomás y varias criadas también enfermaron. El único que resistió a la enfermedad, al parecer, fui yo. —Soltó una carcajada amarga—. ¡Qué desastre de médico! No supe cómo curar a mi esposa. Se me murió en los brazos.

—Tú mismo has dicho que estaba debilitada por el parto. No podrías hacer nada —aseguró Marcos.

«No estoy tan seguro», pensó él.

—Si no hubiera estado embarazada...

—Se habría contagiado igualmente —afirmó Marcos, con su habitual pragmatismo.

El galeno que había en él confirmó las palabras de su cuñado. Sí, era muy fácil que hubiera enfermado, aunque tal vez se habría restablecido. Como Tomás, que pudo sobrevivir.

—Me he acordado mucho de lo que me dijiste la víspera de mi boda. —Yago le miró con tristeza—. Tenías razón.

Una sombra cruzó la mirada azul del andaluz. Al momento desapareció en un parpadeo.

—Olvida eso, Yago. No tiene importancia. ¿Por qué te marchaste? ¿Por qué no te quedaste a vivir en la casa?

—Allí me asfixiaba. No quería enfrentarme contigo. Sabía que en cuanto te enteraras regresarías a Cádiz y... No estaba preparado para enfrentarme a ti. Tampoco podía convivir con los fantasmas de tu padre, de Catalina, de la niña. Yo les había matado —argumentó Yago, con la voz ronca.

—Perdona que te diga, eso es una soberana estupidez —profirió Marcos, los ojos tan fríos como el pedernal—. Tú no mataste a nadie.

Yago hizo un gesto negativo y comenzó a quitarse la espada. Luego la dejó cuidadosamente en el suelo, a un lado del sillón. El metal tocó la madera con un chasquido.

—Nunca debí casarme con Catalina —admitió, dolorido—. Me lo advertiste. Me dijiste que ella no estaba preparada para el matrimonio. —Cerró los ojos con fuerza y descargó el puño contra el brazo del sillón—. Fui un necio. Y encima me enfadé contigo.

Había sido de lo más injusto. Marcos era su mejor amigo, el hermano de la mujer que amaba. Recordó, avergonzado, que no había hecho nada por evitar que su suegro, al enterarse de lo que había dicho su hijo, le prohibiera asistir a la boda y prácticamente lo echara de casa. Le había vuelto la espalda,

solo porque no le gustaban esas palabras. Por temor a que fueran proféticas. Tal como luego fueron.

—Tú... tenías razón en todo. Te acusé de estar celoso.

—Ya no tiene importancia... —murmuró Marcos. Se miraba los dedos, sonrojado.

—Sí que la tiene, Marcos. Después de eso ya no regresaste a Cádiz. No volviste a hablar con tu padre o con tu hermana. Te acusé sin razón. Tal vez el celoso era yo. Os queríais mucho, quizá tenía miedo de que, contigo cerca, ella nunca me quisiera. Después comprendí que habría dado igual. —Su voz no disimulaba la pesadumbre.

—No te preocupes por ello. Aunque no les veía, me mantuve en contacto. Les escribí y ellos me respondieron —precisó sin rencor—. Como te he dicho, ya no tiene importancia. Me preocupabas tú. No sabía nada de ti. Los vecinos solo pudieron decirme que habías desaparecido con Tomás. ¿Dónde estuviste todos esos meses? Te busqué, pero no logré dar contigo ni con alguien que te hubiera visto.

—Sinceramente, no lo sé con seguridad —bufó Yago. Reseguía con el dedo una costura del sillón, para no mirar a su cuñado—. Íbamos de posada en posada. Por lo visto, los dueños no aguantaban mis malos modos por mucho tiempo. —Notó que el rubor le cubría la cara—. Pese a que Tomás no dejaba de marearme para que regresásemos a Cádiz o para que viniéramos aquí, yo me oponía. Si no me hubiera drogado para subirme al barco, aún estaría dando tumbos.

—Francamente, me alegra que Tomás se tomase esas libertades y me avisara de que os instalaríais aquí. Me estaba volviendo loco de preocupación —confesó Marcos, ceñudo.

—Yo también me alegro. —Era sincero.

Marcos, con un carraspeo, paseó la mirada por la habitación como si no se atreviera a mirarlo.

—¿Fuiste... fuiste feliz en el matrimonio? —preguntó, los ojos fijos en la ventana.

—¿Feliz? —Lo pensó un instante—. Traté de serlo...

—¿Y mi hermana? —Los ojos vagaron hasta la espada que descansaba en el suelo.

Yago guardó silencio. Sabía la respuesta. ¡Vaya si la sabía! Pero ¿decirla en voz alta? No. Era muy duro admitirlo.

«Marcos se merece la verdad», pensó.

—No lo creo —admitió al fin—. Hubiera preferido seguir en el convento. Yo esperaba que el nacimiento de nuestra hija le diera esa felicidad que yo no pude...

Recordó los primeros días de matrimonio, cuando se hizo evidente que él nunca sería capaz de hacerla feliz. La angustia de saber que jamás sería dichosa a su lado.

Había hecho todo lo posible. Lo intentó de verdad. Menos admitir que lo único que hubiera podido devolver la alegría a su joven esposa habría sido regresar con las monjas y hacer la vida contemplativa que añoraba. ¿Por qué no se lo permitió? ¿Por qué se obcecó en retenerla a su lado? Si no lo hubiera hecho, tal vez aún estaría viva.

Durante un tiempo trató de ser un buen marido para ella. Quiso plegarse a su deseo de vivir en completo celibato. Y casi lo consiguió. Casi.

—Seguro que, de haber vivido, habría sido así.

—¿Cómo? —preguntó Yago, confundido. Había perdido el hilo del diálogo.

—Que la niña le hubiera dado mucha felicidad —explicó Marcos; se levantó del sillón—. No he venido para echarte nada en cara, Yago. —Se acercó a su cuñado para darle unas palmaditas tímidas en el hombro—. Solo he venido porque estaba preocupado por ti. Sé que hiciste lo imposible por salvarlos. Nadie lo hubiera hecho mejor que tú. No estaba en tu mano, así que deja de torturarte.

—Gracias —graznó, conmovido por las palabras de su cuñado. Después de levantarse lo estrechó en un abrazo fraternal.

Notó el temblor de Marcos y se separó, desconcertado. Su blanca piel estaba de un rojo encendido. Así, con la mirada clavada en el suelo, era la imagen de la turbación. Por un momento el parecido con Catalina fue tan abrumador que se le aflojaron las rodillas.

—Nos... nos vemos en la cena —articuló Marcos antes de salir.

Yago no intentó detenerlo. No tenía fuerzas para ello. Era una desgracia que Catalina y Marcos hubieran sido gemelos.

Lo vio marchar con una mezcla de alivio y de pena. Se alegraba de que hubieran hablado. Él conocía el carácter de su hermana y le había puesto sobre aviso.

Recogió la espada del suelo y fue a colgarla del perchero que había detrás de la puerta. Sin darse cuenta pisó sobre la madera que estaba suelta y el crujido inconfundible le recordó lo que tenía escondido.

Habían pasado siete días. Era hora de volver a visitar a Micaela... y ojalá esa vez sí estuviera en casa. A esas horas de la tarde ninguna mujer decente andaba por la calle.

El herbolario estaba cerrado, pero se veía la luz de la trastienda a través de los vidrios emplomados del escaparate. Llamó con los nudillos en el cristal, sin dejar de mirar al interior. Micaela asomó por la cortina que separaba los dos ambientes y sonrió al verlo. A grandes pasos —impropios de una dama, según pudo constatar Millán, un tanto molesto—, la joven corrió a abrirle la puerta y casi se lanzó a sus brazos.

—¡Qué ganas tenía de verte, Millán! —exclamó con una sonrisa, al separarse de él—. Desde que Ofelia me dijo que estabas en la ciudad no he dejado de pensar en ti. ¿Cómo es que has venido? Estás más delgado, ¿acaso no comes bien?

La mantuvo a una distancia decorosa. Estaban frente a la cristalera del escaparate. ¡Por Dios, si cualquiera podría verlos! No quería que nadie tuviera nada que reprochar a su futura esposa.

—Quería visitarte. Saber cómo estabas... —anunció, aparentando tranquilidad—. Siento mucho lo de tu padre. Ofelia me lo ha contado...

Millán notó cómo a ella se le ensombrecía la mirada.

—Gracias. Me cuesta mucho aceptar que ya no está aquí. Han sido dos pérdidas muy importantes en estos últimos meses. Aún echo en falta a don Nicolás —murmuró con los ojos humedecidos—. ¿Cómo estás tú?

Aunque estuvo tentado de contarle la situación tan deplorable en que se encontraba, el orgullo se lo impidió. Un orgullo que no tenía razón de ser, pues él no tenía la culpa del estado de sus finanzas. Había sido la mala gestión de su padre, unida a un clima catastrófico, lo que le había llevado a deber tanto dinero. Aun así, no se lo dijo. ¿De qué hubiera servido? No eran cosas que se comentaran con las mujeres. Ellas no tenían cabeza para la economía.

—En realidad, quería saber si tu salud era buena y...

—Claro que sí, ¿por qué no? Sabes que no he estado enferma en mi vida.

—... qué tal te iba la vida en este lugar —continuó, como si ella no le hubiera interrumpido; se mordió el interior de la mejilla para no reprenderla por esa mala costumbre. Le haría cambiar ese hábito en breve—. Sin ti la casa ha estado muy silenciosa —terminó, sin faltar a la verdad.

Ella lo miró, comprensiva, con aquellos ojos azules tan brillantes. Pese al luto riguroso que llevaba, se podía decir que estaba hermosa.

Más de seis meses atrás, al proponerle matrimonio, lo había hecho obligado por las buenas maneras y el decoro. Ahora se veía en la necesidad de

hacerlo por dinero. En realidad: *su* dinero, ya que su padre nunca debió dejarle una cantidad tan obscena a una joven que no era de la familia. Esa herencia era suya. Le pertenecía por ley.

Debería haber observado mejor a su padre. Era evidente que en los últimos años había perdido la cabeza. Primero, por el préstamo para la siembra, algo que no hubiera sido necesario. Al menos él lo veía así. Seguro que se podría haber estudiado otro cultivo que no requiriera tal cantidad de dinero. Y luego, con el legado para Micaela. De no conocerla, hubiera pensado que ella era una arpía calculadora, que había engatusado a un anciano. Mas no lo era. Siempre había sido demasiado honesta.

—Yo también me he acordado de vosotros. Ofelia me ha dado la lata para que regresásemos a Pamplona. —La voz de la muchacha le sacó de sus meditaciones.

—¿Ah, sí? —inquirió, interesado. Era bueno saber que la criada no era muy feliz en San Sebastián. Nunca venía mal una buena aliada.

—Sí, pero yo no quiero irme de aquí. Tengo la tienda que me legó mi padre y...

—¡Pardiez! —juró, al sentir que algo se le clavaba en la pantorrilla. Un gatito, negro como el carbón, trataba de trepar por su pierna y en el intento estaba destrozando sus medias. ¡Sus mejores medias!—. ¡Demonio de gato! —bramó, sacudiendo la pierna con la esperanza de que la oscura alimaña se soltase de sus prendas.

—Nigra, no seas malo —le regañó la muchacha. Se agachó para coger al minino, cuidando de desenganchar las zarpas de la seda para que no las hiciera jirones—. No te muevas, Millán, para que pueda soltarlo.

—¿No me digas que este engendro del diablo es tuyo? —preguntó, entre dientes. Aquello no podía estar pasando. Sus mejores medias, echadas a perder.

—Ay, lo siento mucho, Millán. Temo que te ha hecho un agujero en la media. Si me dejas, te la coseré y apenas se notará el remiendo. Nigra es muy pequeño y aún no sabe comportarse —comentó, conteniendo las risas.

—Algunas personas tampoco —masculló. La mandíbula tan tensa que podría hacerse añicos.

—¿Qué has dicho? —inquirió ella, con sorpresa.

—Nada, que me han costado poco. Las medias, digo —improvisó a la carrera—. No te preocupes por ellas, tengo más —mintió, y esbozó una sonrisa que esperaba convenciera a la joven. Por dentro luchaba por

contenerse para no agarrar al maldito animal y retorcerle el pescuezo. Puñetero gato del demonio.

Micaela, ajena a esos pensamientos tan destructivos, sonrió con sinceridad y acarició al minino, que cerró los ojos, satisfecho.

—Dime que te quedarás a cenar conmigo. No cumplo con menos que invitarte. —Le dio unas palmaditas en el brazo. Luego dejó al minino en el suelo—. Voy a cerrar la puerta del herbolario y le diré a Petra que ponga un cubierto más.

Con movimientos eficientes, la joven puso el cerrojo a la puerta y le invitó a salir de la tienda por una puerta adyacente. Enlazó el brazo al suyo, antes de acompañarle hasta el comedor. A sus espaldas, el gatito se dedicó a perseguir su propio rabo.

La estancia estaba vacía. En la gran mesa central no había nada más que un par de candelabros de plata sobre un paño con encajes. Era evidente que no se utilizaba a menudo, pues olía levemente a cerrado. No pudo evitar fruncir la nariz con repulsión.

—No suelo hacer uso de él. Como en la cocina. Ay, Millán, no pongas esa cara. Me parece una soberana tontería comer sola en esta habitación —se justificó, sin perder la sonrisa—. Anda, espérame aquí, que voy a avisar a Petra.

Millán se quedó mirando la puerta por donde acababa de salir Micaela. Estaba anonadado por la forma de vida de la joven. Era evidente que necesitaba la dirección de un hombre. En cuanto se casasen, ya podría ir olvidándose de atender a ningún paciente y más aún de ejercer el comercio. Tendría que comportarse como una dama. Él jamás consentiría que su esposa se dedicase a tareas tan poco elegantes como esas. Las mujeres de Elizalde nunca habían trabajado en nada y él velaría por que siguiera siendo así. El bordado sería una actividad lo bastante entretenida para ella.

—Buenas noches, don Millán —saludó Ofelia al entrar, tan sonrojada como las veces anteriores—. La señorita me ha pedido que ponga la mesa para la cena.

—Adelante, mujer —ordenó, con la mirada clavada en ella.

Ofelia sacó de un armario un mantel blanco y un par de servilletas a juego. Con eficiencia, extendió el mantel sobre la mesa y alisó las arrugas hasta que quedó impecable; luego regresó al armario para coger los platos, las copas y los cubiertos. Se movía con agilidad. El vestido gris oscuro dejaba entrever un cuerpo delgado. Como a él le gustaba.



La criada se dio cuenta de que la estaba mirando y su rubor se intensificó. Sí, definitivamente, era una mujer muy apetecible. No pudo sino imaginar lo que sería retozar con ella. Bien sabía Dios que llevaba bastante tiempo sin estar con una mujer. Su amante le había dejado al enterarse de que ya no podría costearle sus caprichos y desde entonces debía conformarse con satisfacerse en solitario.

Millán la miraba hacer sin dejar de pensar. Tal vez no estaría de más granjearse la confianza de Ofelia para llegar hasta su ama. Hasta los santos sabían que Micaela era un tanto terca, y hacerla entrar en razón podría hacerle difícil.

—Me ha dicho Micaela que le has aconsejado volver a Pamplona —comenzó con suavidad—. ¿No te gusta esta ciudad?

—No... no es eso, don Millán. Esta ciudad es muy bonita y me gusta el mar, pero... no sé si debería decirlo esto, señor...

—Puedes hablar con total libertad, Ofelia —aseguró él, intrigado.

—El caso es que... no creo que...

—Bien, pues ya está todo solucionado —anunció Micaela al regresar al comedor.

¡Qué oportuna!

El sonrojo de la criada se intensificó. Millán la vio salir a toda prisa de la estancia.

La dueña de la casa se había quitado el delantal. Su vestido negro no ocultaba sus rotundas formas femeninas. Tenía un cuerpo muy agradable. No tan excitante como el de la criada, desde luego, pero tampoco sería un sacrificio tener que casarse con ella. Tal vez consiguiera que adelgazase un poco. Se acercó con presteza y le retiró la silla de la cabecera para que se sentara.

—Muchas gracias, Millán. Espero que lo que ha cocinado Petra sea de tu agrado. Mucho me temo que mis gustos son muy sencillos y... Pero te prometo que, la próxima vez, la cocinera te preparará un menú digno de un rey.

—No te preocupes. Lo que haya hecho estará bien.

«Si supieras la bazofia que me he visto obligado a comer en los últimos tiempos...», pensó con desagrado. «Todo eso está a punto de acabar».

En ese momento el gatito negro entró en la habitación y se subió al regazo de Micaela. Dio varias vueltas en él, se enroscó y se quedó dormido con total tranquilidad. Millán no pudo evitar mirarlo con desagrado.

—Recuerdo que no te gustan los gatos —entonó la joven, pasando una mano por el pelaje negro del animalito—. Nigra me hace compañía en la tienda...

—No deberías trabajar aquí —se vio obligado a decir él—. No es propio de una dama. No veo la necesidad de ello. Mi padre se estará revolviendo en su tumba —aseguró con sequedad, y apoyó la mano en la empuñadura de su espada con indolencia—. ¿Acaso tu padre no te dejó en buena posición?

Ofelia entró con una sopera humeante y procedió a servir los platos.

—Sí, claro, aunque yo prefiero seguir llevando el herbolario. Me siento útil y ayudo a la gente —pronunció con calma, una vez que la criada hubo salido—. Siento mucho que no lo veas del mismo modo.

Millán notó que a ella no le había gustado que le censurase su forma de vida y, para no enojarla, optó por dar marcha atrás. No le convenía eso. Debía seducirla, no enfadarla.

—La sopa está exquisita, Micaela. Puedes felicitar a la cocinera —aseguró él, sincero.

—¡Ah! Petra cocina como los ángeles.

Se oyeron unos golpes insistentes en la puerta de entrada. Instantes después, Ofelia volvió al comedor, seguida por un hombre con el sombrero de la mano.

—Perdonad que os moleste, doña Micaela, pero mi esposa está a punto de dar a luz y... —comenzó el hombre, nervioso—. He venido antes de que cerrasen las puertas de las murallas...

—No hay problema, señor Aurelio. Ahora mismo voy con vos. —Se volvió a Millán—. Lo siento mucho, pero he de irme.

Micaela retiró al gatito de su regazo. Luego, sin dar tiempo a Millán a protestar ni a ninguna otra cosa, salió del comedor. Él la oyó trajinar en la tienda. Al momento se cerró la puerta principal. La condenada se había ido, dejándole plantado.

«¡Dios mío! Esto es peor de lo que me imaginaba», pensó, escandalizado por la actitud de la joven.

Ofelia parpadeó, confundida por la marcha de Micaela. Al darse cuenta de que don Millán y ella estaban solos en el comedor se sonrojó furiosamente.

Ese hombre siempre conseguía hacerla sentir como una tonta. Tal vez no era más que eso, una tonta, por enamorarse de quien no debía. A todas luces, era un amor imposible y no correspondido.

—Antes has estado a punto de decirme algo... ¿qué era? —preguntó el hombre.

—Yo... yo... —Carraspeó, nerviosa. Luego tomó aire para serenarse y continuó—: No era nada importante.

—¿Estás segura? —inquirió el navarro, con los ojos entrecerrados—. Antes me ha parecido que era todo lo contrario.

—Lo siento mucho, señor, si os he hecho creer algo así. Os aseguro que no tiene la menor importancia. —Se retorció el delantal.

—En ese caso no tendrás ningún inconveniente en contarlo.

—Es que, señor... yo no creo que debiera deciros esto... —balbuceó, consternada.

—Ofelia, sabes que te tengo aprecio. Nos conocemos de toda la vida y sabes que puedes confiar en mí —puntualizó don Millán, con voz suave. Apoyó una mano sobre las de la mujer.

La criada tuvo que hacer grandes esfuerzos para no derretirse allí mismo, en el suelo del comedor. La estaba tocando. ¡Que los santos se apiadaran de ella! Podía sentir el calor de esa mano sobre las suyas heladas. Cerró los ojos para deleitarse con el contacto. Necesitaba sentirlo para poder recordarlo después, para poder saborearlo cada vez que quisiera.

—Cuéntamelo, Ofelia —susurró, persuasivo.

—Yo... yo... por favor, don Millán, no me pidáis eso... no puedo decirlo. Sería desleal con la señorita —murmuró, sin mirarlo a los ojos—. Lo siento mucho.

Antes de arrepentirse, se giró y salió a toda prisa del comedor. Necesitaba separarse lo más posible de ese hombre. Temía hablar más de la cuenta. Su lealtad estaba con Micaela, por mucho que desaprobaba su actitud.

Apoyada al otro lado de la puerta, se llevó la mano a la cara y suspiró al sentir el leve aroma de la piel de don Millán.

—Ofelia, comprendo tu dilema. —Las palabras de don Millán la sobresaltaron. La había seguido—. Crees que le debes lealtad, lo sé, pero su actitud no es merecedora de ese gesto por tu parte.

—Yo... —No sabía qué decir. Deseaba confesar todo su malestar, su desilusión.

Sintió los dedos del hombre en su mejilla y hubo de apoyarse en la pared para no desmayarse de la impresión. Notaba que su corazón latía a la velocidad de un caballo desbocado.

—Sé que eres muy inteligente, Ofelia —murmuró, tan cerca de ella que hasta podía sentir su aliento acariciarle la cara—. Siempre lo he pensado —

añadió antes de besarla.

«Virgen María».

La estaba besando y ella se derretía por dentro. Cómo había añorado aquellos labios. Se dejó llevar.

—Por favor, cuéntame lo que te molesta de Micaela. Para mí es muy importante —oyó que le decía don Millán, rozándole los labios. La magia se esfumó.

No se lo podía decir. Se separó de él como un resorte. Apretó las manos, entrelazadas en la cintura, para darse fuerza y no sucumbir a su pedido. Aunque no podía hacerlo, a la vez lo estaba deseando.

—No puedo, lo siento... —musitó, antes de escapar a la cocina.

## Capítulo 25

El caserío de la señora Juana estaba en el arrabal de San Martín, extramuros de la ciudad. Ya desde lejos, bajo el sol del mediodía, se veía algo descuidado y falto de atención; conforme se iba acercando el deterioro se hacía más que evidente. Era una estructura de dos plantas con una cuadra anexa. El tejado, algo hundido, precisaba que apuntalaran una de las vigas antes de que cediese del todo. El camino de entrada estaba lleno de malas hierbas. Media docena de gallinas algo desplumadas picoteaban por el suelo. Un perro pastor, medio famélico, comenzó a ladrar y llegó corriendo hasta las patas de Ébano, que corcoveó nervioso. Yago le palmeó el cuello para tranquilizarlo.

Se detuvo a esperar que el dueño del caserío saliese a ver quién había llegado. El perro seguía ladrando como un poseso alrededor de las patas del caballo.

—Calla de una vez, chucho del diablo. —La voz provenía del interior de la cuadra.

Una piedra impactó contra el lomo del can que, con un aullido lastimero, se alejó con el rabo entre las patas.

Yago apretó los dientes. No le gustaba ese tipo de violencia gratuita con los animales. Después de todo, el perro estaba haciendo su trabajo.

Fijó la vista en la puerta de la cuadra. Un hombre de pequeña estatura, con una hoz en la mano, se perfilaba contra el interior oscuro. Lo vio caminar con seguridad, sin molestarse en espantar a las gallinas, hasta que solo unos pasos lo separaron de la cabeza negra de Ébano. Se metió la hoz en la faja que ceñía sus pantalones de sarga negra y puso los brazos en jarras. Tendría unos cuarenta años; la cara, curtida por la intemperie y un cuerpo fornido, acostumbrado al trabajo del campo. No llevaba sombrero; el pelo, oscuro y algo sucio, le caía a ambos lados de la cara como una cortina.

—Buen día. ¿Quién sois y qué queréis? —preguntó con aspereza. Sus ojos oscuros lo miraban bajo unas cejas negras y abundantes. Era evidente que no le gustaban las visitas.

—Buen día. Soy Yago Izaguirre, el galeno de la ciudad. —Bajó del caballo con movimientos precisos. Se alegró de no sentir el más mínimo mareo. Se estaba recuperando.

El hombre le repasó con la mirada de arriba abajo, rascándose con indolencia la barba de dos días.

—¿A qué habéis venido? No recuerdo que haya mandado llamar al médico —masculló, secamente.

Yago, ignorando la indirecta, acarició el cuello lustroso de Ébano.

—Me he tomado la libertad de venir a visitar a vuestra esposa.

—Pues os habéis tomado demasiada —le interrumpió, el ceño fruncido.

El galeno apretó los dientes por esa falta de consideración hacia la mujer.

—La quemadura de su mano es lo bastante grave como para no pasarla por alto —continuó, ignorando la cara de malas pulgas que tenía su interlocutor.

—Hoy está mejor.

—Permitidme que lo dude... —espetó el galeno, sarcástico.

—No sé a qué viene tanto alarmismo —rezongó el hombre. La mano sobre la empuñadura de su hoz en una clara advertencia.

Yago se sintió confortado al notar el conocido peso de la espada en la cadera izquierda. Pese a estar en baja forma, se consideraba suficientemente rehecho como para poder plantarle cara a las bravuconadas de aquel sujeto malencarado.

—Yo solo sé lo que ayer vi en el consultorio. Y es difícil que hoy esté mejor. Os lo aseguro.

—Será mejor que os guardéis vuestras dudas y regreséis por donde habéis venido. Aquí no se os necesita —declaró el hombre, sacando la hoz con un movimiento diestro.

Yago se mantuvo en su sitio, sin aparentar ningún temor.

—No he venido para enfrentarme con vos, sino para atender a vuestra esposa —precisó, tranquilo—. Os prevengo de que, si no se le cura bien esa quemadura, podría perder el brazo o algo peor.

—Y yo os digo que os marchéis de mis tierras antes de que me enfade o... algo peor —imitó con una mueca—. No quiero volver a veros por aquí.

Era evidente que no podía convencer a aquel hombre. Toda su insistencia no serviría para nada. Frustrado por la situación, volvió a montar en Ébano y

se encasquetó mejor el sombrero.

—Os ruego, si sentís algún aprecio por vuestra esposa, que le apliquéis el unguento para las quemaduras que le di ayer. Y procurad que no haga ningún trabajo hasta que se le cicatrice.

El dueño de la casa sacudió la mano, despreciando las palabras del galeno.

—Solo es una simple quemadura. Puede seguir haciendo sus tareas como siempre. Si no fuera tan torpe...

Desde la montura, Yago clavó la mirada en aquel ser repugnante y se contuvo para no explicarle, muy gráficamente, cómo sería sentir esa quemadura en su propia piel. No podía hacer nada de eso, pues la ley lo amparaba, estaba en sus tierras y la joven era su mujer.

Apretó los dientes y volvió grupas para regresar a la ciudad. No soportaba seguir un momento más cerca de aquel maldito gusano.

Según cabalgaba, sin prisa, notaba la mirada del hombre clavada entre sus omóplatos.

«Os ruego, Señor, que mi visita no haya empeorado la situación de la señora Juana», rezó.

Ya había pasado la hora de la comida y el camino estaba muy transitado en ambos sentidos. Se unió a la caravana que se dirigía a la Puerta de Tierra.

Tenía que ver a la curandera. Quería enseñarle algo que solo ella apreciaría. Se le había ocurrido la noche anterior, después de que Marcos saliera de su dormitorio, y consideraba que a doña Micaela le vendría bien verlo. Le ayudaría a ampliar conocimientos sobre anatomía. Le parecía muy triste que ella supiera tan poco sobre el tema.

Tocó las alforjas como si quisiera asegurarse de que el libro seguía allí. Claro que estaba, no lo había perdido de vista ni un solo instante. No era para menos. Podría ser peligroso que cayera en malas manos.

Sin duda, sus padres, de haber sabido que lo llevaba consigo dieciséis años atrás, cuando se metió en el confesionario para pasar del siglo XXI al XVIII, no le habrían permitido conservarlo. Era peligroso.

En su defensa podía alegar que era un regalo del cardiólogo Alex Goena, uno de los mejores amigos de su madre y casi un padre para él, durante sus primeros años de vida. Le habría costado desprenderse de ese ejemplar, más aún cuando su mayor ilusión era convertirse en médico.

Espoleó a Ébano para que adelantase a varios carros. No aguantaba las ganas de ver qué cara pondría la curandera cuando le enseñara el libro.

Marcos dejó que el caballo alcanzara el galope por la playa. Necesitaba despejarse. Había pasado una noche infernal, plagada de sueños de lo más inoportunos.

Creía haber madurado lo suficiente para que eso no le ocurriera, pero por lo visto no era así. Se preguntó si alguna vez llegaría a dormir sin soñar. Sin tener esas imágenes que le torturaban, que le dejaban el cuerpo exhausto y anhelante de algo que nunca podría tener.

«¡Pardiez! De no ser por estas circunstancias, jamás habría venido», pensó con dolor.

No sabía cuánto tiempo tardarían en volver a manifestarse los signos de la enfermedad. Lo más sensato era marcharse antes de que Yago lo descubriera. Él era la última persona a quien se lo habría dicho. Pretendía evitarle el sufrimiento de saber que no podría curarle.

—El muy tonto se culparía, tal como lo hace ahora con mi hermana — murmuró, compungido.

El viento fresco de la mañana le arrancó el tricornio de la cabeza. Varios mechones rubios revolotearon ante sus ojos. Tiró de las riendas y obligó al caballo a dar la vuelta. Al apearse, unos pasos más adelante, las botas se hundieron en la arena húmeda. El sombrero yacía boca arriba, cerca del agua. Se agachó a cogerlo y lo sacudió con vigor para desprender la arena. Un pequeño cangrejo salió despedido y se alejó caminando de costado, dejando diminutas huellas en la playa. Una gaviota se lanzó en picado antes de alejarse con él en el pico.

Marcos notó que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¡Por Dios bendito! —masculló, consternado, al tiempo que se pasaba el dorso de la mano enguantada para secarlas. Se estaba volviendo demasiado sensible con la muerte. Soltó una carcajada amarga—. Tengo motivos para estarlo.

El galeno de Madrid no había sabido decirle cuánto tiempo le quedaba ni cuándo se volverían a manifestar los signos de la enfermedad. Se había limitado a mirarlo con misericordia y a describirle la larga lista de síntomas. Se enorgullecía de haber aguantado con estoicismo frente al viejo médico. Al salir de la consulta, por el contrario, se permitió perder la compostura y vomitar en un callejón como un vulgar borracho. Cuando llegó a su casa, agotado y tembloroso, le entregaron la carta de Tomás donde le comunicaba que se embarcaba para San Sebastián con Yago y le imploraba ayuda para rescatarlo del licor.



Viajar a la ciudad guipuzcoana no había sido una decisión fácil. Llevaba más de dos años sin hablar con su cuñado. Un año atrás había llorado, en la soledad de su vivienda madrileña, la muerte de su padre, de su hermana y de una sobrina a la que ya nunca conocería. En cuanto supo la noticia había regresado a Cádiz, pero encontró vacía la casa de su padre. Los había buscado sin resultado. Necesitaba verlos, conocer lo sucedido con su familia. En cambio, al saber la suerte que iba a correr...

En un principio descartó la idea de ir a San Sebastián. Temía que Yago se diera cuenta de su enfermedad. Quería ahorrarle y ahorrarse la desesperación de ver que nada se podía hacer. Por Yago, porque, en calidad de galeno, sufriría lo indecible al verse impotente ante el destino. Por él mismo, porque lo último que deseaba era la compasión o la conmiseración de su cuñado.

Para su desgracia, Yago se había convertido en su único familiar vivo y, de alguna manera, necesitaba verlo por última vez.

—¿Cuánto tiempo más podré seguir aquí? —se preguntó, mientras montaba—. Solo Dios lo sabe.

Tomás estaba más que harto de la maldita valquiria. El día anterior, a la hora de cenar, había llegado al extremo de servirle los trozos más raquíticos. Y por si eso fuera poco, ante su protesta se atrevió a decir que un hombre de su tamaño no necesitaba mucha comida.

—Le retorcería el cuello —murmuró, mientras cepillaba con ímpetu una de las casacas de don Yago.

Esa mujer era como un dolor de barriga. Lo peor de todo era que no podía dejar de pensar en ella. Por mucho que le desagradasen sus comentarios hirientes y sus malos modos para con él, su mente volvía una y otra vez a ella.

Y es que, en verdad, pese a su manera de tratarlo, era una mujer muy hermosa.

«Hermosa y perversa», pensó con una mueca. «Mala combinación».

Colgó la casaca dentro del armario y continuó con el chaleco.

Para entretenerse empezó a recordar los puntos del Decálogo del mayordomo que el señor Bennett insistía en hacerle aprender. No quería que se le olvidasen, tenía el anhelo secreto de poder compartirlo con alguien, con algún aprendiz.

«¡Qué tonterías dices! Ni siquiera eres mayordomo...».

Estaba convencido de que algún día lo sería. Después de todo, don Yago era joven y podría volver a casarse. Solo esperaba que, cuando lo hiciera,

supiera elegir mejor que la primera vez.

—«La integridad es la característica fundamental de un buen mayordomo» —empezó a recitar—. «No hablar mal de los señores ni de los huéspedes de la casa. Ante todo: lealtad...».

## Capítulo 26

Micaela cabalgaba al paso, siguiendo la estela de los que deseaban entrar en la ciudad. Por delante de ella, a varios carros y carretas de distancia, vio el porte inconfundible de don Yago montado sobre Ébano. Sin pensarlo, espoleó a Abedul para que los alcanzase. Tenía ganas de hablar con el galeno. De contarle cómo había ido el parto de la señora Joaquina.

«¿A quién quieres engañar? Explicarle lo del parto solo es una excusa para estar con él», se reprochó con un mohín.

No podría explicar el porqué de ese cambio. Del mismo modo que tampoco entendía el comportamiento del propio galeno, tan diferente. Si bien lo seguía considerando una persona seca y poco comunicativa, no podía evitar sentirse atraída por él. Presentía que, bajo esa fachada de aparente frialdad, había un ser amable que se preocupaba por los demás. El trato brindado a la señora Juana lo corroboraba.

«Una lástima que no seas tú el objeto de esa amabilidad».

Lo alcanzó nada más cruzar la puerta del hornabeque y antes de pasar el segundo puente hacia la Puerta de Tierra.

—Buen día, don Yago —lo saludó con una sonrisa.

El galeno parpadeó al verla llegar, confundido, pero se recuperó al instante y se quitó el sombrero en un saludo caballeresco.

—Buen día, doña Micaela; precisamente ahora iba a vuestra casa. Desconocía que hubierais salido.

«¿De verdad ha pronunciado mi nombre?», se asombró. Si no se equivocaba, era la primera vez.

Ese día el semblante del galeno no era tan serio como en otras ocasiones. A decir verdad, parecía contento de verla. Toda una sorpresa. Y muy placentera, además.

«¿Don Yago contento de verme?», se preguntó en silencio. «Sin duda el cansancio te hace ver cosas que no son».

—Ayer, al atardecer, la señora Joaquina se puso de parto y me vinieron a buscar.

El hombre se giró en su montura para mirarla con preocupación.

—¿Ha ido todo bien? ¿Ha habido algún problema? —preguntó—. Les dije que me avisaran...

—No querrían molestaros. Sí, ya sé que os habíais ofrecido, pero sin duda prefirieron esperar a que fuera necesario —le explicó Micaela, al ver que él iba a protestar—. Ha ido todo muy bien. Un poco largo, eso sí —admitió con cansancio—. Bien parecía como si no se decidiera a salir. —Sonrió al recordar—. La niña tiene unos pulmones capaces de levantar el tejado con sus llantos. La familia Lecuona está feliz.

—Me alegra saber que no ha habido ninguna complicación. Les haré una visita más tarde o tal vez mañana.

—Sin duda os lo agradecerán. Siempre es bueno contar con el punto de vista de un galeno. Al fin y al cabo, yo solo soy una herbolaria.

—No digáis eso —la amonestó con celeridad—. Considero que los conocimientos que tenéis sobre plantas son muy amplios, variados y, ante todo, sabios —enumeró, con los ojos clavados en ella.

Si en lugar de ir al paso hubieran ido al trote, Micaela se habría caído del caballo. Tal fue la enorme impresión que le causaron las palabras del médico. No se las esperaba. Desde luego que no. Aquello era completamente nuevo y asombroso. Se llevó la mano a la nuca y jugueteó con un rizo.

—Bien... gracias —atinó a decir, completamente anonadada—. No sé qué decir. Admito que me habéis dejado sin palabras.

—No tenéis que decir nada, señorita —barbotó, mirando al frente. En su mejilla se tensó un músculo—. Me he limitado a exponer la verdad —añadió, secamente.

Micaela, ruborizada hasta la raíz del pelo, bajó la cabeza y se dedicó a acomodar sus faldas sobre la montura. No sabía qué pensar de aquel hombre. ¿Quién lo entendía?

Lo miró subrepticamente varias veces, para ver si lograba descifrar sus pensamientos. Su rostro parecía tallado en piedra y era tan expresivo como ese material. Cabalgaba con la vista al frente y tan tieso en su montura como si fuese un general desfilando ante las tropas.

Cerca del herbolario, en la calle de Narrica, vio a la prostituta a la que había ayudado a dar a luz. La meretriz, al verla, se acercó hasta ella y alzó la mirada. Unas profundas ojeras le bordeaban los ojos y parecía al borde del

desfallecimiento. Su cabello rojizo estaba deslustrado. Mecía a su bebé, que lloraba.

Frenaron las monturas para hablar con ella.

—Buen día, doña Micaela. Perdonad el atrevimiento, pero mi niña está enferma. No sabía a quién recurrir... —contó de corrido, con los ojos angustiados, por encima del llanto de su hija—. No sé qué le pasa, pero no duerme. Cada vez que come empieza a llorar y no para. La señora ha dicho que, si sigue así, tendré que abandonar su casa. Dice que ahuyenta a los clientes.

—Lo siento mucho —se condolió Micaela. Rebuscó en su cesta de medicinas hasta dar con lo que necesitaba. Eran varios paquetes de papel—. Por el modo en que llora, yo diría que tu hija tiene cólicos. ¿No lo creéis así, don Yago? —Lo miró, esperando la respuesta.

—Opino igual que vos —contestó al punto, y se frotó la frente como si no se decidiera a hacer o decir algo—. Es algo muy común en los recién nacidos —murmuró al fin. Con un suspiro de derrota, se apeó del caballo de un salto—. Permíteme que lo compruebe.

Extendió los brazos frente a la madre para que le dejase coger al lloroso bebé. La joven se lo entregó y don Yago lo acunó con destreza. Micaela, al verle pasar con ternura un dedo por la mejilla de la niña, sintió que el corazón le daba un vuelco. De pronto tomó conciencia del dolor que podría estar experimentando ese hombre al tener en brazos a un bebé, cuando el suyo había fallecido. ¿Se estaría preguntando por qué esa niña sí y su hija no?

Él, ajeno a esos pensamientos, procedió a retirar la mantilla que lo cubría para tocar la barriguita de la niña por encima de los pañales. Al parecer, satisfecho con la palpación, procedió a masajear en círculos, durante un momento, el diminuto abdomen. Luego se puso al bebé contra el hombro para darle suaves palmadas en la espalda. Un instante después, un eructo infantil resonó en la calle y la niña dejó de llorar como por ensalmo. Sus ojitos azulados parpadeaban a la luz de la mañana, abrió la boca en un bostezo desdentado y soltó un pequeño suspiro de satisfacción.

Micaela la miró con incredulidad. Si bien conocía el efecto de las plantas que le había buscado en su cesta, más allá del nacimiento, tenía muy poca experiencia con los bebés.

—Creo que, por el momento, ya se le ha pasado —declaró él. Su tierna sonrisa estuvo a punto de hacer estragos en el organismo de la curandera—. No tiene nada malo. Procura frotarle con suavidad la barriga después de cada toma. A algunos bebés les cuesta más expulsar los aires. —Un ruido húmedo,

seguido de un olor bastante revelador, salió de entre los pañales—. Me parece que esta señorita se ha aliviado en más de un sentido —anunció, riendo por lo bajo.

—¡Ay! Lo siento mucho, señor —se disculpó la meretriz, tan roja como la grana. Tomó a su hijita en brazos—. ¿Os ha manchado?

—No, mujer, puedes estar tranquila —aseguró Yago, mostrándole las manos para que viera que estaban limpias.

La meretriz miró a uno y otro con esperanza. Luego fijó la vista en el galeno. Sus ojos verdes expresaban la adoración que sentía por él en ese instante. Probablemente, en toda su vida pocos hombres la habrían tratado como el médico y no se lo creía del todo.

Micaela sintió pena por el tipo de vida de esa muchacha, que vendía su cuerpo para subsistir. Podría haberse deshecho del bebé, aun antes de nacer. Le constaba que una curandera, a unas leguas de la ciudad, hacía ese tipo de cosas. Pero había llevado el embarazo a término.

Aún recordaba la mirada con que le había rogado que salvase a su hija, temiendo que hubiera muerto. Estaba segura de que muchas mujeres, en sus mismas circunstancias, habrían abandonado al bebé a la puerta de un convento para no verse en la tesitura de tener que criarlo. Sin duda, esa joven era una persona con mucho valor.

Para no seguir pensando en eso, le fue entregando los paquetes de hierbas.

—Toma. Esto es hinojo, manzanilla y tila. Lo mezclas todo y haces una infusión. Le das varias cucharaditas a tu niña después de cada toma. Verás qué pronto se le pasa.

—¿Tenéis melisa en vuestra cesta? —preguntó el hombre, mientras montaba—. Le ayudaría a tranquilizar los nervios de la barriga. Algunos bebés están demasiado ansiosos por comer, tanto que se le forman espasmos en la tripa.

Micaela cabeceó con aprobación. No lo había pensado, pero el galeno tenía razón. Volvió a buscar en su cesta hasta que encontró un poco de melisa. Se la entregó a la madre.

—No, no tienes que pagarme nada —le aseguró, al ver que ella se llevaba la mano a la faltriquera.

La prostituta alzó la cabeza para mirarla a los ojos con fiero orgullo.

—No necesito limosnas, señora. —Sus ojos verdes echaban chispas—. Tengo dinero para pagaros...

—No es una limosna —la interrumpió Micaela, al ver que ella había interpretado mal su oferta—. Perdona si te he hecho creer eso. Guarda tu

dinero, lo necesitarás para sacar adelante a tu hijita. Considéralo un regalo. No es nada vergonzoso.

La meretriz la miró con suspicacia y agachó la cabeza, cuando la levantó tenía los ojos sospechosamente húmedos.

—Gracias, señora. Sois muy amable. Y gracias a vos, señor.

—No es nada —apostilló Micaela, sonriendo—. Anda, ve a ver si la mezcla ayuda a tu bebé.

La prostituta hizo una reverencia y se marchó, caminando con otro ánimo.

Micaela deseaba que el preparado le hiciera efecto con rapidez para que la niña pudiera descansar sin dolores de barriga. Espoleó al caballo para recorrer el último tramo hasta la cuadra de su casa.

—Es una niña preciosa, ¿verdad? —preguntó, por llenar el silencio.

—Sí, lo es.

—Espero que corra mejor destino que su madre.

—Le será muy difícil, viviendo en una casa de citas —argumentó el galeno, con mirada sombría—. Veo que no os molesta atender a una mujer de dudosa reputación ante la mirada de cualquiera que pase por la calle.

—¿Me estáis diciendo, acaso, que debería dejar que esa niñita siga sufriendo solo porque su madre no es una dama virtuosa? —preguntó con acritud. ¿Por qué clase de persona la estaba tomando?

—Desde luego que no. Pero no deja de sorprenderme que no os importe lo que puedan opinar las buenas gentes de la ciudad —formuló con una sonrisa. Se bajó del caballo para abrir la puerta de la cuadra. La mantuvo abierta hasta que ella pasó montada en Abedul, luego condujo a Ébano de las riendas hasta el interior y dejó que la puerta se cerrase—. En verdad me alegra ver que anteponéis el bienestar del paciente a las opiniones de los demás.

—¿Acaso vos no habéis hecho lo mismo? —preguntó, más tranquila al ver que él no le reprochaba nada.

Micaela soltó las riendas y se dispuso a bajar.

—Por supuesto que sí. Esperad, permitidme que os ayude. —El galeno se acercó con presteza para ayudarla a desmontar.

Ella le puso las manos sobre los hombros, pero al sentir que las manos del médico le rodeaban la cintura tuvo que dominar el estremecimiento que le recorría la espalda. Con la mirada clavada en sus ojos grises, dejó que la bajara de la silla hasta que sus pies tocaron el suelo de piedra de la cuadra.

Permanecieron de ese modo, casi abrazados, más tiempo del necesario. Ajenos a los caballos que resoplaban ante la vista del pesebre y la perspectiva de que les retirasen las sillas.

Micaela seguía perdida en aquellos ojos grises, que se habían oscurecido y parecían dos pozos negros. Su corazón latía desaforado y notaba las rodillas tan flojas como las de una anciana. Tomó conciencia de la enorme altura del médico y de lo pequeña que parecía a su lado. Se sentía en las nubes, tan bien, que no quería separarse de ese hombre.

La mirada del galeno descendió de sus ojos hasta los labios, que comenzaron a hormiguar ante la perspectiva del beso. Lo deseaba. Sin darse cuenta, miró los labios cincelados de don Yago y casi se derritió por dentro al ver que esa boca se acercaba con intenciones claras.

«Dios mío», pensó, con los dedos apretados a los duros músculos del hombre.

Estaba a punto de cerrar los ojos cuando él se detuvo a medio camino. Lo vio titubear un instante. Luego se separó de ella con celeridad y le dio la espalda para coger las riendas de Ébano.

Micaela, sonrojada y con el cuerpo excitado, dejó caer los brazos a ambos lados del cuerpo. Se agarró a la falda para que no le temblasen las manos. De pronto notaba en sí misma un vacío que antes no estaba allí.

—Será... será mejor que regrese a mi casa. Si me disculpáis... — murmuró él con voz tensa, sin mirarla.

Antes de que ella fuera capaz de articular alguna palabra, Yago ya había salido con su caballo al trote detrás de él.

—Dios mío —repitió, y apoyó la espalda contra uno de los pilares de la cuadra.

Le faltaba el aire y respiraba como si hubiera estado corriendo. ¿Qué hubiera pasado si don Yago no se hubiese separado de ella? ¿Se habrían besado o todo eran imaginaciones suyas?

—Virgen santa. Él está enamorado de su difunta esposa. ¿Qué demonios estoy pensando? —se recriminó, avergonzada por haberlo pensado, siquiera.

—Señorita Micaela. Ya habéis vuelto. Dejad que atienda a Abedul y marchaos a descansar. —La voz del marido de Petra, que se acercaba por el patio, la sacó de su estupor.

—Gracias, Dionisio —musitó. Entró en la casa. Estaba exhausta y profundamente abochornada por lo que pudiera pensar don Yago de ella. Quizá no había sido él quien se acercara a besarla. Tal vez había sido ella...

«¿Qué debe de haber pensado de mí? ¡Qué vergüenza!».



Yago era incapaz de dormir. La noche iba pasando sin que lograra conciliar el sueño. La imagen de Micaela, la sensación de tenerla entre los brazos, era tan persistente que, si cerraba los ojos, era como volver a estar con ella.

¿Qué demonios le había pasado el día anterior? ¿Cómo había podido perder el control de ese modo?

No lo sabía.

Recordaba con especial nitidez el momento en que lo saludó. La sorpresa inicial, al verla llegar desde extramuros. Lo hermosa que estaba, pese a haber pasado toda la noche y parte de la mañana atendiendo a la señora Joaquina. La sonrisa de satisfacción por el hecho de que el parto se hubiera desarrollado sin más problemas que la lentitud. O el sonrojo cuando él alabó sus conocimientos sobre plantas medicinales.

De alguna manera, todos esos detalles conspiraron para que se le despertase el deseo de besarla. Ayudarla a desmontar y sentir sus manos en los hombros no ayudó en nada a que ese deseo se apagase. Había hecho un esfuerzo sobrehumano para apartarse de la figura voluptuosa y tentadora de Micaela, para no dejar que resbalase pegada a su cuerpo, mientras la bajaba del caballo.

¡Santo Dios! Se sentía hechizado por aquella piel cremosa y satinada; por aquellos ojos limpios, tan azules como el cielo veraniego, que lo habían mirado con... ¿anhelo? ¿Había querido ella que la besara? ¿Había sentido también esa necesidad?

«No digas tonterías», bufó.

Se levantó del lecho para acercarse hasta la ventana. Abrió las protecciones y retiró con la mano el vaho de uno de los cristales. Allí fuera, la luna creciente iluminaba un cielo tachonado de estrellas, tiñendo la tierra con su fulgor azulado. La hierba, las maderas de las cercas, las piedras del suelo de la entrada, todo estaba cubierto con el manto blanco de la helada. Cerró las contraventanas para evitar que el frío se colara en la habitación y regresó a la cama.

Tenía que intentar dormir, había quedado en volver a practicar esgrima con Marcos al día siguiente. Ya era malo empezar después de tanto tiempo sin utilizar la espada, como para añadirle la falta de sueño. Tenía ganas de emprenderlo, no solo por la evidente necesidad de mantener la destreza, sino por pasar más tiempo con su cuñado.

La tarde anterior Marcos había estado un tanto taciturno. Aunque fue cordial y encantador como siempre, sus ojos no reflejaban la alegría que

trataba de expresar con las palabras.

Le preocupaba, quería averiguar qué lo afligía, por si podía ayudarlo. Pero antes debía dormir.

Colocó las manos bajo la nuca y cerró los ojos. Al momento se vio inmerso en las profundidades azules de unos ojos como el cielo de agosto.

## Capítulo 27

Micaela se limpió con un trapo el polvo de las manos, antes de envolver la mezcla que acababa de preparar. Don Matías, el párroco de la iglesia de San Vicente, observaba todo el proceso con la satisfacción pintada en su rubicundo rostro, plagado de arrugas.

—Hace quince años que tu padre me recetó esta mezcla. Me dijo que le vendría muy bien a mis digestiones y así ha sido. —Se palmeó el vientre prominente. Varios mechones blancos flotaban bajo el bonete—. Un buen hombre, tu padre. Me acuerdo mucho de él. Era mi pareja para el juego de pelota. ¡Qué buenos partidos ganamos!

—Le gustaba mucho jugar en el frontón... —recordó Micaela con añoranza—. Luego, durante dos días, apenas podía hacer nada con la mano derecha. Se le hinchaba tanto que casi no podía cerrarla.

Tocó la madera del mostrador, imaginando que era la mano callosa de su padre. Casi podía rememorar la aspereza de su piel después de recolectar plantas para el herbolario. O la hinchazón y el agarrotamiento tras haber jugado en el frontón.

—Es cierto, muchacha. Pero es que él tenía una derecha prodigiosa, no se le escapaba ninguna pelota. ¡Ay! —El grito del clérigo espantó a Nigra, que trataba de subirse por su pierna; se alejó con el lomo arqueado y un bufido de enojo. La campanita colgada de su cuello tintineaba a cada paso—. ¿Qué es eso?

—Solo es un gatito, don Matías —aseguró Micaela; se agachó para coger al minino—. Es muy pequeño y travieso. Pero es adorable.

El anciano comprobó que las medias de seda no habían sufrido ningún daño y se fijó en el animalito, que se lamía con tranquilidad.

—¿Ese es el gato que te trajiste de la casa de la señora Jacinta? Ella misma me lo dijo. Deberías haber dejado que se lo llevase el buhonero. No es bueno tener un animal de ese color en la casa —aseveró el cura, mirando al

minino por debajo de sus pobladas y blancas cejas—. Dan mala suerte a quien los tiene y dicen que son criaturas del... —Formó dos pares de cuernos con ambas manos antes de susurrar—: Diablo.

—Eso no son más que supercherías, don Matías. Solo es un animalito — justificó. El felino se dejó acariciar y ronroneó con deleite—. ¿Veis? Es una preciosidad. ¿Qué mal puede haber en una criatura así?

El párroco negó con la cabeza y frunció el ceño con disgusto.

—Hazme caso, muchacha, deshazte de él. Solo te traerá problemas — vaticinó, antes de coger el paquete con la mezcla de plantas y dejar unas monedas en el mostrador—. Si no deseas sacrificarlo, déjalo extramuros y que sea lo que Dios quiera.

—Pero morirá sin remedio, don Matías —suplicó con vehemencia—. Estamos en noviembre y por las noches hace frío... Es muy pequeño para sobrevivir.

—Haz lo que quieras, muchacha. Luego no te sorprendas si te trae consecuencias nefastas —censuró. Le hizo la señal de la cruz antes de salir de la tienda.

—No hagas caso, Nigra, no te voy a abandonar en la calle —le aseguró al gatito, que maulló como si comprendiera.

Al sonar de nuevo la campana de la puerta, se preparó para atender al próximo cliente.

El momento que tanto temía ya había llegado. Dos días antes solo tenía unos granitos en el pecho, ahora el sarpullido le cubría todo el torso y parte de la espalda. Marcos se miró en el espejo de su cuarto para comprobar hasta dónde llegaba la erupción. Tensó la mandíbula.

«Probablemente, mañana tendré más».

Se dio la vuelta para no ver su imagen reflejada y se puso la camisa antes de que llegara Tomás. Era necesario ocultarle su estado, de lo contrario correría a contárselo a su señor. Y ya se imaginaba lo que sucedería después. Precisamente eso era lo que quería evitar a toda costa. Lo que menos necesitaba era el sentido de culpabilidad de Yago o su enfado por no poder hacer nada.

Con la camisa atada no se le veían las lesiones en la piel. El viejo galeno le había advertido que ese sarpullido se extendería hasta la palma de las manos y la planta de los pies. Giró las manos para cerciorarse.

No, aún no había rastro de granos o heridas que pudieran delatarlo.

El médico también le había hablado de la cura con sales de mercurio o con inhalación de vapores del mismo metal. Desconocía dónde podría obtener ese tratamiento. Y la persona que le podía ayudar era la única a la que no se lo podía pedir.

—Es tan trágico que dan ganas de reír —bufó, en el fondo asustado.

Tal vez doña Micaela pudiera ayudarle. Ella regentaba el herbolario. Confiaba en que le guardase el secreto. En las pocas veces que habían hablado, la discreción parecía ser parte de ella.

Más animado, terminó de vestirse para ir al herbolario. Cuanto antes consiguiera ese tratamiento...

«No te engañes. No existe cura para esto», pensó, abatido. «Jamás debí juntarme con aquellos soldados».

—¡Oh, es Nigra! —exclamó Clara al entrar en la tienda. Y corrió para acariciarlo—. Hola, precioso.

—Buen día, doña Micaela. Clara, demuestra que tienes buenos modales —dijo don Yago, que entraba tras su hermana.

—Buen día, don Yago... No os preocupéis por Clara. No tiene la menor importancia —aseguró la curandera con una sonrisa tranquila, sin levantar la vista del gatito.

Yago hubiera deseado que ella lo mirase para poder verle los ojos e imaginar qué estaría pensando. Por lo visto, no iba a ser así.

Había pasado una semana desde aquella escena en la cuadra. En todo ese tiempo, Yago apenas le había hablado. La actitud tranquila de ella le inducía a pensar que aquel día ni siquiera se había percatado de que fuera a besarla. ¿Sería posible que no se hubiera dado cuenta? Reconocía que era ingenuo al pensarlo; sin embargo, esperaba que fuera así. Bastante tenía con haber perdido por momentos la cabeza como para que ella lo supiera. Era demasiado vergonzoso.

Se limitaba a pasar consulta y poco más. Había restringido al máximo su permanencia en la tienda. Temía volver a sentir esa necesidad abrumadora de besarla, si pasaba mucho más tiempo allí.

Sin duda estaba hechizado. No podía entenderlo de otro modo.

Él amaba a su esposa, la había amado desde el primer momento en que sus ojos se posaron en ella. ¿Cómo podía sentirse atraído por otra mujer?

Empero se sentía así. No veía el momento de ir al herbolario y, cuando estaba allí, se pasaba el rato mirando a escondidas a aquella joven. A veces

era como retroceder en el tiempo, volver a tener quince años y espiar a la hija de uno de los arrendatarios de su padre, con la esperanza de que reparase en él.

«Tengo veintiocho años, ¡por Dios! No soy un jovenzuelo granujiento con el cuerpo repleto de deseos insatisfechos», se reprendió con los dientes apretados.

No lo era, aunque se sentía igual.

Ese día, como los anteriores, había resuelto traer a su hermana para evitar incorrectos impulsos y para llenar los silencios que parecían crepitar entre doña Micaela y él.

Clara se sentó en el escaño que se apoyaba en la pared y colocó a Nigra en su regazo. El minino dio un par de vueltas sobre las piernas de la jovencita y se tumbó con un suspiro gatuno.

Doña Micaela se volvió hacia él; la tela del vestido o las enaguas emitieron un frufú demasiado insinuante. No pudo evitar fijarse en lo bien que le sentaba aquel vestido, pese a ser negro. El escote cuadrado remarcaba la blancura nacarada de la piel de la joven y realzaba las formas de su generoso busto. En seguida apartó la vista, lo último que quería era que lo pillase mirando donde no convenía. Se concentró en un punto por encima de la cabeza de la curandera.

—Perdonad, don Yago, he olvidado cogeros la capa —anunció ella. Y se acercó para hacerse cargo de la prenda.

Por debajo del olor a plantas secas, la joven olía a jazmín. Un aroma suave como la primavera. Cerró los ojos para apreciar la fragancia y apretó los dientes por esa muestra de debilidad. Si continuaba haciendo eso terminaría por quedarse sin muelas.

Debía quitarse a la curandera de la cabeza. Arrancarla de cuajo antes de que se le metiera en la sangre y ya no hubiera solución.

El estremecimiento que notó cuando los dedos de los dos se rozaron por encima de la capa, le advirtió que ya era demasiado tarde para eso. Sin darse cuenta, cerró la mano en un puño como si quisiera guardar su tacto. Al percatarse la abrió repetidas veces y masculló por lo bajo.

Ella, al parecer ajena a su malestar, se llevó la capa a la trastienda. La sensación de abandono lo pilló por sorpresa y tuvo que tragarse un impropio. Tras sacar de sus alforjas el cuaderno de notas, comenzó a repasar lo que tenía apuntado. Cualquier cosa para dejar de pensar en ella. Para apartarla de sus pensamientos.

Ya iba siendo hora de que buscara un lugar donde situar su consulta de médico. Estaba claro que doña Micaela había perdido todo interés en su padre —si alguna vez lo tuvo— y ya no era necesario que pasara más tiempo allí. Diego ocupaba sus días en visitar a los arrendatarios, llevar la contabilidad o reunirse con los prohombres y las autoridades locales, por lo que era difícil que visitase el herbolario.

No había buscado todavía el consultorio, pues hacerlo equivaldría a asentarse definitivamente en San Sebastián y eso aún no lo tenía decidido. Ni siquiera si se dedicaría a llevar un consultorio médico. Se pasó la mano por la frente y trató de concentrarse en el cuaderno, rezando para que viniesen muchos pacientes y así poder tener la mente ocupada en otra cosa que no fuera el olor o el tacto de esa mujer de ojos tan azules que podrías perderte en ellos.

El cuaderno se abrió por la hoja donde tenía apuntado el caso de la señora Juana. Frunció el ceño al recordar que no la había vuelto a ver desde que fuera a visitarla, una semana atrás. Desconocía el estado de la quemadura y si había seguido aplicándose el ungüento, tal y como le recomendaron.

«Luego me pasaré por su casa», se dijo, malhumorado por haberse olvidado de la pobre mujer. Tenía que poner fin a ese ensimismamiento con la curandera.

Clara, sin soltar al gatito, que se dejaba acunar como un bebé, siguió a doña Micaela hasta la trastienda para ayudarla. Le gustaba el olor de las plantas, pero lo que más le gustaba era destilar la esencia de las flores. En su cabeza las juntaba para crear aromas únicos y armoniosos. Cada vez estaba más convencida de que le gustaría crear perfumes.

Cuando se lo contó a Micaela, ella prometió ayudarla en esa tarea. Hasta le enseñó un libro que estaba ilustrando, con las distintas plantas y sus propiedades terapéuticas. Ella también podría hacer el suyo, le dijo, pero con flores aromáticas, para crear su propio vademécum de fragancias.

Estaba deseando empezar a dibujar y pintar las flores en el libro en blanco que le había comprado su padre. Debería esperar a la primavera, ya que en esa fecha apenas había flores que dibujar.

Mientras tanto, aprendería a distinguirlas, el momento adecuado para recolectarlas o destilarlas. Luego llegaría el turno de experimentar con los distintos aromas...

«Cuánto tengo que aprender», pensó, ilusionada.

Su hermano atendía a alguien en la tienda. En los últimos días había estado muy extraño. Distráido y silencioso. Con la mente en otra parte.

Primero pensó que había vuelto a beber, pero por suerte esa no era la razón de su extraño talante. Después de observarle durante esa semana, estaba segura de que su hermano estaba enamorado de Micaela. En varias ocasiones lo había pillado mirándola, cuando pensaba que nadie le prestaba atención.

Sí, también era verdad que siempre la había mirado, la diferencia estaba en que antes lo hacía por debajo de sus cejas, como si quisiera fulminarla, y ahora su mirada era más suave.

«Sí, definitivamente, está enamorado», concluyó con satisfacción.

Ella conocía bien lo que era estar enamorada. Del mismo modo que sabía lo que era no ser correspondida. Era una suerte que hubiera heredado la terquedad de su padre y de su madre, no pararía hasta conseguir que el objeto de su amor le correspondiera.

Dejó en el suelo a Nigra, que se estiró antes de recorrer el cuarto, buscando un lugar donde volver a tumbarse. Micaela salió a la tienda, cargada con un montón de haces de romero seco para colgar de las vigas. La planta perfumó la estancia con su aroma picante.

Recorrió el lugar con la mirada. En uno de los estantes descansaba el libro de la curandera. Sus tapas de cuero teñido de azul lo hacían bien visible. Clara se sentó con él para repasar las ilustraciones.

Ocupando la página entera, la herbolaria había pintado con acuarela cada planta en todo su esplendor. El más mínimo detalle estaba allí representado, incluso la forma de las raíces. Era evidente que Micaela dibujaba y pintaba extraordinariamente.

Bajo la ilustración, el nombre en latín y los distintos nombres comunes por los que se conocía esa planta. A un lado, sus características, medidas, época de floración, de recolección y dónde se podría encontrar. Y, por último, sus cualidades medicinales.

Era un trabajo arduo, que Micaela había empezado a sugerencia de don Pablo. Aún le faltaba mucho para terminarlo. El suyo sería más sencillo, pues solo incluiría plantas y flores con propiedades aromáticas para la perfumería.

Una voz conocida se coló por la cortina hasta la trastienda. Clara sintió que su corazón se saltaba un latido para continuar, más tarde, con un ritmo creciente.

«¡Marcos!».

Estaba en la tienda, hablando con Yago y con Micaela. Sin pérdida de tiempo, dejó el libro en la mesa y se pasó una mano por el pelo.



Desgraciadamente, el vestido que llevaba no era muy favorecedor. Tendría que convencer a su madre de que dejase de hacerle vestidos tan infantiles y cambiara su guardarropa por algo más adecuado a su edad. Era imposible que Marcos la mirase como a una mujer si vestía como una niña. Más decidida que nunca a cambiar esa situación, cruzó la cortina que separaba las dos estancias.

—Buen día, don Marcos —saludó, con el corazón retumbante. Convencida de que todos podían oírlo.

Él palideció un poco, pero de pronto recuperó el color. Fue tan rápido que Clara creyó haberlo imaginado y lo olvidó de inmediato.

—Buen día, señorita Clara —saludó él con una reverencia.

Bajo su capa llevaba una casaca y un calzón de color gris perla, medias blancas de seda y una camisa con volantes de encaje. El atuendo realzaba su atractivo. Ella comprendió que, si no hablaba, pronto empezaría a suspirar como una tonta.

—Qué extraño, vos por aquí... —inquirió.

—Bien... yo... necesitaba un poco de polvos dentífricos —afirmó el hombre, tras titubear un poco—. Acabo de descubrir que se me han acabado.

—Se hace evidente que necesitáis una esposa...

—Clara, deja de ser tan descarada. —La voz de su hermano cortó el resto de la frase.

«¡Ah! ¿Por qué mi hermano tiene que ser tan aguafiestas?», pensó con un mohín.

## Capítulo 28

Un rato más tarde, Marcos cabalgaba con Clara por la orilla de la playa en dirección a la casa-torre Izaguirre. En el bolsillo de su casaca, el innecesario paquete de polvos dentífricos, que le pesaba como una piedra, parecía estar mofándose de él.

Nada más entrar en el herbolario había sabido que la visita iba a ser infructuosa, Yago estaba allí. Y lo que era peor: Clara también. Había pensado sincerarse con su cuñado, pese a todo, cuando vio a la niña. Definitivamente, no podía decir nada delante de ella. No se le había ocurrido otra cosa que pedir polvos dentífricos para justificar su presencia. ¡Pobre idiota! Ahora tendría que volver en otro momento.

«¡Como si me sobraran!», pensó en silencio.

El tiempo jugaba en su contra.

—Estáis muy callado, don Marcos. —La voz de Clara le sacó de sus aciagos pensamientos—. Y si me permitís decíroslo, un poco pálido. No os estaréis poniendo enfermo, ¿verdad?

—Perdonad. Hoy me he levantado un tanto cansado —se justificó; luego la miró con una sonrisa.

Clara era una jovencita encantadora y presentía que, con los años, sería una mujer espectacular. En cuanto terminase de desarrollarse, tanto Diego como su hijo tendrían una legión de admiradores con los que lidiar. Lo cierto es que no les envidiaba esa situación.

Como su hermana Catalina había pasado la mayor parte de su vida en el convento, ni su padre ni él tuvieron que preocuparse mucho por los posibles pretendientes. En realidad, Yago fue el único.

—Tendréis que hablar con mi hermano, él sabrá qué os aqueja —aseguró ella. En sus hermosos ojos verdes se leía preocupación—. ¿Sabéis que está enamorado de Micaela? —comentó. Bajó la mirada mientras se acomodaba la falda sobre la montura.

—¿Qué os hace pensar tal cosa? —preguntó, desconcertado.

—Solo hay que ver cómo la mira —confirmó con los ojos risueños—. Pensaba que ya os habríais percatado...

Sin darse cuenta, tiró de las riendas de su caballo al tiempo que le taloneaba. El animal corcoveó, confundido por esas órdenes contradictorias. Marcos le dio unas palmaditas en el cuello para tranquilizarlo.

—¿Percatarme...? —inquirió, tratando de no evidenciar preocupación.

—Os he visto mirarlo y siempre estáis pendiente de sus palabras.

—Es mi cuñado. Además, durante mucho tiempo fue mi mejor amigo —apostilló con rotundidad—. Le considero una persona inteligente. Alguien a quien emular.

—Sí, me imaginaba que sería eso —apuntó con candidez—. Mi hermano es un hombre muy especial. Lo quiero mucho. Confieso que cuando regresó estaba muy preocupada por él. No se parecía en nada a mi hermano. Era un desconocido malhumorado y cínico. Menos mal que dejó de beber... No creo que quisierais emularlo en ese estado —apuntó entre risas.

—Supongo que no —aclaró más tranquilo.

Continuaron cabalgando en silencio. Un viento frío levantaba la arena de la playa y removía las pocas hojas que quedaban en los árboles. En lo alto del monte Igueldo, el fuego de la linterna señalizaba a los navíos su posición. Las bandadas de gaviotas regresaban a sus nidos en tierra, en medio de una algarabía de gritos estridentes.

La yegua torda de la muchacha agitó las crines con nerviosismo y giró las orejas para buscar el origen de la bulla. Clara la tranquilizó con unas palmaditas y un chasqueo de lengua. Luego se colocó mejor la capa para paliar el frío del viento.

—¿Me permitís preguntar por qué no os habéis casado?

La pregunta de la joven, tan directa, lo desconcertó y tardó un instante en contestar:

—Aún puedo esperar...

La muchacha miró al frente con ojos soñadores. Sí, definitivamente, su padre y su hermano se verían en serios aprietos para controlar a la cantidad de pretendientes que pronto empezarán a rondar por la casa-torre.

—¿Sabéis que en algunos pueblos las mujeres se casan a mi edad? Me lo ha dicho mi padre.

—Sí, lo sé. Aunque no creo que sea lo más adecuado —declaró con una sonrisa—. A vos os quedan algunos años para casaros. Aún sois casi una niña.

—¡No lo soy! —barbotó, enfadada. Los ojos le echaban chispas de indignación—. Si quisiera me podría casar ahora mismo.

—Perdonad el atrevimiento, pero dudo que vuestro padre lo consintiese —vaticinó, comprensivo.

—Sí, si es con el marido apropiado. Estoy segura de que, si fuerais vos, no pondría ninguna objeción —terminó ella, con la cara sonrojada. Y miró al horizonte con la cabeza baja.

—Simplemente, me despellejaría vivo y vuestro hermano me descuartizaría con lentitud —murmuró sin pensar. ¿La muchacha se creía enamorada de él? Si era así, debía quitarle ese interés de cuajo, de lo contrario la situación no les llevaría a nada bueno. Por otro lado, era necesario ser delicado para no abochornarla ni herirla con sus palabras. A esa edad se era muy vulnerable—. Mi querida señorita, estoy muy lejos de ser el pretendiente adecuado para vos...

—Yo sería una buena esposa... —lo interrumpió Clara con un susurro. La mirada fija en las orejas de su yegua. Se la veía azorada, pero eso no le impedía continuar con el tema. Por lo visto, era tan tozuda y valiente como su hermano.

—No lo pongo en duda. Envidio al hombre que se case con vos —manifestó con sinceridad.

La muchacha sonrió de oreja a oreja, como si eso fuera lo que necesitaba oír, y espoleó a la yegua.

—¡Echemos una carrera! El albéitar<sup>[6]</sup> le aseguró a mi padre que esta yegua era muy veloz. Comprobémoslo.

Marcos sacudió la cabeza; mucho temía que ella hubiera interpretado mal sus palabras, pero lo dejó estar por el momento. Sin pérdida de tiempo, hincó los talones. Su caballo emprendió el galope por la arena, en pos de la montura de la muchacha. Por unos momentos se olvidó de la enfermedad y de que, tarde o temprano, debería irse para que nadie descubriera su secreto. Arrebatado por la velocidad, cerró los ojos un instante. Al abrirlos descubrió que Clara ya le había sacado mucha ventaja y galopaba como si fuera a alzar el vuelo de un momento a otro; el negro cabello al viento y la capa revoloteando a su alrededor. Los cascos de la yegua levantaban arena con cada paso, espantando a las gaviotas posadas en la playa.

Volvió a espolear a su caballo, con intención de no dejarse ganar. El espíritu competitivo que creía perdido resurgió con fuerza, antes de darse cuenta ya trotaba a la par de la muchacha.

Al llegar a la casa-torre los dos reían como colegiales. Marcos constató con sorpresa que se sentía feliz.

La marcha de su hermana y de Marcos les había dejado solos en la tienda. Yago recordó que aún llevaba en las alforjas el libro de anatomía que trajera del siglo XXI. Ese podía ser un buen momento para enseñárselo a Micaela. ¿Desde cuándo la llamaba así? ¿Cuándo había dejado de ser «la bruja» o «la hechicera»?

Tal vez cuando descubrió que no era tan mala persona como había pensado nada más verla. Sacudió la cabeza para apartar esas ideas y centrarse en el libro que estaba tocando.

Lo cierto era que, desde que lo había sacado de su escondite, una semana atrás, no dejaba de pensar en lo mucho que enseñaría a la joven. Y quería ser él quien se lo mostrase.

Sacó el libro de las alforjas y, envuelto en la tela que lo cubría, lo colocó sobre la mesa de la trastienda.

—Doña Micaela, querría mostraros algo —comentó, mirando a la curandera que, al otro lado de la mesa, escribía en su libro de plantas, con muy buena letra, las propiedades del pino.

Ella apartó la pluma y se levantó con presteza para acercarse.

—Bueno... lo que os voy a enseñar no debéis contárselo a nadie. Es peligroso —anunció con las manos sobre el ejemplar, aún cubierto—. Se trata de un libro sobre anatomía que me regaló un buen amigo de mi madre cuando yo era niño. He pensado que os gustaría verlo...

—Señor, habéis picado mi curiosidad —declaró ella, con los ojos brillantes de expectación—. No os demoréis más, por favor y enseñádmelo.

Yago levantó el paño y miró a la joven para ver su reacción. Esta no se hizo esperar; abrió los ojos desmesuradamente, le miró, parpadeando, como si no creyese lo que estaba viendo. Luego volvió a fijar la vista en el tomo.

Si bien era cierto que existían libros ilustrados a color, aquel era demasiado inusual para pasarlo por alto. El ejemplar, de tamaño grande y pastas duras, tenía las cubiertas brillantes y a todo color. Ilustraban la portada un cráneo humano con los músculos faciales señalados en una mitad y, en la otra, las venas; un esqueleto; el detalle de unas vértebras y un hombre de espaldas con todos los músculos dibujados. En letras enormes: *Atlas visual del cuerpo humano*.

La joven inspiró por la impresión y se llevó la mano al pecho.

—¡Dios mío! ¿De dónde habéis sacado esto? ¿Quién ha podido hacer algo semejante? —barbotó sobrecogida, mirándolo con asombro—. Decís que os lo regaló un amigo de doña Marina, pero...

Sin contestarle, Yago abrió el volumen para que viera la primera hoja. Esperaba que ella no se resistiese a mirar el resto. Si algo había descubierto en esos días era el interés que tenía Micaela por seguir aprendiendo.

La curandera no le defraudó. Comenzaba a pasar las hojas, extasiada ante los dibujos. Cuando en la quinta hoja aparecieron los dibujos de dos estatuas griegas que representaban a un hombre y una mujer desnudos, la vio sonrojarse hasta la raíz del pelo y pasar a la siguiente con celeridad. Lo mismo hizo cuando llegó a las páginas de los órganos reproductores.

Durante un buen rato no dijeron nada. El crujido del papel era el único sonido que se oía en el cuarto. Eso y la respiración de la joven, cada vez más agitada.

—¡Virgen santa! Esto es... esto es increíble —musitó ella al pasar la última hoja, con la voz entrecortada y el rostro sonrojado—. Jamás había visto algo igual. Es... Madre del amor hermoso, no tengo palabras. —Una sonrisa maravillada le cruzó el rostro.

—Estaba seguro de que os gustaría verlo. Pensé que aprenderíais mucho con él —formuló, contento por habérselo mostrado.

—Por supuesto que sí. Me gustaría verlo con más detenimiento, leer todo lo que pone... Si vos me lo permitís, claro.

—No hay problema. Siempre y cuando lo mantengáis oculto para que nadie más lo vea. Comprenderéis que es un libro que puede levantar sospechas... y traer consecuencias a quien lo tenga.

—No os preocupéis, nadie lo sabrá —prometió muy seria—. Ahora, decidme dónde pudisteis conseguir este libro... tan extraño... tan...

Yago no había pensado contarle la verdad, decirle de dónde venía. Pero se encontró relatándole lo sucedido aquel verano de 1994.

—Mi madre recibió de su abuelo un medallón antiguo que acababa de encontrarse en las aguas del puerto —comenzó a narrar—. Entró en la iglesia de San Vicente y, al ver un extraño confesionario, se sintió tan intrigada que terminó sentándose en su interior. Sí, sigue allí, en el mismo sitio —le aclaró, por si ella lo estaba pensando—. Al leer la inscripción que había dentro, el mueble comenzó a moverse y mi madre, presa del pánico, perdió el conocimiento.

Continuó contándole que, al volver en sí, aturdida aún, no se dio cuenta de que había viajado en el tiempo y que ya no estaba en 1994, sino en 1700. En

aquel momento los hombres del capitán Diego Izaguirre estaban buscando al ladronzuelo que le acababa de robar el medallón a su capitán y se encontraron con Marina; puesto que iba vestida con pantalones y llevaba el pelo demasiado corto para ser mujer, la confundieron con un muchacho. Por una serie de circunstancias, acabó encerrada en la bodega del barco del capitán Izaguirre, con rumbo al Nuevo Mundo.

Pese a las desavenencias del principio, Marina y Diego terminaron enamorándose y hasta se casaron. Meses después regresaron a San Sebastián, pero los hombres del preboste apresaron a Diego; lo acusaban de piratería, tal como lo habían hecho con su padre tres años antes.

A pesar de la reticencia de Marina a abandonarlo, Diego la obligó a volver a su verdadera época. Solo varias semanas después descubrió que estaba embarazada.

—¿Qué le sucedió a vuestro padre? —preguntó Micaela, sin dejar entrever si le creía o no.

—Mi padre estuvo dos años en prisión y fue liberado por decreto de la reina María Gabriela de Saboya, con la misión de capitanear un navío para guerrear contra Austria, Inglaterra, Holanda y Dinamarca, a favor del rey Felipe V y contra el archiduque Carlos de Austria.

»En mil setecientos trece, la firma del Tratado de Utrecht libró a Diego de seguir combatiendo; entonces trató de buscar a Marina haciendo lo mismo que mi madre le había contado trece años atrás.

—¿También entró en ese confesionario?

—Sí. Según me explicó, necesitaba ver si ella estaba bien. Seguía enamorado de mi madre y no podía seguir viviendo sin saber si podrían estar juntos. —Al llegar a ese punto guardó silencio y la miró con intensidad—. Nunca he contado esto a nadie. Ni siquiera a mi... difunta esposa.

«A ella menos que a nadie», pensó.

Estaba sorprendido y a la vez no podía dejar de hablar de su pasado, de su vida en el San Sebastián del siglo XXI.

Micaela miró el libro como si en él estuvieran las respuestas a las miles de preguntas que se le estaban ocurriendo mientras escuchaba. Era tan fantástico que costaba creerlo. No podía ser. Nadie viajaba en el tiempo. Eso era imposible. ¿Por qué razón le contaba una mentira como esa? ¿Por qué no podía decirle la verdad, simplemente?

«¿Y si es la verdad?», se preguntó. «No».

—¿Por qué me contáis todas esas mentiras? ¿Creéis acaso que soy tan tonta como para creerlas? —preguntó, dolida.

Él la miró.

—Puedo aseguraros que todo lo que os he contado es cierto. Os lo juro por lo más sagrado —profirió con fiereza—. Sé que es difícil de creer... —Calló un momento al oír el bufido de desprecio—. Lo sé. Yo tampoco lo creí cuando escuché a mis padres. Para mí fue más fácil porque semanas después me encontraba en este siglo. No me quedó más remedio que creerlo.

La luz que entraba por la ventana ya no era suficiente para alumbrar la trastienda, pero no se atrevía a encender los candiles por miedo a... ¿a qué?

No lo sabía. Estaba tan confundida, tan anonadada por todo lo que le había contado el galeno, que temía hasta respirar.

Volvió a mirarlo. Él la estaba observando con detenimiento, como si quisiera leer en su mente. Sus ojos grises, velados por las pestañas, no dejaban entrever qué pensaba sobre ella. Su boca, cerrada en una línea fina, expresaba determinación. Parecía tan seguro de sí mismo y a la vez tan vulnerable que sintió el deseo imperioso de abrazarlo. De acariciar ese rostro tan fiero y tan triste al mismo tiempo.

No necesitaba mucho esfuerzo para recordar sus sensaciones cuando él la ayudó a desmontar. Aún se estremecía al revivirlo. Cómo hubiera querido entonces que la besara, sentir sus labios.

Bajó la mirada para ocultar el anhelo que sentía en ese instante.

—No decís nada... —murmuró Yago. Dos líneas paralelas se formaron en su frente—. ¿Habéis entendido todo lo que os he contado?

—Sigue siendo difícil de creer —admitió sinceramente—. Reconozco que siempre me ha sorprendido el comportamiento de doña Marina. No, no es por nada indecoroso, entendedme —se apresuró a aclarar—. Es que sus expresiones o su manera de actuar me parecían diferentes. Más como las de un hombre que como las de una dama. Después de escucharos lo comprendo mejor, pero eso no significa que pueda creerlo.

—Yo sentí lo mismo cuando descubrí quién era mi padre y de dónde venía —apuntó él, con una media sonrisa que tuvo el poder de aflojar las rodillas a Micaela—. Aun después de venir aquí me costaba aceptarlo, lo veía más como si estuviera en un parque temático o en una película.

—No os voy a preguntar qué es un parque temático o una pe... película, porque ya me siento suficientemente confusa —declaró ella, frotándose la frente.

—Os comprendo. Me complace ver que os lo habéis tomado muy bien, pese a ser algo tan difícil de aceptar. Sois una mujer inteligente, por eso os lo he revelado. Os suplico que no digáis nada a nadie y que guardéis el libro con



suma prudencia —solicitó don Yago, sin apartar los ojos de ella—. Sería peligroso para vos.

Micaela tragó saliva, perdida en los ojos grises del galeno. La luz ya no le permitía verle la cara con nitidez, pero el brillo de aquellos ojos era suficiente para hacer que su cuerpo quisiera derretirse como manteca al sol.

Don Yago tomó el pedernal para encender los candiles. La luz ambarina de la llama iluminó su rostro. Un mechón le caía por la frente. La necesidad de retirárselo fue tan grande que Micaela hubo de agarrarse con fuerza a la falda para no ceder a la tentación. No podía hacer eso, no estaría bien, por mucho que ella lo anhelase.

Con un suspiro trémulo, bajó la cabeza y cerró los ojos para sosegar los latidos erráticos de su corazón.

Lo vio volver a la primera página del libro.

—¿Veis estos números de aquí? —señaló con el dedo—. Mil novecientos noventa y cuatro. Ese es el año en el que se editó este libro. ¿Os convence ahora?

Micaela suspiró con fuerza.

—Quisiera poder creerlos, don Yago, pero por el momento no puedo —admitió en un murmullo.

—No importa. Con el tiempo os daréis cuenta de que todo lo que os he contado es la verdad. Si habláis con mi madre, ella os lo podrá corroborar.

La frustración era demasiado intensa como para poder ignorarla. Millán paseó la vista por la taberna atestada. El humo de las pipas flotaba suspendido cerca del techo. Un grupo de marineros cantaba a voz en grito, jaleado por algunos lugareños. Tomó un sorbo de cerveza y dejó la jarra en la mesa con un golpe seco. Su plan de seducción, tanto a Micaela como a Ofelia, había sido un completo fracaso. Estaba perdiendo un tiempo precioso. Cada día que pasaba se exponía a que lo encontrasen los acreedores. Les había dado esquinazo, pero solo era cuestión de tiempo que dieran con él.

Pese a que Ofelia había mantenido la boca cerrada, sin duda pensaba lo mismo que él. Podría serle muy útil con Micaela. Él esperaba conseguir su ayuda y seducirla para llevársela a la cama.

Llevaba poco menos de veinte días en esa ciudad, aún no había logrado que Micaela accediera a ser su esposa y sus facturas iban en aumento. Mientras ninguno de los comerciantes locales le exigiera el pago, no habría problema. En el momento en que uno solo de ellos lo hiciera, él se vería en el

compromiso de tener que decirle que no tenía dinero y los demás se lanzarían como buitres a la carroña. Por eso era imperioso convencer a Micaela.

Volvió a beber otro sorbo, cuidando de no acabar esa jarra demasiado pronto. No tenía ni un triste maravedí de más para malgastar en aquel lugar. Y regresar a la posada era impensable. No aguantaba estar en un sitio tan pequeño y austero, por eso paraba poco por allí. Por eso y porque ya habían expirado los quince días pagados por adelantado. Si lo veía el posadero, bien podría exigirle el pago del resto. Y él no podía desprenderse de una sola moneda más. Agobiado, se pasó la mano por la cara y cerró los ojos un instante.

—Te repito que lo vi con mis propios ojos. —A su espalda se oyó la voz de una mujer, carrasposa y un tanto achispada—. La resucitó, eso hizo. Sí, señor.

Millán se volvió un poco para distraerse con la conversación. Le vendría bien un rato de entretenimiento. La mujer, a todas luces una prostituta del puerto, estaba sentada en la mesa de al lado, junto a un marinero y a un lugareño. Llevaba el pelo parduzco tan enredado que parecía el nido de un pájaro enloquecido. Sus enormes pechos, aupados por un corpiño demasiado ceñido, tensaban la tela empercudida de la blusa, a tal punto que casi se transparentaban los oscuros pezones. El generoso escote exponía a la vista una amplia porción de piel salpicada de pecas.

—¿Y quién era esa mujer, si puede saberse? —preguntó el marinero. Le dio un sorbo a su jarra de cerveza y se limpió con el dorso de la mano el bigote de espuma que le había dejado.

—Una de las chicas de la señora —contestó la prostituta. Y le arrebató la jarra para dar un trago.

—¡Eh! Deja mi jarra en paz —protestó el marinero, quitándosela sin ceremonias—. Que quién la «resucitó».

—¡Ah! Era una partera —aseguró la mujer, sin dar mucha importancia a la falta de generosidad de su compañero de mesa. Miró, pero el otro hombre agarraba su jarra, como si conociera su tendencia a beberse la cerveza ajena—. La niña no respiraba y ella le sopló en la boca y... ya está. La mocosa empezó a berrear como si nada.

—Pues por menos que eso quemaron a las brujas en Logroño —atestiguó el marinero, en voz baja. Y se persignó con rapidez—. Se ve que no acabaron con todas...

—¡Quia! Eso no fue más que el miedo que les atacó a todos los aldeanos —conjeturó el otro hombre, hablando por primera vez—. Y en muchos casos,

por envidias y rencores que poco tenían que ver con el diablo ni con hechicerías.

—Cuando el río suena... —masculló el marinero. Chasqueó la lengua y sujetó la jarra para que la mujer no se la robase.

—Estoy seguro de que la mitad de las cosas que se dijeron no eran ciertas. —El hombre miró alrededor por si alguien les estaba escuchando y agachó la cabeza antes de hablar—: Me contaron un caso.

—¿De brujería? —preguntó la mujer, con los ojos abiertos como platos; el interés le hizo olvidar la jarra del marinero.

—No. Ella no era bruja. No era más que una mujer que sabía de hierbas y remedios para curar —comenzó el lugareño, en tono de conspiración—. Pero tenía uno de los mejores pastos del pueblo y un vecino lo ambicionaba.

—¿El pasto estaba embrujado?

—¡Quia, mujer! —exclamó el hombre, molesto por la interrupción—. Ese vecino la acusó ante el magistrado y lo convenció de que ella era una bruja y de que la había visto retozar con el mismísimo Satanás en ese prado. Después de eso, no fue difícil que terminase en las cárceles del Santo Oficio de Logroño y, meses más tarde, quemada en la hoguera. —Calló un momento para dar un trago a su cerveza—. El vecino que la había acusado solicitó el prado a la Santa Inquisición y se quedó con él, por un precio irrisorio. —Volvió a dar un sorbo a su cerveza—. Sé que no es el único caso. Hubo más. Yo no creo en brujas, pero sí en el Mal.

Millán escuchó con atención el relato del hombre. Nunca hubiera pensado en esas cosas. Por fortuna nunca le había tocado un caso de brujería cercano a él; aunque estaba enterado, como todo el mundo, del Auto de Fe de Logroño, el pasado siglo, no tenía la menor duda de que todas las personas que fueron ajusticiadas eran en realidad adoradores del diablo.

Vio a la mujer llevarse la jarra del marinero a la boca, pero parte de la cerveza se derramó por el escote y empapó la blusa. Los dos hombres que la acompañaban y hasta el propio Millán retuvieron el aliento, mientras una gota resbalaba por la piel y se perdía por debajo de la tela. La mujer, cuando los vio embelesados, soltó un cacareo y se limpió los labios con el dorso de la mano. En ese momento reparó en la mirada de Millán y le dedicó un guiño, al tiempo que se pasaba un dedo por la tela húmeda alrededor del pezón, que se irguió desafiante.

Millán, con la entrepierna endurecida por esa exhibición, blasfemó por dentro al recordar que no tenía dinero para pagarse los servicios que prometía esa cantonera.

Se bebió de un trago lo que quedaba de su cerveza y dejó la jarra con un golpe contundente. Al salir del local, la luna llena le iluminó el semblante. Iba tan irritado como un perro plagado de pulgas.

## Capítulo 29

Yago despertó al amanecer. Aún podía quedarse un rato más en la cama. Se puso boca arriba y colocó las manos bajo la nuca. Sus sueños se habían visto turbados por imágenes de la curandera. Lo más extraño de todo era que al despertar, lejos de sentir bochorno o molestia por su presencia, la sensación había sido placentera. Casi renegó porque se hubieran acabado.

Ahora, con las primeras luces del día, ya no le parecía tan agradable soñar con otra mujer que no fuera Catalina. Y menos aún, sueños húmedos. Ahogado por la culpa, se incorporó en la cama para poder respirar con normalidad. No tenía derecho a pensar en otra mujer. No después de lo que había sucedido con la primera.

Como la angustia no se pasaba al sentarse, se levantó de la cama; desnudo se acercó al lavamanos para asearse y dejar que el agua fría le arrancase los últimos vestigios del sueño.

Se vistió con rapidez. Antes de ir al herbolario quería cabalgar un rato por la playa. Necesitaba despejarse y aclarar la mente. Y, sobre todo, recordar el rostro de su querida esposa, que se le empezaba a desdibujar con cada día que pasaba. Eso no podía consentirlo. Catalina no lo merecía.

A grandes zancadas se dirigió a la cuadra, esperaba que Ébano estuviera tan ansioso como él mismo por salir a correr.

Por suerte, el caballo tenía tantas ganas o más de galopar por la arena. Jinete y animal cruzaron la playa de un extremo a otro, asustando a las gaviotas y lanzando arena con cada pisada. Con las riendas flojas, permitió que Ébano corriera sin trabas. El hermoso corcel no se hizo rogar y se lanzó al galope con brío.

Para consternación del jinete, pese a la velocidad de su montura, no logró que desaparecieran los recuerdos de la curandera. Con cerrar los ojos podía ver la curva grácil de su cuello cuando se acercó a mirar el libro; el pequeño

lunar que quedó al descubierto en la nuca al resbalar la trenza hacia un lado. Dios, cómo habría querido besarlo.

Deshacer esa trenza oscura como la noche y hundir la nariz en la masa fragante de su cabello. Saborear la dulzura de sus generosos labios. Abrazar ese cuerpo voluptuoso y tentador que ocultaba bajo sus prendas negras.

«¡Basta!», gritó en su cabeza. «No puedes pensar eso. No tienes derecho».

Con un gesto de apremio obligó a su montura a regresar. Por lo visto, la cabalgada no había servido para aplacar esos pensamientos sobre la joven.

Un jinete llegaba a la casa-torre en el mismo momento que él.

—Buen día, señor —le saludó Yago al desmontar—. ¿Puedo ayudaros en algo?

—Traigo una carta para la señorita Adela Echave —anunció el hombre.

—Podéis entregármela, yo se la haré llegar.

—Os lo agradezco, señor. —Le entregó una carta y se despidió con una inclinación de cabeza antes de partir al galope.

El mozo de cuadra llegó en ese momento para hacerse cargo de Ébano. Yago le entregó las riendas, entró en la casa y se dirigió a la cocina.

Ya desde antes de llegar se oían, perfectamente, las voces de Adela y de Tomás, que discutían amargamente. ¿Qué les pasaba a esos dos? Cada vez era peor. Lo había dejado pasar con la esperanza de que aclarasen sus diferencias, pero ya era hora de que hablase con ellos y les pusiera las cosas claras. No podía consentir que siguieran en ese plan.

«Por Dios, espero que mi madre encuentre pronto a un ama de llaves, de lo contrario, terminará volviéndose loca», pensó Yago.

—Eres un hombrecillo despreciable —vociferó Adela, con los brazos en jarras.

—Permíteme que te recuerde, amazona intransigente, que fuiste tú la que empezó con esto —soltó Tomás, tan tieso como el palo mayor de un barco.

—Silencio —bramó Yago al entrar—. ¿Qué está pasando aquí?

—Es él.

—Es ella.

—Estupendo, sois los dos —señaló con sarcasmo y se frotó la frente—. Ahora que ya lo sabemos, podemos empezar por el principio. Silencio —les ordenó, viendo que los dos intentaban hablar a la vez. Cruzó los brazos—. Adela, comienza, por favor.

La criada levantó la barbilla antes de hablar. Sus ojos claros echaban chispas al mirar de reojo al ayuda de cámara.

—Desde el primer momento me ha tratado como si fuera poco menos que insignificante.

—No será por el tamaño —murmuró Tomás.

Aquella conversación no iba a ser tan fácil como esperaba.

—Basta. Tú no hablarás hasta que te lo indique —alegó Yago, empezando a impacientarse con los dos. No estaba de humor para aguantar tonterías—. Continúa, Adela.

—Me grita; y hoy se ha atrevido a tiznarme la suela de la plancha con ceniza y he manchado la sábana —se quejó Adela, los brazos cruzados sobre el pecho.

Yago movió la cabeza en dirección a su ayuda de cámara.

—¿Has hecho eso? —inquirió, con los ojos clavados en el criado.

—No me ha quedado más remedio, señor. Tenía que pagarle con su misma medicina, porque ella se ha dedicado a hacerme la vida imposible desde que llegamos —aseguró, con el cuerpo tan envarado como el palo mayor de un bergantín.

—Luego, admites que has tizado la plancha.

—Sí, señor, pero os repito que tenía una buena razón —opinó Tomás. Su nariz apuntaba al techo—. Desde hace una semana, sin ir más lejos, a la hora de repartir la comida, ella me da las tajadas más pequeñas...

—Un hombrecillo tan pequeño no necesita comer tanto —cortó Adela con los ojos entrecerrados.

—Desde luego, ¡no tanto como una amazona irritante! —soltó Tomás, furioso.

—¡Basta ya! Maldita sea, parecéis dos niños peleándose por un juguete —masculló Yago. Se llevó las manos a la cadera. El crujido del papel le recordó la carta—. Ha llegado esta carta para ti, Adela. —Se la entregó, algo más calmado.

La sirvienta, en seguida, leyó el remitente.

—Es de mi padre. Mi hermana pequeña está preparando su boda —reveló. Yago la vio sonreír por primera vez desde que había entrado.

—Te dejaremos leerla tranquila. Acompáñame, Tomás. ¡Tomás! —repitió el nombre al ver que su ayuda de cámara miraba embelesado a la criada.

El hombrecillo se puso en marcha con renuencia. ¿Sería posible que el estirado y pomposo andaluz estuviera interesado en Adela? ¿Y ella? ¿Podría ser ese el motivo de tantos enfrentamientos?

No habían llegado a la puerta cuando el gemido de Adela los hizo detenerse. Al mirarla descubrieron que estaba arrodillada en el suelo y

llorando a lágrima viva.

—¿Qué sucede, Adela? —preguntó Yago, conmovido por el llanto de la mujer.

En dos zancadas se acercó a la mujer y se agachó, con una rodilla en el piso.

—Es... mi hermana... Ha... muerto... —barbotó ella, meciéndose entre gemidos.

—Levántate, estarás más cómoda sentada en una silla —sugirió el galeno. La ayudó a incorporarse, a la vez que lo hacía él, y le dio su propio pañuelo para que se secase las lágrimas—. ¿Cómo ha sido?

—Un... un barco... señor... —Se sentó en una de las sillas de la cocina como una muñeca de trapo.

—¿Un barco? —preguntó Tomás. Pero calló al ver la mirada que le dirigía Yago.

—¿Qué ha pasado? —indagó el joven, con suavidad.

—Un barco... arrolló su... su batel —balbuceó entre llantos.

—¿Tu hermana era batelera? —Yago no recordaba que lo fuera.

—Sí. Yo... soy la única... que no ha seguido... con la tradición —gimió con el pañuelo apretado contra la cara—. Ay, Dios querido.

—Lo siento mucho, Adela —articuló, sincero—. Querrás ir al velatorio... Sube a cambiarte. Le diré al mozo de cuerdas que prepare el coche. ¿Dónde vivía tu hermana?

—Os... lo agradezco... mucho, señor. —Sorbió por la nariz—. Vivía... en Pasajes de San Juan. Con mis padres. ¡Dios mío! Estarán desolados...

—No está muy lejos. Un par de leguas y luego cruzar el puerto con las bateleras. Irás en el carruaje —organizó Yago en voz alta—. Avisaré a mis padres de lo ocurrido.

—Siento mucho la pérdida, mujer —murmuró Tomás, cabizbajo, con un tono completamente alejado de su habitual seguridad—. Sé que no me he portado muy bien contigo y te pido perdón. Si me lo permites, me gustaría acompañarte hasta la casa de tus padres.

La sirvienta levantó la mirada, clavó sus llorosos ojos en la cara compungida del criado y parpadeó, obviamente asombrada por esas palabras.

—No sé qué decir...

—Di que sí y permíteme que te acompañe —sugirió Tomás, más seguro de sí.

—Es una buena idea, Adela —aclaró Yago. Sonrió a Tomás, contento de que algo bueno pudiera haber salido de la tragedia—. No es conveniente que



vayas sola.

—Está bien, si es tu deseo... puedes venir conmigo.

Micaela, sentada en la trastienda, revisaba el extraño libro que le había dejado don Yago. No podía evitar sentirse fascinada por la suavidad del papel o por la perfección de sus ilustraciones, en las que no se apreciaban pinceladas de ningún tipo. ¿Cómo lo habían conseguido? ¿Cómo habían hecho para que cada hoja permaneciera tan lisa como si no hubieran escrito ni dibujado nada en ella?

Las cubiertas brillaban igual que si las hubieran rociado de cera, aunque estaban secas. ¿Qué tipo de papel era ese?

Si bien había visto un par de grabados a color, no podían compararse con las ilustraciones del libro. Ni la técnica ni el estilo eran iguales. Ni los colores tan intensos. Por no hablar de las marcas que quedaban en el papel después de pasar por la prensa, que en ese ejemplar no se veían por ningún lado.

Luego estaban los mismos dibujos. Ella no tenía muchos conocimientos de anatomía, pero sospechaba que eran demasiado certeros.

Don Yago le había dicho que era un regalo que le hicieron de niño, pero ¿quién regala un libro de esas características a un niño? Definitivamente, eso no era normal. Hasta ella se abochornaba con las ilustraciones de los *órganos reproductores*, como ponía en grandes letras a la cabecera de la página.

«Virgen María, son tan... tan explícitas», pensó, sonrojada.

Cuanto más miraba el ejemplar, más fascinada se sentía y más interrogantes le venían a la cabeza. Estaba deseando que don Yago fuese a la tienda para poder asaelearle a preguntas. Tanto sobre el libro como sobre esa supuesta vida en ese otro siglo.

No solo por eso, también quería verlo. Se había acostumbrado tanto a tenerlo por allí que, pese a sus silencios, lo echaba de menos. La tienda le parecía muy solitaria sin su presencia. Demasiado vacía.

Tendría que dejar de pensar en él. No era bueno. No era seguro que Yago quisiera quedarse en la ciudad. Y cuando él se fuera...

«No voy a preocuparme ahora por eso», pensó con terquedad. Y siguió mirando el volumen.

Un rato más tarde, al oír la campanilla de la puerta, cerró el tratado y miró alrededor, en busca de un lugar donde esconderlo. Antes de que hubiera logrado dar con un lugar adecuado, don Yago entró en la trastienda con el sombrero de la mano, peinándose el oscuro cabello con los dedos.

—Buen día, doña Micaela —saludó al entrar. Al verla con el libro en los brazos su boca se torció en un amago de sonrisa. Colgó el tricornio del perchero y comenzó a desatarse la capa—. Veo que lo habéis encontrado interesante.

Ella, con la mirada fija en el ejemplar que abrazaba con determinación, rio por lo bajo.

—Buen día, don Yago. Sí, cuanto más lo miro, más me gusta —admitió ella; y pensó que eso mismo podría aplicarse a lo que él le hacía sentir.

El sonrojo la pilló por sorpresa y no tuvo tiempo de agachar la cabeza para que él no lo viera.

—Os han impresionado las ilustraciones. —No era una pregunta—. Debo admitir que no son las usuales para la época.

Micaela casi suspiró al comprender que Yago había malinterpretado su sonrojo. Mejor, lo último que quería es que se diera cuenta de lo que sentía por él. Ya era bastante bochornoso sentirse atraída por un hombre que la despreciaba y la tomaba por una bruja, como para que además sus sentimientos fueran de dominio público. No, él no debía saberlo por nada del mundo.

—Sí, las encuentro un tanto... explícitas —criticó para mantener la farsa—. Me cuesta creer que esto se pudiera regalar a un niño...

—Este es un libro infantil. Por eso tiene tantas ilustraciones —aclaró Yago. Colgó la capa al lado de su sombrero y se estiró la casaca. Era indudable que había ganado peso y sus ropas negras le sentaban cada vez mejor—. No es un libro científico, pese a que tenga tantos detalles. Sirve para iniciar a los niños en los entresijos de la anatomía. A mí me encantaba mirarlo. Por eso no pude resistirme a traerlo conmigo —confesó. Y su mirada gris se volvió soñadora.

Por un momento, Micaela pudo ver al niño que había sido y a duras penas se contuvo para no acercarse a acariciar esa mandíbula firme, esos labios que sonreían tan poco. La situación iba de mal en peor. Se estaba comportando como una tonta enamorada.

La culpa la tenía don Yago, por ser tan imprevisible. Con él nunca sabía a qué atenerse. Los primeros días era más sencillo, sabía que él la odiaba y no se molestaba en ocultarlo. Después su trato se hizo más amable, más agradable. Incluso llegó a pensar que pudiera sentirse atraído por ella. ¡Qué ilusa era!

«Estuvo a punto de besarme», se recordó para justificar sus pensamientos. «Imaginaciones tuyas, sin duda».

Más tarde su comportamiento había vuelto a cambiar, se mantenía algo distante. De hecho, no venía solo, su hermana Clara lo acompañaba. Y eso le recordó...

—¿Hoy no ha venido vuestra hermana? —inquirió, secretamente agradecida.

No es que Clara fuera desagradable, todo lo contrario, era una jovencita de lo más simpática. Pero ella prefería que su hermano viniera solo.

«Lo que deseas, en realidad, es la oportunidad de que te bese», se reprochó a sí misma.

—No —dijo Yago. Por un vergonzoso instante, ella pensó que se refería al beso—. No le he dicho nada porque prefería venir solo. —Micaela sintió que se extendía una sensación placentera por todo el cuerpo y se contuvo para no sonreír de oreja a oreja como una tonta—. Ella no sabe nada sobre este libro y no quiero que lo sepa.

La burbuja de felicidad le explotó en la cara.

Definitivamente, era una ilusa por pensar que él pudiera estar interesado en ella.

«Sigue enamorado de su esposa. ¿Qué te creías?», se recordó con dolor. «A juzgar por la belleza de don Marcos, su hermana debió de ser una mujer de gran hermosura».

Lo mejor sería dejar de soñar con imposibles y ceñirse a la realidad.

—¿Fuisteis a visitar a la señora Juana, como dijisteis ayer? —le preguntó para no seguir pensando insensateces.

—Sí. He ido esta mañana. Su esposo no me ha permitido verla, pero me ha asegurado que se está aplicando el unguento y que está mejor —murmuró. Varias arrugas le surcaron la frente. Ella habría querido alisárselas con los dedos—. Es un hombre demasiado desagradable y no he querido enfrentarme a él para verla. Espero que sea cierto y que esté mejorando.

—Dios os oiga, don Yago —apuntó Micaela, esperanzada—. Y ahora, volviendo al libro...

El sol se empezaba a ocultar por el monte Igueldo, pero aún quedaban unos minutos de luz. Con la camisa desabrochada hasta la cintura, Yago volvió a colocarse en guardia frente a su cuñado. Las espadas lanzaban destellos con los últimos rayos de sol y el sonido de los aceros al entrechocar reverberaba en el patio silencioso.

Estaba sudando por el esfuerzo, pero se sentía exultante por el progreso. Llevaba una semana practicando con Marcos y, aunque los primeros días se había mostrado muy torpe y anquilosado, después la mejoría había sido impresionante. Desde luego andaba lejos de estar en plena forma, pero con el tiempo lo conseguiría.

El ejercicio le estaba sentando bien, pese a que no conseguía cumplir con los objetivos que se había propuesto. Si bien el de volver a conseguir destreza con la espada iba camino de lograrlo, apartar de su mente a la curandera no era tan fácil. A decir verdad, era más complicado de lo que hubiera pensado en un primer momento.

Había pasado toda la mañana con ella en la tienda. Como no hubo muchos pacientes que atender y tampoco clientes que quisieran comprar preparados herbales, tuvieron mucho tiempo para hablar del libro y de la vida de Yago en el otro siglo. Micaela tenía un montón de preguntas para hacerle y, con cada respuesta, su mente ágil y despierta encontraba algunas más. Lo cierto era que le había gustado contestar a todas ellas, compartir los recuerdos de sus vivencias o sus experiencias, tanto en el siglo XXI como en la escuela de medicina. La joven tenía una subyugante sed de conocimientos y pronto se vio perdido en su hechizo. Era posible que ya hubiera empezado a creerle.

El arañazo le devolvió a la realidad. Se miró el brazo. La punta de la espada le había desgarrado la camisa y arañado la piel. Unas diminutas gotas de sangre, como perlas rojas, quedaron prendidas de la herida.

—¡Pardiez, Yago! Deja de soñar o te ensartaré con la espada —gruñó Marcos, bajando el arma—. ¿Estás aquí o flotando en una nube?

—Perdona, Marcos, me he distraído un poco —se disculpó. Apretó la mandíbula, molesto. Tenía que dejar de pensar en ella.

«Es más fácil decirlo que hacerlo».

—Pues a ver si espabilas antes de que termine hiriéndote —se quejó su cuñado. Luego comenzó a acosarle con una andanada de mandobles—. No es de buen gusto herir al hijo de tus anfitriones.

—Tu advertencia llega demasiado tarde —soltó Yago—. Ya lo has hecho.

—No hablaba de un simple rasguño, sino de algo más serio.

Yago se pasó la manga de la camisa por la frente para absorber el sudor y reparó en que Marcos seguía con la casaca y el chaleco puesto. Por la humedad de su cabello sabía que estaba tan sudoroso como él mismo.

—¿No tienes calor? —preguntó, parando todas las estocadas—. ¿O acaso temes que te hiera si no tienes suficientes prendas encima? —se mofó.

El semblante de Marcos se ensombreció, pero fue tan efímero que Yago pensó que lo había imaginado.

—Para herirme aún tienes que practicar mucho más. Siento decirte, querido cuñado, que estás más verde que un niño de pecho —le zahirió con una sonrisa socarrona—. No sabes cuánto me halaga que sea yo, por una vez, el que tenga más destreza. Siempre me fue muy difícil vencerte.

—Pues ya te puedes aprovechar —masculló, redoblando su esfuerzo pese a lo mucho que le dolía todo el cuerpo—. Te prometo que no durará mucho.

—Palabras, palabras —se rio Marcos. Y evitó el ataque de Yago con maestría.

Un rato más tarde, cuando el sol ya se había ocultado del todo y la visibilidad en el patio era prácticamente nula, los dos combatientes dieron por finalizada la lucha.

Yago, agotado, se acercó al pilón donde abrevaban los caballos, se quitó la camisa empapada de sudor y metió la cabeza en el agua fresca. El alivio instantáneo le arrancó un suspiro de placer. Se incorporó, sacudiendo la cabeza para retirar el exceso de agua de su pelo. Luego se dio cuenta de que Marcos lo miraba fijamente. Estaba tan oscuro que no pudo interpretar lo que estaba pensando. Solo el brillo de sus ojos a la luz de la luna llena le indicaba que seguía con la vista clavada en él.

—¿No tienes ganas de quitarte la ropa? —le preguntó Yago, mientras se pasaba la camisa por el pecho y los hombros, mojados por las gotas que le escurrían del cabello. Al ver que él no le contestaba, continuó hablando—: Demonios, no sé cómo aguantas con todas esas prendas encima. —Le palmeó el hombro—. Vamos dentro a lavarnos antes de que terminemos con una pulmonía.

Marcos retiró la mano de su hombro, como si le hubiera quemado, y se apartó unos pasos. Yago parpadeó, asombrado por ese gesto, pero no dijo nada. Aunque se moría de ganas de saber qué estaba pensando, a qué se debía ese cambio tan brusco de actitud o por qué había rechazado la muestra de cariño, prefirió no preguntar y esperar a que su cuñado quisiera decírselo por propia iniciativa.

—Nos vemos en la cena —murmuró Yago.

Se lo preguntaría en otro momento, presentía que ahora no le iba a aclarar nada. Con una última mirada a su cuñado, entró en la casa.

A través de las ventanas de la casa-torre, la luz de las velas se derramaba al exterior y rompía la oscuridad de la noche. Tomás se preparó para bajar del carruaje. Había pasado todo el día acompañando a Adela y a su familia. Los pobres estaban tan desolados que no eran capaces de hacer ni la más sencilla de las tareas. Y él se sintió mucho mejor al poder ser útil de algún modo.

Lo había sentido enormemente por ellos.

Recordó a las mujeres, congregadas en la pequeña casa de pescadores, que lloraban apenadas por la muerte de la joven. Ese tipo de accidentes no era muy común, pues las bateleras eran muy diestras en el manejo de los bateles, pero de vez en cuando sucedían. Y cuando la fallecida era una joven que preparaba su ajuar para la boda...

El novio estaba allí. De pie junto a la puerta. Con los ojos bajos, fijos en la boina que retorció entre las manos. La cara colorada de aguantar el llanto. Tomás se acercó a él para darle el pésame. El joven se limitó a alzar la mirada por un escaso instante. Sus ojos enrojecidos, de un azul tan limpio como un día de verano en su Cádiz natal, lo miraron sin decir nada antes de bajar la vista de nuevo a la boina. En ningún momento lo vio mirar a su difunta novia, que descansaba en la cama como si durmiera.

Las mujeres la habían aseado y vestido con el traje que iba a llevar en su boda, que ya nunca se realizaría. Solo se le veía parte del rostro, el resto estaba vendado para ocultar las heridas que le había hecho el roce de los moluscos incrustados en el casco del barco.

Adela lloraba, abrazada a sus padres y a su otra hermana.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que necesitaba consolarla. De que no hacerlo le producía dolor. Solo pudo murmurarle unas palabras de consuelo, pues el resto de los habitantes del pueblo en seguida empezaron a hacer cola para expresar sus condolencias a la familia.

A última hora se había acercado para despedirse. Era hora de regresar a la casa-torre. Adela se limitó a cabecear con la mirada perdida y el rostro abotargado de tanto llorar. Y él... ¡Santo Dios!, solo había pensado en besarla. En sentir esos labios rojos por el llanto junto a los suyos. Se avergonzaba por haberlo pensado siquiera, pero era la verdad. En aquellos momentos era lo que le había pasado por la cabeza. Sorber las lágrimas que anegaban sus ojos y verla sonreír. Abrazarla y consolarla hasta que se le pasara toda esa pena.

Gimió por dentro y se preguntó, por enésima vez desde que la había dejado en Pasajes de San Juan, qué habría hecho el señor Bennett en semejantes circunstancias.

Desde luego, el viejo mayordomo le habría aconsejado que se mantuviera alejado de las mujeres. Tomás había seguido ese consejo al pie de la letra durante sus cuarenta y ocho años de vida.

Como no hallara otra respuesta, mientras se despedía del cochero y entraba en la casa-torre, llegó a la conclusión de que el muy estimado y sabio señor Bennett no habría sabido qué hacer.

## Capítulo 30

Adela entró en la casa-torre arrastrando los pies. Se sentía extraña, como fuera de su cuerpo. Le costaba entender que su hermana ya no estaba y que nunca más la vería. Que ya no podría celebrar su boda, ese enlace que tanta ilusión le hiciera y para el que había trabajado sin descanso. Se preguntó si no habría sido la falta de sueño la que impidió que reaccionase ante el abordaje del barco.

De nada servía conjeturar sobre las razones de esa muerte. Su hermana se había ido y eso era irreversible.

—Bienvenida, Adela —saludó doña Marina. Y antes de que pudiera hacer nada, la abrazó. Eso era algo que siempre le había sorprendido de la señora, trataba a todos por igual, como si para ella no existieran las jerarquías—. ¿Qué tal estás? —preguntó al separarse. Sus ojos, verdes como el agua de mar, expresaban comprensión y tristeza.

Adela no pudo contestar porque los suyos se anegaron de lágrimas y el llanto le cerró la garganta.

—No te preocupes, Adela. Imagino cómo te sientes. Tendrás que dejar que pase el tiempo para que lo aceptes —precisó la señora—. Si necesitas estar más días en tu casa, lo comprenderé...

—No importa, doña Marina. Tengo que continuar... con mi vida... —balbuceó.

—Me parece bien, pero si crees que necesitas más tiempo... no dudes en decirlo. Sabes que en esta casa te tenemos mucho aprecio.

—Lo sé, señora.

—¡Ah! No sabía que ya habías llegado —dijo Tomás, que salía de la cocina—. ¿Cómo estás? Perdón, doña Marina —se disculpó al ver a la dueña de la casa.

Doña Marina se despidió de los dos y los dejó frente a frente en el pasillo.



Adela no sabía dónde mirar. No se habían visto desde el entierro, cuatro días atrás, pero no había dejado de pensar en él.

Era algo pecaminoso y que la abochornaba sobremanera. Su hermana enfriándose en la sepultura y ella pensando en el ayuda de cámara de don Yago. ¿Cómo podía pasar eso? ¿En qué momento había dejado de verlo como un hombrecillo pomposo?

Era evidente que ya no lo veía así. No podía olvidar su comportamiento en el velatorio. Tomás no conocía a nadie, pero se había dedicado a atender a todo el que iba llegando a la casa de sus padres. No se había alejado mucho de donde ella estaba. Hasta parecía adivinar sus necesidades antes que ella misma. Le había dado tisanas y pañuelos o, simplemente, la había consolado con su sola presencia. Hasta sus padres parecieron delegar en él todo el trabajo de atender a los que llegaban para dar el pésame. Aunque sabía que algunas personas habían estado conjeturando sobre quién era y qué relación le unía con la familia, nadie había preguntado nada.

—Muchas gracias por todo lo que hiciste... —habló al fin.

—No es nada. Lo hice encantado... —Tomás emitió un ruido extraño, como si se estuviera ahogando—. Lo siento mucho. No quise decir que estuviera encantado con lo sucedido... no es eso...

—Lo sé —declaró Adela, apiadándose del mal rato que estaba pasando el ayuda de cámara—. Mis padres me han encargado decirte lo muy agradecidos que están.

Si no lo hubiera visto con sus propios ojos, jamás habría creído posible que el andaluz pudiera ruborizarse. Casi esbozó una sonrisa por lo extraño.

Tomás murmuró entre dientes algo que a ella le sonó como: «El señor Bennett jamás me preparó para algo así». ¿Quién sería ese señor?

Nada más entrar en la trastienda, decidió que iba a preparar láudano. Apenas le quedaba y un día por otro seguía sin elaborar más. Se ató el delantal a la espalda antes de buscar todos los ingredientes necesarios.

Comenzó cortando el opio de Esmirna en pedazos muy pequeños, para luego disolverlos en agua caliente. No tenía mucho, esperaba que le alcanzase hasta que volviera por allí el buhonero. Le añadió miel y levadura de cerveza. Encendió un cabo de vela y lo colocó bajo el matraz para que la mezcla fermentase con el calor. Se estaba limpiando las manos cuando oyó que la puerta de la tienda se abría con estrépito. Sobresaltada, salió a ver quién era.

—¡Señora, tenéis que ayudar a mi esposa! —gritó el hombre en cuanto la vio. Bajo el sombrero, el pelo le caía a ambos lados de la cara como una cortina, le hacía falta un buen afeitado. Sus ropas estaban muy sucias, aunque parecían de buena calidad. Pese a ser un hombre de baja estatura, era muy corpulento.

—Por supuesto, ¿dónde está? —preguntó ella, mientras el sujeto regresaba a la calle.

En la parte trasera de un carro había una mujer tapada con una manta vieja. Cuando el hombre la destapó, Micaela ahogó un grito, era la señora Juana. Tenía el rostro abotargado por la fiebre y estaba muy delgada. La piel se le pegaba al cráneo como si entre ella y el hueso no existiese nada más. El cabello, enredado y sucio, se le adhería a la cara.

—¡Dios mío! —masculló Micaela, sin poderlo evitar—. ¿Cómo no la habéis traído antes?

El hombre, sin decir palabra, la cargó en los brazos y esperó a que Micaela sostuviera abierta la puerta de la tienda para pasar al interior. Una vez dentro la sentó en uno de los escaños sin muchos miramientos. La joven enferma se recostó contra el respaldo y cerró los ojos; tiritaba de forma incontrolable. Una tos seca y espasmódica la sacudió por entero. Podría ser gripe, pensó Micaela.

—Tengo que ver qué os pasa —le dijo al retirar la manta, ante la pasividad de la joven—. Es evidente que tenéis mucha calentura, pero debo averiguar dónde está el mal que la produce.

El hedor que desprendía la señora Juana era una mezcla de podredumbre, sudor, heces y orina. Era evidente que su esposo no se había tomado la molestia de asearla y la pobre mujer, demasiado enferma, no había podido lavarse por sí sola.

Micaela, con los dientes apretados, tomó la mano herida para levantar la manga del sucio camisón. Tal como ella suponía, la quemadura se había emponzoñado. Una capa verdusca cubría toda la superficie de la herida y desde los bordes se extendían unas ramificaciones rojizas. Los dedos ya habían empezado a ponerse negros.

—¡Virgen santísima! ¿Desde cuándo está así? —formuló entre dientes—. ¿Cómo habéis podido consentir esto?

El hombre, lejos de amilanarse, se agarró la cinturilla y levantó sus calzas, inspirando con fuerza.

—Yo no he hecho nada, señora.

No podía creer lo que estaba oyendo. Trató de mantener a raya la rabia, el dolor, la angustia. No creía ser capaz de salvar a esa joven.

—¿Que no habéis hecho nada?! —gritó, enfurecida por la impotencia.

—A mí no me gritéis, maldita —barbotó el hombre. Y levantó la mano.

Las voces se oían desde la calle. Yago miró a través del vidrio del escaparate. La curandera estaba frente al marido de la señora Juana, que en ese momento levantaba la mano con intenciones evidentes. Sin esperar un segundo más, entró en la tienda.

El hombre, sorprendido, bajó la mano al punto, pero en su mirada se podía leer lo mucho que le había molestado no desahogarse con la herbolaria. Micaela, por su parte, respiraba con agitación y sus ojos casi desprendían chispas de odio. Pese a que Yago creyó ver que su mirada se suavizaba un poco al verlo entrar, trató de no pensar en ello, debía centrarse en entender lo que estaba ocurriendo. Se quitó el sombrero, aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir. ¿Cómo se atrevía ese hombre a levantarle la mano a Micaela?

—Buen día. ¿Tendríais la amabilidad de explicarme qué sucede aquí? —preguntó. Las manos sujetaban el tricornio con tanta fuerza que temió destrozarlo. Lo dejó sobre el mostrador.

—Podéis verlo vos mismo, don Yago. —Micaela señaló a la mujer, arrebujaada en una manta, de la que hasta ese momento no se había percatado—. Es lo más inhumano que he visto en mi vida. Sin duda trata mejor a sus animales que a su propia esposa —murmuró, repentinamente desolada.

Yago no quiso contradecirla, había sido testigo de que no era así, sus animales sufrían los mismos malos tratos. A grandes pasos se acercó a la enferma. Antes de agacharse junto a ella le llegó el hedor. Se tragó los improperios para no molestar a la pobre joven, pero cuando vio la quemadura y los visibles signos de gangrena su mal genio estuvo a punto de explotar como un polvorín. A duras penas consiguió controlarse lo suficiente como para no destrozar a aquel animal que se creía hombre.

Cerró los ojos un momento. Lo primero era aliviar a la enferma, la quemadura no tenía solución. Era demasiado tarde para hacer nada. Miró a la joven, que le devolvió la mirada con los ojos vidriosos, tan faltos de vida que más parecían los de un muerto. Ella tosió varias veces.

Yago se levantó despacio, controlando sus movimientos. Notaba el palpar de las venas en la frente y la mandíbula le dolía de tanto apretarla.

Una vez de pie, se giró con lentitud para mirar al esposo.

—¿Qué, podéis curarla? —preguntó el hombre, desapasionado, como si en vez de estar hablando de una persona, de su esposa, se refiriera a un objeto inanimado.

Yago aspiró para calmarse y apretó los puños, luego clavó su mirada en aquel ser repugnante.

—¿Para qué? ¿Por qué queréis que la cure? ¿Para volver a maltratarla hasta que muera? —inquirió entre dientes.

—No sé de qué me acusáis. Ella es muy torpe. Mi deber es enseñar...

—¿Vuestro deber? —lo interrumpió, al límite de su paciencia—. Oídmeme bien, pequeño gusano, vuestro deber es cuidar de ella. No es un animal de carga. Fui a visitarla varias veces y no dejasteis que la atendiera, aunque os avisé de que era una quemadura muy mala y podía emponzoñarse. Casi ha pasado un mes desde que se la hizo. Lo que más temía ha sucedido y ahora... —bajó la voz hasta casi un susurro—, ahora tendré que amputarle el brazo para salvarla.

Micaela aspiró bruscamente por la impresión y se llevó la mano a la boca. La paciente, sin embargo, se limitó a toser sin fuerzas.

—¡No! No voy a permitir que le cortéis el brazo —barbotó el hombre, nervioso.

¿Era posible que, después de todo, aquel engendro del demonio pudiera tener sentimientos?, pensó el galeno.

—Me temo que es demasiado tarde para hacer otra cosa —precisó Yago, sin mirarlo—. Sé que será...

—Claro que podéis hacer algo más. —Esta vez fue el hombre quien interrumpió al médico—. Me niego a que le cortéis el brazo. ¿De qué me serviría una mujer con un solo brazo? Ya es suficientemente torpe con los dos, no quiero ni pensar en lo que...

El puñetazo de Yago acalló el resto de la frase. Se oyó un crujido y el hombre cayó al suelo.

Lo había intentado. Dios sabía que sí; con todo, su paciencia tenía un límite y él lo había sobrepasado con amplitud. No compartía la idea de utilizar la violencia para arreglar algo, pero hasta el mismísimo Jesús echó de malos modos a los mercaderes del Templo.

Sacudió la mano para aliviar el dolor de los nudillos. Había olvidado lo mucho que dolían tras un golpe así. Sin duda, valía la pena. Ese sujeto no merecía ningún miramiento. No cuando había sido capaz de dejar a su mujer

sin atención médica después de infligirle semejante herida. Definitivamente, merecía ese puñetazo y más.

—Esto no va a quedar así, señor. Exijo una reparación —masculló el hombre mientras se levantaba. Le sangraba la boca, aunque no tenía nada roto. Una lástima.

—No quiero seguir perdiendo el tiempo con vos, *señor*. —Yago soltó la última palabra como si fuera un insulto—. Tengo que atender a vuestra esposa. Tenéis dos opciones: podéis iros o quedaros. En cualquier caso, dejad de entretenerme. —Se volvió, ignorándole.

El hombre le agarró del brazo antes de que se agachara frente a la paciente.

—No consentiré que le amputéis el brazo. Y si para ello debo recurrir al magistrado, por Dios que lo haré —juró. Se limpió la sangre de la boca con la magrienta manga de su casaca—. Soy su esposo y puedo decidir.

—Mirad, señor. —El galeno se soltó con un gesto—. Me da lo mismo a quién queráis recurrir. Si no amputo ahora mismo, ella... —Bajó la voz, no quería que la joven le oyera—. Ella morirá.

—Sois médico, ¿no? ¡Pues haced vuestro trabajo!

—Eso es precisamente lo que pretendo. Vuestra negativa a dejarme hacer lo que es necesario no me facilita las cosas.

—Os repito que no dejaré que le cortéis... ¿Qué le pasa ahora? —preguntó, mirando a su esposa con temor.

La paciente estaba tiritando y sus dientes castañeteaban con fuerza. Yago la tumbó sobre el escaño sin dejar de sujetarla, para que no cayera en una de las convulsiones.

—Es necesario llevarla a una cama... —pronunció con seriedad—. Me temo que está empeorando por momentos. Posiblemente sea un caso severo de envenenamiento de sangre o gripe.

—Arriba hay una habitación libre —sugirió Micaela—. Si la subís podremos atenderla allí.

—Prefiero llevarla a mi casa —apuntó el esposo, empujándose sobre las puntas de los pies—. Quiero que esté en mi cama.

—No veo motivo para moverla. Está en muy malas condiciones para andar trasladándola... —protestó la curandera.

El hombre la miró como si quisiera aniquilarla.

—No voy a seguir aguantando esto. Me la llevo y que sea lo que Dios quiera —aseguró, terco.

—¡Por el amor de Dios! Vayamos de una vez. Mientras discutimos ella empeora —ordenó Yago. Y alzó a la mujer para llevarla otra vez al carro.

Micaela corrió a la trastienda. El preparado que se fermentaba sobre la llama de la vela aún no había terminado el proceso. Con un soplido apagó la vela. Tendría que seguir en otro momento. Cogió la cesta con sus remedios y añadió unas cuantas cosas más que pudieran necesitar. No le gustaba nada tener que ir a la casa de ese hombre, pero si querían hacer algo por la pobre mujer no quedaba más remedio.

Se alegraba de que Yago hubiera llegado a tiempo. No le cabía la menor duda de que ese animal la habría golpeado. Era evidente que estaba acostumbrado a salirse con la suya y una simple mujer no era nadie para contradecirle.

Se le encogió el corazón al pensar en lo mucho que su esposa habría sufrido a manos de él. Lo peor de todo era que, casi un mes atrás, cuando le insinuaron que la quemadura era obra de su marido, ella lo había negado; parecía pensar que lo tenía merecido, como si se hubiera ganado todos los golpes y las afrentas.

No lo podía comprender.

Compartía el temor del galeno por la señora Juana. Realmente estaba muy mal. Aunque le había espantado la necesidad de amputarle el brazo, si lo pensaba con frialdad, era la única solución. Las marcas de la gangrena llegaban hasta la punta de los dedos y cerca del codo. No quedaría mucho tiempo, una vez que se extendiese por el brazo hasta el hombro, para evitar que la ponzoña invadiera todo el organismo.

Salió de la trastienda colocándose la capa. Yago, montado en Ébano, esperaba con el gesto tan duro como tallado en piedra y las riendas de Abedul en la mano. En el pescante del carro, el esposo de la señora Juana se limitaba a rascarse la cabeza bajo el sombrero. En cuanto ella hubo subido, chascó el látigo para azuzar al jamelgo.

La paciente estaba delirando de fiebre. Sus palabras eran ininteligibles. Por un momento, Micaela pensó que estaba rezando. Le pasó la mano por la cara como gesto de consuelo, sin que ella diera muestras de darse cuenta.

—Corred, es necesario que la atendamos sin pérdida de tiempo —ordenó al hombre. Luego se volvió al galeno, que cabalgaba a la par—. Está peor. Delira y no parece que esté consciente. Tal vez deberíamos llamar a don Matías para la extremaunción...

Don Yago soltó un exabrupto por lo bajo y sacudió la cabeza con pesar. Él tampoco tenía ninguna esperanza de que la mujer saliera de esa.

—Iré a avisarle —anunció. Giró el caballo y lo puso a trote hacia la iglesia de San Vicente. Abedul lo seguía con docilidad.

Un rato más tarde lo vio regresar al galope. Cinco pesados y lentos tañidos de agonía quebraron el silencio.

## Capítulo 31

Tomás se ofreció a descolgar la ropa seca que colgaba del techo de la cocina. Adela esperaba para ir doblándola a medida que él se la entregaba. Era una tarea que habían repetido varias veces desde que ella regresara de la casa de sus padres.

—Esta es la última camisa —dijo, mientras se la entregaba—. Si quieres, puedo ir preparando las brasas para las planchas.

—Si no te importa...

La tímida sonrisa de su amazona fue todo el pago que necesitaba para comportarse como un perrito faldero. Haría lo que fuera por aquella sonrisa. ¡Dios era testigo de lo cierto que era eso!

«¿Qué pensaría el señor Bennett de mi comportamiento?», se preguntó, no por primera vez. «Nada. Él estaría haciendo precisamente lo mismo. ¿Cómo podría resistirse a una valquiria como esta?».

Atizó las brasas hasta que adquirieron un tono rojizo y brillaron, incandescentes. Luego colocó los trípodes y depositó sobre ellos las planchas de distintos tamaños, para que se fueran calentando. Una vez hecho todo eso, se dio cuenta de que ya no tenía excusa para seguir en la cocina y se sintió molesto.

En los días anteriores se había dedicado a hacer en la cocina parte de sus tareas, como limpiar las botas o la espada de don Yago. Llegaba al extremo de ensuciar él mismo las botas para poder limpiarlas otra vez. Pero ya había utilizado ese recurso varias veces y empezaba a temer que Adela sospechase de su engaño.

—Subiré a la habitación... —empezó a decir sin ganas.

—Si no tienes nada que hacer allí... —le cortó Adela—, podrías quedarte conmigo. Manuela ha ido a visitar a su hermana y... me aburre planchar —terminó, la cabeza gacha y las mejillas tan rojas como las brasas.



—En ese caso, me quedaré —se apresuró a aceptar, con una sonrisa tan grande que bien parecía que se le iba a partir la cara.

—Bien... podrías contarme quién ese señor Bennett del que siempre murmuras —solicitó ella. Tomás pudo apreciar que sonreía, pese a que no lo miraba.

La lluvia fina y persistente que les acompañaba desde que abandonaron el caserío de la señora Juana era el complemento perfecto para su estado de ánimo. Y el tañido de difuntos de las campanas, la música más adecuada. Micaela estaba abatida, pero su mente continuaba buscando soluciones, aun cuando ya era imposible hacer nada más. La señora Juana había fallecido horas después de trasladarla a su casa.

Si cerraba los ojos aún podía verlo todo. La suciedad que cubría cada estancia del caserío. Los platos de madera con restos de comida que se apilaban en la mesa. Las cenizas acumuladas en la chimenea, que nadie se había molestado en retirar antes de hacer un nuevo fuego. La ropa de hombre sucia, colgada en los respaldos de las sillas de la cocina. La pestilencia que impregnaba las sábanas de la cama. El olor a enfermedad que saturaba el aire del dormitorio.

No solo ella estaba escandalizada, había notado el esfuerzo que hacía don Yago para no lanzarse contra el dueño de la casa. Con una voz tan gélida como los carámbanos que adornaban los aleros de las casas en invierno, le ordenó que mantuviera en los brazos a su esposa hasta que hubieran adecentado la cama, puesto que de ningún modo iba a consentir que la pobre mujer descansara en aquella mugre.

Entre los dos se dedicaron a retirar las sábanas sucias, a dar la vuelta al colchón de lana y a poner sábanas limpias. Una vez que la cama estuvo en condiciones para recibir a la enferma, dejó que el hombre la depositara en ella. Luego le mandó limpiar la chimenea para hacer un buen fuego y calentar agua suficiente para bañar a su esposa.

El dueño de la casa había protestado por tener que realizar las tareas que consideraba propias de una mujer, pero la mirada asesina del galeno le hizo callar y hacer lo que se le había ordenado sin decir ni una sola palabra. Hasta permitió sin chistar que el médico ayudara a desnudar y a lavar a su esposa. No obstante, cuando los vio preparar los utensilios para la amputación se enfrentó a ellos como un loco y les impidió realizarla.

Por mucho que el galeno renegó, entre maldiciones y amenazas, el esposo de la señora Juana siguió en sus trece y no les permitió hacer la operación. Al fin tuvieron que conformarse con hacer las curas, aun sabiendo que no serían suficientes; haría falta un milagro para que sanase. Prepararon una tisana de plantas para bajar la fiebre y se la fueron dando a cucharadas.

Luego el galeno había salido sin decir nada, dejando a Micaela encargada de aplicar compresas de agua fría con vinagre en la frente de la enferma. Cuando volvió, mucho más tarde, traía una sonrisa esperanzada en su atractivo rostro y algo escondido entre las manos. De sus ropas colgaban varias telarañas, como si hubiera estado rebuscando por entre las vigas de la cuadra.

—Me ha costado mucho localizarlas, pero al fin las he encontrado —había dicho don Yago, antes de destapar la mano como si fuera un niño mostrando un tesoro—. No son muchas, pero serán suficientes hasta que encontremos más. Es una pena que no estemos en verano.

—¿Son larvas de mosca? —se sorprendió ella, mirando aquel montón de gusanitos blancos que se retorcían—. ¿Para que las queréis?

—¿Acaso no habéis oído nunca hablar de la cura con larvas? —preguntó, extrañado. Sus ojos grises la miraban con interés—. Desde hace muchos años es sabido que las larvas de mosca, aplicadas en una herida gangrenada, se comen la carne muerta. Si se las deja hacer y se las reemplaza cada dos o tres días, en poco tiempo conseguirán limpiar todo rastro de gangrena. Dudo que logremos salvar todos los dedos, pero al menos intentaremos salvar el resto.

Su optimismo era tan contagioso que ella se permitió albergar esperanzas. Habría debido saber que no sería tan fácil. En cuanto el marido de la señora Juana escuchó lo que el galeno tenía pensado hacer en la herida y vio aquellas larvas entre la carne putrefacta, se volvió loco. Sin preocuparse por el dolor que iba a infligir a su mujer, de un manotazo las tiró al suelo y luego las pisó hasta que no fueron más que una mancha brillante en el suelo de madera. Aseguró, de paso, que no consentiría que nadie pusiera ningún bicho en el cuerpo de su esposa, que ya tendrían tiempo de comerla los gusanos cuando estuviera muerta.

Entonces fue el propio galeno quien se volvió loco. Blasfemando entre dientes y con las llamas del infierno ardiendo en aquellos ojos acerados, había agarrado al hombre por la pechera de la camisa para estamparlo contra la pared. ¡A saber qué hubiera sucedido de no mediar entre ellos don Matías, que llegó en ese momento! Don Yago estaba fuera de sí. Y no era para menos, había logrado encontrar una solución para la enferma y su esposo la

destrozaba de un plumazo. Como si la curación de su mujer no le importara lo más mínimo.

Había visto al galeno llevarse una mano a la frente, la otra a la cadera; su pecho subía y bajaba con cada respiración. Se evidenciaba el esfuerzo que hacía para serenarse. Sufrió por él, no era fácil aceptar que nada de lo que proponía era secundado por aquel hombre —el esposo— de ideas cerriles y sin una pizca de humanidad en su sucio cuerpo. La necesidad de acercarse a Yago y abrazarlo había sido tan grande que le costó reprimirla. Le hubiera gustado alisar las arrugas que le surcaban la frente como un campo arado. Borrirlas con la yema de un dedo y delinear la forma cincelada de sus labios.

Por supuesto, no había hecho nada de eso. Era obsceno, a la par que inmoral, pensar en esas cosas frente al lecho de una agonizante. ¿Acaso no tenía vergüenza?

Don Matías rezó, de rodillas ante la enferma, y le aplicó los óleos; mientras tanto, la señora Juana se consumía con la calentura. Una vez realizado el rito de la extremaunción pareció mejorar un poco. Aunque solo fue un cambio momentáneo, ya que la fiebre seguía aumentando. La pobre mujer había expirado horas después, entre grandes convulsiones.

—¿Qué hace el carruaje de mis padres en la puerta del herbolario? —Las palabras de don Yago la devolvieron al presente.

Micaela parpadeó para retirar de sus ojos las lágrimas y las gotas de lluvia; en efecto, el vehículo estaba estacionado y el cochero, ajeno a la lluvia, dormitaba en el pescante. En cuanto el galeno lo llamó por su nombre, abrió los ojos y bajó al punto.

—Vuestra madre me ha enviado para que lleve a la señorita Micaela. Estáis invitada a cenar allí —anunció el cochero.

Yago se volvió en la silla para mirarla, sus ojos grises eran transparentes y cálidos como el agua soleada. Su mirada, una mezcla de rabia y tristeza. Micaela tuvo miedo de perderse en aquella transparencia y ganas de acariciar su mandíbula oscurecida por la barba.

«Por Dios, te estás poniendo en evidencia, bien podrías babear en su pechera para rematarlo», se reprochó con la cabeza gacha.

—Supongo que estaréis cansada, después del día que hemos tenido, pero os convendría cenar acompañada para olvidar... lo sucedido —anunció don Yago—. No deberíais cenar sola.

Tenía razón, por supuesto. La idea de sentarse a la mesa en soledad no le apetecía nada. Prefería, con diferencia, estar con otras personas para no tener que recordar lo sucedido durante la tarde.

—Sí, tenéis razón. Necesito lavarme y cambiarme de ropa —musitó sin mirarle.

—No importa. Os esperaré en la cuadra mientras me encargo de Abedul.

—Eso puede hacerlo Dionisio...

—Lo sé —le cortó el galeno, bajando de su caballo—, pero es muy mayor y estará descansando, calentito en la cocina. No lo molestéis por algo que puedo hacer yo mismo y que me mantendrá ocupado hasta que regreséis —declaró. Y se acercó a ella para ayudarla a desmontar.

El corazón se le aceleró con la perspectiva de sentir los brazos de Yago.

Yago la vio entrar en la casa con aire abatido y sintió, dentro de él, una ternura largamente olvidada. La había observado durante el camino desde la casa de la difunta señora Juana. Ella parecía estar a miles de leguas de allí. Su melancólica figura cubierta por la capa para librarse de la lluvia. Imaginaba que la muerte de la joven había sido tan dolorosa para ella como lo era para él. Una muerte que se podría haber evitado si aquel engendro de marido se hubiese ocupado de su esposa o si, al menos, hubiera dejado que ellos se ocupasen. Apretó los puños.

De nada servía ahora despotricar. Ya no había solución.

Se quitó la capa, la sacudió varias veces para retirar las gotas de lluvia que se habían quedado adheridas en la lana y la colgó de un clavo en la pared. Dejó la casaca sobre uno de los pesebres. Tiró de las riendas de Abedul y lo ató a un poste de madera. La cesta con las medicinas de Micaela estaba enganchada al pomo de la silla, la dejó al lado de la casaca. Con destreza quitó al caballo la silla, la manta y la brida. Utilizó paja para secarle el pelaje blancuzco antes de pasarle la almohaza para eliminar el barro de sus patas y vientre. El animal le dejó hacer, visiblemente complacido.

Pese al frío, el trabajo le hizo sudar; durante un rato no pensó en nada. En realidad, eso era lo que buscaba.

Cuando terminó de cepillar a Abedul, lo condujo hasta el pesebre para que comiera sin trabas.

—Ya puedes descansar, muchacho —le susurró, al tiempo que le palmeaba el cuello. El caballo le empujó con el hocico una vez a modo de caricia y volvió a la comida.

Con un suspiro de satisfacción, se puso la casaca. Vio allí la cesta de la curandera y decidió llevarla hasta el herbolario. Al entrar en la cocina saludó a Petra y a Dionisio, que conversaban frente al fuego. En el pasillo se topó

con Micaela, que bajaba del piso superior. Se había cambiado de ropa, aunque el vestido seguía siendo negro, este era de brocado con pasamanería. Los picos del volante de encaje de la camisola asomaban por el escote y por los puños. La cruz de plata colgaba del cuello por una cinta de terciopelo negro y ponía en relieve la blancura cremosa de su piel. Una piel que él se moría por tocar. Subió la vista, no fuera a ser que ella se diera cuenta, y la fijó en su cara. Llevaba el cabello recogido en una trenza a la espalda. Nunca se lo había visto suelto; de pronto sintió la necesidad de deshacerle la trenza y peinar los largos mechones con los dedos. La imagen del glorioso cuerpo desnudo de la joven, con el pelo como única vestidura, se cruzó por su mente y le provocó una erección instantánea. Dios, no podía pensar eso.

Se aclaró la voz antes de hablar, de pronto sentía la garganta tan seca como el polvo.

—Veo que ya os habéis cambiado. Iba a dejar esto en el herbolario — aclaró, mostrando la cesta.

—Gracias, con las prisas por lavarme la había olvidado —confesó Micaela, mientras terminaba de bajar las escaleras.

¿Se había fijado antes en los labios y tentadores que tenía los labios? ¡Basta! Si seguía por ese camino se pondría en evidencia.

Yago evitó seguir mirándola. No era conveniente, empezaba a sentir cosas para las que no estaba preparado. Con resolución, tomó una vela de uno de los candelabros del pasillo. Al entrar en la trastienda encendió uno de los candiles, lo dejó sobre la mesa y devolvió la vela a su sitio.

—Cuando llegaron, esta mañana, estaba haciendo láudano —explicó ella, comprobando el contenido de un matraz frente a la llama—. Mañana volveré a calentarlo para continuar con el proceso.

—¿No se habrá estropeado la mezcla? —inquirió con interés. Necesitaba distraerse.

Ella hizo un gesto con los hombros y bajó la vista a la mesa. La luz oscilante le iluminaba la mitad del rostro con un brillo dorado, parecía un cuadro de Caravaggio. No le extrañaba que el pintor italiano hubiera pintado tantos claroscuros, la belleza de la luz y las sombras era impresionante.

—No lo sé. Siempre he seguido los pasos sin interrupciones. Nunca me había pasado antes —le aclaró con voz quebrada. Se pasó el dorso de la mano por los ojos. Estaba llorando.

Yago olvidó las composiciones pictóricas y se acercó prestamente para abrazarla.

Ella, con la cabeza sobre su pecho, lloró en silencio.

Necesitaba consolarla. El día había sido demasiado extenuante y era normal que la muchacha se sintiera abatida. Se obligó a no pensar en lo bien que se sentía con ella en los brazos. En lo bien que encajaban sus cuerpos. En el aroma a jazmín que emanaba de su cabello, negro y brillante como el pelaje de Ébano. O en la calidez de su figura voluptuosa.

Mientras la mente se afanaba con todas sus fuerzas en no pensar en nada más que en el consuelo, su cuerpo se negaba a obedecer y casi crepitaba de anhelo por tocarla.

Perdida la batalla, Yago cerró los ojos y se permitió disfrutar de ese momento. Dejó que la mano acariciase la larga trenza que caía por la espalda, el nacimiento del cabello en la sien. La piel aterciopelada de su mejilla, húmeda por las lágrimas. El contorno sensual de sus labios, enrojecidos por el llanto. Labios que agonizaba por probar, por besar con toda su alma. La besó en el pelo, en la sien.

Antes de pensarlo siquiera, levantó con un dedo la barbilla de la joven. Ella lo miró con aquellos ojos brillantes como aguamarinas, sin oponer resistencia. ¿Tendría idea de lo deseable era?

Yago bajó la cabeza y, cuando estaba a punto de rozar aquellos labios que lo atormentaban, oyó pisadas en el pasillo. Se separó de ella como un resorte.

Los pasos se alejaron por las escaleras.

—Será... será mejor que nos pongamos en marcha antes de que cierren la puerta de Tierra —dijo, con más serenidad de la que sentía en ese momento.

## Capítulo 32

«¡Por los clavos de Cristo!», pensó el galeno, consternado por lo que había estado a punto de suceder en la trastienda.

Si no hubieran escuchado pasos...

Aquello no debía volver a pasar. Era necesario que dejase de pensar en la curandera en esos términos.

Para distraerse miró a través de la ventanilla del carruaje. Era demasiado consciente de la presencia perturbadora de la curandera en el asiento de enfrente. Si cerraba los ojos y se concentraba hasta podía oler el aroma a jazmín. Peor aún, si cerraba los ojos podía recordar con vergonzosa exactitud la sensación de tenerla entre los brazos. Una parte de su cuerpo reaccionó de inmediato. Una parte demasiado díscola que, en los últimos días, parecía no atender a razones.

Se pasó la mano por la frente para buscar algún tema de conversación que alejase esos pensamientos deshonestos. Pero lo único que llegaba a su cabeza era la imagen de aquellos ojos azules, humedecidos por las lágrimas, que lo miraban como si...

«Deja de imaginar esas cosas», se reprochó en silencio. «Desde luego que ella no deseaba ese beso».

Habría debido viajar a lomos de Ébano en lugar de hacerlo en el carruaje. Más aún al haber olvidado, con las prisas, pedir a la criada de Micaela que les acompañase.

Sí, tendría que haberlo hecho a caballo, al menos la lluvia hubiera servido para aplacar el ardor que comenzaba a consumirlo. ¿Alguna vez había sentido algo igual? No lo recordaba.

Si bien amaba a su esposa, nunca había sentido por ella un deseo tan grande y tan avasallador. Su amor por ella siempre fue dulce y considerado; Catalina no merecía otra cosa. Era demasiado inocente para corromperla con un sentimiento tan carnal y pecaminoso.

La lluvia no tenía visos de amainar. Acababan de abandonar las murallas y se dirigían a la casa de sus padres por el camino embarrado. Un farolillo iluminaba tenuemente el interior del carruaje. La escasa luz creaba un ambiente demasiado íntimo, demasiado sugerente, demasiado... demasiado.

Miró a la joven, que viajaba en silencio. Sus ojos, fijos en él, brillaban como luceros. Al darse cuenta de que la había pillado, ella giró la cabeza para apartar la vista. Pese a la escasa iluminación, él pudo ver que se había sonrojado; a juzgar por el movimiento casi hipnótico de la cruz en su escote, respiraba con nerviosismo. Sus rojos labios entreabiertos eran una tentación demasiado fuerte como para pasarla por alto. Por enésima vez se preguntó si serían tan suaves como parecían o si su sabor era tan dulce como él se imaginaba.

«¡Diantre!».

Harto de hacer conjeturas, cambió de sitio y se puso a su lado. Ella le miró con sorpresa, sin decir nada. Sus ojos se veían enormes en la penumbra del vehículo; se perdió en ellos. Fue acortando distancia. Despacio. Saboreando el momento. Le tomó de la barbilla suavemente y se acercó para besarla con delicadeza.

Los labios de ella estaban fríos, pero eran tan suaves y tiernos como imaginara, tal vez más. Sin soltarle la barbilla, con la otra mano la sujetó por la nuca para profundizar aquel beso. Ella le dejó hacer sin oponer resistencia. Su aroma a jazmín lo envolvió como un tenue velo.

Yago calentó los labios de la joven con los propios, delineando con ligeros toques su forma sugerente y voluptuosa. Como si quisiera grabar su orografía en la memoria. El gemido de ella fue toda invitación que necesitaba para intentar abrirle la boca con la punta de la lengua. Dios, cuánto ansiaba perderse en su interior. Saborear su esencia.

Notó las manos de ella sobre los hombros, rozando su cuello, titubeantes, y se estremeció de placer. Luego, cuando Micaela abrió la boca y su lengua salió a recibirlo, creyó que estallaría allí mismo. Aquello era mejor de lo que hubiera soñado. Quería más, mucho más. El corazón le retumbaba en los oídos como el martillo de un herrero.

El bandazo del carruaje al detenerse los devolvió a la realidad, con más fuerza que un jarro de agua fría.

«¡Por todos los demonios!».



Millán estaba profundamente enfadado con Micaela. En los diecisiete días pasados desde que lo invitara a cenar, solo para dejarlo plantado, había ido a visitarla en varias ocasiones sin conseguir nada. Finalizaba noviembre, se hacía indispensable arreglarlo todo para poder regresar a Pamplona antes de que las nieves impidieran el viaje.

—Mucho me temo, señor, que ha ido a cenar a la casa-torre Izaguirre —murmuró Ofelia—. Le diré que habéis venido...

—¡Pardiez! Cuando no está en la tienda ha salido a atender a toda alma viviente que se lo pida —señaló, consternado.

La criada bajó la mirada al suelo de piedra y se mordió el labio.

—Lo siento, don Millán. Desde que llegamos a esta ciudad y descubrí que su padre llevaba el herbolario, ya no hubo manera de pararla —soltó Ofelia, con rencor—. Él, lejos de prohibirlo, la alentó para que tratase a los enfermos. Una vez que falleció, la cosa ha ido a peor. Se dedica a hacer visitas por los caseríos de los alrededores, sola con ese joven galeno, don Yago Izaguirre.

Millán la observaba, completamente anonadado. No había pensado que Micaela estuviera comportándose de un modo tan impropio. Era peor de lo que creía. Confiaba en que, una vez casada y lejos de San Sebastián, se conduciría con propiedad y de modo irreprochable. No toleraría nada menos de su esposa.

Unas uñas se clavaron en la media y atravesaron el fino tejido de seda. Al sentir los agujonazos se contuvo para no soltar un juramento, el gatito negro acababa de destrozarle otro par de medias. Lo agarró para lanzarlo sin miramientos al fondo del pasillo. Con un maullido de indignación, el minino desapareció por una puerta sin haber sufrido ningún daño. A Millán le molestaba esa capacidad de los felinos de caer de pie, le hubiera gustado que ese, en concreto, se hubiese partido la crisma.

—¡Oh, Señor! Es esa alimaña negra otra vez —exclamó la criada, los ojos llameantes—. No lo soporto. ¡Ay! Cómo os ha dejado la media, don Millán. ¿Tenéis quién os la remiende?

—Desgraciadamente, la mujer del posadero es una inepta con la aguja y no puedo confiar en ella —mintió. En realidad, no tenía dinero para pagar el arreglo.

—Si no os importa, señor, yo sería gustosa... de arreglaros las prendas que... —murmuró la criada, con la cara como la grana.

—Pues te lo agradecería mucho, Ofelia. —Se aferró a ese ofrecimiento con satisfacción. Esa podría ser una salida para sus maltrechas ropas—. No

pensaba pasar mucho tiempo y he traído poco equipaje. Con este clima tan húmedo y desapacible, las ropas se manchan demasiado. Y no confío en la mujer del posadero.

—Yo puedo encargarme de lavar vuestros atavíos —dijo Ofelia, decidida.

—Te lo agradezco. Siempre has sido una muchacha muy servicial. ¿Quiénes has dicho que han invitado a Micaela a cenar? —preguntó, interesado.

—¡Ah! Son los Izaguirre, don Diego y doña Marina —aclaró la mujer—. Eran muy amigos de don Pablo, el padre de la señorita Micaela, y parece que la han tomado bajo su ala. —Se frotó las manos con nerviosismo antes de continuar—: Yo esperaba que doña Marina inculcase algo de decoro a la señorita Micaela, pero no ha sido así. De hecho, antes de que don Yago se ofreciese a acompañarla era el mismo don Diego quien lo hacía.

Millán absorbió toda la información que Ofelia le brindaba. No había estado errado al suponer que a la criada le desagradaba el comportamiento de su señora. Sí, recordaba que a Ofelia siempre le habían gustado las apariencias. No era lo mismo ser la criada de una señora que de una simple comerciante o curandera.

Un momento más tarde se despidió de la mujer, sin intentar ningún avance para seducirla. Estaba convencido de que eso la confundiría y la haría más receptiva la siguiente vez.

Satisfecho con su estrategia, se marchó a la posada, con la esperanza de que el posadero no le viera.

Cuando Adela entró en el comedor para retirar los platos de la cena, Micaela suspiró por dentro. Había sido incapaz de comer nada. Los nervios y la excitación por lo ocurrido en el carruaje le cerraban la garganta.

Sentía que el rubor la cubría por completo; si ella misma notaba el calor que la embargaba, los demás también se darían cuenta. ¡Qué vergüenza!

Bajó la vista al mantel para no mirar a nadie, menos aún, a Yago. Temía encontrar en su semblante esa expresión de desagrado con la que la mirara tiempo atrás. En cualquier caso, ¿cómo podría observarlo después de lo sucedido? ¿Qué pensaría de ella? Había dejado que la besara, como si fuera una vulgar mujerzuela. No solo eso, había participado activamente. Si el carruaje no se hubiera detenido, ¡a saber hasta dónde habrían llegado!

Un escalofrío de excitación le recorrió la espalda.

Aún persistía en su nariz el tenue aroma a jabón de romero con que, al parecer, él se había lavado ese día. Sin esforzarse mucho, podía recordar la sensación de los labios de Yago sobre los suyos. El calor que desprendían, el sabor o la suavidad con la que tocaban. Detuvo la mano que pugnaba por acercarse a la boca y acariciar esos labios que hormigueaban por el recuerdo. Se estaba comportando como una tonta.

—Al final tenías razón: ese hombre la maltrataba... —oyó que decía don Diego—. Pobre mujer.

Micaela se atrevió a levantar la mirada. Todos estaban pendientes de las palabras del dueño de la casa. Doña Marina, con los ojos entristecidos, apretaba la mano de su hijo, sentado a su derecha. Evitó mirar al galeno, no estaba preparada para enfrentarse con él. Clara, que no apartaba la vista de su hermano, parecía pensativa.

Don Marcos —se dio cuenta en ese momento— estaba tan silencioso como ella. Allí, sentado a su lado, apenas había dicho nada durante la cena y parecía triste. Quizá la muerte de la señora Juana le había recordado la de su propia hermana, pensó, buscando una explicación a ese comportamiento, tan inusual en él.

—Ha sido muy duro no poder hacer nada por ella. De no haber llegado don Matías, no sé si me hubiera detenido antes de acabar con ese energúmeno —confesó Yago, entre dientes—. Por un breve instante perdí la cabeza.

Las palabras bien podrían haber sido dichas para ella. Sí, por un breve espacio, los dos habían perdido la cabeza. Lástima que ese lapso no hubiera durado unos minutos más. Era la primera vez que la besaban de esa forma.

«Desengáñate, salvo los besos paternos en la frente de don Nicolás y de tu propio padre, no conoces otro tipo de besos», se recordó con una mueca.

En cualquier caso, y para su eterna deshonra, fue una decepción que terminase tan pronto. Hubiera deseado seguir abrazada a ese hombre. Había algo en él que la atraía con fuerza. Pese a saber que durante un tiempo la había considerado una bruja —creía que ya no era así—, no podía evitar el deseo de estar con él. Había intentado odiarle por su estrechez de miras, pero sus sentimientos tomaban otros derroteros.

—Micaela, hija, esta noche estás muy silenciosa. —La voz doña Marina la trajo al presente. Levantó la vista—. Imagino que para ti ha sido un duro golpe.

«¡Dios mío! Estoy tan centrada en el beso de Yago que he vuelto a olvidar la muerte de la señora Juana», se reprochó, turbada. «¿Qué clase de persona soy?».

Sin lugar a dudas, lo más importante era lo sucedido ese día por culpa de un ser tan malvado; tenía que serlo. Una joven había fallecido por los malos tratos, la falta de cuidados y la obstinación de su marido. Ante ese hecho, ¿cómo podía pensar en frivolidades? ¿Acaso había perdido la cabeza y, con ella, la compasión?

—Sí, en verdad, señora —empezó a decir, sin mirar a nadie en particular, todavía avergonzada por su falta de misericordia—. Tenía la esperanza de que se pudiera curar. Cuando vuestro hijo me enseñó las larvas y me explicó en qué consistía el tratamiento, creí que el proceso de sanación ya estaba en marcha. Fue decepcionante y descorazonador el comportamiento de ese hombre. Era como si le importara muy poco la vida de su esposa —acabó, con un suspiro de resignación.

—Eso era evidente, pequeña —murmuró don Diego, con cariño—. Es una pena que ocurran esas cosas.

—Desde luego —añadió doña Marina, seria—. Someter a su esposa a ese tipo de abusos es inadmisibles y debería estar penado por la ley.

Acunando en las manos la taza de infusión, como si fuera una copa de coñac, Yago observaba subrepticamente a la curandera. Le costaba trabajo no mirarla. Y más aún, no sacarla del comedor para buscar un lugar más íntimo y volver a probar sus labios. Cerciorarse de que su dulzor no era fruto de su imaginación, de que era algo real.

Habría querido matar al cochero por haber llegado tan pronto a la casa. Pero no era culpa del pobre hombre. El culpable era él mismo. ¿Quién le había mandado besarla? ¿En qué demonios estaba pensando?

«No. No me arrepiento», pensó con convicción. «Pero tengo que sacarla de mi cabeza lo antes posible».

Estaba convencido de que esa especie de hechizo se desvanecería cuando consiguiera besarla sin interrupciones. Luego perdería interés por ella y podría volver a concentrarse en otras cosas. Después de todo, él seguía enamorado de su esposa y esa mujer era todo lo contrario de lo que había sido Catalina. En realidad, todo era fruto de su largo celibato. Se había fijado en ella porque era la mujer que más a mano tenía y por el tiempo que se había visto obligado a pasar con ella. No había nada extraño, una vez saciado su deseo, ese encaprichamiento se esfumaría. Sí, eso era todo.

Volvió a mirarla. La conversación que mantenía con sus padres había puesto un tono rosado en sus mejillas y brillo de aguamarina en sus ojos

azules. La piel nacarada de su escote, que resplandecía a la luz de las velas, creaba un atrayente contraste con el negro de su vestido y la cinta de terciopelo. Cuando se imaginó acariciando esa piel, cierta parte de su anatomía tensó la bragueta de las calzas. Para ocultar su incomodidad bebió un sorbo de la infusión, revolviéndose en la silla.

Era hermosa, eso no podía negarlo. Se sorprendía por no haberlo descubierto antes, solo podía achacarlo a la ofuscación y al temor de que fuera la amante de su padre. Ahora, ya convencido de que no era así, podía verla como era en realidad, no como el ser abyecto que imaginara.

Desde luego, también era una mujer bella por dentro, por lo que no costaba entender que sus padres y su hermana le hubieran tomado tanto cariño.

Un movimiento a su derecha captó su atención. Clara lo estaba mirando con los ojos entrecerrados y una sonrisa presuntuosa en la cara. ¿Qué estaría tramando su hermana? Como si le hubiera oído, la jovencuela ensanchó la sonrisa y miró de soslayo a Micaela, que conversaba con Marcos frente a ella.

La mocosa parecía tan satisfecha como una gata repleta de leche. La miró por debajo de las cejas, ceñudo. Lejos de sentirse intimidada por él, hasta se atrevió a guiñarle un ojo con toda picardía. Aquello era el colmo.

Debía andarse con cuidado. Si su hermanita empezaba a barruntar que él tenía interés en Micaela, se lo contaría a su madre y...

«¡No!», pensó consternado. «Si mi madre se entera se desatarán todos los infiernos casamenteros».

Dejó con cuidado la taza en la mesa antes de pasarse la mano por la frente. Su obsesión por la curandera estaba tomando visos peligrosos. Si no se quitaba pronto esa fascinación...

Volvió a mirarla, el recuerdo del beso llenó su cabeza. Ella seguía hablando con Marcos. ¿Sobre qué versaba la conversación que tan absortos les tenía? No quiso darle más importancia porque se dio cuenta de que no le hacía gracia que esos dos se llevaran tan bien. No estaba celoso. Los celos eran para los tontos enamorados o los posesivos, y él no era una cosa ni la otra.

Evidentemente, no eran celos; entonces, ¿qué eran?

—Yago, hijo, ¿te ocurre algo? ¿Te duele la cabeza? —Las palabras de su madre le evitaron tener que contestarse a sí mismo.

—No, madre. Estaba pensando... —improvisó de corrido.

—Deja de pensar en ello, querido. No habrías podido hacer nada más por la señora Juana —puntualizó Marina, errando el curso de los pensamientos de

su hijo. Le cogió la mano para besarle el dorso con los ojos cerrados—. Me alegro tanto de tenerte aquí...

El cariño sincero de su madre le calentó por dentro, pero a la vez hizo que le remordiera la conciencia por su largo silencio. Debería haberles escrito. No tenía derecho a haberlos hecho sufrir de ese modo.

—No te preocupes, *ama*, seguro que ahora se queda para siempre... — proclamó Clara, con una sonrisa pícaro.

Yago notó que las ganas de retorcer el cuello de su hermanita le crispaban los dedos de la mano libre. Tomó aire, implorando paciencia en silencio. Su madre le soltó la otra mano y se la palmeó.

—¿Qué te hace pensar eso? —indagó con suspicacia, antes de llevarse la taza a la boca.

Yago tenía que parar aquello.

—No le hagas caso, madre. Solo tiene ganas de enredar —se apresuró a contestar Yago, los ojos clavados en su sonriente hermana.

—No tengo ganas de enredar —aclaró, con una risita—. Yo sé muy bien lo que digo.

Yago se esforzó al máximo para no hacer caso a aquella mocosa. Mientras no diera crédito a sus insinuaciones, estas no tendrían valor. Solo esperaba tener la paciencia necesaria para no amordazarla de una vez por todas.

## Capítulo 33

Había pasado una mala noche. Más que mala, pésima. Casi sin dormir. El temor a que lo encontraran los acreedores le producía pesadillas que lo dejaban sudado y tembloroso. La noche anterior, al regresar, no había podido impedir que el posadero le viera entrar. Con una maldición en la punta de la lengua por su mala suerte, aguantó las exigencias del hombre de que le abonase los dieciocho días que llevaba de más en la posada. Al final había conseguido calmar los recelos del hospedero, asegurándole que en unos días le pagaría todo lo debido, mas unos días de adelanto. Que estaba a la espera de que un criado viniera con el resto de su equipaje y con el dinero. El tono autoritario, de gran señor, ayudó a que el hombre se tranquilizase un tanto y le creyera.

No podría seguir eludiendo al posadero por tiempo indefinido. Tarde o temprano el hombre trataría de cobrarse y el resto de los comerciantes caería sobre él. Las pocas monedas que le quedaban en la bolsa eran las únicas que tenía y no estaba dispuesto a deshacerse de ellas. No si podía evitarlo.

—¿Qué demonios puedo hacer? ¡Maldita mujer! —estalló con rabia.

Tenía que hacer algo y pronto.

Aunque ya no estaba tan seguro de querer casarse con ella, era necesario que le propusiera matrimonio. La muchacha no era lo que él esperaba de su futura esposa, pero sin su dote tendría que dar por perdida la casa de sus antepasados. Ya habría tiempo, una vez casados, para conseguir su obediencia.

Con un suspiro de resignación, se levantó de la cama y fue a lavarse en el aguamanil. La habitación estaba helada; se vistió para no perder el poco calor que conservaba.

A través de la ventana se oía el trajín de la calle Trinidad. Carros, caballos, perros ladrando como locos, niños que jugaban con un aro por el suelo empedrado, ajenos al frío de finales de noviembre.

Alguien reía abajo, su risa le recordó a la prostituta de la taberna de noches atrás. Se preguntó qué pasaría si acusaba a Micaela de brujería. No temía que la creyeran, nadie creería tal cosa de la muchacha, pero conseguiría manchar de algún modo su imagen; de esa manera podría impugnar el testamento de su padre y declarar que ella no era apta para ese legado. Con eso el dinero revertiría en él, su legítimo dueño.

«Sí, esa es una buena solución», pensó con esperanza. «Claro, también lo sería que ella muriera...».

Pese a la lluvia del día anterior apenas había humedad en el aire. El sol brillaba con fuerza para ser noviembre y calentaba con sus rayos a los combatientes que se enfrentaban en el patio de la casa-torre.

Con cada finta, el acero de las espadas lanzaba destellos que se reflejaban en las paredes de piedra del edificio. Un gato atigrado los seguía con intención de atraparlos entre sus zarpas, maullando al ver frustrado su intento. Salvo eso, no había más ruidos alrededor.

Yago se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa y esbozó una sonrisa satisfecha.

—Convendrás conmigo en que ya no estoy tan torpe como al principio —dijo a su cuñado.

—He de reconocer que has mejorado bastante —gruñó Marcos, el pelo pegado al cráneo y la cara sudorosa—. Siempre fuiste más diestro que yo. ¿Cómo lo consigues? —Sacó un pañuelo del bolsillo de la casaca y se lo pasó por el rostro.

—Es que tú eres demasiado transparente, Marcos. Se te adivinan las intenciones. No has aprendido a ocultarlas.

Yago creyó ver una sombra en la mirada azul del joven, pero fue tan efímera que creyó haberlo imaginado o que había sido un efecto de la luz. Lo olvidó en seguida.

—¿Qué te parece mi hermana? —dejó caer la pregunta.

Se había dado cuenta de que Clara parecía interesada en él y quería saber si esos sentimientos eran recíprocos.

Marcos lo miró con suspicacia y bajó la punta de la espada.

—¿A qué te refieres? —preguntó, al ver que su cuñado no decía nada, prosiguió—: Considero que es una jovencita muy inteligente y muy bella. Me parece que dentro de poco tiempo os creará más de un dolor de cabeza.



Yago frunció el ceño al oír esos vaticinios. Marcos tenía razón. Clara ya no era tan niña y, aunque no había terminado de desarrollarse como mujer, era evidente que no faltaba mucho para eso. Esos ojos suyos, tan verdes como las olas que rompían junto a la playa, dejarían rendido a más de un admirador. Y por si su belleza no fuera suficiente, su personalidad arrolladora y su inteligencia harían el resto. Sí, definitivamente, crearía más de un dolor de cabeza.

—¿Tienes algún interés en ella?

Marcos parpadeó ante aquella pregunta tan directa, luego se enderezó, con la hoja de la espada sobre la palma de la otra mano, y miró a Yago con fijeza.

—No, ninguno —señaló—. Le tengo mucho aprecio, como si fuera mi hermana pequeña...

—Es una pena. Confiaba en que tú solucionases ese dilema —declaró Yago, con una mueca. Se acercó a él—. No podría desear un esposo mejor para ella. Y me atrevo a pensar que mis padres tampoco.

Vio a Marcos palidecer e inmediatamente ruborizarse hasta la raíz del pelo. Luego agachó la cabeza. Siempre olvidaba que era muy joven y tímido. Se contuvo para no pasarle un brazo por los hombros y avergonzarlo aún más. Le palmeó el hombro.

—¿Vamos a seguir con el entrenamiento o ya estás cansado? —se burló, para provocarlo y olvidar el tema anterior.

Marcos alzó la cabeza como un resorte. Sus ojos risueños, un tanto apagados, se clavaron en él.

—Puedo aceptar que has mejorado, pero aún te falta bastante para que logres agotarme —sentenció, con la espada en guardia.

La risotada de Yago resonó en el patio.

—¡Ah, Marcos! He de admitir que añoré tu presencia en Cádiz —reveló, parando la estocada de su cuñado—, si no al principio de mi matrimonio con Catalina, sí después de los primeros meses. Nunca debí dejar que mi orgullo pudiera más que mi afecto por ti —confesó con seriedad.

Marcos tropezó y bajó la espada. Yago hizo lo propio.

—Creo... creo que he hablado antes de tiempo —dijo el joven, con la vista en la empuñadura de su arma—. Realmente estoy cansado.

—Vaya —musitó Yago, extrañado por el repentino cambio—. En ese caso, podremos dejarlo para mañana. Si dejaras de entrenar con la casaca puesta descubrirías que es más cómodo y te agotarías menos.

—No me molesta —negó el joven, los ojos sospechosamente húmedos—. Voy... voy adentro.

Yago lo observó marchar. Marcos aún no había dicho nada de finalizar la visita, era de esperar que decidiera quedarse en San Sebastián en vez de regresar a Madrid. Después de todo, no le quedaba más familia que el propio Yago.

No quiso pensar que, de alguna manera, estaba admitiendo que él mismo se quedaría en la ciudad.

Se volvió a secar el sudor de la frente con la manga y entró en la casa.

Al acabar la misa, don Matías despidió a todos los feligreses que habían ido a rezar por el alma de la señora Juana y abandonó el altar para volver a la sacristía.

Junto a la lápida de la difunta, el marido atendía a los ciudadanos que iban a darle el pésame, cabizbajo y con el sombrero entre las manos. La actitud de doliente era tan perfecta, que, si Micaela no hubiera visto con sus propios ojos el trato que había dispensado a su esposa, se la habría creído.

Salió a grandes pasos de la iglesia de San Vicente sin acercarse a él. Estaba demasiado enfadada. Además, habría sido una actitud hipócrita y ella no quería serlo.

Saludó a varias personas, que la miraron extrañadas por la rapidez con la que abandonaba el templo, y se dirigió a su casa, casi sin esperar a Ofelia.

—Micaela. —Al oír la voz de Millán, que la llamaba, se detuvo a esperarle.

El hombre venía caminando con paso medido, como correspondía a un caballero. Su capa cubría el traje oscuro. Bajo el tricornio, una peluca blanca le ocultaba el pelo castaño.

Ella disimuló su impaciencia para no hacerlo enfadar, al fin y al cabo, él no tenía la culpa de su mal humor.

—Buenas tardes, Millán, no sabía que habías venido a las exequias —le dijo, cuando lo tuvo a su lado.

—Imaginé que estarías aquí —anunció—. Tengo que hablar contigo.

Micaela parpadeó ante la seriedad con que hablaba.

—Podemos hacerlo mientras regreso a mi casa. Tengo que preparar algunas cosas... —manifestó, al tiempo que retomaba el paseo.

—Mejor esperaré a que estemos allí. La calle no es el lugar apropiado para lo que debo decirte —sentenció Millán. Y acomodó su paso al de ella, más vigoroso.

—Como desees.

El sol de la tarde, casi frente a la iglesia, teñía la calle de dorado.

—Hoy hemos tenido un buen día. Parece que ha dejado de llover —dijo el hombre, mirando el cielo—. Confieso que tanta agua empezaba a irritarme. En el tiempo que llevo aquí he destrozado un buen par de zapatos, por no hablar de la ropa.

Por algún motivo, las quejas de Millán le hicieron olvidar el mal sabor de boca de la misa y su malhumor remitió en gran medida. ¿Qué querría decirle?

—Sí, desde que vine he podido comprobar que aquí llueve mucho. Pero no hace tanto frío como en Pamplona y eso es algo de agradecer —aclaró Micaela con una sonrisa—. No obstante, he de admitir que echo de menos la nieve.

El pamplonés pareció satisfecho con sus palabras. Siguieron caminando hasta el herbolario, con Ofelia siguiendo sus pasos.

No había nadie en la casa. Petra y Dionisio también habían asistido al funeral. Como sabía que a Millán le gustaban los convencionalismos, lo llevó a la sala de recibir. La chimenea estaba apagada, pues ella utilizaba muy poco esa habitación y no esperaba volver con nadie. Ofelia corrió a encender el fuego para caldear el lugar. Mientras tanto, ella recorrió las cortinas de terciopelo azul claro para que entrase la luz de la tarde. Miles de motas de polvo revoloteaban suspendidas en el haz de luz. Contuvo el impulso de extender las manos y jugar con el sol, como cuando era pequeña. Tenía un invitado que atender.

—Siéntate, Millán. Veré si se puede preparar un chocolate... —anunció Micaela. Miró a la doncella, que cabeceó imperceptiblemente—. ¿Te apetece algún licor?

—Sí, gracias. Te agradecería un poco de coñac. —Millán entregó la capa y el sombrero a Ofelia. Luego se arrellanó en el sofá de tres plazas, tapizado en brocado rojo.

La curandera sacó del armario aparador una copa y una botella de cristal tallado, los puso en la mesa baja, frente al sofá, y sirvió una generosa cantidad de coñac para Millán. Luego llevó su propia capa a la entrada para colgarla del perchero. Al regresar a la habitación eligió uno de los dos sillones individuales, al lado del sofá, y se sentó recatadamente, con las faldas en orden y las manos en el regazo. No quería dar motivos para que Millán volviera a reprenderla.

—Un buen coñac, debo decir —aseguró Millán, sorprendido, y giró la copa para admirar el color ambarino del licor.

—Mi padre me contó que se aficionó al coñac francés hace diez años, cuando las tropas del duque de Berwick tomaron la ciudad —reseñó Micaela—. Le gustaba tomar una copita después de comer —murmuró con un hilo de voz.

Era curioso cómo pequeños detalles como esos le hacían añorar a su padre. La consolaba saber que al menos había llegado a conocerlo y a disfrutar unos meses de su compañía. Lástima que hubieran sido tan pocos.

—Bueno, ¿y sobre qué querías hablarme? —preguntó, para apartar esos tristes pensamientos de su mente.

La habitación, ya caldeada por el fuego, resultaba acogedora. Seguramente ahora estaría al gusto de Millán.

—Bien. —Él se aclaró la garganta—. Cuando falleció mi padre te pedí que te casaras conmigo. Pese a los meses transcurridos, sigo pensando lo mismo. Considero que haríamos una buena pareja.

Micaela lo miró sin saber muy bien qué decir. Desde luego, no podía aceptar su oferta de matrimonio. Pese a lo que él pensaba, ella no creía que hicieran buena pareja. Todo lo contrario. Estaba convencida de que jamás se llevarían bien. Sus gustos, sus aficiones y sus modos de ver la vida eran completamente diferentes, casi opuestos.

—Tu proposición me honra... —empezó con la mirada baja—. Te lo agradezco, pero debo declinar. —Levantó la vista—. No creo que seamos tan compatibles como tú parece pensar. No niego que te tengo aprecio. Sin embargo, eso no es suficiente para tomar en consideración tu propuesta.

Le vio endurecer la mandíbula. Sus ojos castaños se oscurecieron y un músculo le tembló en la mejilla. Millán se levantó con presteza, después de dejar la copa sobre la mesa con un golpe seco.

Desde luego, su negativa no le había gustado nada. Eso era evidente.

—Sabrás, supongo, que tu actitud no es la más adecuada para una señorita —barbotó Millán, las manos en la cadera—. No es apropiado que vivas sola, sin una dama de compañía. Y ya puestos, tampoco que te dediques al comercio. Mi padre no te educó para que malgastases tu vida despachando... hierbajos. —Sacudió la mano en el aire con desagrado.

—Millán, mi vida ya no es asunto tuyo. Dejé de serlo en el momento que me marché de tu casa. Por lo tanto, si me dedico al comercio es cosa mía —aclaró, poniéndose en pie. No le gustaba que cuestionase su profesión—. Siempre le estaré muy agradecida a don Nicolás por la oportunidad que me dio. Por la educación y por su cariño. No creo estar deshonrando su memoria al despachar hierbas medicinales en el herbolario de mi padre. —Aspiró, las

manos unidas en la cintura—. Opino que esta discusión, por sí sola, pone de manifiesto nuestras diferencias. Con lo cual, deja tu propuesta sin posibilidad de consideración.

Millán la miró de hito en hito, la boca torcida en una mueca de desagrado.

—¿Acaso crees que codearte con gente pudiente, como esos Izaguirre, te hace como ellos? —masculló, rabioso.

Micaela contó hasta diez para no soltar un impropio.

—Por supuesto que no lo creo, Millán. —Le clavó la mirada, en alto la barbilla—. Te agradezco que me hayas acompañado hasta mi casa...

—No hace falta que digas más. Ya me voy —le cortó de malos modos—. Si me das mi capa y mi sombrero, no te molestaré más —articuló con frialdad.

Micaela salió de la habitación a grandes zancadas. ¿Por qué demonios insistía tanto en casarse con ella, si era obvio que no la amaba?

En el perchero de la entrada encontró la capa y el sombrero de Millán. Al volverse casi chocó contra él.

—Aquí los tienes —dijo, entregándoselos.

—En ese caso no tenemos más que hablar —declaró Millán. Después de ponerse el sombrero y la capa, se despidió de ella con una inclinación de cabeza.

Micaela lo vio salir de la casa con paso airado. Al volverse encontró a Ofelia con la bandeja en la mano, el aroma a chocolate caliente impregnaba el pasillo.

—Puedes llevártelo, parece que no lo tomaremos, después de todo —dijo Micaela—. Estaré en la trastienda. Por favor, que nadie me moleste.

## Capítulo 34

La había visto marcharse de la iglesia. A juzgar por su semblante, estaba tan enfadada como él mismo por el comportamiento del marido de la señora Juana, que se fingía desolado por la muerte de su esposa; a los ojos de los feligreses era la imagen de un marido abnegado y cariñoso. No le extrañaba que Micaela se hubiera marchado sin acercarse a darle el pésame. El propio Yago tampoco lo había hecho.

Varias personas se interponían entre la puerta y él. Cuando logró salir de la iglesia, varios minutos después, ella caminaba por la calle de Narrica, acompañada por un desconocido. Ofelia les seguía a corta distancia. ¿Quién era ese hombre? No recordaba haberlo visto por la ciudad. Buscó a su padre para preguntarle, pero él aún no había salido. Entró otra vez en el templo, con intención de averiguar de quién se trataba.

En ese momento una anciana le interceptó para hacerle unas preguntas sobre su enfermedad. Otra mujer le pidió consejo para su esposo, que estaba en la cama con gripe. Contestó a todas las preguntas con paciencia y prometió a las mujeres que las visitaría al día siguiente.

Dentro de la iglesia, sus padres hablaban con varias personas. Al verle le sonrieron y lo llamaron por señas. Supuso que querían incluirle en la conversación. Él no podía quedarse. Necesitaba ir al herbolario. No le gustaba que Micaela se hubiera marchado con ese desconocido.

«Solo lo hago para cerciorarme de que está bien», se dijo. E ignoró la vocecita que le cuestionaba esa razón.

—Buenas tardes —saludó al acercarse a sus padres.

—Buenas tardes, Yago querido. Estábamos hablando con don Marcelo y su madre —dijo Marina—. Imagino que no les conoces. Voy a presentarte: Yago Izaguirre... el magistrado don Marcelo de Larrea y su madre, doña Luisa de Lezo.

—Es un placer conocerles, pero debo disculparme. Tengo que marcharme —aseguró Yago, con apremio. No se le escapó la mirada apenada de su madre—. Debo ir al herbolario.

La tristeza desapareció como por ensalmo de la cara de Marina. Ese cambio no le gustó mucho. No auguraba nada bueno.

—En ese caso, estoy segura de que tanto doña Luisa como don Marcelo sabrán disculparte —declaró ella, con una sonrisa.

—Por supuesto, doña Marina. El deber es lo primero —sentenció don Marcelo, haciendo una venia.

Yago, al ver el gesto de felicidad de su madre, sintió que se le ponían los pelos de punta. Empezaba a temer que ella quisiera emparejarlo con Micaela. Él no necesitaba otra esposa.

Si bien reconocía que se sentía atraído por la curandera —muy atraído, debía admitir—, el matrimonio estaba fuera de toda discusión. Jamás se volvería a casar.

Se despidió de todos y salió de la iglesia.

Para entonces ya no había ni rastro de Micaela ni de su acompañante. Desató a Ébano y montó en él; mientras lo espoleaba para dirigirse a la casa de la curandera, trataba de convencerse de que lo hacía para controlar que nada malo le ocurriese, no por lo mucho que le molestaba que estuviera con otro hombre.

Llegó a la tienda a tiempo para verlo salir. El desconocido marchaba como si lo persiguieran los demonios, sin mirar ni a un lado ni a otro. Si no hubiera sofrenado a Ébano se lo habría llevado por delante.

Desmontó y fue a dejar el caballo en la cuadra. Luego regresó a la calle. La puerta del herbolario estaba cerrada. Llamó y, un instante después, la figura de la curandera se perfiló en el vidrio emplomado.

—Buenas tardes, doña Micaela —saludó con el sombrero en la mano, una vez que ella abrió la puerta. Se estaba poniendo el delantal encima de la falda y el corpiño que había llevado a la iglesia.

—Buenas tardes, don Yago; pasad.

Yago la siguió a la trastienda, tras cerrar la puerta por dentro. No pudo dejar de notar el movimiento sugerente de sus caderas al andar, ni el aroma a jazmín que emanaba de ella. Dios, era demasiado tentadora.

«Tengo que acabar con esta maldita obsesión de una vez por todas».

—He visto que salía un hombre... —empezó, sin saber muy bien cómo seguir.

Ella se volvió un instante para mirarle a la cara, antes de continuar hasta el fondo del cuarto. Su malhumor era evidente.

—¡Ah! Era don Millán de Elizalde. Su padre nos acogió, a mi madre y a mí, cuando huimos de San Sebastián —contestó ella, con evidente mal humor. Y se agachó para atizar el brasero antes de que se apagase.

—¿Os ha molestado? Parecía enfadado —tanteó Yago, y dejó el sombrero sobre la mesa. Se quitó la capa y la colgó del perchero.

—No. No me ha molestado. —Micaela se levantó con un suspiro y giró hacia él—. No más de lo que ya estaba. En realidad, he salido de la iglesia...

—Os comprendo. A mí tampoco me ha gustado la actitud del doliente viudo. —Hizo una mueca.

—Exacto. No podía soportarlo —confirmó ella, alisándose la falda—. Luego Millán ha querido acompañarme para... —Calló y miró al brasero, había prendido y las ascuas brillaban con fuerza.

—¿Para...? —la animó Yago, al ver que ella guardaba silencio.

—Se le ha metido en la cabeza que podríamos... que podríamos casarnos —terminó con un bufido.

Para Yago fue como recibir una andanada de plomo en el pecho.

—¿Casaros? —La voz le salió como un jadeo—. Desconocía que tuvierais prometido.

—Desde luego que no. Nada más lejos de mi intención —resopló Micaela, antes de retirar de la mesa varias botellas de aceites aromáticos con los que había estado trabajando antes de ir a la iglesia. Los dejó en una de las baldas.

—¿Ah, no? —Él parpadeó, completamente confundido. Pensaba que eso era lo que todas las mujeres querían: encontrar un marido.

La curandera comenzó a pasearse por la trastienda. La falda de su vestido ondeaba a cada paso y dejaba a la vista un tobillo cubierto con una media negra. La imaginación de Yago se desbocó. El cuadro de unas piernas enfundadas y enroscadas en su cadera, mientras él la poseía sobre la mesa, le cruzó ante los ojos. Tragó en seco. Tenía una erección pulsando en las calzas.

«Madre de Dios».

—Por supuesto que no —entonó ella, ajena al malestar del galeno—. En estos días he visto lo que el matrimonio hace a las mujeres. De pronto dejas de ser dueña de tu persona y pasas a pertenecer a tu marido para que te pegue cuando le venga en gana. Si él considera que no debes dedicarte al comercio y prefiere que languidezcas en casa frente a un bastidor de bordado, pues debes



hacerlo. —Micaela se detuvo y lo miró como si quisiera que él confirmase su teoría.

Yago se sobresaltó. Su mente, con voluntad propia, seguía ideando escenas lujuriosas.

—En esas circunstancias, ¿quién querría casarse? —preguntó ella.

—Bien. —Con un carraspeo, sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos—. Visto así, nadie, desde luego. Pero afortunadamente no todas las mujeres reciben ese trato —recalcó Yago, apoyando la cadera en el canto de la mesa. Luego cruzó los tobillos y los brazos, mentalmente agradecido por la largura del chaleco, que cubría cierta parte de su díscola anatomía—. Mirad a mi madre. Ella no sufre ningún maltrato y hace lo que desea.

Ella sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Vuestro padre es un hombre excepcional —aclaró, más calmada—. Por desgracia, existen muy pocos como él.

—Tal vez merezca la pena perder parte de libertad por otros aspectos del matrimonio más... digamos placenteros —se oyó decir. ¿En qué demonios estaba pensando?

Ese era el problema, no pensaba en absoluto.

—¿Aspectos más placenteros? —inquirió, pensativa. Luego, con firmeza —: No creo que me pierda mucho.

El diablo, que llevaba un rato tentando al galeno, tomó la iniciativa. Yago, casi con un solo movimiento, descruzó los tobillos y los brazos y asió a Micaela por los hombros. Ella echó la cabeza atrás para mirarle. Sus ojos se abrieron, sorprendidos. Parecían dos estanques gemelos. Yago bajó la mirada hasta su boca voluptuosa, una boca hecha para ser besada, y no pensó más. Con decisión deslizó una mano hasta la nuca de la muchacha y reclamó sus labios.

Por Dios que le iba a demostrar lo equivocada que estaba en su apreciación.

A Micaela le había dado un vuelco el corazón cuando él se acercó para abrazarla. Pero al sentir sus labios... creyó que se iba a desmayar.

Virgen María, aquello era mejor que la vez anterior. Infinitamente mejor.

Él le soltó el otro brazo antes de apresarla por la cintura. Sin dejar de besarla, la sujetaba por la trenza como si temiera que se fuera a marchar. Ella casi rio ante ese absurdo, no iría a ningún sitio. Dios. Estaba demasiado fascinada entre los brazos de aquel hombre. No quería separarse de él.

Se dio cuenta de que tenía los brazos y las manos libres para explorar a su aire. No perdió el tiempo y las llevó hasta sus hombros. Acarició en el camino los músculos de sus brazos, a través de la tela de la casaca negra, y dejó que los dedos se enredasen entre los mechones oscuros de su pelo. En las semanas transcurridas desde su regreso el cuerpo de Yago había cambiado, ya no se le veía flaco, sino todo lo contrario. Ahora la ropa le quedaba perfecta y cubría una anatomía que ella se moría por descubrir. ¿Acaso había perdido el juicio?

La lengua de Yago tanteó para entrar en su boca, ella la abrió, deseando volver a probar su sabor. Fue como si la alcanzara un rayo. Abrió los ojos con un gemido. Él debió de sentir lo mismo, pues se separó un instante, lo justo para mirarla con extrañeza, como si no creyera del todo lo que había pasado.

—Dios —gruñó él, antes de volver a devorar su boca con más pasión, si cabe.

Se sentía perdida en un mar de sensaciones nuevas, tan placenteras que le parecían imposibles. Sus manos tenían vida propia, ahora estaban en la nuca de Yago, ahora en sus hombros, en sus brazos, en su pelo. No podía dejar de tocarlo y necesitaba más. ¿Qué le ocurría?

Con las bocas unidas, él comenzó a deshacerle la trenza con suavidad. El pelo, libre de ataduras, se desparramó por la espalda, hasta la cintura y entre sus dedos. Se apartó un poco de ella para poder admirarla.

—Es como satén negro y tan suave como la propia seda —susurró, con voz enronquecida. Sus ojos grises parecían negros y profundos—. No sabes las ganas que tenía de hacer esto —añadió, antes de acercarse un mechón a la nariz—. Huele a jazmín.

—Utilizo esencia de jazmín para aromatizar el jabón —comentó, como en un sueño.

Él se acercó más y la besó en la frente, sobre la raíz del pelo. Luego le dejó un reguero de besos desde allí hasta la mejilla, hasta el lóbulo de la oreja, donde se entretuvo un poco, así consiguió que las rodillas de Micaela flaqueasen. Después, esos mismos labios continuaron por el cuello, el hueso de la clavícula y más abajo.

«Virgen María, esto es indecente. Debería detenerlo», pensó ella. «¡No! Un poco más».

Las manos de Yago bajaron hasta la cintura y soltaron el lazo del delantal. Al instante bregaban para desatar los cordones del corpiño, mientras su lengua saboreaba la parte inferior del escote. El cordón cedió al fin y, salvo por la tela de la camisola, los pechos quedaron expuestos. Él no tardó en

desabrochar los diminutos botones que la cerraban y apartó la tela, casi con reverencia.

Micaela sintió la tentación de cubrirse con las manos, pero una mirada a los ojos de Yago le quitó las intenciones. La miraba como si fuera un hambriento y ella un manjar delicioso. Con tanto deseo que parecía quemar.

—No se te ocurra cubrirlos, Micaela —ordenó con la voz ronca. Oír su nombre así fue electrizante—. Eres como la Venus de Botticelli —aseguró, mientras le acariciaba con la punta de los dedos el contorno de un pecho—. Tan hermosa y suave... una tentación para los sentidos.

Micaela se estremeció de placer y dejó caer la cabeza hacia atrás; su cabello se desparramó por un hombro y le cubrió parcialmente el cuerpo. Podía notar aquellas caricias en espiral que se acercaban a la cúspide. No le hizo falta mirar para saber que sus pezones estaban tan duros como pequeños guijarros, ansiosos por ser acariciados. Pero no fueron sus dedos los que lo hicieron. Al tener la boca de Yago en uno de aquellos puntos tan sensibles, la sensación hizo que, vergonzosamente, se humedeciera entre las piernas. Sus rodillas cedieron y hubiera caído al suelo de no ser porque él, atento, la sujetó.

—Lo... lo siento, no sé... qué me pasa —se disculpó. «Santa madre, casi no me tengo de pie. Debería pedirle que parase, esto no está bien», pensó en medio de todas aquellas sensaciones. Pero no dijo nada más.

Sintió que la asía por el trasero, a través de las capas de tela de la falda y las enaguas, para alzarla hasta al borde de la mesa. A esa altura tenía mejor acceso a sus pechos; no tardó en succionar uno mientras acariciaba el otro. La estaba matando. Jadeando por el tormento, sujetó impudicamente la cabeza de Yago contra uno de sus senos. Con una risita de satisfacción, él cogió el ruedo de la falda. El contacto de su mano en la pierna enfundada estuvo a punto de deshacerla por dentro.

Apenas había luz en la trastienda. Solo el resplandor de las brasas lidiaba con la oscuridad. No quería pensar en la imagen que presentaría, con el corpiño y la camisola abierta, colgando de los hombros. La falda, subida hasta más arriba de las rodillas, en un lío de enaguas blancas y volantes bordados. Una cortesana no habría tenido un aspecto muy distinto. Y sorprendentemente, imaginarlo la enardeció aún más.

«¿Qué me está pasando? No soy yo misma».

Recordó aquella mañana en el dormitorio de Yago, cuando la sábana, al escurrirse, le había dejado el torso y los brazos al aire. En su mente se formó la imagen del vello que cubría el pecho y que descendía en una línea hasta debajo del ombligo. Quería tocarlo. Comprobar si era suave o áspero. Los

dedos le hormigueaban de necesidad. Era la oportunidad perfecta para saber si era cierto lo que las mujeres casadas comentaban en susurros. Si era verdad esa dicha que decían sentir en los brazos del marido. Después de las sensaciones que estaba experimentando con las caricias de Yago y con sus besos, empezaba a sospechar que sí, que eran ciertas.

Llevó las manos al cuello de Yago y le desató la corbata y la camisa con dedos temblorosos. Como el chaleco negro frenara su avance, soltó unos botones para introducir la mano y casi gimió al sentir el calor que desprendía aquella piel.

Ahora fue él quien jadeó.

—Dios, Micaela, me matas —gimió sin dejar de acariciarla. La mano había llegado al muslo desnudo y continuaba su ascensión.

Retiró con premura su sombrero y las pocas cosas que había al otro extremo de la mesa. Luego la instó a tumbarse con las piernas colgando y él se situó entre sus muslos.

Micaela cerró los ojos un instante, abandonada a la sensación de tenerlo tan cerca. Se notaba tan extraña que le parecía estar viviendo en el cuerpo de otra persona, una más pecaminosa y descarada que ella. Una que buscaba, por encima de todo, descubrir el placer.

Yago entrelazó sus dedos con los de ella y le estiró los brazos por encima de la cabeza, hasta apoyarlos sobre la superficie rugosa de la mesa de trabajo. Medio tumbado sobre ella, saqueó su boca. Micaela se dejó asaltar sin oponer resistencia, demasiado excitada para hacer otra cosa que dejarse llevar por aquellos estremecimientos que le recorrían todo el cuerpo.

Él le soltó las manos y dejó que las suyas acariciasen los brazos desnudos hasta llegar a los hombros, la clavícula, el escote, los pechos... Ella no pudo evitar gemir y arquear la espalda, pidiendo más. El aliento de Yago sobre uno de sus senos la volvió loca, lo sujetó por el pelo para que no se marchara de ahí.

Con una risa grave, él se liberó para seguir descendiendo por el torso de ella, cubriendo de besos la piel ardiente.

Ella no sabía qué esperar. Nadie la había besado, mucho menos acariciado nunca así. No era de extrañar que la confusión y el deseo se disputaran su mente.

Los labios de Yago habían rebasado la frontera de su falda y rozaban la piel sensible del interior de un muslo. Al sentir que él soplaba sobre su pubis trató de incorporarse como un resorte.

—Eso... eso... no está bien —articuló.

—Shhhh, quédate quieta y deja que te dé placer. —Las palabras de Yago sonaron amortiguadas entre los muslos de Micaela.

—Pero... es que... no puede ser decente —protestó, oscilando entre la vergüenza y el deseo.

—Es perfecto —la contradijo, antes de besar aquel punto sensible entre sus piernas y hacer que olvidara toda protesta.

Micaela se agarró a los bordes de la mesa, a ambos lados del cuerpo, para no caer. Con los ojos cerrados, se dejó llevar por aquel tormento, apretando los dientes para no gritar por aquellas sensaciones, demasiado placenteras, que la acosaban con frenesí. Sensaciones que iban en aumento y que la llevaban a un lugar desconocido. Que hacían vibrar su cuerpo, que la obligaban a ondular las caderas como si estas tuvieran voluntad propia. Él se retiró entonces, y sustituyó su lengua por un dedo. La intrusión la hizo aspirar entrecortadamente y retorcerse sobre la mesa, al tiempo que levantaba la pelvis de manera escandalosa, para que él tuviera un mejor acceso.

Ya no pensaba, no habría podido hacerlo, aunque la vida le fuera en ello. Solo quería sentir, disfrutar.

Yago la besó y ella, al sentir su propio sabor en sus labios, perdió la cordura y algo en su interior se desbordó.

Abrió los ojos. En medio de la penumbra, contempló al hombre que le había hecho conocer esa dicha. Su mirada, oscura y llameante, el pelo revuelto, la camisa desabrochada y el chaleco desabotonado en parte, le daban un aspecto de pirata difícil de resistir. Jadeaba, como si hubiera estado luchando. En la frente y el cuello le brillaba el sudor. Micaela se incorporó en la mesa y pasó una mano por el vello que asomaba por la abertura de la camisa. Luego se acercó aún más y besó el hueco entre las clavículas. Lamió la piel salada por el sudor y lo sintió temblar.

—Por el amor de Dios, mujer, no sigas —siseó Yago, entre dientes—. Estoy intentando contenerme para no hacerte el amor sobre esta mesa.

El tono de su voz era un afrodisíaco potente. No había nada en el mundo que quisiera más que hacer el amor con él. Sobre una mesa, en el suelo o en medio de la calle. No le importaba.

—No hay nada que os lo impida, señor —precisó ella, bregando por soltar todos los botones del chaleco.

Quería verlo. Necesitaba sentir su piel pegada al pecho. Saber si ese vello negro y sedoso le haría cosquillas en los sensibles pezones. Descubrir si las ilustraciones que había visto en ese raro libro eran tan reales como parecían o

se trataba de un engaño. Y, sobre todo, anhelaba sentirlo dentro de ella. Sospechaba que solo eso apagaría el ardor que la consumía entera.

Los dedos se deleitaron repasando cada zona del musculoso torso de Yago como si quisiera aprenderlo de memoria. Sus estremecimientos le hicieron saber que estaba tan afectado como ella. Besó sus tetillas, tal como él hiciera con ella, y lo sintió vibrar. La sensación de poder, recién descubierta, le hizo sonreír.

—Esto está yendo demasiado lejos —dijo él, con la frente pegada a la suya—. Si seguimos así, no sé si podré detenerme. Te deseo demasiado.

—¿Quién os ha pedido que os detengáis? —susurró una Micaela desconocida para ella misma.

Esa misma Micaela llevó torpemente las manos a las calzas negras de Yago. Los botones se resistían a ser desabrochados. Justo cuando ella empezaba a perder la paciencia, él la ayudó a liberar su miembro erecto.

La joven no pudo evitar un parpadeo y una exclamación asombrada ante el tamaño que se intuía en la penumbra.

—Aún estáis a tiempo de pedirme que me detenga. Más allá de este momento, dudo que sea capaz de hacerlo —aseguró el galeno, adivinando sus temores.

—Yo... no os detengáis. —Jamás hubiera imaginado que sería capaz de pedirle eso a un hombre. ¿Acaso había perdido la vergüenza y el recato? ¿Qué pensaría Yago de ella?—. Quiero seguir, si a vos no os molesta —musitó, sin mirarle a los ojos.

«¡Vaya tontería que acabas de decir!», pensó, abochornada.

La risa grave de Yago, antes de besarla con pasión, hizo que olvidara sus pensamientos y se centrara en las sensaciones que esos labios, esa lengua, le provocaban en la boca. Volvió a notar que se humedecía entre los muslos y que sus pezones erguidos suplicaban ser acariciados. Lo abrazó como si quisiera fundirse con él. Poco a poco volvió a tumbarse sobre la mesa, con las piernas colgando a ambos lados de Yago.

Los dedos de él peinaron el vello negro del pubis y volvieron a tocar ese lugar, entre las piernas, que la hacía licuarse por dentro. A punto de alcanzar otra vez el orgasmo, sintió que algo duro la penetraba y se tensó ante la invasión.

—Relájate, procuraré... no hacerte... daño —murmuró Yago, con voz entrecortada por el esfuerzo—. Lo siento —siseó, hundiéndose en ella.

Micaela esperaba más dolor, pero no fue más que una molestia que no tardó en disiparse. Otras sensaciones, mucho más intensas y placenteras, se

centraron en ese lugar por donde estaban unidos, crecían conforme Yago empujaba, con una cadencia que iba en aumento. Los gemidos de ambos se mezclaron en aquel cuarto.

Lo rodeó con las piernas. Quería más. Buscaba una especie de liberación, algo que pusiera fin a esa urgencia que se irradiaba desde los riñones hasta el cerebro, por toda la columna vertebral.

Cuando creyó que ya no podría aguantarlo más, cuando pensó que iba a estallar en mil pedazos si él no paraba, una sensación de plenitud la desbordó, dejándole el corazón desbocado. Si Yago no la hubiera besado en ese instante, apagando con su boca el grito de placer, la hubieran oído en toda la ciudad.

Un instante más tarde, con la última embestida, notó que él se retiraba con un rugido. Una sustancia caliente y viscosa se derramó sobre su muslo.

## Capítulo 35

La rabia le calentaba el cuerpo. No podía dejar de pensar en el comportamiento de Micaela, el día anterior, tan poco decoroso. Las palabras no dichas: «No te metas en mis asuntos», habían quedado flotando en el aire. Jamás pensó que la pupila de su padre pudiera haber cambiado tanto en esos meses. Si bien era cierto que siempre había tenido un carácter fuerte e ideas raras, también lo era que, por respeto a las buenas maneras, se había limitado a atender solamente a los criados de la casa. Pero ahora su conducta era totalmente inadmisibile. Desde luego, estaba muy lejos de ser la esposa ideal. Y dudaba que, una vez casados, pudiera doblegarla como había pensado en un principio.

—¡Demonio de mujer! —bramó, enfadado.

Volvió a recorrer la pequeña estancia a grandes zancadas. Necesitaba descargar la tensión que amenazaba con crisparle cada parte del cuerpo. Nada estaba saliendo como él había planeado. A estas horas ya deberían estar, si no casados, al menos con las amonestaciones leídas. En cambio, no estaba más cerca de conseguirlo que el día que llegó, poco más de un mes atrás.

Unos golpes en la puerta frenaron su errático paseo. Al abrir la puerta casi gimió. ¿Qué más podía salir mal?

—Buen día, don Millán —saludó el posadero, frotándose las manos en el sucio mandil—. Como recordaréis, la otra noche os pedí que me pagaseis vuestra deuda.

—Lo sé, no lo he olvidado. —Trataba de mantener la calma—. Os recuerdo que mi criado está de camino. Me sorprende que se demore tanto.

—Con demora o sin ella, señor, os exijo que me paguéis ahora mismo. De lo contrario no tendré más remedio que denunciaros ante el magistrado.

El gesto del posadero, subirse los pantalones para acompañar la amenaza, fue la gota que colmó el vaso. Con la cólera brotando de todos sus poros, fue a sacar la bolsa de dinero de su casaca. Una a una fue contando las monedas



hasta completar lo que debía. A duras penas se contuvo para no tirárselas a la cara al hombrecillo, que lo miraba como si supiera con exactitud en qué brete se encontraba su huésped.

—Ya tenéis vuestro dinero —masculló. Y tras cogerle la mano le plantó las monedas con un golpe seco.

Lejos de amilanarse, el posadero las fue contando hasta quedar satisfecho. Luego sus ojos oscuros le recorrieron con insolencia.

—Con esto me pagáis lo adeudado y solo un día más. Espero, por vuestro bien, que no me vea en la obligación de volver a pedir nada más y que, de ahora en adelante, los pagos se hagan religiosamente —soltó el hombre, antes de darse la vuelta y bajar por las escaleras, haciendo sonar las monedas en su enorme mano.

Millán cerró la puerta con fuerza. Estaba fuera de sí. Nunca le habían tratado con tanta insolencia. Él era don Millán de Elizalde y Martínez de Eulate. Sus antepasados se remontaban a tiempos de...

—¡Pardiez! —bramó, colérico—. Ella se lo ha buscado.

Con esas palabras se colocó la casaca y la capa. Ya no aguantaba más. Comprobó que la peluca estuviera bien puesta y salió por la puerta como un toro embravecido.

Debía hablar con Ofelia, estaba seguro de que ella podría ayudarlo. Con suficiente incentivo, no podría negarse. Mientras ideaba ese incentivo, trataría de localizar a la prostituta que había contado aquella historia de la «resurrección» del bebé. Sería estupendo que Micaela hubiera tenido algo que ver. Con los adornos pertinentes, era una base para acusarla.

Por primera vez desde que descubriera el estado calamitoso de las cuentas de su padre, se permitió una sonrisa.

—*Ama*, creo que ya es hora de que empiece a usar corsé —anunció Clara a su madre—. Ya no soy una niña, ¿te has percatado?

Estaban sentadas en un sofá de la biblioteca. Marina le estaba enseñando a bordar un cojín, aunque sin mucho éxito, pues Clara tenía la cabeza en otro sitio.

Llevaba varios días tanteando a su madre de la mejor manera posible, hasta ese momento no lo había logrado.

—Hija, aún es pronto para ello —objetó Marina, y le acarició la mejilla—. Sé que quieres empezar con esas cosas, pero te prevengo que son una tortura.

La mitad de los días no me lo pongo a menos que deba salir, pues no soporto la rigidez de las ballenas.

Eso no la convencía. La mejor manera de dejar atrás su apariencia de niña era vestirse como una mujer. Y debía empezar por el corsé. ¿Cómo, si no, se fijaría Marcos en ella? Él la consideraba una niña y ella quería demostrarle lo muy equivocado que estaba.

—Llegará un día en el que lo aborrezcas tanto como yo. Te lo aseguro —comentó su madre. Dejó a un lado la camisa que estaba remendando y empezó a repasar los puntos del bordado—. Estás mejorando, hija. Empiezas a hacer unas puntadas mucho más parejas. Este cojín quedará precioso. —Acarició la tela. Luego, como si recordara lo que le había dicho Clara, dejó el bastidor sobre sus rodillas antes de contestar—: Disfruta de esa libertad que te da no estar sujeta a un artefacto que te mantiene aprisionada. Ya tendrás tiempo de usarlo, mi vida. Hazme caso, olvídate de eso ahora.

Clara frunció el ceño. Ella no quería esperar más y, desde luego, no lo olvidaría. Volvió a coger el bastidor y siguió con el bordado, mientras ideaba la mejor manera de insistir en ello. Su madre la miró un instante y recuperó la camisa para seguir cosiendo.

—Al menos, los próximos vestidos podrán ser más largos, ¿no? —sugirió más tarde.

—Está bien, Clara, la próxima vez que mandemos llamar a la modista estudiaremos la largura de tus ropas —concedió su madre con un suspiro. Dio las últimas puntadas y cortó el hilo con los dientes—. Quiero que sepas que, por muy largas que lleves las faldas, si no te comportas como una mujer seguirás pareciendo una niña. Así que, si quieres que tu vestuario cambie, deberás empezar por mejorar tus modales.

—Lo sé, *ama*. Ya verás cómo mejoran —notificó, satisfecha por el logro.

Con un poco de suerte, dejaría atrás de una vez por todas esos vestidos tan poco favorecedores. Ay, no veía el momento.

Adela, de pie ante la puerta de la biblioteca, leyó de nuevo la carta. No había ninguna duda, su padre le solicitaba que fuera a atender a su madre, pues estaba muy enferma. Debía ir. No soportaba saber que su madre estaba sufriendo y no hacer nada para aliviarla.

Se preparó para hablar con doña Marina. Aunque sabía que la dueña no pondría ninguna pega, temía decirle que iba a dejarles por un tiempo.

Luego estaba Tomás. El hombre se había ido metiendo en su corazón con fuerza y le daba pena no poder verlo en muchos días.

«Tu obligación está con tus padres, muchacha», se recordó con sequedad. «Eso no evita que me entristezca dejar esta casa».

Golpeó la puerta y esperó a que doña Marina le diera permiso para entrar.

La señora estaba cosiendo mientras la señorita Clara se dedicaba a bordar sin mucho entusiasmo. Las dos la miraron con curiosidad.

—Buenas tardes, señora, señorita... —comenzó Adela, y suspiró con tristeza—. Acabo de recibir una carta de mi padre. —Mostró el papel que llevaba en la mano—. Mi madre está enferma y necesita que vaya a atenderla. Quisiera solicitar vuestro permiso para ir.

—Por supuesto que puedes ir, Adela —aseguró la dueña de la casa. Dejó la prenda a un lado para ponerse en pie—. ¿Sabes qué le ocurre? Yago podría ir a visitarla para asegurarse de que reciba el tratamiento adecuado. —La preocupación era evidente en sus rasgos.

—Os lo agradezco mucho, señora. Mi padre no me ha aclarado de qué enfermedad se trata. No quisiera importunar, pero... —Adela agachó la cabeza, un tanto avergonzada—. Si don Yago pudiera visitarla le estaría eternamente agradecida. Confío en su experiencia.

Tomás había alabado el talento de su señor como galeno y sus palabras le inspiraban fe.

—Se lo diré en cuanto regrese. No te preocupes. Dile al mozo de cuadra que prepare el coche para llevarte.

—¡Ah, no! No hace falta, puedo ir andando...

—Nada de eso. Con el coche llegarás mucho antes. Y no lo discutas —insistió doña Marina con autoridad.

Adela casi se echó a llorar, emocionada por el trato que le dispensaba su ama. Era una persona afortunada por trabajar en un lugar donde se tenían tan en cuenta las circunstancias y los sentimientos de los criados. No era lo habitual.

—Muchísimas gracias, señora. Me prepararé en seguida. Espero no tener que estar fuera mucho tiempo para no causar ningún trastorno en la casa...

—No te preocupes, Adela. Buscaré a otra sirvienta para que te sustituya y seguiré ejerciendo de ama de llaves hasta que regreses. He pensado que después podrías encargarte tú misma —aclaró con una sonrisa.

—¿Yo, señora? —balbuceó, sorprendida.

—Sí. Creo que estás preparada para ello y sería una buena solución. Ahora vete tranquila y atiende a tu madre. Rezaré para que se recupere

pronto. Transmítele mi saludo.

—El mío también. Espero que se cure pronto —dijo la señorita Clara.

Adela salió de la biblioteca con lágrimas en los ojos. Seguía con las emociones a flor de piel. La falta de su hermana pequeña, la enfermedad de su madre, el trato tan amable de la dueña de casa... ¡Ama de llaves! No podía creerlo. Era un sueño.

Ahora no podía pensar en eso, debía despedirse de Tomás. Curiosamente, le costaba separarse de ese hombrecillo.

«Eres una tonta, Adela. Te comportas como una chiquilla enamorada», se recriminó.

Los puestos de las caseras ocupaban gran parte de la plaza Nueva — inaugurada unos años antes y cuya Casa Consistorial aún no estaba ocupada — y llenaban de aroma y colorido el recinto. Las hortalizas de otoño lucían expuestas en sus cestos para tentar al comprador. El sol de la mañana arrancaba destellos a las brillantes hojas de las acelgas colocadas en ramos, como si no fueran una humilde verdura, sino hermosas flores. Ristras de ajos con las gordas cabezas entrelazadas, cebollas de piel cobriza, manojos de zanahorias, de nabos o de puerros. Jugosas manzanas de piel pulida, que competían en brillo con las castañas.

Ofelia, sin hacer mucho caso de la algarabía de voces que pregonaban la mercadería, se paseó por todos los puestos hasta encontrar lo que necesitaba. No se dio prisa. Esos ratos le ayudaban a sobrellevar el tedio de las jornadas. En la casa de los Elizalde, allá en Pamplona, había varios criados con los que charlar en los pocos momentos de descanso. Ella solía hablar mucho con la cocinera y su ayudante. Muchos días se reunían todos los sirvientes de la casa en la cocina y pasaban un buen rato contando historias o, simplemente, cotilleando sobre las casas vecinas.

Los primeros meses en San Sebastián se le habían hecho muy pesados. Por un lado, la tristeza de no ver a don Millán, por otro, la falta de personal en la casa. Por aquel entonces aún podía hablar con Micaela y esos momentos, al menos, hacían más llevadero el trabajo. Al principio se llevaba bastante bien con Petra, pero la situación había cambiado drásticamente desde que regresaron de la casa-torre Izaguirre. Encontraba a Petra demasiado complaciente con el comportamiento de Micaela, tan poco adecuado, cada vez que Ofelia se quejaba, la anciana le sacaba la cara a la joven.

La llegada de don Millán le había hecho recordar los buenos momentos vividos en su casa. Añoraba aquello y temía que él volviera a marcharse, para ella sería un duro golpe.

Al sentir unos golpecitos en el hombro se volvió para ver quién le llamaba así la atención.

Se le aflojaron las rodillas al ver que se trataba de don Millán en persona.

—Buen día, señor —atinó a decir, agachando la cara por tapar el rubor que le cubría el rostro. Maldijo el peso de la cesta, pues no podía aguantarla con una mano para comprobar con la otra el estado de su cabello.

—Buen día, Ofelia. Me alegra verte —aseguró el hombre con amabilidad—. Quería hablar contigo.

—¿Conmigo, señor? —preguntó, asombrada.

—Sí, pero será mejor buscar un lugar menos concurrido —consideró, mirando a los lados—. Con tantas voces es difícil entender lo que se habla. Ven, sé de un sitio que estará bien —anunció, al tiempo que la asía del codo para instarla a seguirle.

Salieron de la plaza por uno de los accesos hasta llegar a la calle de San Jerónimo y desde allí se dirigieron a la calle de La Trinidad. Durante todo el trayecto guardaron silencio. Ofelia se dejaba conducir, demasiado sorprendida para hacer nada y dispuesta a disfrutar de unos momentos a solas con don Millán.

Cuando él hizo ademán de entrar en una posada, ella se negó en redondo, no quería que su reputación quedase manchada.

—No puedo entrar, don Millán, no estaría bien... —protestó.

El hombre la miró con el ceño fruncido, como si le extrañara que le contradijera, pero al momento se recobró y esbozó una sonrisa.

—No te preocupes, iremos al comedor privado de la taberna, allí no nos molestaran y no se tomará a mal que nos vean juntos —aseguró don Millán.

La taberna olía a cerveza rancia, a sidra y al humo procedente de las pipas de los marineros. Ofelia, con la vista clavada en la espalda de don Millán, lo siguió hasta uno de los reservados, al fondo del local. Una vez dentro, él la invitó a sentarse a la mesa. Las voces de los otros parroquianos quedaban amortiguadas al otro lado de la puerta. Un par de candiles colgados del techo iluminaban la pequeña estancia. No había ventanas. Una mesa con varias sillas era todo el mobiliario. Adela dejó en el suelo la cesta con la compra. Una de las camareras llegó en seguida para tomarles el pedido. El navarro pidió vino y queso.

Para calmar los nervios que le agarrotaban el estómago, Ofelia se dedicó a seguir con los dedos las vetas de la madera de la mesa. Nunca había entrado en un lugar como aquel, mucho menos con un hombre.

No se atrevía a mirarlo. Le daba vergüenza. Era extraño estar allí sentada, en compañía del amor de su vida. Pensó en todos los sueños que había ideado con él como protagonista y se sonrojó de placer. Aquello era mucho mejor. Era real.

La camarera regresó en seguida con el pedido y lo puso en la mesa con movimientos diestros, antes de volver a salir y cerrar la puerta.

—Toma, bebe un poco —dijo don Millán, mientras le servía vino en una de las jarras de peltre—. Te sentará bien. No debes estar nerviosa. Nos conocemos de toda la vida.

Ofelia bebió un poco y, aunque el sabor le resultó un poco agrio, lo apuró para darse valor. El hombre rellenó la jarra con una sonrisa de complacencia y le guiñó un ojo.

Si hasta entonces el corazón de Ofelia había latido un tanto desacompañado, en ese momento se saltó un par de latidos y luego comenzó a batir como un tambor enloquecido. Apuró la mitad de la jarra de un solo trago. Esta vez el sabor le pareció mucho más agradable.

—Ten cuidado, mujer. Bebe más despacio, que se te puede subir a la cabeza —señaló don Millán, muy serio—. Lo que te voy a contar es muy importante y necesito que estés completamente lúcida para que lo comprendas todo.

Ofelia solo atinó a asentir con la cabeza. El vino le había caldeado el estómago y se sentía muy bien. Podría decirse que era feliz. Se contuvo para no sonreír, por temor a molestar a don Millán. Estaba demasiado serio, un rictus de preocupación le marcaba el semblante. Aun así, era tan hermoso y tan varonil que casi suspiró de deleite.

—He venido para casarme. En estos meses, desde que murió mi padre, he descubierto que ya es hora de que lo haga.

Ofelia volvió a beber. Temía lo que iba a decir a continuación. No quería oírle decir que deseaba casarse con Micaela, la joven no le merecía. Era muy doloroso. Se pasó la mano por el pelo con nerviosismo y aguantó las ganas de romper a llorar.

—Necesito una mujer a mi lado. Una buena esposa, que sepa su lugar —describió el hombre, la mirada clavada en ella—. Sabía, cuando vine aquí, que Micaela no era la persona adecuada para ser mi mujer. Pero estaba dispuesto a casarme con ella por un motivo muy poderoso. En los días que

llevo en San Sebastián he podido constatar que no cumple los requisitos que espero de mi mujer. No puedo contraer nupcias con ella, ni siquiera para salvar mi patrimonio.

—¿Para... para salvar vuestro patrimonio? —indagó, asombrada.

—Sí, mi querida Ofelia. Mi padre, que Dios lo tenga en su gloria, otorgó una dote a Micaela para cuando ella se casara o, en su defecto, cuando cumpliera los veinticinco años. —Calló un momento para rellenar las jarras de vino—. No habría tenido ninguna importancia si no hubieran caído sobre mi hacienda una serie de catástrofes.

Las palabras del pamplonés la hicieron parpadear con asombro. Un asombro que fue en aumento, conforme él le relataba lo sucedido desde que ellas se marcharon de su casa. Siguió bebiendo. Con cada sorbo de vino se sentía mucho mejor. No podía evitar mirarlo con arrobos. Sabía que eso no estaba bien, pero era superior a ella. Jamás había estado tan cerca de él. Lo bastante cerca para oler de primera mano lo que intuía años atrás, cuando le lavaba las ropas. Suspiró al contemplar el castaño cálido de sus ojos y lamentó que llevase peluca, pues eso le impedía ver y tocar su pelo. Quería consolarlo.

—Como puedes comprender, vine con la intención de hacer de Micaela mi esposa, pero me veo incapaz de rebajarme a tanto —continuó don Millán, al parecer ajeno a los sentimientos de la mujer—. Mi padre intentó hacer de ella una dama, aunque es evidente que no lo consiguió. Tal vez debería haberte prestado más atención a ti. Estoy seguro de que tú sí hubieras aprovechado esas lecciones. Se ve que tienes el porte de una gran señora.

Ante esas palabras el corazón de Ofelia dio un brinco. ¡La había llamado «gran señora»! La valoraba. Reconocía que era algo más que una simple sirvienta. Apuró el vino de su jarra. Se sentía embriagada de felicidad. Notaba la piel caliente. Estaba segura de haberse ruborizado hasta la raíz del cabello.

Cuando la mano de él le rozó la mejilla en una caricia, pensó que se desharía sobre la silla. Cerró los ojos, extasiada por las sensaciones que la colmaban por dentro.

—Estoy convencido de que tú serías una esposa excelente.

Las palabras susurradas por don Millán penetraron en su cerebro y estallaron como fuegos de artificio, borrando a su paso cualquier pensamiento coherente o de ningún otro tipo. Se sentía en una nube, tan dichosa que podría haber muerto en ese momento sin importarle siquiera.

Lo miró a los ojos, giró la cara hacia la mano que le acariciaba y, con toda osadía de que era capaz, se atrevió a besarla. Un instante después, don Millán

la había alzado y, tras sentársela en el regazo, procedía a besarla hasta dejarla aturdida.

«He muerto y he ido al cielo», pensó, en medio de los besos y las caricias que su señor le prodigaba.

—Sube conmigo a mi habitación —le susurró al oído—. Deja que te demuestre lo que siento por ti.

Ofelia sabía que aquello no estaba bien. Que no debía hacerlo. Ella era una mujer decente. Debía negarse.

—Sí —musitó con la mirada vidriosa. Se dejó conducir hasta la salida y después a la posada.



## Capítulo 36

El tímido sol no era suficiente para calentar el día. Varios mariscadores, agachados, rastrillaban la arena para recoger almejas, mientras algunos niños correteaban a su alrededor, entre risas.

Yago, con las bridas de Ébano en la mano, caminaba sin prisa por la playa. Las botas se le hundían en la arena blanda y dejaban huellas a su paso.

Se había levantado de madrugada, incapaz de aguantar más tiempo en el lecho. El frío del amanecer le ayudó a serenar un tanto los pensamientos, pero no lo suficiente como para acallarlos del todo.

Ahora, a media mañana, seguía igual de preocupado por lo sucedido el día anterior, en la trastienda del herbolario. Los recuerdos le asaltaban con una nitidez pasmosa. Aún podía notar el sabor de Micaela en la boca, su olor, y escuchar sus gemidos al alcanzar el orgasmo.

Su miembro pujó contra las calzas. No era algo nuevo, llevaba así desde que se había levantado. Ni el frío de la mañana ni la larga cabalgada por las colinas, a lomos de Ébano, le habían servido para aplacar el ardor que lo consumía por dentro.

Había creído que su chifladura por Micaela se enfriaría después de hacer el amor con ella, pero no era así. Su deseo parecía haberse multiplicado por cien y ahora ardía en ganas de volver a estar con ella, de volver a abrazarla y hundirse en la blandura de su cuerpo.

Era como estar hechizado.

Era como una droga que se metía en la sangre y te volvía adicto a ella. Una especie de lujuria que parecía haberse instalado en su mente desde que conociera a la curandera. Una excitación que parecía ir en aumento ahora que había probado su sabor.

Con disimulo, se colocó mejor las calzas y continuó caminando.

Las imágenes volvieron a pasear por su cabeza.

Todo había empezado por querer demostrar a Micaela lo equivocada que estaba al pensar que esos otros «aspectos del matrimonio» no merecían la pena. La había besado por ese motivo. En principio no pensó en ir más allá. Claro, eso fue antes de que probara sus labios y todo su ser clamara por poseerla lo antes posible. ¡Diantre!, era tan apasionada que lo había dejado confundido. No se esperaba eso en una mujer sin experiencia. Y, sin duda, Micaela lo era, sus inexpertos besos la delataban. Pero a la vez, dentro de esa inocencia, había una pasión tal que lo había desarmado.

Y allí quedó él, agotado, pero satisfecho hasta la médula de sus huesos. Como jamás lo había estado.

Volvió a preguntarse, como venía haciéndolo desde el amanecer, ¿cómo era posible haber creído que era una bruja capaz de seducir a su padre? Incluso, que pudieran ser amantes. ¿La bebida le había nublado el cerebro? ¿Había interpretado de manera errónea el abrazo visto aquel día? Claro que tal vez era su padre quien tenía interés en ella y no al revés.

Hasta la tarde anterior Micaela era virgen. Si sus besos algo torpes no le hubieran advertido de su inocencia, la sangre virginal entre sus muslos habría sido más que suficiente.

Recordó la ternura que había sentido al limpiarla, lo mucho que le costó salir de aquel cuarto y regresar a su casa, cuando lo que más deseaba era seguir abrazado a ella y volver a hacerle el amor.

«¡Santo Dios! La he desvirgado sobre una mesa», pensó, pasándose una mano por la frente. «Ella no merecía eso».

En realidad, Micaela merecía estar en una cama con sábanas de seda. Con el cabello negro y brillante extendido sobre la almohada. Merecía que reverenciasen su cuerpo blanco y voluptuoso. No un revolcón sobre la dura superficie de una mesa.

«La próxima vez será mejor».

Porque habría una próxima vez y otra más y otra... Algo le decía que jamás tendría bastante de esa mujer. Sin duda, estaba hechizado.

No podía creer lo que habían hecho. El efecto del vino empezaba a disiparse, pero lejos de sentir vergüenza por lo que había permitido que sucediera, estaba radiante.

Entregarle la virginidad a don Millán era lo más hermoso que le había sucedido en toda su vida. Nadie merecía más su doncellez que aquel hombre. El amor de su vida y ahora su amante.

Le gustó cómo sonaba esa palabra. Algo avergonzada por su audacia, pensó que no le iba a costar mucho acostumbrarse a la idea.

Don Millán —le costaba llamarlo de otro modo— se levantó de la cama y comenzó a vestirse. Ella se cubrió mejor con la sábana. Pese a las cosas que habían hecho, aún se sentía algo cohibida por su desnudez en presencia de él.

—Será mejor que te vistas. Micaela se estará preguntando dónde te has metido.

Ofelia no había esperado palabras de amor, pero tampoco esa orden desapasionada, casi fría. Se sintió mal. Debió de emitir algún sonido, pues el navarro se volvió para mirarla.

—Me preocupa que Micaela se entere de lo nuestro —aclaró con voz persuasiva, y se sentó en la cama—. Necesito que me ayudes. —Acompañó las palabras con una caricia a la mejilla de la criada—. Tú eres la única que puede ayudarme a salvar mi patrimonio... —susurró. Los dedos descendieron por la curva del cuello y llegaron hasta el arco de los pechos, que la sábana dejaba a la vista—. ¿Me ayudarás?

—Sí —logró contestar Ofelia, perdida en las sensaciones que ese hombre le arrancaba con cada caricia—. ¿Qué debo hacer?

—No deseo casarme con Micaela. Y menos después de lo sucedido en esta habitación —comenzó don Millán, bajando la sábana con un dedo, lentamente—. Pero si no la desposo, quien lo haga se llevará la dote. La única manera de que eso no suceda es conseguir que ella no pueda reclamar ese legado. Si un juez la juzgara por algo, yo podría alegar que no es merecedora de esa dote —terminó. Y la besó en un pecho.

—¿Y cómo se podría hacer eso? —preguntó ella, con un gemido.

—Podríamos acusarla de brujería.

—¡Brujería! —exclamó, asustada.

Don Millán se incorporó en la cama y le contó la conversación que había oído en la taberna, semanas atrás. Si en verdad la partera involucrada era Micaela, con la colaboración de la cantonera podrían lograr que el juez considerara una acusación de brujería.

—Pero... yo no creo que ella se merezca eso —protestó ella. Era cierto que cada día que pasaba se sentía más decepcionada con Micaela, pero de ahí a acusarla de algo tan peligroso mediaba un abismo—. No me siento capaz de hacerlo.

—¿Por qué? ¿Acaso no deseas que recupere mi herencia? —inquirió, molesto.

—Claro que sí —le aseguró con prontitud—. Pero no me parece bien. Ella no ha hecho nada malo... ¿Y si la condenan?

—Eso es imposible. Nadie creerá que es una bruja. Tú misma admites que no ha hecho nada malo. No hay de qué preocuparse, Ofelia. Cuando el magistrado compruebe que no hay base firme la pondrá en libertad, pero para entonces yo ya habré logrado inhabilitarla y cobrar la dote.

—No lo sé...

—¿Prefieres pasar toda tu vida sirviendo a los demás? ¿No querrías que te sirvieran a ti? —preguntó él, sin apartar los ojos castaños de su rostro. Calló durante un rato, como si estuviera pensando qué decir a continuación—. Ahora no hay nada que pueda ofrecerte... Te mereces vivir rodeada de lujos. Ser la señora de la casa...

Lo que había implícito en aquellas palabras elevó el corazón de Ofelia hasta rozar las nubes. No podía creer que don Millán pudiera estar sugiriendo eso. Era más, mucho más de lo que nunca se había atrevido a soñar. ¿Podría ser tan necia de dejarlo escapar? ¡No! Desde luego que no. Haría lo que fuera necesario para ser la esposa de don Millán de Elizalde y Martínez de Eulate. Lo que hiciera falta. Con movimientos diestros, se sujetó otra vez el cabello en un moño apretado.

—¿Qué debo hacer?

Micaela se había pasado toda la mañana preguntándose cuándo iba a ir el galeno a la tienda y temiendo el momento en que entrara por la puerta. Se dividía entre las ganas de verlo y la vergüenza por lo que había sucedido en ese cuarto la tarde anterior. Cada vez que miraba la mesa se sonrojaba hasta la raíz del pelo y un calor abrasador se le extendía por todo el cuerpo.

Si la consideraba una mujerzuela, después de lo ocurrido no podría culparlo. Se había entregado a él sin inhibiciones y sin prejuicios, de una manera totalmente extraña a ella. Como si otra Micaela hubiera tomado su lugar, una Micaela más sensual y desinhibida.

Sería mejor que dejase de pensar en ello, tenía cosas que hacer. Lo malo era que, nerviosa como estaba, no era capaz de mantenerse quieta por mucho tiempo. Había intentado continuar con las ilustraciones de su cuaderno de plantas, pero le temblaba tanto el pulso que hubo de dejarlo para mejor ocasión. Probó con la molienda de plantas con igual resultado. Ni siquiera acariciar a Nigra había hecho nada por sosegarla.

Al fin había sacado el libro de Yago. Cuando el propio galeno entró en la tienda, ella estaba enfrascada en el estudio de cada ilustración y leyendo los comentarios.

El corazón le empezó a bombear con la fuerza de un tambor de galera. Cada vez que veía al galeno le parecía aún más atractivo que la vez anterior. Cualquiera día de esos se desharía como un pedazo de manteca al calor solo con mirarlo.

Los dos se contemplaron un instante y apartaron la vista. Micaela se ruborizó con furia, casi podía notar el flujo de la sangre que corría por sus venas a una velocidad vertiginosa. Yago también tenía las mejillas coloradas. ¿Era sonrojo?

«No seas tonta. Es por el frío de la calle», se amonestó.

—Buenas tardes... —lo saludó sin mirarlo. Necesitaba tranquilizarse.

—Buenas tardes, doña Micaela, siento no haber podido venir antes... —se disculpó Yago, antes de quitarse el sombrero—. ¿Ha habido muchas consultas?

Una pregunta normal que requería una respuesta igualmente simple. Por alguna razón le molestó que él actuara como si nada hubiera pasado. Como si todo siguiera igual que siempre.

«¿Qué esperabas?».

—Nada que no haya podido solucionar yo misma —respondió con sequedad, y continuó mirando sin ver las ilustraciones del libro.

«¿Qué te pasa?» se preguntó, pero no supo contestarse.

Él se quitó la capa y el sombrero y los colgó en el perchero.

—¿Necesitáis alguna explicación sobre ese libro? —La voz de Yago sonó muy cerca de su espalda, un instante después. Micaela no pudo evitar un escalofrío—. Comprendo que hay algunos detalles que, si no habéis visto una disección...

Ella cerró los ojos y disfrutó del sonido de esa voz. El recuerdo de las palabras susurradas la tarde anterior la golpeó con fuerza, sintió cómo se humedecía entre las piernas.

«¡Basta! Tienes que dejar de recordar lo sucedido».

—Me habéis contado detalles de vuestra vida en ese otro siglo —comenzó, para mantener la mente en otras cosas—. La verdad es que me cuesta imaginarlo. Y que hayáis podido viajar en el tiempo es... es brujería.

Se volvió para verle la cara. Su necesidad de él era más fuerte que su vergüenza.

—Podría parecerlo, es verdad —convino Yago, con una sonrisa de medio lado—. Pero os aseguro que no es así.

—¿Alguna vez os habéis arrepentido de haberos quedado aquí? ¿Nunca intentasteis regresar?

—No, nunca.

El galeno la miró un momento. Luego Micaela sintió la caricia suave de sus nudillos en la cara. Sin poder evitarlo, acercó su cara a la mano, tal como Nigra hacía con ella cuando le acariciaba. Solo le faltaba ronronear como el gatito. Virgen santa, cómo le gustaba estar con él.

Lo miró a los ojos. Aquellos ojos grises, que tan fríos le habían parecido un mes atrás y que ahora se veían tan suaves y cálidos. Quería besarlo. No. Necesitaba besarlo.

Ofelia revisó todo el dormitorio de Micaela, sin dejar ningún rincón por observar. No encontraba nada. Lo único que tenía para contar era la presencia del maldito minino negro. Y eso no era suficiente para incriminar a nadie.

Dio una vuelta por toda la estancia, con la esperanza de ver algo que hubiera pasado por alto. Nada.

Tendría que mirar en la trastienda. Si había alguna cosa que pudiera utilizar, seguro que estaba allí.

Se frotó la frente, estremecida al recordar lo sucedido esa mañana, las sensaciones que había descubierto. Nunca había pensado que la relación entre hombre y mujer fuera así. Ahora comprendía por qué nacían tantos niños bastardos... fuera del matrimonio, se corrigió, con la mano contra el vientre. Quizá ella esperaba ya un hijo de don Millán.

No, aún no, por favor. Al menos hasta que se hubieran casado. No quería que la mirasen como a una perdida, tener que casarse al amanecer para no ser vista. Ella deseaba una iglesia llena de gente. Un hermoso vestido y muchas flores.

Suspiró con nerviosismo. Era necesario que encontrara algo. De lo contrario no tendría nada de eso.

Bajó a la trastienda. No creía que hubiera nadie. No había visto a don Yago y sin duda Micaela estaba en la cocina. Entró desde el pasillo sin llamar. El galeno y la señorita se separaron como un resorte, con las caras arreboladas. ¡Habían estado a punto de besarse!

—Perdón, señorita, pensé que no había nadie. He venido a limpiar —improvisó de corrido.

—No pasa nada, Ofelia. No tienes por qué limpiar aquí. Lo hago yo misma todos los días —le recordó Micaela, con la cara roja como la grana. Luego, como si se diera cuenta de algo, tapó precipitadamente con su mantilla un libro abierto—. Te agradezco el detalle, pero no hace falta.

—Gracias, señorita.

Con una reverencia, entorpecida por los nervios, salió de la trastienda.

¡Por Dios bendito, lo que acababa de ver! Le había llamado la atención que Micaela se apresurara tanto a taparlo. Es que era impresionante. Esas ilustraciones, casi sobrenaturales... No veía la hora de contárselo a don Millán.

¿De dónde había podido sacar algo así esa chica?

Si no lo hubiera tapado de ese modo, no se habría fijado en él.

Un escalofrío recorrió su espalda. Por primera vez creía posible que Micaela fuera, después de todo, una bruja.

## Capítulo 37

Como no se atrevía a ir directamente a la posada, Ofelia buscó a don Millán por la Plaza Nueva. Tenía la esperanza de encontrarlo. En esos cuatro días le había resultado imposible salir de la casa sin levantar sospechas, así que no lo había vuelto a ver. Últimamente parecía que Petra la estaba vigilando. La había mirado con recelo en más de una ocasión, como si supiera adónde iba cada vez que abandonaba la casa. Era una vieja cotilla que, sin duda, le iba con chismes a Micaela.

Desde aquella mañana pasada con don Millán en la posada no dejaba de pensar en Micaela. Cualquier mirada que la joven le dirigiera, ella la interpretaba con temor. Una parte de sí misma le advertía que estaba siendo irracional. Que conocía a Micaela desde que era pequeña y nunca había tenido motivos para creer que fuera algo más que una chiquilla normal y corriente.

Claro que luego estaba lo que don Pablo les contó cuando llegaron a San Sebastián, por qué doña Juliana había huido llevándose a su hijita... Pero no, en todo el tiempo que la señora Juliana pasó en la casa Elizalde, nunca había hecho nada que pudiera señalarla como bruja.

Empezaba a volverse loca. Necesitaba hablar con don Millán. Contarle lo de don Yago y Micaela. Y, sobre todo, lo referente a aquel libro que la joven se había apresurado a ocultar.

Si en días anteriores lo había invadido el enfado, ahora estaba fuera de sí. No entendía que las cosas se pudieran haber torcido tanto. Desde la muerte de su padre todo eran desgracias: el préstamo, la lluvia que anegó los campos de cereal cuando estaban a punto de ser segados, el calor posterior que enfermó de carbunco a las vacas y a las ovejas. Y para rematar el rosario de desgracias, cuando el cereal estuvo segado, trillado y guardado, un rayo impactó en el granero y el fuego posterior destruyó toda la cosecha.



Lo peor de todo era saber que contaba con el dinero necesario para hacer frente a las deudas, pero no podía tocarlo porque su padre se lo había legado a Micaela. Quien ni lo necesitaba ni lo merecía.

Se levantó de la cama, incapaz de estar quieto ni un instante. Las palabras de Ofelia habían colmado su paciencia y el miedo empezaba a ser demoledor.

No podía consentir que Micaela se casase con el galeno y recibiera la dote que tanto necesitaba él. Lo impediría como fuera... y poco le importaban ya las consecuencias para la muchacha. Era una vida contra otra. Nada le hacía dudar de que, cuando le hallasen los acreedores, se querrían cobrar la deuda con intereses. Y él nada podría hacer, salvo suplicar por su vida.

Se acercó a la ventana. Fuera el cielo estaba encapotado y amenazaba con llover en cualquier momento. ¡Estaba harto de lluvia! Con los brazos en jarras, se dedicó a mirar el papel encerado que cubría el marco de la ventana, que poco hacía por mantener el frío en el exterior.

—Es necesario que la denuncies ante el magistrado —soltó, manteniendo el mal genio a raya—. Si esa relación prospera, me quedaré sin dinero y los acreedores se llevarán todo mi patrimonio.

—¡Eso no puede ser! —negó la mujer desde la cama, mientras él comenzaba a vestirse.

—Pues será, si no lo impido. Ya no puedo esperar más. Cualquier día de estos, esos sabuesos me encontrarán y... No quiero ni pensarlo —farfulló, con más miedo del que habría querido.

—El libro que he visto será suficiente para acusarla.

—Pues hazlo y luego veremos qué pasa —ordenó, abrochándose los botones del chaleco—. Dios sabe que ya no puedo aguantar mucho tiempo más. He agotado todas mis reservas, no queda ni un triste maravedí en mi bolsa —se lamentó, buscando la compasión de la criada. Se sentó en la cama y le bajó un poco la sábana con la que se cubría para acariciarle la parte superior de un pecho—. No podré ofrecerte nada si no hay nada que ofrecer. Lo sabes, ¿no? —mencionó, consciente de que el reclamo de una posible boda entre ellos era todo lo que necesitaba esa mujer para hacer lo que él quisiera.

—Voy para allá. No te preocupes, déjalo en mis manos —aseguró ella. Y le dio un beso en los labios antes de saltar de la cama y comenzar a vestirse.

El cielo presagiaba tormenta. Había estado toda la mañana muy nublado y oscuro. El viento del oeste llegaba del mar, frío y constante.

Empezaba a dudar de que pudieran llegar a la ciudad antes de que se desatara el temporal. Aún había un buen trecho hasta el puente de Santa Catalina. Tal vez habrían debido de hacer caso de la señora Jacinta, quedarse en el caserío de los Lecuona hasta que amainara la tormenta. Habían pasado por allí después de visitar a la madre de Adela y comprobar su salud. Afortunadamente no era nada grave y no tardaría en reponerse.

Yago volvió a mirar al cielo y chasqueó la lengua con pesar. No, definitivamente no les daría tiempo. Sobre el mar ya se veían las cortinas de agua y el viento había comenzado a soplar más fuerte, si cabe. Un remolino de hojas revoloteaba en el aire como una bandada de estorninos.

—Debemos buscar un refugio para guarecernos —gritó, para hacerse oír entre el fragor del aire.

—Conozco una borda de pastores, cerca de aquí —aseguró Micaela a voces. Y guio a Abedul en esa dirección. Espolearon a los caballos para llegar cuanto antes.

Un instante después se hicieron notar las primeras gotas. Al fondo, los rayos surcaban el cielo y se encontraban con el mar. El viento y el agua, que se les metían en los ojos y les impedían la visibilidad, amenazaban con arrancarles las capas. No había más sonido que el ulular del aire. Los caballos marchaban inquietos, con las orejas para atrás y el blanco de los ojos a la vista. Yago sujetó bien las riendas de Ébano por si intentaba tirarle para huir. Se fijó en Micaela, pero ella no parecía tener dificultades con Abedul.

Para cuando avistaron la borda el agua ya les había empapado. Era una estructura de piedra, de planta achaparrada. En cuanto llegaron, Yago se bajó del caballo y accionó el pestillo que abría la puerta. Al otro lado encontró una tea, buscó pedernal en sus alforjas y la prendió para iluminar la estancia.

Por suerte, el suelo de tierra apisonada estaba seco. Un montón de paja limpia cubría una parte del cuarto. Al otro lado había una chimenea apagada, una pila de troncos para quemar y unas mantas dobladas sobre la única y desvencijada silla. Olía a establo, pero ¿quién le hacía ascos con lo que estaba cayendo fuera?

Sin decir nada, entraron con los caballos. Yago les quitó las sillas y los secó con unos puñados de paja. Encontró un pesebre con algo de avena y dejó que los animales comieran tranquilos.

Mientras, Micaela encendía fuego en la chimenea con unas astillas, luego le añadió un tronco. Se quitó la capa mojada y la colocó sobre la silla para que se fuera secando.

Yago colgó la suya de un clavo. La lluvia también le había calado el resto de las prendas. Notó que ella tenía el vestido empapado y que empezaba a tiritar.

—Será mejor que nos quitemos esta ropa, si no queremos pillar una pulmonía —anunció, a la vez que se desabrochaba la casaca—. Hacedme caso, dentro de un rato la ropa estará muy fría y no habrá manera de entrar en calor —dijo, al ver que la joven no hacía amago de obedecer.

Micaela continuaba al lado de la chimenea. Su vestido echaba vapor y ella tiritaba de forma incontrolable, con los labios amoratados.

Yago se quitó toda la ropa, menos las calzas. Con los pies desnudos, de dos zancadas se acercó a la muchacha y empezó a desabrocharle los cordones del vestido. Le costó un buen rato, pues estaban mojados y no podía desatarlos; cuando ya había decidido cortarlos consiguió que se soltaran. La camisola estaba algo mojada, pero no quiso quitársela, por lo mismo que él no se había despojado de las calzas, por preservar el decoro.

Lo incongruente de ese pensamiento casi le hizo soltar una carcajada, cinco días atrás habían hecho el amor. Claro que, en la penumbra de la trastienda, no habían podido verse muy bien. Ahora, con la luz de la tea y el fuego, que ardía con entusiasmo, la fina tela de la camisola revelaba más que escondía las curvas rotundas de la joven. Intentó no mirar. Empezaba a excitarse y no era el momento oportuno.

Recordó que llevaba una camisa en las alforjas. A Micaela le quedaría muy grande, pero al menos estaba seca.

—Quitaos la camisola y poneos mi camisa —le aconsejó al entregarle la prenda. Luego se volvió de espaldas.

Fuera el viento rugía con violencia, haciendo temblar la puerta. De vez en cuando la chimenea devolvía parte del humo de la lumbre y las gotas de lluvia que conseguían colarse siseaban en las llamas. En conjunto, la borda era el paraíso comparado con el exterior.

Se volvió para mirar a la muchacha. Ya se había puesto su camisa e intentaba atar los cordones del escote con dedos temblorosos. Yago terminó de hacerlo por ella, tratando de no fijarse en la piel blanca y apetecible de su pecho. Se separó de ella como si quemara y fue a extender la manta en el suelo, frente a la chimenea. Dejó la otra a un lado.

—Sentaos. Pasará un buen rato hasta que amaine el temporal y podamos regresar.

Micaela, con una sonrisa trémula, le obedeció. Escondió sus piernas bajo el cuerpo, pero no antes de que él vislumbrara un par de tobillos y pies

elegantes.

«Si quieres conservar la cordura tienes que dejar de mirarla», se reprochó, mientras se sentaba junto a la joven. Luego echó la otra manta sobre sus hombros y los de ella; al notar que seguía tiritando, la abrazó.

Durante un buen rato ninguno de los dos dijo nada. Se limitaban a observar las llamas que lamían el tronco. La tormenta seguía sin visos de amainar.

—¿Estáis mejor? —preguntó Yago, cuando ella dejó de tiritar.

—Sí, gracias. Habéis sido muy amable al prestarme vuestra camisa —murmuró Micaela, con los ojos clavados en la chimenea—. Pensaba que no volvería a entrar en calor...

—Solo era cuestión de tiempo —sonrió—. Tal vez deberíais soltaros el pelo para que se seque.

—He de confesar que me da pereza sacar los brazos de debajo de la manta.

Sin pedir autorización, Yago hizo lo que más le apetecía en ese momento, se quitó la manta, pese a llevar el pecho desnudo, no tenía frío. La presencia de la muchacha e imaginar su desnudez bajo la camisa, le calentaba como ninguna otra cosa. Desató el lazo que cerraba la trenza de la joven y comenzó a deshacerla con suavidad. Era un sacrilegio llevar sujeto ese cabello tan hermoso. Pese a la humedad, se mantenía tan suave como la seda; al soltarlo el aroma a jazmín llegó a sus fosas nasales como una promesa.

Le acomodó aquella masa fragante sobre los hombros y la espalda, parecía una cortina negra. Se permitió acariciarle el cuello y se alegró al verla estremecer con cada toque. ¡Diantre! estaba excitado. Su cuerpo ardía de deseo como una antorcha.

Se acercó para besarla en aquel punto, entre la oreja y la base del cuello. Al ver que ella, aunque trémula, no se apartaba, lo repitió. Desde allí fue dejando un rosario de besos por toda la clavícula y luego hasta la mandíbula, la boca.

La manta resbaló de los hombros de Micaela, aunque ninguno de los dos se percató de ello. Absortos en besarse, se olvidaron del temporal, de la lluvia, del frío...

Yago tiró del cordón de la camisa y dejó que el escote se agrandara hasta dejar a la vista las puntas rosadas y endurecidas de los pechos. Al ver tal perfección se le secó la boca. Aquella tarde, en la trastienda, la falta de luz le había impedido disfrutar enteramente de esa visión. Allí, por el contrario, no tenía ese problema.

—Creía que eras como la Venus de Botticelli, pero me equivoqué...

Ella bajó la mirada, al parecer avergonzada por esas palabras. Yago, con rapidez, le puso un dedo bajo la barbilla para alzarle la cabeza. No quería que ella malinterpretase sus palabras.

—Me equivoqué, pues eres aún más hermosa que ella. Eres el sueño de cualquier hombre... —le susurró, sin apartar la vista de sus ojos.

Al decirlo se percató de que no quería que ella fuera de ningún otro. No quería que nadie más viera aquel cuerpo perfecto y voluptuoso. Que nadie tocara aquella piel de alabastro. Que nadie admirase su carne prieta, de formas redondeadas.

La besó con fiereza en la boca y ella respondió del mismo modo. La quería desnuda y en sus brazos. Quería oírla gritar al alcanzar el orgasmo. Deseaba estar dentro de ella.

Casi rasgó la camisa en sus prisas por quitársela. Le costó mucho más arrancarse las calzas húmedas, pero entre los dos lo consiguieron.

La sensación de estar abrazados, sin ninguna prenda por medio, fue tan placentera que a punto estuvo de derramarse como un mozalbete imberbe.

Esta vez pudo observarla cuando llegó al éxtasis. Era lo más hermoso que había visto nunca. Oír sus gemidos de placer casi le hicieron derramarse dentro de ella. A duras penas, consiguió salir a tiempo.

—¿Aún echáis de menos a vuestra esposa? —preguntó Micaela; se arrepintió al punto—. Lo siento, no debí preguntaros eso.

Estaban echados sobre la manta. Seguían desnudos y abrazados después de haber hecho el amor un buen rato antes. Las llamas de la chimenea se estaban apagando y la tormenta ya había pasado.

Sabía que habría debido sentirse culpable por estar allí, abrazada a un hombre que no era su marido, pero no era así. En algún momento desde que lo conociera, poco más de un mes atrás, se había enamorado de él. No podía precisar cuándo ni por qué. ¿Acaso importaba?

—Nunca debí casarme con ella. —Las palabras susurradas de Yago la devolvieron a la realidad. No creía que fuera a responder a su pregunta—. Ella no estaba hecha para el matrimonio. Deseaba ser monja.

—Pero se casó con vos...

—Sí. Su padre la convenció —aclaró el galeno, con un suspiro—. Ella había pasado prácticamente toda su vida en un convento. Estaba a punto de ordenarse cuando su padre se puso enfermo y las monjas la permitieron salir

para ir a cuidarlo. Yo era el médico. Supongo que me enamoré al verla. Era como un ángel, grácil como un junco y tan delicada como la porcelana — describió, con la mirada perdida en las tenues llamas.

Micaela se encogió por dentro. Ella no parecía un ángel y distaba mucho de ser grácil. Su cuerpo rebosaba curvas por todos los lados. Se tapó mejor con la manta para impedir que Yago se fijara en sus gorduras.

«Un poco tarde, ¿no te parece?», pensó. «Él ya te ha visto desnuda».

—Una vez que el enfermo se puso bien, ella quiso regresar con las hermanas, pero su padre le rogó que se quedase con él. En cuanto descubrió que yo estaba interesado en su hija, hizo todo lo posible por emparejarnos. — Lo vio sacudir la cabeza con pesar—. La noche antes de la boda, Marcos y yo discutimos...

—¿Por eso dijo que estabais distanciados el día que llegó a la casa-torre? —indagó, al ver que él guardaba silencio.

La luz de las llamas doraba el rostro de Yago y sus ojos se veían casi transparentes. Micaela sintió que su corazón se derretía de amor, pero apartó la mirada, no fuera a ser que él se diera cuenta.

—Sí. Él insistió en que no me casase con su hermana. Conocía su vocación y consideraba que no estaba hecha para ser esposa y madre. Yo no le hice caso y hasta me enfadé con él. Mi suegro, al enterarse, prácticamente lo echó de casa —añadió en un susurro.

—Pobre Marcos.

—Sí. Máxime cuando él tenía razón, tal como descubrí la misma noche de bodas... —Calló un momento—. Estaba asustada, decidí darle tiempo para que se fuera acostumbrando a mí, pero pasadas varias semanas la situación no mejoraba. Cada vez que me acercaba a ella, se horrorizaba tanto que me sentía un monstruo —añadió, perdido en sus pensamientos—. Mi suegro desconocía ese hecho y esperaba, ilusionado, que le anunciásemos el embarazo de Catalina.

Con todo, al fin sí, según don Diego habían tenido una hija.

—Un día la animé a que bebiera vino durante la cena —siguió Yago, como si la hubiera oído—. Tenía la esperanza de que el licor le quitara sus miedos. Pensaba que, una vez consumado el matrimonio... —Suspiró y se pasó la mano por la frente—. Creía ser capaz de hacerla disfrutar y pensaba que eso borraría todo temor a las relaciones maritales. No fue así.

Micaela le asió la mano bajo la manta y se la apretó para darle ánimos, agradecida por ser digna de tales confesiones. Sabía que le estaba contando algo muy íntimo y doloroso para él. Pese a los celos que la corroían por

dentro al imaginarlo abrazado a otra, deseaba darle a entender que estaba dispuesta a ayudarle a superar cualquier dolor.

—Al día siguiente ella se fue al convento y no regresó hasta la tarde. Durante aquellas horas pensé que me había abandonado, me sentí roto —recordó él, entrelazando los dedos con los de ella—. Esa noche me dijo que la madre superiora le había recordado «los deberes de una buena esposa», que debía someterse a mi voluntad cuando yo quisiera. ¡Dios mío! Yo no quería una mártir en la cama. Quería una esposa, hijos... —Se pasó la mano libre por la frente y Micaela lo vio apretar la mandíbula—. Pasé unas semanas sin tocarla. Una noche... Ella, sin quejarse, se dejó hacer, pero no conseguí excitarla de ninguna manera; cuando me derramé dentro de ella me sentí sucio y miserable.

»Un mes más tarde me anunció que estaba embarazada y que, a partir de ese momento, se trasladaba a otra habitación. No volvimos a dormir juntos nunca más. Luego se contagió con el tifus que asolaba Cádiz, se puso de parto y falleció.

—Don Diego me dijo que os acusabais de haber sido el causante de su muerte. Por lo que me habéis contado, no veo la culpabilidad por ninguna parte —le aclaró ella.

—Nunca debí casarme con Catalina. Mi única defensa es que estaba enamorado de ella. La idolatraba, la veía como un ser perfecto y etéreo —admitió en un susurro. Micaela sintió que su corazón se hundía con cada palabra—. No la hice feliz y la conduje a la muerte. Soy consciente de que no la maté. Hace unas semanas hablé con Marcos y desde entonces he tenido tiempo de pensar en lo que me dijo. No me siento orgulloso de lo que hice, pero ya no me considero culpable —esclareció. La miró por primera vez desde que había comenzado a contarle ese tiempo de su vida—. Gracias por escucharme. Sois una mujer admirable.

Micaela esbozó una valiente sonrisa. No quería que él supiera cuánto daño le habían hecho esos recuerdos.

—Ha dejado de llover, será mejor que regresemos —musitó, al tiempo que se separaba de él y se levantaba para ponerse las ropas aún húmedas—. La hora de la comida ha pasado hace tiempo.

## Capítulo 38

—¡Por el amor de Dios, Marcos! —Las palabras malhumoradas de Yago penetraron en su cerebro.

—Lo siento... —se disculpó.

—¿Que lo sientes? Haces bien —censuró Yago con la punta de la espada apuntada al suelo—. ¿Tan pésimo espadachín me consideras para no prestar siquiera atención a la lucha?

—Perdona, estaba distraído —murmuró Marcos. Apretó la mandíbula con rabia—. No volverá a suceder. Sigamos. De ahora en adelante trataré de estar más atento.

Yago asintió con la cabeza y luego gritó:

—*En garde!*

Marcos se concentró en parar las estocadas de Yago y en castigarle con las suyas. Parecía como si hubieran retrocedido en el tiempo y aún estuvieran en Cádiz, entrenando en la casa de su padre. En aquellos días lo hacían a menudo. ¡Cómo lo había echado de menos!

En el patio donde entrenaban solo se oía el entrecocar del acero y la respiración agitada de ambos. El aire estaba límpido tras la tormenta de mediodía. Yago se había quitado la casaca y el sudor empezaba a pegarle la camisa al cuerpo. Aunque los ojos le brillaban de satisfacción y reía cada vez que lograba desviar la espada de su adversario, Marcos no lo veía tan atento como otras veces. Algo lo distraía.

—¡Demonios! —protestó Yago, cuando la espada de Marcos le rasgó la camisa—. Parece que yo tampoco ando muy fino.

Volvieron a cruzar aceros, poniendo más empeño y atención.

—¿Tanto frío tienes que no te quitas la casaca? —preguntó Yago, un rato más tarde—. Anda, quítatela antes de que te deshagas dentro. —Bajó la espada para darle tiempo a desabrigarse.



Marcos pensó una negativa. Esa mañana se había dado cuenta de que habían aparecido los chancros y el sarpullido le cubría todo el cuerpo. Afortunadamente su cara seguía libre de marcas, aunque, estaba convencido, no por mucho tiempo.

—¿Qué pasa? ¿A qué esperas? —indagó Yago, impaciente—. ¿A que anochezca? —Luego, viendo que su amigo se quitaba la casaca—: Vaya, ya era hora. Así ganarás en agilidad.

Marcos dejó la prenda sobre un seto para que no se arrugara demasiado. Con disimulo, comprobó que los lazos del cuello y de los puños estuvieran bien cerrados y volvió a empuñar la espada.

No había vuelto por el herbolario y debía hacerlo lo antes posible. Tal vez hubiera algo para cicatrizar los chancros antes de que se extendieran aún más.

«No seas necio, sabes que no hay cura», se amonestó. «Disfruta del día de hoy, tal vez mañana deberías abandonar San Sebastián».

Sí, era cierto. Al día siguiente tendría que irse. Era muy peligroso seguir cerca de Yago, tarde o temprano él se daría cuenta de...

—¡Por todos los demonios del averno! —El juramento del galeno lo devolvió a la realidad—. ¿Acaso esperas que te mate? ¡Por Dios bendito! Menos mal que he desviado la espada a tiempo, o te habría ensartado con ella.

Marcos parpadeó, confuso. No entendía la rabia que distorsionaba las hermosas facciones de su cuñado.

—Pero ¿en qué demonios estás pensando? ¡Insensato! ¿Quieres mirar tu camisa? —señaló Yago con furia. Antes de que pudiera detenerlo, le aferró por la prenda para mostrarle el desgarró que le cruzaba la pechera—. ¿Ves? ¿No ves lo que...? ¡Santo Dios! ¿Qué demonios es...?

—Suéltame —gritó Marcos, separándose de su cuñado. Dejó caer la espada, que se alejó rodando por el empedrado. Bajo los puños con que sujetaba los bordes desgarrados de la camisa, su pecho se movía como un fuelle.

La mirada sorprendida de Yago seguía fija en el torso de Marcos, como si pudiera ver a través de la tela. La mano con que empuñaba la espada se crispó una vez, dos veces, y después se abrió. La espada golpeó el suelo y el sonido fue como un trueno en medio de la quietud del patio. Yago levantó la mirada. Sus ojos grises, al clavarse en los de su amigo, parecían casi negros.

—¿Sífilis? —La pregunta escapó de los labios exangües del galeno—. ¿Cuándo demonios me lo ibas a contar?

—Sí, es sífilis. Contártelo no tenía sentido —consiguió articular con la voz cascada—. No hay nada que se pueda hacer.

—¿Qué esperabas? ¿Morirte para que me enterase? —El dolor que expresaban sus palabras era patente en su rostro—. No, te habrías ido, ¿no es cierto? Te habrías marchado y jamás me hubiera enterado de... ¿cómo has podido ocultarlo?

—No se puede hacer nada. Tú lo sabes. La sífilis no tiene cura.

—¡Ahora no! —bramó Yago, encolerizado—. No en este siglo. Tengo que hablar con mi madre. No se te ocurra marcharte. Te juro que, si lo haces, la sífilis será la menor de tus preocupaciones —lo amenazó, con los ojos llameantes.

Marcos le vio recoger la espada del suelo y entrar en la casa con paso airado. Solo en ese momento se permitió respirar y, completamente exhausto, se dejó caer de rodillas en el suelo.

Su madre estaba en la biblioteca. En cuanto Yago entró en la estancia, levantó la vista y dejó a un lado el libro de cuentas.

—Buenas tardes, Yago —lo saludó, cordial. Pero frunció el ceño al ver el semblante que traía—. ¿Qué ha sucedido?

Yago se acercó hasta situarse al lado de la ventana, frente a ella. Todavía no se había calmado y le costaba respirar. ¿Cómo había conseguido Marcos ocultarle su enfermedad por tanto tiempo? Y, en nombre de Dios, ¿cómo no se había dado cuenta él mismo de que su cuñado estaba enfermo?

La única respuesta era que en las últimas semanas se había pasado el tiempo pensando en Micaela, sin que ninguna otra cosa pudiera atrapar su interés. El recuerdo de lo que habían hecho en la borda, ese mismo día, le calentó la sangre y lo endureció. Si esperaba olvidarse de ella, era evidente que no sería así. Después de haberle hecho el amor por segunda vez el deseo era mayor. Y no podía evitarlo.

Ella era...

—Yago, ¿qué te sucede? —Las palabras de su madre le despertaron de sus meditaciones y con eso llegó la preocupación por Marcos.

Tenía que dejar de pensar en ella.

—Marcos tiene sífilis —anunció en tono quedo.

—¡Dios mío! —Marina se llevó la mano a la boca y se levantó.

—Sé que ahora se utiliza mercurio en sales o en vapores, pero no parece que sea muy efectivo. Esperaba que tú me pudieras dar una idea de si en el futuro se podía curar.

Su madre empezó a pasear por la biblioteca, dándose golpecitos en los dientes delanteros con el dedo índice.

—Sí, bueno, se curaba con penicilina —declaró ella, sin dejar de andar—. Recuerdo que, cuando yo iba a la Facultad de Bellas Artes, un compañero de clase se contagió y creo que se la curaron con una inyección de penicilina.

Yago bajó la cabeza, apesadumbrado. No sabía qué era la penicilina, solo recordaba el temor que de niño tenía por las inyecciones.

—¿Sabes qué era esa medicina? ¿De dónde se sacaba? —preguntó sin esperanzas.

No podía consentir que su cuñado muriese. Era necesario buscar lo que fuera para curarle. No deseaba otra muerte más. No lo consentiría. Si era preciso regresar al futuro, ¡por Dios que lo haría!

—Creo que se obtenía de un moho...

—¿Un moho? —la interrumpió, impaciente.

—Sí —aseguró su madre, frunciendo la boca en un gesto pensativo—. Me parece que es de la familia del que crece en las frutas podridas... pero no estoy segura. Lo descubrió Fleming. Solo sé que el proceso es muy complicado.

—Pues tendré que empezar a probar hasta dar con ello. No voy a dejar que Marcos muera sin haberlo intentado —dijo con fiereza.

—Tal vez el invernadero sea el mejor sitio para ese tipo de experimentos —sugirió Marina. Se la veía preocupada—. Hablaré con tu padre para ver si él puede ayudarte. Micaela sabe mucho sobre plantas... Ella también sería una buena ayuda. Sin embargo, no abrigues muchas esperanzas. No creo que sea fácil elaborar la penicilina...

—No puedo perder la esperanza. Es lo único que tengo.

—Un momento, hijo. —Marina le frenó cuando estaba a punto de irse—. Hace tiempo que llevo queriendo preguntarte por Micaela. Al principio parecía que le guardases algún tipo de animadversión, ahora parece todo lo contrario; me gustaría saber qué sientes por ella.

Yago se tensó por dentro. No quería responder a su madre. Entre otras cosas, porque no sabía qué decirle. No había querido analizar sus sentimientos por Micaela. Temía encontrar algo demasiado fuerte para hacerle frente.

Su madre seguía esperando, sus ojos verdes lo miraban con fijeza. Era evidente que no iba a parar hasta obtener una respuesta.

—Es una buena mujer. Y, como bien has dicho, sabe mucho de plantas —dijo, mientras se acercaba a la puerta de la biblioteca. Con un poco de suerte podría librarse.

—Eso no es una respuesta, Yago, y tú lo sabes —lo amonestó Marina con el ceño fruncido—. No me gustan las evasivas. Ni que me tomes por tonta.

—Lo siento, madre, por ahora es todo lo que puedo decirte —declaró, mientras alcanzaba la puerta.

—¿Puedes o quieres? No me engañas, Yago, hay algo más —insistió Marina, terca.

—He de ir a hablar con mi padre. Hasta luego.

Salió rápidamente de la habitación, al tiempo que oía la voz frustrada de su madre:

—Hijo, no te librarás de contestar.

«Lo sé, pero ahora no», pensó al cerrar la puerta.

La hicieron pasar a un despacho. Una de las paredes estaba cubierta de libros, varios retratos, al parecer de anteriores magistrados, adornaban las restantes paredes. Todo denotaba una seriedad absoluta. Sobre un enorme escritorio descansaban una campanilla, un tintero, una pluma bien afilada y un bote con arena. Todo en perfecto orden y libre de polvo. Habría que alabar la eficiencia de los sirvientes de esa casa.

Sin atreverse a ocupar una de las sillas puestas frente al escritorio, esperó, impaciente, a que el juez fuera a atenderla. Llevaba varios días así, nerviosa. No sabía si lo que iba a hacer estaba bien o no. Una parte de ella pensaba que no era justa con Micaela; la otra, por el contrario, consideraba que la joven ocultaba algo y que ese algo no era bueno.

Pese a todas sus búsquedas, no había logrado dar con el libro que vislumbrara días atrás. Lo cual se lo hacía todavía más sospechoso.

«Si el libro fuera inofensivo no lo tendría tan guardado».

Al abrirse la puerta, Ofelia se asió las manos con fuerza, para evitar que le temblaran.

Don Marcelo de Larrea era alto y de porte elegante. Vestía de negro de los pies a la cabeza. Ella recordó que estaba de luto por la muerte de su esposa y de su hijito recién nacido. Micaela lo había contado en casa, muy afectada por no haber podido hacer nada por ninguno de los dos.

—Buen día, señorita. ¿En qué puedo servirlos? —preguntó el hombre, con voz clara y bien modulada. Luego se sentó en el sillón, al otro lado del escritorio—. Sentaos, si hacéis el favor.

—Gracias, señoría. Me llamo Ofelia de Arre y soy la doncella de doña Micaela de Alzate —explicó, aparentando una serenidad que no tenía—. He

venido a denunciar a mi señora de... brujería —susurró la última palabra.

—¿Estás acusando de bruja a la señorita Micaela? —inquirió el magistrado, sin evidenciar ninguna emoción.

—Sí... sí, señoría.

—Supongo que sabes que una acusación de ese calibre es muy peligrosa y requiere de unas bases muy sólidas para sustentarse, ¿no es cierto, Ofelia?

—Sí... sí, lo sé —comenzó, mirándole subrepticamente—. He visto que tiene un libro muy especial. La otra tarde entré en la trastienda y lo vi. Bueno, en realidad no me había fijado en él hasta que la señorita Micaela lo tapó con su mantilla. Lo quería ocultar.

El juez se quedó en silencio, sopesando, al parecer, la información que ella le había dado. Con las manos unidas en forma de campanario, apoyó la barbilla en la punta de los dedos y la miró largo tiempo.

Ofelia se sintió traspasada por esos ojos verdes, un tanto tristes, que la miraban casi sin pestañear, y trató de no ponerse más nerviosa de lo que ya estaba.

—¿Puedes describir ese libro que dices haber visto? —preguntó al fin.

—Tenía unos dibujos extraordinarios. No parecían hechos por el hombre —recordó Ofelia. Se humedeció los labios antes de continuar—: Eran partes de una persona, pero como si le hubieran quitado la piel y se viera debajo... una especie de demonio rojo. ¡Era espeluznante! —Se estremeció al recordarlo y se frotó los brazos.

—¿Sabes dónde está ese libro del que hablas? —señaló, sin emoción.

—Lo he buscado durante todos estos días, sin poder dar con él —reconoció con pesar—. Pero sé que está en la casa.

Don Marcelo inclinó la cabeza a un lado, como un pájaro curioso, sin dejar de mirarla. Aquel escrutinio le estaba poniendo los pelos de punta. ¡No era a ella a quién debía juzgar!

Cuando Ofelia pensaba que ya no iba a poder aguantarlo más, él se enderezó en su sillón y tocó la campanilla. Instantes después llegó un criado.

—Que venga el amanuense —solicitó.

No tardó en entrar un hombre muy delgado, con los útiles de su oficio. Se sentó a un lado del escritorio y se preparó para empezar a escribir.

—La señorita Ofelia de Arre —comenzó a dictar el magistrado—, natural de...

—De Pamplona, señoría —contestó la joven.

—De Pamplona, acusa a su señora, doña Micaela de Alzate, natural de... San Sebastián —continuó cuando Ofelia se lo dijo—. De brujería. —El

escribiente, sorprendido, alzó la cabeza, pero la bajó en seguida para seguir con el trabajo—. Dice haber visto en su poder un libro extraño. —Esperó para dar tiempo al hombre a transcribir todo lo dicho—. ¿Hay algo más que quieras decirme? —preguntó.

—Bueno, hace tiempo resucitó a una niña recién nacida. Era la hija de una... una cantonera del puerto —terminó Ofelia, con las mejillas rojas.

—¿Qué quieres decir con «resucitó»? —indagó con voz tensa.

—Al parecer la niña nació muerta, con el cordón enrollado al cuello. La señorita Micaela le sopló en la boquita y... el bebé comenzó a llorar.

Así le había referido don Millán lo que oyera de aquella prostituta, en la taberna. A juzgar por lo que él decía, la cantonera no exageraba en sus dichos y los creía de verdad.

—Mandaré a mis hombres para que investiguen el caso y para que registren la casa, la tienda y la trastienda de doña Micaela —declaró el magistrado. Miró al amanuense para ver si había terminado de escribir todo y luego clavó la vista en ella—. Ahora te leeré esta declaración para que la firmes.

## Capítulo 39

Yago estaba confuso. Había soñado con Micaela. En el sueño la perdía y quedaba destrozado. La sensación fue tan intensa que se despertó sudoroso y con el corazón en la boca. No quería analizar lo que significaba ese desasosiego. No, aún no. No se consideraba preparado para lo que pudiera encontrar.

Hacer el amor con Micaela había sido demasiado fantástico, demasiado especial, y no estaba preparado para esos sentimientos. No quería darles más vueltas.

Había terminado de desayunar y ahora se hallaba en el jardín del patio trasero. Era agradable estar allí fuera, pese al frío de noviembre. El cielo, parcialmente cubierto de nubes, dejaba entrever algunos rayos de sol. Un rato después salió su padre.

—Hace un día precioso. Tal vez nieve —vaticinó. Y se acercó a Yago.

—Eso parece —se limitó a añadir.

Durante un rato ninguno de los dos dijo nada, cada uno sumido en sus pensamientos. Con la vista puesta en el horizonte. Los dos con idéntica postura, manos a la espalda y piernas un tanto separadas.

—¿Qué tal estás, hijo? —preguntó su padre, más tarde.

—Supongo que bien...

—No sabes cuánto me alegra que vuelvas a ser el mismo de antes. Fue muy duro encontrarte en ese estado. —Se giró para mirarle—. No es que te lo reproche, reconozco que no debe de ser fácil sobrellevar la muerte de una esposa y de un hijo. No quiero pensar en que le ocurriera algo a alguno de vosotros... —Diego se pasó la mano por el pelo. Yago se fijó en que le temblaba perceptiblemente—. No quiero pensarlo. Me volvería loco.

—¿Y si le sucediese algo a Micaela? —El demonio que tenía dentro de sí le obligó a preguntar antes de pensarlo siquiera.

—¿Micaela? Me dolería mucho, desde luego —aseguró Diego. La punta de la nariz y las mejillas se le estaban enrojeciendo por el frío. Imaginó que él tendría el mismo aspecto.

—¿Cuánto, padre? ¿Cuánto te dolería?

—No puedo ponerlo en una balanza. ¿A qué viene esa pregunta? No te entiendo...

—¡Ah, padre! No te hagas el inocente conmigo. Os vi —aseguró con amargura.

—¿Que nos viste? ¿Qué quieres decir?

Ya no podía aguantar más tiempo sin preguntarlo, sin saberlo. Aunque Micaela era virgen cuando hicieron el amor por primera vez, no podía dejar de pensar que en algún momento hubiera habido algo entre su padre y ella. Que Diego lo hubiera intentado.

—Vi cómo os abrazabais y os escuché —le dijo con voz tensa. Una mano en la frente, la otra formando un puño a la espalda, contra la cintura—. Tus palabras exactas fueron: «Yo no puedo continuar así, y creo que ella tampoco. Quizá se resista al principio, pero tarde o temprano terminará aceptándolo. No podemos extender esta situación mucho tiempo más». Las tengo grabadas a fuego. Me prometí en ese momento que no lo consentiría. Me costaba creer que fueras a engañar a mi madre, si no os hubiera visto... jamás lo habría creído. —Clavó la mirada en Diego—. ¿Nunca te has preguntado, padre, por qué razón dejé de beber tan de repente? ¿Por qué decidí faltar al juramento que me hice de no volver a ejercer la medicina? —Volvió a pasarse la mano por la frente, buscando tranquilizarse, pero no podía—. Necesitaba estar sobrio para evitar que os vierais. Me propuse seducirla para alejarla de ti. Hacer cualquier cosa con tal de no dejaros oportunidad de hacer daño a mi madre. La consideraba una bruja que te había hechizado...

—¿De qué diablos estás hablando? —barbotó Diego, los ojos acerados, fríos como un témpano—. Si tienes algo que reprochar, hazlo y no te andes con rodeos. No recuerdo haber dicho eso que me atribuyes, mucho menos de cuándo ocurrió.

Se miraron con furia. El aliento se condensaba frente a ellos. Algunas gaviotas, entre una algarabía de gritos, surcaron el aire por lo alto, en dirección al mar.

—Te refrescaré la memoria, fue el día en que la conocí; estabais en la tienda... —comenzó Yago, con los puños cerrados—. Entré en el herbolario y vosotros salisteis de la trastienda —siseó, con los dientes apretados por la



rabia que sentía. Por los celos que le corroían al recordar ese abrazo—. El sonrojo os delató.

Diego se pasó la mano por el pelo, sus cejas se juntaron hasta hacerse una, luego, como si recordase, lo miró con asombro y estalló en carcajadas.

—¡Por todos los demonios del infierno! No la estaba abrazando. No en ese sentido. Micaela había tropezado y estuvo a punto de caer al suelo. Me limité a sostenerla. ¿Cómo puedes pensar, siquiera por un momento, que pudo ser otra cosa? Amo a tu madre. Llevo media vida amándola. Jamás le he sido infiel. Desde el momento en que nos casamos no he estado con otra mujer. Nunca he querido estar con otra. Aun durante los trece años que pasamos separados, seguí fiel. Amo a tu madre más que a mi propia vida. —Sacudió la cabeza, con las manos en la cadera—. ¡Dios mío! Micaela es... ¡podría ser mi hija! Y sí, la quiero, pero tal como puedo querer a Clara. Es una buena persona y no se merece que digas esas cosas de ella. Deberías avergonzarte de pensarlo, siquiera.

—Os vi... os oí... —insistió, pero sin demasiada fuerza. Se sentía estúpido. Sin duda lo era. Se giró para dar la espalda a su padre.

—Viste a una persona evitando que otra cayera. No había nada pecaminoso en ello. Lo habría hecho delante de Marina —aseguró Diego, apesadumbrado. Le puso una mano sobre el hombro—. Hijo, el licor te hizo ver y escuchar algo que interpretaste mal. ¿Por qué demonios no me dijiste nada? Recuerdo que, para hacer reír a la pobre muchacha, se me ocurrió decirle que iba a tener que colgarte del palo mayor hasta que decidieras volver a ejercer de galeno. Ella me preguntó si tu madre lo consentiría y yo le contesté que... bueno, le contesté lo que oíste. Como ves, no había nada indecoroso en ello. Deberías haber hablado conmigo. Recuerdo que al verte me sentí avergonzado, por si nos habías pillado conversando sobre ti.

Yago no podía hablar. De golpe comprendía que su conducta había sido desmedida y totalmente errada. Habría debido plantar cara a su padre desde el principio. ¿Por qué no lo hizo? ¿Era posible que hubiera tenido el cerebro obnubilado por el coñac? Sí, eso era, sin lugar a dudas. No había otra razón para que hubiese confundido la situación de una manera tan exagerada. ¡Qué equivocación la suya!

—Pese a que no sé qué ha sucedido entre vosotros, a juzgar por tu comportamiento y tus acusaciones infundadas, me da por pensar que estás celoso. Cuando Micaela vino a cenar, la vez pasada, te miraba de un modo que... Creo que ella está enamorada de ti. —Diego calló un momento y entrecerró los ojos como si sopesara algo—. Eres mi hijo, pero te juro que si

la has seducido... tendrás que asumir las consecuencias. No voy a consentir que te aproveches de ella. —Su voz sonó amenazadora.

Yago permaneció en silencio. No podía decir en voz alta que, posiblemente, él también estaba enamorado. No podía hacerlo. No podía amarla.

Micaela era...

Necesitaba marcharse de allí. Debía pensar en todo lo que le había dicho su padre. En lo que había sucedido en la trastienda. En la borda de los pastores. Tenía que aclarar su mente. Tenía que...

—Debo marcharme —anunció sin volverse.

—¿Adónde? —preguntó Diego, confundido.

—Aún no lo sé. Pero me marchó. Necesito pensar... No estaré fuera mucho tiempo.

Antes de que su padre pudiera decir nada al respecto, Yago entró en la cocina y subió a su dormitorio para preparar unas alforjas.

Menos de una hora más tarde, salía montado en Ébano como alma que lleva el diablo. No se despidió de nadie.

Los cuatro días pasados sin Adela se le habían hecho eternos. Parecía mentira lo mucho que esa amazona se le había metido en la piel. La echaba de menos. Añoraba sus conversaciones mientras los dos trabajaban en la cocina. Incluso extrañaba las discusiones que seguían manteniendo las más de las veces.

«Al señor Bennett no le gustaría saber que te sientes así», pensó.

—El señor Bennett caería a los pies de mi amazona, si la conociera.

Nada más decirlo se dio cuenta de que lo creía de verdad. El viejo mayordomo nunca se había encontrado cara a cara con una mujer tan espectacular como Adela, de haber sido así, no habría fallecido soltero.

Saberlo le quitó un peso de encima; sonrió como un tonto.

Ese era su día libre y lo iba a emplear en visitar a Adela y a sus padres. Pero primero debía decirle a don Yago que se marchaba.

Comprobó que su traje estuviera impecable y se arropó con la capa desechada por su antiguo señor, que aún seguía en muy buen uso. Tras despedirse de la cocinera, se dirigió andando a casa de la señorita Micaela, para hablar con don Yago. Sospechaba que lo encontraría allí, puesto que en la casa no lo había visto.

Anduvo a buen paso por los arenales de la playa. El aire frío era vigorizante y le animó en su caminata. Algunos mariscadores, con las manos y los pies enrojecidos por el contacto con el agua fría, se afanaban agachados para capturar las piezas.

Después de cruzar las fortificaciones, se adentró por las calles de la ciudad, ajeno a los lugareños que se dirigían al mercado. Tenía prisa por localizar a don Yago y salir en dirección a Pasajes de San Juan.

El herbolario estaba abierto. Dentro no había nadie. Cruzó la botica y entró en la trastienda; también estaba desierta. Le extrañó mucho, pero luego pensó que probablemente hubieran tenido que salir por una urgencia.

Dejó vagar la vista por la estancia mientras pensaba si debía esperar a que regresaran o, por el contrario, continuar su camino hasta la casa de los padres de Adela. Sobre la mesa había un par de libros. Uno de ellos le llamó la atención y se lo quedó mirando con asombro y temor.

«Pero ¿qué hace este libro aquí?».

Micaela había salido de prisa a llevar el remedio para don Matías, el párroco, que estaba muy enfermo y no podía salir de casa. Una vez allí estuvo tentada de confesar lo que había hecho con Yago. Luego lo pensó mejor y decidió guardar silencio. Lo que había sucedido entre ellos era algo privado, que nadie más debía saber. Puesto que no se arrepentía, no era necesario confesar nada.

Si algún pesar tenía era la certeza de que iba a terminar con el corazón destrozado. Sus sentimientos por Yago eran cada día más profundos y comprendía que no eran recíprocos. Lo que le había contado de su difunta esposa, sus recuerdos, demostraban que seguía amando a Catalina. Quizá nunca dejase de hacerlo. Ella jamás podría competir con un ser tan angelical como ese. Ante eso tenía todas las de perder.

Al entrar en la tienda, dejó la cesta con los remedios en el mostrador para quitarse la capa, con aire abatido. Al instante se abrió la puerta, dando paso a los hombres del magistrado. Sus trajes negros con golilla imponían respeto. Micaela, desconcertada, miró a los cinco hombres.

—¿Sois vos Micaela de Alzate? —preguntó uno de ellos. Y la miró con recelo.

—Sí, lo soy —contestó intrigada, con la capa entre los brazos.

El hombre que parecía llevar el mando se adelantó un par de pasos, hasta ponerse a su lado, y la miró de hito en hito. Su corpachón y sus ojos oscuros

resultaban amedrentadores, Micaela se contuvo para no dar un paso atrás.

—Tenemos orden de acompañaros a casa del magistrado don Marcelo de Larrea —dijo el recién llegado, mientras hacía una seña a dos de ellos para que entrasen en la trastienda—. Mis hombres registrarán la casa y la tienda.

Micaela se estremeció visiblemente y se abrazó con fuerza a la capa. ¿Qué estaba pasando?

—¿Puedo preguntar qué sucede? —indagó, aparentando más valentía que la que tenía en realidad—. ¿Por qué quieren registrar mis cosas? ¿He hecho algo malo?

—Eso os lo dirá el magistrado. Yo solo cumplo sus órdenes —soltó el hombre con sequedad.

Al otro lado se oían los ruidos que hacían al mover las cosas. En la tienda retumbó un sonido de cristal hecho añicos. El aroma penetrante del romero se expandió por allí. Habían roto un frasco con esencia de esa planta.

—Por favor, decidles que tengan cuidado. Las esencias son muy valiosas —protestó Micaela, con una mueca de dolor al pensar en todo el trabajo desperdiciado.

—¡Vosotros! —gritó el hombre a los que estaban al otro lado—. Tened más cuidado. —Luego se volvió a ella con una mirada fría—. Será mejor que nos pongamos en marcha.

Micaela, aturdida, se dejó conducir hasta la calle, donde esperaba el carruaje cerrado del magistrado. El hombre la ayudó a subir y a sentarse en el incómodo asiento interior. Una vez los dos instalados, golpeó el techo con el bastón de mando y el coche se puso en marcha.

Ella intentó ponerse la capa para paliar el frío que empezaba a filtrarse por sus huesos, pero el temblor de las manos lo hizo imposible. No quería pensar en la razón de ese mandato. Desde luego, no era para atender al magistrado ni a su familia, para eso no hubieran enviado a cinco hombres. Era evidente que había algo más.

¿Era posible que don Marcelo le guardara rencor por no haber podido salvar a su esposa y a su hijo recién nacido? Pero de eso pronto harían dos meses, ¿por qué esperar tanto tiempo?

El nudo que se le había formado en el estómago al ver a los hombres en su tienda se estaba ensanchando y amenazaba con ahogarla.

Su mente era un torbellino de ideas. No se le ocurría nada por lo que mereciera esa situación. Miró al hombre sentado frente a ella y volvió a bajar la mirada a sus temblorosas manos. De pronto recordó un detalle que la llevó al límite de su cordura: ¡había dejado el libro de Yago en la mesa de la

trastienda! Lo estaba mirando cuando la avisaron de que tenía que ir a ver a don Matías y lo había dejado allí sin darse cuenta.

«Dios mío, estoy perdida», pensó; aterrada, luchó por no vomitar en el carruaje.

Asomada a la ventana del dormitorio de Micaela, Ofelia vio cómo se la llevaban los hombres del magistrado que habían llegado un rato antes. Los oyó desde el pasillo, se limitaron a preguntar por ella y a llevársela.

Micaela se había dejado conducir sin oponer ninguna resistencia.

«Como un cordero al matadero», pensó Ofelia. Un escalofrío le recorrió la espalda.

Por un momento se permitió sentir pena por su joven ama. Siempre se había preocupado por los demás. De no haber visto con sus propios ojos ese extraño libro, jamás hubiera pensado mal de ella.

Ahora se preguntaba si, en realidad, era una bruja que los había hechizado a todos para que la vieran como ella deseaba y no como era o... Pero no, ella había visto el libro. Y luego estaba el caso de la recién nacida que resucitara. Había algo raro en todo eso.

Desde su declaración ante el magistrado no había vuelto a registrar la casa en busca del ejemplar maléfico. Ya no tenía sentido. Ahora todo estaba en manos de don Marcelo y, a juzgar por los ruidos que le llegaban del piso inferior, sus hombres ya estaban poniendo la trastienda patas arriba. No tardarían en encontrarlo.

Por otro lado, saber que Millán podría recuperar su patrimonio era todo lo que necesitaba para borrar cualquier tipo de remordimiento que pudiera sentir. Quería ayudarlo.

No veía la hora en que él la llevase a la casa como su esposa. Sería la señora de la casa de Elizalde.

Cerró la ventana y regresó a sus tareas con una sonrisa soñadora.

Clara corría por la playa. Sus pies se hundían en la arena blanda y ralentizaban su carrera, pero era el camino más corto y tenía mucha prisa. Necesitaba llegar a casa lo antes posible. Sus padres y su hermano tenían que saber inmediatamente lo sucedido.

Era una suerte que se le hubiera ocurrido ir a la tienda para revisar el libro de Micaela y para que le enseñara a dibujar las plantas en el suyo. De lo

contrario no habría sido testigo de la marcha de la herbolaria en el coche del magistrado, escoltada por tres hombres.

Le dolía el costado por el esfuerzo. El corsé que usaba en secreto, robado a su madre, se le clavaba en las costillas e impedía que el aire entrara en los pulmones.

Se estaba quedando sin aliento.

Se arrepintió de no haber montado su yegua, pero había planeado que Micaela fuera a cenar a la casa-torre y, si Clara no tenía medio de transporte, la herbolaria no se negaría a acompañarla. Todo para que su hermano y ella estuvieran juntos. Sabía que hacían una buena pareja e, incluso, estaba convencida de que los dos se atraían mutuamente.

Hacer de casamentera era agotador.

Sí. Habría debido llevar la yegua.

Maldito corsé. En cuanto llegara a casa se lo quitaría y no se lo pondría nunca más. Era un artilugio de tortura. Con razón su madre no quería que lo utilizara aún, le había dicho que ya tendría tiempo de aburrirse y de odiar esa prenda. Pero ella quería ser mayor. Deseaba que Marcos se fijara en ella.

«Odio este aparato del demonio».

Llegó a su casa casi con la lengua fuera. Se dirigió a la biblioteca, sabía que era el sitio preferido de sus padres y que seguramente les encontraría allí. Empezaba a ver puntitos negros flotando frente a ella.

«¡No me puedo desmayar ahora!».

En cuanto ella cruzó la puerta, Marina y Diego apartaron la vista de los papeles que estaban mirando.

—Clara, te he dicho en muchas ocasiones que debes demostrar tus modales —le amonestó su madre—. Ya no eres una niña y debes...

«Ay, no tengo tiempo para eso. Hay cosas más importantes», pensó con rebeldía.

—¿Qué te sucede? Estás tan roja como una amapola. —Se levantó de la silla para acercarse a su hija.

—Se... se... la han... llevado —articuló Clara, respirando con dificultad.

—¿A quién se han llevado? —indagó su padre, enderezándose. Se retiró de la mesa para acercarse también—. Tranquilízate y respira, princesa —le ordenó, viendo que ella intentaba hablar de nuevo y no le salían las palabras—. Ven, siéntate.

Clara dejó que su padre la llevara a uno de los sillones. Marina le sirvió un vaso de agua. Santa madre de Dios, casi no podía respirar. Quemaría ese

aparato del demonio. Notaba el pelo pegado a la frente y el sudor que se deslizaba por el centro de la espalda.

—Se... se han llevado a Micaela. —Sus padres la miraron sin comprender—. Los hombres del magistrado —aclaró.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Diego con serenidad.

—Los he visto... Había ido para que me enseñara su libro y... antes de llegar la he visto montar en el coche negro de don Marcelo. Iban tres hombres más —consiguió decir.

—Habrá que ir a preguntar qué sucede —manifestó Marina, las manos entrelazadas en la cintura—. Voy a avisar a Marcos. ¡Demonios! Tu hermano se ha marchado esta mañana y no sé cuándo volverá —masculló con las cejas fruncidas. Luego salió de la habitación con paso ligero.

—¿Qué le va a pasar a Micaela? —inquirió Clara, con los ojos desorbitados de miedo.

—Princesa, aunque estás dando por hecho que la han detenido, eso no lo sabemos —le recordó Diego, agachado junto a ella—. No te tortures pensando en nada malo.

Desde que era muy pequeña la voz de su padre tenía el poder de tranquilizarla. Ahora habría querido acurrucarse en su regazo para que le contase un cuento de princesas y príncipes encantados. Pero ya era mayor para esas cosas. No podía olvidar que se consideraba apta para casarse; ya no podía seguir comportándose como una niña.

—Don Diego, ¿qué ha pasado? —Marcos irrumpía en la biblioteca con gesto de preocupación. Su atractivo rostro, un tanto desmejorado—. Dice doña Marina que han arrestado a Micaela.

—No lo sabemos con certeza, Marcos —esclareció Diego. Se irguió y se pasó la mano por el pelo canoso—. Tenemos que averiguarlo.

—Os acompaño. Es posible que necesite un abogado y yo lo soy —se ofreció Marcos—. Seguramente se trata de un error. La señorita Micaela es incapaz de hacer nada malo.

—Eso es incuestionable, Marcos —manifestó Diego con seriedad—. Será mejor que nos demos prisa. Estará asustada.

## Capítulo 40

Adela no se creía que Tomás estuviera con ella. El muy tonto había ido a visitarla en su día libre. De no ser porque estaba tan cansada de pasar las noches en vela, preocupada por su madre, ese detalle la habría puesto a bailar.

Se había presentado a media mañana. El rostro colorado por la caminata y una sonrisa avergonzada. Nada más verlo sintió que le daba un vuelco el corazón.

Lo había echado terriblemente de menos, eso le hizo comprender lo mucho que quería a ese andaluz tan extraño.

Volvió a mirarlo, seguía sin creerlo. Él le obsequió con una tímida sonrisa, al otro lado de la cama de su madre, y ella se ruborizó como una niña. Se le veía tan apuesto, con sus ropas de domingo y ese aire tan digno...

Al verle llegar, su padre no había podido ocultar su satisfacción. Sin lugar a dudas, tenía buena opinión del ayuda de cámara de don Yago. En seguida lo invitó a pasar y le ofreció una colación para recuperarse del paseo. Refrigerio que Tomás había agradecido con su habitual seriedad.

Desde que llegó a la casa para cuidar a su madre, su padre se había dedicado a interrogarla sobre el hombrecillo de acento andaluz que la acompañara durante el funeral de su hermana. Por lo visto, la presencia del criado aquel día le había dado esperanzas, ahora, después de la inesperada visita, sus padres no dejarían de pensar que la soltería de su hija mayor estaba a punto de tocar a su fin.

Ojalá no le dijeran nada que lo pusiera en un compromiso. O, peor aún, que lo espantara.

—¿Por qué no sales a pasear un rato con este buen hombre? Después de todo ha venido a visitarte... —aconsejó su madre desde la cama.

Su enfermedad no era tan peligrosa como habían pensado en un principio, tal como don Yago predijera, ya daba muestras de mejoría. Suspiró



agradecida. No quería pensar en que su madre pudiera fallecer. La muerte de su hermana era demasiado reciente como para pensarlo.

—Iremos hasta la plaza del pueblo. No tardaremos mucho —aseguró, antes de salir en compañía de Tomás.

Los dos hombres miraban a don Marcelo, esperando que les diera las explicaciones pedidas. El magistrado les observaba con seriedad, sentado detrás de su escritorio.

Diego le vio apretar los labios y se dijo que, si ese hombre no hablaba pronto, lo estrangularía con sus propias manos. No aguantaba más ese silencio. Le hervía la sangre al pensar en la situación de Micaela.

—Permitidme que os recuerde que soy abogado y vengo dispuesto a defender a doña Micaela, aunque estoy convencido de que no hay nada de qué defenderla. —Las palabras de Marcos quebraron el silencio opresivo—. Ella no ha hecho nada malo.

Don Marcelo parpadeó y sus ojos verdes se clavaron en el gaditano.

—Lo recuerdo muy bien, don Marcos, pero vos lo sabéis perfectamente, no es obligatorio dar explicaciones cuando se trata de una persona acusada de brujería —soltó el magistrado.

«¡Brujería!», pensó Diego consternado. «Eso es una solemne bobada. Micaela no es ninguna bruja».

—Espero que no hayáis hecho caso de esas acusaciones, don Marcelo —especificó con voz sosegada—. Y, sobre todo, que no la hayáis metido en la cárcel. Deploraría que una muchacha inocente se viera en la situación de permanecer un solo instante en un lugar así.

Recordó los dos años que él había pasado preso, encadenado y a la espera de ser ahorcado en cualquier momento. Solo la intervención de maese Andrés y su amigo Adolfo, con la colaboración de la Reina, pudieron sacarle de allí.

Apretó los puños a los costados, como única concesión a lo que sentía por dentro.

—Podéis estar tranquilo, don Diego. Doña Micaela no está allí. —La voz del magistrado le devolvió a la realidad—. No os diré dónde se encuentra, pero puedo aseguraros que está bien.

Se permitió volver a respirar. La imagen de la preciosa joven asustada en una celda era más de lo que podía soportar. ¿Quién había podido acusarla de algo así? Cualquiera que la conociera sabía que ella era incapaz de usar malas artes.

Recordó que su hijo había admitido que lo pensó al conocerla, pero él sería incapaz de acusarla. No, su hijo no había hecho eso. Estaba convencido de que Yago amaba a esa muchacha, aunque él mismo aún no lo reconociera.

—¿Quién la ha acusado de esa infamia? —preguntó Diego, entre dientes.

—Lo siento mucho, pero eso no os lo puedo decir.

—¿Nos permitiríais verla? Para saber que está bien —sugirió—. Que no necesita nada.

Don Marcelo negó con la cabeza, tristemente.

—Lo siento mucho, don Diego. Me temo que eso no es posible —contestó—. Por la amistad que me une a vos, he consentido en daros estas explicaciones y a deciros la razón de que esté bajo arresto. Don Marcos, como abogado, sabe que en los casos de brujería no se informa de nada —aclaró, con seriedad—. No obstante, os tranquilizará saber que estoy investigando el asunto y que no pondré el caso en conocimiento de la Santa Inquisición mientras no esté seguro de que los cargos son ciertos.

Los tres guardaron silencio ante la mención del Santo Oficio. Aquello era muy serio.

—Gracias, don Marcelo. Espero que podáis esclarecer este malentendido lo antes posible —formuló Diego. E hizo un gesto a Marcos para abandonar el despacho.

«¡Por todos los demonios del averno!», blasfemó en silencio, mientras montaban. «Valiente momento para que Yago haya tenido un ataque de pánico».

Micaela se paseaba, inquieta, por el cuarto donde la habían encerrado. Era una de las habitaciones de servicio en la casa del magistrado. El lugar estaba limpio y ordenado. Arrimados a la pared, una cama con colchón de paja; debajo, un orinal de porcelana algo desportillado; un mueble palanganero. Completaban el mobiliario una mesa y una silla. Un brasero caldeaba la estancia. Las paredes encaladas no tenían ni un solo cuadro, nada que rompiera la blancura. Nada con que distraer su mente. Un pequeño candil mantenía a raya a la oscuridad, pero ya le habían advertido que no lo dejara encendido toda la noche.

La ventana estaba demasiado alta para ver la calle y era tan estrecha que nadie podría salir por allí. Desde luego, ella no lo intentaría.

No había vidrio, solo un papel aceitado cubría el hueco. Abrió la ventana. La luna, convertida en un gajo, emitía una luz espectral en el cielo nocturno.

El frío era intenso, probablemente estaba helando. El aliento se condensaba en vapor frente a la cara. Cerró la ventana para evitar que la habitación se enfriara y se abrazó a sí misma.

Volvió a reanudar sus paseos erráticos por el cuarto. Podía dar cinco pasos en la parte más larga y cuatro en la corta. Los había contado infinidad de veces. Lo hacía para no recordar que había cometido el peligroso error de no guardar el libro de Yago en un lugar más seguro. Los hombres del magistrado lo habrían visto en seguida y, a estas alturas, él lo tendría en su poder. No tardaría en avisar al Santo Oficio. Se dobló y empezó a jadear, asustada.

Cuando ella era una niña, su madre había huido para evitar que la acusaran de eso mismo. Ahora la acusada era ella y nada podía hacer para evitarlo.

Alguien andaba en la cerradura. Se incorporó con los labios apretados.

Un par de criados entraron, uno dejó sobre la mesa una bandeja tapada con una servilleta, el otro se quedó al lado de la puerta, vigilando. Al momento volvieron a salir sin decir nada. Micaela parpadeó como si saliera de un trance. Había debido preguntarles... ¿Qué? Nada, ellos no le hubieran dicho nada.

Se acercó a la mesa y destapó la bandeja. Una escudilla con un trozo de queso, pan y una patata asada. Un vaso con agua y nada más.

No tenía hambre. ¿Cómo podría comer, si tenía la garganta atenazada?

Volvió a colocar la servilleta y reanudó los paseos. Si al menos le hubieran dejado traer la cesta con los remedios podría haber preparado algo para tranquilizarse.

Iba a ser una noche larga. Larga y angustiosa. Debía aprovecharla para dormir. Lo más seguro era que fuera la última en que le permitieran dormir en una cama con sábanas y en una habitación. Al día siguiente la llevarían a la cárcel. Y después la pondrían en manos del inquisidor que se hiciera cargo de su caso.

Recordó a Yago y rompió a llorar. Quizá ya no lo viera más. Hubiera dado lo que fuera por poder pasar una noche entera entre sus brazos. Por volver a tener la dicha de sentirlo dentro.

Yago estaba exhausto. Llevaba todo el día cabalgando, pero por alguna razón no se había alejado mucho de la ciudad. Anduvo casi en círculos por los montes adyacentes. La noche era muy fría y empezaba a helar. La luna creciente iluminaba el paisaje.

Cerró la puerta de la borda de pastores. Dentro hacía frío, aún no había encendido fuego, solo la tea para poder ver el interior.

Ébano, ajeno al malestar de su dueño, rumiaba en el pesebre.

Yago estaba nervioso. La imagen de la curandera no se apartaba de su mente. Sabía que pasar la noche en la borda, la misma donde el día anterior había hecho el amor con Micaela, no era lo más apropiado para alejarla de sus pensamientos. Pero con las últimas luces del día se encontró allí. Como si toda la jornada hubiera cabalgado formando una espiral concéntrica que lo atrajera hacia esa cabaña. Se dio la vuelta y apoyó las manos en la puerta. Como para apuntalarla contra un vendaval. Agotado de tanto luchar contra sus sentimientos, dejó caer la cabeza entre los brazos extendidos. Después los flexionó hasta descansar la frente contra la rugosa madera. Con los ojos cerrados, inspiró furiosamente y se apartó de la puerta.

Paseó por la estancia mirándolo todo sin ver. Luego cogió una de las mantas y se la llevó a la nariz para captar su olor, ese aroma a jazmín que lo volvía loco. Allí estaba, tenue, aunque inconfundible. Incluso encontró un largo cabello, negro y brillante. Se lo enrolló y desenrolló en un dedo, una y otra vez, sin dejar de pensar en ella. Sin dejar de recordar su sabor, su olor, su pasión...

—Definitivamente, soy un tonto enamorado —admitió por fin.

Se sorprendió al sentirse, de alguna manera, más libre. Esperaba una sensación de derrota; no obstante, era todo lo contrario. El día anterior, tras sincerarse con Micaela y contarle lo sucedido un año atrás, también había sentido una especie de liberación. En aquel momento no hizo caso porque no quería pensar más en ello. Ahora comprendía que era cierto lo que le habían dicho su cuñado y Micaela, él no tenía la culpa de esas muertes.

Sí, quería a su esposa, pero con un amor casi platónico. Tan diferente de lo que sentía por Micaela como la noche del día.

Sintió la imperiosa necesidad de decírselo. Quería gritarlo a los cuatro vientos. Pero a esas horas era imposible, las puertas de la ciudad estarían cerradas hasta el amanecer.

Mientras volvía a ensillar a Ébano sus labios se distendieron en una sonrisa creciente. Luego apagó la tea en el suelo y la dejó en su lugar, antes de cerrar la borda y regresar a su casa.

Se sentía más ligero. El frío de la noche no le afectaba. Mientras cruzaba los arenales, bajo el frío fulgor de la luna, seguía sonriendo como un tonto.

Le extrañó que, pasadas las doce de la noche, hubiera luz encendida en la biblioteca. Supuso que su madre no podría dormir, pero conforme se acercaba

se dio cuenta de que no era una sola vela la que alumbraba la habitación, parecía como si hubieran encendido unas cuantas.

Desmontó del caballo en el interior de la cuadra; después de quitarle la silla y las bridas, lo dejó en su casilla. El mozo, medio dormido, terminó de almohazarlo.

Entró en la casa a grandes pasos. Tenía un mal presentimiento. A través de la puerta abierta de la biblioteca se oían las voces de sus padres.

—Buenas noches —saludó al entrar.

Diego y Marcos se pusieron de pie como un resorte, Marina se acercó a él casi corriendo. La aprensión le erizó los pelos de la nuca.

—¡Gracias a Dios! —exclamó su madre. Tenía el cabello alborotado, como si se hubiera pasado las manos por él—. Por fin has venido. Hijo, han detenido a Micaela.

—¿Qué? —atinó a preguntar, anonadado—. ¿Qué quieres decir?

—La acusan de brujería —aclaró su padre, con ojos tristes—. Don Marcelo nos ha dicho que está estudiando el caso y que no la tiene en la cárcel.

—¡Dios santo! No puede ser verdad —musitó Yago. Y se dejó caer en uno de los sillones, repentinamente exhausto—. ¿Quién ha podido hacer algo así?

No podía creerlo. ¡Maldición! Precisamente el día en que a él le había dado por marcharse.

—El magistrado no ha querido decírnoslo —dijo Marcos—. No tiene nada con que sustentar semejantes patrañas. Confío en que mañana la deje libre.

Sí que tenía: el libro. El *Atlas visual del cuerpo humano*. El ejemplar que él le había prestado sin pensar en las consecuencias. El que había traído desde el siglo XXI con total desatino. Debía localizarlo antes de que dieran con él. Si lo encontraban ya no habría nada que hacer. Habría querido fustigarse por haber sido tan estúpido, por no haber tenido en cuenta el peligro que corría quien tuviera ese libro.

«Dios, no lo permitas», rogó con temor. Se levantó, inquieto.

—Sí, hay algo... —Volvió a sentarse, buscando la manera de explicar lo sucedido.

—¿Qué quieres decir? —indagó su madre, con los ojos sospechosamente húmedos.

Marcos no estaba soñando. Pese a la historia tan fantástica que le acababan de contar, no estaba dormido. ¿Querría decir eso que era cierto? ¿Era posible viajar en el tiempo? Rotundamente, no.

—Sé que te resultará muy difícil creernos, pero es cierto —aseguró Yago; el cansancio era visible en sus ojos. Estaba sentado en uno de los sillones y se frotaba la frente—. Nunca debí traer ese maldito libro.

—Sí, es muy difícil de aceptar que algo así pueda suceder —recalcó Marcos.

Seguían en la biblioteca. Estaban sentados en varios sillones y en el sofá. En la chimenea el fuego ardía con intensidad. Por el movimiento de la luna, calculó que rondaban las dos de la madrugada. Ninguno tenía prisa por irse a la cama.

Yago acababa de revelar a sus padres que, dieciséis años antes, se había traído un libro de anatomía y que unas semanas atrás se lo había prestado a Micaela. Al principio Marcos no vio ningún problema, hasta que surgió el tema del traslado en el tiempo y las características de ese ejemplar. Le costaba creer que algo así pudiera realizarse. Nadie podía viajar en el tiempo.

Nadie que él supiera, claro.

«No pienses tonterías», se reprochó Marcos en silencio. «Es imposible y ya está».

Primero le habían contado cómo terminó doña Marina en ese siglo y las aventuras vividas allí. Después llegó el turno de don Diego y, por último, la llegada de los tres al año 1713. Una historia tan inverosímil que costaba creerla. Se pellizcó varias veces para asegurarse de que estaba despierto y que aquello no era una pesadilla.

—Te preguntamos si habías traído algo de aquella época. Te advertimos que era muy peligroso —le recordó doña Marina a su hijo, con pesar. Se levantó del sofá y fue hacia la chimenea para calentarse las manos. Marcos pudo ver cómo le temblaban, las arrugas de temor que le marcaban la cara.

—Lo siento mucho, madre. Era un regalo de Alex. No podía dejarlo allí —se excusó Yago, con torpeza. Se levantó también y comenzó a pasear por la biblioteca con las manos unidas a la espalda, cabizbajo. Toda una estampa de la preocupación—. Ahora me doy cuenta de que no debí traerlo.

—Ya está hecho y de nada sirve lamentarse —sentenció don Diego, antes de pasarse la mano por el pelo.

Marcos tenía mil preguntas en su mente. Cuestiones prácticas que no era el momento adecuado para preguntar. Habían hablado del siglo XXI como si hubieran vivido allí, como si no les fuera desconocido. Era de locos.

Debía reconocer que, si daba por ciertas esas afirmaciones, aclararía un poco la forma de hablar de doña Marina, sus costumbres tan poco encorsetadas y hasta algunas expresiones pintorescas. Aun así, admitir que eso se debía a haber nacido en un siglo futuro... era demasiado fantasioso.

Eso explicaría, también, el experimento que Yago quería llevar a cabo en el invernadero. Le había convencido de que le ayudase a arreglar una parte del recinto para montar un estudio. En distintas baldas colocaron frutas y pedazos de pan, a la espera de que les saliera moho. No entendía a qué venía esa obsesión con producir podredumbre en esos alimentos, pero él le había asegurado que, de ese modo, esperaba lograr la cura de la sífilis. Que su madre se lo había dicho.

Si él mismo no tuviera interés en encontrar lo que fuera para no tener que pasar por la agonía de esa enfermedad, se hubiera reído de Yago y de sus locos experimentos.

¿Era posible que doña Marina estuviera en lo cierto y que en la putrefacción de las frutas estuviera la solución para su enfermedad? ¿Acaso lo sabía por haber venido del futuro?

«¡Pardiez! Todo es muy complicado».

—Tenemos que buscar una manera de liberar a Micaela —aseguró don Diego, con su habitual compostura.

—La tenemos, padre —barbotó Yago, impetuoso. Se paró frente al cabeza de familia—. Me entrego yo.

Doña Marina, junto a la chimenea, sofocó una exclamación y se volvió después, secándose apresuradamente las lágrimas.

—Yago, eso no garantiza que la dejen libre. Pueden consideraros herejes a los dos —aclaró Marcos, antes de que ella pudiera decir nada—. Hay que pensarlo detenidamente. Precipitándote no la ayudarás. Primero hay que averiguar si tienen el libro. Quizá aún esté en la casa y no lo hayan descubierto.

—Si el libro no está en la casa, me entregaré —repitió su cuñado, rotundo.

Durante un rato nadie habló. Cada uno se limitó a idear un modo de liberar a Micaela de la acusación. El único sonido era el crepitar de las llamas en la chimenea.

—No puedo creer que esté pasando esto —musitó la dueña de la casa, con la mirada perdida. Se estremeció—. Esta noche hace mucho frío.

Don Diego se levantó para abrazarla.

—No hace tanto frío, Sirena. Es el miedo lo que te hace temblar —le susurró—. Todo se arreglará de la mejor manera posible. No dejaremos que a

Micaela le suceda nada. Ella es inocente. Se demostrará en seguida.

—Dios te oiga, pero no lo creo —susurró, abatida.

—Doña Marina, debéis tener fe. Mañana hablaremos con don Marcelo y veremos qué se puede hacer para solucionar esto —manifestó Marcos—. No os preocupéis, no consentiré que les pase nada a ninguno de los dos.

Ella le dedicó una trémula sonrisa y se abrazó a su esposo.

Era cierto, no lo consentiría. Haría lo que fuera para impedirlo. No dejaría que ninguno de los dos fuera juzgado por brujería.

—Tal vez sea mejor que nos vayamos a la cama —argumentó don Diego—. Mañana será un día muy intenso y debemos estar descansados. Aquí ya no hacemos nada.

—Yo me quedaré un rato más, padre. En estos momentos me sería imposible dormir —aclaró Yago.

—Está bien, hijo. Hasta mañana, entonces. Buenas noches, Marcos —se despidió el dueño de la casa. Al salir de la biblioteca llevaba a su esposa abrazada.

—Puedes irte a dormir, Marcos —dijo Yago, un momento después—. No tienes por qué quedarte. Estoy bien.

Marcos, sin hacerle caso, se sentó en uno de los sillones. Había visto que los ojos de Yago se desviaban hacia una mesita con botellas de licores. La tentación era muy grande, pero él no permitiría que volviera a beber.



## Capítulo 41

Para Yago la noche se había hecho eterna. Sin poder conciliar el sueño, la había pasado dando vueltas por su cuarto. En más de una ocasión pensó en bajar hasta la biblioteca y beber una copa del coñac que tenía su padre. Eso le hubiera ayudado a aplacar esa zozobra. Al final había resistido, a base de fuerza de voluntad.

La noche anterior, al retirarse sus padres, tal vez habría sucumbido a la tentación si su cuñado no se hubiera quedado con él en la biblioteca. El brillo del cristal de las botellas era una llamada constante en su cerebro.

Se había marchado de allí con premura, para no caer en la trampa.

La ansiedad por Micaela le había mantenido inquieto hasta el amanecer, cuando por fin pudo entrar en la ciudad. Por fortuna, Petra y Dionisio ya se habían levantado y le dejaron pasar. Los dos estaban terriblemente preocupados por Micaela, le dieron permiso para que registrara lo que quisiera. Le habían dicho que los hombres del magistrado ya habían estado allí el día anterior y que se habían llevado muchas cosas; entre ellas, un libro.

Al saberlo, Yago sintió que el corazón se le paralizaba. Le estaba costando recuperarse de la conmoción.

Por mucho que lo pensara —y lo había hecho hasta el cansancio— en el caso de que tuvieran el libro, no hallaba otra manera de solucionar las cosas que presentarse ante el magistrado y confesar que era suyo. Convencerlo de que Micaela no tenía nada que ver.

Ahora, sentado junto a Marcos a la espera de que don Marcelo les recibiese, sabía que estaba haciendo lo correcto.

Su cuñado guardaba silencio, pero debía de estar atento a sus gestos, pues de vez en cuando le daba un apretón en el antebrazo. Como si quisiera hacerle saber que él estaba allí para ayudarlo. Yago le agradecía el gesto. Su cuñado era un buen hombre. Él no dejaría que esa enfermedad acabase con Marcos.

«¿Cómo voy a lograrlo si me encarcelan?», se preguntó por primera vez. ¡Por todos los demonios! No lo había pensado.

Incapaz de permanecer más tiempo en la silla, abrumado por los problemas, se levantó. Se encontraba en una encrucijada. Si no se entregaba, a Micaela la juzgarían por brujería, sin tener culpa de nada. Si se entregaba, no podría encontrar una cura para su cuñado y Marcos tendría una muerte agónica y espeluznante, como todos los enfermos de sífilis. Debía decidir algo.

—Dile a mi madre que explique a Micaela lo de la penicilina —pidió a Marcos, inquieto—. Prométemelo.

Como su cuñado no decía nada, le agarró por los hombros para zarandearlo un poco. No estaba de humor para aguantar titubeos. Era importante que se lo dijese a su madre.

—Vale, vale, te lo prometo —dijo Marcos a desgana. Y se sacudió la casaca.

Yago suspiró satisfecho y volvió a sentarse. Pero al instante le asaltaron un millar de dudas. Su madre le había dicho que era un procedimiento muy complicado, ¿sería capaz Micaela de lograrlo? No estaba siquiera seguro de poder hacerlo él con sus conocimientos, ¿cuánto más le costaría a una herbolaria? Era una locura. Él mismo era un iluso al haber pensado, aunque fuera por un momento, que fuera tan sencillo.

«Te das demasiado crédito si piensas que podrás emular a ese tal Fleming», se reprochó, cabizbajo.

—Dios santo —murmuró, justo antes de que les avisaran de que el magistrado les atendería en ese momento.

—No pierdas la compostura, Yago. Lo solucionaré todo —dijo Marcos, entre dientes, mientras seguían al criado—. Y por lo que más quieras, no se te ocurra decir que el libro es tuyo. Aún no es el momento.

En el pasillo se cruzaron con la señora Jacinta, del caserío Lecuona. La anciana evitó mirarlo a la cara y Yago sintió que la sangre se le iba del cuerpo. ¡Nigra! Seguro que le había hablado del interés de Micaela por el gatito negro. ¡Santo Dios! Rogó que el magistrado no fuera proclive a creer en supercherías, de lo contrario, no podría hacer nada por salvar a Micaela y terminarían acusados los dos. Se pasó la mano por la frente, como si de ese modo pudiera dar con la solución perfecta.

Marcos lo miró con preocupación y volvió a repetirle que no dijera nada. Entraron en el despacho.

—Buen día, caballeros, siento haberos hecho esperar —se excusó don Marcelo, sentado al otro lado del enorme escritorio. Aunque estaba ojeroso, su actitud era resuelta—. Como os comuniqué, estoy recabando información sobre la acusada. Siéntense vuestras mercedes, si hacen el favor.

—Buen día. Os ruego que nos contéis cómo van las diligencias en el caso —solicitó Marcos; luego se sentó en una de las sillas frente al escritorio—. Comprendo que no es el procedimiento usual, pero apelamos a vuestra comprensión y os rogamos una deferencia.

Don Marcelo clavó sus ojos verdes en los azules del gaditano y apretó los labios, como si pensara en qué contestar. Después, reclinado en su sillón, se acarició la barbilla.

Yago estaba destrozado por dentro. La necesidad de saber era tan fuerte que casi temblaba. Quería saber qué le había contado la señora Jacinta, aunque temía saber cuál era la respuesta.

—He entrevistado a varios testigos que pintan de doña Micaela un retrato un poco preocupante. —Las palabras del magistrado fueron como un mazazo—. Por lo visto, hace un mes ayudó a una mujer a dar a luz y la niña nació muerta, pero doña Micaela consiguió resucitarla. —Yago casi se levantó con intención de protestar, pero la mirada de Marcos le hizo desistir. El magistrado cabeceó con aprobación antes de continuar—: Le gustan los animales un tanto peculiares y tiene afinidad con ellos. —Guardó silencio tanto rato que Yago pensó que había acabado—. No considero que sea ningún delito que te gusten los gatos, sean del color que sean. O que los animales no muestren temor ante la presencia de alguna persona. Esto último más bien sería signo de la bondad de esa persona. —Los miró, serio—. Ahora bien, esa historia de la «resucitación» del bebé es más preocupante; si tenéis algún dato que esclarezca eso, os agradecería que me lo aclaraseis.

Yago se levantó como un resorte, con el sombrero en la mano. Necesitaba explicar a don Marcelo la verdad sobre esa historia. Era necesario que ese hombre exculpara a Micaela.

—Yo no estaba presente, pero cuando doña Micaela nos lo contó, lo hizo asegurando que la niña vivía, solo que no podía respirar. Lo único que ella hizo fue insuflarle aire en la boca hasta que empezó a respirar por sí misma —aclaró, con voz serena y firme. Solo la blancura de sus nudillos, al agarrar el tricornio, delataba la tensión—. No hubo tal resucitación, puesto que no hubo muerte. A menudo las supersticiones hacen que la gente vea cosas que no son. Mucho me temo que en el presente caso esté sucediendo eso mismo.

Don Marcelo lo miró largamente y cabeceó, satisfecho.

—Ahora hay otro problema...

Yago se dejó caer en la silla. El libro. Se contuvo para no lanzarse a declararse culpable. Marcos le había aconsejado que, por el momento, no lo hiciera. Qué difícil mantenerse callado, cuando todo el cuerpo le pedía confesar.

—Se ha encontrado un libro en su casa —continuó el magistrado—. Aún no he tenido tiempo de verlo. Hasta que lo haga no podré decidir si su contenido es diabólico, como me han informado, o si simplemente se trata de otra cosa.

En cuanto pusiera los ojos encima de ese ejemplar no dudaría ni un instante. Y Micaela estaría perdida. Tenía que confesar. Debía hacerlo inmediatamente.

Debió de hacer un gesto, pues Marcos le asió de la rodilla y apretó sutilmente. Una clara advertencia de que mantuviera la boca cerrada.

«¡Por todos los demonios!».

—Ahora, señores, si me disculpáis, debo seguir atendiendo mis obligaciones. Os aseguro que no mandaré aviso al Santo Oficio mientras yo mismo no esté convencido de la culpabilidad de doña Micaela —sentenció don Marcelo, antes de tocar una campanilla.

Al momento, el mismo criado de antes entró en el despacho para acompañarles a la salida.

—¿No podríamos verla? —solicitó Yago, con nerviosismo.

—Debo negarme, don Yago. No es conveniente que nadie hable con ella hasta que esté todo aclarado.

—Pero...

—Os agradecemos la información y el tiempo que nos habéis dedicado —lo interrumpió Marcos, mirando al magistrado—. Que tengáis un buen día.

Yago sintió que le tiraba del brazo para sacarlo de la habitación lo antes posible.

—Si al final decide que el libro es una prueba de que Micaela es bruja, confesaré que el libro es mío —anunció Marcos, al salir de la casa del magistrado. Se colocó su tricornio—. Diré que se lo dejé yo.

—No puedes hacer eso. —Yago lo miró espantado, al tiempo que soltaba las riendas de la argolla—. Te condenarán a ti.

—No me importa. De todos modos, voy a morir...

—Eso no lo sabemos —lo atajó, antes de montar en Ébano—. Ya te he dicho que intentaré conseguir un remedio —explicó el galeno—. Tarde o

temprano daremos con la solución. Le pediré a Micaela que me ayude. Entre los dos tal vez logremos algo.

—No si Micaela sigue presa —murmuró Marcos, con pesar. Subió a su propia montura y se pusieron en marcha.

Le dolía la cabeza y esa mañana había encontrado un puñado de cabellos sobre la almohada. El médico de Madrid le había hablado de esos síntomas y de los que vendrían después. No quería pensarlo, era aterrador.

—¡Por todos los demonios! No pueden retenerla... No pueden. Ella es inocente —anunció Yago, indignado.

—Ya has oído a don Marcelo. Quiere comprobar ese libro del que le han hablado. Después decidirá.

—Todo ha sido por mi culpa —se lamentó el galeno, cabizbajo. Se lo veía desmoralizado—. Nunca debí traerlo. Si le pasa algo jamás me lo perdonaré. No me parece justo que yo esté libre mientras ella... Soy un cobarde.

Marcos le palmeó el hombro con torpeza. Quería consolarle, pero no sabía de qué modo. Le dolía verlo así. No quería que él sufriera.

—No le pasará nada. En el caso de que don Marcelo considere que el libro es diabólico, me inculparé yo. Es la mejor solución. Ya estoy sentenciado. Calla —dijo a su cuñado, cuando este hizo ademán de protestar—. No digas nada. No te preocupes por mí. Más que a la hoguera temo al sufrimiento que me causará la sífilis.

Y era cierto.

—¿Se sabe cuándo llegará el inquisidor encargado del caso? —preguntó Millán, impaciente.

—Por lo que he oído en la casa-torre Izaguirre, pueden pasar meses hasta que la señorita Micaela sea juzgada —aclaró Ofelia, con las manos entrelazadas en el regazo.

Acababa de llegar a la posada. Había ido para mantenerlo informado.

—No tengo tanto tiempo. El posadero ha vuelto a exigirme el pago. ¡Rediez! —masculló, lívido de furia—. El muy canalla es cada día más déspota y descarado. Ya no me queda gran cosa con que pagarle. Y ha amenazado con ponerme en la calle si no lo hago pronto.

Desesperado, se frotó la cara. Se sentía agobiado hasta lo indecible. Y para empeorarlo aún más, la situación no tenía visos de cambiar a su favor.

¿Cómo se le había ocurrido un plan tan estúpido? Si la hubiera mandado matar ya todo se habría corregido. Ahora debería esperar a que el Santo

Oficio enviase a un inquisidor para escoltarla a Logroño y luego juzgarla. Para entonces, él estaría en la miseria o muerto en una zanja del camino. Se estremeció hasta el tuétano.

—¡Pardiez! —bramó, sobresaltando a Ofelia, que seguía retorciéndose las manos—. Hay que conseguir más testigos.

—No sé cómo. No hay dinero para convencerlos y no todos creen lo que les he contado sobre la señorita —se disculpó ella. Se levantó de la cama, estaba nerviosa.

—¿Hay alguna posibilidad de verla?

—No. El magistrado no permite la visita de nadie. ¿Quieres ir a verla? —preguntó, en sus ojos se veían el temor y los celos.

—Desde luego que no —murmuró, distraído.

Tenía que pensar en algo para arreglar lo antes posible todo ese desaguisado. ¿Cómo se podían haber torcido tanto las cosas en su vida? Era de locos. Un año antes no tenía nada de qué preocuparse y ahora, en cambio, vivía bajo el peso de los problemas.

Volvió a mirar a Ofelia. La joven seguía con las manos unidas y expresión de angustia. Millán pensó que no estaría mal pasar un buen rato con ella. Seguro que eso le ayudaría a olvidarse por un tiempo de Micaela. Sonrió y a la criada se le iluminaron los ojos.

«¡Ah, qué fácil es contentarla!», pensó, satisfecho.

Ya había pasado todo un día encerrada en ese cuarto. Todo un día sin haber hablado con nadie. Los dos criados que le traían la comida y agua caliente para sus abluciones no decían nada ni respondían a sus preguntas, apenas paraban en la estancia.

Se estaba volviendo loca de preocupación. Sin nada que hacer, sin nadie con quien hablar, solo le quedaba seguir pensando en sus circunstancias. Seguir rezando para que no hubieran encontrado el libro de Yago, aun cuando eso era imposible, pues recordaba haberlo dejado sobre la mesa, a la vista de cualquiera.

—Fui una tonta —protestó en alto, más que nada para oír el sonido de una voz, aunque fuera la propia—. Debí guardarlo antes de marcharme.

Abrió la ventana para ver el cielo. Las nubes tapaban la luna, sin dejarle siquiera el consuelo de su luz de plata. Volvió a cerrar y se abrazó mientras paseaba por la habitación, como una fiera enjaulada. Cinco pasos, vuelta, cinco pasos, vuelta, cinco pasos...

Pensaba en Petra y Dionisio, los pobres estarían preocupados por ella. En Ofelia... pese a sus últimas desavenencias, confiaba en que no creyera a los que la acusaban. No sabía si Millán aún continuaba en San Sebastián o si ya había regresado a Pamplona. Para él esa situación sería una vergüenza. Casi prefería que se hubiera marchado para que no se enterase.

Luego estaban don Diego y doña Marina, imaginó cuánto los indignaría esa situación, sobre todo a doña Marina, con su forma tan peculiar de ver la vida. Le habría gustado hablar con ella sobre lo que contaba Yago de su viaje en el tiempo.

Clara, pobre muchacha, se habría llevado un disgusto al enterarse; qué pena no poder ayudarla con su idea de crear perfumes. Don Marcos era buen hombre, seguramente intentaría defenderla ante el magistrado.

Dejó para el final al más importante: Yago. Le costaba pensar en él sin llorar. No podía evitarlo. Le dolía no poder verlo, no tener la certeza de contemplar otra vez su atractivo rostro. Verse reflejada en aquellos ojos acerados, capaces de mirarla con tanto ardor como si fueran a quemarla...

—Ay, Dios —sollozó, al relacionar la palabra con su destino.

No quería morir así. No quería terminar achicharrada en la hoguera.

Había oído que los verdugos, si se apiadaban de alguna condenada, le ponían alrededor del cuello una bolsa con pólvora, para que explotase con las primeras llamas y evitara el sufrimiento de ser quemada viva.

Se llevó la mano al cuello y tragó en seco. Era espeluznante, aterrador.

Con esfuerzo logró borrar de su cabeza lo que su desatada imaginación le sugería y concentrarse en los buenos recuerdos que guardaba de sus padres. De don Nicolás...

La imagen de Yago volvió a cruzarse con fuerza en su cabeza, con una mezcla agridulce de placer, se dedicó a recordar cada instante pasado con él, desde que lo conociera hasta la última vez que lo había visto, al regresar de la borda de los pastores, tras la tormenta.

Recordó la mañana en que le había oído discutir con Tomás, aquel día la llamó «bruja». Micaela detuvo sus pasos, fruncido el ceño.

Sí, sabía que en aquel entonces pensaba así de ella, pero con el tiempo su actitud había cambiado drásticamente. Ahora, sin duda, ya no pensaba igual. No después de haber sentido sus besos, sus caricias. Era imposible que le hiciera el amor con tanta ternura si la creía bruja. Era absurdo.

Con esa certeza en su mente, reanudó el paseo. Cinco pasos, vuelta, cinco pasos...

En la casa-torre Izaguirre nadie parecía tener apetito. Los platos de comida seguían casi intactos en la mesa. La luz de las velas mostraba a los comensales taciturnos y preocupados. Era la segunda noche que Micaela iba a pasar presa y ninguno podía olvidarlo.

Yago ni siquiera se molestó en coger los cubiertos para fingir que comía. Tenía las manos crispadas de tanto apretarlas y no era capaz de relajar ni un solo músculo de su cuerpo. Pese al consejo de Marcos, habría debido entregarse. Si lo hubiera hecho, ahora Micaela estaría descansando en su casa o allí, en la de sus padres. En cambio, seguía enclaustrada, a saber dónde y en qué condiciones.

«Debí hacer caso de mi primera intención», se reprochó.

Los nudillos crujieron al apretar más los puños. Clara debió de oírlo, pues le asió la mano y se la apretó con cariño.

—No te preocupes, todo se arreglará. Lo ha dicho Marcos —le recordó con voz dulce, mitad de niña, mitad de mujer.

Suspiró ante la confianza que exhibía su hermana.

—Lo sé, Trasto, pero no puedo dejar de preocuparme —murmuró, casi sin mirarla.

—Eso es porque la quieres —precisó Clara, en voz baja—. Cuando amas a alguien te preocupas por él.

Yago guardó silencio, incapaz de rebatir aquellas palabras. La imagen de Micaela se filtró en su mente. Sintió una opresión en el pecho al pensar que quizá no volviera a verla nunca más. ¡Dios santo! No podía permitir eso.

«Nunca le he dicho que la amo», pensó, acongojado.

Se levantó de golpe y las patas de la silla chirriaron contra la piedra del suelo. El aire agitó las llamas de las velas, después se aquietaron de nuevo. Yago se agarró al respaldo de la silla, con los ojos clavados en ellas.

—¿Qué te sucede, hijo? —preguntó su madre, preocupada.

—Lo... lo siento. Necesito... tomar aire —balbuceó él, antes de salir a grandes zancadas del comedor.

Sentía que se ahogaba allí dentro y quería respirar el aire frío de la calle. Casi chocó con Tomás, que se dirigía al piso superior.

—Perdonadme, señor —se disculpó el ayuda de cámara, luego continuó hacia las escaleras con mirada soñadora.

¿Qué le pasaba a ese hombre? Desde días atrás andaba como en la inopia. No es que él se hubiera fijado mucho en el criado, pero saltaba a la vista el cambio operado en ese hombrecillo, antes tan pulcro y meticuloso. Esa misma



mañana le había limpiado solo una bota, la otra tuvo que limpiarla el propio Yago, de malas maneras, antes de partir a la casa de Micaela.

Con un meneo de cabeza, marchó hacia la puerta de la calle.

Al salir, el frío nocturno le golpeó en la cara y le oprimió los pulmones. Su aliento se condensó frente a él, en blancas nubes de vapor. Con las piernas separadas y los brazos a los lados, respiró varias veces para serenarse. Levantó la vista al cielo. Las nubes cubrían la luna y amenazaban con soltar un aguacero en cualquier momento.

«¿Cuánto tiempo necesitará el magistrado para examinar el libro?», se preguntó con angustia. «¿Cuánto tiempo más deberá Micaela permanecer encerrada?».

—Yo no podré aguantar...

—Pues deberás hacerlo —lo interrumpió Marcos. Lo había seguido hasta el patio—. Sé que es difícil, pero no queda más remedio. Primero hay que esperar a que don Marcelo emita un veredicto sobre la naturaleza del libro. Luego me entregaré. Te lo he dicho.

Yago negó con la cabeza.

—Y yo te he dicho que tú no te entregarás —masculló, con los dientes apretados.

—Tal vez no haga falta que ninguno de los dos lo haga... ¡Pardiez! ¡Qué frío hace! —exclamó Marcos. Se llevó las manos a la boca para soplar en ellas mientras las frotaba con vigor.

—Eso sería un milagro, Marcos. El libro no puede evaporarse y es una prueba contundente. No entiendo por qué esperar. Si me entrego...

—Si te entregas, don Marcelo te encarcelará y mantendrá retenida a Micaela hasta esclarecer todo. Eso es lo que haría yo, de estar en su lugar —aclaró Marcos. Y se metió las manos bajo las axilas para calentarlas.

—¡Eso no es justo! —protestó Yago—. Ella no tiene nada que ver...

—Tú y yo lo sabemos, pero el magistrado no la soltará mientras no esté convencido —insistió—. Hazme caso, no queda otra que esperar. Si confiesas, solo conseguirás que te encierren, pero no que liberen a Micaela. ¿Es eso lo que quieres?

—¡Por todos los demonios del infierno! —bramó, antes de golpear la puerta con los nudillos—. ¡Maldición! ¡Claro que no! ¡Quiero que la suelten! ¡Por Dios! ¿No entiendes lo difícil que esto es para mí? Saber que ella está... —La angustia le cortó la voz y ya no pudo seguir hablando.

## Capítulo 42

Ofelia se despertó con el cuerpo bañado en sudor.

Otra pesadilla.

El corazón le latía con el ritmo de un caballo desbocado. Abrió los ojos y, muerta de miedo, escudriñó la habitación por encima de la ropa de cama. A través del papel aceitado de la ventana penetraban las primeras luces del amanecer y paliaban en gran medida la oscuridad del cuarto. Si no fuera tan peligroso dormir con una vela o con el candil encendido, los habría dejado toda la noche.

Conforme sus ojos se iban acostumbrando a la penumbra, comprendió que en aquel lugar solo estaba ella. Que nada acechaba desde las sombras para abalanzarse sobre la cama.

«Empiezas a comportarte como una loca», se regañó en silencio.

No tenía ninguna duda de que todo lo que le estaba ocurriendo era fruto del remordimiento. Desde que se llevaran a Micaela, ocho días antes, no había podido dormir una noche seguida. Los sueños estaban plagados de pesadillas. Algunas veces la veía arder en la hoguera. En otras, era ella misma la que ardía en la pira hasta perecer, en esos casos se despertaba a punto de gritar de terror.

En los últimos días había descubierto que los vestidos le bailaban sobre el cuerpo. Apenas comía. Era como si tuviera un nudo en la garganta que impidiera a la comida pasar más allá de la boca.

«Nunca debí acusarla», pensó, acongojada.

Por mucho que pudiera sospechar de Micaela, debería haber esperado a estar segura. Ella nunca había dado muestras de hacer ninguna maldad a nadie. Todo lo contrario. ¿No eran las brujas personas malvadas? ¿No disfrutaban haciendo sufrir a los demás?

—¡Ay, madre! —gimió, incorporándose de golpe en la cama—. No puedo seguir así. Terminaré completamente desquiciada.

Por su cabeza pasó la traición de Judas Iscariote al Señor. No es que quisiera comparar a Micaela con Jesús de Nazaret, pero la traición era la misma. En lugar de hacerlo por treinta monedas de plata, lo había hecho para que don Millán tuviera su herencia y pudieran casarse. Era casi lo mismo.

Ahora entendía mejor a Judas. Podía percibir el terrible desasosiego que debió de sentir después de que apresaran al Señor en el Huerto de Getsemaní. Porque era el mismo que ella padecía en esos momentos. Y solo deseaba que acabase de una vez. Habría dado lo que fuera por poder echar atrás el tiempo y no haber ido nunca a casa de don Marcelo. El peso de la culpa le hundía los hombros.

Como fuera del cuerpo, se lavó y se vistió. Sin muchas ganas aireó la ropa antes de hacer de nuevo la cama.

Tenía que bajar a la cocina, pero no iba a desayunar, era imposible. El estómago se le contraía como si fuera un fuelle con solo mencionar la comida.

—Ay, madre, madre, madre...

La angustia era la tónica que envolvía los días en la casa-torre Izaguirre. La biblioteca se había convertido en la sala donde se reunían para buscar la manera de librar a Micaela de su prisión. En todos los miembros de la familia se apreciaba el cansancio y el temor por la suerte de la joven.

Yago se pasó la mano por la frente y se quedó mirando el paisaje que se extendía desde la ventana. El cristal le devolvió su reflejo. Estaba casi tan demacrado como a su llegada, poco menos de dos meses atrás. Los ojos, hundidos y febriles; llevaba casi una semana sin lograr dormir en condiciones. Unas arrugas verticales, sobre la nariz, le daban un aspecto hosco y amenazante. Le remordía la conciencia y cada vez le costaba más hacer caso de la recomendación de su cuñado. No podía seguir esperando indefinidamente. ¡Por Dios! Micaela estaba encerrada y no tenía la culpa de nada.

¿Cómo estaría ella? ¿Dónde la tendría el magistrado?

Necesitaba verla. Saber si estaba bien. Abrazarla. Jamás habría pensado que la echaría tanto de menos. Se le había metido en la piel.

La amaba. Dios, cómo la amaba...

Y con su silencio la estaba traicionando.

«¡Por todos los demonios!».

Sintió una mano en el hombro; al girarse encontró a su padre. En los últimos días parecía haber envejecido diez años. Los cabellos grises, revueltos

por las veces que se lo había mesado. Los ojos tristes.

—Don Marcelo no hará caso de esas acusaciones —aseguró Diego, con voz abrumada—. La gente se inventa cosas solo por molestar.

—Marcos opina igual que tú. Esta mañana el magistrado nos ha dicho que un hombre asegura haber visto a Micaela en un aquelarre en el monte Jaizkibel. ¡En un aquelarre! —Yago soltó un improperio—. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué clase de tontería es esa? —Golpeó el marco de la ventana, frustrado—. Debería ir y entregarme. No aguanto más esta espera. No soporto saber que ella está encerrada. Todo es por mi culpa.

—Entiendo cómo te sientes, hijo, pero aún no sabemos qué opina don Marcelo de ese libro que dicen haber encontrado —mencionó Diego; le palmeó el hombro—. Tal vez...

Yago se volvió y clavó los ojos en su padre.

—Padre, sabes tan bien como yo que nadie podrá pensar que ese libro es algo humano y normal —dijo hastiado, elevando la mirada al techo—. No hay alternativa. Solo un cobarde sin sentimientos consentiría que sufriera una joven inocente. Así es como me siento, padre. La conciencia no me deja descansar, no puedo dormir. Me avergüenzo de esta pasividad. Hasta me avergüenzo de mí mismo. —Dejó caer la cabeza al pecho, agotado.

—Eso no es pasividad, hijo —le aclaró Diego, con delicadeza—. Habéis ido todos los días a preguntar.

Yago soltó una especie de risa sarcástica y miró a Diego.

—Padre, eso es lo más cómodo. Yo estoy aquí, rodeado de mi familia —extendió los brazos como si quisiera abarcar la estancia—, y ella está encerrada, sabe Dios dónde y de qué manera.

—Sé que lo estás pasando mal, Yago. —Marcos se unió a ellos, junto a la ventana. También su cuñado tenía un aspecto deplorable—. Sé que deseas entregarte. Te comprendo; con todo, como abogado no puedo aconsejarte que lo hagas. Solo cuando el magistrado haya decidido qué hacer con Micaela. Créeme, solo busco lo mejor para... los dos.

—¿No entiendes? Con cada día que pasa encerrada se da pie a que la gente, por malicia, por envidias o por ese miedo ancestral a las brujas, la acuse de cosas sin sentido —barbotó Yago, exasperado—. Ayer era que una vaca no daba leche porque ella la había mirado. Hoy, el aquelarre. Mañana... ¿Qué inventarán mañana? No puedo, Marcos; lo siento, pero no puedo —terminó, apartando a su cuñado para salir de la biblioteca con paso airado.

—¡Yago! —lo llamó su padre.

No se volvió. Sentía la sangre como lava ardiente que le quemaba por dentro. A la vez, el frío le atenazaba las entrañas. Le resultaba difícil respirar, como si le faltase aire. Y lo que era peor, cada vez le costaba más mantenerse alejado de la bodega de su padre. La tentación de beber era tan grande que dolía. Casi podía sentir la quemazón del coñac en la lengua, en la garganta. La sensación de olvido. Madre de Dios.

Se paró frente a la puerta de la bodega. Estaba cerrada con llave desde el día anterior. Le había pedido a su madre que la cerrase, por miedo a sucumbir a los cantos de sirena del licor. Pensó en pedir la dichosa llave. Solo necesitaba beber una copa...

—No lo hagas... Si lo haces no podrás ayudarla. —Las palabras bien podrían haber salido de su conciencia, pero las había pronunciado su hermana. Lo había seguido desde la biblioteca—. Cuando bebes no eres el mismo. Por favor...

—Lo sé, Trasto. —Extendió los brazos y dejó que ella se acercase para abrazarla. Aún olía a niña. Sintió una ternura inmensa por su hermana. No quería defraudarla—. No te preocupes, no voy a beber.

La besó con cariño en la frente antes de apartarse de ella. Luego miró aquella puerta un instante más y se giró para salir al invernadero, apresuradamente.

Aún era pronto para que las frutas desarrollasen moho, pero tenía que hacer algo para mantener la mente ocupada. Cruzó el patio a grandes pasos. Sus botas resonaron en la gravilla.

La llevaban a la hoguera. Micaela lo sabía. El carro, tirado por un viejo caballo, traqueteaba por el empedrado de la calle. Varias personas arrojaron verduras podridas contra los barrotes de la jaula donde iba metida. Algunos trozos impactaron contra ella; otros fueron a parar al suelo del vehículo, que a esas alturas semejaba un estercolero. Alguien gritó una obscenidad, pero el grito más fuerte era: «¡Bruja! ¡Bruja! ¡Bruja!».

Tumbada en el suelo del carro, miraba sin ver a la multitud congregada en las calles por donde pasaban. Le dolía todo el cuerpo por las torturas. El costado era lo peor. Era como si alguien se obstinara en pincharla en el mismo lado, una y otra vez. Intentó moverse, pero lo único que consiguió fue que el dolor pasara de un sitio a otro.

Sentía frío. Le castañeteaban tanto los dientes que temía que se le partieran. Quiso abrazarse a sí misma; sin embargo, tenía las manos atadas y

las piernas también. En la cabeza le habían puesto, atada a la barbilla, una coraza con llamas pintadas. Le habían dicho que ese sería su castigo.

Una mosca zumbaba cerca de su cabeza y se posaba, de vez en cuando, a chupar los restos que las verduras le iban dejando en la cara. Micaela sacudió la cabeza para alejarla y el dolor del costado la hizo gemir.

«Virgen Santa, quiero salir de aquí», suplicó en silencio.

El carro se detuvo. Frente a ella se levantaba una montaña de leña coronada por un poste. La cantidad de palos y troncos era tan alta que habían puesto una escalera apoyada para que subiese. El verdugo estaba esperando al pie de la pira, con una cuerda en las manos. Tenía el rostro cubierto por una capucha oscura. Sus ojos eran dos ascuas brillantes.

Los gritos de la gente eran cada vez más fuertes, semejaban los graznidos de las gaviotas. El dolor del costado era insoportable. Ahora le tiraban del pelo.

«¡No quiero morir así!», gritó en silencio. No tenía voz, era como si se la hubieran robado. «¡Dios mío! Tened piedad de mí».

Oyó la cerradura de la jaula y trató de escapar...

El golpe la despertó. Se había caído de la cama. Rompió a reír con una risa histérica, fruto del alivio de verse en esa habitación, que era su celda. Grandes lágrimas rodaban por las mejillas.

«Gracias, Dios mío. Gracias, gracias».

Desde la puerta, los dos criados la miraban con los ojos abiertos como platos. Debía de presentar un aspecto poco usual allí en el suelo, riendo y llorando como una posesa y con las sábanas enredadas entre las piernas y los brazos. Si hasta ese momento no habían pensado que era una bruja, ahora no lo pondrían en duda.

Uno de los dos criados parpadeó varias veces con la boca abierta, antes de dejar la bandeja con el desayuno sobre la mesa, luego recogió el orinal para vaciarlo. Mientras tanto, el otro hombre la vigilaba con ojos desconfiados.

Se marcharon en seguida, casi tropezando entre ellos, probablemente asustados por su extraño comportamiento.

Poco a poco la histeria fue remitiendo y el llanto se redujo a un simple hipido. Con grandes dificultades logró desenredarse de las sábanas. Tenía las piernas y los brazos entumecidos, por lo que hubo de esperar un rato a que pasara el dolor.

La cama era un desastre; del colchón sobresalía un gran bulto, probablemente era eso lo que, en el sueño, le había producido el dolor del costado. El frío era real, estaba temblando. Removió el brasero y solo

encontró ceniza. Las brasas hacía tiempo que se habían apagado. Solo llevaba puesta la camisola. Luego podría ponerse el resto de sus ropas. Las mismas que vestía el día en que la apresaron. Se echó una manta sobre los hombros mientras esperaba a que le trajeran el agua para lavarse.

Antes de que pudiera hacer nada más, los dos criados volvieron a entrar y la miraron, intrigados; al ver que ella estaba más tranquila se relajaron un poco. Uno de ellos llevaba un brasero encendido, el otro, un cubo lleno de agua caliente para que se lavara. Antes de salir se limitaron a dejar lo que portaban y a recoger el brasero apagado.

Una vez que oyó la cerradura, se acercó al calentador para ver si podía alejar el frío que le calaba los huesos. Al levantar la servilleta que tapaba la bandeja, encontró un tazón de chocolate caliente y un trozo de pan. Lo mismo que en las ocho mañanas anteriores. Y, tal como había hecho esas mañanas, lo dejó intacto.

No podía comer, se lo impedía la náusea asentada en la boca del estómago. Los primeros días habían sido peores, pues tenía hambre, pero no podía comer. Ahora la sensación de hambre había desaparecido, solo quedaba la náusea.

Se agachó para coger el cubo y verter parte del agua en la palangana. Luego se quitó la camisola y se lavó metódicamente. La sensación de limpieza era lo único que la mantenía cuerda. A pesar de que el jabón era de sebo y no olía como los que ella preparaba, era mejor que seguir con el cuerpo apestando a miedo.

Le hubiera gustado poder lavar aquella camisola. Y lo hubiera hecho, de no ser porque allí dentro habría tardado mucho en secarse y era la única que tenía. Se la volvió a poner. El corpiño ya no se le ajustaba al pecho, se abolsaba como un saco vacío. Estaba adelgazando a pasos agigantados. Una vez completamente vestida, se destrenzó el cabello y, tras peinarlo un buen rato con los dedos, volvió a trenzarlo.

Sacudió el colchón para quitarle los bultos. Más tarde hizo la cama y se sentó en ella, a la espera de que volvieran a por el desayuno. Una lágrima solitaria resbaló por la mejilla y cayó sobre las manos que tenía entrelazadas en el regazo. Luego fue otra, otra y otra más. No quería llorar, estaba cansada de hacerlo. Llorar no la conducía a nada, salvo a acabar con los ojos hinchados y dolor de cabeza. Y aun así no podía evitarlo. Estaba cansada de estar allí encerrada, sin nada que hacer, sin nadie con quien hablar. Sin saber a ciencia cierta de qué la acusaban. Si habían encontrado el libro de Yago...

—Sabes de sobra que es así —se dijo, con la voz áspera por la falta de uso—. No estaba guardado, precisamente. Yago, Yago —repitió el nombre de la persona amada por el simple placer de decirlo.

En la calle, las gaviotas parecían repetirlo con sus estridentes gritos, como si se burlaran de ella.



## Capítulo 43

El posadero acababa de subirle una carta del magistrado. El muy canalla le había recordado que aún debía dinero y que, de demorarse más, le llevaría ante el juez de una vez por todas. Millán apretó los labios, en un intento por mantenerse tranquilo y no abalanzarse sobre el cuello del maldito posadero.

No aguantaba más esa situación. Estaba harto de tener que soportar esas miradas desagradables cada vez que tenía la desgracia de cruzarse con el dueño de la posada. Lo trataba como si no fuera mucho más que basura.

—Esto es inaudito —murmuró entre dientes—. Tendría que ser yo quien le mirase con semejante desprecio. ¡Pardiez! Soy un de Elizalde y Martínez de Eulate, no un mero sirviente analfabeto.

Tendría que ir a visitar al magistrado para saber qué quería de él. Seguro que se trataba de Micaela. Ya le habrían llegado rumores de que se conocían y desearía saberlo de primera mano.

El fuego de la biblioteca seguía lamiendo los troncos. Marina miraba las llamas sin verlas. Su hijo estaba sufriendo mucho, ella sabía el gran esfuerzo que hacía para seguir los dictados de Marcos. No había más que ver el aspecto tan desastrado que presentaba. ¡Por Dios, si hasta volvía a parecer enfermo!

Su parte egoísta quería que siguiera sin decir nada al magistrado. Temía por su hijo. No quería que fuera condenado por brujería. ¿Qué madre lo querría? No podría soportarlo.

Se llevó la mano al cuello, como si de ese modo pudiera sujetar la náusea que la ahogaba, solo de pensar en que algo así pudiera sucederle a Yago.

Por otro lado, estaba Micaela. Si su hijo no decía nada, la pobre muchacha pagaría las consecuencias. No lo merecía. Era una joven de buen corazón que no había hecho daño a nadie. Era cruel mantenerla encerrada. Comprendía el

dilema de Yago y se condolía por él. Ella misma sufría por la joven. ¿Quién demonios la habría acusado?

—¿Don Marcelo no os ha dicho nada más? —preguntó a Marcos, que contemplaba las llamas con el mismo desinterés que ella—. Aparte de esa sandez del aquelarre.

El joven pareció despertar, con un parpadeo posó su mirada azul en ella, al tiempo que negaba con la cabeza.

—Sigue mirando ese maldito libro. Lo siento, señora. Disculpad mi lenguaje —musitó Marcos, cabizbajo.

—No debéis disculparos, Marcos. Mi esposo era capitán de barco y he vivido entre marineros. Vuestro lenguaje no me asusta —le aclaró Marina, con una sonrisa triste.

El joven asintió con la cabeza, antes de apoyarla en una mano y el codo en el brazo del sofá.

—No sé por cuánto tiempo más conseguiré que Yago haga caso de mis indicaciones. Temo que su paciencia esté llegando al límite y haga una locura —afirmó, preocupado—. Si él confiesa ante el magistrado, don Marcelo no le tendrá la misma consideración que a Micaela y lo encerrará sin miramientos en la cárcel. Quiero evitarle esa terrible experiencia. Sé que a ella la tienen en mejores condiciones. Confío en que don Marcelo la trate bien.

—Me temo que mi hijo no lo ve así. Está dispuesto a que lo encierren en el peor de los calabozos con tal de liberar a Micaela —dijo Marina, las manos apretadas contra el abdomen.

—Ese es el problema, que no la liberarán solo porque él se entregue.

Cuando Millán entró, don Marcelo de Larrea se levantó a saludar, con modales impecables.

—Me alegra que hayáis podido venir, don Millán —comentó con voz grave. Sus ojos verdes lo miraban con fijeza.

—No cumplía con menos, me habéis mandado llamar —mencionó, tranquilo.

—Sentaos, por favor. Bien, os preguntaréis por qué he requerido vuestra presencia —empezó el magistrado, regresando a su sillón al otro lado del enorme escritorio—. Tenemos detenida a una persona que, según he podido averiguar, es conocida vuestra. Si no tenéis inconveniente en decirlo, me gustaría saber qué os une a la acusada, doña Micaela de Alzate.

Millán no tenía ningún temor, pues siempre había sabido que, tarde o temprano, el magistrado preguntaría por él. Don Marcelo esperaba con las manos unidas en el regazo, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Ella se crio en mi casa. Su madre era el ama de llaves de mi difunto padre —explicó sin vacilar.

—Tengo entendido que su madre huyó de aquí por temor a ser acusada de brujería. ¿Estabais al tanto de eso? —inquirió el magistrado.

Millán asintió.

—Sí. Lo supe después de la muerte de mi padre.

—¿Quién os lo dijo?

—La propia Micaela. Al parecer la señora Juliana le escribió una carta en el lecho de muerte, pero mi padre la guardó y se la entregó poco antes de morir. Ella me la dejó leer.

—¿Sabéis el motivo de esa demora? —preguntó el magistrado, mientras apoyaba los codos en la mesa.

—Imagino que fue por temor a que Micaela se marchase. Mi padre sentía mucho cariño por ella.

—Veo, por vuestras palabras, que existía una relación muy estrecha entre la acusada y vuestra familia. ¿Me equivoco?

—No, señoría, estáis en lo cierto. Mi padre la trataba como a su propia hija —contestó con sinceridad.

—Y siendo así, ¿qué pensáis vos sobre ella?

Yago llamó a la puerta con firmeza y esperó, con los dientes apretados, a que el criado de don Marcelo le abriera. Había llegado el momento de aclarar las cosas. Que fuera lo que Dios quisiera. Estaba cansado de mantenerse al margen. Micaela no merecía eso.

«Espero que me perdone por todo el daño que le he hecho», pensó con dolor. «El Señor sabe que yo no puedo».

El criado abrió la puerta y, sin decir nada, le precedió hasta la habitación donde esperaban, cada mañana, a que don Marcelo les atendiera. Si el criado se sorprendió por verle aparecer por la tarde, lo ocultó muy bien.

Después de quitarse el tricornio, se sentó en una de las sillas que ya conocía tan bien y se dispuso a esperar.

En casa no había dicho nada. No quería que le detuvieran ni angustiarles innecesariamente. Fue en el invernadero, mientras observaba unas frutas aún

lozanas, donde había decidido entregarse de una vez por todas. Era lo mejor. Si no lo más sensato, sí lo más caballeroso.

Por extraño que pudiera parecer, el peso que llevaba soportando sobre los hombros desde que apresaron a Micaela empezaba a aligerarse, conforme su decisión se afianzaba.

Le afligía no haberlo hecho el primer día, cuando se enteró de lo ocurrido. No habría debido hacer caso de los consejos de Marcos, por muy bienintencionados que hubieran sido. Reconocía que su cuñado lo hacía por su bien, pero no era justo para Micaela. Ella estaba sufriendo por algo de lo que no tenía culpa, exponiéndose a la burla y el desprecio de las gentes de la ciudad. Por no hablar de ser condenada a la hoguera. Inspiró para tranquilizarse.

Un momento después, el criado regresó para conducirlo hasta el despacho de don Marcelo. En el pasillo se cruzaron con el hombre que había visto salir de la iglesia con Micaela. Don Millán, recordó que se llamaba. Llevaba el semblante sombrío y ni siquiera saludó. Yago no le dio importancia, tenía cosas más importantes en que pensar.

El magistrado, sentado tras su escritorio, tomaba notas en un papel, pero se levantó para saludar a Yago. Con un gesto le invitó a sentarse.

—¿En qué puedo ayudaros, don Yago? —preguntó, las manos cruzadas sobre el escritorio. Toda su atención puesta en el recién llegado.

—He venido a confesar que ese libro, el que estáis valorando, es mío — anunció Yago, con la espalda rígida y los dedos crispados. Dejó el sombrero en la silla de al lado por temor a destrozarlo con los nervios—. Sé que es algo que debí decir el primer día, pero...

—Sí —le cortó don Marcelo, con los ojos verdes clavados en Yago—. Deberíais haberlo dicho. ¿Qué os ha hecho reflexionar y confesarlo ahora?

Yago apretó la mandíbula y respiró con fuerza. Había llegado el momento.

—El saber que doña Micaela está siendo tratada injustamente —barbotó. Se puso en pie, incapaz de seguir sentado ni un instante más—. Quiero decir que ella no tiene culpa de nada y está siendo calumniada por algunas personas. Deseo poner fin a eso.

—Don Yago, debo advertiros que he revisado varias veces el libro en cuestión —empezó don Marcelo. Yago tragó en seco, mas esperó con estoicismo lo que tuviera que decir—. No he encontrado nada que pudiera hacer pensar que es obra del diablo.

Yago, ante las sorprendentes palabras del magistrado, hizo esfuerzos para que su mandíbula no se desencajara. ¿Que no había encontrado nada que...? ¿Acaso estaba ciego? Se pasó la mano por la frente, incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—Por lo tanto, no tiene importancia. Tanto da que sea vuestro o de doña Micaela —proclamó don Marcelo, con rotundidad.

«Esto es inaudito», pensó Yago.

—En ese caso, ¿por qué ella sigue presa? —preguntó, completamente confundido—. Si, como decís, el libro no presenta ninguna amenaza...

—Mucho me temo, don Yago, que no es tan simple. A la señorita la han acusado de varias cosas. Y estoy tratando de dilucidar si esas acusaciones tienen algo de cierto —puntualizó don Marcelo, con el ceño fruncido—. Hasta que no esté resuelto, no puedo liberarla.

—¡Esas acusaciones son patrañas! —espetó Yago, acercándose al escritorio—. Nadie que conozca a Micaela puede creer semejantes mentiras.

El magistrado se limitó a inclinar la cabeza a un lado y a observarle con atención. Durante un rato ninguno de los dos dijo nada. Don Marcelo bajó las manos al regazo, sin quitarle la vista de encima. Yago, por el contrario, se separó de la mesa y, con las manos unidas a la espalda, comenzó a pasearse por delante del escritorio.

—No podéis seguir reteniéndola, señor —barbotó, los ojos llameantes.

—¿Por qué razón no puedo hacerlo? Tengo varios testimonios según los cuales la señorita es capaz de varias proezas —le recordó don Marcelo, con voz pausada.

—¡Porque son mentiras! —explotó Yago, agarrándole de las solapas de la casaca.

El magistrado, con lentitud, bajó la vista hasta las manos crispadas de Yago y le hizo saber, sin palabras, que debía soltarlo. El galeno abrió las manos y retrocedió dos pasos.

—Os recomiendo que regreséis con vuestra familia y me dejéis hacer el trabajo. No tendré en cuenta este... digamos, atropello —se sacudió las solapas, algo arrugadas—, porque imagino la tensión que estáis pasando. Pero os aconsejo que en el futuro tengáis cuidado con vuestro genio. Ahora, si sois tan amable, debo seguir con la investigación.

—Os pido disculpas, don Marcelo —dijo Yago, completamente avergonzado por su comportamiento—. Agradezco vuestra consideración.

—Expresad mis saludos a vuestros padres —le encomendó el magistrado. Una sutil y clara manera de recordarle que, si había tenido esa deferencia con

él, se lo debía a la relación de amistad que mantenía con los Izaguirre.

—Así lo haré, don Marcelo.

Con dedos temblorosos agarró el sombrero y, cabizbajo, salió del despacho y de la casa.

«¡Por el amor de Dios!», pensó, mirando al cielo despejado. «¿Qué puedo hacer ahora?».

## Capítulo 44

Atizó el brasero hasta que las brasas se encendieron y soltaron calor. Micaela seguía teniendo tanto frío que ni sentada junto a aquel calentador conseguía dejar de temblar. Aun con la capa puesta, seguía tiritando como un potrillo recién nacido.

Ya había llegado la noche y el cuarto estaba tenuemente iluminado por la luz oscilante del candil. Las nubes de la mañana habían desaparecido. Esa noche helaría con fuerza.

Se levantó y, arrebujada en la capa, se paseó por el cuarto para ver si conseguía entrar en calor. Sabía que mucho de ese frío se debía a la falta de alimento y al miedo de imaginar su destino. El sueño que había tenido, por la mañana, era claro indicio de ese terror. Se estremeció como una hoja.

Lo peor de todo era no saber cómo iban las cosas. O de qué la acusaban exactamente.

«¡Virgen María, que cese esta incertidumbre!», rogó.

Como si le hubieran escuchado, oyó el ruido de la cerradura y don Marcelo de Larrea entró en la habitación. Notó que se sorprendía al verla. Debía de presentar un aspecto lamentable, embozada y demacrada.

—Buenas noches, doña Micaela —saludó, con una inclinación de cabeza—. ¿Me permitís unas preguntas?

—Estáis en vuestra casa, don Marcelo —musitó Micaela, aferrada a la capa.

El hombre echó un vistazo a la única silla al lado del brasero y abrió la puerta para dar una orden en voz baja. Al momento entró un criado con un par de sillas más, colocó una junto al brasero y la tercera al lado de la mesa. Un escribano entró con los utensilios, los dispuso en la mesa y se sentó a transcribir todo cuanto dijese. El magistrado cabeceó con aprobación y el criado de las sillas se marchó, tan silencioso como había entrado.

—Sentaos, por favor —la invitó con un ademán—. Creo que ha llegado el momento de que vos y yo tengamos unas palabras. —Esperó a que ella se sentara y él hizo lo mismo—. He terminado de analizar cada una de las acusaciones que os han hecho...

Micaela cerró los ojos, temblando por dentro. Había llegado la hora de la verdad. El corazón le latía acelerado, lo notaba en la boca del estómago. Aferrada a los pliegues de la capa, juntó los tobillos y las rodillas para que no le temblasen. Alzó la vista y la clavó en el hombre, a la espera de su veredicto. No quería demostrar lo muy asustada que estaba. Se aferraría a lo único que le quedaba: su orgullo.

—Os escucho, don Marcelo. —Su voz sonó tan clara que hasta ella misma se sorprendió.

—Sobre vos pesan varias acusaciones —enumeró con los dedos—: estar en posesión de un libro demoníaco, resucitar a un bebé recién nacido, practicar hechizos, hacer pociones, embrujar a los animales, participar en aquelarres... He decidido que con eso ya hay suficiente para juzgaros.

«¡Santa madre de Dios!», pensó Micaela, asustada. Perdido todo su valor, musitó:

—No son ciertas. Yo no he hecho nada malo.

El magistrado la miró largo rato sin hablar. Mantenía la espalda recta, las manos entrelazadas en el regazo y la cabeza ladeada. Sus ojos verdes eran penetrantes e inquisidores. Su expresión, tan cerrada que era imposible adivinar qué estaba pensando. El silencio era tal que se podía escuchar el rasgueo de la pluma en el papel, mientras el criado escribía con diligencia.

Se concentró en evitar que las piernas le temblaran. Era una manera de conservar la cordura, a la espera de que don Marcelo se decidiera a hablar.

—Dejemos el libro por el momento. Centrémonos en las otras acusaciones, ¿os parece bien? —inquirió el magistrado, serio—. Empecemos con la resucitación del bebé...

—No estaba muerta. Le latía el corazón, solo que no podía respirar —se apresuró a aclarar, con voz temblorosa—. ¿Acaso creéis que yo sería capaz de resucitar a un bebé y a otro no? —Una idea se le cruzó por la cabeza—. ¿Me... me guardáis rencor por la muerte de vuestra esposa y vuestro hijo? ¿A eso se debe todo?

El hombre se levantó de la silla para encararla. El cuerpo, tenso como la cuerda de un violín. Los labios cerrados en una línea fina, las aletas de la nariz dilatadas. Por primera vez desde que había entrado pareció perder la compostura.



—Señorita, vuestras dudas me ofenden —siseó, con los dientes apretados—. El simple hecho de pensar que yo podría estar resentido con vos por mi propio dolor es un insulto —masculló, mientras la miraba con ojos llameantes—. Soy una persona justa y me guío por las pruebas. No hace falta que registres esto último —dijo al amanuense, que dejó de escribir y levantó la pluma—. No puedo expresar la inmensa pena que me embarga, doña Micaela, pero eso no me empuja a vengar en vos ese sufrimiento.

—Lo siento, don Marcelo. He sido impertinente y... —Micaela, avergonzada, agachó la cabeza—. Mi única defensa es el cansancio y la desesperación.

Don Marcelo volvió a sentarse más calmado.

—Comprendo vuestra situación. Creedme si os digo que he intentado ser blando con respecto a vos. Precisamente por la muerte de mi mujer y de mi hijito —musitó el magistrado—. Aún recuerdo esa mañana, señorita. Aún recuerdo vuestro semblante cuando comprendisteis que no podíais hacer nada por ella. Sé que os resultó duro. Y me consta que hicisteis todo lo posible por salvarla. Jamás lo he puesto en duda.

Micaela se dio cuenta de que lloraba cuando varias gotas calientes le cayeron sobre las manos, apretadas contra la cintura. El magistrado le tendió un pañuelo para que se las secase y ella lo tomó agradecida.

—Lo... lo siento... mucho. No... sé lo que... me pasa... —anunció, entre el llanto.

—No os preocupéis, doña Micaela —pronunció don Marcelo, con voz suave—. Os creo cuando decís que el bebé de la prostituta no estaba muerto. Os vi comprobar si el corazón de mi... hijo aún latía —dijo, la voz quebrada. Guardó silencio un instante, como si quisiera recuperar la compostura—. Sobre practicar hechizos o hacer pócimas, ¿qué tenéis que decir?

—Nada, yo nunca he hecho esas cosas —musitó Micaela. Se sonó la nariz—. Me dedico a vender plantas medicinales, ungüentos para heridas, para el dolor, para la tos... no son pócimas. Hago extractos de plantas. Jamás he hecho conjuros ni hechizos. No sabría hacerlos.

El escribano continuó anotando todo con rapidez.

—Imagino que tampoco tendréis poder para embrujar animales... —No era una pregunta.

—Desde luego que no. Me gustan los animales. No quiero que les hagan daño, pero no los embrujo. Tampoco sabría cómo hacerlo —contestó, más calmada.

El hombre cabeceó sin quitarle los ojos de encima.

—He oído decir que tenéis un gatito negro. Que se lo cogisteis a la gata y que esta no os hizo ningún daño —declaró, los brazos cruzados.

—Sí, le llamo Nigra, es muy pequeño. Lo iban a sacrificar por ser de ese color y no pude consentirlo. Lo echo de menos... No sé por qué la gata no me atacó. Supongo que comprendería que no iba a hacerle ningún daño.

—Así pues, ¿otorgáis inteligencia a los animales? —indagó el magistrado. Su mirada brillante no perdía detalle.

—Son inteligentes, por eso obedecen a los dueños. Conocen el peligro y nos previenen, llegado el caso —aseguró Micaela; se permitió aflojar las manos—. De cualquier manera, a veces demuestran tener más inteligencia y más sentimientos que algunos hombres.

—No puedo estar más de acuerdo con vos. Y esto nos lleva a la última acusación: los aquelarres. ¿Habéis participado en alguno?

—¡Por supuesto que no! —exclamó, horrorizada.

Don Marcelo la miró largamente, esperando a que añadiera algo más; en vista de que no era así, se levantó y, estirando su casaca negra, hizo un gesto al escribano para que recogiera sus cosas.

Micaela también se levantó, arrebujada en la capa.

—En ese caso, doña Micaela, he terminado con mis preguntas. Os deseo buena noche —se despidió con una inclinación de cabeza.

—Buenas noches, don Marcelo —musitó ella.

Oyó la cerradura y al momento todo volvió a quedar en silencio.

«Y ahora, ¿qué va a pasar?», se preguntó, más asustada, si cabe.

—¿Cómo puede pensar que el libro no tiene nada sospechoso? ¿No dices que es el que te regaló Alex? —preguntó Marina, sorprendida—. No lo entiendo. Lo recuerdo y, desde luego, no es un libro usual en esta época.

Estaban en el comedor. La nueva criada ya había recogido la mesa y servido café o té, según las preferencias de los comensales. El tema de conversación había girado, como cada día, alrededor de la situación de Micaela y la búsqueda de algo que la solucionase.

—Eso es lo que don Marcelo me ha dicho —le recordó Yago—. Creedme, yo tampoco lo entiendo. Ha sido un mazazo saber que ya no puedo hacer nada para sacarla de allí. ¡Por los clavos de Cristo!, espero que se dé prisa en revisarlo todo y comprenda pronto que todo es una sarta de mentiras —masculló, los puños sobre la mesa.

Miró la taza de inocente infusión, deseando con toda el alma que aquel líquido ambarino fuera coñac. En ese momento le daba igual que no fuera el excelente licor de la bodega de su padre. Cualquiera le vendría bien. Lo único que pedía era que fuese lo bastante fuerte para sumirle en el olvido.

En el fondo era un borracho cobarde, se quería refugiar en los brazos del alcohol en vez de afrontar los problemas. Habría debido avergonzarse, tener más valor. ¿Dónde lo había perdido?

Se pasó la mano por la frente. ¿Qué demonios le pasaba?

De un trago se bebió la infusión y aspiró con fuerza.

«Ya se ha acabado el tiempo de lamentaciones», pensó decidido. «Ha llegado el momento de enfrentar la vida sin muletas. No soy un cobarde. Micaela no merece un mequetrefe».

Como si eso fuera lo que necesitaba para cambiar su actitud, se enderezó en la silla. Desde su visita al magistrado no dejaba de darle vueltas a todo aquel asunto. ¿Quién la había acusado? Desde luego, debía de ser alguien que la conocía lo suficiente como para saber qué casos había atendido. Una persona que bien pudiera haber hablado con toda esa gente para que testificaran en contra de ella.

¿Quién sería tan pérfido como para hacer algo así? Lo encontraría. Y se lo haría pagar muy caro.

—Yago, no tendrías que haber ido allí. —Las palabras cortantes de su cuñado le devolvieron a la realidad.

Marcos lo miraba con enfado desde el otro lado de la mesa. Sus ojos azules eran tan fríos como esa noche.

—Sabes que debía hacerlo. No sé cómo he podido aguantar tanto sin ir —protestó, con un gesto de rechazo contra sí mismo—. Habría debido hacerlo desde el principio. De ese modo no hubiera dado pie a que la gente empezase a desgranar mentiras sobre mentiras.

—Te comprendo; sin embargo, ya habíamos quedado en que lo haría yo —le recordó, tenso el rictus.

—No, Marcos. Tú te habías ofrecido a hacerlo por mí. Yo en ningún momento acepté esa opción —aclaró Yago, con seguridad—. No te enfades. Aunque te lo agradezco de corazón. No obstante, no podía permitirlo.

El semblante de su cuñado siguió siendo pétreo.

—¿Te ha dicho don Marcelo cuándo tendrá listo el dictamen? —preguntó su padre, un momento después.

—No. Solo que iba a seguir investigando.

«Por favor, que se dé prisa», rogó Yago; tenía la cabeza entre las manos y los codos apoyados en la mesa.

—Hoy he ido al herbolario —anunció Clara, hablando por primera vez desde la cena—. Nigra se ha puesto muy contento al verme. Creo que la echa de menos. Petra, la pobre mujer, está muy intranquila. No dejaba de recordar el día en que doña Juliana tuvo que huir con Micaela. Dice que ahora la historia se repite, solo que Micaela ya está presa. Es una pena. Podría haber escapado...

El galeno levantó la cabeza. Si sus ojos mostraban su estado de ánimo, ahora debían de reflejar las llamas del infierno.

—¡Es tan injusto! —exclamó—. Se ha dedicado a atender a los enfermos por los caseríos siempre que la han necesitado. Y ahora esas mismas personas le pagan acusándola por tonterías supersticiosas. No hay derecho. ¿Qué mal les ha causado?

Notó la pálida mano de su madre sobre la suya, más morena y grande.

—No se lo tomes en cuenta, hijo. Son gentes cegadas por el miedo a lo desconocido. Creen ver signos del diablo en cada cosa que se sale de lo común —aclaró Marina, desanimada—. Están asustados y piensan que, de ese modo, se protegen a sí mismos y a sus hijos.

Yago puso la otra mano sobre la de su madre y se la acarició.

—Lo sé, madre. Pero eso no lo hace más aceptable —masculló, rabioso—. No, no lo hace.

—En la calle, de camino al herbolario, escuché a varias personas hablar de Micaela —les relató Clara, los ojos brillantes por el enfado—. Decían que «aojaba» a los niños para que enfermasen. ¿Por qué se inventan esas cosas?

—Por superstición, hija. Por ignorancia y miedo —enumeró Marina, con pesar.

—¡Por todos los demonios! —siseó Yago, mientras se levantaba de la silla. Sin decir nada más, salió del comedor apresuradamente.

## Capítulo 45

La luna menguante estaba sobre el mar. Por encima de las Peñas de Aya comenzaba a clarear el nuevo día. Millán, de pie junto a su caballo, esperaba a que abrieran la Puerta de Tierra, impaciente por salir de la ciudad. El suelo lucía blanco por la helada que había caído esa noche. Se abrigó mejor con la capa. No podía compararse con aquella forrada de piel de zorro, la que se había visto obligado a vender para conseguir fondos, pero al menos mantenía el frío a raya.

Escondido tras un carro, miró varias veces por encima del hombro, por temor a que el posadero descubriera su huida y saliese a buscarlo. Le había dejado a deber varios días de la estancia en su cochambrosa habitación y no tenía pensado pagárselos. Para cuando el hombre se diera cuenta él ya estaría muy lejos de la ciudad, de regreso en su casa.

—Que se vaya al infierno —siseó con desprecio.

El caballo resopló, inquieto. Percibía los nervios de su dueño. Millán le acarició el hocico para que no armase jaleo. A esas horas del amanecer, todos los sonidos se amplificaban dentro de las murallas.

Le había dejado a Ofelia una nota de despedida, nada más. En cierto modo le apenaba haberla utilizado de esa manera, pero, por otra parte, ¿qué culpa tenía él de que fuera tan crédula? ¿Acaso había pensado seriamente que se casaría con ella? De ninguna manera. Su esposa debía ser toda una dama. Una lavandera venida a más no era suficiente para un de Elizalde y Martínez de Eulate.

Ahora más que nunca estaba decidido a casarse con una heredera. No quería pasar otra vez por momentos tan amargos. Jamás. En cuanto llegara a Pamplona visitaría al notario para reclamar la dote de Micaela. Ahora que ella estaba presa y acusada de brujería, ya no era digna de recibir ese dinero.

Golpeó el suelo con el tacón de la bota y continuó esperando. La escarcha crujió bajo sus pies. Su aliento se condensaba como jirones de niebla en el

frío de la mañana.

En la Plaza Vieja, poco a poco se habían ido congregando varias personas con intención de salir de la ciudad. Se frotaban las manos y golpeaban el suelo con los pies para mantener el calor. El aire olía a salitre y al humo de las chimeneas.

No mucho tiempo más tarde se abrió la puerta.

Millán estaba a punto de montar cuando entraron los primeros jinetes. Reconoció en seguida a los soldados contratados por los acreedores para dar con él. Eran cinco hombres de aspecto fiero. Se les veía frescos, probablemente habían pernoctado cerca de la ciudad para poder llegar al amanecer.

«¡Pardiez!», pensó, apretando los dientes por su mala suerte. Al fin habían dado con él.

Se le erizó el pelo de la nuca. Volvió a esconderse tras el carro, con el corazón a pleno galope. Debía idear algo, de prisa. Se dejó caer en el suelo helado, contra la muralla, casi llorando de impotencia. Nunca podría librarse de ellos. Tarde o temprano tendría que pagar lo que les debía. Y para ello era necesario vender su casa. La casa de sus antepasados.

—¡Eso jamás! —formuló, entre dientes.

Otra vez se maldijo por lo mal que había llevado las cosas. Había hecho muy mal en acusarla. Era lo más idiota que se le hubiera podido ocurrir. Y ahora estaba pagando las consecuencias.

Ya no podía soportarlo más. Esa noche había sido aún peor que las anteriores.

Sacó las piernas por un costado de la cama y se sentó. No podía seguir así. Con un suspiro, se levantó y se lavó la cara, en un intento de borrar las huellas que la terrible noche había dejado en ella. Tenía que hablar con don Millán. Él sabría consolarla. Necesitaba que le dijera que todo estaba bien.

De no ser porque era preciso que Micaela estuviera presa para que don Millán no perdiera su patrimonio, habría corrido a retractarse ante el magistrado. Cada vez se le hacía más difícil aguantar los remordimientos.

Se vistió con rapidez y se hizo diestramente un moño a la altura de la nuca. Tenía prisa por salir. A esas horas de la mañana habría muy poca gente por la calle y podría acercarse hasta la posada de don Millán para hablar con él sin ser vista. No quería llamar más la atención y que la tachasen de... ¡No!

Ella era una mujer decente. Se iba a casar con él. Simplemente había adelantado acontecimientos.

Sacudió la cabeza, como si de esa manera pudiera alejar aquellas ideas.

Sonaron unos golpes en la puerta. Petra apareció en el umbral, frotándose las manos con el delantal. Los ojos de la anciana estaban bordeados de oscuras ojeras y surcados por venitas rojas. En esos días parecía haber envejecido una década. Otra cosa de la que sentirse culpable.

—Buen día, Ofelia —saludó, con voz cansada—. ¿Vas a salir?

—Sí, Petra —susurró. No quería decir nada más.

—Pero, mujer, ¿adónde vas a estas horas de la mañana? —preguntó la anciana, triste.

—Son cosas mías —contestó, escueta.

—¿Vas a reunirte con ese hombre?

Sorprendida por la pregunta de Petra, la joven abrió los ojos desmesuradamente, aunque se mantuvo en silencio.

—Mira, muchacha —comenzó la anciana, acercándose a ella—. No sé qué te habrá prometido él, pero te puedo asegurar que muy pocos cumplen, una vez que ya han sacado lo que querían de una. Y creo que *tu hombre* no tiene ninguna intención de cumplir.

—¿Cómo lo sabes? —indagó, molesta por ese vaticinio.

—Una es vieja, mas no tonta. —Petra rio sin ganas—. Durante varios días te he visto salir de la casa para ir a comprar al mercado y te he visto al regresar... Tu imagen era la de una mujer después de yacer con un hombre. No te preocupes, no se lo he dicho a nadie. Siempre he pensado que cada cual debe hacer lo que considere. El problema es que tú has ido más allá y has cometido un acto vergonzoso contra alguien que no tiene ninguna culpa, salvo la de ayudar a todo el que lo necesite. Porque has sido tú la que la ha denunciado al magistrado, ¿verdad?

Ofelia se sonrojó y perdió aplomo.

—¿Cómo lo has sabido?

—Solo hace falta verte, muchacha. Tienes todo el aire de quien se siente acosado por los remordimientos —describió Petra.

—Créeme, estoy avergonzada y quisiera hablar con el magistrado para arreglar las cosas —aseguró, cabizbaja—, pero no puedo.

—Eso es lo mínimo que deberías hacer. ¡Sabrá Dios el sufrimiento que has causado a esa pobre muchacha! ¡Y lo que aún puede pasar!

—En cuanto a ese hombre, se va a casar conmigo —aclaró, con seguridad.

La anciana se limitó a menear la cabeza. Sus ojos oscuros la miraron con pena.

Ofelia, ofendida por ese gesto, salió de su cuarto. Don Millán se casaría con ella. No la había utilizado. Sin duda, Petra estaba equivocada.

Se arropó con una mantilla de lana y salió a la calle.

El frío de la mañana le tensó la piel del rostro. Las piedras del suelo brillaban por la helada. Todo era quietud y silencio. Sus pasos apresurados resonaron en la calle desierta. El maullido de un gato sonó como una advertencia y Ofelia no pudo evitar un estremecimiento bajo la mantilla.

Apretó el paso con decisión. Era hora de arreglar las cosas.

Ya antes de llegar oyó las voces. El posadero, con la cara lívida por el enfado, despotricaba sobre uno de los inquilinos que, al parecer, se había marchado sin abonar la cuenta. Varios hombres y mujeres escuchaban interesados, ajenos al frío relente.

—Vaya por Dios —se quejó la doncella, al ver que no podría entrar en la posada sin ser vista. Ni siquiera la perspectiva de ser comidilla de chismorreos frenó su avance.

—¡Tú! —gritó el posadero. Con un dedo tembloroso de ira, señaló a Ofelia, que llegaba hasta el grupo—. Tú lo conoces. Te he visto con él. —La mirada que le dirigió era inequívoca—. Visitaste su habitación en varias ocasiones.

La cara de la joven enrojeció con violencia. El público, que olía un buen espectáculo, se acercó, ávido por saber más. Algunas mujeres empezaron a cuchichear.

Por la espalda de Ofelia culebreó un escalofrío de aprensión. Antes de que el hombre pudiera explicarle lo que había sucedido, a voz en grito y entre insultos de lo más coloridos, ella ya lo imaginaba, don Millán había abandonado la posada antes del amanecer. Sin pagar lo que debía y sin decir nada a nadie.

Se sintió morir de vergüenza. Los hombres la miraban con una sonrisa lasciva, mientras las mujeres se arrebujaban en sus chales, con los labios fruncidos en un rictus de evidente desprecio.

No podía seguir allí, de pie frente a aquellas personas que imaginaban todo lo sucedido entre don Millán y ella. Que la juzgaban sin tener en cuenta sus sentimientos.

Con la rapidez que da la desesperación, se giró y echó a correr, los ojos anegados de lágrimas y el corazón tan roto como sus esperanzas.



—Pobre diablo, a ti también te ha engañado —oyó que decía el posadero a su espalda—. ¡Reza por que, encima, no te haya preñado!

Ofelia dio un traspié al oír las últimas palabras y se dobló en dos. El miedo le provocó arcadas.

«Qué tonta he sido. Petra tenía razón», pensó, asustada. «Me estaría bien empleado, por ambicionar algo fuera de mi alcance».

Se limpió las lágrimas de un manotazo. Ahora no podía pensar en ello. Tenía algo que hacer. Echó a correr directa a la casa del magistrado. Al menos haría lo correcto.

Al llegar golpeó la puerta con fuerza. Por un instante creyó ver a don Millán que la miraba desde un extremo de la calle, pero pensó que eran imaginaciones suyas y no hizo caso. Cuando volvió a mirar, el jinete había desaparecido.

No tardó en abrir un criado, que la miró con los ojos como platos. Ella no quiso pensar en el aspecto que tendría, con el moño deshecho por la carrera y la cara congestionada por el ejercicio y el llanto.

—Necesito... necesito hablar... de inmediato... con don Marcelo... Es urgente —anunció, el aliento entrecortado.

El criado se hizo a un lado para dejarla pasar. Por lo visto estaba acostumbrado a que la gente llegase con esas prisas y de madrugada para hablar con su señor.

La llevó hasta la misma habitación de la vez anterior y la dejó sola mientras iba a avisar a don Marcelo.

## Capítulo 46

Los tres cabalgaban como si les persiguieran todo un ejército de infieles sanguinarios. El aliento se condensaba en un vaho blanquecino delante de ellos. El frío era tan intenso que los caballos exudaban vapor mientras trotaban hacia la ciudad. El paisaje estaba cubierto por una fina capa de escarcha que lo blanqueaba todo. Parecía irreal y fantasmagórico.

No se oía nada más que la trápala de los cascos y su respiración. La quietud era impresionante. Las gaviotas descansaban, silenciosas, en la arena de la playa. Y hasta el mar estaba calmo y sereno como un lago.

Las huellas de caballos que habían roto el hielo anunciaban que no eran los primeros en dirigirse a la ciudad.

El sol brillaba con timidez sobre las Peñas de Aya. Posiblemente su calor no sería suficiente para derretir el hielo y la escarcha en las zonas umbrías. Pero esperaba que sirviera para caldear el ambiente gélido que se respiraba en ese momento.

Aquella mañana, con las primeras luces del alba, un muchacho les había entregado una misiva donde se les emplazaba a presentarse ante el magistrado lo antes posible.

El mozo les había pillado en el comedor, mientras desayunaban. Desayuno que no acabaron por partir lo antes posible. Marina y Clara se habían quedado en la casa, tan ansiosas como ellos.

El corazón de Yago podría competir en latidos con los de Ébano, pese a no ser él quien galopaba. No veía el momento de escuchar lo que don Marcelo tuviera que decirles.

«Dios santo, que sean buenas noticias», rezó.

Si a él la espera se le había hecho eterna, no quería pensar en cómo lo habría pasado Micaela.

Su padre y Marcos iban en silencio, con la mirada fija en el frente. Ellos también tenían prisa y saberlo le hizo sentir bien. En su familia todos se

apoyaban mutuamente. Era afortunado por formar parte de ella.

Cruzaron las fortificaciones y la Puerta de Tierra casi sin detenerse. La casa de don Marcelo no estaba lejos. No veía la hora de que Micaela fuera libre.

Ya era de día. Los ruidos de la calle ascendían hasta la pequeña ventana de la habitación. Había salido el sol, pero no tenía la fuerza suficiente como para derretir la capa blanca que cubría los tejados, frente a ella. Algunas gaviotas pasaron volando hacia el mar. Un perro ladró en la calle. Oyó los cascos de varios caballos que se acercaban a gran velocidad y se detenían muy cerca de allí. Quizá frente a la casa del magistrado.

Llevaba un buen rato con la ventana abierta y ya se había ventilado el cuarto, era hora de cerrarla antes de que el frío se adueñase de la estancia.

Ya se había lavado y vestido. El desayuno seguía intacto en la mesa, a la espera de que volvieran para recogerlo. Como si los hubiera conjurado, los dos criados regresaron con el brasero lleno y se llevaron la bandeja.

Micaela se acercó a la lumbre y dejó que el calor la envolviera. Se abrigó más con la capa, como si de ese modo pudiera mantener el miedo a raya. Era imposible.

Desde que la habían llevado allí, más de una semana atrás, el temor se había adueñado de ella. Le atenazaba las entrañas y cargaba sobre ella un peso inmenso, que sentía sobre los hombros. Por más que intentaba relajarse y no dejarse llevar por la imaginación, no lo lograba. De tanto apretar la mandíbula le dolían los dientes. Siempre que se daba cuenta abría y cerraba la boca para relajarla, pero era imposible. Estaba tan tensa que temía partirse de un momento a otro.

La conversación de la noche anterior no la había serenado. A decir verdad, la había puesto aún más nerviosa, si cabe.

Era aterrador no saber lo que pensaba realmente ese hombre. Se encontraba en sus manos. Por extraño que pudiera parecer, le había creído cuando le aseguró que no le guardaba ningún rencor por la muerte de su esposa y de su hijo recién nacido. Claro que eso no la libraba del pánico por lo que decidiera hacer con ella.

Se frotó las manos en un intento de que entrasen en calor. Estaba cansada, tanto que se habría tumbado junto al brasero para dormir, puesto que por la noche le resultaba imposible. No lo hizo, por supuesto. Temía soñar algo desagradable. Era preferible seguir despierta.

Para apartar las pesadillas de su mente, conjuró la imagen de Yago y el recuerdo de sus besos. Cerró los ojos, inmersa en la evocación. Su boca se distendió en una sonrisa soñadora. Sonrisa que no tardó en borrarse al recordar la posibilidad de no volver a verlo nunca más. ¿Por qué Dios le había permitido vivir unos instantes de profunda dicha, solo para arrebatársela después? Era tan injusto...

El dolor fue tan grande que las rodillas cedieron, se dejó caer. El llanto le quemaba en la garganta; rompió a llorar, arrodillada junto al brasero.

Un instante después, al oír la llave en la puerta, se levantó con presteza, secándose las lágrimas con el dorso de la mano. Tal vez fuera don Marcelo.

Vio entrar a Ofelia. Parpadeó varias veces y se abalanzó para abrazarla. Era la primera persona conocida que veía en todos esos días. En su alegría de verla, no se dio cuenta del desaliño de la criada ni de su rostro abotargado por el llanto.

—¿Te han dejado entrar? —preguntó Micaela, al separarse. Ofelia bajó la mirada y guardó silencio—. ¿Qué sucede? Por favor, no te calles...

—Estoy arrestada —susurró, sin alzar la vista.

—¿Arrestada? ¿Por qué? —preguntó, completamente confundida.

No entendía nada. El criado que había acompañado a Ofelia salió del cuarto y volvió a cerrar la puerta con llave. La criada seguía llorando sin decir nada. Micaela la agarró por los hombros y la zarandeó para obligarla a hablar. No aguantaba más esa incertidumbre. ¿Qué estaba pasando?

—Por el amor de Dios, habla, por favor, no me tengas en ascuas —ordenó, intrigada.

—Lo... lo... siento mucho, señorita... —balbuceó Ofelia, retorciendo las manos—. Fui yo. Yo... os acusé...

—¿Tú me acusaste? —preguntó, anonadada. Dio un par de pasos hacia atrás—. Pero ¿por qué?

No comprendía nada. ¿Acaso se había vuelto loca? ¿Estaba soñando? Miró a la joven, que seguía sollozando con el cuerpo estremecido. Se fijó en el moño deshecho, los ojos hinchados, las manchas rojas que afeaban su cara... Sin lugar a dudas, algo malo habría sucedido para que su criada presentara un estado tan lamentable.

Justo cuando estaba por insistir para que le contara todo, la puerta volvió a abrirse.

—Doña Micaela, don Marcelo me manda a buscaros —anunció el criado—. No os demoréis —aconsejó, al ver que ella titubeaba—. Os está esperando abajo.

—¡Losientomuchoseñorita! —gritó Ofelia, asustada. Se arrodilló, implorante—. Debeisperdonarme. Porfavor...

Micaela quiso pedir al criado que esperase, pero sabía que eso era imposible. Impotente ante el requerimiento del magistrado, se limitó a asentir antes de salir de aquel cuarto.

«¿Por qué me ha acusado? ¿Por qué es ahora ella la arrestada?».

—Don Yago, antes de que sigáis con vuestra exposición de las virtudes de doña Micaela y de la irracionalidad de pensar que ella sea una bruja, quiero pedir os un poco de paciencia —lo interrumpió don Marcelo—. Sentaos, por favor.

Desde que el criado les había hecho pasar al despacho, Yago intentaba convencer al magistrado de la inocencia de Micaela. Había ensalzado todas las cosas buenas de la joven: su carácter amable, su preocupación por los demás, su integridad... Con todo, el magistrado se había cansado de escucharle o tenía otros planes. Angustiado, se volvió a sentar entre su padre y Marcos, tratando de no aplastar el tricornio entre los dedos.

—He mandado llamar a doña Micaela para que esté presente cuando anuncie las últimas noticias sobre su caso —aclaró el magistrado, con su habitual seriedad.

Yago dejó el sombrero en el regazo y se agarró las rodillas para evitar que le temblasen. Su padre estaba tan serio que parecía tallado en granito. Se preguntó si recordaba su propio miedo, el que había sentido mientras estaba encerrado, a la espera de la horca. Probablemente, sí. De pronto sintió la necesidad de tocarle, de hacerle sentir que no estaba solo. Le puso la mano en el hombro y apretó un poco. Diego giró la cabeza para mirarlo. Sus ojos grises, tan parecidos a los suyos, le miraron con una mezcla de sorpresa y agradecimiento. Su rictus se suavizó un tanto y hasta sus labios se distendieron como si fueran a sonreír.

Ese consuelo, descubrió entonces, había funcionado en ambas direcciones, ya que ahora él mismo estaba más tranquilo.

Miró a su cuñado que, con la cabeza baja, parecía observar las losas del suelo. Le tocó el brazo y notó que se estremecía. Sus ojos azules, cuando se decidió a mirarlo, estaban velados por algo parecido al anhelo. Yago se condolió por él y le palmeó la espalda con cariño. No dejaría que muriera sin haberlo intentado todo por salvarle.

En su cabeza empezaba a formarse una idea, pero antes de que pudiera cristalizar se abrió la puerta del despacho.

«Micaela», pensó, con el corazón haciendo cabriolas.

El criado la dejó pasar. Asustada, se aferraba a la capa como si fuera un asidero salvavidas. Su rostro pálido y ojeroso mostraba los estragos del miedo.

Los cuatro hombres se levantaron en señal de respeto.

Yago hizo un esfuerzo sobrehumano para no correr a abrazarla para siempre. A borrar todo el temor de sus ojos. A asegurarle que todo estaba bien y que jamás le harían daño. Como eso era imposible, se conformó con tratar de decírselo con la mirada.

«Dios querido, no dejes que la condenen», suplicó, en silencio. «Ella no se lo merece. Y yo... no podría vivir sin ella».

La vio sentarse a un costado del escritorio. Desde ahí podía observarla a sus anchas, acariciarla con la mirada. Apretó los dientes al ver las bolsas que le hacía el corpiño, los huesos que se le marcaban en las mejillas, los ojos hundidos...

Apretó la mandíbula hasta que temió partirse los dientes. Deseó gritar de rabia contra quienquiera que hubiese inventado tantas mentiras sobre ella. Quería golpear algo para expresar su frustración por no haber podido sacarla de allí. Por todo ese sufrimiento que no le había podido evitar.

Se dio cuenta, entonces, de que iba a destrozar el sombrero de tanto apretarlo. Lo soltó como si quemara. Debía tranquilizarse.

El magistrado estaba hablando. Pese a que deseaba escucharlo, no dejaba de pensar en Micaela. Tenerla en los brazos. Borrar con sus besos todo el horror que habría vivido durante esos interminables días de encierro. No soltarla nunca más.

«Que la deje libre, por favor, Señor», rogó en silencio.

Sentada frente a Yago, intentaba escuchar lo que decía don Marcelo, en medio del retumbar del corazón en los oídos.

Yago estaba sentado allí mismo, tan cerca que casi podrían haberse tocado. Lo había visto nada más entrar. ¿Cómo no hacerlo? Su presencia llenaba todos sus sentidos.

Allí, de pie entre su padre y Marcos, con la mirada fiera de un luchador. De no ser totalmente inapropiado, hubiera corrido a refugiarse entre sus brazos. Notó la calidez de aquella mirada, como cenizas calientes, y sintió que

se licuaba por dentro. El frío regresó a su cuerpo al sentarse tan lejos y a la vez tan cerca de Yago. Se alegró de que, al menos, pudiera estar enfrente. Si iba a ser la última vez, quería tenerlo a la vista. Deleitarse con su imagen. Atesorarla en su cabeza para aferrarse a ella cuando la...

Le faltaba el aire, trató de no pensar en su destino.

Notó que don Marcelo hablaba e intentó prestar atención. Después de todo, era su vida lo que estaba en juego.

—Ya había tomado una decisión cuando, con las primeras luces del alba, la persona que había interpuesto la denuncia contra doña Micaela ha venido a retractarse. —Don Marcelo calló y miró a los presentes, que aguantaban la respiración a la espera de sus siguientes palabras—. Debo advertir que, pese a esa nueva declaración, la última palabra la tengo yo.

Micaela pensó que se desmayaría de un momento a otro. No aguantaba más esa incertidumbre. Si la iban a condenar, que lo hicieran rápido. Rebulló en el asiento, incapaz de estarse quieta. Le temblaba el cuerpo como si estuviera entre la nieve.

Los cálidos ojos del galeno la acariciaron y poco a poco el calor fue regresando. Perdida en aquella mirada, casi se olvidó de seguir escuchando a don Marcelo. Por primera vez en todos aquellos días sentía el cuerpo más liviano.

—He entrevistado a varios testigos que dicen haber visto proezas sobrenaturales hechas por doña Micaela.

El magistrado continuaba desgranando con voz monótona los cargos que se le imputaban, sin exteriorizar sus propias conclusiones. Micaela se debatía entre escuchar o cerrar los oídos a todo lo que estaba diciendo sobre ella. Una parte quería saber, la otra, por el contrario, prefería seguir perdida en las profundidades grises de los ojos del galeno. Desconocía cuánto tiempo les permitirían estar en el mismo sitio, por eso deseaba aprovecharlo al máximo y empaparse de él.

Yago también estaba más delgado. No parecía haber descansado mucho en los últimos días. Su frente presentaba tantos surcos como un campo recién arado. Ella habría querido pasar el dedo para alisarlos, para borrar ese rictus de preocupación de su semblante. Deseaba verlo otra vez con aquella expresión de placer que tenía en la borda de pastores. Anhelaba volver a sentirlo dentro de ella.

Incapaz de seguir mirándolo mientras esos pensamientos pecaminosos cruzaban su mente, agachó la cabeza, sonrojada.

«Están decidiendo tu destino y tú solo piensas en volver a yacer con ese hombre, ¿qué clase de persona eres?».

«Una que está enamorada».

«Despierta antes de que termines en la hoguera».

—... debo decir que no he visto a esas declaraciones ningún viso de veracidad —decía don Marcelo—. Doña Micaela atendió el parto de mi... difunta esposa y no encontré en su actuación nada reprochable. —Se giró para mirarla con aquellos ojos verdes, entristecidos por la pérdida—. Sé que os apenó no poder hacer nada por ellos. —Luego volvió a mirar a los tres hombres sentados frente a él, otra vez frío su semblante—. Solicité la ayuda de doña Camila de Gamboa, una mujer muy versada en hierbas, para que comprobase cada uno de los frascos de aceites, extractos y ungüentos que mis hombres trajeron del herbolario. Ella parece creer que son lo que dicen las etiquetas pegadas en cada uno y que no hay nada demoníaco en esos preparados.

Yago tenía los nudillos tensos sobre las rodillas. Micaela podía ver el esfuerzo que hacía para controlarse y no exigir al magistrado que se diera prisa en decir lo más importante. Ella misma lo estaba deseando.

Aunque las palabras de don Marcelo parecían presagiar una resolución favorable, no se atrevía a albergar ninguna esperanza por miedo a sufrir aún más.

—Anoche, después de la conversación que mantuve con doña Micaela, ya había decidido dejarla en libertad; por ende, la declaración de retracto que la acusación ha firmado esta madrugada no ha hecho sino confirmar mi decisión —anunció el magistrado, con las manos entrecruzadas sobre el escritorio—. Por lo tanto, ordeno que doña Micaela sea puesta en libertad, por no encontrar nada deplorable o censurable en su persona o en su conducta.

Durante un instante nadie se movió ni dijo nada. Luego, como si al fin comprendieran el verdadero significado de las palabras del magistrado, los tres hombres se levantaron.

Micaela se encontró alzada en volandas y con los brazos de Yago alrededor del cuerpo.

—¡Ay, Señor! Eres libre. ¿Lo has oído, mi amor? ¡Eres libre! —La voz del galeno, exultante, llenó el despacho.

No podía creerlo. Tenía miedo de que fuera mentira. Una jugarreta de su imaginación. Pero los labios tiernos de Yago sobre su sien no dejaban lugar a dudas. No era un sueño.



El carraspeo del magistrado les hizo volver en sí. Se separaron, pero Yago se negó a soltarla del todo y mantuvo su mano pegada a la base de la espalda de Micaela. Una mano que le enviaba escalofríos de placer por todo el cuerpo. Que la calentaba como un hierro al rojo vivo.

—Mis hombres os devolverán vuestras cosas —dijo el magistrado, al tiempo que sacaba, de uno de los cajones de su escritorio, un objeto rectangular y plano envuelto en una tela oscura—. Esto es vuestro. Podéis cogerlo.

Micaela se resistía a desenvolverlo. Temía que el magistrado, al darle un nuevo vistazo, pudiera reconsiderar su decisión. Don Marcelo, ajeno a sus miedos, la apremió con un gesto de mano.

Con dedos temblorosos consiguió retirar la tela. Parpadeó varias veces, como si no entendiera lo que estaba viendo. Miró a Yago y después al magistrado. Volvió a mirar el libro.

—Es... es... es el mío —articuló al fin, anonadada.

—¿Esperabais que fuera otro? —inquirió el magistrado, los ojos entrecerrados.

—¡No! —casi gritó, asustada—. No, no lo esperaba. —«Debes tranquilizarte», se dijo en silencio—. Disculpadme, don Marcelo. Supongo que estoy muy cansada —improvisó, con el corazón palpitando al ritmo de un tambor de galera.

—En ese caso, os recomiendo que descanséis. Lamento mucho esta equivocación.

Micaela asintió, abrazada al ejemplar. No entendía nada. ¿Qué había pasado con el libro de Yago?

Recordó a Ofelia.

—¿Qué le sucederá a mi doncella? —se atrevió a preguntar.

—Aún no lo he pensado. De momento la dejaré unos días encerrada para que sufra en propias carnes lo mismo que os hizo. ¿Queréis presentar cargos contra ella? —indagó don Marcelo—. Estáis en vuestro derecho.

—No. —Negó con la cabeza, sin pensarlo mucho—. Pero me gustaría saber por qué lo hizo.

Don Marcelo cabeceó con aprobación. Antes de que pudiera decir nada más, Yago y los otros dos ya la habían sacado de la casa. Al parecer tenían tantas ganas de alejarla de allí como ella misma.

## Capítulo 47

Se había solucionado casi todo. Micaela estaba en la casa-torre, descansando en una de las habitaciones. Ya nada podía evitar que Yago y ella terminaran juntos. Aunque Marcos se alegraba por ellos, no podía evitar sentirse a la vez destrozado por dentro.

«Eres un tonto enamorado», se recriminó, mientras subía a la habitación de Yago como si cargara en los hombros el peso del mundo.

Necesitaba hablar con él antes de marcharse. Contarle sus sentimientos. Permanecer más tiempo en aquella casa estaba fuera de toda consideración. No quería que todos pasaran por el calvario de verle deteriorarse hasta que la muerte se lo llevara. ¡No! Decididamente, debía partir.

Una parte de él quería creer posible que, de aquella colección de frutas y trozos de pan a la espera de enmohecerse, pudiera crearse un antídoto para su enfermedad. La otra, la racional, sabía que eso era imposible. La sífilis no tenía cura, por mucho que doña Marina y Yago se empeñasen en decir lo contrario.

Golpeó la puerta con los nudillos y esperó, con nerviosismo, a que Yago le diera permiso para entrar. Antes de abrir tomó aire para darse valor.

Yago, sin casaca ni chaleco, estaba sentado en un sillón, con la mirada fija en la botella de coñac y la copa vacía que descansaban en la mesita de al lado.

—¿Has vuelto a beber? —preguntó al entrar, desilusionado.

—No —respondió Yago, sin mirarlo—. Es curioso. Si no hubiera sido borracho por un tiempo, ahora estaría saboreando una copa de coñac. Después de lo sucedido en estos días, habría sido una forma de celebrar que casi todo está solucionado. ¿No crees? Pero... sé que ahora no puedo beber. Si lo hiciera...

—¿Piensas que una copa te empujará a beber sin control? —indagó, intrigado—. Tal vez no suceda.

Yago esbozó una sonrisa triste y a la vez feroz. Despeinado y con la camisa desabrochada, parecía un pirata rendido.

—Si bebo una copa querré beber más. Lo sé.

—En ese caso, no tiene sentido seguir mirando la botella como si fuera a desaparecer —manifestó Marcos.

Por toda respuesta, Yago se levantó, sujetó la botella y la copa como si fueran a explotarle en las manos y las guardó en un armario con mucho cuidado.

—Bueno, ya no hay problema —profirió, con un gruñido—. Debo pensar que, en el año que pasé borracho, bebí todo lo que hubiera bebido en toda mi vida. Siéntate, tienes toda la pinta de ser tú quien necesita un trago. ¿Qué te sucede? ¿Estás mal? ¿Tienes nuevos síntomas? —La preocupación era patente en sus gestos.

Marcos aspiró y cerró un instante los ojos. Se sentó en el sillón que Yago le ofrecía, con tanto cuidado como si temiera partirse de un momento a otro. Su cuñado permaneció en pie, mirándolo como si quisiera adivinar qué le ocurría.

—He venido a despedirme...

—¿Despedirte? —inquirió el galeno, el entrecejo fruncido—. No te marcharás. Quítate eso de la cabeza. Antes tendremos que curarte.

—No creo que eso suceda nunca y no quiero cargarte... cargar a tu familia con un enfermo —entonó Marcos, seguro—. Deja que me vaya. Tú conoces la progresión de esta enfermedad. Sabes lo terrible que es... No me avergüences más de lo que ya estoy. Me cuesta mucho mirarte a la cara.

Los ojos acerados de Yago se dulcificaron al contemplarlo.

—Podría haberle pasado a cualquiera... no tienes la culpa...

—Necesito confesarte algo. Luego me iré. No, no digas nada —lo interrumpió cuando Yago intentó hablar—. Primero escucha lo que tengo que decirte. Tal vez cuando lo oigas no desees que me quede aquí.

—Eso es imposible. Eres mi cuñado y mi mejor amigo. Nada de lo que digas me hará cambiar de opinión —sentenció Yago. Y se irguió con terquedad.

—Estoy enamorado de ti —soltó Marcos, de corrido.

Ya estaba, lo había dicho.

Por fin había expresado un sentimiento que llevaba guardando muchos años. No se atrevió a mirar a Yago por temor a ver repulsión en su mirada. Aguardó una eternidad a que él dijera algo. A que lo echase de su habitación,

de la casa. Esperó, pero lo único que sucedió fue que el galeno se dejó caer en el sillón de al lado.

Por fin, subrepticamente, se atrevió a mirarlo. Su expresión era de pura incredulidad. Lo vio parpadear, confuso.

—Te he amado desde el momento en que te vi en casa de mi padre y desde entonces has ocupado mis pensamientos. —Ya no había vuelta atrás. Se lo contaría todo. Lo necesitaba—. Pese al tiempo que hemos estado separados, ha sido imposible dejar de amarte. Si no hubiera sido por la sífilis, nunca hubiera venido. Debía verte antes de... antes de que fuera demasiado tarde. —Compuso una media sonrisa—. Esa fue una de las razones por las que no quise que te casaras con mi hermana. Saber que cada noche sería ella quien te abrazase, a quien abrazases... era más de lo que podía soportar —confesó, avergonzado—. Tenías razón, estaba celoso. Solo que no de ti, sino de mi propia hermana.

—Sabías que ella y yo no éramos compatibles —le recordó Yago, con rotundidad—. Tú mismo lo dijiste.

—Sí, es cierto. Era el otro motivo por el que consideraba que un enlace entre vosotros sería un fracaso. No quería que ninguno de los dos sufriera. No le dije nada a Catalina porque sabía que se plegaría a los deseos de nuestro padre. De nada hubiera servido hablar con ella. La única posibilidad eras tú. Pero estabas tan enamorado... que no sirvió de nada.

—¡Ojalá te hubiera hecho caso! —se lamentó el galeno, antes de ponerse en pie—. Nunca sospeché que sintieras eso...

Marcos rio sin ganas. La pena lo ahogaba. Con gusto hubiera acariciado aquel rostro que poblaba sus sueños. Habría dado cualquier cosa por sentir el abrazo de Yago. Por tocar sus labios...

—He hecho todo lo posible para ocultártelo. Sé que tú no compartes esos sentimientos. Nunca has tenido ese tipo de inclinaciones contra natura...

—¡No hables así! —Ahora fue Yago quien lo interrumpió, con fiereza; se acercó hasta que sus narices casi se tocaron—. No hay nada pervertido en eso. No vuelvas a insinuarlo siquiera. En el amor no hay nada desnaturalizado. —Se separó. Con pasos airados y las manos unidas a la espalda, se paseó por la estancia—. Lo único que me apena es no poder corresponder a ese amor como tú quisieras. Aunque te tengo mucho cariño, no te quiero de ese modo.

—Créeme, lo sé. —Suspiró derrotado—. Hace tiempo que lo comprendí.

Yago se paró frente a él. La mirada fija en la suya.

—Y ahora que ya lo has dicho todo —comenzó Yago, con las manos en la cadera—, te quedarás aquí hasta que demos con la manera de curarte. Una vez

que lo consigamos... ¡Lo conseguiremos! No te atrevas a pensar lo contrario —lo amonestó, viendo que hacía amago de protestar—. Cuando estés curado podrás marcharte, si te apetece.

—No creo que a tu familia... —Marcos intentó oponerse. Lo último que deseaba era ser una carga para aquellas personas. Que le tuvieran lástima. Que sintieran repulsión. Y no tardarían en sentirlo cuando los chancros le cubrieran la cara o el pelo cayera a mechones.

—Mi familia no dirá nada porque tú eres *mi* familia. Y, además, ellos te quieren. Jamás dejarán que te vayas en esas condiciones. Mi madre sería capaz de atarte a la cama para que no escaparas —aseguró—. Ninguno dejaremos que te marches. No, hasta que estés curado.

Marcos, triste la sonrisa, se despidió con una inclinación de cabeza y salió. Al otro lado de la puerta, con la espalda apoyada contra la pared, Clara lo miró con los ojos vidriosos por las lágrimas no derramadas.

El abogado enrojeció hasta la raíz del pelo, abochornado por lo que habría oído la muchacha. Sin duda llevaba allí tiempo suficiente para haber escuchado gran parte de la conversación.

—Yo... lo siento mucho... —balbuceó Marcos.

Clara se llevó la mano a la boca y se marchó corriendo, sin decir nada.

—Hablaré con ella, Marcos —dijo Yago, que lo había seguido hasta la puerta—. Se lo explicaré para que comprenda.

Marcos se limitó a cabecear, completamente angustiado por la muchacha, mientras él iba tras su hermana.

## Capítulo 48

Entró en la iglesia de San Vicente. En los años vividos en ese siglo lo había hecho muchas veces, pero siempre para escuchar misa. Ahora era distinto.

La declaración de Marcos lo había hecho diferente. Le había sorprendido mucho. Nunca lo hubiera creído. Jamás había sospechado que sintiera eso por él. Sí, sabía desde siempre que le tenía cariño; Yago también lo quería, aunque, por lo visto, no del mismo modo.

Le dolía que hubiera pensado, aunque fuera por un momento, que le repugnaría conocer sus inclinaciones sexuales. ¿Acaso no le conocía? ¿Cómo podía haber creído que, después de saberlo, lo echaría de casa para que muriera solo y abandonado?

No podía consentir que muriese. En ese momento, menos que nunca. Deseaba que encontrase el amor y la felicidad. Que alguien lo amara profundamente. Se lo merecía, tenía derecho a ello.

Ya en la casa del magistrado, la idea de retornar al futuro le había parecido la manera más rápida y efectiva de encontrar la penicilina para Marcos. Obtenerla de manera rudimentaria en el invernadero sería harto difícil. Y el tiempo apremiaba. Con esa enfermedad nunca se sabía, podía estar latente durante años o desarrollarse en poco tiempo.

No había querido decir a nadie lo que planeaba, por temor a que se lo impidieran. Su madre se preocuparía mucho, era mejor que no supiera nada hasta que todo estuviera hecho. A Micaela le había dejado una nota bajo la almohada, donde le explicaba sus intenciones y le aseguraba que muy pronto estarían juntos.

«Espero que sea verdad».

No veía el momento en que eso se hiciera real. Antes de marcharse la había besado en la frente, con cuidado de no despertarla. Cada vez que

recordaba por qué penurias había pasado se ponía frenético. Mientras él pudiera evitarlo, nadie volvería a hacerle daño otra vez.

Recordó a Clara. Aunque al principio la niña no quería hablar, él consiguió que le contara lo que había oído, que era prácticamente todo. Había tratado de consolarla como cuando de pequeña se hacía daño. Pero era más fácil curar un rasguño o un tobillo magullado que un corazón roto. Su llanto lo destrozó por dentro. Al fin, Clara había dejado de llorar abrazada a él. Tenía la esperanza de que el cariño que su hermana sentía por Marcos no fuera demasiado profundo, de que estuviera enamorada, más que enamorada de verdad.

A esas horas de la tarde el templo estaba vacío. Aún era pronto para los oficios vespertinos. Por las vidrieras penetraba un sol tenue que bañaba el recinto con multitud de colores. En el altar, una vela solitaria iluminaba los dorados del retablo. El silencio era total.

Se acercó al confesionario con una mezcla de temor y de ansiedad. Seguía en el mismo lugar, con la apariencia inocente de cualquier otro confesionario. Solo su propia experiencia atestiguaba que no era así.

Con movimientos firmes, se quitó el cinto con la espada y los escondió en el techo del mueble. Recordaba que en el siglo XXI no se llevaba ese tipo de armas por la calle. No era cuestión de llamar la atención más de la cuenta. Demasiado tenía con las ropas que llevaba como para añadir algo más. Después de la sorprendente confesión de Marcos y de hablar con su hermana, no había tenido mucho tiempo para preparar ese «viaje», de modo que llevaba sus ropas habituales, es decir: casaca y pantalones negros, botas altas y camisa blanca. Esperaba no destacar mucho.

Mejor no pensarlo demasiado, no fuera a echarse atrás. Retornar a aquel tiempo le inspiraba cierto temor, mezclado con algo de excitación. Lo había abandonado cuando era niño, ¿cómo lo vería ahora, con ojos de adulto? Abrió la puerta y se introdujo con rapidez en el mueble.

El olor a humedad seguía siendo tan fuerte como dieciséis años antes. En todo ese tiempo nada parecía haber cambiado. Se sentó en el banco, forrado de terciopelo morado. Un escalofrío le recorrió la columna como un mal presagio. No podía ceder. Lo tenía decidido. No le quedaba más remedio si quería que Marcos se curase. Y eso lo deseaba con toda el alma.

Cerró la puerta. La luz de la vela del altar se filtraba a través de las letras troqueladas en ella y las hacía más nítidas.

—«*Per tempore*» —leyó con voz insegura.

Esperó agarrado al banco, tenso, los ojos cerrados. No ocurrió nada. ¿Qué estaba haciendo mal?

Volvió a repetir las palabras y se concentró en pensar en Alex, el médico amigo de su madre que le regalara el libro, tantos años atrás. En la última vez que lo vio, un día antes de viajar al siglo XVIII. Quería volver a ese momento porque sabía dónde encontrarle. No podía correr el riesgo de que se hubiera marchado de la ciudad o de que hubiera... ¡No!

Recordó aquella tarde en que fueron a visitarlo y, con firmeza, repitió con seguridad las palabras en latín.

Cuando despertó, la habitación estaba a oscuras. Le costó un rato reconocer el lugar. Por un momento creyó estar en el cuarto de la casa de don Marcelo. Y al comprender que no era así cerró los ojos con un suspiro de placer, era libre. Una sensación maravillosa. Más aún por haber estado tantos días sin poder salir de un cuarto y con el temor de que acabaran enviándola a la hoguera.

Al girarse, algo crujió bajo la almohada. Era un papel. Apenas había luz para leerlo. Micaela buscó el pedernal para encender la vela, que descansaba en la mesita de noche.

Conseguirlo le costó varios intentos. Era una nota dirigida a ella. Al ver que era de Yago la leyó con avidez.

Con la mano en la boca ahogó el grito de miedo que se le escapaba: «Virgen santa, ¡no!».

No podía haber hecho eso. No podía ser verdad.

Yago había regresado a su tiempo para buscar la cura de la sífilis. Por lo visto, Marcos estaba enfermo. ¿Y si no podía regresar? ¿Y si no llegaba adonde él quería? ¿Y si...?

El miedo la hizo saltar de la cama. No podía quedarse allí. Se vistió con la ropa que habían recogido en su casa cuando Yago, negándose a dejarla allí, la había traído a la casa-torre Izaguirre.

La impaciencia le entorpecía los movimientos y no le permitía atarse el corpiño. Se puso las medias y los zapatos, pero no perdió tiempo en mirar cómo llevaba el pelo. Después de echarse la capa encima, salió de la habitación. Pensó en avisar a don Diego o a Marcos de lo que Yago iba a hacer, luego lo pensó mejor. Era probable que, en sus ansias de cuidarla, le impidieran acompañarles. Más que probable, era seguro que la obligarían a quedarse en la casa.



No sabía cuándo se había marchado. Tal vez si se daba prisa aún lograra evitar que hiciera esa locura.

«Santa María, no quiero perderlo».

Lo sentía por Marcos, pero la perspectiva de que algo saliera mal, de que Yago no pudiera regresar, era demasiado aterradora.

«Eres una egoísta», se recriminó.

Caminó hasta las cuadras con la capucha puesta para evitar la baja temperatura. El cielo se había nublado y presagiaba nieve. Se estremeció de frío y temor. Dentro del establo los animales contribuían a crear un ambiente más cálido. El mozo se sobresaltó al verla entrar.

—Buenas tardes. Necesito a Abedul, debo hacer una visita —mintió al chico.

El muchacho, sin preguntar nada, ensilló al caballo en poco tiempo. No era la primera vez que ella tenía que salir con prisas para atender a alguien.

Micaela le dio las gracias. Palmeó con cariño el cuello del animal y, en cuanto cruzaron la puerta de la cuadra, le instó a galopar.

La brisa del mar era heladora, no se veía a nadie por los arenales. Las gaviotas regresaban y se internaban tierra adentro.

Los primeros copos de nieve empezaron a caer apenas se hubo alejado de la casa-torre. Flotaban como plumas blancas arrastradas por la brisa. Varios copos se pegaron en las crines grises de Abedul y en su propia capa. Le hubiera gustado detenerse a disfrutar de esa estampa, pero no podía perder un solo instante.

Un momento más tarde los copos arreciaron hasta hacer prácticamente imposible ver más allá de un brazo. Aminoró un poco la marcha. La nieve comenzaba a cubrir el suelo. Le pareció oír, tras ella, los cascos de otro caballo, pero al girarse no vio nada.

El aliento de Abedul y el suyo propio se condensaban como si fuera el humo de las chimeneas. Al sentir el escozor en la piel de las mejillas, se cubrió más con la capucha para resguardarse mejor. Los ojos le lagrimeaban por el frío y por la nieve que entraba en ellos. Parpadeó varias veces antes de secárselos con la mano.

Algo la golpeó en la nuca. Caía. Sintió un crujido y todo se oscureció alrededor. Lo último que vio fueron los cuartos traseros de Abedul, que galopaba asustado hacia las murallas.

Por décima vez salió del confesionario y maldijo en silencio. No lo había conseguido. El maldito trasto no funcionaba. Puesto que no faltaba mucho para que empezasen los oficios vespertinos, no podía volver a intentarlo, al menos por ese día. Debía volver a casa y rogar que las frutas se enmohecieran pronto.

«Que enmohezcan no garantiza que logres hacer penicilina», pensó, entre desanimado y molesto.

Recuperó la espada y el cinto del techo del mueble y se los puso con movimientos bruscos. ¿Qué era lo que había hecho mal? Se había concentrado en pensar en Alex y en la última vez que lo vio. ¿Dónde estaba el error?

Tal vez no funcionase si no regresaba de forma lineal. Es decir, que en el futuro hubieran pasado los mismos años que en el presente.

«Pero no puedo correr el riesgo de ir dieciséis años después. No sé cómo estará todo en esa época. Ni sé si Alex vivirá todavía en San Sebastián», pensó, apesadumbrado. «¡Por todos los demonios!».

Antes de que pudiera decidir si arriesgarse o no, los primeros fieles entraron en la iglesia para el oficio de la tarde. Ya no había tiempo.

«Mañana volveré a intentarlo. Tal vez tenga más suerte».

Saludó con una inclinación de cabeza a varios conocidos y salió malhumorado del templo, poniéndose los guantes.

Le sorprendió ver la fina capa de nieve que cubría las calles y los copos que seguían cayendo con fuerza. Sin detenerse a mirar, fue a la cuadra donde había dejado a Ébano. El caballo le recibió con un relincho y piafó, dispuesto a correr.

—No creo que estés tan contento cuando veas la nieve que hay y el frío que hace, muchacho —le dijo, mientras le colocaba la silla—. Lo agradecerás cuando descanses en tu casilla, bien abrigado y con el pesebre lleno de avena.

Después de pagar al mozo de cuadra, montó en Ébano y salió de allí.

Las calles habían quedado tan silenciosas que se oía el crujido de la nieve bajo los cascos. Aún quedaba un poco de luz, pese a las nubes que cubrían el cielo y a la fuerte nevada. Espoleó al caballo para dirigirse a la Puerta de Tierra. Un grupo de hombres salió de una de las posadas, con cara de malas pulgas. Quizá se habían quedado sin alojamiento para la noche. Por el porte parecían viejos soldados. Los saludó al pasar y ellos le devolvieron el saludo.

Ya fuera por la hora o por el mal tiempo, le costó muy poco cruzar la puerta y salir extramuros. Ante él se extendía un paisaje prácticamente blanco. A través de los copos, que caían con intensidad, pudo ver que la arena

de la playa se mantenía sin nieve; salvo esa zona, el resto estaba cubierto. Era un cuadro en blanco y negro.

Ébano ensanchó los ollares y relinchó. Un caballo sin jinete se acercaba al trote. Se le erizó el vello de la nuca. El color del corcel, entre blanco y gris, lo hacía casi invisible entre la nevada. Le vio detenerse un momento, bailoteando nervioso. Solo cuando estuvo más cerca reconoció a Abedul.

Se tragó un impropio por no espantar al animal. ¿Dónde estaría Micaela? ¿Por qué habría salido de casa, si tenía que descansar para recuperarse de su encierro? Era preciso encontrarla lo antes posible. Si estaba herida y no podía moverse, con ese frío no aguantaría toda la noche a la intemperie.

—Tranquilo, muchacho. —Lo sujetó por las riendas y le palmeó el cuello. Después de quitarse un guante, pasó la mano por la silla para comprobar la temperatura. Estaba fría, pero con esa nevada no habría retenido el calor por mucho tiempo. Era difícil precisar cuánto habría pasado desde que la desmontara. Si es que la había desmontado, claro. Pero ¿qué otra cosa podía haber sucedido?

Con las riendas de Abedul en una mano y las de Ébano en la otra, avanzó mirando a todos los lados, por si veía a la joven. ¿A quién se le ocurría salir en semejante tarde?

Recordó la carta que le había escrito antes de marcharse. Esa era la razón de que hubiera intentado llegar a la ciudad.

—¡Demonios! No sé quién de los dos es más insensato, si yo, por dejarle escrito adónde iba, o ella, por salir con un tiempo tan inclemente —se reprochó.

Los copos seguían cayendo, densos, limitando la visibilidad a unos pocos pasos. Intuía que ella estaba en un apuro.

—¡Micaela! —gritó—. ¡Micaela!

Esperó, pero no hubo respuesta. El temor de que estuviera malherida y expuesta a ese frío le hacía sudar bajo las capas de ropa. Gritó varias veces más, con idéntico resultado.

El golpe contra algo duro la hizo volver en sí. Lo primero que notó fue un dolor de cabeza espantoso. Después, el frío que la calaba hasta los huesos. Estaba tumbada de costado en el suelo. La ropa se le estaba empapando con la nieve que no dejaba de caer sobre ella y con la que tenía debajo. Intentó moverse y gritó de dolor, la pierna derecha le dolía horriblemente.

—¡Pardiez! Parece que ya vuelves en ti. Creí que el golpe sería suficiente. La voz de Millán sonaba a su espalda. Quiso girar la cabeza para verlo, pero no pudo.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué haces aquí? —preguntó. Se sentía aturdida y no había entendido bien las palabras de Millán. No podían significar lo que parecía.

—¿Tú qué crees? No me has dejado otra opción —barbotó él.

Oyó las pisadas en la nieve antes de ver las botas frente a su cara. Las rodillas vacilantes. La nariz y las mejillas, enrojecidas, contrastando en la cara exangüe. Respiraba con dificultad, como si hubiera corrido.

—No sé de qué me hablas. Yo no te he hecho nada —musitó, confundida. La nieve se colaba por la capucha de la capa y le mojaba el cabello.

—No quisiste casarte conmigo.

Micaela parpadeó, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo, y apretó los dientes para no tiritar. Cualquier movimiento era una tortura en la pierna. Intentó acomodarla para paliar en lo posible el dolor.

—No te muevas —le ordenó Millán.

Al mirarlo descubrió la punta de una espada. La mano que la sujetaba estaba tan crispada que el arma parecía sacudirse con vida propia. Apuntaba a su abdomen, sin lugar a dudas. Se paralizó, asustada.

—Creo que me he roto la pierna —articuló, con la mandíbula tensa—. Necesito ayuda.

La risa nerviosa de Millán apenas rompió la quietud, entre los árboles y matorrales. ¿Árboles? Se suponía que había caído al lado del camino, los árboles estaban más a la derecha. ¿Acaso él la habría trasladado? Le costaba pensar con coherencia.

—No importa —balbuceó él—. Ya no necesitas ir a ninguna parte.

—¿Qué quieres decir?

—Tienes que morir. Es importante que mueras.

Micaela le miró con horror. ¡Virgen santa! ¿Habría perdido la cabeza? ¿O era ella la que lo confundía todo, aturdida como estaba por el golpe? Se retiró los copos de la cara, con cuidado de no moverse mucho.

—Millán, no considero que rechazar tu oferta de matrimonio sea...

—¡Es preciso! —la interrumpió, nervioso, mirando a los lados—. Creí que la acusación de brujería sería suficiente, pero ahora estás libre. No puedo correr más riesgos. Me pregunto si Ofelia iba a retirar la denuncia, cuando la vi frente a la casa del magistrado. —La espada parecía temblar—. La muy tonta creyó que me casaría con ella.

«Pobre Ofelia», pensó Micaela. «Ahora entiendo por qué lo hizo».

—La engañaste...

—¡No! Se engañó ella misma. Y de cualquier modo no me ha servido de nada. Al final he tenido que arreglarme solo. Esta mañana, cuando te vi pasar con esos Izaguirre... pensé que iba a ser muy difícil pillarte desprevenida. Ya me veía vigilando la casa, día y noche, hasta que se presentara alguna oportunidad. Al menos por una vez la suerte me ha ayudado. Mírate... tú misma te me has servido en bandeja.

Estaba loco. No cabía duda.

—¿Por qué quieres que muera? No te he hecho nada... —dijo Micaela, para ganar tiempo. Tal vez lograra hacerlo entrar en razón. Si no se hubiera roto la pierna, tal vez hubiera podido escapar.

—Necesito el dinero —explicó él. Casi parecía estar suplicando.

—¿Qué tiene eso... que ver conmigo? —se atrevió a preguntar, pese a la amenaza del arma. Aquello parecía una pesadilla—. ¿A qué dinero te refieres?

—Mi padre te dejó una dote ridículamente cuantiosa para cuando te casaras —le espetó, agachado junto a ella. Sus ojos castaños brillaban, febriles—. Necesito ese dinero para no perder las tierras y la casa.

No podía ser verdad, ¿todo aquello, solo por dinero? Era de locos. Al menos ya no la amenazaba con el arma. De cuclillas, con la hoja de la espada apoyada en ambas rodillas, la miraba con una mezcla de súplica y rabia.

—¿Por qué... vas a perder la casa?

—Mi padre tomó algunas decisiones desastrosas. El ganado enfermó de carbunco. Se quemó el grano recién cosechado. —La enumeración surgió entrecortada por el nerviosismo—. Quiero ese dinero, ¡lo necesito!

—Yo... no... lo quiero —balbuceó Micaela, estremecida, tanto de miedo como de frío y dolor.

—No vas a convencerme de eso. Ya he tomado la decisión. Esa dote debe volver a mi herencia para que yo pueda pagar mis deudas.

—Te... repito que... que no quiero... ese dinero —insistió, tiritando, Quiso moverse, pero él la paralizó, colocando la punta de su espada junto a su cuello—. Puedo... puedo renunciar a él... y será... será tuyo sin necesidad de... matarme. Te... lo juro.

—No me fío de ti. Eres una cualquiera. Así que deja de dar la lata. Ya no hay tiempo. Tengo que marcharme. Se está haciendo tarde y debo buscar un lugar para pasar la noche. —Se incorporó, mirando a ambos lados. Parecía estar asegurándose de que nadie viera lo que iba a hacer—. Te he traído aquí

por si te buscan. Ese maldito caballo tuyo escapó en cuanto caíste. Si alguien lo encuentra empezarán a buscarte. Pero a nadie se le ocurrirá hacerlo fuera del camino. —Con las manos en la cintura, estiró la espalda—. ¡Pardiez! Cómo pesas, mujer. Casi me has roto la espalda.

Micaela hubiera enrojecido por esas palabras si lo precario de su situación no la preocupase más que su dignidad herida. ¡Por el amor de Dios!

«No pienses ahora en eso. Debes buscar la manera de hacerlo entrar en razón», se dijo. Luego, al recordar a Yago le dio un vuelco el corazón. «Ay, Yago, ¿ya no te volveré a ver?».

—No... eres... un asesino, Millán. —Debía conseguir convencerlo para que la dejara marchar. Giró un poco la cabeza para mirarlo. Aunque tumbada de lado era bastante complicado—. ¿Quieres... tener mi muerte... sobre tu conciencia? Eres un de Elizalde, ¿quieres... manchar tu apellido?

—Por supuesto que no soy un asesino. Yo no te haré nada —aclaró el hombre, en un susurro. Luego, como si se diera cuenta de que aún llevaba el arma de la mano, la envainó con torpeza—. Morirás de frío. Dios sabe que nadie puede sobrevivir a la intemperie sin sitio donde guarecerse. —Miró al cielo, ceñudo—. Está anocheciendo muy rápido, espero que me dé tiempo a llegar a alguna posada... ¡Rediez! ¿Precisamente ahora empieza a amainar? ¡Qué complicación! Bah... no importa, la nieve anterior ya habrá cubierto las huellas.

La joven volvió a estremecerse de frío y miedo. La idea de estar allí cuando llegase la noche, con una pierna rota y a merced de... ¿Habría lobos allí? Nunca se le había ocurrido preguntar.

—No... no... puedes... dejarme, Millán. —Le salían las palabras entrecortadas por el tembleque—. Por... favor... Te juro... que... renunciaré...

Pese al dolor en la pierna, intentó volver a moverse.

—No quiero tener que maniatarte. Necesito que crean que caíste del caballo —recalcó el hombre antes de golpearla en la sien con el puño.

Antes de perder el sentido, Micaela solo tuvo un instante para reprocharse no haber gritado cuando aún estaba a tiempo.

## Capítulo 49

Había recorrido la mitad del camino hasta su casa sin hallarla ni descubrir ningún indicio de su paradero. Ya no nevaba tanto y la visibilidad era mejor, pese a que empezaba a oscurecer.

La preocupación por no haber dado con ella le provocaba una ansiedad indescriptible. No sabía qué hacer.

«¿Dónde estás?», se preguntó por enésima vez. «¿Dónde te has metido?».  
—¡Micaela! —gritó.

Quizá podría llegar a la casa-torre y pedir a su padre y a Marcos que le ayudasen a buscarla con hachones encendidos. También podía retroceder y comprobar las orillas del camino, por si la nieve, que había estado cayendo sin pausa, había hecho que se le escapara algo.

Hiciera lo que hiciera, era primordial que se diera prisa. Quedaba muy poca luz.

«Dios, no permitas que le pase nada malo».

Abedul decidió por él, al tirar de las riendas en dirección contraria. Yago, con un suspiro resignado, obligó a Ébano a volver grupas y desanduvo el camino. Hacia las murallas, otra vez.

Cabalgaba al paso para no perder ningún detalle de los bordes de la vía. Sin nieve que cayera, la visibilidad era bastante más aceptable. Había sido mala suerte que nevase tanto durante la última hora, pues las huellas que Micaela pudiera haber dejado estaban cubiertas. Lo estaban hasta las suyas, aunque no hacía tanto tiempo que pasara por allí.

Por esa zona apenas había vegetación, salvo algún que otro matorral. Era imposible no verla. Alzó la vista y miró en derredor. A la derecha, una densa arboleda tapaba a la vista el Camino de Hernani, que serpenteaba ladera arriba y se perdía entre los robledales. A la izquierda, los arenales y la playa; su forma de concha terminaba en las murallas, bajo el monte Urgull. Frente a él, unos pasos más adelante, su calzada se juntaba con el Camino de Hernani.

Continuó, más inquieto que nunca, hasta llegar a la bifurcación. Por la izquierda se volvía a la ciudad, la otra vía se alejaba de ella. En ese momento, a su derecha, un jinete salió como una flecha de entre los árboles.

Los caballos relincharon y se encabitaron, asustados por la aparición. Yago consiguió a duras penas no caerse de su montura. El otro jinete, frenético, espolé a la suya para girar a la derecha y alejarse de la ciudad, pero su caballo, al ponerse de manos, lo derribó unos pasos más adelante.

«¿Qué demonios...?», pensó Yago, tratando de dominar a Ébano y Abedul.

Una vez que lo hubo logrado, les hizo avanzar hasta acercarse al hombre, que permanecía en el suelo, boqueando aire. Pese a haber caído sobre nieve, era posible que se hubiera hecho daño. Al desmontar para prestarle socorro lo reconoció en seguida, se trataba de don Millán, el hombre que había acompañado a Micaela desde la iglesia, tantos días atrás, y con el que coincidiera en casa del magistrado.

—¿Os habéis hecho daño? —le preguntó. Al ver que el hombre lo miraba con recelo, añadió—: Soy el galeno Yago Izaguirre. Permitidme que os...

El hombre abrió los ojos, asustado. Al tratar de ponerse en pie, la nieve dificultó el proceso. Yago no se ofreció a ayudarlo, pues, por lo visto, su muestra de buena voluntad no era bien recibida y no quería asustarlo más. Qué hombre más raro. Él no tenía tiempo para esas cosas. Debía encontrar a Micaela lo antes posible.

Don Millán resbaló varias veces antes de lograrlo. Luego dio varios pasos para aumentar la distancia entre ellos.

—No pretendía haceros daño...

—No... bien... no importa... gracias... ahora, si me disculpáis... —dijo el hombre, mirando a ambos lados con nerviosismo.

—Soy un conocido de doña Micaela de Alzate —declaró, por si eso lo tranquilizaba—. La estoy buscando.

—Yo no la he visto —se apresuró a contestar.

—Sé que la conocéis... Estoy preocupado por ella.

—Si su caballo la ha tirado... —balbuceó—. Es posible que haya regresado andando.

Yago entrecerró los ojos y clavó la mirada en aquel hombre.

—¿Cómo sabéis que su caballo la ha tirado?

El pamplonés enrojó y empezó a boquear de nuevo. Fue como si una mano helada tocara el cuello del galeno; se estremeció.



—Bueno... He visto que lleváis su caballo... Deduzco que es porque ella ha caído —declaró don Millán, con voz insegura. Retrocedió, manoteando para asir las riendas del suyo, que estaba detrás.

—¿Estáis seguro de que no la habéis visto? —preguntó el galeno, con los puños apretados a ambos lados para contener el impulso de agarrar a ese tipo y sacarle la verdad—. Sospecho que no estáis siendo del todo honesto. —Rechinó los dientes—. ¡No se os ocurra marcharos! —gritó, al adivinar lo que pretendía.

—No... no sé dónde está —masculló don Millán, acorralado. Asía las riendas con los nudillos blancos—. Dejadme marchar. Se está haciendo tarde y debo buscar un sitio donde pasar la noche.

—No os iréis hasta que me digáis la verdad. Creo que vos sabéis dónde está —insistió Yago, la mirada encendida.

—Os... os repito... que no lo sé...

El galeno, cansado de esperar a que ese hombre le dijera la verdad, dio unos pasos para impedir que se marchara.

Con una velocidad no exenta de torpeza, don Millán desenvainó la espada.

—¡No... no os mováis! —graznó. El arma se agitaba, temblorosa—. Atrás. No quiero mataros.

Yago retrocedió dos pasos, lívido de furia.

—He dicho que atrás —repitió el pamplonés, intentando montar. La espada lo dificultaba.

Yago no quiso perder esa oportunidad y se adelantó para sujetarlo por la capa antes de que escapase. Si ese hombre sabía algo sobre el paradero de ella se lo sacaría a golpes, si fuera necesario. Y si le había hecho daño... que el Señor se apiadara de él.

Don Millán se revolvió, con la punta de la espada presta a clavarse en el estómago de Yago, que saltó hacia atrás para evitarlo.

—No soy su niñera. Estará por ahí... atendiendo a cualquier pordiosero. —El desagrado torció el semblante del navarro—. Es una cualquiera que...

—¡Hijo de perra! —gritó Yago, fuera de sí, dispuesto a todo.

—¡Dejadme ir! —chilló el navarro, con voz asustada, mientras empujaba hacia delante la espada.

El filo de la hoja penetró en la carne de Yago.

—El mozo me ha dicho que ensilló a Abedul hace más de dos horas —confirmó Diego, al entrar en la biblioteca.

—Lo ha seguido —musitó Marina. Y se dejó caer en el sillón, repentinamente agotada—. ¡Dios mío!

Aún tenía en la mano la carta que Yago le había escrito a Micaela. Sabía que no era correcto haberla leído. Al principio, cuando subió a ver cómo estaba la joven, vio la carta sobre la mesilla, pero no le dio importancia. Después de buscar en vano a la muchacha por toda la casa, regresó a la habitación y la leyó.

En seguida bajó para contarle a su esposo lo que había encontrado. Hasta ese momento había tenido la esperanza de que su hijo estuviera en el invernadero, acompañado de Micaela. Ahora ya sabía que no era así.

¡Yago había intentado volver al siglo XXI!

Antes de que pudiera remediarlo se le saltaron las lágrimas. Se llevó las manos a la cara y sucumbió al llanto. La tensión sufrida durante la semana, esperando que don Marcelo tomase una decisión sobre Micaela, le estaba pasando factura.

«He sido una tonta», se reprochó. «Debí imaginar que Yago haría algo así para curar a su cuñado».

—Saldré a buscarlos ahora mismo. —La fiera voz de su marido le hizo levantar la cabeza.

—Prométeme que tú no entraras en ese artefacto —le suplicó, los ojos anegados—. Júrame que no lo harás.

—Te lo prometo, Sirena —juró Diego, con firmeza—. No lo haré.

—Ay, madre mía. Estoy tan asustada...

Diego le acarició la mejilla y le secó las lágrimas con los dedos. Ella se aferró a esa mano. Tenía tanto miedo, tantas cosas podían salir mal... No quería pensar en ellas, pero su cabeza se obstinaba en hacerlo.

—Yo os acompañaré —se ofreció Marcos.

—Id con cuidado. Ya ha anochecido —le pidió a su esposo.

Diego cabeceó afirmativamente y la besó con ternura en los labios. Lo vio salir de la casa; Marcos lo seguía, cabizbajo. El pobre hombre se consideraba culpable de todo lo que les sucediera a Yago y a Micaela.

—Dios mío, te lo suplico, que no les pase nada malo —rogó Marina, en la soledad de la biblioteca.

—*Ama*, ¿crees que estarán bien? —preguntó Clara, al entrar, un rato más tarde. Se sentó en el suelo, a los pies de su madre. Tenía los ojos enrojecidos como si hubiera llorado.

—Eso espero, hija —murmuró Marina, mientras le acariciaba los rizos oscuros—. Eso espero. Ahora cuéntame, mi vida, ¿qué te ocurre?

El grito de Yago reverberó en el paisaje silencioso y asustó a un grupo de gaviotas.

Se tocó el sitio donde había penetrado la hoja, por encima del codo izquierdo. La sangre empapaba la manga por los dos lados, lo había atravesado. Por suerte no le había dañado ningún tendón pues podía mover los dedos. No había tiempo de parar la hemorragia. El hombre ya estaba montando y se disponía a huir.

Olvidando el dolor del brazo, lo agarró por la capa. Su agresor se debatió, pero Yago consiguió desmontarle y tirarlo al suelo. Aprovechó para desenvainar su espada. Su oponente tenía la suya en posición de ataque.

—No voy a consentir que huyáis sin decirme dónde está Micaela — profirió el galeno, con frialdad no exenta de rabia—. Si le habéis hecho daño, juro por Dios que os lo haré pagar.

Las nubes empezaban a dispersarse, en los claros se insinuaba el brillo de las estrellas. La luna menguante asomaba tímidamente a iluminar el paisaje nevado, arrancando un reflejo frío a las hojas de acero. Las ropas oscuras que llevaban los dos hombres eran un contrapunto a la blancura espectral de la nieve.

—Dejadme en paz —barbotó el de Pamplona.

Yago paró la finta que don Millán le lanzaba y, a su vez, comenzó el ataque.

Cuidó de no dejar que la ira dirigiera sus movimientos. Era difícil, por no decir imposible. La preocupación por Micaela nublaban sus pensamientos. No quería pensar en lo que ese hombre podría haberle hecho. Por mucho que negara saber de ella, Yago estaba convencido de que mentía.

«No pienses, actúa», se recordó, con fiereza. «La vida de Micaela depende de tus actos».

La sangre resbalaba a lo largo de la manga. El brazo le dolía una barbaridad. Se lo enroscó en la capa para protegerlo. No le ayudaría mucho tenerlo inutilizado, pero su determinación tendría que solventar ese contratiempo. Solo esperaba poder desarmar a su contrincante antes de desangrarse.

El filo de la espada de su oponente le desgarró las calzas a la altura del muslo izquierdo. En seguida la sangre manchó la tela alrededor de la herida. ¡Demonios! Se estaba distraendo demasiado.

«Deja de pensar. Por Dios, deja de hacerlo».

—¿Vais a hacerlos matar por ella? —indagó don Millán, envalentonado—. Ella no merece la pena.

—Hijo de perra —siseó.

Consiguió penetrar en su defensa y pincharle en el hombro. El pamplonés, con un gruñido de dolor y rabia, incrementó la velocidad de sus ataques.

Yago se defendía, cuidando de no perder el equilibrio, que le costaba mantener con el brazo doblado por delante. Estaba en clara desventaja frente a su oponente, aunque no iba a dejar que eso minara su propósito de encontrar a Micaela y llevarla a casa sana y salva.

«Dios, ahora no podría vivir sin ella», admitió.

Micaela fue despertando despacio. Por un momento no supo dónde estaba ni lo que había ocurrido. Le retumbaba la cabeza como el tambor de un loco. Intentó moverse, el dolor de la pierna le atravesó por dentro como un rayo y le advirtió que la tenía rota. Poco a poco, el recuerdo de lo que había sucedido empezó a abrirse paso en su mente. Muy despacio fue girando para ponerse boca arriba. Creyó que se iba a desmayar. Cuando consiguió volver a respirar sin miedo de morir en el intento, se atrevió a levantar un poco la cabeza para mirar cómo tenía la pierna.

Como la falda la cubría por completo, no pudo ver el alcance de la lesión. Empezó a ver puntitos negros y volvió a apoyar la cabeza en la nieve. Permaneció un momento con los ojos cerrados, sin moverse, tratando de que la cabeza dejara de oscilar como si estuviera en un barco. Al abrir los párpados, pudo ver los troncos de los árboles apuntando al cielo, donde empezaban a titilar las estrellas entre los claros de las nubes. Una vez que se sintió algo mejor, se atrevió a mirar alrededor. No había nadie más. Millán y su caballo habían desaparecido.

¡La había dejado allí abandonada para que muriera de frío!

No podía creer que hubiera hecho eso. ¿Cómo había podido comportarse de manera tan rastrera e innoble?

«Deja de pensar en eso y busca una manera de salir del bosque».

Era más sencillo pensarlo que llevarlo a cabo. Por un lado, apenas podía moverse sin que el dolor la paralizara. Por otro, no sabía dónde estaba el camino. Pero allí dentro nadie la encontraría hasta que fuera demasiado tarde. Era necesario alcanzar la orilla de la arboleda.

Con enorme esfuerzo, apoyó los codos en el suelo, hasta quedar sentada. Gritó de dolor y por un momento pensó que el sonido le iba a trepanar el

cerebro. Intentó respirar despacio hasta que la cabeza dejó de molestar tanto.

Había conseguido mantenerse sentada. A su alrededor todo eran árboles y matorrales cubiertos por un manto blanco, que refulgía en la penumbra. Las huellas del caballo de Millán se habían borrado con los últimos copos. Debía ubicarse para encontrar el extremo de la arboleda más cercano al camino. Si elegía mal se internaría aún más en el bosquecillo. ¿Cómo lograrlo sin el sol para orientarse?

«Piensa en algo».

Buscó la Estrella Polar, eso la ayudaría. Esperó con impaciencia a que la constelación de la Osa Mayor asomase entre las nubes. No tardó en verla aparecer, con sus siete estrellas plateadas. El camino estaba justo debajo. Entonces intentó girar, pero con la pierna rota era un proceso muy complicado, que le llevó más tiempo de lo que hubiera querido y más padecimiento del que hubiera deseado jamás. Ni siquiera tenía el desahogo de poder gritar, pues su cabeza seguía demasiado dolorida.

Una vez en la posición correcta, tomó aire y empezó a deslizarse hacia atrás, impulsándose con las manos y la pierna sana. Con el primer empujón el dolor casi le hizo perder el conocimiento. Aún jadeante, logró recuperar la entereza para volver a intentarlo. Una vez más, otra más y otra. El sufrimiento era indescriptible y el temor a morir de frío era aún mayor.

Aunque la huella que iba dejando al arrastrarse entre los árboles no era muy larga, ya estaba sudando por el esfuerzo. No necesitaba mirarse las manos para saber que las tendría amoratadas por el frío de la nieve. Con las prisas había dejado sus guantes en la casa. De todos modos, se dijo, ya habrían estado tan empapados como el resto de sus ropas.

Pensó en Yago. ¿Habría logrado su propósito? ¿Habría encontrado al amigo de su madre? Rezaba por que así fuera y no tardara mucho en regresar. No soportaba pensar que se perdiera, no volver a verlo nunca más. Había tantas cosas que quería decirle... La primera de todas, lo mucho que lo amaba.

—Dadme la posibilidad de decírselo, Señor —rogó, reanudando su empresa.

Apretó los dientes para no sucumbir al desánimo y a la tortura. Si quería salir con vida de allí, no podía permitirse ninguna debilidad.

«¡Ese maldito Millán!», pensó, rabiosa. ¿Cómo podía haberle hecho eso? ¿Qué le había sucedido para volverse tan malvado? Él no era así.

Si se lo hubiera pedido, si le hubiera contado que necesitaba ese dinero, ella habría renunciado a cobrarlo. Con la herencia de su propio padre tenía

más que suficiente. ¿Por qué no la había creído?

«Olvídate de él. Tienes que llegar al camino», pensó, para darse fuerza. Trataba de no dejarse llevar por el miedo.

Con la luz de la luna menguante como única guía, siguió arrastrándose hasta chocar contra la base de un tronco. El dolor en la pierna la atravesó como una saeta y casi la hizo perder el sentido.

## Capítulo 50

Diego y Marcos estaban muy cerca de la bifurcación del Camino de Hernani. Hasta ese momento, ¡ni rastro de Yago o de Micaela! No le había dicho nada a su esposa por no asustarla aún más, pero estaba muy preocupado por su hijo. ¿Quién sabía si aquel confesionario volvería a funcionar, después de tantos años? Y, si acaso funcionaba, ¿adónde lo llevaría?

—Estarán bien, ¿verdad? —preguntó Marcos.

Diego se giró un poco para mirar al joven. Sabía que se estaba culpando por lo sucedido y quiso decirle algo para aligerar su malestar. En ese momento le pareció ver que algo se arrastraba por entre los árboles de la derecha. Sofrenó el caballo. Marcos, extrañado, hizo lo mismo.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Tú, que eres más joven, ¿qué ves allí? —pidió Diego, señalando el lugar.

—No lo veo muy bien, pero no parece que sea un animal. Más bien me parece... ¿una persona arrastrándose de espaldas?

—Vayamos a ver. Tal vez necesite ayuda —apuntó Diego. Esperaba que no les entretuviera mucho para poder seguir camino de la ciudad.

Obligaron a los caballos a salirse del camino para llegar a la linde del bosquecillo y alumbraron con los hachones. A Diego le pareció reconocer la capa con la que se cubría aquella figura.

—¡Por todos los demonios del averno! —masculló. Y prácticamente se tiró del caballo. En dos zancadas se acercó con la antorcha de la mano—. ¿Micaela? ¿Eres tú? —Clavó el hachón en la nieve para quitarse los guantes.

La joven se dejó caer de espaldas. Tenía las mejillas coloradas y respiraba con dificultad. La vio cerrar los ojos, exhausta.

—Gra... gracias... gra... gracias —murmuró.

—¿Qué te ha pasado? —indagó él, preocupado. Después le acarició el rostro con ternura—. Pensaba que estabas con Yago...

—Me... caí... del caballo... —articuló, entre temblores—. Mi... mi... pierna... creo... rota. ¿Dónde... está... Yago?

Diego iba a empezar a palpar las piernas de la joven para determinar el daño cuando oyó que un grupo de jinetes se acercaba desde las murallas. Le extrañó que salieran a esas horas de la ciudad, cuando lo más sensato era pasar la noche a resguardo. No estaba el clima para paseos.

—Gracias a Dios que os hemos encontrado —agradeció Marcos, de pie a su lado. Frunció el ceño—. ¿No oís aceros, don Diego? Parece como si estuvieran luchando, más adelante. No puedo verlos, los cubren los árboles del cruce.

Diego se quedó quieto, en silencio, escuchando.

—Ahora que lo dices, sí, los oigo. Y los jinetes... parece que van a tomar parte... Ahora vienen galopando —observó. Fuera lo que fuese aquello que estaba ocurriendo más adelante, era más importante atender a Micaela. Empezó a palparle las piernas con delicadeza. Cuando tocó el muslo derecho la joven lanzó un grito, tenía el fémur roto—. Lo siento, muchacha. Tendré que entablillarla para evitar que te siga doliendo. Marcos, será mejor que regreses a la casa y traigas el carruaje. No hay otro modo de trasladarla.

—No tardaré, don Diego —aseguró el abogado, montando—. Aguantad, doña Micaela. En seguida estaré de vuelta.

Los cascos del caballo levantaron nieve conforme se alejaba al galope.

—Bueno, muchacha, tendremos que hacer un apaño hasta que estemos en casa. Creo que tengo algo de coñac en las alforjas...

Tropezó en la nieve y estuvo a punto de caer de nuevo. Se enderezó como pudo, apretando los dientes. No podía sucumbir a la debilidad. Micaela dependía de él.

Le parecía oír cascos de caballos, pero pensó que era fruto del cansancio. Su contrincante no estaba en mejores condiciones que él. Había logrado herirlo en varios sitios, aunque sin conseguir desarmarlo. Se veía en inferioridad de condiciones, con un brazo herido que restaba potencia a sus ataques y estabilidad a sus fintas. Además, su oponente era mejor espadachín de lo que él esperaba.

Concentrado como estaba en el combate, el sonido de un disparo, a su espalda, le cogió por sorpresa. Don Millán, con los ojos dilatados por el terror, desvió la vista hacia un punto por detrás de Yago.



El galeno se dio la vuelta despacio, con la espada apuntando al suelo. Cinco hombres les miraban con fijeza desde sus monturas. Las antorchas iluminaban cinco rostros fieros. La pistola que había disparado aún humeaba. Los otros cuatro les apuntaban sin titubeos, tenían sujetos por las riendas a Abedul, Ébano y al caballo de don Millán. Seguramente los habían apresado antes de disparar, para que no escapasen.

—Vaya, por fin os encontramos, don Millán —dijo el de la pistola descargada. Yago se dio cuenta, entonces, de que eran los viejos soldados que había visto intramuros una hora antes—. He de decir que vuestra huida me ha causado muchos trastornos. Bendito sea el guardia de la Puerta de Tierra, que recordó haberos visto salir entre los primeros esta mañana. No esperaba encontraros tan cerca de la ciudad.

—Estoy... estoy a punto de conseguir el dinero... En unos días podré pagar lo que debo a... vuestro señor —balbuceó don Millán, derrotado.

—Desde luego que lo haréis —confirmó el hombre, con aridez—. Montad, hace demasiado frío para seguir conversando en medio de la nada. Y no se os ocurra hacer ninguna tontería, que mis hombres os están apuntando.

—Un momento, señor —lo interrumpió Yago. El hombre clavó sus ojos oscuros en él—. Este hombre tiene retenida a una mujer y quiero que me diga dónde está.

—¿Es cierto eso? —inquirió el soldado, mirando al de Pamplona.

Don Millán miraba a uno y a otro sin decidirse a decir nada.

—¡Hablad de una vez, mal nacido! —bramó Yago. Y colocó la punta de su espada bajo la barbilla de su agresor.

—No se os ocurra matarlo, señor. Nos han contratado para llevarlo a Pamplona... vivo.

Las desapasionadas palabras del viejo soldado, junto con los carraspeos de los otros hombres, que seguían con las pistolas de la mano, le hicieron aflojar la presión de la espada, aunque no la retiró. No estaba dispuesto a rendirse todavía. No sin haberla encontrado.

—Claro que, si no habla, podéis utilizar otros métodos para convencerlo... —añadió el soldado—. No me gusta que hagan daño a las mujeres.

—¡No lo sé! —insistió el hombre, alzando la barbilla para evitar que se le clavase la espada. Su nuez de Adán subía y bajaba a ritmo creciente.

—Sé que vos la tenéis —aseguró Yago, cada vez más enfadado.

Estaban perdiendo el tiempo y seguía sin saber dónde estaba Micaela. El frío era cada vez más intenso. Empezaba a helar. Hundió un poco más la

punta de la espada en la carne blanda de la garganta, pero sin llegar a hacer sangre. El aliento le salía de la boca como humo blanco.

—So... socorro —gimoteó don Millán—. ¡Está celoso... porque me vio con ella!

Yago aspiró con fuerza para no sucumbir a las ganas de asesinar a ese hombre. Estaba agotado, herido y muerto de miedo por la mujer que amaba. Desde luego, no le quedaba paciencia suficiente para aguantar los desvaríos de ese miserable.

Apretó la empuñadura de su espada hasta que le dolieron los nudillos.

—¿Dónde está y qué le habéis hecho? —siseó, casi sin fuerzas.

Marcos y don Diego la depositaron con mucho cuidado en el interior del carruaje. Con la pierna entablillada el dolor era más soportable, o tal vez los tragos a la damajuana de coñac, que don Diego le había pasado, habían hecho efecto. Lo cierto es que se sentía muy ligera, casi liviana. Y con cada sorbo de esa bebida el frío iba remitiendo. Incluso la nieve empezaba a brillar con estrellitas de colores. Era muy hermoso.

—Muchacha, si sigues bebiendo terminarás completamente beoda — declaró don Diego, con una sonrisa pícaro. Trató de quitarle la damajuana—. No quiero que mi esposa me reproche haber dejado que te emborrachases.

—Nada... de esso, sssseñor —susurró, arrastrando las palabras. Un hipido puso el broche final a la frase. Se aferró al recipiente con fuerza.

—Me parece que ya es demasiado tarde, don Diego —murmuró Marcos—. Está achispada.

—Creo que ya está más que eso.

Cerraron la puerta del carruaje. Les oyó soltar unas risitas mientras montaban a caballo. Luego mencionaron a unos jinetes que habían visto pasar y cierto disparo; discutían si ir o no a averiguar qué pasaba. Ella no les hizo caso. Habían puesto unos ladrillos calientes en el suelo y el interior del vehículo estaba caldeado. Dio otro sorbo a la damajuana. El coñac le gustaba cada vez más. Al momento el coche se puso en marcha con un bandazo y ella estuvo a punto de terminar en el suelo del carruaje.

Se enderezó como pudo y cerró los ojos para pensar en Yago. Su imagen la hizo llorar. Por lo visto, aún no había regresado. ¿Qué pasaría si no lograba volver? ¿Y si le sucedía algo en aquel siglo?

Notó que el coche se paraba, pero no le importó. La pena era tan grande que no podía dejar de llorar.

Ya no volvería a verlo. ¿Por qué había tenido que irse?  
—Ay, Diossss mío... —sollozó, antes de beber otro poco.

Le costaba mantener la espada en alto. Los ojos se le cerraban como por voluntad propia. La cara de don Millán, dorada por la luz de las antorchas, se desdibujó un tanto. El peso de la capa en el brazo izquierdo era como una losa. Bajó la espada y la clavó en el suelo para tener un apoyo y no caerse de bruces.

Iba a fallarle a Micaela, pues ya no le quedaban fuerzas para nada. Parpadeó para aclarar la visión. Frente a él bailoteaban sombras oscuras. Se estaba mareando.

«No permitas que me desmaye ahora, Señor», suplicó en silencio. «No sin haber dado con ella».

El soldado que parecía llevar la voz cantante desmontó para sostenerlo antes de que cayera al suelo. Yago emitió un siseo, pues lo había sujetado por el brazo herido. La espada apenas hizo ruido al caer al suelo. Dios bendito, sí que se encontraba mal, pensó con estupor.

—¡Pardiez! Estáis herido —soltó el soldado, antes de comenzar a desenrollar la capa—. Tenéis un buen tajo en el brazo. —Se dirigió a uno de los soldados—. Juan, busca algo con que cerrarlo. —El aludido revolvió en sus alforjas hasta encontrar un rollo de venda. Al parecer viajaban bien provistos para cualquier contingencia, pensó Yago—. ¡Voto a Dios! Hay tanta sangre que se podrían hacer morcillas.

—Soy galeno —anunció Yago, como si fuera importante que lo supieran.

—Pues para serlo, os cuidáis bien poco —masculló el soldado. Cogió en el aire el rollo que le lanzó el otro hombre y empezó a vendar diestramente la herida, por encima de la casaca y la camisa—. ¿Esperabais a estar muerto para atender vuestras heridas?

—Tengo que encontrar a Micaela antes de que sea demasiado tarde... —le recordó con debilidad. Trató de separarse de él. Debía seguir buscando. Debía arrancar la verdad al pamplonés como fuera.

No tenía fuerzas y eso lo estaba matando.

—¿Todo esto es por una mujer? —preguntó el soldado, mirándole de hito en hito—. Pues de poco le serviríais si os dejabais morir —bufó—. Cuando haya terminado de vendar esta herida os ayudaremos a buscarla. Si seguís perdiendo sangre poco importará que la encontréis o no.

Sí que importaba. Para él era trascendental. Ella era todo lo que necesitaba.

«Dios, no dejes que le pase nada».

El ruido de un carruaje en el camino puso en alerta a los viejos mercenarios, que se prepararon para lo que pudiera pasar. El vehículo se detuvo al lado del grupo, custodiado por dos hombres a caballo.

—Buenas noches, caballeros. —La voz de Diego se oyó con claridad en el cruce de caminos. Yago, incrédulo, levantó la vista hacia su padre y Marcos —. ¡Por todos los demonios del averno! Yago, ¿qué ha pasado?

Antes de que pudiera contestarle, su padre ya tenía la espada desenvainada y estaba preparado para presentar batalla. Su cuñado, algo más lento, hizo lo propio.

—Soltad a mi hijo —bramó Diego, sin importarle, al parecer, que hubiera cuatro pistolas apuntadas hacia ellos.

—¡Padre! Hay que encontrarla sin pérdida de tiempo —profirió Yago, mientras intentaba, sin mucho éxito, zafarse de las manos que lo sujetaban.

—Está malherido, señor. Me limitaba a tratar de taponar el tajo —aclaró el soldado, sin alterarse—. Os recomiendo que envainéis vuestra espada. No pretendemos hacer nada malo.

—¿Es cierto eso, hijo? —La voz de su padre indicaba que no confiaba en las palabras del mercenario.

—Sí, pero eso no importa. ¡Hay que encontrar a Micaela! —repitió, fuera de sí. ¿Acaso nadie se daba cuenta del peligro que pudiera estar corriendo la joven? Hasta su padre parecía tomarse las cosas con demasiada tranquilidad.

Se sentía dentro de una pesadilla.

—Ya no tienes que preocuparte por ella, hijo —aclaró Diego, mientras envainaba la espada. Desmontó y se acercó hasta ellos.

Los soldados se relajaron al ver que los recién llegados no presentaban ningún peligro. Ya no les apuntaban. Desmontaron también.

«¿Que ya no tengo que preocuparme por ella?», pensó Yago. «¿Qué significa eso?».

Una sensación helada le recorrió la espalda.

Marcos, junto a la puerta del carruaje, miraba hacia el interior.

«¡No, Señor!».

Empezó a moverse casi sin fuerzas. Arrastraba los pies por la nieve blanda, rumbo al carruaje. Las palabras de su padre seguían dándole vueltas por la cabeza y se le clavaban en el corazón como agujas de hielo. No podía ser verdad. ¡Justamente ahora, no!

«Por favor...», rogó angustiado. «Ella es mi vida».

Siguió caminando, abrumado por la sensación de fatalidad. Se le cerraban los ojos. Veía puntos negros danzando. La cabeza se le iba, pero se resistió a desmayarse. Como si fuera algo que pudiera lograrse a fuerza de voluntad. Ahora eran grandes manchas las que danzaban delante de sus ojos. Dio un paso más. ¡Sí que estaba débil!

Llegó hasta el carruaje muerto de miedo por lo que pudiera haberle pasado a Micaela. Rezando por que estuviera bien.

Cerró los ojos un instante y tomó aire antes de abrir la puerta del vehículo. Pese a la penumbra del interior, pudo ver el cuerpo inerte de Micaela, que descansaba en uno de los asientos. La negrura de su cabello y de sus cejas, el abanico de sus pestañas, destacaban sobre su piel marfileña, aumentando la palidez de la cara.

No se movía. Virgen santa, ¡no se movía!

No podía estar muerta. Era imposible.

Medio a gatas, entró en el carruaje y se dejó caer, agotado, junto a la mujer que amaba más que a su propia vida. Temía tocarla y sentir la frialdad de la muerte.

El rostro de Micaela estaba sereno. Una tenue sonrisa curvaba sus labios rojos. Parecía dormir. Al menos no había sufrido. Era un consuelo en medio de aquel dolor que lo engullía con cada exhalación.

Con manos temblorosas, acarició tiernamente su mejilla. Le costaba creer que pudiera haber muerto. No, era imposible. Ahora que la había encontrado...

La cabeza de Yago era como una olla hirviendo y a punto de desbordarse. Abrió y cerró los ojos, tratando de aclarar la visión. En medio de su propio malestar, de ese mareo que amenazaba con tragarlo de un momento a otro, creyó ver que los párpados de la joven aleteaban para abrirse y dos estanques aguamarina lo miraban, confundidos. Luego la boca de su amada se distendió en una sonrisa. Soltó una risita.

¿Estaba riendo? ¿Cómo podía reír en un momento así?, pensó Yago, anonadado y luchando por seguir consciente.

La risa seguía, aumentando su confusión. La cabeza le ardía por dentro.

Fuera del vehículo, Diego y Marcos estaban en pie y sonreían también. ¿Acaso habían perdido el juicio?

Observó nuevamente a Micaela y al fin comprendió.

«¡Coñac!», reconoció el olor. «Está borracha como un marinero de permiso».

## Capítulo 51

Estaba exultante. Más que caminar bailoteaba por los arenales, ajeno al frío de la noche y a la nieve que le calaba los zapatos y la capa. La nevada había retrasado el regreso desde la casa de Adela.

Su madre ya estaba totalmente recuperada y ella no tardaría en regresar a la casa-torre Izaguirre.

¡Lo había conseguido!

Había hablado con los padres de Adela. Al principio estaba muy nervioso.

«No todos los días pides permiso a un padre para cortejar a su hija», pensó, sonriendo.

Pese a que sospechaba que no se negarían, no por ello lo había pasado mejor. Su futuro suegro era tan alto como don Yago, pero más ancho e imponente. No le habría censurado que no pensara en él como posible esposo para su hija. Nunca como en ese instante había sido tan consciente de su pequeña estatura y de su complexión esmirriada. Sin duda aquel pescador de ballenas jamás había imaginado que su hija mayor iba a sentirse atraída por tan poca cosa.

Pero se lo habían concedido, podía cortejar a Adela con el consentimiento de sus padres. Y eso era todo lo que necesitaba para proponer matrimonio a su querida amazona.

Lo cierto es que no había perdido el tiempo. Consideraba que a sus cuarenta y ocho años no le sobraba mucho. Sonrió al recordar.

—Sé que es muy repentino —había comenzado, con el cuerpo tan envarado como el palo mayor de un velero—. La muerte de tu hermana es muy reciente y... Pero comprenderás, mi querida Adela, que ya no tengo edad para andarme por las ramas. Por eso no quiero esperar más para pedirte que te cases conmigo. ¿Me harás el honor de ser mi esposa? Ya sé que no soy lo que se dice un buen partido —continuó hablando, demasiado nervioso como para parar—, ni siquiera soy lo suficientemente alto para ti y...

—¡Sí! —casi le había gritado ella, cortando su diatriba de raíz—. Calla y no digas más tonterías. Claro que me casaré contigo. ¿Acaso tenías la menor duda?

Los gritos de unas cuantas gaviotas asustadas le devolvieron a la realidad. Sin darse cuenta, se había acercado al sitio donde cada noche se disponían a dormir.

—¡Nos vamos a casar! —gritó al cielo tachonado de estrellas—. Nos casamos, nos casamos, nos casamos... —salmodió, como un loco.

Aún no podía anunciarlo a la familia Izaguirre. Lo dirían Adela y él juntos. Qué larga se le haría la espera hasta que ella regresase... Pero merecería la pena.

Sin duda, el señor Bennett se habría sentido avergonzado de verlo perder la compostura. Como si sus enseñanzas no le hubieran servido de nada.

—¡Ay, mi querido señor Bennett! Si pensáis que soy un tonto es que nunca estuvisteis enamorado —sentenció, antes de llegar a la puerta de la casa-torre.

Estaban reunidos en la biblioteca. Micaela descansaba en el dormitorio. Después de reducirle la fractura había vuelto a entablillarle la pierna. El coñac bebido en tanta abundancia, seguido por un poco de láudano, hicieron maravillas para mitigar el dolor.

Yago aún no se había repuesto de la conmoción sufrida al encontrar suelto a Abedul. Verla tan quieta en el carruaje casi había acabado con su vida.

Cerró los ojos y se recostó en el sillón. Su padre le había curado las heridas del brazo y la del muslo. Escocían, las condenadas; con todo, estaba vivo. Eso era lo importante. Tendría la oportunidad de vivir con Micaela.

En cuanto despertase le pediría que se casara con él. No esperaría más.

—Yago, ¿no me escuchas? —preguntó su madre. Y le dio unos golpecitos en el brazo sano—. ¿Es el láudano?

—No, madre, yo no he tomado. Solo estaba pensando...

—¿Dónde está el libro que Alex te regaló? —inquirió Marina, de pie frente a él, sin dejarle terminar—. Si no lo encontraste en casa de Micaela y don Marcelo no lo tiene, ¿en qué manos está? ¿Qué ha pasado con él? Eso me tiene muy preocupada, hijo.

Entre una cosa y otra, había olvidado por completo el *Atlas visual del cuerpo humano*. Su madre tenía razón, ¿dónde estaba ese maldito libro? Si alguien lo tenía bien podría utilizarlo para extorsionarlos o...

—No sé dónde está, madre. Si los hombres del magistrado no lo encontraron, no sé dónde puede...

—Buenas noches —interrumpió la voz de Tomás—. Quería anunciarles que Adela volverá en un par de días. Su madre ya está mejor.

—Me alegra saberlo, Tomás. La hemos echado de menos —aseguró Marina. Su mirada resplandeció antes de continuar—: Nosotros también tenemos buenas noticias. Doña Micaela ya está en casa. Don Marcelo la ha puesto en libertad.

La cara del criado se iluminó con una sonrisa.

—Me atrevo a decir que es una grata noticia, señora —declaró. Sus ojos se agrandaron al ver el cabestrillo de Yago—. ¿Puedo preguntar qué nos ha pasado, señor?

—Nada importante. La espada atravesó el brazo limpiamente —aclaró Yago.

—¿La espada, señor?

—Un conocido de Micaela la secuestró —espetó Clara. Y contó todo lo sucedido en el Camino de Hernani. Tomás la escuchaba sin perder lo envarado de su porte—. Ay, mi pobre hermano pensaba que estaba muerta, cuando en realidad estaba durmiendo la borrachera —terminó, con una risita de conmiseración.

—No le veo la gracia, Trasto. Me pregunto qué hubieras hecho tú, sabionda —masculló Yago, fingiéndose molesto.

Le alegraba saber que, pese a haber descubierto lo de Marcos, su hermana volvía a bromear como antes. Salvo por una sombra de tristeza en sus luminosos ojos verdes, parecía estar bien. A su edad, el desengaño de ese primer amor pasaría pronto.

Era una pena que su cuñado tuviera otras inclinaciones, pues su hermana y él hubieran hecho una estupenda pareja.

—Estaré preparado para ayudaros a quitaros la ropa, señor —dijo Tomás—. Ahora, con vuestro permiso, me retiro.

Tomás salió de la biblioteca y cerró la puerta tras él.

—No te enfades con Clara, Yago. Es que tu cara era todo un poema cuando descubriste que Micaela estaba... algo achispada —soltó su padre, entre carcajadas. Los demás se unieron a coro.

Yago echó a Diego una mirada ceñuda, para hacerle saber que no le gustaba nada que se riera a su costa. Su padre se limitó a ignorarlo y siguió riendo como si nada. Al final, él mismo sucumbió a la hilaridad general.



En realidad, había sido muy cómico. Él, asustado y al borde del desmayo, creyendo lo peor, y Micaela riendo a carcajadas.

—Ignoraba que tuvieras un libro así, Yago —se quejó Clara, cambiando de tema—. Me habría gustado verlo. Nunca he visto nada de aquella época.

—Cuando me marché a estudiar eras muy pequeña. Si no, te lo habría enseñado. Creo que subiré para comprobar cómo se encuentra Micaela —anunció, poniéndose en pie—. Es posible que el efecto del láudano se esté pasando y tenga dolor.

—Yo también voy —se apuntó Clara.

Cuando se alejaron de la biblioteca, Yago preguntó:

—¿Qué tal estás?

El suspiro triste de su hermana fue suficiente respuesta. Le pasó el brazo sano por los hombros. Le hubiera gustado ahorrarle esa pena.

—Lo siento mucho, Trasto. Habría preferido que te enteraras de otro modo.

—No importa —aseguró Clara, mientras subían las escaleras—. Prefiero saberlo. Así ya no tengo motivos para seguir engañándome. ¿Crees que se curará? —indagó, preocupada.

—Tengo esa esperanza, pero es muy difícil. Quería retornar al futuro para traerle la medicina de allí, pero no he podido. —La abrazó más—. Ahora solo queda rezar para que consiga elaborar penicilina y logre dar con la manera de administrársela.

—Rezaré por ello.

Se separaron. Yago golpeó la puerta con los nudillos antes de abrirla.

El fulgor dorado de una vela iluminaba la estancia. Micaela estaba sentada en el lecho, tapada con las mantas hasta las axilas. Su trenza brillaba como seda negra y caía sobre un hombro hasta debajo de un seno voluptuoso. Miró a Yago y a Clara con los ojos del color límpido del cielo y esbozó una sonrisa.

Pese a las ojeras, Yago pensó que estaba preciosa. Habría deseado subir solo para poder abrazarla y asegurarse de que se encontraba bien. Necesitaba saber que no tenía dolor y que el miedo pasado era eso, pasado. Hasta le hormigueaban los dedos por las ganas de acariciarla. Se moría por hundir la nariz en la masa fragante de su cabello, que seguro olía a jazmín.

Oyó pasos a su espalda. Sus padres y Marcos les habían seguido desde la biblioteca.

—¿Qué tal estás, querida? —preguntó su madre, al entrar en el dormitorio. Todos ellos rodearon la cama—. ¿Te duele la pierna?

—Lo puedo aguantar...

—No tienes por qué hacerlo —la interrumpió Yago, deseoso de ayudarla—. Si necesitas láudano solo tienes que pedirlo. ¿Quieres que te prepare un poco?

Necesitaba saber que no sufría. Se pasó la mano por la frente. No dejaba de pensar en lo que habría sucedido de no haberla encontrado. El frío hubiera sido mortal. De solo pensarlo le temblaba todo el cuerpo. Y cada vez que recordaba lo que Micaela les había contado, lamentaba no haber estrangulado a don Millán por todo lo que le había hecho. La perspectiva de que perdiera su hacienda no era suficiente castigo. Pese al daño que le había causado, Micaela no quería denunciarlo. Él, por el contrario, habría deseado que se pudriera en la cárcel.

—No, gracias, aún puedo aguantar. Y el láudano me embota la mente —dijo Micaela—. ¿Qué tal tu brazo?

Unos golpes en la puerta impidieron que le contestara. Tomás estaba bajo el dintel con...

—¡Diantre! Tienes el libro —exclamó Yago, acercándose al ayuda de cámara—. ¿De dónde lo has sacado?

—Perdonad, don Yago —se apresuró a decir, algo nervioso; luego se lo entregó—. Lo encontré en la trastienda del herbolario, antes de ir a visitar a Adela. Lo había descubierto semanas antes en vuestro escondite... ya sabéis. —Señaló al suelo, disimuladamente—. Ya entonces pensé que era algo peligroso y que lo mejor era mantenerlo oculto. Me sorprendió verlo en la trastienda... No me pareció que estuviera bien dejarlo a la vista y me lo llevé. El caso es que, con la emoción de ver nuevamente a Adela y... bueno, pues que olvidé deciros que lo había devuelto a vuestro escondite... Hace un rato, al entrar en la biblioteca, no pude evitar oír lo que hablabais.

—¡Por todos los demonios del averno! —exclamó Yago, tomando la frase favorita de su padre—. ¿Estás diciendo que ha estado todo el tiempo en esta casa?

—Sé que he hecho mal. Nunca debí llevarme el libro de...

—Tomás, has salvado la vida a Micaela. ¿Acaso no lo entiendes? —preguntó Yago, anonadado por la implicación del criado en todo el asunto—. Si no te hubieras llevado el libro, los hombres del magistrado lo habrían encontrado y... no me atrevo a pensar en las consecuencias. Gracias, Tomás.

—Entonces, señor, ¿no estáis enfadado conmigo? —indagó el hombrecillo, mirando al galeno con estupor—. Como siempre os enfadáis porque tomo decisiones sin consultaros... Pero es que anticiparse a cualquier problema o peligro que amenace al señor era uno de los preceptos que el

señor Bennett consideraba muy importante que aprendiera. Yo... solo lo he seguido...

—Lo has hecho bien, Tomás —aseguró Yago.

—¿Cómo es que no lo dijiste antes? —habló Marina—. Sabías que estábamos preocupados por Micaela.

—Lo sé, señora, y os pido perdón por ello, pero no pensé que el libro tuviera nada que ver. Al fin y al cabo, ya no estaba allí cuando la arrestaron. Y por otro lado... —Tomás se mordió el labio y bajó la vista al suelo—. He de confesar que he estado un poco distraído. Me temo que, en los últimos días, no he sido yo mismo.

—Gracias, Tomás —dijo Micaela, desde la cama—. Fui muy descuidada.

—No es nada, señorita —manifestó el criado, tan tieso como un mástil. Sus ojos, sospechosamente húmedos, evidenciaban que estaba muy emocionado—. Me alegra saber que he sido de utilidad. Ahora, si los señores me disculpan... he de preparar la cama para don Yago.

El hombrecillo salió de la habitación. Durante un momento nadie dijo nada, demasiado sorprendidos por las revelaciones de Tomás. Luego estalló una algarabía de palabras y risas. Todos felicitaban el buen tino del criado.

—Yago, ¿me dejas el libro? —solicitó Clara. Asió el ejemplar en cuanto su hermano se lo tendió—. Gracias. Me iré a la cama para echarle un vistazo. Buenas noches a todos. —Besó a su madre, a su padre, a Yago y a Micaela. Cuando llegó el turno de Marcos, le sonrió con valentía—. Supongo que tendré que consideraros como un hermano más —musitó, con el rostro sonrojado. Luego salió del cuarto.

Diego, intrigado, miró a su esposa con una ceja alzada. Marina le hizo un gesto para decirle que más tarde se lo contaría todo.

—Bien, hijo... Será mejor que todos nos vayamos a la cama. Ha sido un día muy largo —terminó, enderezando la espalda con las manos en la cintura.

—¡Ah! Al fin admites que te estás haciendo mayor... —insinuó Marina, burlona.

—Hasta mañana, muchachos... Micaela... —se despidió Diego, empujando a su esposa hacia la salida—. Vamos, Sirena. Me temo que es hora de ir a la cama. Ya sabes... un hombre de cierta edad necesita...

—¿Mucho descanso? —oyeron que preguntaba Marina, fingiendo inocencia.

—Eso... después —les llegó la respuesta de Diego.

Micaela vio marchar a los dueños de la casa. Envidiaba esa camaradería que compartían tras tantos años de matrimonio. A ella le habría gustado tener algo así.

—Bueno, yo también me voy. Que descanséis, Micaela... Yago... —se despidió Marcos—. Hasta mañana.

—Hasta mañana —repitieron al unísono.

Algo cohibida por estar sola con Yago en el dormitorio, bajó la mirada y se dedicó a reseguir con el dedo los bordados de la sábana. Era la primera vez que estaban solos desde aquel momento tan especial, en la borda de pastores.

Sintió que el colchón se hundía bajo el peso de Yago. Alzó la vista y lo vio sentado casi a los pies de la cama. El cabestrillo blanco contrastaba con la tela negra de la casaca y la piel morena de su rostro.

—¿Te molesta si me siento aquí? —preguntó él, dispuesto a levantarse a la menor protesta—. No quiero hacerte daño en la pierna.

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué tal está tu brazo? —preguntó, un rato después, por romper el silencio.

—Me duele un poco, pero no es nada. En unos días estaré mejor —contestó, con la otra mano apoyada en la rodilla. Un mechón negro le caía por la frente y le tapaba un ojo. Sin mirarla, dijo—: ¿Y tu pierna?

—Bien.

Volvieron a quedarse en silencio. Yago echó un vistazo a la misiva del magistrado, que descansaba sobre la mesita de noche.

—¿No te arrepentirás de haberle dicho que no presentarías ninguna querrela por injurias contra Ofelia? —preguntó Yago—. Ahora ella ha quedado libre.

—No. Quiero olvidar todo este incidente. Millán ya le ha hecho suficiente daño, ¿qué sentido tendría ensañarme con ella?

Micaela guardó silencio. Prefería no seguir hablando de Ofelia. En el fondo le daba mucha lástima. Sospechaba que siempre había estado enamorada de Millán y al final él se había aprovechado de eso. Suponía que ahora la criada regresaría a la casa de sus padres.

—¿Qué pasará con Millán?

—Los mercenarios contratados por sus acreedores lo llevarán ante la justicia de Pamplona —contestó Yago—. Si es verdad que no tiene dinero con que pagar las deudas, le embargarán los bienes hasta cubrirlas. Lo tiene bien merecido.

—Perderá la casa...

—No tiene por qué ser así. Si con la venta de algunas tierras puede cubrir lo que debe, no será necesario. Y podría demorar el pago hasta la siguiente cosecha. Estoy seguro de que se podrá arreglar. Es posible que viera las cosas peor de lo que en realidad eran. Esas cosas suceden. Sinceramente, preferiría que lo perdiera todo. Se portó como un canalla.

Otra vez quedaron en silencio. Ella miró a Yago con disimulo y lo pilló observándola. Los dos apartaron la vista, sonrojados.

—Siento... siento haberme dormido en el carruaje...

—No importa. El coñac tiene ese efecto —aclaró él, con los ojos clavados en la alfombra—. Cuando te vi allí tuve mucho miedo.

—No debería haberme reído así. Es que... —calló, avergonzada—. No pude evitarlo, me pareció tan... gracioso.

—Bueno, si lo piensas bien, lo era —articuló, con los hombros sacudidos por la risa—. Tú allí, tumbada en el asiento, oliendo como una destilería... —Estalló en carcajadas.

Micaela no pudo por menos que imitarlo. Durante un rato la risa les impidió hablar.

Luego sus miradas se encontraron. Ella sintió un calor que la abrasaba por dentro y trató de aparentar serenidad, sin mucho éxito. Su corazón latía con la cadencia de un caballo al galope. Los ojos de Yago la atraían a sus profundidades grises.

—Micaela... hace más de un año hubiera jurado que jamás me vería en una situación como esta —comenzó Yago, mirándola con calidez—. Cuando te conocí me predispuse a odiarte. Te consideraba una bruja sin escrúpulos.

—No te había hecho nada... —protestó, confundida, y se pasó la mano por la nuca.

—Creía que tratabas de seducir a mi padre.

—¿Estás loco? —Le parecía imposible que él pensara eso.

—Shhhh —la mandó callar con un susurro—. Escucha, por favor. Me es muy difícil confesarte esto. Ahora sé que estaba muy errado en mis apreciaciones. Quiero pensar que era por el licor. Cualquier otra cosa es vergonzosa para mí. En el último año no he sido yo mismo.

»Me propuse apartarte de él, por eso falté a mi juramento y volví a ejercer la medicina —continuó, ruborizado—. No podía consentir que hicierais desgraciada a mi madre. Así que... decidí seducirte...

Micaela sintió que se le paraba el corazón. No entendía nada. ¿Todo había sido mentira? Por lo visto, solo quería castigarla por algo que ella ni siquiera había hecho. ¡Qué injusto!

Un dolor aplastante se instaló en su pecho, ahogándola con sus tentáculos. Se concentró en no llorar. No le daría esa satisfacción. Debía apelar a su orgullo para que le diera fuerzas.

—En ese caso, ya habéis obtenido lo que queríais. Si no es mucha molestia, os agradecería que me dejara sola —murmuró, con la barbilla alzada.

Le vio fruncir el ceño y mirarla con estupor.

—No has entendido nada...

—Al contrario, lo he entendido todo —lo acalló con fiereza, el cuerpo tan tenso como la cuerda de un violín—. Creo que vuestras intenciones ya han quedado suficientemente claras. Os ruego que me dejéis descansar.

—¡No! —rugió Yago, poniéndose de pie. Sus ojos eran ascuas ardientes—. No me iré hasta habértelo dicho todo. —Se pasó la mano por la frente—. Me has hechizado y ya no puedo vivir sin ti. Te amo. Te amo tanto que duele. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Deseo que seas lo último que vea cada noche al acostarme y lo primero que contemplan mis ojos al despertar. Me gustaría tener hijos contigo y verlos crecer a tu lado. Envejecer juntos... —Se arrodilló al lado de la cama—. Si quieres devolverme a la vida, si crees que merezco volver a ser feliz, cástate conmigo.

Micaela se quedó muda. Abrió la boca y la volvió a cerrar sin que ningún sonido saliera de ella. ¿Había oído bien? ¿Le había pedido matrimonio?

Continuó con la vista clavada en él sin articular ninguna palabra. Era como tener el cerebro paralizado. No sabía qué pensar de todo lo que le había contado. ¿Acaso no le acababa de decir que había querido seducirla para apartarla de su padre?

«Te amo. Quiero pasar el resto de mi vida contigo».

—Prefiero pensar que, si tardas tanto en darme una respuesta, no es por ser deliberadamente cruel —entonó Yago con dolor. Y se levantó, derrotado—. Aunque al principio pensé lo peor de ti, el tiempo me ha hecho ver lo equivocado que estaba. No eres una persona perversa. Por eso... no sé qué pensar de este silencio. —Esperó un instante antes de volverse y caminar hasta la puerta, al parecer dispuesto a marcharse.

—Sí... —susurró Micaela, con voz ronca—. Sí —repitió con más fuerza—. Quiero ser tu esposa.

—¡Gracias a Dios! —exclamó el hombre, visiblemente aliviado. Volvió sobre sus pasos y se arrodilló otra vez, junto a la cama—. Creí que...

Ella le puso un dedo en los labios para hacerlo callar. Quería besarlo. Ya no podía aguantar más. Acortó distancias. La pierna entablillada impidió que

podiera acercarse a más de un palmo de aquella boca que deseaba con desesperación.

Por su parte, Yago no podía abrazarla en condiciones, con un brazo en cabestrillo y arrodillado en el suelo.

—Vaya par de lisiados que estamos hechos —proclamó el galeno, mientras buscaba la mejor postura para besarla sin problemas.

Micaela se estremeció de placer al sentir de nuevo sus labios. Cómo lo había echado de menos. Era embriagador saber que pronto podría besarlo cuando quisiera y cuánto quisiera.

—Hace un momento ibas a salir de la habitación... ¿Estabas dispuesto a marcharte sin insistir? —preguntó Micaela, algo decepcionada—. Te creía más...

La carcajada profunda y varonil la pilló por sorpresa.

—No, nada de eso, mi hermosa hechicera —aseguró, mostrándole una llave. Una sonrisa de pirata le cruzó la cara—. Solo iba a encerrarnos juntos hasta que entrases en razón y me dieras el sí. —Volvieron a besarse—. Nos casaremos en cuanto nos hayamos repuesto de las heridas —puntualizó un rato después, junto a sus labios—. No quiero esperar más para pasar el resto de mi vida a tu lado.

—Creo que el hueso de mi pierna se está soldando a pasos de gigante —le aseguró Micaela, antes de volver a perderse en su boca.

# Epílogo

*San Sebastián, junio de 1730*

*México, 30 de marzo del año de nuestro Señor 1730*

*Estimado Yago:*

*Espero que al recibo de esta te encuentres bien de salud. Yo, a Dios gracias, estoy mejor.*

*Comprendo que estarás enfadado conmigo por mi sorpresiva partida e imagino tu preocupación de todos estos meses, al no tener noticias de mi parte. Como habrás comprobado, estoy en México. Tu padre me dio la idea al recordar que su abuela materna descendía de los aztecas y que ellos tenían conocimientos sobre plantas desconocidas en España. Me animé a venir por dos motivos: el primero, la posibilidad de encontrar un tratamiento efectivo para la sífilis; el segundo, evitaros el sufrimiento ante la agonía de mi muerte.*

*Me permití demorar la partida para poder asistir a tu boda, pero viéndote felizmente casado, nada me retenía allí y me negaba a imponeros la presencia de un enfermo en mi situación, por mucho que me repitieras ad nauseam que a tu familia no le importaba.*

*El capitán Bengoa es un marino experimentado y la travesía resultó bastante agradable. He de añadir que tuvimos bonanza en el tiempo, lo que ayudó a arribar a las costas mexicanas sin contratiempos de ningún tipo.*

*Me hospedé en casa de un abogado español. Su hijo, don Juan Vargas y Fuentes, es un médico muy aplicado con quien he entablado una gratificante amistad. Como sabrás, los antiguos tratamientos indígenas están prohibidos. Pero mi joven amigo tiene una visión más amplia de la medicina y me va a presentar a un chamán, al que considera un sabio de las plantas medicinales. Juan tiene un concepto muy elevado de la antigua medicina azteca y quiere probar conmigo esos conocimientos.*

*Mañana saldremos para visitar al chamán, que vive en medio de la selva. Es posible que demoremos nuestro regreso, por lo que tardaré en escribirte.*

*Tuyo afectísimo,*

*Marcos*

—Marcos está en México —anunció Yago, exultante, cuando Micaela entró en la trastienda—. Acabo de recibir una carta suya. Demonio de... —Se pasó la mano por la frente sin acabar la frase.



Unos minutos antes la había traído el grumete del capitán Bengoa; por lo visto, acababan de arribar de América. Eran las primeras noticias que tenían de Marcos en poco más de cinco meses. Supusieron que viajaba con el capitán Bengoa, puesto que había zarpado el mismo día que su cuñado desapareció. La carta se lo confirmaba.

—Al menos parece estar bien. Gracias a Dios. ¿Crees que ese chamán podrá curarle? —indagó Micaela, después de leer la misiva.

—Hay muchas cosas que desconocemos de aquellos indígenas. ¿Quién sabe? Tal vez lo consiga. Rezaré por eso.

Deseaba de todo corazón que su cuñado lograra vencer esa terrible enfermedad y encontrara el amor. ¿Lo habría encontrado ya?

Se acercó a abrazar a su esposa. «Su esposa». La palabra le producía mariposas en el estómago. Cada día daba gracias al cielo por haberla conocido y rogaba que le permitiera envejecer a su lado.

Acarició su trenza antes de llevarse la punta a la cara e inhalar el aroma a jazmín que desprendía. Luego besó a Micaela en los labios sin pretender nada más, su sabor era una droga poderosa que le hacía perder la cordura y de la que no se cansaba. Cuando la situación se les estaba yendo de las manos, el indignado maullido de Nigra les obligó a separarse un poco. El gato les miraba desde la mesa con reproche mal disimulado.

—No le gusta que nos abracemos —murmuró Yago, con las manos de Micaela entre las suyas. La besó en la frente, en la punta de la nariz y otra vez en la boca—. Está celoso.

—Se acostumbrará... —musitó ella, calentándole los labios con su dulce aliento.

—Permíteme que lo dude. Te quiere solo para él. —Como si quisiera confirmarlo, Nigra saltó al suelo para frotarse contra los tobillos de Micaela y después clavó sus ojos verdes en Yago—. ¿Lo ves? —inquirió, molesto, sin separarse ni un palmo de ella—. No le gusto.

—Es posible que todavía no, pero creo que hay más de un celoso en esta habitación.



PILAR CABERO (Donostia - San Sebastián, Guipúzcoa, País Vasco, España, 1967). María Pilar Rodríguez Cabero.

Estudió en Rentería (San Sebastián, Guipúzcoa), dónde se casó y tuvo a sus dos hijos, aunque actualmente reside en otro pueblo costero de Guipúzcoa.

Logró publicar su primera novela en 2008 con *A través del tiempo*, y desde entonces ha continuado publicando novelas ambientadas en el San Sebastián del s. XVIII. Con *Algo inesperado* se estrenó con la novela contemporánea.

Entre las aficiones de Pilar se encuentra la pintura, en enero de 2012 fue la ganadora absoluta el 16.º Certamen de Pintura organizado por Pinturas Iztieta, por su obra *Entre luces*.

# Notas

[1] Ama: «mamá» en euskera. <<

[2] Hornabeque: Fortificación exterior que se compone de dos medios baluartes trabados con una cortina. Sirven para defender los flancos mutuamente, sus caras y la cortina. <<

[3] Albarelo: antiguos tarros de farmacia para hierbas. <<

[4] Talo: pan de maíz aplanado. <<

[5] Se refiere a la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas. <<



[6] Albéitar: antiguo veterinario. <<



PILAR CABER 